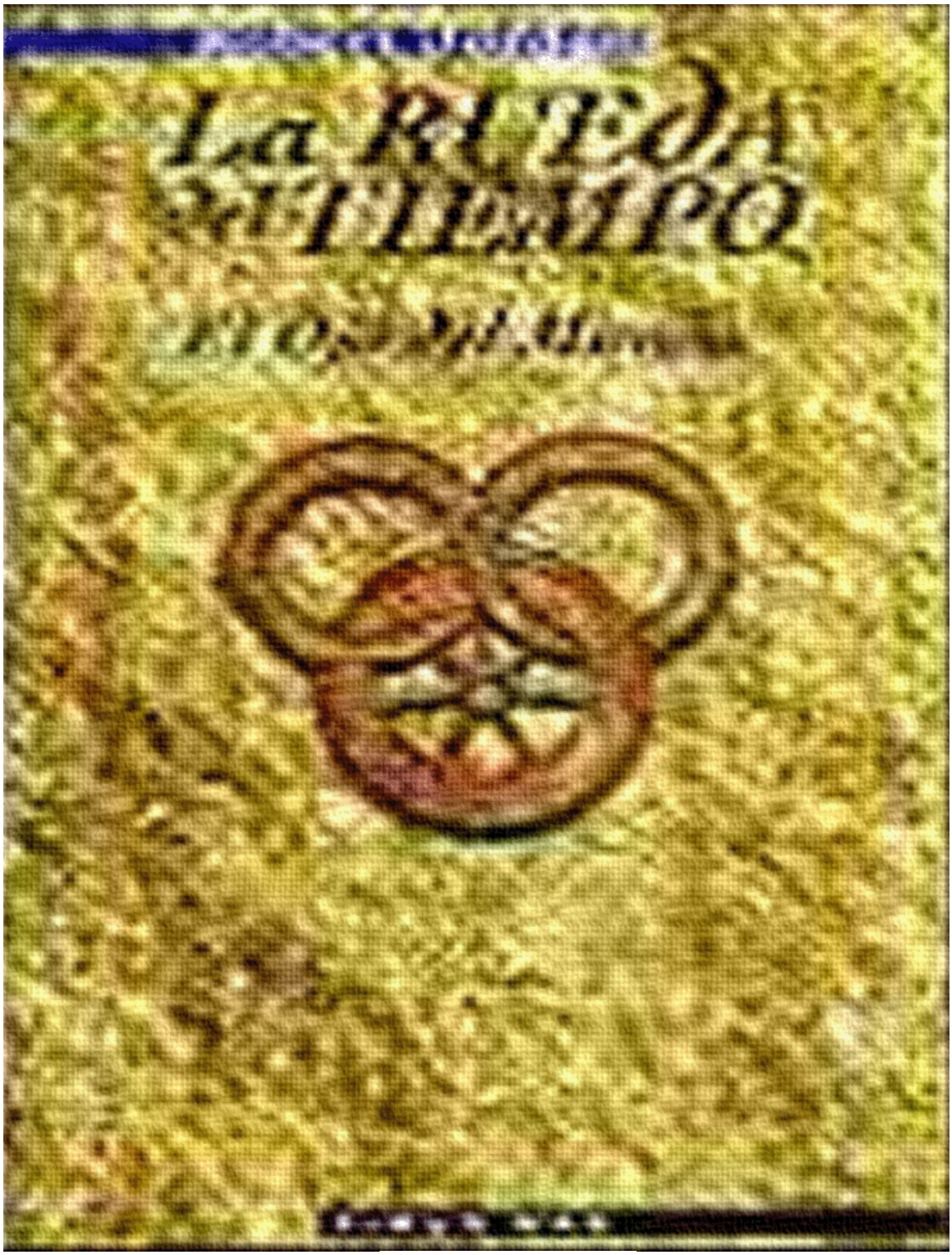
LA RUEDA DEL TIEMPO 6
La Torre Blanca
Robert Jordan



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Harriet
La luz de sus ojos es mi Luz

«Con su llegada vuelven a cobrar vida los pavorosos fuegos. Las colinas arden, y la tierra se seca. El decurso de los hombres se agota, y las horas decrecen. El muro está resquebrajado y el velo de la separación, descorrido. Allende el horizonte retumban las tormentas, y los fuegos celestiales purifican el mundo. No existe salvación sin destrucción ni esperanza a este lado de la muerte.»

Fragmento de *Las Profecías del Dragón*
Traducción atribuida a N'Delia Basolaine
Camarera mayor y escudera de Raidhen de Hol Cuchone
alrededor del 400 DD.

PRÓLOGO

Caen las primeras chispas

Elaida do Avriny a'Roihan toqueteó con gesto ausente el largo chal de siete colores que le ceñía los hombros, la estola de la Sede Amyrlin, y tomó asiento ante el amplio escritorio. Muchos la habrían considerado hermosa a primera vista, pero al observarla con mayor detenimiento resultaba evidente que la severidad de su intemporal semblante de Aes Sedai no era una expresión pasajera. Además, en sus oscuros ojos había ese día un brillo colérico.

Apenas prestó atención a las mujeres que estaban delante de ella, sentadas en taburetes. Sus vestidos eran de todos los colores, desde el blanco hasta el rojo oscuro, confeccionados en seda o en lana, dependiendo de lo que dictara el gusto de cada cual; sin embargo, todas ellas salvo una lucían el chal oficial, con la Llama Blanca de Tar Valon bordada en el centro de la espalda y con flecos de los colores correspondientes a sus respectivos Ajahs, como si ésta fuera una reunión de la Antecámara de la Torre. Discutían sobre informes y rumores de los acontecimientos acaecidos en el mundo, procurando separar el grano de la paja, intentando decidir el curso de acción de la Torre, pero rara vez miraban a la mujer sentada detrás del escritorio, la mujer a la que habían jurado obedecer. Elaida no tenía puesta en ellas toda su atención; ignoraban lo que era realmente importante. O, más bien, lo sabían pero temían referirse a ello.

—Aparentemente algo está ocurriendo en Shienar. —La que hablaba, la única hermana Marrón presente, era una mujer esbelta que a menudo parecía estar perdida en un sueño. También había sólo una representante Verde y otra Amarilla, y a ninguno de los tres Ajahs les complacía tal cosa. No había Azules. Los grandes y azules ojos de Danelle parecieron mirar pensativamente hacia adentro; en su mejilla había una mancha de tinta en la que seguramente no había reparado, y su vestido de lana, de un oscuro color gris, aparecía arrugado—. Hay rumores de escaramuzas, no con trollocs ni con Aiel, si bien los ataques en el puerto de Niamh parecen haber aumentado. Entre shienarianos. Algo inusitado en las Tierras Fronterizas, que no suelen guerrear entre sí.

—Si lo que se proponen es tener una guerra civil, han escogido el momento más indicado —intervino con tono frío Alviarin. Alta y esbelta, vestida completamente de blanco, era la única que no llevaba chal. La estola de Guardiana que le rodeaba los hombros era asimismo blanca para indicar que había ascendido a ese cargo procedente del Ajah Blanco, no del Rojo, el anterior de Elaida; esto rompía la tradición de que la Guardiana de las Crónicas perteneciera al mismo Ajah que la Sede Amyrlin. El talante de las Blancas era siempre frío—. Es como si los trollocs hubieran desaparecido. En toda la Llaga reina una tranquilidad tal que podrían guardarla dos granjeros y una novicia.

—Tal vez sería mejor que no hubiera tanta tranquilidad —dijo Teslyn con su fuerte acento illiano mientras movía entre los huesudos dedos los papeles que tenía en el regazo, bien que no los miró. Era una de las cuatro Rojas presentes en la reunión, un número superior a cualquier otro Ajah, y no le andaba a la zaga a Elaida en cuanto a severidad: tampoco estaba considerada una mujer guapa—. Esta mañana recibí un mensaje de que el mariscal de Saldaea ha puesto en marcha un ejército, pero no hacia la Llaga, sino en la dirección contraria, al sudeste. Nunca habría hecho algo así si la situación en la Llaga no pareciera estar adormecida.

—Se está filtrando la noticia de la huida de Mazrim Taim. —Alviarin hizo esta observación como si estuviera hablando del precio de las alfombras en lugar de un desastre en potencia. Se había realizado un gran esfuerzo para capturarlo y también para ocultar su fuga. A la Torre no le convenía que el mundo supiera que eran incapaces de retener a un falso Dragón después de haberlo apresado—. Y, al parecer, esa reina Tenobia o Davram Bashere o ambos piensan que no estamos capacitadas para encargarnos de él otra vez.

Se había hecho un profundo silencio ante la mención de Taim. Era un hombre capaz de encauzar —iba de camino a la Torre para ser amansado, cortando definitivamente su contacto con el Poder Único, cuando había conseguido escapar—, pero no era esto lo que había hecho enmudecer las lenguas. La existencia de un hombre con capacidad para encauzar el Poder Único antes solía ser el mayor anatema; dar caza a tales varones era la razón principal de la existencia de las hermanas Rojas, quienes recibían la ayuda necesaria de los demás Ajahs. Pero ahora la mayoría de las mujeres reunidas en la sala rebulló en las banquetas, eludiendo los ojos de las otras, porque hablar de Taim las acercaba demasiado a otro asunto del que no querían hablar en voz alta. Hasta Elaida sintió la bilis revolviéndose en su estómago.

Por lo visto, Alviarin no experimentaba esa renuencia. Las comisuras de sus labios se agitaron momentáneamente en lo que podría ser tanto una sonrisa como una mueca.

—Redoblaré nuestros esfuerzos por prender de nuevo a Taim. Y sugiero que una hermana se desplace hasta allí para aconsejar a Tenobia, alguna habituada a dominar la tozuda resistencia que esa joven presentará.

Varias aprovecharon la ocasión para romper el incómodo silencio.

—Sí, necesita a una Aes Sedai que la aconseje —abundó Joline mientras se ajustaba el chal de flecos verdes en torno a los esbeltos hombros y sonreía, aunque parecía un gesto algo forzado—. Una capaz de entendérselas con Bashere. Tiene una excesiva influencia sobre Tenobia. Ha de conseguirse que su ejército dé media vuelta y regrese a la Llaga, donde puede ser útil si ésta despierta. —Bajo el chal, el escote mostraba generosamente su busto, y el vestido de seda verde se ajustaba en exceso a su cuerpo. Además, sonreía demasiado para el gusto de Elaida. Especialmente a los hombres. Las Verdes lo hacían siempre.

—Lo que menos nos interesa ahora es tener otro ejército en marcha —se apresuró a intervenir Shemerin, la hermana Amarilla. Era una mujer algo regordeta que, de algún modo, nunca había logrado realmente alcanzar la calma apariencia de las Aes Sedai; a menudo había alrededor de sus ojos una tensión de ansiedad que últimamente aparecía con mayor frecuencia.

—Y también debería ir alguien a Shienar —añadió Javindhra, otra Roja. A despecho de sus aterciopeladas mejillas, sus angulosos rasgos le otorgaban una singular dureza. Su voz era severa—. No me gusta este tipo de problemas en las Tierras Fronterizas. Lo peor que podría ocurrirnos ahora es que Shienar se debilite hasta el punto de que cualquier ejército trolloc pueda abrirse paso por allí.

—Sí, tal vez —asintió Alviarin, pensativa—. Pero contamos con agentes en Shienar del Ajah Rojo, estoy segura, y quizá de otros Ajahs... —Las cuatro hermanas Rojas asintieron levemente con la cabeza, de mala gana; nadie más lo hizo—, que pueden advertirnos si estos pequeños choques se convierten en algo más preocupante.

Era un secreto a voces que todos los Ajahs excepto el Blanco —dedicado como estaba a la lógica y a la filosofía— contaban con observadoras repartidas por las naciones en mayor o menor escala, aunque se rumoreaba que la red de las Amarillas era casi insignificante, ya que no había nada que pudieran aprender sobre enfermedad o la Curación de quienes eran incapaces de encauzar. Algunas hermanas tenían sus espías particulares, quizá con más secreto incluso que los de los propios Ajahs. Las Azules contaban con la red más extensa, tanto del Ajah como personales.

—En cuanto a Tenobia y Davram Bashere —continuó Alviarin—, ¿estamos de acuerdo en que han de ocuparse de ellos algunas hermanas? —Apenas si esperó a que las cabezas de las mujeres asintieran—. Bien, queda aprobado. Memara lo hará a la perfección, ya que no

Librodot

consentirá tonterías a Tenobia, pero nunca hará obvio su dominio. Pasemos a otro asunto. ¿Alguien ha recibido noticias recientes respecto a Arad Doman o Tarabon? Si no hacemos algo allí enseguida, podríamos encontrarnos con que Pedron Niall y los Capas Blancas tienen bajo su dominio la zona, desde Bandar Eban hasta la Costa de las Sombras. Evanellein, ¿sabes algo?

Arad Doman y Tarabon se desangraban en sendas guerras civiles y grandes calamidades. El caos reinaba en ambas naciones. A Elaida la sorprendió que sacaran este tema a colación.

—Sólo rumores —contestó la hermana Gris. Su vestido de seda, a juego con los flecos del chal, era de buen corte y con un generoso escote. A menudo Elaida pensaba que esta mujer debería haber sido una Verde por lo mucho que se preocupaba de su apariencia y atuendos—. Casi todo el mundo en esas pobres tierras es refugiado, incluidos los que podrían enviarnos noticias. Por lo visto la Panarch Amathera ha desaparecido, y parece ser que hay una Aes Sedai involucrada en ello...

La mano de Elaida se crispó sobre la estola. Su expresión no se alteró en lo más mínimo, pero sus ojos ardían. El asunto de Saldaea estaba acordado, pero al menos Memara era una Roja; eso era una sorpresa. Sin embargo, lo habían acordado, simplemente, y sin pedirle siquiera opinión. La inquietante posibilidad de que una Aes Sedai estuviera involucrada en la desaparición de la Panarch —si es que no se trataba de otro de los muchos bulos que brotaban en la costa occidental— no se le iba de la cabeza a Elaida. Había Aes Sedai dispersas desde el Océano Aricio hasta la Columna Vertebral del Mundo, y al menos las Azules podían hacer cualquier cosa. No habían transcurrido ni dos meses desde que todas estas mujeres se habían arrodillado para jurarle lealtad como la personificación de la Torre Blanca, y ahora se tomaba una decisión sin mirar siquiera en su dirección.

El estudio de la Amyrlin se encontraba en uno de los pisos altos, pero sin embargo era el corazón de la marfileña torre en sí, y ésta era a su vez el centro de la isla fluvial donde se asentaba la gran ciudad de Tar Valon, abrazada por el río Erinin. Y Tar Valon era, o debería ser, el corazón del mundo. La estancia denotaba el poder ejercido por la extensa sucesión de mujeres que la habían ocupado: el suelo de piedra roja traída de las Montañas de la Niebla; la chimenea, de mármol dorado de Kandor; las paredes cubiertas por paneles de pálida madera extrañamente veteada, en la que se había realizado un maravilloso trabajo de talla, con aves y bestias desconocidas, hacía más de un milenio. Piedra reluciente como madreperla enmarcaba los altos ventanales en arco que se abrían a una balconada asomada a los jardines privados de la Amyrlin; no existía otra piedra igual a ésta, que había sido rescatada de una ciudad sin nombre, hundida en el Mar de las Tormentas durante el Desmembramiento del Mundo. Una estancia de poder, un reflejo de las Amyrlin que habían hecho danzar tronos a su son durante casi tres mil años. Y estas mujeres sentadas ante ella ni siquiera le habían pedido su opinión.

Tal menosprecio ocurría demasiado a menudo. Lo peor —quizá lo más amargo de todo— era que usurpaban su poder sin darse cuenta siquiera. Sabían que había sido su ayuda la que le había puesto la estola sobre los hombros, y ella era muy consciente de lo que había estado ocurriendo, pero el atrevimiento de estas mujeres estaba llegando demasiado lejos. Muy pronto sería el momento de hacer algo al respecto, aunque todavía no.

También ella había puesto su sello en el estudio: un escritorio primorosamente tallado con triples anillos unidos, y un imponente sillón con una incrustación de marfil en el respaldo que representaba la Llama de Tar Valon por encima de su oscuro cabello, semejando una gran lágrima nívea. Sobre el escritorio había tres cajas lacadas de Altara, colocadas a una distancia equidistante entre sí; una de ellas contenía la más exquisita colección de miniaturas talladas. Junto a una pared, en un jarrón blanco sobre un sencillo pedestal, unas rosas rojas impregnaban con su fragancia el cuarto. Desde su ascensión no había llovido, pero gracias al Poder siempre había a mano hermosas flores, por las que Elaida sentía debilidad. Eran tan fáciles de moldear y dirigir para que crearan belleza...

Dos cuadros colgaban en un lugar donde podía contemplarlos con sólo levantar la

cabeza, sin moverse de su asiento. Las demás evitaban mirarlos; entre todas las Aes Sedai que acudían al estudio de Elaida, sólo Alviarin se permitía echarles alguna ojeada fugaz.

—¿Se tiene alguna noticia de Elayne? —preguntó con cortedad Andaya, una mujer delgada, con aspecto de pájaro y expresión tímida a despecho de sus rasgos de Aes Sedai. Dadas sus características, la segunda Gris no tenía apariencia de ser buena mediadora, pero, de hecho, era una de las mejores. En su voz todavía quedaban vestigios de acento tarabonés—. ¿O de Galad? Si Morgase descubre que hemos perdido a su hijastro podría empezar a hacer preguntas sobre el paradero de su hija, ¿no? Y, si se entera de que hemos perdido a la heredera del trono, probablemente nuestras relaciones con Andor se volverán tan tirantes como con Amadicia.

Unas cuantas mujeres sacudieron la cabeza; no había noticias de ninguno de ellos.

—Tenemos a una hermana Roja en palacio —comentó Javindhra—. Ha sido ascendida recientemente, de modo que puede pasar por una mujer que no es Aes Sedai. —Se refería a que la mujer aún no había adquirido la apariencia intemporal que otorgaba el uso prolongado del Poder. Cualquiera que hubiera intentado calcular la edad de las mujeres que se encontraban en el estudio se habría equivocado hasta en veinte años, y en algunos casos incluso el doble—. Está bien entrenada, sin embargo, y es bastante fuerte y muy observadora. Morgase está absorta en presentar su candidatura al trono de Cairhien. —Varias mujeres rebulleron en sus asientos, como dándose cuenta de que su compañera pisaba un terreno peligroso, y Javindhra añadió apresuradamente—: Y su nuevo amante, lord Gaebril, parece tenerla ocupada el resto del tiempo. —Su boca, ya fina de por sí, se estrechó aun más—. Ese hombre le tiene sorbido el seso.

—Pero la mantiene concentrada en Cairhien —intervino Alviarin—. La situación allí es casi tan mala como en Tarabon y Arad Doman, con todas las casas contendiendo por el Trono del Sol y la hambruna enseñoreándose de todo el reino. Morgase restablecería el orden, pero le costaría mucho tiempo asegurarse en el poder. Hasta que haya conseguido tal cosa, le restará poca energía para ocuparse de otros asuntos, incluida la heredera del trono. He encargado a una escribiente la tarea de enviar cartas de vez en cuando; es una mujer que imita bien la caligrafía de Elayne. Eso mantendrá tranquila a Morgase hasta que estemos en condiciones de volver a ejercer sobre ella un control adecuado.

—Al menos seguimos teniendo a su hijo bajo nuestro mando. —Joline sonrió.

—Difícilmente puede decirse tal cosa de Gawyn —adujo secamente Teslyn—. Esos Cachorros suyos sostienen escaramuzas con los Capas Blancas a ambos lados del río. Actúa tanto por decisión propia como por nuestra dirección.

—Lo meteremos en cintura —dijo Alviarin. La constante actitud impávida de la Blanca estaba empezando a resultarle odiosa a Elaida.

—Y, hablando de los Capas Blancas —intervino Danelle—, parece ser que Pedron Niall está dirigiendo negociaciones secretas con intención de convencer a Altara y Murandy para que cedan territorio a Illian y así evitar que el Consejo de los Nueve invada uno o ambos países.

Habiéndose retirado del peligroso precipicio, las mujeres siguieron charlando del mismo asunto, calculando si las negociaciones del capitán general conducirían a proporcionar una influencia excesiva a los Hijos de la Luz. Quizá sería conveniente hacerlas fracasar para que la Torre cobrara protagonismo y ocupara el lugar de Pedron Niall.

La boca de Elaida se crispó. A lo largo de su historia, la Torre había sido cautelosa a la fuerza a menudo —demasiados la temían y demasiados desconfiaban de ella—, pero jamás había *temido* a nada ni a nadie. Ahora sí.

Alzó la vista hacia los cuadros. Uno de ellos era un tríptico de madera en el que se representaba a Bonwhin, la última Roja ascendida a Sede Amyrlin, hacía un milenio, y la razón por la que ninguna otra Roja había vuelto a llevar la estola... hasta Elaida. En el primer panel aparecía Bonwhin, erguida y orgullosa, dirigiendo a las Aes Sedai en sus manipulaciones sobre Artur Hawkwing; en el segundo, Bonwhin, desafiante, en las blancas

murallas de Tar Valon, asediada por las fuerzas de Hawkwing; y, en el tercero, Bonwhin, de rodillas y humillada ante la Antecámara de la Torre mientras era despojada de estola y bastón por haber estado a punto de destruir la Torre.

Muchas se preguntaban por qué Elaida había hecho que sacaran el tríptico de los almacenes, donde había permanecido cubierto por el polvo; aunque ninguna lo había comentado abiertamente, los rumores habían llegado hasta ella. No comprendían que ese continuo recordatorio del precio del fracaso era necesario.

El segundo cuadro, pintado sobre lienzo, era moderno, una copia de un boceto del lejano oeste realizado por un artista callejero. Éste causaba aun más inquietud a las Aes Sedai que lo veían. Dos hombres combatían entre nubes, aparentemente en el cielo, blandiendo rayos como armas. El rostro de uno de ellos era de fuego. El otro era alto y joven, con el cabello rojizo. Este último era quien despertaba el miedo, quien hacía que Elaida apretara los dientes. La mujer ignoraba si se debía a la cólera o simplemente para que no le castañetearan. Pero el miedo se podía, y se debía, controlar. El control lo era todo.

—Entonces, hemos terminado —dijo Alviarin mientras se levantaba suavemente del taburete. Las otras la imitaron y empezaron a arreglarse las faldas y a ajustar los chales, disponiéndose a salir—. Dentro de tres días, espero que...

—¿Os he dado permiso para marcharos, hijas? —Éstas fueron las primeras palabras que Elaida pronunciaba desde que al principio de la reunión les había dicho que se sentaran. La miraron con sorpresa. ¡Sorpresa! Algunas se dirigieron de vuelta a los taburetes, pero sin prisa. Y sin una sola palabra de disculpa. Había dejado que esta situación se alargara demasiado tiempo—. Puesto que estáis de pie, os quedaréis así hasta que haya terminado. —Hubo un instante de desconcierto entre las que estaban a punto de tomar asiento, y Elaida continuó mientras volvían a ponerse erguidas, indecisas—: No he oído mencionar nada respecto a la búsqueda de esa mujer y sus compañeras.

No era preciso decir el nombre de «esa mujer», la predecesora de Elaida. Todas sabían a quién se refería, y a ella le costaba más cada día pensar incluso el nombre de la anterior Sede Amyrlin. Todos sus problemas actuales —¡todos!— podían achacarse a «esa mujer».

—Es difícil —contestó Alviarin con sosiego—, puesto que hemos respaldado los rumores de que fue ejecutada. —La Blanca tenía hielo en las venas. Elaida la miró a los ojos fijamente hasta que la Aes Sedai añadió un tardío «madre», aunque fue plácido, incluso despreocupado.

Elaida volvió los ojos hacia las demás.

—Joline, te hiciste cargo de esa búsqueda y de la investigación de su huida. —Su voz sonaba acerada—. En ambos casos lo único que he oído hablar es de dificultades. Quizás una penitencia diaria te ayudaría a actuar con más diligencia, hija. Pon por escrito la que consideras apropiada y preséntamela. Si la considero... menor de lo conveniente, la triplicaré.

Para satisfacción de Elaida, la constante sonrisa de Joline se desvaneció. Abrió la boca y luego volvió a cerrarla bajo la penetrante mirada de la Amyrlin. Finalmente, hizo una profunda reverencia.

—Como ordenéis, madre. —Su voz sonaba tensa y su actitud humilde era forzada, pero serviría. De momento.

—¿Y qué hay del intento de hacer regresar a quienes huyeron? —El tono de Elaida no había perdido dureza. Más bien, todo lo contrario. La vuelta de las Aes Sedai que habían escapado cuando «esa mujer» fue depuesta significaba el regreso de las Azules a la Torre. No estaba segura de que pudiera confiar jamás en ninguna Azul. Claro que, en realidad, no estaba segura de que pudiera confiar en nadie que hubiera huido en lugar de aclamar su ascensión. Empero, la Torre debía volver a formar una unidad. Esta tarea le había sido encomendada a Javindhra.

—También en esto hay dificultades —contestó ésta. Sus rasgos seguían siendo tan severos como siempre, pero se humedeció los labios rápidamente al advertir la expresión tormentosa que pasó fugaz por el semblante de Elaida—. Madre.

La Amyrlin sacudió la cabeza.

—No quiero oír nada sobre dificultades, hija. Mañana me presentarás una lista de todo lo que has hecho al respecto, incluidas las medidas tomadas para asegurarte de que el mundo no sepa que hay disensiones en la Torre. —Esto era de importancia capital; había una nueva Amyrlin, pero era imperioso que el mundo viera a la Torre tan unida y fuerte como siempre—. Si no tienes tiempo suficiente para el trabajo que te he dado, quizá convendría que renunciaras a tu puesto como Asentada de las Rojas en la Antecámara. He de considerar tal opción.

—No será preciso, madre —se apresuró a decir la severa mujer—. Mañana tendréis el informe que queréis. Estoy segura de que muchas empezarán a regresar muy pronto.

Elaida no estaba tan convencida de ello por mucho que deseara que fuera así —la Torre tenía que ser fuerte, ¡sin remedio!—, pero su postura había quedado muy clara. La inquietud se reflejaba en todos los ojos ahora, excepto en los de Alviarin. Si Elaida no mostraba reparo alguno en echarse sobre una hermana de su anterior Ajah y mostraba aun más dureza con una Verde que la había apoyado desde el primer día, quizás habían cometido un error al tratarla como una efigie ceremonial. Puede que ellas la hubieran colocado en la Sede Amyrlin, pero ahora Elaida era la Amyrlin. Unos cuantos ejemplos más en los próximos días dejarían este punto muy claro. Si era preciso, obligaría a hacer penitencia a todas las presentes hasta que pidieran clemencia.

—Hay soldados tearianos en Cairhien, y también andoreños —prosiguió, haciendo caso omiso de las miradas huidizas—. Los tearianos fueron enviados por el hombre que tomó la Ciudadela de Tear. —Shemerin entrelazó con fuerza sus regordetas manos, y Teslyn dio un respingo. Únicamente Alviarin permaneció impasible como un estanque congelado. Elaida levantó bruscamente la mano y señaló el cuadro de los dos hombres combatiendo—. Miradlo. ¡Miradlo, u os pondré a todas a fregar suelos de rodillas! Si no tenéis arrestos suficientes para mirar esa pintura, ¿cómo pensáis afrontar lo que está por venir? ¡Las personas cobardes no tienen ninguna utilidad para la Torre!

Alzaron los ojos lentamente y rebulleron como si fueran chiquillas nerviosas en lugar de Aes Sedai. Sólo Alviarin lo miró sin más y fue la única que no pareció afectada. Shemerin se estrujó las manos y las lágrimas le inundaron los ojos. Habría que hacer algo con ella.

—Rand al'Thor. Un hombre que puede encauzar. —Las palabras salieron de la boca de Elaida como un latigazo. El estómago se le hizo un nudo hasta el punto de que la Amyrlin temió que iba a vomitar. De algún modo se las ingenió para mantener el rostro impasible y continuó hablando, obligándose a pronunciar las palabras como si fueran piedras arrojadas por una honda—. Un hombre destinado a volverse loco y desatar el terror con el Poder antes de que muera. Pero no es sólo eso. Arad Doman y Tarabon y cuanto hay entremedias están sumidos en la ruina y la rebelión por culpa suya. ¡Si la guerra y la hambruna desatadas en Cairhien no se le pueden achacar con total certeza, sí que ha precipitado sin duda un conflicto mayor allí, entre Tear y Andor, justo cuando la Torre necesita la paz! En Ghealdan, un shienariano demente predica sobre él a multitudes tan grandes que el ejército de Alliandre es incapaz de contenerlas. Es el mayor peligro que la Torre ha afrontado jamás, la mayor amenaza que ha arrostrado el mundo, ¿y sois incapaces de hablar de él? ¿No podéis mirar su imagen?

Le respondió el silencio. Todas excepto Alviarin parecían haberse quedado sin lengua. La mayoría contemplaba fijamente al joven del cuadro, como pájaros hipnotizados por una serpiente.

—Rand al'Thor. —El nombre sabía a acíbar en los labios de Elaida. Una vez había tenido a ese joven, en apariencia tan inocente, al alcance de la mano y no supo ver lo que era. Su predecesora sí estaba enterada, sólo la Luz sabía desde cuándo, y lo había dejado en libertad. «Esa mujer» le había confesado mucho, antes de escaparse; al ser sometida a un duro interrogatorio, había contado cosas a las que Elaida no quería dar crédito —si los Renegados se encontraban en libertad entonces todo podría estar perdido—, pero de algún modo se las

había ingeniado para no responder a otras. Y luego había huido antes de que tuviera oportunidad de someterla de nuevo a interrogatorio. «Esa mujer» y Moraine. «Esa mujer» y la Azul lo habían sabido todo desde el principio. Elaida se proponía llevarlas a ambas a la Torre; le confesarían hasta el más pequeño detalle de lo que sabían. Suplicarían de rodillas la muerte antes de que hubiera acabado con ellas.

Se obligó a continuar a pesar de que las palabras se le helaban en la boca:

—Rand al'Thor es el Dragón Renacido, hijas. —A Shemerin se le doblaron las rodillas y cayó sentada en el suelo. También otras parecían sostenerse en pie a duras penas. Elaida las miró con desprecio—. No hay duda de ello. Es el anunciado en las Profecías. El Oscuro se está liberando de su prisión, se aproxima la Última Batalla, y el Dragón Renacido debe estar allí para enfrentarse a él o el mundo está condenado al fuego y la destrucción mientras gire la Rueda del Tiempo. Y está en libertad, hijas. Ignoramos dónde se encuentra. Sabemos una docena de sitios donde no está, como por ejemplo Tear. Y tampoco está aquí, en la Torre, convenientemente protegido, como debería estar. Está desatando el caos en el mundo y debemos detenerlo si queremos que haya alguna esperanza de sobrevivir al Tarmon Gai'don. Debemos tenerlo en nuestro poder para estar seguras de que participa en la Última Batalla. ¿O es que alguna de vosotras cree que se dirigirá voluntariamente a su muerte profetizada para salvar al mundo? ¿Un hombre que ya debe de estar medio loco? ¡Debemos tenerlo bajo control!

—Madre —empezó Alviarin con una irritante falta de emoción en la voz, pero Elaida la hizo enmudecer con una mirada.

—Poner nuestras manos sobre Rand al'Thor es muchísimo más importante que las escaramuzas en Shienar o que la supuesta calma en la Llaga. Más importante que. encontrar a Elayne o a Galad. Más importante incluso que Mazrim Taim. Lo encontraréis. ¡No valen excusas! Cuando os vea la próxima vez, todas estaréis preparadas para informarme con detalle qué habéis hecho para conseguirlo. Ahora podéis marcharos, hijas.

Se produjo una serie de vacilantes reverencias y quedos murmullos repetidos de «como ordenéis, madre», y faltó poco para que salieran corriendo; Joline ayudó a Shemerin a incorporarse en medio de tambaleos. La hermana Amarilla serviría estupendamente para dar el siguiente castigo ejemplar: era necesario si quería asegurarse de que ninguna de ellas se echara atrás; además, era demasiado débil para formar parte de ese consejo. Naturalmente, ese consejo no tendría una vida larga, en cualquier caso. La Antecámara oiría sus palabras y saltaría para cumplir sus órdenes.

Todas salvo Alviarin se marcharon.

Durante unos largos instantes después de que la puerta se hubo cerrado tras ellas, las dos mujeres se sostuvieron la mirada en silencio. Alviarin había sido la primera que había oído los cargos contra la predecesora de Elaida y que se había mostrado de acuerdo con ellos. Y la Blanca sabía muy bien por qué llevaba la estola de Guardiana en lugar de llevarla una Roja. El Ajah Rojo había apoyado a Elaida de manera unánime, pero no había ocurrido igual con el Blanco, y sin el respaldo decisivo de este Ajah muchas otras Aes Sedai no se habrían sumado a su causa, en cuyo caso Elaida podría encontrarse ahora en una celda en lugar de ser la Sede Amyrlin. Eso, sin contar con la posibilidad de que los restos de su cabeza estuvieran decorando una pica para disfrute de los cuervos. No le sería tan fácil intimidar a Alviarin como a las demás. Si es que se la podía intimidar en lo más mínimo. La firme mirada de la Blanca le despertaba la incómoda sensación de estar tratando con una igual.

Una queda llamada en la puerta pareció retumbar en el silencio.

—¡Adelante! —ordenó secamente Elaida.

Una de las Aceptadas, una chica pálida y esbelta, entró en el estudio, vacilante, y de inmediato hizo una reverencia tan pronunciada que la blanca falda con las siete bandas de colores rematando el repulgo formó un amplio círculo a su alrededor en el suelo. A juzgar por lo desorbitados que estaban sus azules ojos y el hecho de que los mantenía agachados, había percibido el estado de ánimo de las mujeres que acababan de salir. Lo que dejaba estremecida

Librodot

a una Aes Sedai sólo podía significar un gran peligro para una simple Aceptada.

—M... madre, maese F... Fain está aquí —balbució—. Dice que lo i... ibais a recibir a e... esta hora. —La chica se tambaleó a pesar de estar agachada, a punto de desplomarse de puro terror.

—Hazlo entrar, muchacha, en lugar de tenerlo esperando —gruñó Elaida, aunque le habría arrancado la piel a tiras a la chica si ésta no hubiera hecho esperar al hombre fuera. La rabia reprimida contra Alviarin (nunca admitiría que no se atrevía a demostrarla) la descargó en la joven—. Y si eres incapaz de aprender a hablar correctamente, quizá las cocinas sean un lugar mejor para ti que la antesala de la Amyrlin. ¿Y bien? ¿Vas a hacer lo que te he mandado? ¡Muévete, muchacha! ¡Y dile a la Maestra de las Novicias que necesitas aprender a obedecer con más presteza!

La chica contestó con voz chillona algo que tal vez fuera la respuesta correcta y salió precipitadamente.

Mediante un gran esfuerzo, Elaida se dominó. No le preocupaba si Silviana, la nueva Maestra de las Novicias, golpeaba a la chica hasta dejarla inconsciente o si la dejaba marchar con un simple rapapolvo. Para ella las novicias o las Aceptadas era como si no existieran a no ser que la molestaran, y tampoco le importaban. Era a Alviarin a quien quería humillada y de rodillas ante ella.

Pero ante todo debía atender a Fain. Se dio unos golpecitos con el dedo en los labios. Era un hombrecillo huesudo con una enorme nariz, que había aparecido en la Torre unos pocos días atrás vestido con ropas sucias que habían conocido mejores tiempos y que le estaban demasiado grandes; mostrándose a ratos arrogante y a ratos acobardado, había pedido audiencia con la Amyrlin. Excepto los que servían en la Torre, los hombres acudían allí por compulsión o una extrema necesidad, y ninguno pedía hablar con la Amyrlin. Un necio o, probablemente, un pobre imbécil; afirmaba ser oriundo de Lugard, en Murandy, pero hablaba con varios acentos diferentes y a veces pasaba de uno a otro en mitad de una frase. Empero, parecía que podía llegar a resultar útil.

Alviarin seguía mirándola con aquella fría suficiencia; en sus ojos sólo había un leve atisbo de las preguntas que debía de estar haciéndose sobre Fain. El semblante de Elaida se endureció. Estuvo a punto de tocar el *Saidar,* la mitad femenina de la Fuente Verdadera, para enseñarle cuál era su lugar mediante el Poder. Pero no era ése el modo adecuado. Alviarin podría incluso presentar resistencia, y ponerse a pelear como una vulgar campesina en un establo no era el método apropiado para que la Amyrlin dejara bien clara su autoridad. Aun así, Alviarin aprendería a someterse igual que lo harían las demás. El primer paso sería dejar a la Blanca en la ignorancia respecto a maese Fain o comoquiera que se llamara realmente.

Padan Fain olvidó por completo a la joven Aceptada en cuanto entró en el estudio de la Amyrlin; era un bocado apetitoso, y le gustaban temblorosas, como un pajarillo en la mano, pero en ese momento había asuntos más importantes en los que concentrarse. Secándose las manos en los pantalones, inclinó la cabeza adecuadamente, con la debida humildad, pero al principio las dos mujeres que estaban en el cuarto no parecieron reparar en su presencia ya que sostenían un duelo de miradas. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no alargar la mano y acariciar la tensión que vibraba entre ambas. La tensión y la división se entretejían por doquier en la Torre Blanca. Mejor para él. Cuando era necesario, podía sacarse provecho de ambas debilidades.

Se había sorprendido al encontrar a Elaida en la Sede Amyrlin; empero, tal circunstancia convenía mejor a sus propósitos. Por lo que había oído contar, no era tan inflexible en algunos aspectos como la mujer que la había precedido en el cargo. Más dura, sí, y más cruel, aunque también más quebradiza. Probablemente sería más difícil de doblegar, pero más fácil de romper, llegado el caso, si las circunstancias lo hacían necesario. Con todo, para él tanto daba una Aes Sedai, incluso una Amyrlin, como otra. Necias. Unas necias peligrosas, cierto, pero a veces unas crédulas útiles.

Finalmente repararon en su presencia; la Amyrlin frunció ligeramente el ceño al ser cogida por sorpresa, mientras que la Guardiana de las Crónicas no alteró el gesto.

—Puedes irte ahora, hija —dijo firmemente Elaida, poniendo un leve énfasis en la palabra «ahora». Oh, sí, existían tensiones, grietas en el poder. Unas grietas en las que podían plantarse semillas. Fain contuvo a tiempo una risita burlona.

Alviarin vaciló antes de hacer una mínima reverencia. Mientras abandonaba la estancia, su mirada pasó sobre el hombre, inexpresiva pero desconcertante. De manera inconsciente, Fain se encogió sobre sí mismo en una actitud defensiva; su labio superior se atirantó en un fugaz gruñido cuando la mujer le dio la espalda. Por algún motivo, Fain tuvo durante un breve instante la sensación de que la Aes Sedai sabía demasiado sobre él, aunque no habría sabido decir por qué, ya que su frío semblante y sus gélidos ojos parecían impasibles. Lo asaltó la necesidad de hacerlos cambiar, que reflejaran miedo, dolor, súplica. La idea casi lo hizo reír. No tenía sentido, por supuesto. Era imposible que la mujer supiera nada. Debía ser paciente, y acabaría con ella y con sus impasibles ojos.

La Torre guardaba cosas que merecían un poco de paciencia. Allí se encontraba el Cuerno de Valere, el legendario instrumento creado para invocar a los héroes muertos a combatir en la Última Batalla. La mayoría de las Aes Sedai ignoraban esto, pero Fain sabía cómo fisgonear para enterarse de cosas. También estaba la daga. Percibía su irresistible atracción, tirando de él. Habría podido señalar la dirección exacta de su ubicación. Era suya, una parte de sí mismo que las Aes Sedai le habían robado. Recobrar la daga le compensaría lo mucho que había perdido; no sabía cómo, pero estaba seguro de que sería así. Por la pérdida de Aridhol. Demasiado peligroso volver allí, correr el albur de quedar de nuevo atrapado en ella. Se estremeció. Demasiado tiempo atrapado. Nunca más.

Por supuesto, nadie la llamaba ya Aridhol, sino Shadar Logoth. «Donde Acecha la Sombra.» Un nombre muy apropiado. Habían cambiado muchas cosas. Hasta él mismo. Padan Fain. Mordeth. Ordeith. A veces no sabía con certeza cuál de esos nombres era el suyo, quién era en realidad. Pero una cosa sí era cierta: todos tenían una idea errónea respecto a él. Quienes creían conocerlo estaban muy equivocados. Había sufrido una transformación; dentro de sí alentaba una fuerza que iba más allá de cualquier otro poder, pero, al final, todos lo descubrirían.

Con un sobresalto, advirtió que la Amyrlin había dicho algo y, rebuscando en su mente, encontró qué era.

—Sí, madre, la chaqueta me sienta muy bien. —Pasó una mano por el negro terciopelo para demostrar lo mucho que le gustaba, como si las ropas tuvieran importancia—. Se trata de una prenda muy buena y os lo agradezco profundamente, madre.

Estaba preparado para aguantar que la mujer siguiera intentando hacerlo sentirse a gusto, dispuesto a arrodillarse y besarle el anillo, pero en esta ocasión la Amyrlin fue directa al grano:

—Contadme más sobre lo que sabéis de Rand al'Thor, maese Fain.

Los ojos de Padan se dirigieron hacia el cuadro de los dos hombres y, mientras lo contemplaba, su espalda se enderezó. El retrato de Rand al'Thor lo atraía casi con tanta intensidad como el propio hombre, consiguiendo que la ira y el odio corrieran, abrasadores, por sus venas. Por culpa de ese joven había padecido un dolor que estaba más allá de la evocación porque no se permitía recordarlo; había sufrido algo mucho peor que la tortura física. Por culpa de al'Thor lo habían despedazado y reconstruido. Por supuesto, esa reconstrucción le había proporcionado los medios para vengarse, pero tal circunstancia no venía al caso. Aparte de su deseo de acabar con al'Thor, todo lo demás carecía de importancia.

Cuando se volvió hacia la Amyrlin, no se dio cuenta de que su actitud era tan imperiosa como la de la mujer, de que la miraba de igual a igual.

—Rand al'Thor es retorcido y astuto, y no le importa nada ni nadie excepto su propio poder. —Necia mujer—. Es de los que nunca hacen lo que uno espera. —Pero si ella ponía a al'Thor en sus manos...—. Es un hombre difícil, muy difícil, de llevar donde uno quiere, pero

creo que puede conseguirse. Ante todo debéis atar una cuerda a uno de los pocos en quienes confía... —Si le entregaba a al'Thor, a lo mejor la dejaba con vida cuando se marchara, a pesar de ser una Aes Sedai.

En mangas de camisa, arrellanado en un dorado sillón con una pierna echada sobre el reposabrazos, Rahvin sonrió cuando la mujer que estaba frente a la chimenea repitió lo que él le había dicho. Los grandes ojos marrones de la joven estaban ligeramente vidriosos. Era hermosa, incluso con aquellas ropas sencillas de lana que se había puesto como disfraz, pero no era eso lo que le interesaba de ella.

Por los altos ventanales no penetraba ni el más leve soplo de aire, y el sudor corría por el rostro de la mujer mientras hablaba; también perlaba la cara del otro hombre presente en el cuarto. A pesar de la fina chaqueta de seda que vestía, con sus bordados en oro, su postura era tan tiesa como la de un sirviente, lo que, en cierto modo, era por propia voluntad, a diferencia de la mujer. Por supuesto, estaba ciego y sordo de momento.

Rahvin manejaba con delicadeza los flujos de Energía que había tejido alrededor de la pareja. No había necesidad de dañar unos sirvientes valiosos.

Él no sudaba, naturalmente. No permitía que el persistente bochorno estival lo alcanzara. Era un hombre alto, corpulento, moreno y apuesto a pesar de las canas que pintaban de blanco sus sienes. La compulsión había presentado dificultades con esta mujer.

Un leve ceño ensombreció su semblante. Pocas personas —muy pocas— poseían la suficiente fuerza de voluntad para que sus mentes buscaran grietas por las que escabullirse aun siendo inconscientes de ello. Sólo era cuestión de mala suerte que todavía necesitara a alguien así. Podía manejar a la mujer, pero ella seguía intentando encontrar una salida por donde huir sin saber que estaba atrapada. Finalmente dejaría de necesitarla, por supuesto, y entonces habría de decidir si la dejaba seguir su camino o si se libraba de ella definitivamente. Ambas opciones entrañaban peligro. Nada que significara una amenaza para él, claro está, pero era un hombre precavido, meticuloso. Los pequeños peligros acababan creciendo si se los pasaba por alto, y él calculaba siempre los riesgos con prudencia. ¿Matarla o conservarla? El silencio que se produjo cuando la mujer dejó de hablar lo sacó de sus reflexiones.

—Cuando salgas de aquí —le dijo—, no recordarás nada de esta visita; sólo conservarás en tu memoria tu cotidiano paseo matinal. —La mujer asintió, ansiosa por complacerlo, y Rahvin aflojó ligeramente las ataduras de Energía para que se evaporaran de su recuerdo poco después de que hubiera llegado a la calle. El uso repetido de la compulsión hacía la obediencia más fácil incluso cuando no estaba activada, pero mientras lo estaba siempre existía el peligro de que se la detectara.

Hecho esto, liberó también la mente de lord Elegar, un noble de segunda fila, pero fiel a sus juramentos. El hombre se lamió los labios con nerviosismo y echó una ojeada a la mujer para, acto seguido, hincar una rodilla ante Rahvin. Los Amigos de la Sombra —o Amigos Siniestros como se los llamaba ahora— habían empezado a comprender la rigurosidad con que debían mantener sus promesas ahora que Rahvin y los otros estaban libres.

—Condúcela a la calle por las dependencias traseras —instruyó Rahvin— y déjala allí. Nadie debe verla.

—Se hará como ordenáis, Gran Amo —repuso Elegar, que inclinó la cabeza donde estaba arrodillado. Luego se puso de pie y se retiró caminando de espaldas y haciendo reverencias a Rahvin al tiempo que se llevaba a la mujer agarrada de un brazo. Ella lo siguió dócilmente, por supuesto, todavía con aquel velo vidrioso en los ojos. Elegar no le preguntaría nada; sabía a qué atenerse y era muy consciente de que había cosas que prefería ignorar.

—¿Uno de tus bonitos juguetes? —preguntó una voz a espaldas de Rahvin cuando la puerta tallada se hubo cerrado—. ¿Ahora te gusta vestirlas así?

Asiendo rápidamente el *Saidin,* se llenó de Poder; la mitad masculina infectada de la Fuente Verdadera fluyó sobre la protección de sus vínculos y juramentos, sus ataduras a lo que conocía como un poder superior a la Luz o incluso al Creador.

En medio de la estancia se había abierto un portal por encima de la alfombra roja y dorada, un acceso a otro sitio. Atisbó fugazmente una habitación adornada con colgaduras de seda blanca, antes de que desapareciera para dar paso a una mujer ataviada con un vestido blanco que ceñía un cinturón de plata tejida. El leve hormigueo en su piel, como un leve escalofrío, fue la única indicación que tuvo de que la mujer había encauzado. Era alta y esbelta, tan hermosa como él apuesto, con unos ojos oscuros y profundos cual un estanque sin fondo, y el cabello, adornado con estrellas y medias lunas de plata, le caía en negras ondas sobre los hombros. A la mayoría de los hombres se les habría quedado la boca seca por el deseo.

—¿Qué te propones apareciendo furtivamente, Lanfear? —demandó con dureza. No cortó el contacto con el Poder, sino que preparó unas cuantas sorpresas desagradables por si acaso necesitaba recurrir a ellas—. Si quieres hablar conmigo, envía un emisario y decidiré dónde y cuándo. Y si me place hacerlo.

Lanfear esbozó aquella dulce y traicionera sonrisa.

—Siempre eres un cerdo, Rahvin, pero rara vez un estúpido. Esa mujer es Aes Sedai. ¿Y si la echan de menos? ¿Es que ahora también envías heraldos para anunciar dónde te encuentras?

—¿Porque encauce? —dijo con sorna—. No es bastante fuerte para permitirle salir a la calle sin un defensor. Llaman Aes Sedai a chiquillas sin preparación que la mitad de lo que saben sólo son trucos aprendidos por sí mismas, y la otra mitad apenas si araña la superficie del conocimiento.

—¿Seguirías mostrándote tan autocomplaciente si esas chiquillas sin preparación formaran un círculo de trece a tu alrededor? —El frío tono burlón de su voz lo aguijoneó, pero no dejó que se reflejara en su rostro.

—Tomo precauciones, Lanfear. En lugar de uno de mis «bonitos juguetes», como tú las llamas, es la espía de la Torre aquí. Ahora informa exactamente lo que yo quiero y está deseosa de hacerlo así. Las que sirven a los Elegidos en la Torre me dijeron dónde encontrarla. —Pronto llegaría el día en que el mundo descartaría el apelativo Renegados y se postraría de rodillas ante los Elegidos. Así se les había prometido mucho tiempo atrás—. ¿Por qué has venido, Lanfear? En ayuda de mujeres indefensas no, desde luego.

—En lo que a mí concierne, puedes seguir divirtiéndote con tus juguetes cuanto quieras. —La mujer se encogió de hombros—. Como anfitrión dejas mucho que desear, Rahvin, así que me disculparás si... —Una jarra de plata se elevó de una mesita que había junto al lecho de Rahvin y se ladeó para verter un vino oscuro en una copa con relieves de oro. Mientras la jarra se posaba de nuevo en la mesita, la copa flotó hacia la mano de Lanfear. El hombre sólo percibió un ligero hormigueo, por supuesto, sin ver los flujos tejidos, cosa que jamás le había hecho gracia. El hecho de que tampoco ella fuera capaz de ver su manipulación con el Poder no era más que un parco consuelo.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo.

Lanfear bebió calmosamente un sorbo de vino antes de contestar:

—Puesto que nos evitas a los demás, unos cuantos de los Elegidos aparecerán por aquí. Vine primero para que sepas que no se trata de un ataque.

—¿Es un plan tuyo? ¿De qué me sirven a mí los propósitos de otros? —De repente soltó una risa honda, plena—. Así que no es un ataque, ¿eh? Atacar abiertamente nunca fue tu estilo, ¿verdad? Puede que tus métodos no sean tan retorcidos como los de Moghedien, pero siempre has preferido los flancos y la retaguardia. Esta vez te creeré lo suficiente para oír lo que tienes que decirme. Siempre y cuando te tenga siempre a la vista. —Quien confiara en dar la espalda a Lanfear merecía la puñalada que podría llegarle por detrás. Tampoco era de fiar teniéndola delante; en el mejor de los casos, su genio era inestable—. ¿Quién más se supone que está metido en esto?

Esta vez la señal que lo puso sobre aviso fue más clara cuando se abrió otro portal, porque era obra de otro varón; a través del acceso atisbó arcos de mármol que se abrían a

Librodot

amplias balconadas de piedra y gaviotas volando en círculo y chillando en un cielo azul. Finalmente, un hombre cruzó el umbral y éste se cerró tras él.

Sammael parecía más macizo y grande de lo que era realmente; caminaba con pasos rápidos y vivos y sus ademanes eran bruscos. Tenía los ojos azules y el cabello rubio, y llevaba una barba pulcramente recortada; habría resultado apuesto de no ser por una larga cicatriz que le cruzaba el rostro desde la raíz del pelo hasta la mandíbula, como si le hubieran dibujado una línea con un atizador al rojo vivo. Podría haberla borrado nada más hacérsela, muchos años atrás, pero había preferido dejársela.

Unido al *Saidin* tan estrechamente como Rahvin —a esta corta distancia Rahvin lo percibía aunque vagamente—, Sammael lo miró con cautela.

—Esperaba encontrarte con sirvientas y danzarinas, Rahvin. ¿Es que has cambiado de gustos después de tantos años? ¿Prefieres otras diversiones ahora?

Lanfear soltó una queda risa y bebió vino.

—¿Alguien ha hablado de diversiones?

Rahvin ni siquiera había advertido la apertura de un tercer portal que mostraba una amplia estancia llena de estanques, columnas estriadas, acróbatas casi desnudos y criados cubiertos incluso menos. Curiosamente, un hombre viejo y flaco, vestido con una chaqueta arrugada, estaba sentado entre ellos con actitud desconsolada. Dos sirvientes con minúsculas prendas diáfanas —un hombre musculoso que sostenía una bandeja de oro y una bella y voluptuosa mujer que vertía vino de una jarra de cristal tallado en una copa a juego que reposaba sobre la bandeja— salieron en pos del verdadero visitante antes de que el portal desapareciera.

Junto a cualquier otra mujer que no fuera Lanfear, a Graendal se la habría considerado una belleza exuberante, en plena sazón. Llevaba un vestido de seda verde, con el escote bajo. Un rubí del tamaño de un huevo de gallina reposaba entre sus senos, y sobre su dorado cabello brillaba una tiara con más rubíes incrustados. Sin embargo, al lado de Lanfear no era más que una mujer bonita y algo rolliza. Si le molestaba la inevitable comparación, su divertida sonrisa no lo daba a entender.

Los brazaletes de oro tintinearon cuando agitó una mano, cuajada de anillos, con un ademán dirigido a su espalda; la criada le puso apresuradamente la copa entre los dedos, exhibiendo una sonrisa zalamera que era reflejo de la del hombre. Graendal no les hizo caso.

—Vaya —dijo alegremente—. Casi la mitad de los Elegidos supervivientes reunidos en un mismo lugar, y nadie intenta matar a nadie. ¿Quién habría esperado cosa igual antes de la llegada del Gran Señor de la Oscuridad? Ishamael se las ingenió para que no nos lanzáramos sobre la yugular de los demás durante un tiempo, pero esto...

—¿Siempre hablas tan a las claras delante de tus sirvientes? —inquirió Sammael con una mueca.

Graendal parpadeó y miró hacia atrás a la pareja, como si se hubiera olvidado de ellos.

—No hablan a menos que se lo ordene. Me adoran. ¿No es cierto? —Los dos sirvientes cayeron de hinojos, atropellándose para proclamar su ferviente amor por ella; y lo sentían de verdad... en ese momento. Al cabo de un instante, Graendal frunció ligeramente el ceño y los sirvientes se quedaron paralizados, con la boca abierta a mitad de una palabra—. Seguirían si no los parara, pero no quiero que os molesten.

Rahvin sacudió la cabeza y se preguntó quiénes eran o habían sido. La belleza física no bastaba para los sirvientes de Graendal; también tenían que poseer poder y posición. Un antiguo lord como lacayo o una dama para prepararle el baño: eso era lo que le gustaba a Graendal. Darse caprichos no era reprochable, pero lo que hacía ella era un derroche. Esa pareja habría sido de gran utilidad con la adecuada manipulación, mas el nivel de compulsión empleado por Graendal seguramente sólo los había dejado válidos para poco más que como objetos decorativos. No tenía estilo.

—¿Falta alguno más, Lanfear? —gruñó—. ¿Acaso has convencido a Demandred de que deje de considerarse el heredero del gran Señor?

—Dudo que sea lo bastante arrogante para creerse algo así —repuso suavemente Lanfear—. Ha visto adónde lo llevó tal idea a Ishamael. Y ése es el asunto, un asunto que ha planteado Graendal. Antaño éramos trece e inmortales. Ahora han muerto cuatro y otro nos ha traicionado. No falta nadie más. Nosotros cuatro somos los únicos que teníamos que reunirnos aquí hoy, y bastamos.

—¿Estás segura de que Asmodean se ha pasado al otro bando? Jamás tuvo valor para correr riesgos, así pues ¿de dónde sacó redaños para unirse a una causa perdida?

La fugaz sonrisa de Lanfear fue divertida.

—Tuvo valor para tender una emboscada que creyó lo situaría por encima del resto de nosotros, y cuando la única elección que le quedó fue la muerte o una causa perdida, no era menester mucho valor para tomar una decisión

—Y apuesto a que tampoco dispuso de mucho tiempo para tomarla. —La cicatriz acentuó la mueca burlona de Sammael—. Si estabas lo bastante cerca de él para saber todo esto, ¿por qué lo dejaste con vida? Podrías haberlo matado antes de que se percatara de tu presencia.

—No estoy tan ansiosa por matar como tú. La muerte es definitiva, sin vuelta atrás, y por lo general hay otros métodos más provechosos. Además, utilizando términos comprensibles para ti, no quería lanzar un ataque frontal contra fuerzas superiores.

—Ese tal Rand al'Thor, ¿es realmente tan fuerte? —inquirió en tono quedo Rahvin—. ¿Habría podido superarte en un mano a mano? —Con ello no quería decir que él mismo, o Sammael fuera incapaz de vencerla si llegaba el caso, aunque Graendal tomaría partido por Lanfear si cualquiera de ellos lo intentaba. En realidad, seguramente las dos mujeres estaban llenas a reventar de Poder en ese mismo instante, prestas para atacar ante el menor gesto sospechoso de cualquiera de los dos varones. O de una de ellas. Pero ese granjero... ¡Un pastor sin adiestrar! A menos, claro, que Asmodean se estuviera encargando de ello.

—Es la reencarnación de Lews Therin Telamon —respondió Lanfear con un tono igualmente quedo—, y Lews Therin era tan fuerte como cualquiera.

Sammael se frotó con gesto absorto la cicatriz que le cruzaba la cara; había sido obra de Lews Therin, hacía tres mil años o más, mucho antes del Desmembramiento del Mundo; antes de que el Gran Señor quedara prisionero; antes de tantas cosas... Pero Sammael nunca lo olvidaba.

—Vaya —intervino Graendal—, por fin entramos en materia y vamos a discutir el asunto que nos ha traído aquí. —Rahvin hizo un gesto de desagrado y Sammael masculló entre dientes.

»Si el tal Rand al'Thor es realmente Lews Therin Telamon —continuó la mujer mientras se sentaba en la espalda del sirviente puesto a gatas—, me sorprende que no hayas intentado engatusarlo para meterlo en tu lecho, Lanfear. ¿O no es una tarea tan fácil? Si no recuerdo mal, era Lews Therin quien te llevaba de la nariz, no al contrario. Ponía fin a tus pequeñas rabietas. Te mandaba corriendo a buscar su vino, por decirlo de algún modo. —Dejó su propia copa sobre la bandeja que sostenía la mujer arrodillada en una rígida postura—. Estabas tan obsesionada con él que te habrías tendido a sus pies si hubiera pronunciado la palabra «felpudo».

Los oscuros ojos de Lanfear centellearon brevemente antes de que la mujer recobrara el control.

—Por más que sea la reencarnación de Lews Therin, no es el propio Lews Therin.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Graendal que sonreía como si todo aquello fuera un chiste—. Podría ser que, como creen muchos, todos renacemos una y otra vez mientras la Rueda gira, pero nunca ha pasado nada igual, que yo sepa. Un hombre específico que renace según se ha profetizado. ¿Quién sabe lo que es realmente?

Lanfear esbozó una sonrisa de menosprecio.

—Lo he observado de cerca. No es más que el pastor que aparenta, y puede que más cándido de lo que parece. —La expresión de mofa dio paso a otra seria—. Pero ahora tiene a

Asmodean, aunque sea un aliado débil. Y, antes de Asmodean, cuatro de los Elegidos murieron al enfrentarse con él.

—Deja que reduzca la leña seca —comentó Sammael bruscamente. Tejió flujos de Aire para arrastrar otra silla sobre la alfombra y apoyó las piernas cruzadas por los tobillos sobre el bajo respaldo tallado. Cualquiera que pensara que estaba relajado sería un necio; a Sammael le gustaba embaucar a sus enemigos haciéndoles creer que podían cogerlo por sorpresa—. Así tocaremos a más los que quedemos cuando llegue el Día del Retorno. ¿O es que crees que se alzará con la victoria en el Tarmon Gai'don, Lanfear? Aun en el caso de que consiga insuflar coraje a Asmodean, esta vez no cuenta con los Cien Compañeros. Solo o con Asmodean, el Gran Señor lo extinguirá como un blandón roto.

La mirada que le asestó Lanfear rebosaba desprecio.

—¿Y cuántos de nosotros seguiremos vivos cuando el Gran Señor se libere por fin? Ya han muerto cuatro. A lo mejor tú eres el próximo en su lista. ¿Te gustaría eso, Sammael? Puede que por fin te libres de esa cicatriz si lo derrotas. Oh, lo olvidaba. ¿Cuántas veces te enfrentaste a él en la Guerra del Poder? ¿Venciste en alguna ocasión? No consigo recordarlo. —Sin hacer una pausa se volvió hacia Graendal—. O puede que seas tú la siguiente. Por alguna razón se muestra reacio a hacer daño a las mujeres, pero tú ni siquiera tendrás la oportunidad de elegir como Asmodean. No puedes enseñarle más de lo que podría una piedra. A menos que decida conservarte como mascota. Eso sería toda una novedad para ti, ¿no es cierto? En lugar de decidir cuál de tus bellezas te complace más, tendrías que aprender a complacer.

El semblante de Graendal se crispó, y Rahvin se aprestó a levantar un escudo tras el que protegerse contra lo que quiera que las dos mujeres pudieran lanzarse la una a la otra, dispuesto a Viajar al más mínimo atisbo de fuego compacto. Entonces percibió que Sammael hacía acopio de Poder, notó una diferencia —lo que Sammael llamaría aprovechar una ventaja táctica— y se inclinó para agarrarlo por el brazo. Sammael se soltó con una brusca sacudida, furioso, pero el momento había pasado. Las dos mujeres los miraban ahora a ellos, no la una a la otra. Ninguna de ellas podía saber lo que había estado a punto de ocurrir, pero era evidente que algo había sucedido entre Rahvin y Sammael, y la desconfianza brilló en sus ojos.

—Quiero oír lo que Lanfear tenga que decir. —Rahvin no miró a Sammael, pero la frase iba dirigida a él—. Tiene que haber otra razón de más peso que el simple deseo de asustarnos.

Sammael movió la cabeza en lo que podía ser un gesto de asentimiento o de simple mal humor.

—Oh, así es, aunque un poco de miedo no estaría de más. —Los oscuros ojos de Lanfear todavía denotaban recelo, pero su voz sonaba calmada como el agua de un estanque—. Ishamael intentó controlarlo y fracasó. Después trató de matarlo, y fracasó. Pero utilizó la amenaza y el temor, y eso no funciona con Rand al'Thor.

—Ishamael estaba medio loco —rezongó Sammael— y sólo era medio humano.

—¿Y eso es lo que somos nosotros? —Graendal enarcó una ceja—. ¿Simples seres humanos? Sin duda somos algo más. Ésta es humana. —Pasó un dedo por la mejilla de la mujer que estaba arrodillada a su lado—. Habría que inventar una palabra nueva para describirnos.

—Seamos lo que seamos —dijo Lanfear—, podemos tener éxito donde Ishamael fracasó. —Estaba ligeramente inclinada hacia adelante, como si quisiera que sus palabras penetraran en ellos. Rara vez denotaba tensión. ¿Por qué estaba tensa ahora?

—¿Por qué sólo nosotros cuatro? —inquirió Rahvin. Los demás «por-qués» tendrían que esperar.

—¿Y para qué más? —fue la respuesta de Lanfear—. Si conseguimos presentar al Dragón Renacido de rodillas ante el Gran Señor el Día del Retorno, ¿por qué compartir el honor, y la recompensa, más de lo estrictamente necesario? Y quizá se lo podría utilizar incluso para... ¿Cómo lo dijiste, Sammael? ¿Reducir la leña seca?

Ésa era la clase de respuesta que Rahvin podía entender. No es que confiara en Lanfear, por supuesto, ni en ninguno de los otros, pero sí comprendía la ambición. Los Elegidos habían maquinado unos contra otros para alcanzar una posición superior desde el día en que Lews Therin los había encerrado al sellar la prisión del Gran Señor, y habían vuelto a hacerlo desde el día en que habían quedado libres. Sólo tenía que asegurarse de que la intriga urdida por Lanfear no alterara sus propios planes.

—Habla —le dijo.

—En primer lugar, hay alguien más que intenta controlarlo. O puede que matarlo. Sospecho de Moghedien o de Demandred. Moghedien ha intentado siempre actuar a la sombra, y Demandred odia a Lews Therin. —Sammael sonrió o tal vez fue una mueca, pero su odio era trivial al lado del de Demandred, aunque por un motivo mejor.

—¿Cómo sabes que no es ninguno de los que estamos aquí? —preguntó Graendal con desparpajo.

La sonrisa de Lanfear era tan amplia como la de la otra mujer e igualmente gélida.

—Porque vosotros tres escogisteis excavar agujeros en los que resguardaros y reforzar vuestro poder, mientras que los otros se atacan entre sí. Y por más razones. Ya he dicho que he vigilado de cerca a Rand al'Thor.

Lo que decía era la pura verdad. El propio Rahvin prefería la diplomacia y la manipulación al conflicto abierto, aunque no eludiría la lucha si se hacía necesario. El estilo de Sammael había sido siempre la utilización de ejércitos y la conquista; no se acercaría a Lews Therin, ni siquiera en su reencarnación como pastor, hasta que estuviera seguro de alzarse con la victoria. También Graendal perseguía la conquista, aunque sus métodos no incluían el uso de soldados; a pesar de su superficial interés por sus juguetes humanos, era de las que avanzaban paso a paso. Abiertamente, desde luego; al menos, lo que los Elegidos entendían por eso. Pero los pasos nunca eran demasiado largos.

—Puedo vigilarlo sin que se dé cuenta —continuó Lanfear—, pero los demás debéis manteneros alejados o corréis el riesgo de que os detecte. Tenemos que llevarlo hacia...

Graendal se inclinó hacia adelante, y Sammael empezó a asentir con la cabeza a medida que Lanfear exponía su plan. Rahvin prefirió reservar para sí lo que opinaba. Podía funcionar. Y si no... Si no, veía varios modos de encauzar los acontecimientos en su favor. Sí, esto podía funcionar realmente bien.

Librodot

CAPÍTULO 1

Atizando las chispas

La Rueda del Tiempo gira, y las eras llegan y pasan y dejan tras de sí recuerdos que se convierten en leyenda. La leyenda se difumina, deviene mito, e incluso el mito se ha olvidado mucho antes de que la era que lo vio nacer retorne de nuevo. En una era llamada la Tercera Era por algunos, una era que ha de venir, una era transcurrida hace mucho, comenzó a soplar un viento en una gran fronda conocida como Bosque de Braem. El viento no fue el inicio, pues no existen comienzos ni finales en el eterno girar de la Rueda del Tiempo. Pero aquél fue *un* comienzo.

Sopló hacia el sudoeste, seco, bajo un sol de oro fundido. No había llovido desde hacía largas semanas sobre la tierra allá abajo, y el calor de finales de verano se hacía más y más bochornoso. Las hojas marrones empezaban a salpicar algunos árboles prematuramente, y las piedras desnudas se cocían donde antes corrían regatos y arroyos. En un espacio abierto donde la hierba había desaparecido y sólo los arbustos secos y retorcidos sujetaban la tierra con sus raíces, el viento empezó a descubrir piedras largo tiempo enterradas; estaban desgastadas y erosionadas, y ningún ojo humano las habría identificado con los restos de una ciudad olvidada, sólo recordada por la historia.

Surgieron pueblos desperdigados antes de que el viento cruzara la frontera de Andor, así como campos donde granjeros preocupados recorrían penosamente áridos surcos. Hacía mucho que el bosque se había reducido a grupos arbóreos cuando el viento pasó, arrastrando polvo, a lo largo de la solitaria calle de un pueblo llamado Hontanares de Kore, donde los manantiales empezaban a fluir con poco caudal aquel verano. Unos cuantos perros estaban tumbados, jadeantes, ahogados por el calor, y dos chiquillos sin camisa corrían empujando con palos una vejiga hinchada, haciéndola rodar por el suelo.

No se movía nada más, salvo el viento y el polvo y el rechinante letrero que colgaba sobre la puerta de la posada, construida con ladrillos rojos y techo de bálago, como los restantes edificios que se alineaban a lo largo de la calle. Con sus dos pisos, era la construcción más grande de Hontanares de Kore, una agradable y pacífica aldea. Los caballos ensillados y atados delante de la posada apenas si agitaban las colas. El letrero del establecimiento proclamaba su nombre: La Justicia de la Gentil Reina.

Parpadeando para librarse del molesto polvo, Min acercó el ojo a la grieta de la burda pared del cobertizo donde estaban encerradas. Sólo alcanzaba a ver el hombro de un guardia junto a la puerta, pero su atención estaba puesta en la posada que había más allá. Deseó para sus adentros que el nombre del establecimiento fuera menos ominosamente idóneo; el hombre que las juzgaba, el señor local, hacía un rato que había llegado, pero no lo había visto. Sin duda estaba escuchando los cargos presentados por el granjero; Admer Nem, junto con sus hermanos y primos y todas sus esposas, se había mostrado partidario de un linchamiento fulminante antes de que los criados del señor pasaran por casualidad por allí. Se preguntó qué pena se impondría en esos lares por incendiar el granero de un hombre y sus vacas lecheras; de manera accidental, por supuesto, pero Min no creía que eso tuviera mucha importancia cuando todo había empezado con la entrada ilegal en una propiedad privada.

Logain había escapado en la confusión, abandonándolas —como era de esperar en él, ¡así lo abrasara la Luz!—, y la joven no sabía si alegrarse por ello o no. Era él quien había derribado a Nem cuando éste los descubrió justo antes de amanecer, con lo que la linterna del hombre había volado por el aire y había ido a caer sobre la paja. Si alguien tenía la culpa, era él. Además, a veces le costaba trabajo tener cuidado con lo que decía. Quizás era mejor que se hubiera ido.

Se giró para apoyarse en la pared y se limpió el sudor de la frente, aunque de inmediato se le volvió a humedecer. El interior del cobertizo era como un horno, pero sus dos compañeras no parecían advertirlo. Siuan, que llevaba un vestido de montar de oscura lana muy parecido al de Min, yacía de espaldas mirando fijamente el techo mientras se daba golpecitos en la barbilla con una paja. Leane, con su piel cobriza, esbelta y casi tan alta como la mayoría de los hombres, estaba sentada, cruzada de piernas y en ropa interior, mientras cosía algo de su vestido. Les habían permitido conservar las alforjas después de registrarlas por si guardaban en ellas espadas, hachas o cualquier otra cosa que pudiera ayudarlas a escapar.

—¿Cuál es la pena por quemar un establo en Andor? —preguntó Min.

—Si tenemos suerte —contestó Siuan sin moverse—, azotarnos con correas en la plaza del pueblo. Con menos suerte, nos tundirán a palos.

—¡Luz! —exclamó Min—. ¿Cómo puedes llamar suerte a eso?

Siuan giró sobre sí misma y se incorporó apoyándose en un codo. Era una mujer robusta, guapa en cierto sentido, aunque no hermosa, y aparentemente unos pocos años mayor que Min, pero aquellos ojos azules y penetrantes poseían una expresión autoritaria que no encajaba con una mujer joven que estaba esperando a ser juzgada en un cobertizo perdido en medio del campo. A veces Siuan era tan conflictiva como Logain, con un comportamiento fuera de tono; puede que incluso más.

—Cuando los azotes terminen, se acabó el problema —dijo con un tono con el que dejaba claro que no admitía tonterías ni chiquilladas—, y podremos seguir nuestro camino. No se me ocurre otro castigo que nos haga perder menos tiempo. Mucho menos, indiscutiblemente, que la horca, diría yo. Aunque no creo que se llegue a eso, por lo que recuerdo de las leyes andoreñas.

Una risa resollante sacudió a Min durante un momento; la otra alternativa era echarse a llorar.

—¿Tiempo? Por como nos van las cosas, diría que es lo único que tenemos. Juro que hemos pasado por todos los pueblos y aldeas que hay desde aquí a Tar Valon, y sin descubrir nada. Ni la menor vislumbre ni un solo rumor. Dudo que haya siquiera un agrupamiento. Y ahora nos hemos quedado a pie. Por lo que he oído de casualidad, Logain se llevó los caballos con él. ¡A pie y encerradas en un cobertizo y esperando sabe la Luz qué!

—Cuidado con decir nombres —advirtió Siuan en un tenso susurro al tiempo que echaba una ojeada significativa a la puerta, al otro lado de la cual había un guardia—. Irse de la lengua puede ponerte dentro de la red en lugar de al pez.

Min hizo una mueca, en parte porque empezaba a estar harta de los dichos de marinero teariano de Siuan y en parte porque la mujer tenía razón. Hasta ese momento llevaban ventaja a las noticias embarazosas —letales sería un término más apropiado—, pero algunas tenían la facilidad de recorrer cientos de kilómetros en un día. Siuan viajaba con el nombre de Mara, Leane como Amaena, y Logain había adoptado el apelativo Dalyn después de que Siuan lo convenciera de que Guaire era una elección estúpida. Min seguía convencida de que nadie reconocería su propio nombre, pero Siuan había insistido en llamarla Serenla. Ni siquiera Logain sabía los verdaderos nombres de las tres mujeres.

El problema principal era que Siuan no iba a darse por vencida. Primero, semanas de total fracaso, y ahora esto; empero, cualquier mención de dirigirse a Tear, sugerencia por demás sensata, provocaba en ella un estallido de ira que acobardaba incluso a Logain. Cuanto más tiempo pasaba sin que encontraran lo que Siuan buscaba, de peor genio estaba la mujer.

«Y no es que antes no pudiera partir piedras con ese temperamento suyo», pensaba Min, aunque era lo bastante lista para guardar para sí tal opinión.

Leane acabó finalmente de coser el vestido y se lo metió por la cabeza; echó los brazos hacia atrás para abotonar la espalda. Min no entendía por qué se había tomado esa molestia; ella detestaba cualquier tipo de labor con la aguja. El escote era algo más bajo ahora, con lo que dejaba entrever el busto de Leane, y también se ajustaba más en esa zona y en las caderas. Pero ¿qué sentido tenía? Nadie iba a pedirle un baile en ese horno que era el cobertizo.

Leane rebuscó en las alforjas de Min y sacó el estuche de maquillaje, polvos y tonterías por el estilo que Laras había obligado a la joven a guardar en su equipaje antes de partir. Min había tenido intención de deshacerse de él, pero nunca había llegado a hacerlo por uno u otro motivo. La tapa del estuche tenía un espejo, y a no tardar Leane se había puesto manos a la obra utilizando los pequeños cepillos hechos con piel de conejo. Antes nunca había mostrado un interés especial en estas cosas, y ahora parecía irritarla tener sólo un cepillo de madera negra y un pequeño peine de marfil para arreglarse el pelo. ¡Incluso refunfuñó por no tener medios para calentar las tenacillas para hacer rizos! Su oscuro cabello había crecido desde que habían iniciado la búsqueda dispuesta por Siuan, pero todavía no le llegaba a los hombros.

—¿Qué te propones, Le... Amaena? —preguntó Min tras observarla un rato. Evitó mirar a Siuan. *Sabía* contener la lengua, pero estar encerrada y asándose viva, por no mencionar el inminente juicio, hacía que tuviera algún desliz. O la horca o los azotes en público. ¡Menuda alternativa!—. ¿Has decidido dedicarte al coqueteo?

Su intención era bromear, ya que Leane era la seriedad y eficiencia hechas mujer, un comentario para aliviar la tensión, pero su respuesta la sorprendió.

—Sí —repuso enérgicamente Leane, que se miraba en el espejo con los ojos muy abiertos mientras se hacía algo en las pestañas—. Y, si coqueteo con el hombre adecuado, tal vez no tengamos que preocuparnos por azotes públicos en ningún otro sitio. Puede que, al menos, consiga una sentencia más leve para las tres.

Con la mano levantada para enjugarse de nuevo la frente, Min dio un respingo; era como si un búho hubiera manifestado su intención de convertirse en un colibrí. Sin embargo, Siuan se limitó a sentarse y clavó los ojos en Leane.

—¿A qué viene esto? —inquirió con voz firme.

Min sospechaba que, si Siuan le hubiera asestado esa penetrante mirada a ella, habría confesado cosas que ya tenía olvidadas. Cuando la antigua Amyrlin observaba a alguien de ese modo, uno empezaba a hacer reverencias y a cumplir rápidamente sus órdenes antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Le ocurría incluso a Logain la mayor parte del tiempo, exceptuando lo de las reverencias.

Leane pasó suavemente un pequeño cepillo por los pómulos y examinó el resultado en el espejo. Miró de soslayo a Siuan pero, viera lo que viera en la otra mujer, respondió con el mismo tono tajante que siempre utilizaba:

—Ya sabes que mi madre era mercader y comerciaba principalmente con pieles y madera. Una vez la vi embelesar a un lord saldaenino ofuscándole la mente hasta conseguir que le consignara la totalidad de su producción anual de madera a la mitad de precio que quería, y dudo que el hombre se diera cuenta de lo que había ocurrido hasta que llegó de vuelta a su casa. Si es que lo hizo. Poco después le envió un brazalete con piedras de luna engarzadas. Las domanis no merecemos toda esa reputación que nos achacan, en su mayoría rumores divulgados por gazmoños estirados que van de paso, aunque sí parte de ella. Mi madre y mis tías me enseñaron, junto con mis hermanas y primas, por supuesto. —Se observó, sacudió la cabeza y reanudó sus menesteres con un suspiro.

»Pero me temo que era tan alta como ahora en mi decimocuarto cumpleaños, toda rodillas y codos, como un coyote que ha crecido demasiado deprisa. Y poco tiempo después de ser capaz de cruzar una habitación sin tropezar dos veces, supe que... —Soltó un hondo suspiro—. Supe que mi vida tomaría otro rumbo que ser una mercader. Y ahora también me he quedado sin eso. Va siendo hora de que aproveche lo que me enseñaron hace tantos años.

Considerando las circunstancias, no se me ocurre lugar ni momento mejores que éstos para llevarlo a la práctica.

—Ésa no es la razón —dijo Siuan tras observarla astutamente unos instantes más—. No la única. Vamos, suéltalo.

Leane arrojó el pequeño cepillo en el estuche, echando chispas.

—¿La única razón? Ignoro si tengo más. Sólo sé que necesito algo en mi vida que reemplace... lo que me falta. Tú misma me dijiste que era la única esperanza de sobrevivir. La venganza se queda corta, al menos para mí. Comprendo que tu causa es necesaria y puede que incluso sea justa, pero, la Luz me valga, tampoco eso es suficiente. Soy incapaz de involucrarme tanto como tú. Tal vez salí demasiado tarde del marasmo. Me quedaré contigo, pero no me basta. —La rabia se apagó al ponerse a cerrar botes y frasquitos y a colocarlos en su sitio, aunque para ello utilizó más fuerza de la necesaria. A su alrededor flotaba un tenue perfume de rosas.

»Sé que coquetear no es algo que sirva para colmar el vacío, pero sí para llenar un rato ocioso. Quizá ser la persona que habría sido me baste. No lo sé. No es una idea nueva; siempre deseé ser como mi madre y mis tías. A veces soñaba despierta con ello después de haber crecido. —El semblante de Leane se tornó pensativo, y las últimas cosas entraron en el estuche con más suavidad.

»Creo que quizá siempre he tenido la sensación de estar haciéndome pasar por otra persona, de haber ido construyendo una máscara hasta que se convirtió en algo asumido como natural. Había que ocuparse de un trabajo serio, más que comerciar, y para cuando quise darme cuenta de que existía otro camino que podría haber tomado incluso en esas circunstancias, la máscara estaba sujeta con demasiada firmeza para quitármela. En fin, eso se ha terminado ahora, y la máscara empieza a desprenderse. Incluso me planteé empezar con Logain hace una semana, para practicar. Pero la verdad es que estoy desentrenada, y creo que él es la clase de hombre que oye más promesas de las que la mujer tiene intención de hacer, y espera que las cumpla. —Una suave y repentina sonrisa asomó a sus labios—. Mi madre decía siempre que si ocurría algo así era que uno había cometido un grave error de cálculo, y que si no había salida o había que renunciar a su dignidad y echar a correr o había que pagar el precio y tomarlo como una lección. —La sonrisa adquirió un tinte pícaro—. Mi tía Resara decía que uno pagara el precio y lo disfrutara.

Min sólo fue capaz de sacudir la cabeza. Era como si Leane se hubiera transformado en otra mujer. ¡Mira que hablar así de...! A pesar de estar escuchándola, casi no daba crédito a sus oídos. Pensándolo bien, de hecho Leane parecía diferente. Pese a todo el maquillaje, no había rastro de pinturas o polvos en su cara que Min pudiera ver y, sin embargo, sus labios daban la impresión de estar más llenos, sus pómulos, más altos, sus ojos, más grandes. Siempre había sido una mujer muy hermosa, pero ahora su belleza se había quintuplicado.

Pero Siuan no había terminado con el asunto.

—¿Y si este señor de campo resulta ser como Logain? —preguntó suavemente—. ¿Qué harás entonces?

Leane se irguió sobre las rodillas, con la espalda muy recta, y tragó saliva con esfuerzo antes de contestar, aunque su voz sonó firme:

—Considerando las alternativas, ¿qué harías tú?

Las dos se sostuvieron la mirada sin parpadear, y el silencio se prolongó.

Antes de que Siuan respondiera —si es que pensaba hacerlo, y Min habría dado cualquier cosa por oír su contestación— la cadena y el candado tintinearon al otro lado de la puerta.

Las otras dos mujeres se pusieron lentamente de pie y recogieron las alforjas con calma, pero Min dio un brinco y deseó tener su cuchillo a mano. «Una idea estúpida —pensó—. Sólo conseguiría empeorar la situación. Además, no soy la condenada heroína de un cuento. Aunque saltara sobre el guardia...»

La puerta se abrió, y un hombre que llevaba un chaleco de cuero sobre la camisa llenó el

vano. No era un tipo al que pudiera atacar una joven, ni siquiera con un cuchillo. Puede que ni con un hacha. Ancho era el término para describirlo, y fornido. En el poco cabello que le quedaba en la cabeza había más canas que otra cosa, pero su apariencia era tan sólida como la de un tocón de roble.

—Muchachas, es hora de que os presentéis ante el señor —dijo con aspereza—. ¿Venís de buen grado o tendré que arrastraros como unos sacos de grano? En uno u otro caso, iréis, y preferiría no tener que cargar con vosotras con este calor.

Min miró detrás de él y vio otros dos hombres esperando, también canosos e igualmente fuertes, aunque no tan fornidos.

—Iremos por nuestro propio pie —replicó secamente Siuan.

—Bien. Entonces, venid, y daos prisa. A lord Gareth no le gustaría que lo hicieseis esperar.

A pesar de haber admitido que irían por propia voluntad, cada hombre cogió firmemente a una de ellas por el brazo cuando echaron a andar por la polvorienta calle. La mano del hombretón medio calvo se cerró alrededor del brazo de Min como un grillete. «Adiós a la posibilidad de salir corriendo», pensó la joven con amargura. Se planteó propinarle una patada en el tobillo para ver si así aflojaba los dedos, pero el aspecto del hombre era tan sólido que Min sospechó que lo único que conseguiría con ello sería algún dedo del pie contusionado y que el resto del camino la llevara a rastras.

Leane parecía perdida en sus pensamientos; con la mano libre iniciaba gestos que no acababa, y sus labios se movían como si estuviera repasando lo que pensaba decir, pero no dejaba de sacudir la cabeza y volvía a empezar de nuevo. También Siuan parecía absorta en sí misma, pero su frente se fruncía con un gesto preocupado e incluso se mordisqueaba el labio inferior; Siuan jamás había exteriorizado tanta inquietud. Total, que ninguna de las dos contribuyó a que Min se sintiera más segura.

La sala de La Justicia de la Gentil Reina, con su techo de vigas al aire, tampoco ayudó a calmar su ansiedad. Admer Nem, con sus largos y lacios cabellos y luciendo una contusión amarillenta alrededor del ojo hinchado, se encontraba de pie a un lado, junto con media docena de hermanos y primos tan fornidos como él, así como sus esposas, todos ellos ataviados con sus mejores chaquetas y delantales. Los granjeros miraron a las tres prisioneras con una mezcla de cólera y satisfacción tal que a Min se le cayó el alma a los pies. Y las miradas de sus esposas eran aun peores, de puro odio. En las otras paredes se alineaban, de seis en fondo, los vecinos del pueblo, todos con las ropas del trabajo que habían interrumpido para esto. El herrero todavía llevaba su mandil de cuero, y varias mujeres iban remangadas, mostrando los brazos manchados de harina. La sala zumbaba con los murmullos que intercambiaban entre sí, tanto los mayores como los contados niños, y sus ojos se clavaron sobre las tres mujeres con tanta avidez como los de los Nem. Min pensó que éste debía de ser el suceso más excitante habido en Hontanares de Kore. Una vez había visto a una multitud mostrando la misma expectación que estas gentes, y fue en una ejecución.

Se habían retirado todas las mesas a excepción de una que habían colocado delante de la gran chimenea de ladrillos. Un hombre fornido, de rostro franco, cabello espeso y canoso, estaba sentado a ella, con las manos cruzadas ante sí sobre el tablero; vestía una chaqueta de buen corte, en seda verde oscuro. Una mujer delgada, más o menos de la misma edad, se encontraba de pie a un lado de la mesa; llevaba un vestido de buena lana gris, con flores blancas bordadas en el cuello. Min supuso que eran el señor del lugar y su esposa; la nobleza del campo no estaba mucho más informada que sus aparceros y arrendatarios de lo que pasaba en el mundo.

Los guardias las condujeron delante de la mesa del señor y después se mezclaron con el resto de los espectadores. La mujer vestida de gris se adelantó, y los murmullos cesaron.

—Todos los asistentes presten atención —anunció la mujer—, porque hoy lord Gareth Bryne impartirá justicia. Prisioneras, se os ha traído a presencia de lord Bryne para ser juzgadas. —Entonces, no era la esposa del noble, sino alguna clase de oficial. ¿Gareth Bryne?

Que Min recordara, ese hombre era capitán general de la Guardia Real, en Caemlyn. Si es que se trataba de la misma persona. Miró de soslayo a Siuan, pero ésta tenía prendidos los ojos en los anchos tablones del suelo, delante de sus pies. Fuera quien fuera, el tal Bryne tenía un aire cansado, abatido.

—Se os acusa —continuó la mujer de gris— de entrar ilegítimamente en una propiedad ajena de noche, de incendio premeditado y destrucción de un edificio y su contenido, de matar ganado valioso, de asalto a la persona de Admer Nem y del robo de una bolsa con oro y plata. Se da por hecho que el asalto y el robo fueron obra de vuestro compañero, quien se dio a la fuga, pero las tres sois igualmente culpables a los ojos de la ley.

Hizo una pausa para que las acusadas comprendieran bien lo que acababa de decir, y Min intercambió una mirada lastimosa con Leane. Así que Logain no había tenido bastante con lo que había hecho que también había tenido que robar. Probablemente se encontraba a mitad de camino de Murandy a estas alturas, si no más lejos aun. Al cabo de unos segundos, la mujer continuó:

—Los denunciantes están aquí para presentar sus acusaciones. —Hizo un gesto señalando al apiñado grupo de los Nem—. Admer Nem, sal a prestar testimonio.

El hombretón se adelantó con una actitud mezcla de prepotencia y timidez, dando tirones a la chaqueta allí donde los botones de madera tiraban de los ojales, a la altura del estómago, y retirándose el escaso cabello que no dejaba de caérsele sobre la frente.

—Como ya dije, lord Gareth, la cosa pasó así...

Hizo un relato bastante ajustado a la verdad sobre haberlos descubierto en el pajar y haberles ordenado que se fueran, aunque describió a Logain con un palmo más de altura y transformó el único puñetazo del hombre en una refriega en la que Nem había propinado tantos golpes como los que había recibido. La linterna había caído y la paja había prendido fuego. Entonces el resto de la familia había salido corriendo de la granja, cuando todavía no había amanecido. Habían logrado reducir a las prisioneras, y el establo había ardido como una tea. Después habían descubierto la desaparición de la bolsa del dinero en la casa. Quitó importancia a la parte en que el criado de lord Bryne había pasado a caballo de casualidad por allí mientras algunos miembros de la familia sacaban cuerdas y buscaban unas ramas sólidas donde colgarlas.

Cuando volvió a referirse a la «pelea» —esta vez parecía que estaba ganando él—, Bryne lo interrumpió.

—Eso será suficiente, maese Nem. Podéis regresar a vuestro sitio.

En lugar de ello, una de las mujeres Nem, de edad adecuada para ser esposa de Admer, se adelantó junto a él. Tenía la cara redonda, pero no suave, sino redonda como una sartén o como un canto de río. Y congestionada por la ira.

—Azotad bien a estas tunantas, lord Gareth, ¿me oís? ¡Azotadlas bien y llevadlas a rastras hasta Colina de Jorn!

—Nadie te ha pedido que hables, Maigan —dijo severamente la esbelta mujer de gris—. Esto es un juicio, no una petición de demanda. Volved a vuestro sitio, tú y Admer. Inmediatamente. —La pareja obedeció, Admer con más presteza que Maigan. La mujer de gris se volvió hacia Min y sus compañeras—. Si deseáis testificar para defenderos o mitigar la ofensa, podéis hacerlo ahora. —En su voz no había comprensión; de hecho, no reflejaba emoción alguna.

Min esperaba que Siuan tomara la palabra —era la que llevaba la batuta siempre, la que hablaba siempre—, pero la mujer no se movió ni levantó los ojos. En cambio, fue Leane quien se acercó a la mesa con la mirada prendida en el hombre sentado detrás.

Su postura era tan erguida como siempre, pero sus andares habituales —pasos largos y gráciles, pero pasos al fin y al cabo— se habían convertido en una especie de suave deslizarse con un ligero cimbreo. De algún modo, sus caderas y su busto se hicieron más notorios, y no porque se contoneara o hiciera alarde de sus atributos; simplemente, el modo de moverse conseguía que quien la miraba se percatara de ellos.

—Mi señor, somos tres mujeres indefensas, unas refugiadas que huyen de las tormentas que barren el mundo. —Su enérgico tono habitual había desaparecido para dar paso a otro aterciopelado y acariciante. En sus oscuros ojos había un brillo intenso, una especie de abrasador desafío—. Perdidas y sin un céntimo, nos refugiamos en el establo de maese Nem. Estuvo mal, lo sé, pero teníamos miedo de la noche. —Un pequeño gesto, las manos medio levantadas con la parte interior de las muñecas en dirección a Bryne, logró que por un instante su apariencia fuera de total desamparo. Pero sólo durante un momento.

»Ese hombre, Dalyn, era realmente un desconocido, alguien que nos ofreció protección. En los tiempos que corren, las mujeres solas deben tener quien las proteja, mi señor, aunque me temo que hicimos una mala elección. —Los ojos muy abiertos en una mirada suplicante bastaron para decirle que él sería un paladín mucho mejor—. Efectivamente fue Dalyn quien atacó a maese Nem, mi señor. Nosotras nos habríamos marchado o habríamos trabajado para pagar el hospedaje de la noche. —Rodeó la mesa por un lado y se arrodilló grácilmente junto a la silla de Bryne; posó suavemente los dedos sobre la muñeca del hombre y alzó los ojos hacia él de modo que sus miradas se trabaron. Había un leve temblor en su voz, pero su sonrisa bastaba para acelerar los latidos del corazón de cualquier hombre. Era... sugerente.

»Mi señor, somos culpables de un pequeño delito, pero no de todos los cargos que nos hacen. Nos confiamos a vuestra merced. Os lo suplico, mi señor, apiadaos de nosotras y protegednos.

Durante un largo instante Bryne se miró en sus ojos. Luego, carraspeando con fuerza, retiró la silla hacia atrás, se puso en pie y rodeó la mesa por el lado opuesto al que estaba la mujer. Hubo un rebullir generalizado entre granjeros y aldeanos; los hombres se aclaraban la garganta como había hecho su señor, y las mujeres rezongaban entre dientes. Bryne se paró delante de Min.

—¿Cómo te llamas, muchacha?

—Min, mi señor. —Oyó un ahogado gruñido de Siuan y añadió con premura—: Serenla Min. Todos me llaman Serenla, mi señor.

—Tu madre debió de tener una premonición —murmuró con una sonrisa. No era el primero en reaccionar así con el nombre—. ¿Tienes algo que alegar, Serenla?

—Sólo que lo lamento mucho, mi señor, y que realmente no fue culpa nuestra. Dalyn lo hizo todo. Os pido clemencia, mi señor. —Aquello no parecía gran cosa al lado de la súplica de Leane; cualquier cosa parecería insignificante comparada con la actuación de la otra mujer. Empero, era lo mejor que se le ocurría. Tenía la boca tan seca como la calle polvorienta. ¿Y si Bryne decidía ahorcarlas?

El hombre asintió con la cabeza y se movió hacia Siuan, que seguía con la vista clavada en el suelo. Le agarró la barbilla suavemente y le hizo levantar la cabeza para mirarla a la cara.

—¿Y cómo te llamas tú, joven?

Siuan retiró bruscamente la cabeza para liberar la barbilla y retrocedió un paso.

—Mara, mi señor —susurró—. Mara Tomanes.

Min gimió suavemente. Siuan estaba aterrorizada y, sin embargo, al mismo tiempo sostenía la mirada del hombre con actitud desafiante. Min temió que en cualquier momento le exigiera que las dejara en libertad de inmediato. Bryne le preguntó si quería decir algo, y ella denegó con otro nervioso susurro, pero mientras tanto lo contemplaba como si fuera él el acusado. Sin duda estaba controlando la lengua, pero, desde luego, no hacía lo mismo con los ojos.

Al cabo de un momento, Bryne se volvió.

—Vuelve junto a tus amigas, muchacha —le dijo a Leane mientras regresaba a su silla. La mujer caminó hacia ellas con un aire de clara frustración y lo que cualquier otro excepto Min habría calificado de cierto malhumor.

—He tomado una decisión —anunció Bryne a la sala—. Los delitos son graves y nada de lo que he oído cambia los hechos. Si tres hombres se cuelan en la casa de otro para robarle

las velas y uno de ellos ataca al propietario, los tres son igualmente culpables. Tiene que haber una recompensa. Maese Nem, os entregaré el importe de la reconstrucción de vuestro establo, más el precio de seis vacas lecheras. —Los ojos del fornido granjero se iluminaron de alegría hasta que Bryne agregó—: Caralin desembolsará el dinero una vez que haya fijado el montante real. Algunas de vuestras vacas ya casi no daban leche, por lo que he oído. —La delgada mujer de gris asintió con satisfacción—. Por la contusión de la cabeza, os compensaré con un marco de plata. No protestéis —dijo firmemente al ver que Nem abría la boca—. Maigan os ha dado peores golpes por excederos con la bebida. —Una risa generalizada entre los asistentes celebró aquellas palabras, a lo que contribuyó la actitud medio avergonzada de Nem y más aun la iracunda mirada que le asestó Maigan—. También repondré la suma de la bolsa robada, una vez que Caralin esté convencida de la cantidad que había dentro. —Tanto Nem como su esposa parecían descontentos, pero refrenaron la lengua; era obvio que les daba lo que consideraba justo, y nada más. Min empezó a albergar esperanzas.

Bryne apoyó los codos en la mesa y volvió su atención hacia ellas. Sus palabras, pronunciadas lentamente, le hicieron un nudo en el estómago:

—Vosotras tres trabajaréis para mí, por el salario normalmente estipulado para el tipo de tarea que se os destine, hasta que el dinero que he desembolsado me haya sido devuelto. No penséis que soy clemente. Si prestáis un juramento que me satisfaga no tendréis que estar bajo custodia y podréis trabajar en mi mansión. Lo contrario significa el trabajo en los campos, donde estaréis vigiladas en todo momento. Los jornales son inferiores en esas labores, pero la decisión es vuestra.

Min se devanó los sesos buscando una promesa poco comprometedora que pudiera satisfacerlo. No le gustaba faltar a su palabra en ninguna circunstancia, pero tenía intención de marcharse tan pronto como se le presentara la oportunidad y no quería cargar sobre su conciencia el incumplimiento de un juramento importante.

Leane parecía debatirse en idénticas consideraciones, pero Siuan apenas vaciló antes de arrodillarse y cruzar las manos sobre el corazón. Sus ojos parecieron trabarse con los de Bryne; la expresión desafiante no había mermado un ápice.

—Por la Luz y por mi esperanza de salvación y renacimiento, juro serviros en lo que quiera que requiráis durante el tiempo que requiráis. Y, si no lo hago, que la faz del Creador se aparte para siempre de mí y que la oscuridad consuma mi alma. —Pronunció las palabras en un quedo susurro, pero éstas provocaron un profundo silencio. No había un juramento más fuerte, aparte de los que prestaba una mujer al ascender a Aes Sedai, y la Vara Juratoria la comprometía a cumplirlos con tanta certeza como si fueran parte de su carne y de su sangre.

Leane miró de hito en hito a Siuan; después también se puso de rodillas.

—Por la Luz y por mi esperanza de salvación y renacimiento...

Min dejó de oírla en su desesperada búsqueda de una salida. Hacer un juramento menos serio que el de ellas significaba sin duda el trabajo en los campos y estar vigilada constantemente, pero esto... Por lo que le habían enseñado, romperlo sería poco menos que cometer un asesinato, o quizás igualmente grave. Pero no había salida. O hacía el juramento o quién sabía cuántos años pasaría haciendo labores en el campo de sol a sol y probablemente encerrada bajo llave de noche. Se hincó de rodillas junto a las otras dos mujeres y pronunció las palabras, pero para sus adentros estaba gritando. «¡Siuan, grandísima estúpida! ¿En qué me has metido ahora? ¡No puedo quedarme aquí! ¡Tengo que ir con Rand! ¡Oh, Luz, ayúdame!»

—Bien —dijo Bryne cuando quedaron hechos los juramentos—. No esperaba algo así. Me basta. Caralin, ¿quieres llevar a maese Nem a alguna parte para saber a cuánto considera él que ascienden sus pérdidas? Y haz que todo el mundo desaloje la sala excepto ellas tres. Ocúpate de los preparativos para transportarlas a la mansión. Dadas las circunstancias, no creo que sean necesarios los guardias.

La delgada mujer le lanzó una mirada agobiada, pero a no tardar tenía a todos los asistentes al juicio dirigiéndose ordenadamente hacia la puerta. Admer Nem y sus parientes

Librodot

varones se mantuvieron cerca de ella; en el rostro del primero era patente la avaricia. Sus mujeres no parecían menos codiciosas, pero aun así tuvieron tiempo para asestar varias miradas furibundas a Min y a sus dos compañeras, que permanecían de rodillas mientras la sala se vaciaba. En lo que a ella se refería, Min dudaba que sus piernas pudieran sostenerla. En su mente se repetían una y otra vez las mismas frases: «Oh, Siuan, ¿por qué? No puedo quedarme aquí. ¡No puedo!».

—Ya han pasado por aquí varios refugiados —dijo Bryne cuando el último aldeano se hubo marchado. Se recostó en la silla y las observó con atención—, pero ninguno tan extraño como vosotras tres. Una domani, una ¿teariana? —Siuan asintió bruscamente con la cabeza. Ella y Leane se pusieron de pie; esta última se frotó suavemente las rodillas, pero Siuan se limitó a quedarse erguida. Min se las ingenió para incorporarse sobre las inestables piernas—. Y tú, Serenla. —De nuevo asomó un atisbo de sonrisa a sus labios al pronunciar el nombre—. Si no me equivoco, por tu acento diría que procedes de algún lugar al oeste de Andor.

—De Baerlon —musitó la joven, que se mordió la lengua demasiado tarde. Alguien podría saber que Min era de Baerlon.

—No me ha llegado noticia de ningún suceso al oeste que haya obligado a la gente a huir de sus casas —comentó con un tono interrogante; pero, al ver que la muchacha guardaba silencio, no insistió—. Después de que hayáis saldado la deuda con vuestro trabajo, seréis bienvenidas a continuar a mi servicio. La vida puede ser muy dura para quienes han perdido su hogar, e incluso el catre de una doncella es mejor que dormir debajo de unos arbustos.

—Gracias, mi señor —dijo Leane con aquel tono acariciante al tiempo que hacía una reverencia con tanta gracia que hasta vestida con el burdo traje de montar pareció un paso de baile. Las palabras de agradecimiento de Min sonaron torpes, y la joven no hizo ninguna reverencia porque no se fiaba de la estabilidad de sus rodillas. Siuan se limitó a seguir plantada allí, muy erguida, mirándolo de hito en hito sin decir nada.

—Lástima que vuestro compañero se llevara las monturas. Cuatro caballos habrían reducido gran parte de la deuda.

—Era un desconocido y un ladrón —adujo Leane con una voz apropiada para algo mucho más íntimo—. Por lo que a mí respecta, me siento más que satisfecha con haber cambiado su protección por la vuestra, mi señor.

Bryne la miró —apreciativamente, en opinión de Min—, pero se limitó a contestar:

—Al menos en la mansión estaréis a una distancia segura de los Nem.

A ese respecto, holgaban los comentarios. Min suponía que fregar suelos en la mansión de Bryne y fregarlos en la granja de los Nem no sería muy diferente. «¿Cómo puedo salir de esto? Luz, ¿cómo?»

El silencio se prolongó, salvo porque Bryne empezó a tamborilear los dedos sobre la mesa. Min habría asegurado que el noble no sabía qué más decir, porque de lo que estaba segura era de que ese hombre nunca perdía los nervios. Lo que probablemente ocurría era que estaba irritado porque sólo Leane parecía mostrar cierta gratitud; suponía que su sentencia podría haber sido mucho peor desde el punto de vista del noble. Quizá las miradas ardientes y el tono acariciador de Leane habían funcionado en cierto sentido, pero Min habría preferido que la mujer hubiera mantenido su actitud de antes. Ser colgada por las muñecas en la plaza del pueblo se le antojaba mejor que esto.

Finalmente Caralin regresó, mascullando para sí. Su voz sonaba exasperada al informar a Bryne.

—Se tardará varios días en obtener respuestas precisas de esos Nem, lord Gareth. Si lo dejara, Admer tendría cinco establos y cincuenta vacas. Por lo menos creo que realmente existía la bolsa de dinero, pero en cuanto a la cantidad... —Sacudió la cabeza y suspiró—. Acabaré descubriéndolo. Joni está preparado para llevar a estas muchachas a la mansión, si habéis terminado con ellas.

—Llévatelas, Caralin —dijo Bryne mientras se levantaba de la silla—. Cuando se hayan puesto en camino, reúnete conmigo en el ladrillar. —De nuevo parecía cansado—. Thad

Haren dice que necesita más agua para seguir haciendo ladrillos, y sólo la Luz sabe de dónde voy a sacarla. —Abandonó la sala como si hubiera olvidado por completo a las tres mujeres que acababan de jurar servirlo.

Joni resultó ser el corpulento y calvo hombretón que había ido a buscarlas al cobertizo, y ahora esperaba junto a una carreta de altas ruedas y con una cubierta redonda de lona, tirada por un flaco caballo pardo. Había unos cuantos aldeanos por los alrededores para verlas partir, pero la mayoría parecía haber regresado a sus casas, huyendo del calor. Gareth Bryne caminaba por la polvorienta calle, alejándose a buen paso.

—Joni os llevara a salvo hasta la mansión —dijo Caralin—. Haced lo que se os ha ordenado, y no llevaréis una vida dura. —Las observó un momento; sus oscuros ojos eran casi tan penetrantes como los de Siuan. Luego asintió con la cabeza como satisfecha de lo que veía y se apresuró a ir en pos de Bryne.

Joni mantuvo retiradas las solapas de lona que cerraban la parte trasera de la carreta, pero dejó que subieran sin ayuda y tomaran asiento. No había ni un poco de paja para aliviar la dureza del fondo de madera, y la gruesa lona conservaba el calor en el interior. El hombretón no pronunció una sola palabra. El vehículo se meció cuando subió al pescante, protegido por la lona. Min le oyó chasquear la lengua para que el caballo se pusiera en marcha, y la carreta arrancó con un brusco tirón; las ruedas chirriaban ligeramente y saltaban al coger alguno que otro bache.

Entre las solapas de la parte posterior quedaba una abertura lo bastante amplia para que Min viera cómo el pueblo iba quedando atrás hasta desaparecer por completo en la distancia para ser reemplazado por amplias arboledas y labrantíos vallados. Estaba demasiado conmocionada para hablar. La grandiosa causa de Siuan iba a terminar fregando cacerolas y suelos. Jamás tendría que haber ayudado a esta mujer ni haberse quedado con ella. Debería haber partido a galope hacia Tear en la primera oportunidad que se le presentó.

—Bien —dijo repentinamente Leane—, parece que no lo hice mal del todo.

Su tono volvía a ser tan firme como siempre, pero se podía advertir un atisbo de entusiasmo —¡entusiasmo!— en él, además de que sus mejillas mostraban un vivo rubor.

—Podría haber sido mejor —continuó—, pero la práctica se encargará de eso. —Su queda risa casi sonó traviesa—. No me había dado cuenta de lo divertido que podía ser. De hecho, cuando noté que el ritmo de su pulso se había disparado... —Sostuvo la mano un instante en la postura que tenía cuando la posó sobre la muñeca de Bryne—. Creo que nunca me había sentido tan viva, tan alerta. Tía Resara solía decir que los hombres eran un deporte más divertido que la caza con halcón, pero no lo entendí realmente hasta hoy.

Sujetándose para evitar los zarandeos de la carreta, Min la miró con ojos desorbitados.

—Te has vuelto loca —dijo al cabo—. ¿Cuántos años de nuestras vidas hemos empeñado? ¿Dos? ¿Cinco? ¡Supongo que esperas que Gareth Bryne se los pase siguiéndote como un perrillo faldero! Bien, pues ojalá consiga que se vuelvan las tornas contra ti.

La expresión sobresaltada de Leane no sirvió para mejorar el malhumor de Min. ¿Es que esperaba que se tomara las cosas con la misma calma que ella? Pero en realidad Min no estaba furiosa con Leane, de modo que la joven se volvió hacia Siuan, que estaba medio tendida sobre las burdas tablas.

—¡Y tú! Cuando decides rendirte no lo haces a medias, sino como un cordero que se deja llevar al matadero. ¿Por qué elegiste ese juramento? Oh, Luz, ¿por qué?

—Porque era el único con el que estaba segura de que no nos tendría vigiladas día y noche —contestó Siuan—, estuviéramos en los campos o en la mansión. —Lo dijo como si fuera algo obvio para cualquiera, y Leane parecía estar de acuerdo con ella.

—Entonces es que tienes intención de quebrantarlo —adivinó Min, escandalizada, al cabo de un momento y, a pesar de haber hablado en un susurro, echó una ojeada hacia las solapas de lona tras las que estaba Joni. No creía que el hombre la hubiera oído.

—Tengo intención de hacer lo que debo —repuso firmemente Siuan, pero en un susurro igualmente comedido—. Dentro de dos o tres días, cuando esté segura de que no nos tienen

vigiladas, nos marcharemos. Me temo que tendremos que coger caballos puesto que nos hemos quedado sin los nuestros. Bryne debe de poseer unas buenas caballerizas. Lamentaré tener que hacer algo así.

Y Leane seguía sentada tranquilamente, tan satisfecha como una gata relamiéndose la nata pegada a los bigotes. Debía de haberse dado cuenta desde el principio; por eso no había vacilado en pronunciar el juramento.

—¿Que lamentarás robar caballos? —repitió roncamente Min—. Te dispones a romper un juramento que cualquiera cumpliría salvo un Amigo Siniestro ¿y dices que lamentarás robar caballos? No puedo creeros a ninguna de las dos. La verdad es que no os conozco.

—¿Acaso tienes intención de quedarte y restregar cacerolas? —inquirió Leane en un tono tan bajo como el de las otras dos—. ¿Estando Rand ahí fuera, con tu corazón en un bolsillo?

Min sintió una sorda rabia. Ojalá nunca hubieran descubierto que amaba a Rand al'Thor. A veces quería no haberlo descubierto nunca ella misma. Un hombre que casi no sabía que existía; un hombre como él. Lo que Rand era ya no parecía ser tan importante como el hecho de que nunca se hubiera fijado en ella, pero en realidad lo uno iba unido a lo otro. Deseó manifestar que pensaba cumplir su juramento y olvidarse de Rand durante el tiempo que tardara el saldar su deuda trabajando. Pero fue incapaz de abrir la boca. «¡Así se abrase! ¡Si no lo hubiera conocido no estaría metida en este lío!»

Cuando el silencio se prolongó demasiado para el gusto de Min, roto sólo por el rítmico chirriar de las ruedas y el suave trapaleo de los cascos del caballo de tiro, Siuan habló:

—Me propongo cumplir lo que juré... cuando haya terminado lo que debo hacer primero. No prometí servirle inmediatamente; tuve mucho cuidado en no insinuarlo siquiera, estrictamente hablando. Una puntualización sutil que sin duda Gareth no comprendería, pero que no deja de ser verdad.

Min se quedó desmadejada por la sorpresa, y se dejó sacudir por el suave traqueteo de la carreta.

—¿Os proponéis huir y después volver al cabo de unos años y entregaros a Bryne? Ese hombre os desollará a las dos y venderá vuestros pellejos a un curtidor. *Nuestros* pellejos. —Hasta que no hubo dicho aquello no fue consciente de que había aceptado la solución de Siuan. Huir, regresar después y... «¡No puedo! Amo a Rand. ¡Y él no se dará cuenta si Gareth Bryne me hace trabajar en sus cocinas el resto de mi vida!»

—Con ese hombre no se puede jugar, lo admito —suspiró Siuan—. Lo conocí... hace tiempo. Estaba aterrada de que pudiera reconocer mi voz. Los rostros cambian, pero no las voces. —Se tocó la cara como hacía a veces sin que al parecer se diera cuenta de ello—. Los rostros cambian —repitió. Después su tono se tornó firme—. He pagado un precio muy alto por lo que he de hacer, y también pagaré éste. En su momento. Si hay que elegir entre ahogarse y subirse a lomos de una escorpina, uno se monta en ella y espera que todo vaya bien. No hay vuelta de hoja, Serenla.

—Ser una criada dista mucho del futuro que elegiría —adujo Leane—, pero aún está por llegar, y ¿quién sabe lo que puede ocurrir mientras tanto? No he olvidado cuando creía que no tenía futuro. —Un atisbo de sonrisa asomó a sus labios, entrecerró los párpados en un gesto soñador y su voz se tornó aterciopelada—. Además, no creo que venda nuestros pellejos, ni mucho menos. Dadme unos pocos años de práctica y después unos cuantos minutos con lord Gareth Bryne, y nos recibirá con los brazos abiertos y nos instalará en sus mejores habitaciones. Nos vestirá con sedas y pondrá su carruaje a nuestra disposición para llevarnos a donde nos apetezca.

Min la dejó cobijarse en sus fantasías. A veces pensaba que las otras dos mujeres vivían en un mundo de sueños. Algo más le vino a la cabeza, una cosa pequeña, pero que empezaba a irritarla.

—Por cierto, Mara, dime una cosa. He reparado que a veces la gente sonríe cuando me llamas Serenla. Bryne lo hizo, y dijo algo sobre que mi madre debió de tener una

Librodot

premonición. ¿Por qué?

—En la Antigua Lengua —contestó Siuan—, significa «hija testaruda». Tenías una vena de tozudez cuando nos conocimos. Una vena de un kilómetro de ancho por uno de profundidad. —¡Y era Siuan quien decía eso! ¡Siuan, nada menos, la mujer más obstinada del mundo! Sonreía de oreja a oreja—. Claro que pareces ir progresando. En el próximo pueblo podrías utilizar el nombre de Chalinda. Significa «chica dulce». O, quizá...

De repente la carreta dio un tirón más brusco que los anteriores y empezó a cobrar velocidad a medida que el caballo se ponía a galope. Zarandeadas como granos de trigo en un cedazo, las tres mujeres se miraron con sorpresa. Después Siuan se incorporó y apartó la solapa de lona que tapaba el pescante. Joni había desaparecido. Siuan se echó sobre el asiento de madera, agarró las riendas y tiró con fuerza hasta que frenó al caballo. Min abrió las solapas traseras para registrar el entorno.

La calzada cruzaba allí por una arboleda, casi un bosquecillo de robles y olmos, pinos y cedros. El polvo de la corta galopada todavía estaba posándose, parte de él sobre Joni, que yacía despatarrado a la orilla del camino de tierra, unos sesenta pasos más atrás.

Instintivamente, Min se bajó de un salto y corrió hacia donde estaba tendido el hombre, junto al que se arrodilló. Todavía respiraba, pero tenía los ojos cerrados y un corte a un lado de la cabeza, donde empezaba a formarse una tumefacción purpúrea.

Leane la apartó a un lado y tanteó la cabeza de Joni con dedos expertos.

—Vivirá —manifestó, tajante—. No parece que haya nada roto, pero tendrá jaqueca durante días cuando vuelva en sí. —Se sentó sobre los talones, enlazó las manos y su voz sonó entristecida—. En cualquier caso, no puedo hacer nada por él. Maldita sea, prometí que no volvería a lamentarme por eso.

—La cuestión es... —Min tragó saliva y volvió a empezar—. La cuestión es ¿lo subimos a la carreta y lo llevamos a la mansión, o... nos vamos? —«¡Luz, no soy mejor que Siuan!»

—Podemos transportarlo hasta la próxima granja —sugirió lentamente Leane.

Siuan llegó junto a ellas llevando por las riendas al caballo de tiro como si temiera que el tranquilo animal fuera a morderla. Echó una ojeada al hombre tendido en el suelo y frunció el entrecejo.

—No es posible que se haya caído de la carreta. No se ve ninguna raíz ni roca que provocara algo así. —Empezó a escudriñar la fronda que las rodeaba, y entonces un hombre salió de entre los árboles montado en un alto semental negro, tirando de las riendas de tres yeguas, una de ellas peluda y dos palmos más baja que las otras dos.

Era un hombre alto, vestido con chaqueta de seda azul, con una espada al costado; el rizoso cabello le caía sobre los anchos hombros, y era apuesto a pesar del aire de dureza con que lo había marcado su mala estrella. Y era el último hombre que Min esperaba ver.

—¿Has sido tú? —demandó Siuan.

Logain sonrió mientras sofrenaba al caballo junto a la carreta, aunque no había jovialidad en aquel gesto.

—Una honda puede ser muy útil, Mara. Tenéis suerte de que esté aquí. No esperaba que salieseis del pueblo hasta dentro de varias horas, y caminando a duras penas, he de añadir. El señor del lugar fue indulgente, al parecer. —Repentinamente su rostro se tornó aun más sombrío y su voz sonó tan áspera como una piedra—. ¿Creíais que iba a abandonaros a vuestra suerte? Tal vez debí hacerlo. Me hicisteis ciertas ofertas, Mara. Quiero la venganza que me prometisteis. Os he seguido medio camino hacia el Mar de las Tormentas en esta búsqueda, aunque no me habéis dicho para qué. No he hecho preguntas sobre cómo planeáis darme lo ofrecido. Pero os diré algo: vuestro tiempo se está acabando. Acabad pronto vuestra búsqueda y cumplid lo prometido, u os dejaré que sigáis solas vuestro camino. No tardaríais en descubrir que hay pocos pueblos que se muestren compasivos con forasteros sin un céntimo en el bolsillo. ¿Tres hermosas mujeres solas? La presencia de esto —se tocó la espada colgada a la cadera— os ha mantenido a salvo más veces de las que podáis imaginar. Encontrad pronto lo que buscáis, Mara.

No había sido tan arrogante al principio del viaje. Entonces se había mostrado humilde y agradecido por su ayuda; tan humilde como un hombre como Logain podía serlo, se entiende. Pero, al parecer, el tiempo transcurrido y la falta de resultados habían marchitado su gratitud.

Siuan le sostuvo sin parpadear la intensa mirada.

—Eso espero —repuso firmemente—. Pero, si quieres marcharte, ¡deja nuestras monturas y vete! Si no quieres remar, baja de la barca y empieza a nadar. Veremos hasta dónde llegas solo en tu revancha.

Las grandes manos de Logain se crisparon sobre las riendas hasta que Min oyó crujir los nudillos. Tembló, conteniéndose a duras penas.

—Me quedaré un poco más, Mara —dijo finalmente—. Un poco más.

Por un instante, ante los ojos de Min resplandeció un halo alrededor de la cabeza del hombre, una corona radiante dorada y azul. Siuan y Leane no vieron nada, por supuesto, aunque sabían que ella sí podía. A veces vislumbraba cosas sobre la gente —visiones, las llamaba—, imágenes o halos. En ocasiones sabía lo que significaban: una mujer que se casaría; un hombre que moriría. Hechos insignificantes o grandes acontecimientos, cosas alegres o tristes; nunca había una pauta o razón para verlo en una u otra persona, ni en tal lugar o tal momento. Las Aes Sedai y los Guardianes siempre tenían halos; la mayoría de la gente carecía de él. Y saber el significado no siempre resultaba agradable.

Ya había visto el halo de Logain anteriormente, y sabía lo que significaba: gloria venidera. Pero, de todos los hombres del mundo, en su caso tal cosa no parecía tener sentido. Había conseguido el caballo, la espada y la chaqueta jugando a los dados, aunque Min no estaba segura de la limpieza de esas partidas. No poseía nada más y no tenía otras perspectivas de futuro salvo las promesas de Siuan, algo que Min ignoraba hasta qué punto podía cumplir la mujer. Su propio nombre podía significar una sentencia de muerte. No tenía sentido.

Logain recobró el buen humor tan repentinamente como lo había perdido. Sacó una hinchada bolsa que llevaba metida en el cinturón y la hizo tintinear.

—Me he hecho con un poco de dinero. No tendremos que dormir en establos durante un tiempo.

—Ya nos hemos enterado —dijo secamente Siuan—. Supongo que no podría esperar otra cosa de ti.

—Consideradlo como una contribución a vuestra búsqueda. —La mujer alargó la mano, pero Logain volvió a atar la bolsa en su cinturón con una sonrisa burlona—. No querría que vuestra mano se manchara con dinero robado, Mara. Además, de este modo quizás esté seguro de que vos no me dejaréis. —La expresión de Siuan era tan dura que parecía capaz de partir un clavo de un mordisco, pero no dijo nada. Logain se incorporó sobre los estribos y escudriñó el camino a lo lejos, en dirección a Hontanares de Kore—. Veo un rebaño de ovejas viniendo hacia aquí con un par de chiquillos. Es hora de que nos pongamos en marcha. La noticia de lo ocurrido llegará tan deprisa como sean capaces de correr. —Volvió a sentarse y echó una ojeada a Joni, todavía tendido en el suelo, inconsciente—. Y traerán ayuda para ese tipo. No creo que lo haya golpeado lo bastante fuerte para herirlo gravemente.

Min sacudió la cabeza; Logain no dejaba de sorprenderla. Jamás se le habría ocurrido que se preocupara ni poco ni mucho por un hombre al que acababa de romper la crisma.

Siuan y Leane subieron a sus monturas sin perder tiempo, la segunda en la yegua gris a la que llamaba *Campánula,* y Siuan en *Bela,* la baja y peluda yegua. Más que subir, podría decirse que gateó a lomos del animal. No era buena amazona, y después de semanas de cabalgar todavía trataba a la tranquila *Bela* como si fuera un fiero caballo de guerra. Por su parte, Leane manejaba a *Campánula* con total soltura. Min sabía que estaba entre las dos; subió a *Galabardera,* su alazana, con bastante más gracia que Siuan y considerablemente menos que Leane.

—¿Crees que nos perseguirá? —inquirió Min mientras partían hacia el sur, alejándose

Librodot

de Hontanares de Kore al trote. La pregunta iba dirigida a Siuan, pero fue Logain quien contestó.

—¿El señor del lugar? Dudo que os considere lo bastante importantes. Claro que puede enviar a un hombre, y sin duda difundirá vuestra descripción. Cabalgaremos tan lejos como podamos aguantar antes de pararnos, y mañana haremos igual. —Daba la impresión de que estuviera poniéndose al mando.

—No es que no nos considere importantes. Es que no lo somos —dijo Siuan mientras botaba con inestabilidad sobre el lomo de *Bela.* Por más que estuviera pendiente de la yegua, la mirada que asestó a la espalda de Logain puso de manifiesto que el desafío del hombre a su autoridad no duraría mucho.

Por su parte, Min confiaba en que Bryne no las considerara importantes. Probablemente así fuera... mientras no descubriera sus verdaderos nombres. Logain hizo que el semental acelerara el trote, y la joven taconeó a *Galabardera* para mantener el paso mientras pensaba en lo que le aguardaba en lugar de lo que dejaba atrás.

Metiendo bajo el cinturón los guanteletes de cuero, Gareth Bryne recogió el sombrero de terciopelo con el ala vuelta que estaba sobre su escritorio. Era el último grito en Caemlyn. Caralin se había ocupado de conseguírselo, ya que a él lo traía sin cuidado la moda; pero la mujer pensaba que debía vestir de acuerdo con su posición, de modo que las ropas que encontraba por las mañanas eran sedas y terciopelos.

Mientras se encajaba el sombrero de copa alta, captó su imagen borrosa reflejada en una de las ventanas del estudio. Vestido así, parecía muy delgado e indeciso. Por mucho que estrechara los ojos, era innegable que el sombrero gris y la chaqueta de seda, también gris, bordada con espirales plateadas en las mangas y el cuello no tenían nada que ver con el yelmo y la armadura que solía utilizar. Eso había terminado. Y esto... Esto era sólo algo para llenar las horas vacías. Nada más.

—¿Estáis seguro de querer hacer esto, lord Gareth?

Le dio la espalda a la ventana para mirar a Caralin, que se encontraba junto a su propio escritorio, al otro lado del estudio. La mesa estaba llena de montones de libros contables de la hacienda, ya que era ella quien se había ocupado del funcionamiento de su feudo durante todos los años que él había estado ausente, y sin duda todavía lo hacía mejor que él.

—Si las hubieseis puesto a trabajar para Admer Nem, como marca la ley —continuó Caralin—, esto no os concerniría en absoluto.

—Pero no lo hice —repuso—. Y no lo haría si tuviera que decidirlo otra vez. Sabes tan bien como yo que Nem y sus parientes varones estarían acosando a esas chicas día y noche. Y Maigan y las demás mujeres harían de sus vidas un infierno, si es que antes no caían accidentalmente a un pozo y se ahogaban.

—Ni siquiera Maigan utilizaría un pozo —adujo con sequedad Caralin— teniendo en cuenta el tiempo tan seco que tenemos. Aun así, entiendo vuestro punto de vista, lord Gareth. Sin embargo, han tenido todo un día y una noche para huir en cualquier dirección. Las localizaríais igual denunciando su fuga. Si es que hay modo de encontrarlas.

—Thad puede hacerlo. —Thad tenía más de setenta años, pero todavía era capaz de rastrear el viento del día anterior sobre una roca pelada a la luz de la luna, y se había mostrado más que satisfecho de pasar la responsabilidad de la ladrillera a su hijo.

—Si vos lo decís, lord Gareth. —Thad y ella no se llevaban bien—. En fin, cuando las traigáis de vuelta, les estará esperando trabajo de sobra que les habré preparado.

Algo en el tono de su voz, a pesar de la actitud despreocupada de la mujer, llamó la atención de Bryne. Prácticamente desde el día en que había llegado a su casa, Caralin había llevado a la mansión una serie de doncellas y jovencitas granjeras muy agraciadas, todas ellas deseosas de ayudar al señor a olvidar sus penas.

—Han quebrantado su juramento, Caralin. Me temo que irán a los campos.

Un fugaz y exasperado gesto de apretar los labios le confirmó sus sospechas, pero

Librodot

cuando la mujer habló su voz seguía siendo indiferente.

—Las otras dos, quizá, lord Gareth, pero la donosura de la chica domani se desperdiciaría en los labrantíos, y resultaría ideal para servir la mesa. Es una joven extraordinariamente hermosa. Con todo, se hará como mandéis, por supuesto.

Así que ésa era la que Caralin había escogido. Efectivamente, una joven extraordinariamente hermosa. Aunque, cosa curiosa, distinta de las domanis que había conocido. Un toque de vacilación aquí, otro de excesiva premura allí. Era casi como si acabara de empezar a utilizar sus artes por primera vez, pero tal cosa era imposible, por supuesto. Las domanis instruían a sus hijas para enredar a los hombres entre sus redes casi desde la cuna. Y no es que pensara que la chica lo hubiera hecho mal, ni mucho menos. Si Caralin intentaba ponérsela delante de las narices escogiéndola entre las doncellas... Extraordinariamente hermosa.

Entonces ¿por qué no era su rostro el que llenaba su mente? ¿Por qué se sorprendía a sí mismo pensando en unos ojos azules? Unos ojos que lo desafiaban como deseando blandir una espada, temerosos y rehusando someterse al miedo. Mara Tomanes. Habría jurado que era de las que mantenían su palabra, incluso sin hacer promesas.

—La traeré de vuelta —masculló para sí—. Descubriré por qué quebrantó su juramento.

—Como digáis, mi señor —contestó Caralin—. Pensé que podría ser vuestra doncella de cámara. Sela se está haciendo mayor para andar corriendo escaleras arriba y abajo para atenderos por la noche.

Bryne parpadeó, desconcertado. ¿De qué hablaba? Ah, sí, de la chica domani. Sacudió la cabeza por el absurdo comportamiento de Caralin. Empero ¿acaso no estaba siendo él igualmente majadero? Era el señor del lugar, y debería quedarse para ocuparse de su gente. No obstante, Caralin había llevado los asuntos mejor de lo que él sabía durante todos los años que había estado ausente. Él era experto en campamentos, soldados y campañas, y tal vez sabía algo de moverse entre las intrigas de la corte. Caralin tenía razón. Debería quitarse la espada y ese estúpido sombrero, encargarle que pusiera por escrito la descripción de las jóvenes, y...

—No pierdas de vista a Admer Nem y a su familia —dijo en cambio—. Intentarán engañarte todo lo que puedan.

—Como digáis, mi señor.

Sus palabras eran totalmente respetuosas, pero el tono le estaba diciendo que fuera a enseñar a su abuelo a trasquilar ovejas. Riendo para sus adentros, Bryne salió del estudio.

La mansión era en realidad poco más que una granja que había ido creciendo hasta hacerse tremendamente grande, con dos plantas laberínticas de ladrillo y piedra bajo un techo de pizarra, a la que las sucesivas generaciones de Bryne habían ido añadiendo estancias. La casa Bryne había poseído esa tierra —o la tierra los había poseído a ellos— desde que Andor se había forjado de los restos del imperio de Artur Hawkwing, un milenio atrás, y durante todo ese tiempo había enviado a sus hijos a combatir en las guerras de Andor. Él ya no participaría en más conflictos, pero ya era demasiado tarde para la casa Bryne. Había habido demasiadas guerras, demasiadas batallas. Era el último de su linaje. Ni esposa ni hijo ni hija. La estirpe se acababa con él. Pero todas las cosas tenían que acabar; la Rueda del Tiempo giraba.

Veinte hombres aguardaban junto a los caballos ensillados en el patio de adoquines, delante de la mansión. En su mayoría eran aun más canosos que él, si es que tenían pelo. Combatientes veteranos todos ellos, soldados, oficiales y portaestandartes de escuadrón que habían servido con él en uno u otro momento de su carrera. Joni Shagrin, que había sido portaestandarte mayor de la guardia, estaba al frente con un vendaje en la cabeza, aunque Bryne sabía que sus hijas habían puesto de guardia a los nietos en su cama para que no se levantara. Era uno de los pocos que tenía familia, aquí o en cualquier otra parte. Casi todos habían preferido ir a servir a Gareth Bryne en vez de gastarse en bebida las pensiones mientras evocaban recuerdos que nadie que no fuera otro viejo soldado querría escuchar.

Todos portaban espadas ceñidas encima de las chaquetas, y unos cuantos llevaban largas lanzas que habían permanecido colgadas durante años en una pared hasta aquella mañana. Detrás de cada silla de montar iba un abultado rollo de mantas y alforjas llenas a reventar, además de un cazo y odres de agua, exactamente como si partieran a una campaña, en lugar de una excursión de una semana para prender a tres mujeres que habían incendiado un establo. Ésta era la ocasión de revivir viejos tiempos... o de fingirlo.

Se preguntó si sería la razón que lo espoleaba a ponerse en marcha. Desde luego, era demasiado viejo para cabalgar en pos de los ojos azules de una mujer lo bastante joven para ser su hija. Puede que su nieta. «No soy tan necio», se dijo firmemente para sus adentros. Caralin se ocuparía mejor de las cosas sin tenerlo al lado estorbando. Un alazán castrado llegó galopando por el camino jalonado de robles que conducía a la calzada, y su jinete desmontó antes de que el animal se hubiera parado del todo; el hombre trastabilló un poco, pero se las ingenió para poner el puño sobre el corazón en un saludo reglamentario. Barim Halle, que había servido bajo su mando años atrás como oficial de escuadrón, era de constitución recia y nervuda, calvo como una pelota de cuero y con unas cejas blancas tan espesas que parecían querer compensar la falta de pelo en la cabeza.

—¿Habéis sido llamado de nuevo a Caemlyn, mi capitán general? —jadeó.

—No —respondió Bryne con un tono un tanto seco—. ¿A qué viene que entres aquí cabalgando como si te persiguiera toda la caballería cairhienina? —Algunos de los otros animales empezaban a patear y caracolear, contagiados por el alazán.

—Nunca cabalgué así de rápido a menos que fuéramos persiguiéndolos, mi señor. —La sonrisa de Barim se borró al darse cuenta del gesto serio de Bryne—. En fin, mi señor, vi los caballos e imaginé que... —Le echó otra mirada al semblante y no terminó la frase—. Bueno, de hecho, también tengo ciertas noticias. Estuve en Nueva Braem para ver a mi hermana, y me he enterado de muchas cosas.

Nueva Braem era más antigua que Andor —la Braem original había sido destruida en la Guerra de los Trollocs, mil años antes de que existiera Artur Hawkwing— y era un buen lugar para las noticias. Era una ciudad fronteriza de tamaño regular, bastante al este de las posesiones de Bryne, en la calzada de Caemlyn a Tar Valon. Aun teniendo en cuenta la actitud actual de Morgase, los mercaderes seguirían transitando y dando mucha vida a esa calzada.

—Bueno ¿a qué esperas, hombre? Si tienes noticias, suéltalas de una vez.

—Eh... sólo estaba pensando por dónde empezar, mi señor. —Sin ser consciente de ello, Barim se puso firme, como si estuviera dando un informe—. Lo más importante, a mi modo de entender, es que dicen que Tear ha caído. Los Aiel tomaron la Ciudadela, y La Espada que no Puede Tocarse tendría que cambiar de nombre, porque al parecer alguien la empuñó.

—¿Que la empuñó un Aiel? —repitió Bryne con incredulidad. Un Aiel preferiría morir antes que tocar una espada; lo había visto con sus propios ojos, en la Guerra de Aiel. Aunque se decía que *Callandor* no era realmente una espada. Significara lo que significara tal cosa.

—Eso no me lo dijeron, mi señor. Sí que oí algunos nombres, pero el que más se repetía era Ren no sé qué. Sin embargo, se habla de ello como un hecho, no un rumor. Como si lo supiera todo el mundo.

Bryne arrugó la frente en un gesto pensativo. Si aquello era cierto, la noticia resultaba más que preocupante. Si *Callandor* había sido empuñada, entonces el Dragón había renacido, y, según las Profecías, ello significaba que la Última Batalla se aproximaba porque el Oscuro estaría pronto libre. El Dragón Renacido salvaría al mundo, decían las Profecías. Y lo destruiría. Esta noticia por sí sola habría sido suficiente para que Halle hubiera viajado a galope tendido si lo hubiera pensado un poco.

Pero el curtido hombre no había terminado todavía.

—Pues la noticia llegada de Tar Valon es casi igualmente importante, mi señor. Dicen que hay una nueva Sede Amyrlin. Elaida, mi señor, la que fue consejera de la reina. —Parpadeó con nerviosismo y prosiguió rápidamente; Morgase era tema prohibido, y todos los

Librodot

hombres del feudo lo sabían aunque Bryne no lo hubiera dicho nunca—. Dicen que la antigua Amyrlin, Siuan Sanche, fue neutralizada y ejecutada. Y que Logain, el falso Dragón que capturaron y amansaron el año pasado, también ha muerto. Lo comentaban como si fuera verdad, mi señor. Algunos afirmaban que se encontraban en Tar Valon cuando ocurrió todo.

Lo de Logain no era una noticia de primer orden, aun cuando hubiera provocado una guerra en Ghealdan al afirmar que era el Dragón Renacido. Había habido varios falsos Dragones durante los últimos años. No obstante, podía encauzar, y eso era un hecho irrefutable. Hasta que las Aes Sedai lo habían amansado, claro. En fin, no era el primer hombre atrapado y amansado, a quien cortaban su acceso al Poder Único para que nunca más pudiera encauzar. Decían que los hombres así, ya fueran falsos Dragones o meramente pobres necios contra los que actuaba el Ajah Rojo, no sobrevivían mucho tiempo porque se les quitaban las ganas de vivir.

Pero lo de Siuan Sanche sí era una noticia importante. La había conocido en una ocasión, hacía casi tres años. Una mujer que exigía obediencia sin dar explicaciones. Dura como una vieja bota, y con una lengua como una lima y un temperamento peor que el de un oso con dolor de muelas. De ella habría esperado que despedazara con sus propias manos a cualquier advenediza. Neutralizar era lo mismo que amansar a un hombre, pero sucedía con muchísima menos frecuencia. Sobre todo tratándose de una Sede Amyrlin. Sólo dos de ellas habían sufrido esa suerte en los últimos tres milenios, al menos que la Torre hubiera admitido, aunque cabía la posibilidad de que hubieran ocultado veinte casos más; la Torre era experta en ocultar lo que quería. Empero, una ejecución además de la neutralización parecía algo innecesario. Se decía que las mujeres neutralizadas sobrevivían tan poco tiempo como los hombres amansados.

Todo ello apestaba a conflictos. Cualquiera sabía que la Torre mantenía alianzas secretas, cuerdas atadas a los tronos y a los nobles poderosos. Con una Amyrlin ascendida de este modo, algunos sin duda intentarían probar si las Aes Sedai se mantenían vigilantes. Y una vez que ese tipo de Tear reprimiera toda oposición —no es que pudiera haber mucha, ya que tenía la Ciudadela en su poder— se pondría en marcha, ya fuera contra Illian o contra Cairhien. La cuestión era ¿con qué rapidez podría moverse? ¿Las fuerzas se unirían contra él o bajo su mando? Tenía que ser el Dragón Renacido, pero las casas tomarían partido tanto a favor como en contra, y el pueblo también. Si, además, estallaban disputas mezquinas por causa de la Torre...

—Viejo estúpido —rezongó. Al ver que Barim daba un respingo, añadió—: Tú no. Hablaba de otro necio vejestorio. —Nada de esto era ya asunto suyo, excepto decidir de qué lado se ponía la casa Bryne llegado el momento. Tampoco es que le importara a nadie, salvo para saber si tenían que atacarlo o no. Bryne nunca había sido una casa poderosa ni grande.

—Eh..., mi señor —Barim miró a los hombres que esperaban con sus caballos—. ¿Creéis que podríais necesitarme?

Así, sin preguntar siquiera por qué o dónde. Al parecer no era el único que estaba aburrido de la vida campestre.

—Alcánzanos cuando hayas recogido tu equipo. Nos dirigimos hacia el sur, por la calzada de los Cuatro Reyes.

Barim saludó y se marchó presuroso, tirando de las riendas del caballo.

Bryne montó, hizo un gesto con el brazo sin pronunciar palabra, y los hombres se colocaron en columna de a dos detrás de él mientras avanzaban por el camino flanqueado de robles. Estaba dispuesto a obtener respuestas, aunque para ello tuviera que coger a la tal Mara del cogote y sacudirla hasta sacárselas.

La Gran Señora Alteima se tranquilizó cuando las puertas del palacio real de Andor se abrieron y su carruaje las cruzó. No las había tenido todas consigo respecto a que se le franqueara la entrada. La espera se había alargado el tiempo suficiente para despachar una nota, y más aun para tener una respuesta. Su doncella, una chica delgada conseguida allí, en

Caemlyn, miraba todo con ojos desorbitados, pero brincaba en el asiento opuesto por la excitación que le producía entrar en palacio.

Alteima abrió con brusquedad el abanico e intentó refrescarse un poco. Todavía faltaba bastante para el mediodía, de modo que el calor aún aumentaría bastante. ¡Y pensar que siempre había imaginado Andor como un lugar fresco! Hizo un último y rápido repaso de lo que pensaba decir. Era una mujer bonita —sabía exactamente en qué medida— con unos grandes ojos castaños que hacían que algunas personas la consideraran, erróneamente, inocente e incluso inofensiva. Ella sabía que no era ninguna de las dos cosas, pero le convenía que otros lo creyeran. Especialmente allí, ese día. El carruaje le había costado casi el último oro que había conseguido llevarse en su huida de Tear. Si quería tener alguna posibilidad de recobrar su posición, necesitaba amigos poderosos, y no había nadie más poderoso en Andor que la mujer a quien iba a ver.

El carruaje se paró cerca de una fuente, en un patio rodeado de columnas, y un lacayo con librea roja y blanca se apresuró a abrir la puerta. Alteima apenas si echó una ojeada al hombre; su mente estaba totalmente concentrada en la entrevista que iba a tener lugar. El negro cabello, sujeto por un ajustado tocado de perlas, le colgaba hasta la mitad de la cintura; también las perlas adornaban los finos pliegues del vestido de seda, con cuello alto, de un tono verde desvaído. Había visto a Morgase en una ocasión, brevemente, cinco años atrás, durante una visita de estado. Era una mujer que irradiaba poder, tan reservada y majestuosa como cabía esperarse de una reina; y también solemne, al estilo andoreño. O, lo que era lo mismo, afectada. Los rumores que corrían por la ciudad sobre que tenía un amante —un hombre poco apreciado por el pueblo, al parecer— no encajaba bien con esa imagen. Sin embargo, por lo que Alteima recordaba, el vestido de etiqueta —y el alto cuello— le gustarían a Morgase.

Tan pronto como los escarpines de Alteima tocaron los adoquines del suelo, la doncella, Cara, bajó de un salto y empezó a arreglar con excesivos aspavientos los minúsculos pliegues del vestido de su señora, hasta que Alteima cerró bruscamente el abanico y la golpeó con él en la muñeca; un patio no era lugar para hacer eso. Cara —qué nombre tan estúpido— retrocedió con un respingo y se agarró la muñeca con expresión dolida, al borde de las lágrimas.

Alteima apretó los labios en un gesto de irritación. La chica ni siquiera sabía asumir una suave reprimenda. Se había estado engañando; la muchacha no daría la talla, y es que, obviamente, no estaba preparada para su trabajo. Pero una dama tenía que tener doncella, sobre todo si quería diferenciarse de la masa de refugiados que había en Andor. Había visto hombres y mujeres trabajando al sol, incluso mendigando por las calles, vestidos todavía con restos de atuendos de la nobleza cairhienina. Le pareció reconocer a una o dos. Tal vez debía haber tomado alguna de ellas a su servicio; ¿quién iba a saber mejor que una dama las obligaciones de una doncella? Y, puesto que se veían obligadas a realizar las labores más duras, habrían aprovechado de buena gana la oportunidad. Habría sido muy divertido tener de doncella a una antigua «amiga», pero ya era demasiado tarde. Y una criada inexperta, una chica del lugar, apuntaba con bastante claridad que Alteima estaba al borde de sus recursos, a un solo paso de convertirse en otra mendiga.

Adoptó una actitud de preocupada afabilidad.

—¿Te he hecho daño, Cara? —preguntó dulcemente—. Quédate aquí, en el carruaje, y alivia tu muñeca. Estoy segura de que alguien te traerá un poco de agua fría para beber.

La necia gratitud reflejada en el rostro de la muchacha fue increíble.

Los lacayos vestidos con libreas, bien adiestrados, permanecían de pie, impasibles, como si no vieran nada, pero se correría la voz sobre su amabilidad o es que Alteima no sabía nada respecto a la servidumbre.

Un hombre joven, con la chaqueta roja de cuello blanco y el bruñido peto de la Guardia Real, apareció ante ella e hizo una reverencia con la mano apoyada en la empuñadura de la espada.

—Soy Tallanvor, teniente de la guardia, Gran Señora. Si tenéis la bondad de

Librodot

acompañarme, os escoltaré a presencia de la reina Morgase. —Le ofreció un brazo, que ella aceptó, aunque apenas si reparó en él. No le interesaban los militares a no ser generales y lores.

Mientras la conducía por amplios pasillos llenos de atareados hombres y mujeres con uniformes de servicio —pusieron gran cuidado en no obstruir el paso de la noble, naturalmente— Alteima examinó disimuladamente las exquisitas colgaduras, los arcones y bargueños taraceados con marfil, los jarrones y cuencos repujados en oro y plata o de fina porcelana de los Marinos. El palacio real no exhibía tanta riqueza como la Ciudadela de Tear, pero Andor era un país rico, quizá tanto como Tear. Lo que le convenía era un lord de edad avanzada, manejable para una mujer todavía joven, quizás un poco débil y enfermizo. Y con vastas propiedades. Eso sería un principio, mientras descubría con exactitud dónde se manejaban los hilos del poder en Andor. Unas cuantas palabras intercambiadas con Morgase hacía unos cuantos años no eran gran cosa como introducción, pero Alteima tenía lo que una poderosa reina quería y necesitaba: información.

Finalmente, Tallanvor la hizo pasar a una gran sala de estar, con pájaros, nubes y cielo abierto pintados en el alto techo y en la que había unas sillas doradas y de ornamentada talla situadas frente a una chimenea de mármol blanco. Una parte de la mente de Alteima constató, divertida, que la gran alfombra roja y dorada era de manufactura teariana. El joven oficial hincó la rodilla.

—Mi reina —dijo con una voz repentinamente ronca—, como me habéis ordenado, os traigo a la Gran Señora Alteima, de Tear.

Morgase lo despidió con un ademán.

—Sed bienvenida, Alteima. Me alegra volver a veros. Sentaos y hablemos un rato.

La noble hizo una reverencia y musitó las gracias antes de tomar asiento. La envidia se enroscó como una serpiente en su interior. Recordaba a Morgase como una mujer hermosa, pero la realidad de aquella belleza rubia dejaba pequeña la imagen que guardaba de ella. Morgase era una rosa en plena flor que habría eclipsado a todas las demás flores. Alteima no pudo culpar al joven oficial por tropezar ligeramente mientras se retiraba. Se alegró de que se marchara, porque de ese modo no tendría que soportar la certidumbre de que las miraba a las dos, comparándolas.

No obstante, también había cambios. Y enormes, por cierto. Morgase, reina de Andor por la gracia de la Luz, Defensora del Pueblo, Cabeza Insigne de la casa Trakand, tan reservada, majestuosa y solemne, lucía un vestido de brillante seda blanca que mostraba su busto lo bastante para hacer enrojecer a una camarera de taberna en el Maule. Se ceñía a sus caderas y sus muslos lo suficiente para encajar con una estatuilla de jade tarabonesa. Evidentemente, los rumores eran ciertos. Morgase tenía un amante. Y, si tanto había cambiado, resultaba igualmente obvio que procuraba complacer al tal Gaebril, no hacer que él la complaciera. Morgase todavía irradiaba poder y una presencia que colmaba la sala, pero, de algún modo, aquel vestido restaba empaque a ambos.

Alteima se alegró aun más de llevar el cuello alto. Una mujer tan dominada por los encantos de un hombre podía estallar en un ataque de celos ante la menor provocación o hasta sin motivo alguno. Si por casualidad conocía a Gaebril, estaba dispuesta a mostrarle tanta indiferencia como se lo permitiera la más estricta cortesía. Incluso ser sospechosa de *pensar* birlarle el amante a Morgase podía ponerle al cuello la soga del verdugo en lugar de proporcionarle un marido rico que estuviera en las últimas. En su lugar, ella haría lo mismo.

Una mujer vestida con el uniforme rojo y blanco les llevó vino, un excelente caldo murandiano, y lo sirvió en copas de cristal en las que estaba tallado el rampante León de Andor. Cuando Morgase cogió una de las copas, Alteima reparó en su anillo, una serpiente de oro mordiéndose la cola. Al igual que las Aes Sedai, el anillo de la Gran Serpiente lo llevaban puesto algunas mujeres, que, como Morgase, habían sido entrenadas en la Torre Blanca sin convertirse en Aes Sedai. Era una tradición milenaria que las reinas de Andor recibieran ese entrenamiento en la Torre. Empero, corría de boca en boca el rumor de que existía una ruptura

entre Morgase y Tar Valon, y que el sentimiento de rechazo hacia las Aes Sedai que había en las calles se habría sofocado rápidamente si la reina hubiese querido. ¿Por qué, entonces, seguía llevando el anillo? Alteima se exhortó a tener cuidado con lo que decía hasta que estuviera segura del terreno que pisaba.

La mujer uniformada se retiró al otro extremo de la sala, donde no oiría la conversación, pero lo bastante cerca para volver a llenar las copas de vino cuando fuera necesario.

—Ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos —dijo Morgase tras beber un sorbo—. ¿Vuestro esposo está bien? ¿Se encuentra con vos en Caemlyn?

Alteima cambió rápidamente sus planes. No había imaginado que Morgase supiera que tenía esposo, pero era una persona que siempre había tenido facilidad de improvisar sobre la marcha.

—Tedosian estaba bien cuando lo vi por última vez. —Quisiera la Luz que muriera pronto—. Estaba algo reacio a servir al tal Rand al'Thor, y eso equivale hoy a saltar sobre un peligroso abismo. Sabed que algunos lores han sido ahorcados como si fueran delincuentes comunes.

—Rand al'Thor —musitó suavemente Morgase—. Lo vi una vez. No tenía el aspecto de alguien que se autoproclama el Dragón Renacido. Era un joven pastor que procuraba no demostrar que estaba asustado. Empero, pensándolo bien, daba la impresión de estar buscando alguna... salida. —Sus ojos azules tenían una expresión absorta—. Elaida me puso en guardia contra él. —No parecía consciente de haber pronunciado estas últimas palabras.

—¿Elaida era entonces vuestra consejera? —inquirió con cautela Alteima. Estaba enterada de ello y tal cosa hacía más increíbles los rumores de una ruptura con Tar Valon. Tenía que saber qué había de cierto en ellos—. Imagino que la habréis reemplazado ahora que se ha convertido en Sede Amyrlin.

Los ojos de Morgase volvieron a enfocarse repentinamente.

—¡No, claro que no! —Al momento, su voz se suavizó de nuevo—. Mi hija, Elayne, está entrenándose en la Torre. Ya ha ascendido a la categoría de Aceptada.

Alteima agitó el abanico confiando en evitar que la transpiración le humedeciera la frente. Si la propia Morgase no tenía claro sus sentimientos hacia la Torre, era imposible hablar sin correr riesgos. Los planes de Alteima se tambalearon al borde del precipicio.

Entonces, inopinadamente, Morgase los salvó y, con ellos, a la noble:

—Dijisteis que vuestro esposo estaba indeciso respecto a servir o no a Rand al'Thor. ¿Y vos?

Casi soltó un suspiro de alivio. Aunque Morgase actuara como una muchachita campesina inculta respecto al tal Gaebril, no había perdido la cabeza en lo relativo al poder y a los posibles peligros contra su reino.

—Lo observé de cerca en la Ciudadela, naturalmente. —Aquello plantaría la semilla, si es que era necesario—. Puede encauzar, y a un hombre así siempre hay que temerlo. Sin embargo, es el Dragón Renacido, de eso no cabe duda. La Ciudadela cayó y *Callandor* estaba en su mano cuando ocurrió. Las Profecías... Me temo que he de dejar las decisiones sobre qué hacer respecto al Dragón Renacido a aquellos que son más sabios que yo. Lo único que sé es que me da miedo quedarme donde gobierna. Ni siquiera una Gran Señora de Tear iguala el valor de la reina de Andor.

La mujer rubia le asestó una mirada sagaz que la hizo temer haberse excedido en la lisonja. A algunos poderosos no les gustaba el halago tan directo. Empero, Morgase se limitó a recostarse en el sillón y dar un sorbo de vino.

—Contadme cosas de él, de ese hombre que supuestamente ha de salvarnos y, al hacerlo, destruirnos.

Éxito. O al menos, los prolegómenos.

—Aparte de cualquier consideración sobre el Poder, es un hombre peligroso. Un león parece perezoso, aletargado, hasta que de repente carga, y entonces es todo velocidad y fuerza. Rand al'Thor parece inocente, no perezoso, e ingenuo, no aletargado, pero cuando

Librodot

carga... No muestra el menor respeto hacia persona alguna ni posición. No exageré cuando dije que ahorcó nobles. Es un generador de anarquía. En Tear, bajo sus nuevas leyes, hasta un Gran Señor o Señora puede ser requerido ante un magistrado para ser multado o algo peor por los cargos presentados por un campesino o pescador de la más baja estofa. Él...

Desde su punto de vista, no se salió de la más estricta verdad, bien que era capaz de decir mentiras con igual facilidad si se hacía necesario. Morgase bebía vino a sorbitos y escuchaba; Alteima podría haber pensado que estaba holgando indolentemente, salvo porque sus ojos delataban que asimilaban cada palabra y tomaba nota de ella.

—Debéis comprender —terminó Alteima— que me he limitado a arañar la superficie. Rand al'Thor y lo que ha hecho en la Ciudadela son temas para tratar durante horas.

—Dispondréis de ellas —repuso Morgase, y Alteima sonrió para sus adentros. Éxito—. ¿Es cierto que llevó consigo Aiel a la Ciudadela?

—Oh, sí. Unos salvajes terribles que se cubren el rostro la mitad del tiempo, e incluso las mujeres están prestas para matar sin pensarlo dos veces. Lo seguían como sabuesos, aterrorizando a todo el mundo y apoderándose de cuanto querían en la Ciudadela.

—Creía que eran rumores absurdos —reflexionó Morgase—. Se hablaba de eso el año pasado, pero no habían salido del Yermo desde hacía veinte años, desde la Guerra de Aiel. Desde luego, lo que el mundo menos necesita es que el tal Rand al'Thor nos eche encima de nuevo a los Aiel. —La expresión de sus ojos se volvió penetrante otra vez—. Habéis dicho que lo «seguían». ¿Acaso se han marchado?

—Justo antes de que yo partiera de Tear —asintió Alteima con calma—. Y él se fue con ellos.

—¡Que se fue con ellos! —exclamó Morgase—. Me temo que pueda encontrarse en Cairhien en este mismo...

—¿Tienes una invitada, Morgase? Debí ser informado para así poder darle la bienvenida.

Un hombre fornido entró en la sala; era alto, y la chaqueta de seda roja con bordados dorados se ajustaba a los macizos hombros y ancho tórax. Alteima no tuvo que ver la expresión radiante que asomó al rostro de Morgase para saber que era lord Gaebril; bastaba con la tranquila seguridad con que había interrumpido a la reina. Levantó un dedo, y la criada hizo una reverencia y se marchó prestamente; tampoco pedía permiso a Morgase para despachar a la servidumbre. Era enigmática e increíblemente apuesto, con las sienes pintadas de canas.

Alteima compuso un semblante inexpresivo y esbozó una distante sonrisa de cortesía apropiada para un tío mayor sin poder, riqueza ni influencia. El hombre sería tremendamente atractivo, pero, aun en el caso de que no perteneciera a Morgase, no era el tipo de hombre al que intentaría manipular a menos que fuera absolutamente preciso. Trascendía un poder quizá mayor que el de la propia soberana.

Gaebril se paró junto a Morgase y posó la mano sobre el hombro desnudo de un modo muy familiar. Faltó poco para que ella apoyara la mejilla en el envés de la mano del hombre, pero los ojos de Gaebril estaban prendidos en Alteima. La noble teariana estaba acostumbrada a que los varones la miraran, pero aquellos ojos la hicieron rebullir con inquietud; eran excesivamente penetrantes, veían demasiado.

—¿Venís de Tear? —El timbre profundo de su voz le causó un estremecimiento; su piel, e incluso sus huesos, reaccionaron como si se hubiera sumergido en agua helada, pero, curiosamente, su momentánea inquietud desapareció.

Fue Morgase quien respondió; Alteima parecía incapaz de mover la lengua con aquella mirada prendida en ella.

—Te presento a la Gran Señora Alteima, Gaebril. Me ha estado contando muchas cosas sobre el Dragón Renacido. Estaba en la Ciudadela cuando ésta cayó. Gaebril, era cierto que había Aiel en... —La presión de los dedos del hombre la hicieron callar. Una fugaz irritación se plasmó en el semblante de la soberana, pero enseguida desapareció y fue reemplazada por

una radiante sonrisa dirigida a él.

Los ojos de Gaebril, fijos todavía en Alteima, provocaron en la mujer otro escalofrío, y esta vez acompañado por un respingo ahogado.

—Hablar tanto debe de haberte fatigado, Morgase —dijo el noble sin retirar la mirada—. Trabajas demasiado. Ve a tus aposentos y duerme un poco. Ve ahora. Te despertaré cuando hayas descansado.

Morgase se puso de pie inmediatamente, todavía sonriéndole con devoción. Los ojos de la soberana parecían algo vidriosos.

—Sí, estoy cansada. Echaré una siesta, Gaebril.

Salió de la sala sin dedicar siquiera una mirada a Alteima, pero ésta tenía toda su atención puesta en Gaebril. El corazón le palpitó más deprisa y su respiración se aceleró. Indiscutiblemente, era el hombre más apuesto que había visto nunca. El más magnífico, más fuerte, más poderoso... Los superlativos acudieron a su mente en una sucesión imparable.

Gaebril prestó tan poca atención como ella a la marcha de Morgase. Ocupando el sillón dejado por la soberana, se recostó en el respaldo, con las piernas estiradas.

—Contadme por qué habéis venido a Caemlyn, Alteima. —Una vez más, le recorrió un escalofrío—. Toda la verdad, pero sed breve. Ya me daréis después los detalles si quisiera saberlos.

—Intenté envenenar a mi esposo y tuve que huir antes de que Tedosian y esa zorra de Estanda me mataran a mí o algo peor —contestó sin vacilar—. Rand al'Thor tenía intención de permitírselo, para que sirviera de escarmiento. —Admitirlo en voz alta la hizo encogerse, y no tanto porque fuera la verdad que había ocultado, como porque lo que más deseaba en el mundo era complacerlo y temía que la rechazara. Pero él quería saber la verdad—. Elegí Caemlyn porque no soporto Illian, y, aunque Andor no es mucho mejor, Cairhien está casi en ruinas. En Caemlyn puedo encontrar un marido rico o un hombre que se considere mi protector si lo necesito, y valerme de su poder para...

Gaebril la interrumpió agitando la mano.

—Una gatita resabiada, pero hermosa —comentó él riendo quedo—. Quizá suficientemente bella para conservaros, aunque arrancándoos primero las uñas y los colmillos. —De repente su expresión se hizo más interesada—. Contadme todo lo que sepáis sobre Rand al'Thor, y en especial sobre sus amigos, si los tiene, sus compañeros, sus aliados.

Así lo hizo ella, que habló hasta quedársele secas la boca y la garganta y la voz enronquecida. No se llevó la copa a los labios hasta que él le dijo que bebiera; entonces se tomó el vino de un trago y continuó hablando. Podía complacerlo. Más de lo que Morgase era capaz de imaginar.

Las doncellas que trabajaban en los aposentos de la reina hicieron reverencias precipitadamente, sorprendidas de verla allí a media mañana. Las despidió con un ademán y se encaramó al lecho sin quitarse el vestido. Durante un rato yació tendida mirando las doradas tallas de los postes de la cama. Allí no había Leones de Andor, sino rosas. Por la Corona de la Rosa de Andor, pero estas flores le agradaban más que los leones.

«Deja de ser obstinada», se reprendió, y luego se preguntó por qué. Le había dicho a Gaebril que estaba cansada, y... ¿O se lo había dicho él? Imposible. Era la reina de Andor y ningún hombre le decía lo que tenía que hacer. «Gareth.» Y ahora ¿por qué había pensado en Gareth Bryne? Él nunca le había dicho lo que tenía que hacer, por supuesto; el capitán general de la Guardia Real obedecía a la reina, no al contrario. Pero era testarudo, capaz de no dar su brazo a torcer hasta que ella tenía que admitir su punto de vista. «¿Por qué pienso en él? Ojalá estuviera aquí.» Eso era ridículo. Lo había destituido por oponerse a ella; ya no recordaba exactamente el motivo, pero tal cosa carecía de importancia. Se había opuesto. Sólo recordaba vagamente los sentimientos que había albergado hacia él, como si hiciera años que estuviera ausente. No podía ser mucho tiempo, ¿no? «¡Deja de ser testaruda!»

Cerró los ojos y de inmediato se quedó dormida, aunque fue un sueño agitado por

Librodot

pesadillas en las que huía de algo que no podía ver.

Librodot

CAPÍTULO 2

Rhuidean

En la ciudad de Rhuidean, Rand al'Thor se asomó a una alta ventana; si en algún momento había tenido cristal hacía mucho que había desaparecido. Allá abajo, las sombras se inclinaban pronunciadamente hacia el este. Un arpa de bardo tocaba suavemente en la habitación, a su espalda. El sudor se evaporaba de su rostro casi en el momento de brotar; la chaqueta de seda roja, húmeda entre los hombros, le colgaba abierta esperando un soplo de aire inexistente, y su camisa estaba desanudada hasta la mitad del pecho. La noche en el Yermo de Aiel llevaría un frío gélido, pero, durante las horas diurnas, la esporádica brisa nunca era fresca.

Al tener las manos apoyadas en el pulido dintel de piedra, las mangas de la chaqueta caían de manera que dejaban ver parte de la figura enroscada alrededor de cada antebrazo: una criatura serpentina de dorada melena y ojos como el sol, cubierta de escamas escarlatas y oro, y con las patas rematadas por cinco garras, también doradas. No eran tatuajes, sino que formaban parte de su piel; brillaban como metal precioso y gemas talladas que, bajo la luz del avanzado atardecer, casi parecían tener vida.

Para las gentes a ese lado de la cordillera conocida como Pared del Dragón o Columna Vertebral de Mundo, esas figuras lo señalaban como El que Viene con el Alba. Del mismo modo, y de acuerdo con las Profecías, las garzas marcadas en las palmas de sus manos lo identificaban como el Dragón Renacido ante los ojos de los que estaban al otro lado de la cadena montañosa. En ambos casos se profetizaba que uniría, salvaría... y destruiría.

Eran nombres que habría eludido de poder hacerlo, pero ese tiempo había quedado atrás hacía mucho, si es que había existido alguna vez, y ya no pensaba en ello. O, si lo hacía en contadas ocasiones, era con el vago pesar del hombre que recuerda un necio sueño de su adolescencia. ¡Como si su adolescencia no estuviera tan reciente como para evocar cada minuto de ella! En cambio, procuraba pensar únicamente en lo que debía hacer. El destino y el deber lo apremiaban a seguir el camino como las riendas de un jinete; empero, había quien a menudo lo acusaba de obstinado. Sabía que tenía que llegar hasta el final de la senda marcada, pero si existía la posibilidad de alcanzar ese destino de otro modo quizá no tendría que ser el final. Una posibilidad remota y, casi seguro, inexistente. Las profecías exigían su sangre.

Rhuidean se extendía a sus pies, azotada por un sol todavía implacable a pesar de que ya descendía hacia las montañas rocosas, desoladas, sin apenas rastro de vegetación. Esa tierra accidentada y escabrosa, donde los hombres habían matado y muerto por un charco de agua que lograban encontrar, era el último lugar del mundo donde nadie esperaría encontrar una gran ciudad. Sus ancestrales constructores no habían terminado jamás su obra. Edificios increíblemente altos salpicaban la urbe, palacios escalonados y con los costados hechos de inmensas losas que a veces, tras ocho o diez pisos, acababan no en un techo sino con la irregular albañilería de otra planta a medio construir. Las torres se elevaban incluso más, pero la mitad de las veces se interrumpían bruscamente en una línea desigual, dentada. Una cuarta parte de las grandes estructuras, con sus descomunales columnas e inmensos ventanales de

cristales multicolores, yacían esparcidas en escombros sobre amplias avenidas, por cuya parte central se extendían anchas franjas de tierra pelada, una tierra que nunca había sustentado los árboles para los que estaba destinada. Las maravillosas fuentes estaban secas, como lo habían estado cientos y cientos de años. Todo ese fútil trabajo para nada, ya que sus creadores acabaron muriendo sin concluir la obra; empero, a veces Rand pensaba que la ciudad había sido comenzada únicamente para que él pudiera encontrarla.

«Demasiada arrogancia —pensó—. Un hombre tendría que estar medio loco para ser tan soberbio.» Soltó una seca risa sin poder evitarlo. Había Aes Sedai con los hombres y mujeres que habían llegado allí tanto tiempo atrás, y conocían *El Ciclo Karaethon,* las Profecías del Dragón. O puede que fueran ellos quienes habían escrito las Profecías. «El décuplo de la soberbia.»

Directamente debajo de su posición se extendía una vasta plaza, medio cubierta por las alargadas sombras, que estaba repleta con un fárrago de estatuas y sillas de cristal, objetos raros y formas peculiares de metal, cristal o piedra, cosas que no sabía identificar y que se encontraban desperdigadas en confusos montones, como depositadas por un vendaval. Si en las zonas de sombras hacía fresco, era sólo en comparación con lo otro. Unos hombres con ropas burdas —no Aiel— sudaban para cargar las carretas con los objetos que elegía una mujer esbelta, de estatura baja, ataviada con un prístino vestido de seda azul, que se desplazaba de un lado a otro manteniendo recta la espalda, como si el calor no la afectara como a los demás. No obstante, llevaba un pañuelo húmedo ceñido a las sienes; la realidad era que no se permitía manifestar los efectos que tenía en ella el calor. Rand habría apostado que ni siquiera transpiraba.

El jefe de la cuadrilla era un hombre moreno y corpulento llamado Hadnan Kadere, un supuesto buhonero vestido con un traje de color crema, que estaba empapado de sudor. Se enjugaba el rostro de manera continua con un pañuelo grande mientras gritaba maldiciones a los hombres —sus carreteros y guardias—, pero se afanaba tanto como ellos en recoger lo que quiera que la esbelta mujer señalara, ya fuera grande o pequeño. Las Aes Sedai no paraban mientes en la envergadura de lo que requiriese su voluntad, pero Rand era de la opinión de que Moraine habría hecho lo mismo aunque nunca hubiera estado en la Torre Blanca.

Dos de los hombres estaban intentando mover lo que parecía ser un marco de puerta hecho de piedra roja, extrañamente retorcido; las esquinas parecían no encajar correctamente, y los ojos de cualquier observador esquivaban seguir la línea de las piezas rectas. Se mantenía erguido, girando libremente sobre sí pero rehusando inclinarse por mucho que lo manipularan de formas distintas. Entonces uno de los hombres resbaló y pasó a través del marco hasta la cintura. Rand se puso en tensión. Por un instante, el tipo pareció desaparecer de cintura para arriba mientras sus piernas pateaban frenéticamente, con pánico, hasta que Lan, un hombre alto vestido con un atuendo de tonalidades verdes, se acercó en dos zancadas y lo sacó tirando del cinturón. Lan era el Guardián de Moraine y estaba vinculado a ella de un modo que escapaba a la comprensión de Rand; era un hombre duro, que se movía como los Aiel, como un lobo al acecho; la espada que llevaba al costado parecía formar parte de su persona. Soltó al trabajador en las losas del suelo sobre sus posaderas y lo dejó allí; los gritos aterrados del tipo llegaron apagados hasta Rand, y éste observó que su compañero parecía a punto de echar a correr. Varios hombres de Kadere que habían estado lo bastante cerca para ver lo ocurrido se miraron entre sí y luego a las montañas que rodeaban la ciudad, obviamente sopesando las posibilidades de huida.

Moraine surgió en medio de ellos tan rápidamente que pareció hacerlo mediante el Poder y fue de un hombre a otro, sosegada. Por su actitud Rand casi adivinó las frías e imperiosas órdenes, pronunciadas con una certidumbre tal de que serían obedecidas que no hacerlo resultaría absurdo. A no tardar, Moraine había suprimido la resistencia, revocado las objeciones y azuzado a todos de vuelta al trabajo. Los dos que se ocupaban del marco enseguida estaban de nuevo forcejeando y empujando con tanto empeño como antes, aunque echaban frecuentes miradas de soslayo a Moraine cuando creían que ésta no los veía. A su

modo, era más dura que el propio Lan.

Que Rand supiera, todos los objetos de allí abajo eran *angreal* o *sa'angreal* o *ter'angreal* creados antes del Desmembramiento del Mundo con el fin de incrementar el Poder Único o de ser utilizados de distintos modos. Indudablemente los habían creado mediante el Poder, aunque en la actualidad ni siquiera las Aes Sedai sabían cómo construir esa clase de objetos. Rand casi estaba seguro de saber la utilidad del marco de puerta retorcido: un umbral a otro mundo; pero en cuanto al resto, no tenía la menor idea. Nadie la tenía. Ésa era la razón de que Moraine estuviera trabajando con tanto afán, para enviar a la Torre para su estudio tantos como pudiera cargar en las carretas. Incluso allí, sólo se sabía la utilidad de algunos.

Lo que estaba en las carretas o tirado sobre el pavimento no le interesaba a Rand; ya había cogido lo que necesitaba de allí. En cierto sentido, había cogido más de lo que deseaba.

En el centro de la plaza, cerca de los restos calcinados de un gran árbol de decenas de metros de altura, se alzaba un pequeño bosque de columnas de cristal, todas ellas casi tal altas como el árbol y tan esbeltas que daba la impresión que cualquier ventarrón las echaría abajo, haciéndolas añicos. A pesar de que las sombras empezaban a tocarlas, las columnas reflejaban la luz del sol irradiándola en centelleos y titilaciones. Durante incontables años, hombres Aiel habían entrado en aquel bosque de cristal y habían salido marcados como Rand, pero sólo en un brazo, con la señal de jefes de clan. O salían con la marca o no volvían a ser vistos. También mujeres Aiel habían ido a la ciudad para convertirse en Sabias. Nadie más lo hacía, o no vivía para contarlo. «Un hombre puede ir a Rhuidean una vez, y una mujer, dos; más veces significa la muerte», es lo que habían dicho las Sabias, y entonces era verdad. Ahora todo el mundo podía entrar en Rhuidean.

Cientos de Aiel recorrían las calles y un número cada vez mayor de hecho vivía en los edificios; cada día más franjas de tierra a lo largo de las calles aparecían con plantas de judías, calabazas o *zemai,* arduamente regadas con recipientes de barro acarreados desde el enorme lago nuevo que llenaba el extremo sur del valle, la única extensión de agua de ese tamaño que había en todo el territorio. Millares levantaban campamentos en las montañas circundantes, incluso en la propia Chaendaer, donde antes sólo habían acudido con gran ceremonia para enviar a un solo hombre o mujer cada vez al interior de Rhuidean.

Dondequiera que fuera, Rand llevaba consigo cambios y destrucción. Esta vez confiaba, contra toda esperanza, que el cambio fuera para bien. Quizá fuera así. El árbol quemado parecía mofarse de él. *Avendesora,* el legendario Árbol de la Vida; los relatos nunca habían dicho dónde se hallaba, y resultó una sorpresa encontrarlo allí. Moraine decía que todavía estaba vivo, que volvería a echar brotes, pero hasta el momento Rand sólo veía corteza ennegrecida y ramas desnudas.

Con un suspiro, se volvió de la ventana hacia la gran estancia, aunque no la mayor de Rhuidean, con altos ventanales en dos lados y el abovedado techo de mosaico que representaba gentes aladas y animales. La mayoría de los muebles de la ciudad hacía tiempo que se había podrido a pesar de la sequedad del ambiente, y gran parte de lo poco que quedaba estaba carcomido por los insectos. Empero, en el otro extremo de la estancia había un sillón de respaldo alto, sólido y con el dorado bastante bien conservado, casi intacto, aunque no hacía juego con el escritorio, una pieza ancha con las patas y los bordes tallados profusamente con flores. Alguien lo había lustrado con cera hasta conseguir sacarle un brillo apagado a despecho de su antigüedad. Los Aiel habían encontrado ambas piezas para él, aunque sacudieron la cabeza al verlas; en el Yermo había pocos árboles que pudieran producir madera suficientemente recta y larga para hacer el sillón, y ninguno del que obtener el escritorio.

Ése era todo el mobiliario; o lo que Rand entendía como tal. Una fina alfombra illiana de seda, azul y dorada, botín de alguna antigua batalla, cubría el centro del suelo de baldosas rojas oscuras. Había cojines de seda y borlas de fuertes colores esparcidos por aquí y por allí. Eran lo que los Aiel utilizaban para sentarse, en lugar de sillas, cuando no se limitaban a ponerse en cuclillas tan cómodamente como él lo haría en un mullido sillón.

Había seis hombres reclinados en los cojines, sobre la alfombra. Eran seis jefes de clan que representaban a los clanes que habían acudido desde muy lejos para seguir a Rand. O, más bien, para seguir a El que Viene con el Alba. Y no con entusiasmo. Rand pensaba que Rhuarc, un hombre de ojos azules, anchos hombros y abundantes canas en su cabello rojizo oscuro, quizá sentía cierta amistad hacia él, pero no los demás. Sólo seis de doce.

Haciendo caso omiso de la silla, Rand se sentó cruzado de piernas, frente a los Aiel. Fuera de Rhuidean, las únicas sillas existentes en el Yermo eran las de los jefes, utilizadas únicamente por ellos y sólo por tres motivos: para ser aclamado como jefe de clan, para aceptar la sumisión honorable de un enemigo, o para fallar sentencia en un juicio. Tomar asiento en una silla estando presentes estos hombres implicaría que tenía intención de hacer una de esas tres cosas.

Vestían con el *cadin'sor,* chaquetas y polainas en tonalidades pardas que se confundían con el paisaje, y suaves botas atadas a la rodilla. Incluso allí, reunidos con el hombre al que habían proclamado el *Car'a'carn,* el jefe de jefes, todos ellos iban armados con un gran cuchillo al cinto y llevaban el pardo *shoufa* envuelto al cuello como un gran pañuelo; si cualquiera de ellos se cubría el rostro con el negro velo que era parte del *shoufa,* significaba que estaba dispuesto a matar. Y tal cosa no era una posibilidad remota. Estos hombres habían combatido entre sí en un interminable ciclo de ataques a clanes, batallas y enemistades heredadas. Lo observaban atentos, esperando que hablara, pero en los Aiel estar a la expectativa siempre implicaba disposición para moverse, repentina y violentamente.

Bael, el hombre más alto que Rand había visto en su vida, y Jheran, esbelto como una cuchilla y rápido como un látigo, estaban recostados con la mayor distancia posible entre sí sin salirse de la alfombra. Entre los Goshien de Bael y los Shaarad de Jheran existía un pleito de sangre, suspendido por El que Viene con el Alba, pero no olvidado. Y quizá la paz de Rhuidean todavía se respetaba a despecho de todo lo que había ocurrido. Aun así, las tranquilas notas del arpa contrastaban fuertemente con la obstinada y rotunda negativa de Bael y Jheran a mirarse. Se enfrentó a los seis pares de ojos, azules o verdes o grises, en rostros curtidos por el sol; los Aiel podían hacer parecer mansos a los halcones.

—¿Qué he de hacer para ganarme a los Reyn? —preguntó—. Tú estabas seguro de que vendrían, Rhuarc.

El jefe de los Taardad lo observó calmosamente; su semblante era tan impasible que podría haber estado tallado en piedra.

—Esperar, sólo eso. Dhearic los traerá. A la larga.

El canoso Han, tendido junto a Rhuarc, retorció la boca como si fuera a escupir. Su rostro, curtido como un trozo de cuero, tenía la expresión agria que era habitual en él.

—Dhearic ha visto a muchos hombres y Doncellas permanecer sentados durante días mirando fijamente al vacío y después tirar sus lanzas. ¡Tirarlas!

—Y huir —añadió quedamente Bael—. Yo mismo he visto gente entre los Goshien, incluso entre los de mi propio septiar, salir corriendo. Y tú, Han, has visto lo mismo entre los Tomanelle. Todos lo hemos visto. No creo que sepan hacia dónde corren, sólo de qué huyen.

—Serpientes cobardes —espetó Jheran. Su cabello castaño claro estaba surcado por hebras grises; entre los jefes de clan no había hombres jóvenes—. Apestosos gusanos que se alejan retorciéndose de su propia sombra. —Un leve movimiento de sus azules ojos hacia el lado opuesto de la alfombra dejó claro que su descripción iba dirigida a los Goshien, no sólo a quienes habían tirado al suelo sus lanzas.

Bael hizo ademán de incorporarse, endureciendo aun más el gesto de su rostro si tal cosa era posible, pero el hombre que estaba a su lado le puso la mano en el brazo para calmarlo. Bruan, de los Nakai, era tan corpulento y fuerte como dos herreros juntos, pero tenía un carácter plácido que resultaba chocante en un Aiel.

—Todos nosotros hemos visto hombres y Doncellas echar a correr. —Su voz sonaba casi indolente, y también lo era la expresión de sus grises ojos, pero Rand sabía que era una falsa impresión; hasta Rhuarc consideraba a Bruan un guerrero mortífero y un estratega

Librodot

astuto. Ni siquiera Rhuarc tenía tanto peso para los planes de Rand como Bruan, pero, por suerte, había venido para seguir a El que Viene con el Alba; no conocía a Rand al'Thor—. Igual que tú, Jheran. Sabes muy bien lo duro que es para ellos lo que afrontan. Si no puedes llamar cobardes a quienes murieron por ser incapaces de afrontarlo, ¿cómo vas a tildar de cobardes a quienes huyeron por la misma razón?

—Nunca debieron descubrirlo —rezongó Han mientras abría y cerraba los dedos sobre su cojín azul como si fuera la garganta de un enemigo—. Ese conocimiento era sólo para quien era capaz de entrar en Rhuidean y salir con vida.

La frase no iba dirigida a nadie en particular, pero tenía que ir destinada a los oídos de Rand. Era él quien había revelado a todo el mundo lo que un hombre descubría en medio de las columnas de cristal de la plaza; o, al menos, había revelado lo suficiente para que los jefes y Sabias no pudieran negar el resto cuando les preguntaron. Si había un Aiel en todo el Yermo que no supiera la verdad a esas alturas, no era ninguno de aquellos con los que había hablado en el último mes.

Lejos del glorioso pasado guerrero en el que la mayoría creía, los Aiel habían empezado como indefensos refugiados a raíz del Desmembramiento del Mundo. Todos los que sobrevivieron al cataclismo lo eran, por supuesto, pero los Aiel nunca se habían considerado indefensos. Lo que era peor, habían sido seguidores de la Filosofía de la Hoja, una ética que rechazaba el uso de la violencia incluso en defensa de la propia vida. Aiel significaba «Dedicados» en la Antigua Lengua, y era a la paz a lo que estaban consagrados. Los que en la actualidad se llamaban a sí mismos Aiel eran los descendientes de aquellos que habían roto una promesa mantenida durante incontables generaciones. Sólo quedaba un vestigio de aquella creencia: un Aiel prefería morir antes que tocar una espada. Siempre habían considerado que ello era parte de su orgullosa ascendencia, de su disociación con quienes vivían fuera del Yermo.

Rand les había oído decir que habían cometido algún pecado por el que los habían llevado a vivir a esas desoladas tierras. Ahora sabían cuál era. Los hombres y mujeres que habían construido Rhuidean y muerto allí —los llamados Jenn Aiel, el clan que no lo era, en las contadas ocasiones en que se hablaba de ellos— eran los únicos que se habían mantenido fieles a las Aes Sedai desde los tiempos anteriores al Desmembramiento. Era muy duro afrontar el hecho de que aquello en lo que uno siempre había creído era una mentira.

—Había que decirlo —adujo Rand.

«Tenían derecho a saberlo —se dijo—. Un hombre no debería verse obligado a vivir una mentira. Además, sus propias profecías dicen que los destruiría. No podría haber actuado de otro modo.» El pasado era pasado y había quedado atrás; debería preocuparse del futuro. «Algunos de estos hombres no me aprecian y algunos me odian por no haber nacido entre ellos, pero me siguen. Los necesito a todos.»

—¿Y qué hay de los Miagoma? —preguntó.

Erim, recostado entre Rhuarc y Han, sacudió la cabeza. Su cabello, antaño de un fuerte tono pelirrojo, estaba ahora medio cano, pero en sus verdes ojos había tanta fuerza como en los de un joven. Sus grandes manos, anchas, largas y firmes, pregonaban la fortaleza de sus brazos.

—Timolan no deja que sus pies sepan hacia qué lado saltarán hasta que ha brincado.

—Cuando Timolan era un joven jefe —dijo Jheran—, intentó unir a los clanes y fracasó. No le sentará muy bien que haya alguien que ha tenido éxito en donde él falló.

—Vendrá —manifestó Rhuarc—. Timolan jamás se creyó a sí mismo El que Viene con el Alba. Y Janwin traerá a los Shiande. Pero esperarán. Antes tienen que asumir los acontecimientos en sus propias mentes.

—Lo que tienen que asumir es el hecho de que El que Viene con el Alba es un hombre de las tierras húmedas —espetó Han—. Sin ánimo de ofender, *Car'a'carn.* —En su voz no había servilismo; un jefe no era un rey, y tampoco lo era el jefe de jefes. En el mejor de los casos, se lo consideraba el primero entre iguales.

Librodot

—También los Daryne y los Codarra acabarán viniendo, creo —dijo calmosamente Bruan. Y deprisa, no fuera a ser que el silencio se convirtiera en una razón para danzar las lanzas. El primero entre iguales en el mejor de los casos—. Han sido los clanes que han sufrido más bajas por el marasmo. —Así era como los Aiel habían dado en llamar al largo período de estupefacción y parálisis en que habían quedado sumidos antes de que alguien intentara escapar de ser Aiel—. Por el momento, Mandelain e Indirian están volcados en mantener unidos a sus clanes, y ambos querrán ver con sus propios ojos los dragones en tus brazos, pero vendrán.

Aquello dejaba sólo pendiente de discusión un clan, precisamente al que ninguno de los jefes deseaba mencionar.

—¿Qué noticias hay de Couladin y de los Shaido? —preguntó Rand.

Silencio por toda respuesta; un silencio roto únicamente por las suaves y serenas notas del arpa en segundo plano. Los hombres, en un estado de ánimo lo más parecido al desasosiego en unos Aiel, aguardaban a que fuera otro quien hablara. Jheran se examinaba fijamente, con el ceño fruncido, la uña del pulgar; Bruan jugueteaba con una de las borlas plateadas de su cojín verde, e incluso Rhuarc contemplaba atentamente la alfombra.

Los hombres y mujeres vestidos de blanco se afanaban en silencio escanciando vino en copas de plata que se iban colocando al lado de cada jefe, llevando bandejas con aceitunas, escasas en el Yermo, queso de oveja y los pálidos y arrugados frutos secos que los Aiel llamaban *pecara.* Los rostros Aiel que asomaban bajo las blancas capuchas mantenían los ojos fijos en el suelo y una inusitada expresión de mansedumbre.

Capturados, ya fuera en batalla o en un asalto a un dominio, los *gai'shain* juraban servir obedientemente durante un año y un día, sin tocar un arma, sin actuar con violencia, y al finalizar el plazo regresaban a su clan y a su septiar como si no hubiera ocurrido nada. Una curiosa reminiscencia de la Filosofía de la Hoja. El *ji'e'toh,* honor y obligación, lo exigía, y romper el *ji'e'toh* era casi lo peor que podía hacer un Aiel. Puede que lo peor. Cabía la posibilidad que alguno de esos hombres o mujeres estuvieran sirviendo en ese momento al jefe de su propio clan; pero, mientras durara el período de *gai'shain,* no darían señal alguna de reconocimiento, ni el más leve parpadeo, incluso en el caso de ser un hijo o una hija.

De repente se le ocurrió a Rand que tal era la razón de que algunos Aiel reaccionaran como lo habían hecho ante su revelación. Para ellos debía de haber sido como si sus antepasados hubieran prometido ser *gai'shain* de por vida, y no sólo para ellos, sino también para todas las generaciones venideras. Y esas generaciones —todas, desde el principio hasta el día de hoy— habían quebrantado el *ji'e'toh* al tomar la lanza. ¿Alguno de los jefes que tenía delante se habría planteado este punto de vista? El *ji'e'toh* era un asunto sumamente serio para cualquier Aiel.

Los *gai'shain* se marcharon sin que sus pasos levantaran el más leve rumor. Ninguno de los jefes tocó el vino ni la comida.

—¿Hay alguna esperanza, por remota que sea, de que Couladin se reúna conmigo? —Rand sabía que no la había; había dejado de enviar mensajes requiriendo una entrevista cuando se enteró de que Couladin desollaba vivos a los portadores. Empero, era un modo de hacer hablar a los otros.

—La única noticia que hemos tenido de él —contestó Han con un resoplido de desprecio— es que se propone despellejarte a ti cuando te ponga los ojos encima. ¿Te parece que eso apunta alguna intención de dialogar?

—¿Qué posibilidades tengo de apartar a los Shaido de él?

—Ellos lo siguen —repuso Rhuarc—. No es jefe, pero ellos creen que lo es. —Couladin no había entrado en aquellas columnas de cristal, por lo que tal vez todavía siguiera creyendo lo que proclamaba: que todo lo que Rand había dicho era mentira—. Afirma que él es el *Car'a'carn,* y ellos también lo creen. Las Doncellas Shaido que vinieron lo hicieron por su asociación, y ello porque las *Far Dareis Mai* son defensoras de tu honor. Ninguno más de ellos vendrá.

Librodot

—Enviamos exploradores para vigilarlos —dijo Bruan—, y los Shaido los matan en cuanto tienen ocasión. Con ello, Couladin ha iniciado media docena de pleitos de sangre, pero hasta el momento no da señales de que vaya a atacarnos. Según me han contado dice que estamos profanando Rhuidean y que atacarnos aquí sólo sería agravar el sacrilegio.

Erim gruñó y rebulló en el cojín.

—Lo que quiere decir es que hay suficientes lanzas aquí para matar dos veces a los Shaido y todavía sobrarían. —Se metió un trozo del blanco queso en la boca y agregó—: Los Shaido fueron siempre cobardes y ladrones.

—Perros sin honor —manifestaron al unísono Bael y Jheran, que de inmediato se miraron de hito en hito como si cada cual pensara que el otro lo había inducido a ello con engaños.

—Con honor o sin él —adujo Bruan reposadamente—, el número de guerreros de Couladin está creciendo. —A pesar de lo tranquilo que parecía, tomó un buen trago de vino antes de continuar—: Todos sabéis a lo que me refiero. Algunos de los que huyeron después del marasmo no tiraron sus lanzas, sino que se unieron a sus asociaciones entre los Shaido.

—Ningún Tomanelle ha renegado de su clan —bramó Han.

Bruan miró por encima de Rhuarc y de Erim al jefe de los Tomanelle.

—Ha ocurrido en todos los clanes —dijo con deliberada calma, y, para dejar claro que no admitiría otro desafío contra su palabra, volvió a recostarse en el cojín—. No es renegar del clan. Sólo se han unido a sus asociaciones. Es lo mismo que han hecho las Doncellas Shaido que han venido a su Techo aquí.

Hubo unos cuantos murmullos, pero nadie le discutió esta vez. Las reglas que regían las asociaciones guerreras Aiel eran complejas, y en algunos aspectos sus miembros se sentían tan vinculados a su asociación como a su clan. Por ejemplo, los miembros de una misma asociación no lucharían entre sí aun cuando sus clanes tuvieran un pleito de sangre. Algunos hombres no se casaban con una mujer que fuera familiar cercano de un miembro de su asociación, como si ello la convirtiera en pariente allegada suya. Respecto a las costumbres de las *Far Dareis Mai,* las Doncellas Lanceras, Rand prefería no planteárselas siquiera.

—Necesito saber lo que se propone hacer Couladin —les dijo. El Shaido era como un toro con una avispa metida en la oreja; podía cargar en cualquier dirección. Rand vaciló antes de exponer su idea—. ¿Sería una violación del honor enviar gente a unirse a sus asociaciones entre los Shaido? —No fue preciso explicar con más detalle a lo que se refería. Como si fueran un solo hombre, los jefes se pusieron tensos, incluido Rhuarc, en cuyos ojos había una frialdad suficiente para acabar con el calor de la habitación.

—Espiar de ese modo —Erim torció la boca al pronunciar la palabra «espiar», como si tuviera un sabor amargo— sería como espiar en tu propio septiar. Nadie con honor haría algo así.

Rand contuvo las ganas de preguntarles si no podían encontrar a alguien menos puntilloso. El sentido del humor de los Aiel era muy raro, a menudo cruel, pero respecto a ciertos temas no tenían absolutamente ninguno.

—¿Hay alguna noticia del otro lado de la Pared del Dragón? —inquirió para cambiar de tema. Sabía la respuesta, ya que noticias así se propagaban rápidamente incluso entre tantos Aiel como los que había en Rhuidean.

—Nada que merezca la pena tenerse en cuenta —contestó Rhuarc—. Con los problemas existentes entre los Asesinos del Árbol, pocos buhoneros entran en la Tierra de los Tres Pliegues. —Tal era el nombre por el que los Aiel conocían al Yermo; un castigo por su pecado, un territorio duro para poner a prueba su valor, un yunque para moldearlos. Asesinos del Árbol era como llamaban a los cairhieninos—. El estandarte del Dragón sigue ondeando sobre la Ciudadela de Tear. Los tearianos se han movido hacia el norte y han entrado en Cairhien, como ordenaste, para distribuir comida entre los Asesinos del Árbol. No hay nada más.

—Debiste dejar que los Asesinos del Árbol se murieran de hambre —masculló Bael, y

Librodot

Jheran cerró la boca con un seco chasquido. Rand sospechó que había estado a punto de decir lo mismo.

—No valen para nada salvo para matarlos o venderlos como animales en Shara —dijo sombríamente Erim. Ésas eran dos de las cosas que los Aiel hacían con quienes entraban en el Yermo sin estar invitados; sólo los juglares, los buhoneros y los gitanos tenían paso libre, bien que los Aiel evitaban a estos últimos como si tuvieran la peste. Shara era el nombre de las tierras que había más allá del Yermo; ni siquiera los Aiel sabían gran cosa acerca de ellas.

Por el rabillo del ojo, Rand vio dos mujeres paradas debajo de la alta entrada en arco. Alguien había colgado sartas de cuentas rojas y azules en el hueco para sustituir las puertas que faltaban. Una de las mujeres era Moraine. Por un instante consideró dejarlas aguardando; Moraine tenía esa irritante expresión de autoridad y saltaba a la vista que esperaba que interrumpieran lo que quiera que estuvieran haciendo para atenderla a ella. El problema era que no quedaba nada más de lo que hablar, y Rand veía claramente en los ojos de los hombres que no sentían ningún deseo de conversar. En especial cuando acababan de hablar del marasmo y de los Shaido.

Suspirando, se puso de pie y los jefes de clan lo imitaron. Todos excepto Han eran tan altos como él o más. Donde Rand se había criado, a Han se lo consideraría de estatura regular; entre los Aiel, era un hombre bajo.

—Sabéis lo que hay que hacer: atraer al resto de los clanes y tener vigilados a los Shaido. —Calló un momento y luego añadió—: Haré cuanto pueda para que todo acabe lo mejor posible para los Aiel.

—La profecía dice que nos destruirás —adujo amargamente Han—, y no has empezado mal. Pero te seguiremos. Hasta que no queden sombras —recitó—, hasta que no quede agua, hacia la Sombra enseñando los dientes, gritando desafiantes con el último aliento, para escupir al ojo del Cegador de la Vista en el Último Día.

El Cegador de la Vista era uno de los nombres Aiel para designar al Oscuro. Rand sólo podía contestar con la respuesta adecuada, la que en otros tiempos no conocía:

—Por mi honor y por la Luz, mi vida será una daga en el corazón del Cegador de la Vista.

—Hasta el Último Día —terminaron los Aiel—, en el mismísimo Shayol Ghul.

El arpista continuaba tocando sosegadamente. Los jefes salieron junto a las mujeres que aguardaban, mirando respetuosamente a Moraine. No había en ellos temor alguno, y Rand deseó poder sentirse tan seguro de sí mismo. La Aes Sedai albergaba demasiados planes para él, tenía demasiados modos de tirar de cuerdas que él ignoraba que le había atado.

Las dos mujeres entraron tan pronto como los jefes se hubieron marchado, Moraine con la fría elegancia de siempre. Era una mujer pequeña y bonita, con aquellos rasgos de Aes Sedai a los que Rand jamás sabría poner una edad, o sin ellos; se había quitado el pañuelo húmedo anudado a las sienes y, en su lugar, una pequeña gema azul colgaba sobre su frente desde una fina cadena de oro ceñida al oscuro cabello. Habría dado igual si se hubiera dejado el pañuelo; nada menguaba su porte regio. Normalmente daba la impresión de medir un palmo más de su verdadera altura, y sus ojos irradiaban seguridad y autoridad.

La otra mujer era más alta, aunque sólo le llegaba al hombro a Rand, y joven, no intemporal: Egwene, a la que conocía desde que eran niños. Ahora, salvo por sus brillantes ojos oscuros, casi habría pasado por una Aiel, y no sólo debido al tono tostado de su rostro y sus manos. Vestía una falda Aiel de lana marrón y una blusa suelta de tejido blanco que se obtenía de una fibra llamada *algode.* El *algode* era más suave que la más fina lana; sería un excelente producto para el comercio si conseguía convencer a los Aiel. Un chal gris rodeaba los hombros de Egwene, y un pañuelo del mismo color, doblado, hacía las veces de cinta alrededor de la frente para sujetarle el cabello. A diferencia de la mayoría de las mujeres Aiel, lucía un único brazalete, un aro de marfil tallado de modo que semejaba un círculo de llamas, y un solo collar de oro y cuentas de ébano. Y otra cosa más: un anillo de la Gran Serpiente en la mano izquierda.

Librodot

Egwene había estado estudiando con algunas Sabias Aiel —Rand ignoraba exactamente qué, aunque suponía con bastante certeza que tenía que ver con los sueños; tanto Egwene como las Sabias mantenían la más estricta reserva al respecto— pero también había estudiado en la Torre Blanca. Era una Aceptada, en camino de convertirse en Aes Sedai. Y, al menos allí y en Tear, ya se hacía pasar por Aes Sedai. A veces Rand le tomaba el pelo por ello, aunque la joven no recibía bien sus chanzas.

—Las carretas estarán listas para partir hacia Tar Valon pronto —anunció Moraine. Tenía una voz musical, cristalina.

—Envíalas con una guardia nutrida —dijo Rand—, o puede que Kadere no las lleve donde quieres. —Se volvió hacia la ventana de nuevo, deseoso de mirar el exterior y pensar sobre el buhonero—. Antes no me necesitabas nunca para agarrarte de la mano ni para darte permiso.

De repente algo pareció golpearlo en los hombros, como si le hubieran dado con una vara; la sensación de que se le ponía la piel de gallina, cosa harto difícil con este calor, fue lo único que lo puso sobre aviso de que una de las mujeres había encauzado.

Girando sobre sí mismo para tenerlas de frente, entró en contacto con el Saidin *y* se llenó del Poder Único. Era como si la vida misma entrara a raudales en él, como si estuviera diez, cien veces más vivo que antes; también lo llenó la infección del Oscuro, muerte y corrupción, como gusanos reptando en su boca. Era un torrente que amenazaba con arrastrarlo, una violenta riada contra la que tenía que luchar cada instante. Casi se había acostumbrado a ella ahora y, al mismo tiempo, jamás se acostumbraría. Deseaba retener para siempre la dulzura del *Saidin* y deseaba vomitar. Y, mientras tanto, el impetuoso caudal intentaba arrancarle la carne hasta dejarle los huesos pelados para después reducir éstos a cenizas.

Con el tiempo, la infección lo volvería loco, si es que antes no lo mataba el Poder; era una carrera hacia uno u otro destino. La locura era la suerte que aguardaba a todos los hombres con capacidad de encauzar desde que había empezado el Desmembramiento del Mundo, desde el día en que Lews Therin Telamon, el Dragón, y sus Cien Compañeros habían encerrado al Oscuro en la prisión de Shayol Ghul. La onda expansiva producida por el último estallido al sellar esa prisión tuvo por consecuencia la contaminación de la mitad masculina de la Fuente Verdadera, y los hombres que podían encauzar, dementes que podían encauzar, habían hecho pedazos el mundo.

Se hinchió de Poder... Y no supo discernir cuál de las dos mujeres lo había hecho. Ambas lo miraban como unas mosquitas muertas, las dos con una ceja enarcada en un gesto interrogante casi idéntico y levemente divertido. Una o las dos a la vez podían estar en contacto con la mitad femenina de la Fuente en ese mismo instante, y él jamás lo percibiría.

Claro que un varazo en los hombros no era el estilo de Moraine; ella tenía otros medios para castigar, más sutiles pero, al final, más dolorosos. Empero, y aunque tenía la certeza de que había sido Egwene, no hizo nada. «Pruebas.» La idea se deslizó por el borde del vacío en el que flotaba, envuelto en la nada, lejos de pensamientos, emociones e incluso de la rabia. «No haré nada sin tener pruebas. Esta vez no saltaré aunque me pinchen.» Ya no era la Egwene con la que había crecido; se había convertido en parte de la Torre desde que Moraine la había enviado allí. De nuevo Moraine. Siempre Moraine. A veces desearía poder librarse de ella. «¿Sólo a veces?» Rand se concentró en la Aes Sedai.

—¿Qué quieres de mí? —Incluso a sus oídos su voz sonó fría e impasible. El Poder rugía dentro de él. Egwene le había explicado que, para una mujer, entrar en contacto con la Fuente era como un abrazo; para un hombre era siempre una guerra a muerte—. Y no vuelvas a hablar de las carretas, hermanita. Generalmente descubro lo que te propones hacer mucho después de que ya está hecho.

La Aes Sedai lo miró con el entrecejo fruncido, y no era de extrañar. Evidentemente, no estaba acostumbrada a que ningún hombre la tratara así, ni siquiera el Dragón Renacido. Ni siquiera él entendía de dónde había salido lo de «hermanita» ni por qué la tuteaba ahora;

Librodot

últimamente parecía que las palabras surgían repentinamente en su cabeza. Tal vez el primer atisbo de locura. Algunas noches yacía despierto hasta altas horas, preocupado por eso. Dentro del vacío tenía la sensación de que era una preocupación que no le atañía a él.

—Deberíamos hablar a solas —dijo Moraine, asestando una fría mirada al arpista.

Jasin Natael, el nombre por el que se lo conocía allí, estaba medio tumbado sobre cojines, recostado en una de las paredes sin ventanas, tocando suavemente el arpa apoyada sobre una rodilla; la parte superior del instrumento musical estaba tallada y dorada a semejanza de las criaturas que Rand tenía en los antebrazos, a las que los Aiel llamaban dragones. Rand sólo tenía cierta sospecha respecto a dónde había conseguido Natael el arpa. Era un hombre de cabello oscuro, de mediana edad, al que habrían considerado más alto que la mayoría en cualquier otro lugar que no fuera el Yermo. La chaqueta y los calzones eran de seda azul oscuro, apropiados para una corte real, con recargados bordados de oro en el cuello y los puños, y llevaba todas las prendas completamente abotonadas y atadas a despecho del calor reinante. Las finas ropas no encajaban con la capa de juglar que tenía extendida junto a él: una prenda de buena calidad, pero cubierta completamente con centenares de parches de colores casi igualmente numerosos, todos ellos cosidos de manera que se agitaran con el menor soplo de brisa, y que señalaba a un artista provinciano, un juglar y titiritero, músico y contador de cuentos que viajaba de pueblo en pueblo. Nada que ver con un hombre que vestía ropas de sedas; en fin, que tenía ciertas debilidades. Aparentemente estaba absorto en la música.

—Puedes decir lo que quieras delante de Natael —manifestó Rand—. Al fin y al cabo, es el juglar del Dragón Renacido. —Si mantener en secreto el asunto que quería tratar era tan importante, Moraine insistiría, y entonces Rand mandaría salir a Natael, aunque no le gustaba perder de vista al hombre.

Egwene resopló con desdén y ajustó el chal a sus hombros.

—La soberbia se te ha subido a la cabeza, Rand al'Thor. —Lo dijo categóricamente, como manifestando un hecho.

La rabia hirvió en el exterior del vacío, aunque no a causa de lo que la joven había dicho; siempre había tenido por costumbre intentar rebajarlo desde que eran niños, generalmente tanto si lo merecía como si no. Pero últimamente Rand tenía la impresión de que trabajaba en connivencia con Moraine, tratando de desconcertarlo para que la Aes Sedai pudiera llevarlo al terreno que quería. Cuando eran más jóvenes, antes de que ambos descubrieran lo que era, Egwene y él habían creído que se casarían algún día. Y ahora hacía causa común con Moraine contra él.

Adoptando una expresión severa, habló con más dureza de lo que era su intención:

—Dime qué quieres, Moraine. Dímelo ya o tendrá que esperar hasta que disponga de un rato para atenderte. Estoy muy ocupado. —Aquello era totalmente falso. La mayoría del tiempo lo ocupaba practicando esgrima con Lan o el manejo de la lanza con Rhuarc o aprendiendo a luchar con manos y pies con cualquiera de los dos. Pero, si alguien tenía que intimidar allí ese día, sería él. Natael podía oírlo todo. O casi todo. Siempre y cuando Rand supiera dónde se encontraba en todo momento.

Las dos mujeres pusieron ceño, pero al menos la verdadera Aes Sedai pareció darse cuenta de que esta vez no daría el brazo a torcer. Moraine echó una ojeada a Natael —que aparentemente seguía absorto en la música—, apretó los labios y finalmente sacó un envoltorio de seda gris de su bolsillo.

Lo desenvolvió y dejó sobre la mesa lo que contenía, un disco del tamaño de la mano de un hombre, la mitad negro y la otra mitad blanco; ambos colores confluían en una línea sinuosa con la que se formaban dos lágrimas unidas. Ése había sido el símbolo de los Aes Sedai antes del Desmembramiento, pero el disco era algo más. Se habían creado sólo siete como éste, y servían como sellos de la prisión del Oscuro. O, más específicamente, cada uno de ellos era el foco de uno de los verdaderos sellos. Moraine sacó del cinturón la daga, cuya empuñadura estaba forrada con alambre plateado, y rascó suavemente el borde del disco. De

Librodot

la mitad negra se desprendió una minúscula esquirla.

Aun estando sumergido en el vacío, Rand dio un respingo; por un instante el Poder pareció a punto de arrollarlo y hasta el propio vacío se estremeció.

—¿Es una copia? ¿Una falsificación?

—Lo encontré aquí abajo, en la plaza —informó Moraine—. Pero es un original. El que traje conmigo de Tear es igual. —Habló como si estuviera comentando que quería crema de guisantes para comer.

Por su parte, Egwene se arrebujó en el chal como si tuviera frío. Rand notó el miedo tratando de alcanzarlo a través del vacío. Le costó un arduo esfuerzo cortar el contacto con el *Saidin,* pero se obligó a hacerlo. Si perdía la concentración, el Poder lo destruiría allí mismo, y ahora quería poner toda su atención en el asunto que tenían entre manos. A pesar de todo, a pesar de la infección, fue una dura renuncia.

Miró la esquirla caída sobre la mesa sin dar crédito a sus ojos. Los discos estaban hechos con *cuendillar,* la piedra del corazón, y nada hecho con ella podía romperse, ni siquiera con el Poder Único. Cualquier fuerza utilizada contra ella sólo la volvía más resistente. El proceso para hacer la piedra del corazón se había perdido con el Desmembramiento del Mundo, pero todo cuanto se había fabricado con ella durante la Era de Leyenda todavía existía, hasta el jarrón más frágil, aunque el propio Desmembramiento lo hubiera hundido en el fondo del océano o enterrado bajo una montaña. Claro que ya se habían roto tres de los siete discos, pero había hecho falta algo más que la punta de una daga.

Aunque, pensándolo bien, no sabía exactamente cómo se habían roto aquellos tres discos. Si ninguna fuerza menor que el propio Creador podía romper el *cuendillar,* entonces ¿cuál era la causa?

—¿Cómo? —preguntó, sorprendido de que su voz siguiera sonando tan impasible como cuando lo envolvía el vacío.

—Lo ignoro —contestó Moraine, en apariencia con tanta calma como él—. Sin embargo, ¿comprendes el problema? Esto se rompería con caerse de la mesa. Si los demás, dondequiera que estén, se encuentran en el mismo estado, cuatro hombres con martillos serían capaces de abrir de nuevo ese agujero en la prisión del Oscuro. Además, ¿quién sabe hasta qué punto son efectivos en estas condiciones?

Sí, Rand se daba cuenta. «Aún no estoy preparado.» Ni siquiera sabía si llegaría a estarlo en algún momento, pero ahora, desde luego, no lo estaba. El aspecto de Egwene era como si estuviera contemplando su propia tumba abierta. Moraine envolvió de nuevo el disco y lo guardó en el bolsillo.

—Quizá se me ocurra alguna posibilidad antes de que lleve esto a Tar Valon. Si descubrimos el porqué, tal vez estemos en condiciones de hacer algo al respecto.

Rand imaginó al Oscuro alargando de nuevo sus manos desde Shayol Ghul, logrando por fin liberarse completamente; el fuego y la oscuridad cubrieron el mundo en su mente, llamas que consumían pero no daban luz, tinieblas sólidas como piedra estrujando el aire. Con aquella imagen llenando su cerebro, tardó unos segundos en asimilar lo último que había dicho Moraine.

—¿Tienes intención de ir en persona? —Creía que la Aes Sedai pensaba pegarse a él como el musgo a la piedra. «¿Y no es precisamente eso lo que quieres, que te deje en paz?»

—Finalmente tendré que... dejarte, después de todo —repuso Moraine en voz queda—. Lo que haya de ser, será. —Rand creyó verla estremecerse, pero, tan fugazmente, que bien podría haber pasado por ser producto de su imaginación, y al cabo de un instante la mujer había recuperado la compostura, el dominio de sí misma—. Tienes que estar preparado. —A Rand no le sentó bien este recordatorio de sus propias dudas—. Deberíamos discutir tus planes. No puedes quedarte aquí parado mucho más tiempo. Aun en el caso de que los Renegados no se hayan planteado atacarte, están ahí fuera, extendiendo su poder. Reunir a los Aiel no te servirá de mucho si te encuentras con que tienen bajo su dominio todo cuanto hay al otro lado de la Columna Vertebral del Mundo.

Librodot

Soltando una queda risita, Rand se recostó contra la mesa. Así que sólo se trataba de otra estratagema; si tan nervioso lo ponía su marcha, quizá debería mostrarse más inclinado a escuchar sus consejos, más dócil a dejarse guiar. Naturalmente, Moraine no podía mentir, no directamente. Uno de los tan cacareados Tres Juramentos se ocupaba de ello: no decir nada que no fuera cierto. Rand había descubierto que eso dejaba un amplio margen para maniobrar. Al fin tendría que dejarlo solo. Después de que estuviera muerto, sin duda.

—Así que quieres discutir sobre mis planes —dijo, cortante. Sacó una pipa de caña corta y una bolsa de tabaco del bolsillo de la chaqueta, llenó la cazoleta, apretó el tabaco con el pulgar, y tocó fugazmente el *Saidin* para encauzar una llamita que titiló sobre la pipa—. ¿Por qué? Son míos. —Chupó lentamente mientras esperaba, pasando por alto la mirada feroz de Egwene.

La expresión de la Aes Sedai no se alteró, pero sus grandes y oscuros ojos parecieron arder.

—¿Qué hiciste cuando te negaste a dejarte guiar por mí? —Su voz era tan fría como sus rasgos, pero las palabras parecieron salir de su boca como trallazos—. Allí por donde has pasado, has dejado tras de ti muerte, destrucción y guerra.

—En Tear no —replicó con excesiva premura. Y demasiado a la defensiva. No debía dejarla que lo alterara. Se puso a dar largas chupadas a la pipa, con deliberada lentitud.

—No —convino ella—, en Tear no. Por una vez tuviste una nación respaldándote, un pueblo, ¿y qué hiciste con ellos? Implantar justicia en Tear era loable. Establecer el orden en Cairhien, alimentar a los hambrientos, es digno de encomio. En otro momento te habría elogiado por ello. —Ella era cairhienina—. Pero eso no te ayuda para el día que has de afrontar el Tarmon Gai'don. —Una mujer de ideas fijas, fría en cuanto atañía a todo lo demás, incluso su propio país. Mas ¿no debería ser él igual, tener un único propósito?

—¿Y qué habrías querido que hiciera? ¿Rastrear y dar caza a los Renegados, uno por uno? —De nuevo se obligó a chupar lentamente la pipa; fue un arduo esfuerzo—. ¿Sabes siquiera dónde están? Oh, sí, Sammael se encuentra en Illian, ambos estamos informados de ello, pero ¿y los demás? ¿Y si voy por Sammael como querías y me encuentro con dos, tres o cuatro de ellos?, ¿o con todos?

—Podrías haberte enfrentado a tres o a cuatro, puede que a los nueve que sobreviven, si no te hubieras dejado a *Callandor* en Tear —adujo con un timbre gélido—. La verdad es que estás huyendo. En realidad no tienes ningún plan, ninguno que te prepare para la Última Batalla. Corres de un sitio a otro con la esperanza de que de algún modo todo se resuelva por sí mismo. Esperando, porque no sabes qué otra cosa hacer. Si aceptaras mi consejo, al menos...

Él la hizo callar con un brusco ademán, sin importarle ni poco ni mucho las miradas furibundas que le asestaban las dos mujeres.

—Tengo un plan. —Si tanto interés tenían, que lo supieran, y así la Luz lo abrasara si cambiaba ni un punto ni una coma—. En primer lugar, tengo intención de acabar con las guerras y con las matanzas, las haya empezado yo o no. Si los hombres tienen que matar, que maten trollocs, no los unos a los otros. En la Guerra de Aiel cuatro clanes cruzaron la Pared del Dragón e impusieron su voluntad durante dos largos años. Saquearon y arrasaron Cairhien, derrotando a todos los ejércitos que lanzaron contra ellos. Podrían haber tomado Tar Valon si hubiesen querido. La Torre no habría podido pararlos entonces a causa de vuestros Tres Juramentos. —No utilizar el Poder como arma excepto contra los Engendros de la Sombra o Amigos Siniestros o en defensa de sus propias vidas era otro de los Juramentos, y los Aiel no habían amenazado a la propia Torre. La cólera se había apoderado de él ahora. Así que huyendo y esperando ¿no?—. Y eso lo consiguieron entre cuatro clanes. ¿Qué ocurrirá cuando conduzca a once a través de la Columna Vertebral del Mundo? —Tenían que ser sólo once; contar con los Shaido quedaba descartado—. Para cuando a las naciones se les ocurra la idea de unirse, ya será demasiado tarde. Aceptarán mi paz o seré enterrado en Can Breat.

Una nota desafinada se alzó en el arpa, y Natael se inclinó sobre el instrumento mientras

sacudía la cabeza. Al cabo de un instante la armoniosa melodía sonó de nuevo.

—Un melón pasado no se hincharía lo bastante para confundirse con tu cabeza —masculló Egwene, cruzándose de brazos—. ¡Y una piedra no sería más obstinada! Moraine sólo intenta ayudarte. ¿Por qué eres tan ciego?

La Aes Sedai se alisaba los pliegues de la falda de seda a pesar de que no era necesario.

—Llevar a los Aiel a través de la Pared del Dragón tal vez sea el mayor error que podrías cometer. —En su voz había un timbre de rabia y frustración. Por lo menos Rand estaba dejándole muy claro que no era la marioneta de nadie—. A estas alturas, la Sede Amyrlin estará poniéndose en contacto con los dirigentes de todas las naciones que todavía tengan quienes las dirijan, exponiendo las pruebas de que eres el Dragón Renacido. Conocen las Profecías; saben para lo que has nacido. Una vez que se hayan convencido de quién y qué eres, te aceptarán porque tienen que hacerlo. La Última Batalla se aproxima, y tú eres su única esperanza, la única esperanza de la humanidad.

Rand estalló en carcajadas. Era una risa amarga. Sujetando la pipa entre los dientes, se aupó a la mesa y se sentó cruzado de piernas, mirándolas.

—Así que tú y Siuan Sanche todavía creéis que sabéis cuanto hay que saber. —Así lo quisiera la Luz, no sabían, ni de cerca, todo sobre él y jamás lo descubrirían—. Sois unas necias las dos.

—¡Muestra más respeto! —gruñó Egwene, pero Rand al'Thor pasó por alto su protesta.

—Los Grandes Señores tearianos conocían las Profecías también, y me reconocieron una vez que vieron a *Callandor* aferrada en mi mano. La mitad de ellos esperaban que les proporcionara poder o gloria o ambas cosas. La otra mitad estaba dispuesta a clavarme un cuchillo en la espalda en cuanto se le presentara la ocasión e intentar olvidar que el Dragón Renacido había pisado Tear alguna vez. Así es como las naciones recibirán al Dragón Renacido. A menos que antes las someta, como hice con Tear. ¿Sabes por qué deje a *Callandor*? Para que no se olvidaran de mí. Saben que está allí, hincada en el Corazón de la Ciudadela, y saben que regresaré por ella. Eso es lo que los mantiene sujetos a mí. —Aquélla era una de las razones de que hubiera dejado La Espada que no es una Espada. No quería pensar siquiera en la otra.

—Ten mucho cuidado —dijo Moraine al cabo de un momento. Sólo eso, y con una voz que rebosaba una fría calma. Rand captó una seria amenaza en sus palabras. Una vez la había oído decir con el mismo tono que antes lo vería muerto que permitir que la Sombra se apoderara de él. Una mujer dura.

Lo estuvo observando fijamente unos instantes, sus oscuros ojos cual estanques profundos que amenazaban con engullirlo. Después hizo una impecable reverencia.

—Con tu permiso, mi señor Dragón, iré a informar a maese Kadere del lugar donde quiero que trabajen mañana.

Nadie habría visto o advertido la más leve burla en su gesto o sus palabras, pero Rand lo percibió. Recurría a cualquier cosa que sirviera para alterarlo, para hacerlo más sumiso por el sentido de la culpabilidad, la vergüenza, la incertidumbre o lo que fuera. Lo intentaría todo. La siguió con la mirada hasta que la cortina de cuentas se cerró, tintineando, tras ella.

—No tienes por qué fruncir el ceño así, Rand al'Thor. —Egwene hablaba despacio; sus ojos estaban iracundos y sujetaba el chal como si deseara estrangularlo con él—. ¡Menudo lord Dragón estás hecho! Seas lo que seas, en el fondo no eres más que un palurdo grosero y sin modales. ¡No creo que te matara el esfuerzo de mostrar un poco de educación! Te merecerías más de lo que ya has recibido.

—Así que fuiste tú —espetó, pero, para su sorpresa, la joven empezó a sacudir la cabeza negando antes de contenerse. De modo que había sido Moraine, después de todo. Si la Aes Sedai estaba dando rienda suelta a semejante genio, algo debía de estar llevándola al límite de su paciencia. Él, sin duda. Quizá debería disculparse. «Supongo que ser educado no me perjudicaría.» Aunque no alcanzaba a entender por qué tenía que ser cortés con la Aes Sedai mientras que ella intentaba llevarlo sujeto por una correa.

Librodot

Empero, si él se estaba planteando ser amable, no era el caso de Egwene. Si las ascuas ardientes hubieran sido marrón oscuro, no se habrían diferenciado en nada de sus ojos.

—Eres un necio con paja en la cabeza en vez de cerebro, Rand al'Thor, y jamás debí decirle a Elayne que eras lo bastante bueno para ella. ¡Ni siquiera eres bueno para una comadreja! No tengas tantos humos, porque todavía te recuerdo pasándolas moradas para salir de alguna situación apurada en la que te había metido Mat. Aún recuerdo a Nynaeve azotándote hasta que chillabas como un cochino y que después necesitabas un cojín para poder sentarte el resto del día. Tampoco hace tantos años de eso. Habré de decirle a Elayne que te olvide. Si supiera en lo que te has convertido...

Rand se quedó mirándola, boquiabierto, mientras ella soltaba la parrafada, más furiosa de lo que había estado en ningún momento desde que había entrado por la puerta. Entonces lo comprendió. Todo venía por la leve sacudida de cabeza que no había tenido intención de hacer, con la que había descubierto que había sido Moraine quien lo había golpeado con el Poder. Egwene se esforzaba al máximo para realizar de manera apropiada lo que quiera que se trajera entre manos. Al estudiar con la Sabias, vestía ropas Aiel; conociéndola como la conocía, tal vez hasta estaba intentando adoptar costumbres Aiel. Pero siempre se esforzaba al máximo para ser una Aes Sedai adecuada, aun cuando sólo fuera una Aceptada. Por lo general, las Aes Sedai mantenían controlado el genio, pero nunca jamás demostraban algo que quisieran ocultar.

«Ilyena jamás descargó su mal genio conmigo cuando estaba furiosa consigo misma. Las veces que mostraba su lado mordaz era porque...» Su mente se quedó paralizada momentáneamente. Él nunca había conocido a una mujer llamada Ilyena. Sin embargo, evocaba un rostro con ese nombre, una imagen borrosa; una cara bonita, piel cremosa, cabello dorado igual al de Elayne. Esto tenía que ser la locura. Mira que recordar una mujer imaginaria... A lo mejor algún día se ponía a hablar con personas que no existían.

La diatriba de Egwene cesó bruscamente, dando paso a una expresión preocupada.

—¿Te encuentras bien, Rand? —La rabia había desaparecido de su voz como si nunca hubiera estado allí—. ¿Ocurre algo? ¿Voy a buscar a Moraine para que...?

—¡No! —gritó, y enseguida suavizó el tono—. No puede Curar... —Ni siquiera una Aes Sedai podía sanar la locura; ninguna de ellas podía Curar sus padecimientos—. ¿Está bien Elayne?

—Está bien, sí. —A despecho de lo que había dicho, en la voz de Egwene había un atisbo de compasión. Eso era todo lo que realmente esperaba. Aparte de saber que Elayne se marchaba de Tear, el resto eran asuntos de Aes Sedai, nada que le concerniera a él; así se lo había dicho Egwene en más de una ocasión y Moraine se había hecho eco de sus palabras. Las tres Sabias que caminaban por los sueños, con las que Egwene estaba estudiando, habían sido aun menos comunicativas; tenían sus propias razones para no estar contentas con él.

—Será mejor que me marche —siguió Egwene, colocándose bien el chal sobre los hombros—. Estás cansado. —Arrugó ligeramente el entrecejo—. Rand, ¿qué significa ser enterrado en el Can Breat?

Iba a preguntarle de qué demonios hablaba cuando recordó haber utilizado esa frase.

—Sólo es algo que oí una vez —mintió. No tenía la más ligera idea de lo que significaba ni de dónde lo había sacado.

—Descansa, Rand —dijo como si fuera veinte años mayor que él en lugar de ser tres más joven—. Prométeme que lo harás. Lo necesitas.

Él asintió. Egwene lo observó atentamente como buscando la verdad en su rostro y después se encaminó hacia la puerta.

La copa de vino de Rand flotó de la alfombra hacia donde estaba él; se apresuró a cogerla en el aire justo antes de que Egwene volviera la cabeza para mirarlo por encima del hombro.

—Quizá no debería contarte esto —empezó—. Elayne no me lo dijo como un mensaje para ti, pero... Me confesó que te amaba. Quizá lo sabes ya; pero, si no es así, deberías pensar

Librodot

en ello.

Sin más, Egwene salió de la estancia, y las sartas de cuentas tintinearon al cerrarse tras ella.

Bajando de un salto de la mesa, Rand arrojó la copa lejos, salpicando con el vino las baldosas del suelo, y se giró violentamente hacia Jasin Natael, furioso.

Librodot

CAPÍTULO 3

Sombras difusas

Asiendo el *Saidin,* Rand encauzó y tejió flujos de Aire que levantaron en vilo a Natael de los cojines; la dorada arpa cayó en las baldosas rojo oscuro mientras el hombre quedaba aplastado contra la pared, inmóvil desde el cuello hasta los tobillos, con los pies a dos palmos del suelo.

—¡Te lo advertí! ¡No encauces *jamás* cuando haya gente! ¡Jamás!

Natael inclinó la cabeza de aquella manera peculiar en él, como queriendo mirar a Rand de reojo u observar con disimulo.

—Si se hubiera dado cuenta habría creído que eras tú. —En su voz no había disculpa ni timidez, pero tampoco desafío; por lo visto creía que estaba dando una explicación razonable—. Además, parecías tener sed. Un bardo de corte debe atender las necesidades de su señor. —Ésta era una de las pequeñas vanidades que se permitía; si Rand era el lord Dragón, entonces él tenía que ser el bardo de corte, no un simple juglar.

Sintiéndose tan asqueado consigo mismo como furioso con el otro hombre, Rand deshizo los flujos tejidos y lo dejó caer. Maltratarlo era como enzarzarse en una pelea con un niño de diez años. No veía el escudo que impedía el acceso de Natael al *Saidin,* ya que era creación femenina, pero sabía que estaba allí. Mover una copa era a lo máximo que llegaba ahora la habilidad de Natael. Afortunadamente, el escudo también quedaba oculto a los ojos femeninos. Natael lo llamaba «inversión», pero no parecía capaz de explicarlo.

—¿Y si me hubiera visto la cara y hubiera sospechado? ¡Me quedé tan estupefacto como si esa copa hubiera flotado hacia mí por propia iniciativa! —Volvió a ponerse la pipa entre los dientes y expulsó grandes bocanadas de humo.

—Aun así no habría sospechado de mí. —Acomodándose de nuevo entre los cojines, Natael volvió a coger el arpa y rasgueó unas notas que sonaban aviesas—. ¿Cómo iba a sospechar nadie? Ni siquiera yo acabo de creer la situación en la que estoy. —Si en su voz hubo algún indicio de amargura, Rand no lo detectó.

Tampoco él estaba seguro de creerlo, aunque su trabajo le había costado llegar a las condiciones actuales. El hombre que tenía delante, Jasin Natael, tenía otro nombre: Asmodean.

Viéndolo tocar ociosamente el arpa, nadie habría imaginado que Asmodean era uno de los Renegados. Era incluso moderadamente apuesto; Rand suponía que a las mujeres debía de resultarles atractivo. A menudo le chocaba el hecho de que la maldad no dejara marcas exteriores. Era uno de los Renegados y, en lugar de intentar matarlo, Rand ocultaba su condición a Moraine y a todos los demás. Necesitaba un maestro.

Lo que valía para las mujeres Aes Sedai llamadas «espontáneas» también rezaba para los varones, de modo que sólo tenía una oportunidad entre cuatro de sobrevivir al intento de aprender a utilizar el Poder por sí mismo. Eso sin contar con la locura. Su maestro tenía que ser un hombre; Moraine y las otras se lo habían repetido hasta la saciedad: un pájaro no podía enseñar a volar a un pez, ni un pez enseñar a nadar a un pájaro. Y su maestro debía ser alguien experimentado, alguien que ya supiera todo lo que él necesitaba aprender. Con las Aes Sedai

amansando hombres que podían encauzar tan pronto como eran descubiertos —y cada año aparecían menos— las posibilidades eran escasas, por no decir nulas. Un hombre que hubiera descubierto simplemente que era capaz de encauzar no sabría más de lo que sabía él. Un falso Dragón que pudiera encauzar —si es que Rand tenía oportunidad de encontrar uno que ya no hubiera sido capturado y amansado— no estaría muy dispuesto a renunciar a sus sueños de gloria por otro que afirmara ser el Dragón Renacido. En tales circunstancias, la única opción que quedaba era uno de los Renegados, y, con tal de conseguirlo, se había puesto a sí mismo de cebo.

Asmodean hizo sonar notas al azar mientras Rand tomaba asiento en un cojín frente a él. Estaba bien recordar que ese hombre no había cambiado, no dentro de sí, desde el lejano día en que había entregado su alma a la Sombra. Lo que estaba haciendo ahora lo hacía por compulsión, no porque hubiera vuelto a la Luz.

—¿Alguna vez te has planteado volverte atrás, Natael? —Siempre era muy cuidadoso con el nombre; el menor desliz con «Asmodean», y Moraine estaría convencida de que se había pasado a la Sombra. Ella y tal vez otros. Ni Asmodean ni él sobrevivirían a algo así.

Las manos del hombre se quedaron paralizadas sobre las cuerdas; su semblante estaba totalmente vacío de expresión.

—¿Volverme atrás? Ahora mismo, Demandred o Rahvin o cualquiera de ellos me mataría nada más verme. Eso, siendo afortunado. Excepto, quizá, Lanfear, y comprenderás que no desee ponerla a prueba. Semirhage sería capaz de hacer que una roca pidiera clemencia y le diera las gracias por matarla. Y en cuanto al Gran Señor...

—El Oscuro —lo corrigió con brusquedad sin soltar la pipa que apretaba entre los dientes. El Gran Señor de la Oscuridad era la denominación que daban al Oscuro los Amigos Siniestros y los Renegados.

Asmodean inclinó ligeramente la cabeza en un gesto de aquiescencia.

—Cuando el Oscuro esté libre... —Si su rostro era inexpresivo antes, ahora podía compararse con una talla de piedra—. Baste decir que encontraré a Semirhage y me entregaré a ella antes que afrontar el castigo por traición del Gran... del Oscuro.

—Bueno es, pues, que estés aquí para enseñarme.

Del arpa empezó a brotar una melodía lúgubre que evocaba lágrimas y penalidades.

—*La marcha de la Muerte* —aclaró Asmodean mientras tocaba—, el último movimiento de *El Ciclo de las Pasiones Sublimes,* compuesta unos trescientos años antes de la Guerra del Poder por...

—No me estás enseñando muy bien —lo interrumpió Rand.

—Tanto como podía esperarse dadas las circunstancias. Ahora ya puedes aferrar el *Saidin* siempre que lo intentas y sabes distinguir un flujo de otro. Sabes rodearte con un escudo, y el Poder hace lo que tú deseas que haga. —Dejó de tocar y frunció el entrecejo, sin mirar a Rand—. ¿Crees que Lanfear quería realmente que te enseñara todo? Si hubiera sido eso lo que deseaba, habría ideado el modo de quedarse cerca para así vincularnos. Quiere que vivas, Lews Therin, pero esta vez tiene intención de ser más fuerte que tú.

—¡No me llames así! —espetó Rand, pero Asmodean hizo como si no lo oyera.

—Si planeasteis esto entre los dos, lo de atraparme —continuó el Renegado, y Rand percibió una oleada de energía en él, como si Asmodean estuviera poniendo a prueba el escudo que Lanfear había tejido a su alrededor; las mujeres que podían encauzar veían un halo rodeando a otra mujer que había abrazado el *Saidar* y la notaban encauzar claramente, pero él nunca veía nada en torno a Asmodean y percibía muy poco—. Si lo preparasteis juntos, entonces has dejado que ella te sobrepase en astucia en más de un nivel. Te dije que no soy un buen maestro, sobre todo sin un vínculo. Lo planeasteis entre los dos, ¿no es cierto? —Entonces sí que miró a Rand, de reojo pero aun así intensamente—. ¿Cuánto recuerdas? Me refiero a ser Lews Therin. Ella afirma que no te acuerdas de nada, pero es muy capaz de mentir al mismísimo Gran... al Oscuro.

—En esto ha dicho la verdad. —Se sentó en uno de los cojines y encauzó para atraer

hacia sí la copa intacta de uno de los jefes. Hasta aquel mínimo contacto con el *Saidin* resultaba gozoso, excitante... y repulsivo. Y difícil de renunciar a él. No deseaba hablar de Lews Therin; estaba harto de que la gente creyera que él era Lews Therin. La cazoleta de la pipa se había puesto caliente por chupar tan fuerte y tan seguido, así que la sujetó por la caña y gesticuló con ella—. Si ello te ayuda a enseñarme, ¿por qué no nos vinculamos?

Asmodean lo miró como si le hubiera preguntado por qué no comían rocas, y luego sacudió la cabeza.

—Olvido constantemente lo mucho que ignoras. Tú y yo no podemos hacerlo. Ha de ser una mujer la que nos una. Puedes pedírselo a Moraine, supongo, o a esa chica, Egwene. Una de ellas podría ser capaz de discurrir el método. Eso, siempre y cuando no te importe que descubran quién soy.

—No me mientas, Natael —gruñó Rand. Mucho antes de conocer a Asmodean había descubierto que el encauzamiento de un hombre era tan distinto del de una mujer como lo eran entre sí el uno y la otra por naturaleza, pero no daba crédito a casi nada de lo que decía el Renegado—. He oído a Egwene y a otras hablar sobre Aes Sedai que unen poderes. Si ellas pueden hacerlo, ¿por qué tú y yo no?

—Porque no podemos. —El tono de Asmodean era exasperado—. Pide explicaciones a un filósofo si quieres saber la razón. ¿Por qué no vuelan los perros? Tal vez en el grandioso esquema del Entramado sea una compensación por ser más fuertes los varones. Nosotros no podemos vincularnos sin ellas, pero ellas sí pueden hacerlo sin nosotros. Hasta un máximo de trece, en cualquier caso; menuda merced para los varones. A partir de ahí, necesitan hombres para ampliar el círculo.

Esta vez Rand estaba seguro de que había pillado una mentira. Moraine había dicho que en la Era de Leyenda los hombres y las mujeres habían sido igualmente fuertes en el Poder, y ella, como Aes Sedai, no podía mentir. Así se lo dijo a Asmodean, y añadió:

—Los Cinco Poderes son iguales.

—Tierra, Fuego, Aire, Agua y Energía. —Natael acompañó con una nota cada nombre—. Son iguales, cierto, y también es verdad que lo que un varón puede hacer con uno, también puede hacerlo una mujer. Al menos, en comparación. Pero eso no tiene nada que ver con que los hombres sean más fuertes. Lo que Moraine cree que es verdad lo manifiesta como tal, lo sea o no; una de las mil debilidades de esos absurdos Juramentos. —Interpretó varias notas que realmente sonaban absurdas—. Hay mujeres que tienen brazos más fuertes que algunos hombres, pero, en general, es al contrario. Lo mismo reza para el Poder, y más o menos en la misma proporción.

Rand asintió lentamente. Tenía sentido. Elayne y Egwene estaban consideradas como dos de las mujeres más fuertes entrenadas en la Torre desde hacía mil años o más, pero en una ocasión él se había puesto a prueba contra las dos y, posteriormente, Elayne le había confesado que se había sentido como un gatito agarrado por un mastín.

—Si dos mujeres se vinculan —prosiguió Asmodean—, no duplican su fuerza, ya que la vinculación no es algo tan simple como sumar el poder de ambas, pero si son bastante fuertes pueden igualar a un hombre. Y, cuando forman el círculo de trece, entonces hay que ser muy precavido. Trece mujeres con apenas capacidad de encauzar pueden superar a la mayoría de los varones cuando están vinculadas. Las trece mujeres más débiles de la Torre podrían superarte a ti o a cualquier varón sin que el esfuerzo alterara el ritmo de su respiración. Topé con un dicho de Arad Doman: «Cuantas más mujeres hay cerca, con más pies de plomo va un hombre prudente». No estaría mal recordarlo.

Rand se estremeció al acordarse de cierta vez en que había estado entre muchas más Aes Sedai que trece. Claro que entonces la mayoría ignoraba quién era. Si lo hubiesen sabido... «Si Egwene y Moraine se vincularan... —No quería creer que Egwene se hubiera identificado hasta ese punto a la Torre y se hubiera desligado tanto de su amistad—. En cualquier cosa que hace pone todo el corazón, se vuelca en ello, y se está convirtiendo en Aes Sedai. E igual le ocurre a Elayne.»

Librodot

Beberse de un trago la mitad del vino no arrastró completamente el mal sabor dejado por esa idea.

—¿Qué más puedes contarme de los Renegados? —Era una pregunta que sabía que había hecho al menos un centenar de veces, pero siempre albergaba la esperanza de que hubiera algún pequeño detalle más que sonsacar. Además, era mejor que pensar en Moraine y Egwene vinculándose para...

—Te he dicho todo lo que sé. —Asmodean soltó un sonoro suspiro—. Entre nosotros sólo había una relación de compromiso, en el mejor de los casos. ¿Crees que te estoy ocultando algo? Ignoro dónde están los otros, si es eso lo que quieres saber. Excepto Sammael, y tú ya sabías que estaba dirigiendo Illian como su reino antes de que te lo contara. Graendal estuvo un tiempo en Arad Doman, pero imagino que ya debe de haberse ido; le gustan demasiado las comodidades. Sospecho que Moghedien está o estaba también en alguna parte del oeste, pero nadie encuentra a la Araña hasta que ella quiere que la encuentren. Rahvin tiene a una reina como una de sus amantes, pero tanto tú como yo sólo podemos conjeturar qué país es el que regenta a través de ella. Y eso es todo lo que sé que pueda servir para localizarlos.

Rand había oído lo mismo en anteriores ocasiones; tenía la impresión de haber escuchado ya cincuenta veces todo cuanto Asmodean tenía que decir sobre los Renegados, y, tan a menudo, que había momentos en los que tenía la sensación de saber desde siempre lo que el hombre le contaba. Ciertas cosas habría preferido no saberlas nunca —por ejemplo, lo que Semirhage encontraba divertido— y había otras que no tenían sentido. ¿Que Demandred se había entregado a la Sombra porque envidiaba a Lews Therin Telamon? Rand no entendía que alguien pudiera envidiar tanto a otra persona para hacer nada empujado por ello, pero menos aun dar un paso así. Asmodean afirmaba que había sido la idea de la inmortalidad, de interminables eras de música, lo que lo había seducido; aseguraba que antes había sido un notable compositor. Absurdo. Empero, en ese revoltijo de conocimientos que a menudo le helaban hasta los huesos, podría haber claves para sobrevivir al Tarmon Gai'don. Dijera lo que le dijera a Moraine, sabía que tendría que enfrentarse a ellos entonces, si no antes. Vació la copa y la puso sobre las baldosas. El vino no borraría los hechos.

La cortina de cuentas repiqueteó, y Rand miró hacia atrás a tiempo de ver entrar a varios *gai'shain* en silencio, con sus vestidos blancos. Mientras unos recogían la comida y la bebida que les habían servido a los jefes y a él, otro llevó una bandeja de plata grande hacia la mesa. En ella había platos tapados, una copa de plata y dos jarras de cerámica con franjas verdes. Una contendría vino y la otra, agua. Una *gai'shain* entró con una lámpara dorada, ya encendida, y la puso junto a la bandeja. A través de las ventanas el cielo empezaba a adquirir la tonalidad dorado rojiza del ocaso; en el breve período entre el calor abrasador y el gélido frío, la temperatura era, de hecho, agradable.

Rand se puso de pie a la par que los *gai'shain* se marchaban, pero no salió de inmediato tras ellos.

—¿Qué oportunidades crees que tengo cuando llegue la Última Batalla, Natael?

Asmodean estaba sacando unas mantas de rayas azules y rojas de detrás de los cojines y se quedó parado un instante; alzó la cabeza para mirar a Rand de soslayo, como era su modo habitual.

—Encontraste... algo en la plaza el día que nos encontramos aquí.

—Olvídate de eso —replicó bruscamente. Eran dos objetos lo que había encontrado, no uno—. Lo destruí, de todos modos. —Le dio la impresión de que Asmodean encorvaba ligeramente los hombros.

—Entonces el... el Oscuro te consumirá vivo. En cuanto a mí, tengo intención de cortarme las venas en el mismo momento en que sepa que está libre. Una muerte rápida es mejor que cualquiera de las otras alternativas que me aguardan. —Echó las mantas a un lado y se quedó mirando tristemente al vacío—. Mejor que acabar loco, sin duda. Ahora estoy en las mismas condiciones que tú, ya que rompiste los vínculos que me protegían. —En su voz no

Librodot

había amargura, sólo desesperanza.

—¿Y si hubiera otro modo de escudarse contra la infección? —inquirió Rand—. ¿Y si se pudiera erradicar? ¿Todavía intentarías matarte?

La seca risa de Asmodean sonó realmente acerba.

—¡Así me lleve la Sombra, en verdad tienes que estar empezando a creerte el maldito Creador en persona! Estamos muertos. Los dos. ¡Muertos! ¿Tan ciego te tiene la soberbia que no te das cuenta? ¿O simplemente eres demasiado estúpido, infeliz pastor?

Rand rehusó seguirle el juego, negándose a responder a la provocación.

—¿Por qué, entonces, no te matas ya y acabas de una vez? —preguntó con voz tensa. «No estaba tan ciego para no ver lo que tú y Lanfear os traíais entre manos. Ni soy tan estúpido si conseguí engañarla a ella y hacerte caer en mi trampa a ti»—. Si no hay esperanza, si no existe posibilidad alguna, ni la más mínima, entonces ¿por qué sigues vivo?

Todavía sin mirarlo, Asmodean se frotó un lado de la nariz.

—Una vez vi a un hombre colgando en un precipicio —dijo con lentitud—. El borde al que se agarraba estaba desmenuzándose bajo sus dedos y lo único que había a su alcance para aferrarse era un puñado de hierba, unas pocas briznas largas con las raíces apenas sujetas a la roca. Era la única oportunidad que tenía de trepar de nuevo a lo alto del precipicio. Así que lo agarró. —En su corta y seca risa no hubo hilaridad—. Tenía que saber que no aguantaría, que las raíces se soltarían.

—¿Lo salvaste? —preguntó Rand, pero Asmodean no contestó.

Mientras salía por la puerta empezaron a sonar de nuevo las notas de *La marcha de la Muerte.*

Las sartas de cuentas se cerraron a su espalda, y las cinco Doncellas que estaban esperando en el amplio y vacío pasillo se incorporaron ágilmente de donde estaban en cuclillas. Todas excepto una eran altas para ser mujeres, aunque no para la media de las mujeres Aiel. A su cabecilla, Adelin, le faltaba poco más de un palmo para poder mirarla a los ojos de frente. La excepción, una pelirroja llamada Enaila, era más o menos de la talla de Egwene y bastante quisquillosa respecto a su corta estatura. Al igual que los jefes de clan, tenían los ojos azules, grises o verdes, y las tonalidades de sus cabellos eran castaño claro, rubio o pelirrojo; lo llevaban corto salvo una cola de caballo en la nuca. Las aljabas llenas hacían de contrapeso con los cuchillos en sus cinturones, y a la espalda llevaban arcos de hueso metidos en estuches. Cada una portaba tres o cuatro lanzas cortas con la punta de más de un palmo y una adarga de cuero. Las mujeres Aiel que no deseaban hogar e hijos tenían su propia asociación guerrera, *Far Dareis Mai,* las Doncellas Lanceras.

Las saludó con una ligera inclinación de cabeza, cosa que las hizo sonreír; no era costumbre en los Aiel, al menos no era el modo de saludar que le habían enseñado.

—Te veo, Adelin —dijo—. ¿Dónde está Joinde? Me pareció verla contigo antes. ¿Se ha puesto enferma?

—Te veo, Rand al'Thor —respondió al saludo. Su cabello rubio claro parecía más pálido en contraste con su atezado semblante, que estaba surcado por una fina y blanca cicatriz en una de las mejillas—. En cierto modo, podría decirse que sí. Ha estado hablando consigo misma todo el día y, hace menos de una hora, se marchó para poner una guirnalda de esponsales a los pies de Garan, un Goshien del septiar Jhirad. —Algunas de las mujeres sacudieron la cabeza; casarse significaba renunciar a la lanza—. Mañana es el último día de Garan como su *gai'shain.* Joinde es una Shaarad del septiar Roca Negra —añadió significativamente, y lo cierto es que no era para menos. Con frecuencia se tomaba en matrimonio a hombres o mujeres hechos *gai'shain,* pero rara vez ocurría entre clanes con pleitos de sangre ni siquiera cuando éstos se encontraban en un período de receso.

—Es una enfermedad que se está propagando —intervino acaloradamente Enaila, cuyo tono de voz era tan ardiente como su cabello—. Desde que vinimos a Rhuidean, cada día una o dos Doncellas confeccionan sus guirnaldas de boda.

Rand asintió con un gesto que esperaba que interpretaran de comprensión. Era culpa

suya, y se preguntó cuántas seguirían arriesgándose a estar cerca de él, si se lo dijera. Todas, probablemente; el honor las sujetaría, y le tenían tan poco temor como los jefes de clan. Al menos hasta el momento sólo eran bodas; incluso las Doncellas considerarían mejor el matrimonio que lo que les había sucedido a otros. Tal vez.

—Tardaré sólo un momento y después podremos marcharnos —les dijo.

—Esperaremos con paciencia —repuso Adelin. En realidad, el término «paciencia» no describía su compostura; todas parecían a punto de ponerse en movimiento al instante siguiente.

En verdad Rand sólo tardó un momento en hacer lo que quería: tejer un cubo de flujos de Energía y Fuego alrededor de la habitación y atarlos para que el tejido aguantara por sí mismo. Cualquiera podría entrar y salir del cuarto, salvo un hombre que pudiera encauzar. Para él —o para Asmodean— cruzar ese umbral sería como atravesar un muro de fuego sólido. Había descubierto ese tejido por casualidad, así como que Asmodean, aislado casi por completo de la Fuente, era demasiado débil para encauzar a través de él. No era probable que la conducta de un juglar despertara la curiosidad de nadie; pero, si alguien preguntaba, la simple explicación era que Jasin Natael había preferido dormir tan lejos de los Aiel como le fuera posible en Rhuidean. Esa elección resultaba muy comprensible para los carreteros y guardias de Hadnan Kadere al menos. Y, de este modo, Rand sabía exactamente dónde estaba el hombre de noche. Las Doncellas no le hacían preguntas.

Dio media vuelta y echó a andar seguido por las Doncellas, que tomaron posiciones y se pusieron alerta como si esperaran un ataque en ese mismo momento. Asmodean todavía tocaba la endecha.

Con los brazos extendidos, Mat Cauthon caminaba por el ancho reborde de la fuente seca mientras cantaba para los hombres que lo observaban a la luz crepuscular.

Apuraremos la copa de vino,
y besaremos a las chicas para que no lloren,
y tiraremos los dados hasta que partamos
a bailar con la Dama de las Sombras.

El aire era fresco después del calor del día, y durante un instante pensó en abotonarse la fina chaqueta de seda verde con bordados dorados, pero la bebida a la que los Aiel llamaban *oosquai* le había provocado un zumbido en la cabeza como el de unas moscas gigantes, y la idea se esfumó de su cerebro. En el centro del polvoriento pilón, sobre una plataforma, se alzaban las esculturas de tres mujeres en piedra blanca, de unos seis metros de altura y desnudas. Las tres tenían una mano levantada, mientras que en la otra sostenían una enorme jarra de piedra, inclinada sobre el hombro, desde la que verter agua; pero a una de ellas le faltaba la cabeza y el brazo levantado, y la jarra de otra estaba destrozada.

Bailaremos toda la noche mientras gire la luna,
y en nuestras rodillas brincarán las muchachas,
y después cabalgaréis conmigo,
para danzar con la Dama de las Sombras.

—Una canción demasiado bonita para referirse a la muerte —gritó uno de los carreteros con un fuerte acento lugardeño. Los hombres de Kadere se mantenían en un apiñado grupo, alejados de los Aiel que había alrededor de la fuente; todos eran tipos de aspecto duro, pero hasta el último de ellos estaba convencido de que cualquiera de los Aiel lo degollaría con que creyera que lo había mirado mal. Y no andaban muy equivocados—. Oí a mi abuela hablar de la Dama de las Sombras —continuó el lugardeño de enormes orejas—. No está bien cantar así sobre la muerte.

En medio de su atontamiento, Mat consideró la tonada que había estado cantando y se

encogió. Nadie había oído *Bailar con la Dama de las Sombras* desde que Aldeshar había caído; todavía podía oír en su cabeza el desafiante canto elevándose en el aire mientras los Leones Dorados lanzaban su última y desesperada carga contra el cerco del ejército de Artur Hawkwing. Por lo menos no había estado balbuciendo la canción en la Antigua Lengua. No estaba ni la mitad de achispado de lo que daba a entender su talante, pero indiscutiblemente habían sido muchas las copas de *oosquai.* El brebaje tenía el aspecto y el sabor de agua sucia, pero atizaba en la cabeza con la fuerza de una coz de mula. «Moraine todavía podría mandarme a la Torre si no me ando con cuidado. Bueno, así por lo menos estaría lejos del Yermo y de Rand.» Debía de estar más borracho de lo que pensaba si aquello le parecía un buen trueque. Cambió a *Gitano en la cocina:*

El gitano en la cocina, con trabajo entre manos que hacer.
Y la señora arriba se acicala y ciñe el azul corsé.
Baja la escalera y dando alegre rienda suelta a su antojo
grita, ¡gitano, oh, gitano! ¿me echas un remiendo al perol?

Algunos de los hombres de Kadere cantaron con él mientras Mat regresaba brincando hacia el punto de donde había arrancado. Los Aiel no se unieron al canto; entre ellos, los varones no cantaban excepto los cantos de guerra y los fúnebres para los muertos, y tampoco cantaban las Doncellas, salvo cuando estaban solas.

Dos Aiel se habían subido en cuclillas al reborde de la fuente, sin dar señales de los efectos del *oosquai* que habían tomado, aparte de tener un poco vidriosos los ojos. A Mat le habría alegrado volver a un sitio donde los ojos claros eran una rareza; donde había crecido él, sólo los había visto castaños o negros, salvo los de Rand.

Unos trozos de madera —brazos y patas de sillas carcomidos por los insectos— estaban esparcidos sobre las grandes baldosas del pavimento, en la zona despejada por los espectadores. Había un cacharro de cerámica roja vacío junto al reborde, así como otro que todavía contenía *oosquai,* y una copa de plata. El juego consistía en echar un trago y después intentar hacer diana con el cuchillo en una madera arrojada al aire. Ninguno de los hombres de Kadere y muy pocos Aiel querían jugar a los dados con él porque ganaba con demasiada frecuencia, y a las cartas no jugaban. Lanzar el cuchillo se suponía que era diferente, sobre todo cuando iba acompañado por el *oosquai.* No ganaba tan a menudo como a los dados, pero media docena de copas y dos cuencos de oro tallado se encontraban dentro del pilón, debajo de él, junto con brazaletes y collares engastados con rubíes o piedras de luna o zafiros, así como un buen puñado de monedas. Su sombrero de copa baja y la extraña lanza con el astil negro descansaban junto a las ganancias. Algunas cosas eran incluso de manufactura Aiel; era más frecuente que los Aiel pagaran con piezas procedentes de un botín que con monedas.

Corman, uno de los Aiel encaramados al reborde, alzó la vista hacia él cuando dejó de cantar. Una cicatriz blanca le cruzaba la nariz.

—Eres casi tan bueno con el cuchillo como con los dados, Matrim Cauthon. ¿Lo damos por terminado? Se está yendo la luz.

—Todavía hay de sobra. —Mat escudriñó el cielo; unas tenues sombras lo cubrían todo en el valle de Rhuidean, pero en el cielo quedaba suficiente claridad, al menos para ver a contraluz—. Mi abuela podría hacer diana en estas condiciones, y yo, con los ojos vendados.

Jenric, el otro Aiel en cuclillas, echó un vistazo a los espectadores.

—¿Hay mujeres aquí? —Con la constitución de un oso, Jenric se consideraba ingenioso—. Un hombre sólo habla de ese modo cuando hay mujeres a las que quiere impresionar.

Las Doncellas repartidas entre la muchedumbre se echaron a reír como todos los demás y puede que con más ganas.

—¿Crees que no puedo hacerlo? —masculló Mat mientras se arrancaba de un tirón el pañuelo negro que llevaba alrededor del cuello para taparse la cicatriz dejada por la cuerda cuando había estado a punto de morir ahorcado—. Tú, Corman, sólo tienes que gritar «ya»

cuando lances. —Se tapó apresuradamente los ojos con el pañuelo y sacó un cuchillo de una de las mangas. El sonido más alto que se oía era el de la respiración de los mirones. «¿Que no estoy borracho? Más que una cuba.» Y, sin embargo, de repente percibió su buena fortuna, notó la misma sensación que cuando sabía el número de puntos que saldría antes de que los dados dejaran de rodar. Fue como si le aclarara un poco los vapores del cerebro—. Lanza —ordenó calmosamente.

—¡Ya! —anunció Corman, y el brazo de Mat se echó hacia atrás y a continuación hacia adelante.

En la quietud reinante, el seco impacto del acero atravesando la madera sonó tan fuerte como el repiqueteo de la diana al caer en el pavimento.

Nadie pronunció una palabra mientras Mat se quitaba el pañuelo y volvía a anudarlo alrededor del cuello. Un trozo de un brazo de silla, más o menos del tamaño de su mano, yacía en el espacio despejado, con su cuchillo firmemente hincado en el centro. Por lo visto, Corman había intentado compensar las desventajas. Bueno, él no había especificado el tamaño del blanco; de repente se dio cuenta de que no había hecho una apuesta.

—¡Eso es tener la suerte del propio Oscuro! —medio gritó uno de los hombres de Kadere finalmente.

—La suerte es un corcel en el que cabalgar como cualquier otro —se dijo Mat. Daba igual de dónde viniera; y no es que él supiera de dónde venía la suya. Lo único que intentaba era montarla lo mejor posible.

Puesto que había hablando entre dientes, Jenric lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿Qué has dicho, Matrim Cauthon? —preguntó.

Mat abrió la boca para repetirlo, y entonces la volvió a cerrar cuando las palabras acudieron con claridad a su mente: *Sene sovya caba'donde ain dovienya.* La Antigua Lengua.

—Nada —masculló—. Sólo hablaba conmigo mismo. —Los espectadores empezaban a dispersarse—. Supongo que es verdad que apenas queda luz para seguir con el juego.

Corman plantó el pie en el trozo de madera para sacar el cuchillo de Mat y se lo alcanzó.

—Otra vez quizá, Matrim Cauthon, algún día. —Era el modo Aiel de decir «nunca» cuando no querían ser demasiado claros.

Mat asintió mientras guardaba el arma en una de las fundas, debajo de la manga; había pasado igual que cuando había sacado seis seises veintitrés veces seguidas. No podía culparlos. No todo podía achacarse a la suerte. Reparó con un poco de envidia en que ninguno de los Aiel daba el menor traspié mientras se unían a la muchedumbre que se alejaba.

Se pasó los dedos por el cabello, y se sentó pesadamente en el reborde de la fuente. Los recuerdos que antes se amontonaban como pasas en la masa de un bizcocho, ahora se mezclaban con los suyos propios. Una parte de su cerebro sabía que había nacido en Dos Ríos hacía veinte años, pero recordaba claramente haber dirigido el ataque por el flanco que había derrotado a los trollocs en Maighande; y estar bailando en la corte de Tarmandewin; y un centenar, un millar de cosas más. Casi todas, batallas. Recordaba estar muriendo más veces de las que querría. Ninguna línea visible de separación entre las vidas ya; no sabía distinguir unos recuerdos de otros a menos que se concentrara.

Recogió el sombrero de ala ancha y se lo puso; luego levantó la extraña lanza y la cruzó sobre sus rodillas. En lugar de la punta normal, tenía lo que parecía una cuchilla de unos sesenta centímetros de longitud en la que aparecían grabados dos cuervos. Lan decía que esa cuchilla había sido forjada con el Poder Único durante la Guerra de la Sombra, la Guerra del Poder; el Guardián afirmaba que nunca tendría que afilarla y que jamás se rompería. Mat no pondría a prueba tal cosa a no ser que no le quedara más remedio. Puede que hubiera durado tres mil años, pero no se fiaba gran cosa del Poder. A lo largo del negro astil había una escritura cursiva, enmarcada a cada extremo por otros dos cuervos hechos con algún tipo de metal todavía más oscuro que la madera. Estaba en la Antigua Lengua, pero, naturalmente, él sabía leerlo:

Librodot

Así queda escrito el trato; así se cierra el acuerdo.
La mente es la flecha del tiempo; jamás se borra el recuerdo.
Lo que se pidió se ha dado. El precio queda pagado.

Hacia un extremo de la amplia avenida, a unos setecientos u ochocientos metros, había una plaza que se habría considerado grande en casi todas las ciudades. Los comerciantes Aiel se habían retirado al acabar la jornada, pero los pabellones, hechos con la misma lana parda utilizada para las tiendas, todavía seguían levantados. Cientos de comerciantes habían acudido a Rhuidean desde todas partes del Yermo para la feria más grande que los Aiel habían visto nunca, y seguían llegando más cada día. De hecho, fueron comerciantes los primeros que habían empezado a vivir en la ciudad.

Aunque Mat no quería mirar hacia el otro lado, hacia la gran plaza, lo hizo. Distinguía las siluetas de las carretas de Kadere, aguardando a recibir más carga al día siguiente. Lo que parecía el marco retorcido de una puerta, en piedra roja, se había cargado en uno de los vehículos esa misma tarde; Moraine se había tomado mucho interés en que quedara bien atado, exactamente como quería.

El joven ignoraba lo que la Aes Sedai sabía de ese objeto —y él no tenía intención de preguntarle; mejor si se olvidaba de su presencia, aunque tal cosa le parecía harto improbable—, pero lo que quiera que supiera, estaba seguro de que él sabía más que ella. Lo había cruzado como un necio, buscando respuestas. En cambio, lo que había conseguido era una cabeza repleta de recuerdos de otro hombre. Eso, y la muerte. Se ajustó más el pañuelo al cuello. Y dos cosas más: un medallón con una cabeza de zorro hecha de plata, que llevaba debajo de la camisa, y el arma que tenía cruzada sobre las rodillas. Parca recompensa. Pasó las yemas de los dedos sobre la escritura. *Jamás se borra el recuerdo.* La gente al otro lado del umbral tenía un sentido del humor muy acorde con el de los Aiel.

—¿Puedes hacer eso todas las veces?

Giró bruscamente la cabeza hacia la Doncella que acababa de sentarse a su lado. Alta, incluso para la media Aiel, quizá más que él, tenía el cabello como oro hilado y los ojos del color de un claro cielo matinal. Era mayor que él, quizás unos diez años, pero eso nunca lo había echado atrás. Claro que era *Far Dareis Mai.*

—Soy Melindhra —siguió la mujer—, del septiar Jumai. ¿Puedes hacer eso todas las veces?

Mat comprendió que se refería al lanzamiento de cuchillo. Le había dicho su septiar, pero no su clan. Los Aiel nunca hacían eso. A menos... Tenía que ser una de las Doncellas Shaido que habían venido para unirse a Rand. Mat no entendía realmente ese lío de las asociaciones, pero, en lo referente a los Shaido, recordaba muy bien que habían intentado clavarle sus lanzas. A Couladin no le gustaba nada que tuviera que ver con Rand, y lo que Couladin odiaba, lo odiaban los Shaido. Por otro lado, Melindhra había venido a Rhuidean. Una Doncella. Pero esbozaba una leve sonrisa; en su mirada había un brillo invitador.

—Casi siempre —dijo con sinceridad. Incluso cuando no la percibía, su suerte era buena; cuando la notaba, era perfecta.

La mujer soltó una risita y su sonrisa se ensanchó, como si pensara que estaba jactándose. Las mujeres parecían sacar sus propias conclusiones respecto a si uno mentía o no sin tener en cuenta las evidencias. Por otro lado, si uno les gustaba, o no les importaba que mintiera o decidían que hasta el embuste más flagrante era verdad.

Las Doncellas podían ser peligrosas, pertenecieran al clan que pertenecieran —cualquier mujer podía serlo; eso lo había aprendido por propia experiencia—, pero, definitivamente, los ojos de Melindhra no se limitaban a mirarlo.

Sacó de entre sus ganancias un collar de espirales de oro, cada una de ellas rematada en el centro por un zafiro azul profundo, el mayor tan grande como el nudillo de su pulgar. Todavía recordaba un tiempo —en su propia memoria— en que la más pequeña de estas gemas lo habría hecho sudar.

—Lucirán mucho con tus ojos —dijo mientras ponía la joya en las manos de la mujer. Nunca había visto a una Doncella llevando puesto ningún adorno, pero, según su experiencia, a todas las mujeres les gustaban las joyas. Cosa curiosa, las flores les gustaban casi igual. No lo comprendía, pero era consciente de que entendía tan poco a las mujeres como su suerte o como lo que había ocurrido al otro lado de aquel umbral.

—Un trabajo muy bueno —alabó ella, sosteniendo el collar en alto—. Acepto tu oferta. —La joya desapareció en la bolsa del cinturón. Melindhra se inclinó para echarle el sombrero hacia atrás—. Tienes unos ojos bonitos, como oscuras ágatas pulidas. —Girándose para subir los pies al reborde de la fuente, se sentó con los brazos alrededor de las rodillas y lo observó fijamente—. Mis hermanas de lanza me han hablado de ti.

Mat volvió a ponerse el sombrero en su sitio y la contempló con cautela por debajo del ala. ¿Qué le habían contado? ¿Y a qué «oferta» se refería? No era más que un collar. La expresión invitadora había desaparecido de sus ojos; parecía un gato examinando a un ratón. Ése era el problema con las Doncellas Lanceras. A veces costaba distinguir si querían bailar con uno, besarlo o matarlo.

La calle se iba quedando desierta y las sombras se hacían más densas, pero reconoció a Rand caminando avenida adelante, con la pipa sujeta entre los dientes. Era el único hombre en Rhuidean que caminaría acompañado por un puñado de *Far Dareis Mai.* «Siempre están a su alrededor —pensó Mat—. Guardándolo como una manada de lobas y saltando para hacer lo que quiera que diga.» Algunos hombres lo habrían envidiado por ello, pero no Mat. No la mayoría del tiempo. Si hubiera sido un puñado de chicas como Isendre...

—Disculpa un momento —le dijo a Melindhra apresuradamente. Recostó la lanza contra el costado del pilón de la fuente y echó a correr. La cabeza todavía le zumbaba, pero no tan fuerte como antes, y tampoco daba traspiés. No le preocupaban sus ganancias; los Aiel tenían muy claro lo que estaba bien y lo que no; lanzar un ataque era una cosa, y robar, otra muy distinta. Los hombres de Kadere habían aprendido a mantener las manos en los bolsillos después de que a uno de ellos lo sorprendieron robando. Después de sufrir una flagelación que lo dejó desollado de los hombros a los talones, lo expulsaron. El único odre de agua que le dieron no le habría bastado para llegar a la Pared del Dragón aun en el caso de que hubiera llevado puesto algo de ropa. Ahora los hombres de Kadere ni siquiera recogerían un céntimo que se encontraran tirado en la calle.

—¡Rand! —El otro hombre siguió caminando con su círculo de escolta—. ¡Rand! —Su amigo estaba a menos de diez pasos, pero ni siquiera vaciló. Algunas Doncellas miraron atrás, pero no Rand. Mat sintió un repentino frío que nada tenía que ver con el relente de la cercana noche. Se humedeció los labios y volvió a llamar, esta vez sin levantar la voz—. Lews Therin. —Y Rand se volvió. Mat habría querido que no lo hiciera.

Durante unos instantes sólo se miraron el uno al otro a la luz crepuscular. Mat vaciló, sin saber si acercarse más o no. Intentó engañarse argumentando que era por las Doncellas. Adelin era una de las que le habían enseñado el juego que llamaban «Beso de las Doncellas» y que seguramente jamás olvidaría; ni volvería a jugarlo, si de él dependía la decisión. Y sentía la mirada de Enaila como un taladro perforándole el cráneo. ¿Quién habría imaginado que una mujer estallaría como aceite arrojado al fuego sólo porque alguien le decía que era la florecilla más bonita que había visto en su vida?

Y ahora Rand. Rand y él habían crecido juntos. Ellos dos y Perrin, el aprendiz del herrero de Campo de Emond, habían cazado, pescado y puesto trampas juntos por las Colinas de Arena hasta el mismo borde de las Montañas de la Niebla, acampando bajo las estrellas. Rand era su amigo. Sólo que ahora era la clase de amigo que podía arrancarle la cabeza de cuajo sin tener intención de hacerlo. Perrin podía estar muerto por culpa de Rand.

Se obligó a acercarse a menos de un metro del otro hombre. Rand le sacaba más de un palmo, y bajo la luz del crepúsculo daba la impresión de ser aun más alto. Y más impasible que antes.

—He estado pensando, Rand. —Mat habría querido que su voz no sonara ronca.

Librodot

Confiaba en que su amigo respondiera a su verdadero nombre esta vez—. Llevo mucho tiempo fuera de casa.

—Los dos llevamos ausentes mucho —dijo suavemente Rand. De repente se echó a reír, no con fuerza pero casi como el Rand de antaño—. ¿Empiezas a echar de menos ordeñar las vacas de tu padre?

Mat se rascó la oreja y esbozó una sonrisa.

—Eso no, exactamente. —Por mucho que tardara en volver a pisar el interior de un establo siempre le parecería demasiado pronto—. Pero estuve pensando en marcharme con ellos cuando las carretas de Kadere se pongan en camino.

Rand guardó silencio. Cuando habló de nuevo el atisbo de buen humor en su voz había desaparecido.

—¿Todo el camino hasta Tar Valon?

Ahora fue Mat quien vaciló. «Él no me entregaría a Moraine, ¿verdad?»

—Quizá —contestó con indiferencia—. No estoy seguro. Allí es donde Moraine querría tenerme. A lo mejor encuentro la ocasión de volver a Dos Ríos y ver si todo va bien en casa. «Ver si Perrin sigue vivo. Y si lo están mis hermanas y mis padres.»

—Todos hacemos lo que debemos, Mat, aunque muy a menudo no es lo que deseamos. Lo que tenemos que hacer.

A Mat le sonaba como una excusa, como si Rand le estuviera pidiendo que lo comprendiera. Sólo que él había hecho consigo mismo lo que debía unas cuantas veces. «No puedo culparlo por lo de Perrin. ¡Nadie me obligó a seguirlo como un jodido sabueso!» Pero tampoco eso era del todo cierto. Lo habían obligado, y no sólo Rand.

—¿No vas a... impedir que me vaya?

—No soy yo quien te dice que vengas o vayas, Mat —contestó cansadamente Rand—. La Rueda teje el Entramado, no yo, y la Rueda gira según sus designios. — ¡Vaya hombre, ahora hablaba como una Aes Sedai! A medio volverse para seguir su camino, Rand añadió—: No te fíes de Kadere, Mat. En ciertos aspectos, es probablemente el hombre más peligroso con el que hayas topado en tu vida. No confíes en él ni una pizca, o podrías acabar degollado de oreja a oreja, y tú y yo seríamos los únicos que lamentaríamos que ocurriera algo así.

Se marchó acto seguido, con las Doncellas rodeándolo como lobas furtivas. Mat lo siguió con la mirada. ¿Que no confiara en el buhonero? «No me fiaría de Kadere aunque estuviera atado dentro de un saco.» ¿Así que Rand no tejía el Entramado? ¡Pues no andaba muy lejos! Antes incluso de que ninguno descubriera que las Profecías tenían algo que ver con ellos, se habían enterado de que Rand era *ta'veren,* una de las pocas personas que, en lugar de ser tejidas a la fuerza en el Entramado, obligaban a éste a tejerse a su alrededor. Mat sabía el significado de ser *ta'veren;* era uno de ellos, aunque no tan fuerte como Rand. A veces Rand podía afectar en la vida de la gente, cambiar su curso, simplemente estando en la misma ciudad. Perrin también era *ta'veren*; o lo había sido. Moraine consideró muy significativo encontrar a tres jóvenes que habían crecido en la misma localidad que estaban todos destinados a ser *ta'veren,* y se propuso incluirlos en sus planes, fueran los que fueran.

Se suponía que tal cosa era algo magnífico; todos los *ta'veren* de los que Mat tenía noticia habían sido hombres como Artur Hawkwing, o mujeres como Mabriam en Shereed, de quien los relatos decían que había impulsado el Pacto de las diez naciones después del Desmembramiento. Pero ningún relato contaba qué ocurría cuando un *ta'veren* estaba cerca de otro tan fuerte como Rand. Era como ser una hoja en medio de un remolino.

Melindhra se paró a su lado y le entregó su lanza y un pesado y tosco saco que tintineaba.

—Guardé tus ganancias aquí dentro. —Era, efectivamente, más alta que él, por lo menos cinco centímetros. Lanzó una mirada a Rand—. He oído comentar que eras medio hermano de Rand al'Thor.

—En cierto sentido —contestó secamente.

—No importa —comentó ella como restándole importancia, y clavó su mirada en él,

puesta en jarras—. Me fijé en ti, Mat Cauthon, antes de que me entregaras un regalo de estima. No es que vaya a renunciar a la lanza por ti, naturalmente, pero hace días que no te quito ojo. Tienes la sonrisa de un niño que está a punto de hacer una travesura, y eso me gusta. Y tus ojos. —Bajo la escasa luz del anochecer su sonrisa era suave y ancha. Y cálida—. Me gustan tus ojos.

Mat se puso derecho el sombrero, aunque estaba en su sitio, bien colocado. De perseguidor a perseguido en un abrir y cerrar de ojos. Con las Aiel podía suceder así. Sobre todo con las Doncellas.

—¿Te dice algo el nombre de Hija de las Nueve Lunas? —Esta pregunta se la hacía a veces a las mujeres. La respuesta equivocada lo pondría en camino fuera de Rhuidean esa misma noche aunque tuviera que recorrer el Yermo a pie.

—Nada —contestó ella—. Pero te diré lo que me gusta hacer a la luz de la luna.

Le echó el brazo por los hombros, le quitó el sombrero *y* empezó a susurrarle algo al oído. En un visto y no visto, la sonrisa de Mat era aun más ancha que la de la mujer.

Librodot

CAPÍTULO 4

Crepúsculo

Con su escolta de *Far Dareis Mai,* Rand se aproximó al Techo de las Doncellas en Rhuidean. Una escalinata blanca, tan ancha como el alto edificio y con escalones de un paso de profundidad, subía hacia unas gruesas columnas en espiral de seis metros de altura, aparentemente negras en la penumbra del ocaso, pero de un fuerte tono azul a la luz del día, que se ahusaban progresivamente a medida que cobraban altura. El exterior del edificio era un mosaico de pequeñas baldosas vidriadas, blancas y azules, que también formaban espirales aparentemente interminables. Directamente encima de las columnas, un enorme ventanal de cristales de colores representaba la figura de una mujer de cuatro metros y medio, con el cabello oscuro, ataviada con complejas vestiduras azules y con la mano derecha levantada, ya fuera en una bendición o en un imperioso gesto de alto. Su rostro era sereno y severo al mismo tiempo. Quienquiera que hubiera sido, su pálida piel y sus oscuros ojos ponían de manifiesto que no era Aiel. Quizás una Aes Sedai. Rand sacudió la pipa en el tacón de la bota y la guardó en el bolsillo de la chaqueta antes de empezar a subir la escalinata.

A excepción de los *gai'shain,* los varones tenían prohibida la entrada en el Techo de las Doncellas, todos, en cualquier dominio del Yermo. Un jefe o un familiar de una Doncella podía morir si lo intentaba, aunque, de hecho, a ningún hombre Aiel se le pasaría siquiera por la cabeza. Lo mismo rezaba para todas las asociaciones; sólo los miembros de cada una de ellas y los *gai'shain* podían acceder al interior.

Las dos Doncellas que hacían guardia en las altas puertas de bronce tuvieron un rápido intercambio en el lenguaje de signos, y sus ojos no se apartaron de él mientras cruzaba entre las columnas; después compartieron una leve sonrisa. Rand habría querido saber qué habían dicho con las manos. Hasta en una tierra tan seca como el Yermo, el bronce se deslustraría con el paso del tiempo, pero los *gai'shain* habían bruñido estas puertas hasta hacer que parecieran nuevas. Estaban abiertas de par en par, y la pareja de guardianas no hizo intención alguna de cerrarle el paso cuando las cruzó, con Adelin y las demás pegadas a sus talones.

Los anchos pasillos de blancas baldosas y las grandes estancias estaban repletos de Doncellas sentadas sobre cojines de colores, charlando, repasando sus armas, jugando a las damas o a las Mil Flores, un juego Aiel que consistía en crear figuras específicas con trozos planos de piedra en los que aparecían grabados lo que parecían cientos de símbolos diferentes. Ni que decir tiene, un grupo numeroso de *gai'shain* se movía silenciosamente realizando sus tareas, ya fuera limpiar, servir, remendar o poner aceite a las lámparas de muy variada manufactura, desde las sencillas de alfarería vidriada hasta las de oro, obtenidas como botín en alguna parte, pasando por las de pie que se encontraron en la ciudad. En la mayoría de las habitaciones, las paredes y los suelos estaban cubiertos con alfombras y tapices de vivos colores y con diseños y dibujos tan numerosos como las propias piezas. Los mismos techos y paredes eran detallados mosaicos de bosques, ríos y cielos que jamás se habían visto en el Yermo.

Jóvenes o mayores, las Doncellas sonrieron al ver a Rand, y algunas lo saludaron con un gesto de la cabeza y hasta con familiares palmadas en el hombro. Otras le preguntaban cómo

estaba, si había comido o si le apetecía que los *gai'shain* le sirvieran vino o agua. Él respondió brevemente, aunque devolviéndoles las sonrisas, que estaba bien y que no tenía hambre ni sed, y siguió caminando sin aflojar siquiera el paso cuando hablaba. Hacerlo habría conducido de manera inevitable a pararse, y aquella noche no estaba con ánimos para eso.

Las *Far Dareis Mai* lo habían adoptado, en cierto sentido. Algunas lo trataban como a un hijo y otras como a un hermano, aunque en ello no influía la edad; mujeres con canas en el cabello a lo mejor charlaban con él durante el té como lo harían con su hermano, en tanto que otras Doncellas uno o dos años mayores que él se preocupaban de que llevara la ropa más adecuada para el calor. No podía evitar ser objeto de aquel trato solícito; lo hacían, simplemente, y él no veía cómo impedírselo a menos que recurriera al Poder.

Se había planteado la conveniencia de que otra asociación le proporcionara su guardia personal —quizá los *Shae'en M'taal,* los Soldados de Piedra, o los *Aethan Dor,* los Escudos Rojos; Rhuarc había pertenecido a esta última asociación antes de convertirse en jefe—, pero ¿qué razón daría? La verdad no, desde luego. La mera idea de tener que darles esa explicación a Rhuarc y a los otros lo ponía nervioso; considerando el humor tan particular de los Aiel, hasta el avinagrado y viejo Han se partiría de risa. El mero hecho de pedir ese cambio, fuera por la razón que fuera, seguramente ofendería el honor de las Doncellas, de la primera a la última. Por lo menos, sólo se mostraban solícitas con él en el Techo, donde nadie lo veía, aparte de los *gai'shain,* que sabían a qué atenerse y jamás hablarían de lo que pasaba allí dentro.

«Las F*ar Dareis Mai* —había dicho en cierta ocasión— guardan mi honor.» Todo el mundo lo recordaba, y las Doncellas se mostraron tan orgullosas como si les hubiera regalado todos los tronos del mundo. Pero al final había resultado que lo guardaban del modo que ellas decidían.

Adelin y las otras cuatro lo dejaron para reunirse con sus amigas, aunque tal cosa no significó que se quedara solo, ni mucho menos. Mientras subía a la siguiente planta del edificio por los curvados tramos de blancas escaleras, tuvo que responder a las mismas preguntas prácticamente a cada paso: no, no tenía hambre; sí, sabía que todavía no estaba acostumbrado al calor; y no, no había pasado demasiado tiempo al sol. Lo soportó con paciencia, pero soltó un hondo suspiro de alivio cuando llegó al segundo piso, por encima del inmenso ventanal. Allí no había Doncellas ni *gai'shain* por los amplios corredores ni por las escaleras que conducían a los pisos de más arriba. Las paredes desnudas y las estancias vacías acentuaban la ausencia de gente; pero, después de cruzar los pisos inferiores, recibió la soledad como una bendición.

Su dormitorio era una cámara sin ventanas, cerca de la parte central del edificio, una de las pocas que no eran enormes, a pesar de que el techo era tan alto que hacía que la medida mayor de la habitación fuera la altura. Rand no tenía ni idea de para qué estaba destinada originalmente esta cámara; un mosaico de enredaderas alrededor de la pequeña chimenea era la única ornamentación. Habríase dicho que era el cuarto de un sirviente, pero los aposentos de la servidumbre no tenían puertas forradas de bronce, por sencillas que fueran. Los *gai'shain* la habían bruñido hasta sacarle un apagado brillo. Había unos cuantos cojines esparcidos sobre las azules baldosas del suelo para sentarse en ellos, y un grueso jergón, encima de una pila de alfombrillas de llamativos colores, para dormir. En el suelo, cerca de la «cama», había una sencilla jarra de agua, vidriada en azul, y una copa de color verde oscuro. Y eso era todo, salvo dos lámparas de pie de tres brazos, ya encendidas, y un montón de libros apilados en un rincón. Con un suspiro de cansancio, se tendió en el jergón sin quitarse la chaqueta ni las botas; por mucho que se moviera y cambiara de postura, no era más blando que estar tumbado sobre el suelo desnudo.

El relente de la noche empezaba a filtrarse en la habitación, pero Rand no se molestó en prender el estiércol de vaca seco que había en la chimenea; prefería aguantar el frío que el olor. Asmodean había intentado enseñarle un modo sencillo de mantener caliente la habitación; sería sencillo, pero el Renegado no tenía fuerza suficiente para hacerlo por sí

Librodot

mismo. La única vez que Rand lo intentó, se había despertado en mitad de la noche jadeando, respirando con dificultad mientras los bordes de las alfombrillas se chamuscaban por el calor que desprendía el suelo. No había vuelto a intentarlo.

Había elegido este edificio como su alojamiento porque estaba intacto y cerca de la plaza; sus altísimos techos proporcionaban una sensación de frescor hasta en las horas más calurosas del día, y sus gruesas paredes aislaban del frío durante la noche. Entonces no era todavía el Techo de las Doncellas, por supuesto. Simplemente, una mañana despertó y se encontró con el hecho consumado, con Doncellas en todas las habitaciones de los dos primeros pisos y con guardias apostadas en las puertas. Tardó un poco en comprender que habían ocupado el edificio como el Techo de su asociación en Rhuidean, pero que esperaban que él se quedara. De hecho, estaban dispuestas a cambiar el Techo dondequiera que se instalara él. Tal era el motivo de que tuviera que reunirse con los jefes de clan en otro sitio. Lo más que había conseguido era que las Doncellas accedieran a quedarse en el piso inmediatamente inferior del que dormía; aquello había sido motivo de diversión sin cuento para las mujeres. «Ni siquiera el *Car'a'carn* es un rey», se recordó con amarga ironía. Ya había tenido que trasladarse otro piso más arriba dos veces, a medida que aumentaba el número de Doncellas. Ociosamente, intentó calcular cuántas más podrían venir antes de que se encontrara durmiendo en el tejado.

Prefería entretenerse en eso que pensar en cómo había dejado que Moraine lo irritara. En ningún momento había tenido la menor intención de revelarle sus planes hasta el día en que los Aiel se pusieran en marcha. La Aes Sedai sabía exactamente cómo manipular sus emociones, cómo ponerlo tan furioso que decía más de que lo quería. «Antes nunca me enfurecía de ese modo. ¿Por qué me cuesta tanto ahora controlar mi genio?» En fin, no había nada que pudiera hacer Moraine para detenerlo. Creía que no lo había. Tenía que tener más cuidado cuando la Aes Sedai estuviera cerca. El hecho de que sus habilidades estuvieran aumentando lo hacía descuidado con ella; pero, aunque fuera más fuerte, Moraine seguía sabiendo más que él, a pesar de las enseñanzas de Asmodean.

En cierto modo, que Asmodean conociera sus planes era menos importante que revelar su intención a la Aes Sedai. «Para Moraine sigo siendo un pastor al que puede utilizar para los propósitos de la Torre, pero para Asmodean soy la única rama a la que puede agarrarse en una riada.» Qué extraño pensar que seguramente podía confiar más en un Renegado que en Moraine. Aunque no es que confiara gran cosa en ninguno de los dos. Asmodean... Si sus vínculos con el Oscuro lo habían protegido de la infección del *Saidin,* tenía que haber otro modo de hacerlo. O de limpiarlo.

El problema era que, antes de entregarse a la Sombra, los Renegados se contaban entre los Aes Sedai más poderosos de la Era de Leyenda, cuando cosas que para la Torre Blanca eran inalcanzables se consideraban algo cotidiano. Si Asmodean no sabía cómo hacerlo, seguramente es que no había ningún modo. «Tiene que poder hacerse. Tiene que haber alguna cosa. No pienso quedarme sentado hasta enloquecer o morir.»

Eso era una estupidez. Las Profecías le habían dispuesto una cita en Shayol Ghul. No sabía cuándo, pero después de eso ya no tendría que preocuparse de si se volvía loco. Sufrió un escalofrío y pensó en echarse las mantas.

Se incorporó bruscamente al oír el apagado sonido de unos pasos en el pasillo. «¡Se lo advertí! ¡Si son incapaces de...!» La mujer que abrió la puerta, con los brazos cargados de mantas de lana, no era alguien que esperara ver allí.

Aviendha se paró nada más cruzar el umbral y lo miró con sus fríos y verdes ojos. La hermosa mujer, de su misma edad más o menos, había sido Doncella hasta que había renunciado a la lanza para convertirse en Sabia no hacía mucho tiempo. Su cabello rojizo oscuro todavía no le llegaba a los hombros, por lo que el pañuelo doblado que le ceñía las sienes para evitar que le cayera a la cara todavía resultaba innecesario. Daba la impresión de sentirse incómoda con el chal marrón y un tanto impaciente a causa de la larga falda gris.

Rand sintió una punzada de celos al reparar en el collar de plata que lucía, una sarta de

discos profusamente trabajados, todos ellos diferentes. «¿Quién le dio eso?» La joven no lo habría adquirido, ya que no parecía que le gustaran las joyas. Sólo llevaba otro adorno, un ancho brazalete de marfil con rosas delicada y minuciosamente talladas. Se lo había regalado él, y todavía no estaba seguro de que lo hubiera perdonado por ello. En cualquier caso, era absurdo que se sintiera celoso.

—Hace diez días que no te veía —dijo—. Pensé que las Sabias te atarían a mi brazo una vez que descubrieron que les había cerrado el paso a mis sueños. —Asmodean se había mostrado divertido al enterarse de qué era lo primero que Rand quería aprender, y después frustrado por lo mucho que tardaba en asimilarlo.

—Tengo que realizar mi aprendizaje, Rand al'Thor. —Sería una de las pocas Sabias con capacidad de encauzar; ésa era una parte de sus enseñanzas—. No soy una de tus mujeres de las tierras húmedas que haya de estar cerca a todas horas para que puedas mirarme cada vez que se te antoje. —A pesar de conocer a Egwene, y también a Elayne, tenía una idea muy particular sobre cómo eran las que ella llamaba mujeres de las tierras húmedas; y de todos los habitantes de las tierras húmedas en general—. No les ha gustado lo que has hecho. —Se refería a Amys, Bair y Melaine, las tres Sabias, caminantes de sueños, que la estaban instruyendo y que intentaban tenerlo vigilado a él. Aviendha sacudió la cabeza tristemente—. Sobre todo no les ha hecho gracia que te dijera que caminaban en tus sueños.

Rand la miró de hito en hito.

—¿Se lo confesaste? Pero si realmente no me dijiste nada. Yo mismo lo deduje, y al final lo habría descubierto aunque no se te hubiera escapado aquella insinuación que lo apuntaba. Aviendha, fueron ellas las que me contaron que hablaban con la gente en sus sueños. De ahí a sacar la conclusión lógica sólo había un paso.

—¿Qué esperabas? ¿Que me deshonrara más aun? —Su voz sonaba impasible, pero sus ojos podrían haber encendido el fuego de la chimenea—. ¡No pienso deshonrarme ni por ti ni por ningún hombre! Te di la pista que te condujo a ello, y no podía ocultar mi vergüenza. Debería haber dejado que te congelaras. —Le arrojó las mantas sobre la cabeza.

Rand se las quitó y las puso a un lado del jergón mientras intentaba discurrir qué decirle. Otra vez el *ji'e'toh.* Esta mujer era más punzante que un espino. Aparentemente le habían encargado la tarea de enseñarle las costumbres Aiel, pero él sabía cuál era su verdadera misión: espiarlo por encargo de las Sabias. Fuera cual fuera el deshonor que implicaba el espionaje entre los Aiel, por lo visto no contaba para las Sabias. Ellas sabían que estaba enterado, pero, por alguna razón, no parecía preocuparles; y, mientras se mostraran partidarias de dejar las cosas como estaban, él no pensaba poner pegas. Para empezar, Aviendha no era muy buena espía; casi nunca trataba de sonsacarle cosas, y su genio vivo le impedía ponerlo furioso o hacerlo sentir culpable como hacía Moraine. En segundo lugar, la joven resultaba una compañía agradable algunas veces, cuando se olvidaba de erizar las espinas. Al menos sabía a quién habían puesto Amys y las demás para vigilarlo; si no era ella, sería otra persona, y entonces tendría que estar ojo avizor, preguntándose quién. Además, nunca se mostraba cautelosa con él.

Había veces que, cuando Mat, Egwene e incluso Moraine lo miraban, veían al Dragón Renacido o al menos el peligro de un hombre que podía encauzar. Los jefes de clan y las Sabias lo veían como El que Viene con el Alba, el hombre que según la profecía partiría a los Aiel como ramitas secas; si no lo temían, en ocasiones todavía lo trataban como una serpiente coral con quien tenían que convivir. Lo que quiera que viera Aviendha no impedía que fuera tan mordaz como y cuando le venía en gana, lo que ocurría casi de manera continua.

Un extraño consuelo, pero, comparado con el resto, no dejaba de ser un descanso. La había echado de menos. Incluso había cogido flores de algunas de las plantas espinosas que había en los alrededores de Rhuidean —pinchándose los dedos hasta que cayó en la cuenta de que podía utilizar el Poder— y se las había mandado media docena de veces; las Doncellas habían llevado las flores en persona, en lugar de encargárselo a los *gai'shain.* Ni que decir tiene que Aviendha no había dado las gracias nunca.

Librodot

—Gracias —dijo Rand, acariciando las mantas. Era un tema bastante seguro del que hablar—. Supongo que no estarán de sobra con lo frías que son las noches aquí.

—Enaila me pidió que te las trajera cuando se enteró que había venido a verte. —Sus labios se curvaron en un atisbo de sonrisa divertida—. Unas cuantas hermanas de lanza estaban preocupadas de que no estuvieras bastante caliente. He de asegurarme que enciendes el fuego esta noche; ayer no lo prendiste.

Rand sintió que la sangre se agolpaba en sus mejillas. Aviendha lo sabía. «¿Y de qué te extrañas? ¡Pues claro que lo sabe! Las condenadas Doncellas puede que ya no le cuenten todo, pero tampoco se preocupan de ocultarle nada.»

—¿Por qué querías verme?

Para su sorpresa, la joven se cruzó de brazos y paseó de un lado al otro de la habitación dos veces antes de pararse para mirarlo con expresión furibunda.

—Esto no fue un regalo de estima —dijo acusadoramente mientras sacudía el brazalete delante de sus narices—. Tú mismo lo admitiste. —Y era verdad, aunque Rand creía que le habría clavado un cuchillo en las costillas si no lo hubiera reconocido así—. Simplemente fue un estúpido regalo de un hombre que ni sabía ni le importaba lo que mis... lo que las hermanas de lanza pudieran pensar. Bueno, pues esto tampoco guarda ningún significado. —Sacó algo de su bolsillo y lo arrojó sobre el catre, junto a Rand—. Cancela la deuda entre nosotros.

Rand cogió lo que Aviendha le había tirado y le dio vueltas entre los dedos. Era la hebilla de un cinturón con la forma de un dragón, hecha de excelente acero con incrustaciones de oro.

—Gracias. Es precioso. Aviendha, no hay deuda alguna que cancelar.

—Si no quieres cogerlo a cambio de mi deuda, entonces tíralo —manifestó con firmeza ella—. Ya encontraré otra cosa con la que compensarte.

—No es ninguna baratija. Tienes que haber encargado que lo hagan.

—Pues no creas que eso significa algo, Rand al'Thor. Cuando renuncié... a la lanza, todas mis armas, mis lanzas, mi cuchillo —en un gesto inconsciente se acarició el cinturón, donde solía colgar el arma blanca—, hasta las puntas de mis flechas, me fueron arrebatadas y entregadas a un forjador para que fabricara cosas sencillas para regalar. La mayoría se las di a amigas, pero las Sabias me obligaron a que nombrara a los tres hombres y las tres mujeres a quien más odiaba, y me ordenaron que les entregara con mis propias manos a cada uno un regalo hecho con mis armas. Bair dice que eso enseña a tener humildad. —Con la espalda muy recta y echando chispas por los ojos, escupiendo cada palabra, su actitud y su porte estaban muy lejos de ser humildes—. Así que no vayas a pensar que significa algo.

—No significa nada —dijo él mientras asentía tristemente. En realidad, tampoco es que quisiera que significara algo, pero habría sido agradable pensar que la chica empezaba a verlo como un amigo. Era una solemne estupidez sentir celos si le hacían regalos. «Me pregunto quién le habrá dado eso»—. Aviendha, ¿era yo uno de esos tres a los que odias tanto?

—Sí, Rand al'Thor. —De repente la voz le sonaba muy ronca. Giró el rostro un instante, con los ojos cerrados y tiritando—. Te odio con todo mi corazón. Te odio. Y siempre te odiaré.

No se molestó en preguntarle el motivo. Una vez le había preguntado por qué no le caía bien, y había faltado poco para que le aplastara la nariz de un puñetazo. Sin embargo, no le había contestado. Pero esto era algo más que el desagrado que a veces parecía olvidar.

—Si de verdad me odias —dijo de mala gana—, les pediré a las Sabias que me envíen a otra persona para enseñarme.

—¡No!

—Pero si tú...

—¡No! —Esta vez el rotundo «no» sonó aun más feroz si cabe. Se puso en jarras y habló como si quisiera que cada palabra se le clavara en el corazón—. Aun en el caso de que las Sabias accedieran a reemplazarme, tengo *toh,* obligación y deber, hacia mi medio hermana Elayne, de guardarte para ella. Le perteneces, Rand al'Thor. A ella y a nadie más. Recuérdalo.

Librodot

Rand estuvo a punto de levantar las manos. Al menos esta vez no le describía el aspecto de Elayne sin ropa; había algunas costumbres Aiel a las que le costaba más trabajo acostumbrarse que a otras. En ocasiones se preguntaba si Aviendha y Elayne habían acordado esta «vigilancia». No podía creer que lo hubieran hecho, pero las mujeres, aunque no fueran Aiel, actuaban de un modo extraño las más de las veces. Lo que era más, se preguntaba de qué demonios se suponía que tenía que protegerlo Aviendha. Exceptuando a las Doncellas y a las Sabias, las Aiel lo miraban como si fuera una profecía en carne y hueso y, por ende, no como un ser humano sino más como una jodida serpiente suelta entre niños. Las Sabias casi eran tan retorcidas como Moraine a la hora de intentar obligarlo a hacer lo que querían, y, en cuanto a las Doncellas, ni siquiera quería pensarlo. El asunto lo ponía furioso.

—Ahora, escúchame tú. Besé a Elayne unas cuantas veces, y creo que le gustó tanto como a mí, pero no estoy comprometido con nadie. Ni siquiera sé si ya quiere algo de mí, aunque sólo sea eso. —En el espacio de unas pocas horas le había escrito dos cartas; en una llamándolo la más preciada luz para su corazón para continuar con otras cosas que lo habían enardecido; y en la segunda lo llamaba miserable con corazón de piedra al que no quería volver a ver y después seguía vapuleándolo y despellejándolo con más arte de lo que Aviendha había hecho jamás. Definitivamente, las mujeres eran muy raras—. En cualquier caso, no tengo tiempo para pensar en mujeres. Lo único que ocupa mi mente es unir a los Aiel, incluso a los Shaido si me es posible. Yo... —Enmudeció de repente y exhaló un gemido cuando la última mujer que habría esperado ver apareció contoneándose en la habitación, acompañada del tintineo de joyas y llevando una bandeja de plata con una botella de cristal con vino y dos copas de plata.

El transparente pañuelo de seda roja que cubría la cabeza de Isendre no ocultaba su pálido y bello rostro con forma de corazón. El largo cabello negro y los oscuros ojos proclamaban que no era Aiel. Sus labios llenos, con aquel mohín característico, iniciaron una sonrisa tentadora... hasta que vio a Aviendha. Entonces la sonrisa se trocó en una mueca forzada. Aparte del pañuelo, llevaba puestos una docena o más de collares de oro y marfil, algunos con perlas o gemas. Otros tantos brazaletes se amontonaban en cada muñeca, y aun eran más numerosos los que rodeaban sus tobillos. Y eso era todo; no llevaba puesto nada más. Rand se obligó a mantener la vista estrictamente en el rostro de la mujer, pero aun así sentía arderle las mejillas.

Aviendha parecía un nubarrón a punto de descargar rayos y centellas, e Isendre tenía la expresión de alguien que acaba de saber que lo van a cocer vivo. Rand hubiera querido encontrarse en la Fosa de la Perdición o en cualquier otra parte menos en ese cuarto. Con todo, se puso de pie; tendría más autoridad mirándolas desde arriba que a la inversa.

—Aviendha —empezó, pero la joven hizo caso omiso de él.

—¿Te envió alguien con eso? —preguntó fríamente.

Isendre abrió la boca; su intención de mentir se hizo patente en su cara, pero tragó saliva con esfuerzo y musitó:

—No.

—Se te ha advertido de esto, *serda.* —Una *serda* era una especie de rata especialmente ladina, según los Aiel, y que no servía para nada; su carne era tan apestosa que hasta los gatos rara vez se comían las que cazaban—. Adelin pensaba que lo de la última vez te habría enseñado la lección.

Isendre se encogió y se tambaleó como si fuera a desmayarse. Rand hizo acopio de firmeza.

—Aviendha, si alguien la envió o no, da lo mismo. Tengo un poco de sed, y si ha sido tan amable de traerme vino, habría que darle las gracias. —La Aiel miró fríamente las dos copas y enarcó las cejas. Rand respiró hondo—. No debe ser castigada por traerme algo de beber. —Tuvo buen cuidado en no mirar la bandeja—. La mitad de las Doncellas que están bajo el Techo debe de haberme preguntado si...

—Fue cogida por las Doncellas por robo a las Doncellas, Rand al'Thor. —El tono de

Librodot

Aviendha era aun más frío que cuando se había dirigido a la mujer—. Ya te has entrometido demasiado en los asuntos de las *Far Dareis Mai,* más de lo que te deberían haber consentido. Ni siquiera un *Car'a'carn* puede obstaculizar la justicia; esto no es asunto tuyo.

Rand se encogió levemente... y desistió. Lo que quiera que las Doncellas hicieran con ella, Isendre se lo había buscado. Y no por esto. Había entrado en el Yermo con Hadnan Kadere, pero el buhonero no se rasgó las vestiduras cuando las Doncellas la prendieron por robar las joyas que ahora eran todo cuanto le permitían llevar encima. Rand había hecho cuanto estaba en su mano para evitar que la enviaran a Shara atada como una cabra u obligada a caminar desnuda hacia la Pared del Dragón con sólo un odre de agua; al verla suplicar clemencia una vez que comprendió lo que la Doncellas se proponían hacer con ella, Rand había sido incapaz de mantenerse al margen. Una vez había matado a una mujer; una mujer que intentaba matarlo a él, pero el recuerdo todavía le escocía. Dudaba que pudiera hacerlo otra vez, aun en el caso de que su vida corriera peligro. Una idea estúpida, considerando que las Renegadas probablemente buscaban su sangre o algo peor, pero no podía evitarlo. Y, si era incapaz de matar a una mujer, ¿cómo iba a quedarse sin hacer nada y dejar que muriera una mujer, aunque lo mereciera?

Eso era lo que le causaba desazón. En cualquier país al oeste de la Pared del Dragón, Isendre se habría enfrentado a la horca o al tajo del verdugo por lo que él sabía sobre ella... al igual que sobre Kadere y probablemente la mayoría de los hombres del buhonero, si no todos. Eran Amigos Siniestros. Y él no podía desenmascararlos. Ni siquiera ellos sabían que estaba enterado.

Si cualquiera de ellos era denunciado como Amigo Siniestro... Isendre lo soportaba lo mejor que podía, porque hasta ser una criada o tener que ir desnuda era mejor que acabar atada de pies y manos y abandonada bajo el sol, pero ninguno guardaría silencio si Moraine les ponía las manos encima. Las Aes Sedai tampoco mostraban mucha compasión por los Amigos Siniestros; les haría soltar la lengua en poco tiempo. Y Asmodean había llegado al Yermo con la caravana del buhonero y por lo que Kadere y los demás sabían, era otro Amigo Siniestro, aunque uno con autoridad. Sin duda pensaban que se había puesto al servicio del Dragón Renacido siguiendo las órdenes de alguien más poderoso que él. Si quería conservar a su maestro, si quería evitar que muy probablemente Moraine tratara de matarlos a los dos, Rand no tenía más remedio que guardar su secreto.

Afortunadamente, nadie se cuestionó por qué los Aiel mantenían una vigilancia tan férrea sobre el buhonero y sus hombres. Moraine creyó que se debía a la habitual desconfianza de los Aiel con los forasteros que entraban al Yermo, incrementada por el hecho de encontrarse en Rhuidean; tuvo que poner en juego toda su persuasión para convencerlos de que permitieran entrar a Kadere y sus carretas en la ciudad. Empero, la sospecha existía; Rhuarc y los otros jefes seguramente habrían puesto guardias aunque Rand no lo hubiera pedido. Y Kadere parecía contento de no haber acabado con una lanza en las costillas.

Rand no tenía idea de cómo iba a resolver la situación. O si podía hacerlo. Estaba en un buen lío. En los relatos de los juglares, sólo los villanos quedaban atrapados en un atolladero como éste.

Una vez que estuvo segura de que Rand no iba a interferir más, Aviendha puso de nuevo su atención en la otra mujer.

—Puedes dejar el vino.

Isendre se inclinó grácilmente para soltar la bandeja junto al catre; había una extraña mueca en su rostro, y Rand tardó unos segundos en comprender que era un intento de sonreírle sin que la Aiel la viera.

—Y ahora irás corriendo hasta la primera Doncella con la que topes y le dirás lo que has hecho —continuó Aviendha—. ¡Corre, *serda*!

Gimiendo y retorciéndose las manos, Isendre echó a correr en medio de un sonoro tintineo de joyas. Tan pronto como hubo salido de la habitación, Aviendha se volvió hacia Rand.

Librodot

—¡Le perteneces a Elayne! ¡No tienes derecho a intentar engatusar a ninguna mujer, pero mucho menos a ésa!

—¿Ella? —Rand dio un respingo—. ¿Piensas que yo...? Créeme, Aviendha, aunque fuera la única mujer en el mundo, correría hasta donde me llevaran las piernas para alejarme de ella.

—Eso es lo que dices. —Resopló—. Se la ha vareado siete veces, ¡siete!, por intentar escabullirse hasta tu cama. No sería tan persistente si no tuviera algún estímulo. Se enfrenta a la justicia de las *Far Dareis Mai* y no es asunto siquiera del *Car'a'carn.* Ésta será la lección de hoy sobre nuestras costumbres. ¡Y recuerda que perteneces a mi medio hermana!

Sin dejarle decir una sola palabra al respecto, salió a grandes zancadas del cuarto con una expresión tal, que Rand creyó que Isendre no sobreviviría si Aviendha la alcanzaba.

Soltó un largo suspiro y retiró la bandeja con el vino a un rincón de la habitación. No tenía la menor intención de beber nada que Isendre le llevara.

«¿Que ha intentado siete veces llegar hasta mí?» Debía de haberse enterado de que había intercedido por ella; con su forma de pensar, sin duda se había preguntado que, si había hecho algo así por una mirada insinuante y una sonrisa, qué no haría por algo más. Sintió un escalofrío, tanto por esa idea como por el creciente frío nocturno. Antes prefería tener un escorpión en su cama. Si las Doncellas no lograban convencerla, entonces le diría lo que sabía sobre ella; eso pondría fin a cualquier maquinación.

Apagó las lámparas y se metió en el catre a oscuras, todavía calzado y completamente vestido, y manoseó las mantas hasta que se las hubo echado todas encima. Sin el fuego, sospechaba que le estaría agradecido a Aviendha antes de que llegara el alba. Colocar las guardas de Energía que escudaban sus sueños de intrusismos era un acto casi reflejo en él ahora, pero mientras lo hacía se rió para sus adentros. Podría haberse metido en la cama primero y *después* apagar las lámparas con el Poder. Eran las cosas sencillas las que nunca se le ocurría hacer con el Poder.

Durante un rato permaneció tumbado, esperando que su cuerpo cogiera calor bajo las mantas. ¿Cómo en un mismo lugar podía hacer tanto calor de día y tanto frío por la noche? No lo entendía. Metió una mano por debajo de la chaqueta y se tanteó la cicatriz medio curada de su costado. Esa herida, la que Moraine nunca conseguía curar por completo, sería lo que lo mataría con el tiempo. Estaba seguro. Su sangre en las rocas de Shayol Ghul. Eso era lo que decían las Profecías.

«Esta noche no. No quiero pensar en eso. Todavía dispongo de un poco de tiempo. Empero, si ahora los sellos pueden descamarse con un cuchillo, ¿aguantan todavía con tanta firmeza...? No. Esta noche no.»

Dentro de las mantas empezaba a estar un poco más caliente, y se movió para encontrar una postura más cómoda, sin conseguirlo. «Tendría que haberme lavado», pensó, soñoliento. Seguramente Egwene estaría en ese mismo momento dentro de una tienda de vapor. La mitad de las veces que Rand había utilizado una, un puñado de Doncellas había intentado entrar con él... y casi se habían partido de risa cuando insistió en que se quedaran fuera. Bastante incómodo era ya tener que desvestirse y vestirse en el arroyo.

El sueño llegó finalmente y, con él, unos sueños protegidos de la intromisión de las Sabias o de cualquier otro. Pero no protegidos de sus propios pensamientos. Tres mujeres los invadieron constantemente. Isendre no, salvo en una fugaz pesadilla que casi lo despertó. Por turnos, soñó con Elayne, con Min y Aviendha, ya estuvieran juntas o por separado. Sólo Elayne lo había mirado como un hombre, pero las tres lo veían como quien era, no como lo que era. Aparte de la pesadilla, todos fueron unos sueños placenteros.

Librodot

CAPÍTULO 5

Entre las Sabias

De pie, tan cerca como le era posible del pequeño fuego que ardía en el centro de la tienda, Egwene tiritó mientras vertía agua caliente de un cazo en un barreño de franjas azules. Había bajado los laterales de la tienda, pero el frío se colaba entre las alfombras que cubrían el suelo, y todo el calor del fuego parecía escaparse por el agujero del humo que había en el centro del techo de la tienda, dejando únicamente el olor a excremento de vaca quemándose. Tuvo que apretar los dientes para que no le castañetearan.

De hecho, el vapor del agua empezaba a desaparecer; abrazó el *Saidar* un momento y encauzó Fuego para calentarla más. Amys o Bair probablemente se habrían lavado con agua fría; en realidad, siempre tomaban baños de sudación. «Vale, no soy tan dura como ellas, ¿y qué? No crecí en el Yermo y no tengo por qué congelarme ni lavarme con agua fría si no quiero.» Aun así no dejó de sentirse culpable mientras frotaba en un paño el jabón con olor a lavanda que había comprado a Hadnan Kadere. Las Sabias no le habían pedido que actuara de otro modo, pero no se libraba de la sensación de estar haciendo trampa.

Cortar el contacto con la Fuente Verdadera la hizo suspirar con remordimiento, pero a pesar de estar temblando por el frío se echó a reír bajito, burlándose de su necedad. La maravilla de estar llena con el Poder, la impetuosa oleada de vida y percepción, era el peligro intrínseco en ello. Cuanto más *Saidar* se absorbía, más se deseaba, y si no se tenía una férrea disciplina se seguía absorbiendo hasta el punto en que no se podía controlar, de manera que el desenlace era la muerte o la propia neutralización. Y eso no era para tomárselo a risa.

«Ése es uno de tus mayores fallos —se reprendió severamente—. Siempre quieres hacer más de lo que se espera de ti. Deberías lavarte con agua fría; eso te enseñaría autodisciplina.» El problema era que había tanto que aprender que a veces parecía que una vida entera no sería suficiente para asimilarlo. Sus maestras se mostraban siempre demasiado cautas, ya fueran las Sabias o las Aes Sedai en la Torre; era muy difícil contenerse cuando se sabía que, en muchos aspectos, ya las aventajaba. «No se dan cuenta de que puedo hacer más de lo que creen.»

Una bocanada de aire frío la azotó y extendió el humo del fuego por la tienda.

—Si haces el favor... —dijo una voz de mujer.

Egwene dio un brinco y soltó un penetrante chillido antes de ser capaz de gritar:

—¡Cierra! —Se rodeó con los brazos para dejar de dar brincos—. ¡Entra o sal, pero cierra! —Tanto esfuerzo para tener un poco de calor, y ahora estaba con piel de gallina de la cabeza a los pies.

La mujer de blanco se deslizó en la tienda a gatas, y la solapa de la tienda se cerró tras ella. Mantenía los ojos bajos y las manos enlazadas humildemente; habría hecho lo mismo si Egwene la hubiera golpeado en vez de limitarse a gritarle.

—Si haces el favor —repitió con voz queda—, la Sabia Amys me envía para que te acompañe a la tienda de sudación.

Deseando poder ponerse sobre el fuego, Egwene gimió. «¡Así la Luz abrase a Bair y su obstinación!» Si no hubiera sido por la Sabia de cabello blanco, en esos momentos habrían estado en una casa de la ciudad, en lugar de vivir en tiendas en los límites de la urbe.

«Dispondría de un cuarto con una chimenea como es debido. Y con puerta.» Seguro que Rand no tenía que aguantar que la gente lo molestara cuando se le antojaba. «El maldito lord Dragón chasquea los dedos, y las Doncellas corren a servirlo como si fueran criadas. Apuesto a que le han buscado una cama de verdad en lugar de un catre en el suelo.» Estaba segura de que Rand disfrutaba de un baño caliente todas las noches. «Seguramente las Doncellas suben cubos de agua caliente a sus aposentos. Apostaría a que incluso han encontrado una bañera para el gran señor.»

Amys y Melaine se habían mostrado bien dispuestas a la sugerencia de Egwene, pero Bair se había plantado, sin querer dar el brazo a torcer, y las otras dos habían accedido a sus deseos como si fueran *gai'shain.* Egwene imaginaba que, con tantos cambios provocados por Rand, Bair quería aferrarse a las viejas costumbres todo lo posible, pero la joven habría deseado que la Sabia hubiese escogido otras tradiciones donde imponer su criterio de continuidad.

Ni siquiera se planteó rehusar; había prometido a las Sabias olvidar que era Aes Sedai —cosa fácil considerando que realmente no lo era— y hacer exactamente lo que le ordenaran. Y ésa era la parte difícil; había estado ausente de la Torre bastante tiempo para volver a ser dueña de sus actos. No obstante, Amys le había dicho tajantemente que caminar en los sueños era peligroso aun sabiendo lo que uno se traía entre manos, cuanto más cuando no lo sabía, y que, si no obedecía en el mundo de vigilia, no podrían fiarse de que obedeciera en el de los sueños, de modo que no aceptarían esa responsabilidad. En consecuencia, Egwene realizaba sus tareas junto con Aviendha, aceptaba las regañinas y los castigos tan pacientemente como le era posible y brincaba cada vez que Amys, Melaine o Bair decían «rana». Metafóricamente, se entiende. Ninguna de las Sabias había visto una rana en su vida. «No me llamarán para que les sirva el té.» No, esa noche le tocaba a Aviendha esa tarea.

Se planteó ponerse las medias, pero finalmente se agachó para meterse sólo los zapatos. Era un calzado tosco, muy en consonancia con el Yermo; recordaba con añoranza los escarpines de seda que había desgastado en Tear.

—¿Cómo te llamas? —preguntó en un intento de mostrarse sociable.

—Cowinde —fue la dócil y escueta respuesta.

Egwene suspiró. Insistía en intentar entablar amistad con los *gai'shain,* pero sin resultado. No había tenido ocasión de acostumbrarse a los sirvientes, aunque en realidad los *gai'shain* no eran criados precisamente.

—¿Eras Doncella?

Un fugaz y feroz destello en los azules ojos de la otra mujer le reveló que su deducción era acertada; empero, los agachó de inmediato asumiendo de nuevo su actitud humilde.

—Soy *gai'shain.* Antes y después no es ahora, y sólo existe el presente.

—¿A qué septiar y clan perteneces? —Por lo general no era necesario preguntarlo, ni siquiera a un *gai'shain.*

—Sirvo a la Sabia Melaine, del septiar Jhirad, de los Goshien Aiel.

Egwene estaba intentando elegir entre dos capas, una marrón de burda lana y otra azul de seda acolchada que había comprado a Kadere —el buhonero había vendido todo lo que llevaba en las carretas para dejar espacio a la carga de Moraine, y a buen precio—, e hizo una pausa para mirar a la otra mujer con el entrecejo fruncido. Ésa no era la respuesta correcta. Había oído comentar que una variante del marasmo había afectado a algunos *gai'shain*; cuando su período de servidumbre de un año y un día terminaba, se negaban a quitarse la túnica blanca, simplemente.

—¿Cuándo finaliza tu plazo? —preguntó.

—Soy *gai'shain* —musitó Cowinde, que se encogió más, casi acurrucándose.

—Sí, lo sé, pero ¿cuándo podrás regresar a tu septiar, a tu propio dominio?

—Soy *gai'shain* —repitió la mujer con voz ronca, sin levantar la vista de las alfombras—. Si la respuesta te desagrada, castígame, pero no puedo dar otra.

—No seas absurda —replicó secamente Egwene—. Y ponte derecha. Eres una persona,

Librodot

no una rana.

La mujer de blanco obedeció de inmediato y se sentó sobre los talones, esperando sumisamente la siguiente orden. Era como si jamás hubiera alentado aquel fugaz destello de carácter en sus ojos.

Egwene respiró profundamente. Cowinde había asumido a su estilo los efectos del marasmo. Era un modo absurdo, pero ella no podía hacer nada para cambiarlo. En cualquier caso, se suponía que debía estar de camino hacia la tienda de sudación, no hablando con esta mujer.

Al recordar la corriente de aire frío, vaciló. La bocanada de viento gélido había hecho que se cerraran a medias dos grandes flores blancas que estaban en un cuenco somero. Procedían de la *segade,* una planta gruesa, sin hojas, de aspecto correoso y plagada de espinas. Había sorprendido a Aviendha con ellas en las manos, contemplándolas, esa misma mañana; la joven Aiel se había llevado un sobresalto al verla, y después se las entregó diciendo que las había cogido para ella. Egwene suponía que lo que todavía quedaba de Doncella en Aviendha no le permitía admitir que le gustaban las flores. Aunque, pensándolo bien, la había visto, siendo aún *Far Dareis Mai,* llevar de vez en cuando una en el cabello o en la chaqueta.

«Sólo estás intentado retrasar lo que tienes que hacer, Egwene al'Vere. ¡Deja de hacer el tonto! Estás comportándote de un modo tan absurdo como Cowinde.»

—Salgamos —dijo, y tuvo el tiempo justo de cubrir su desnudez con la capa antes de que la *gai'shain* levantara la solapa de la tienda para dejar paso al gélido aire de la noche.

Allá arriba las estrellas eran puntos chispeantes en medio de la oscuridad, y la luna lucía en su tercer cuarto creciente. El campamento de las Sabias lo formaban dos docenas de tiendas situadas a menos de cien pasos de donde terminaba el resquebrajado pavimento de una de las calles de Rhuidean. El juego de luces y sombras de la luna daba a la ciudad la apariencia de extraños riscos y quebradas. Todas las tiendas tenían bajada la solapa de entrada, y los olores de las lumbres y las comidas se mezclaban en el aire.

Las otras Sabias acudían allí casi a diario para asistir a reuniones, pero pasaban las noches con sus propios septiares. Algunas incluso dormían en Rhuidean. Pero Bair no. Esto era lo más cerca de la ciudad que la Sabia había aceptado instalarse; si Rand no hubiera estado allí, sin duda habría insistido en levantar el campamento en las montañas.

Egwene mantuvo cerrada la capa con las dos manos mientras caminaba tan deprisa como podía. El frío se colaba por debajo del repulgo de la prenda y se metía por delante cada vez que las piernas desnudas de la joven daban un paso. Cowinde tuvo que remangarse las faldas de la túnica blanca a la altura de las rodillas para apretar el paso a fin de situarse delante de Egwene; la joven no necesitaba que la *gai'shain* la guiara, pero, puesto que la habían enviado a buscarla, se sentiría avergonzada y puede que ofendida si no le permitía hacerlo. Mientras apretaba los dientes para que no le castañetearan, Egwene deseó que la otra mujer fuera corriendo en lugar de caminar deprisa.

La tienda de sudación tenía el mismo aspecto que las demás, baja y ancha, con los laterales bajados completamente, salvo porque el agujero del humo estaba tapado. Cerca, un fuego había ardido hasta reducirse a rojas brasas esparcidas sobre unas cuantas piedras del tamaño de la cabeza de un hombre. No había luz suficiente para distinguir el bulto que había junto a la entrada de la tienda, pero Egwene sabía que eran ropas de mujeres cuidadosamente dobladas.

Tras inhalar profundamente el gélido aire, se descalzó, dejó caer la capa y casi se zambulló de cabeza dentro de la tienda. Un instante de estremecedor frío antes de que la solapa se cerrara detrás de ella, y de inmediato la asaltó el húmedo calor que hizo brotar una película de sudor en todo su cuerpo cuando todavía tiritaba.

Las tres Sabias que le estaban enseñando a caminar en los sueños se encontraban sentadas despreocupadamente, sudando, con el largo cabello cayéndoles, empapado, hasta la cintura. Bair hablaba con Melaine, la Sabia de cabello rubio y ojos verdes, cuya belleza contrastaba marcadamente con el rostro apergaminado y el blanco cabello de la otra mujer.

Amys también tenía el pelo blanco —o quizás era de un color rubio tan pálido que daba esa impresión—, pero no tenía aspecto de ser mayor. Melaine y ella podían encauzar —cosa poco frecuente entre las Sabias—, de modo que poseía algo del aire intemporal de las Aes Sedai. Moraine, que junto a las otras parecía delgada y pequeña, exhibía un gesto imperturbable con el que parecía negar su desnudez, aunque el sudor le corría por el desnudo cuerpo y tenía el cabello pegado al cráneo. La Sabias utilizaban unas piezas de bronce, finas y curvas, llamadas *staera,* para rascar la piel húmeda y así arrastrar el sudor y el polvo del día.

Aviendha estaba en cuclillas, sudorosa, junto a la negra olla con piedras calientes y tiznadas que había en el centro de la tienda, y utilizaba cuidadosamente una tenaza para pasar la última piedra de una olla más pequeña a la grande. Hecho esto, roció sobre ellas agua de una calabaza para aumentar el vapor. Si dejaba que el vaho disminuyera en exceso, como poco se ganaría una regañina. La próxima vez que las Sabias se reunieran en la tienda de sudación, le tocaría a Egwene encargarse de esta tarea.

La joven se sentó con las piernas cruzadas al lado de Bair —allí no había alfombras, sólo el rocoso suelo desnudo, desagradablemente caliente, húmedo e irregular— y advirtió con un sobresalto que Aviendha había sido azotada, y recientemente. Cuando la joven Aiel tomó asiento cautelosamente al lado de Egwene, lo hizo con un gesto tan pétreo como el propio suelo, pero a pesar de ello no pudo evitar un fugaz gesto de dolor.

Esto era algo totalmente inesperado para Egwene. Las Sabias imponían una férrea disciplina —más dura que la de la Torre, que ya era decir— pero Aviendha trabajaba en aprender a encauzar con inflexible determinación. No podía caminar en los sueños, pero desde luego se esforzaba al máximo para asimilar cualquiera de las otras artes de una Sabia con tanto empeño como cuando había aprendido a manejar las armas como una Doncella. Por supuesto, cuando confesó que por su culpa Rand se había enterado que las Sabias le espiaban los sueños, la habían hecho pasar tres días cavando agujeros hasta la altura del hombro para después volver a taparlos, pero ése fue uno de los contados pasos en falso dados por la joven Aiel. Amys y las otras dos se la habían puesto como ejemplo de humilde obediencia y adecuada fortaleza tan a menudo que a veces a Egwene le entraban ganas de chillar, aunque Aviendha fuera amiga suya.

—Has tardado mucho en venir —dijo Bair en tono gruñón mientras Egwene seguía intentando encontrar una postura donde no se le clavaran las irregularidades del suelo. La anciana Sabia tenía una voz fina y aguda, pero con la dureza del hierro. Siguió rascándose los brazos con una *staera.*

—Lo siento —se disculpó Egwene. Eso debía de ser suficientemente humilde.

Bair aspiró por la nariz con desdén.

—Eres Aes Sedai al otro lado de la Pared del Dragón, pero aquí sigues siendo una alumna, y una alumna no se retrasa. Cuando mando llamar a Aviendha y le encargo algo, obedece corriendo, aunque sólo le haya pedido un alfiler. No te vendría mal tomarla como ejemplo.

Egwene enrojeció y procuró dar a su voz una entonación sumisa:

—Lo intentaré, Bair. —Era la primera vez que una Sabia las comparaba estando presentes las dos. Lanzó una mirada de reojo a Aviendha y se sorprendió al verla absorta en sus pensamientos. A veces deseaba que su «medio hermana» no fuera siempre un ejemplo tan bueno.

—La chica aprenderá o no aprenderá, Bair —dijo Melaine con irritación—. Enséñale a obedecer con prontitud después, si es que todavía le hace falta. —Debía de tener diez o doce años más que Aviendha, pero siempre hablaba como si debajo de la falda llevara clavado un cardo. A lo mejor estaba sentada sobre una piedra picuda, aunque si lo estaba no se movería; esperaría a que lo hiciera la piedra—. Os lo repito, Moraine Sedai, los Aiel siguen a El que Viene con el Alba, no a la Torre Blanca.

Obviamente, Egwene tendría que seguir la conversación a partir de este momento, deduciendo lo que habían hablado antes.

Librodot

—Tal vez los Aiel vuelvan a servir a las Aes Sedai, pero todavía no ha llegado ese momento, Moraine Sedai —manifestó Amys con voz sosegada, sin dejar de pasarse el rascador por la piel mientras observaba a Moraine tranquilamente.

Egwene sabía que llegaría, ahora que Moraine había descubierto que algunas Sabias podían encauzar. Las Aes Sedai vendrían al Yermo para encontrar chicas a las que enseñar, y casi con toda seguridad también tratarían de llevar a la Torre a todas las Sabias dotadas con esa habilidad. Hubo un tiempo en que le había preocupado que las Sabias fueran sometidas y obligadas a marcharse a la fuerza, quisieran o no; las Aes Sedai jamás dejaban que ninguna mujer capaz de encauzar escapara al control de la Torre. Pero ya había dejado de preocuparle, aunque a las Sabias pareciera que sí. Amys y Melaine igualaban a cualquier Aes Sedai en cuanto a imponer su voluntad, y así lo demostraban a diario con Moraine.

A decir verdad, Bair no era la Sabia más voluntariosa. Tal honor le correspondía a una mujer aun más vieja, Sorilea, de los Chareen del septiar Jarra. La Sabia del dominio Shende encauzaba incluso menos que la mayoría de las novicias de la Torre, pero era muy capaz de mandar a otra Sabia con cualquier encargo como si fuera una *gai'shain.* E iba. En fin, que no había razón para angustiarse por el temor de que a las Sabias las mangoneara nadie.

—Es comprensible que deseéis proteger vuestras tierras —intervino Bair—, pero es obvio que Rand al'Thor no se propone dirigirnos a una campaña de castigo. Nadie que se someta a El que Viene con el Alba sufrirá daño alguno.

Así que de eso se trataba. Por supuesto.

—No es evitar muertes ni la destrucción de países lo único que me preocupa. —Moraine convirtió en algo regio el simple gesto de limpiarse el sudor de la frente con un dedo, pero su tono era casi tan tenso como el de Melaine—. Si permitís esto, será desastroso. El trabajo de años elaborando planes empieza a dar frutos, y él lo va a echar todo a rodar.

—Planes de la Torre Blanca —dijo Amys en un tono tan suave que habríase dicho que estaba de acuerdo—. No nos incumben. Nosotras, y las otras Sabias, debemos considerar lo que es conveniente para nuestro pueblo. Y nos ocuparemos de que los Aiel hagan lo que es mejor para los Aiel.

Egwene se preguntó qué tendrían que decir al respecto los jefes de clan. Claro que con frecuencia protestaban porque las Sabias se entrometían en asuntos que no eran de su incumbencia, así que tal vez no los cogería de sorpresa. Todos los jefes parecían ser hombres inteligentes y voluntariosos, pero Egwene era de la opinión que tenían tan poco que hacer contra el colectivo de las Sabias como el Consejo del Pueblo de su tierra contra el Círculo de Mujeres.

Empero, esta vez Moraine tenía razón.

—Si Rand... —empezó, pero Bair la atajó firmemente:

—Oiremos lo que tengas que decir después, muchacha. Tus conocimientos sobre Rand al'Thor son valiosos, pero ahora guardarás silencio y escucharás hasta que tengas permiso para hablar. Y no te pongas mohína o te haré tomar una dosis de infusión de espino azul.

Egwene se encogió. El respeto hacia Moraine, aunque fuera de igual a igual, no contaba para nada con la alumna a pesar de que creían que también era Aes Sedai. De todos modos, se guardó mucho de hablar. Bair era capaz de mandarla a buscar su bolsa de hierbas y ordenarle que preparara ella misma la increíblemente amarga infusión; no tenía utilidad terapéutica excepto poner remedio al malhumor o las rabietas o lo que quiera que una Sabia considerara motivo de desaprobación, y lo conseguía simplemente con su repugnante sabor. Aviendha le dio una palmadita de consuelo en el brazo.

—¿Es que no creéis que también sea una catástrofe para los Aiel? —Debía de resultar muy difícil mantener una actitud tan fría como un arroyo invernal cuando a uno lo cubría una película de vapor condensado y de sudor, pero a Moraine no parecía costarle ningún trabajo—. Será una repetición de la Guerra de Aiel. Mataréis, incendiaréis y saquearéis ciudades como hicisteis entonces hasta que tengáis a todo hombre y toda mujer en contra vuestra.

—El quinto es nuestro tributo, Aes Sedai —dijo Melaine mientras se retiraba el pelo

hacia atrás para pasar la *staera* sobre el suave hombro. A pesar de estar apelmazado y húmedo por el vapor, el cabello le brillaba como seda—. Ni siquiera cogimos más de los Asesinos del Árbol. —La mirada que dirigió a Moraine era demasiado afable para no llevar segunda intención; sabían que la Aes Sedai era cairhienina—. Vuestros reyes y reinas toman un montante igual con sus impuestos.

—¿Y cuando las naciones se vuelvan contra vosotros? —insistió Moraine—. En la Guerra de Aiel los países unidos os rechazaron. Lo mismo puede y volverá a suceder, con grandes pérdidas en vidas para ambos bandos.

—Ninguno de nosotros teme la muerte, Aes Sedai —le dijo Amys, que sonreía suavemente, como quien explica algo a un niño—. La vida es un sueño del que todos hemos de despertar antes de poder dormir otra vez. Además, sólo fueron cuatro clanes los que cruzaron la Pared del Dragón al mando de Janduin. Aquí ya hay seis, y vos misma habéis dicho que Rand al'Thor se propone llevar a todos los clanes.

—La Profecía de Rhuidean vaticina que nos destruirá. —El brillo en los verdes ojos de Melaine pudo ser a causa de Moraine o porque en realidad no estaba tan resignada como aparentaba—. ¿Qué importa si lo hace aquí o al otro lado de la Pared del Dragón?

—Haréis que pierda el apoyo de todas las naciones al oeste de la Pared del Dragón —adujo Moraine. Su actitud era tan sosegada como siempre, pero en su voz había un tono cortante que denunciaba la cólera contenida—. ¡Debe tener su respaldo!

—Tiene el del pueblo Aiel —replicó Bair con aquella frágil pero inflexible voz; gesticuló con el fino rascador metálico para recalcar sus palabras—. Los clanes jamás hemos sido una nación, pero ahora nos ha convertido en una.

—No os ayudaremos en esto Aes Sedai. No le daremos la espalda —agregó Amys con idéntica firmeza.

—Ahora podéis dejarnos, Aes Sedai, si hacéis el favor —dijo Bair—. Hemos hablado de lo que queríais discutir tanto como estamos dispuestas a hacerlo esta noche. —Amable, pero, al fin y a la postre, era una orden velada de que se marchara.

—Os dejaré solas —respondió Moraine, de nuevo la viva imagen de la serenidad. Lo dijo como si la sugerencia fuera suya, su decisión. A estas alturas ya se había acostumbrado a que las Sabias dejaran muy claro que no estaban bajo la autoridad de la Torre—. Tengo que ocuparme de otros asuntos.

Eso, desde luego, sí debía de ser cierto. Probablemente algo relacionado con Rand, pero Egwene sabía a qué atenerse y no le hizo preguntas; si Moraine quería que lo supiera, se lo contaría, y si no... Si no, obtendría alguna de las verdades a medias que utilizaban las Aes Sedai cuando deseaban evitar ser sinceras, o una seca respuesta indicándole que no era de su incumbencia. Moraine sabía que «Egwene Sedai del Ajah Verde» era un fraude. Toleraba el embuste en público, pero por lo demás dejaba bien claro a la joven cuál era su sitio cada vez que le venía en gana.

—Aviendha, sirve el té —ordenó Amys tan pronto como Moraine se hubo marchado, en medio de una bocanada de aire gélido.

La joven Aiel sufrió un sobresalto y abrió dos veces la boca antes de responder débilmente:

—Todavía no lo he preparado. —Sin más, se escabulló rápidamente de la tienda andando a gatas. La segunda bocanada de aire frío casi acabó con el vapor.

Las Sabias intercambiaron miradas que eran casi tan sorprendidas como la de Egwene; Aviendha realizaba hasta las tareas más onerosas con eficiencia, ya que no siempre con buen agrado. Algo debía de estar preocupándole mucho para que olvidara algo tan simple como preparar el té. Las Sabias siempre pedían la infusión.

—Más vapor, muchacha —instó Melaine.

Se lo decía a ella, comprendió Egwene, ya que Aviendha se había marchado. Se apresuró a rociar más agua sobre las piedras, y encauzó para calentarlas más, así como la olla, hasta que oyó el chasquido de las piedras y sintió el calor irradiando de la propia olla como si

Librodot

ésta fuera un horno. Las Aiel podían estar acostumbradas a pasar de golpe de estar asándose en sus propios jugos a estar congelándose, pero ella no. Unas densas volutas de vaho se alzaron de las piedras y llenaron la tienda. Amys asintió aprobadoramente; ella y Melaine podían ver el halo del *Saidar* rodeándola, naturalmente, aunque ella misma no lo viera. Melaine se limitó a seguir rascándose con su *staera.*

Cortó el contacto con la Fuente Verdadera, volvió a tomar asiento cerca de Bair y susurró:

—¿Aviendha ha hecho algo muy mal? —Ignoraba cómo se sentía la joven Aiel al respecto, pero no veía motivo para avergonzarla ni siquiera a su espalda.

Por su parte, Bair no tenía tantos escrúpulos.

—¿Lo dices por los verdugones? —preguntó en un tono normal—. Vino y me confesó que había mentido dos veces hoy, aunque no quiso decir a quién ni sobre qué. Era asunto suyo, claro, mientras no hubiera mentido a una Sabia, pero argumentó que su honor requería una satisfacción del *toh.*

—Ella misma os pidió que la... —Egwene dio un respingo y no finalizó la pregunta.

Bair asintió como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—Le propiné unos pocos golpes más por molestarme con algo así. Si el *ji* estaba involucrado, su obligación no era hacia mí. Probablemente sus, así denominadas, mentiras eran sobre algún asunto que a nadie le preocuparía salvo a una *Far Dareis Mai.* Las Doncellas, incluso las que han dejado de serlo, a veces son tan aspaventeras como los hombres.

Amys le asestó una mirada cortante que resultó obvia incluso a través del vapor. Como Aviendha, también ella había sido una *Far Dareis Mai* antes de convertirse en Sabia.

Egwene no conocía a ningún Aiel que no fuera exagerado respecto al *ji'e'toh,* a su modo de entender. ¡Pero esto! Los Aiel estaban chiflados.

Al parecer, Bair se había olvidado ya del asunto.

—Hay más Errantes en la Tierra de los Tres Pliegues que nunca —dijo sin dirigirse a nadie en particular. Así era como los Aiel llamaban a los gitanos, los Tuatha'an.

—Huyen de los conflictos desatados al otro lado de la Pared del Dragón. —El desdén en la voz de Melaine era evidente.

—Me han contado —intervino lentamente Amys— que algunos de los que huyeron tras el marasmo han buscado a los Errantes y les han pedido que los acepten entre ellos.

Se hizo un prolongado silencio. Ahora sabían que los Tuatha'an tenían los mismos antepasados que ellos, que se habían separado antes de que los Aiel cruzaran la Columna Vertebral del Mundo y entraran en el Yermo, pero, en todo caso, ese conocimiento sólo había ahondado su aversión hacia ellos.

—Trae cambios —susurró roncamente Melaine.

—Pensé que estabais resignadas a los cambios que traía —adujo Egwene en un tono cargado de compasión. Tenía que ser muy duro afrontar que toda la vida y las costumbres de uno se habían ido a pique. Casi esperaba que le ordenaran callarse de nuevo, pero nadie lo hizo.

—Resignadas —repitió Bair, como si saboreara la palabra—. Más acertado sería decir que lo soportamos lo mejor que podemos.

—Lo transforma todo. —Amys parecía preocupada—. Rhuidean. Los Errantes. El marasmo y la revelación de lo que jamás debió salir a la luz. —A las Sabias, en realidad a todos los Aiel, todavía les costaba hablar de ello.

—Las Doncellas se apiñan a su alrededor como si le debieran más que a sus propios clanes —añadió Bair—. Por primera vez en toda nuestra historia han permitido que un hombre viva bajo el Techo de las Doncellas.

Por un momento pareció que Amys iba a decir algo, pero lo que quiera que supiera sobre las interioridades de las *Far Dareis Mai* no lo compartía con nadie excepto quienes eran o habían sido Doncellas Lanceras.

—Los jefes ya no nos escuchan —rezongó Melaine—. Oh, sí, nos piden consejo como

siempre, ya que no se han vuelto completamente idiotas, pero Bael ha dejado de contarme lo que le ha dicho a Rand al'Thor o lo que éste le ha dicho a él. Cuando le pregunto me contesta que me dirija a Rand al'Thor, quien me dice que pregunte a Bael. Con el *Car'a'carn* no puedo hacer nada al respecto, pero con Bael... Siempre ha sido un hombre obstinado, irritante, sin embargo ahora se pasa de la raya. A veces me dan ganas de atizarle con un palo en la cabeza.

Amys y Bair rieron bajito como si fuera algo muy divertido. O tal vez reían para olvidar los cambios durante un momento.

—Sólo hay tres cosas que puedas hacer con un hombre así —manifestó con guasa Bair—. Mantenerte alejada de él, matarlo o casarte con él.

Melaine se puso muy tiesa y su tostado rostro enrojeció. Egwene temió que la Sabia rubia iba a soltar unas cuantas palabras más abrasadoras que la rojez de su cara, pero en ese momento una bocanada de aire helado anunció el regreso de Aviendha, que traía una bandeja de plata con una tetera amarilla, delicadas copas de dorada porcelana de los Marinos y un tarro de piedra con miel.

Temblaba mientras servía el té, ya que sin duda no se había molestado en ponerse algo encima mientras había estado fuera, y a continuación fue pasando las tazas y la miel. No sirvió tazas para Egwene y para ella hasta que Amys le dijo que lo hiciera.

—Más vapor —pidió Melaine; el aire frío parecía haber aplacado su mal genio.

Aviendha soltó su taza, sin haber probado todavía la infusión, y se acercó presurosa a la calabaza; saltaba a la vista que estaba deseosa de compensar su olvido con el té.

—Egwene —dijo Amys entre sorbo y sorbo—, ¿cómo reaccionaría Rand al'Thor si Aviendha le pidiera dormir en su cuarto?

Aviendha se quedó paralizada con la calabaza en las manos.

—¿En su...? —Egwene soltó una exclamación ahogada—. ¡No podéis pedir a Aviendha semejante cosa! ¡No podéis!

—Muchacha necia —rezongó Bair—. No le pedimos que comparta sus mantas, pero ¿creerá él que es eso lo que intenta? Y, aun así ¿se lo permitiría? Los hombres son criaturas extrañas en el mejor de los casos, y no se crió entre nosotros, de modo que sigue siendo un forastero.

—Por supuesto que no pensaría tal cosa —barbotó Egwene, que añadió más lentamente—: No creo que lo pensara. Pero no es correcto, ¡De ningún modo!

—Os suplico que no me pidáis eso —intervino Aviendha en un tono más humilde de lo que Egwene habría esperado nunca de ella. Estaba esparciendo agua con movimientos bruscos, incrementando las volutas de vapor—. He aprendido mucho durante estos últimos días al no tener que dedicarle mi tiempo. Puesto que habéis permitido a Egwene y a Moraine Sedai que me ayuden con el encauzamiento, aprendo incluso más deprisa. Y con ello no quiero decir que enseñen mejor que vosotras, por supuesto —se apresuró a añadir—, pero deseo mucho aprender.

—Y seguirás haciéndolo —le dijo Melaine—. No tendrás que estar a todas horas con él. Si te aplicas, tus lecciones no se retrasarán. No estudias mientras estás durmiendo.

—No puedo —masculló Aviendha, que había agachado la cabeza y miraba fijamente la calabaza. Luego, en tono más alto y firme, agregó—: No lo haré. —Alzó la cabeza y sus verdes ojos centellearon—. ¡No pienso estar allí cuando vuelva a emplazar a esa descocada Isendre a sus mantas!

—¡Isendre! —Egwene la miraba boquiabierta. Había visto, y había desaprobado de plano, el modo escandaloso en que las Doncellas la obligaban a ir desnuda, ¡pero esto!—. No dirás en serio que él...

—¡Silencio! —espetó Bair, como un latigazo. Sus azules ojos podrían haber desmenuzado piedras—. ¡Las dos! Sois jóvenes, pero incluso las Doncellas deberían saber que los hombres pueden ser unos estúpidos, sobre todo cuando no están unidos a una mujer que los guíe.

—Me alegra ver que ya no mantienes tus emociones bajo un control tan rígido,

Librodot

Aviendha —dijo Amys con sequedad—. Las Doncellas son tan estúpidas como los hombres cuando se trata de eso; lo recuerdo bien y todavía me causa empacho. Dar rienda suelta a las emociones nubla el buen juicio un instante, pero contenerlas en exceso lo nubla siempre. Lo único que has de hacer es asegurarte que no las dejas salir demasiado a menudo o cuando es más aconsejable controlarlas.

Melaine se echó hacia adelante, apoyándose sobre las manos, hasta que dio la impresión de que el sudor que le goteaba del rostro caería sobre la ardiente olla.

—Sabes cuál es tu destino, Aviendha. Serás una Sabia de gran poder y autoridad, y algo más. Ya hay en ti parte de esa fortaleza. Me ocupé de que pasaras tu primera prueba, y me ocuparé de que superes ésta.

—Mi honor —empezó la joven Aiel con voz ronca, pero tragó saliva, incapaz de continuar, y se quedó encogida, apretando contra sí la calabaza como si en ella estuviera el honor que deseaba proteger.

—El Entramado no contempla el *ji'e'toh* —le dijo Bair con un leve atisbo de compasión, si es que lo había—. Sólo lo que debe ser y lo que será. Los hombres y las Doncellas luchan contra el destino aun cuando es evidente que el Entramado teje a pesar de sus afanes, pero ya no eres *Far Dareis Mai.* Tienes que aprender a dejarte llevar por el destino. Sólo rindiéndote al Entramado podrás empezar a tener cierto control sobre el curso de tu propia vida. Si te resistes, el Entramado seguirá obligándote y sólo encontrarás pesar donde en cambio podrías hallar alegría.

A Egwene aquello le sonaba muy parecido a lo que le habían enseñado respecto al Poder Único. Para controlar el *Saidar* primero había que rendirse a él. Si uno se resistía, éste llegaba violentamente o lo superaba; rendirse y dirigirlo suavemente, y así hacía lo que uno deseaba. Pero eso no explicaba por qué querían que Aviendha propusiera a Rand algo tan absurdo, de modo que lo preguntó y volvió a añadir:

—No es correcto.

—¿Se negará Rand al'Thor a permitírselo? —inquirió Amys en lugar de responderle—. No podemos obligarlo.

Bair y Melaine observaban a Egwene con tanta intensidad como Amys. No iban a decirle el motivo. Más fácil sería conseguir que una piedra hablara que sacar algo a una Sabia en contra de su voluntad. Aviendha tenía la vista clavada en el suelo, con mohína resignación; sabía que las Sabias conseguirían lo que se proponían, de un modo u otro.

—Lo ignoro —contestó lentamente Egwene—. Ya no lo conozco tan bien como antes. —Lo lamentaba, pero habían ocurrido muchas cosas; una de ellas, darse cuenta de que lo quería sólo como a un hermano. Su aprendizaje, tanto en la Torre como aquí, había influido en este cambio quizá tanto como que Rand se hubiera convertido en lo que era—. Si le dais una buena razón, quizá. Creo que aprecia a Aviendha.

La joven Aiel soltó un hondo suspiro, pero no levantó la cabeza.

—Una buena razón —resopló Bair con desdén—. Cuando yo era una muchacha, cualquier hombre habría estado contentísimo de que una joven demostrara tanto interés en él. Habría ido en persona a recoger las flores para hacer la guirnalda de bodas. —Aviendha dio un respingo y miró a las Sabias con algo de su antiguo espíritu—. En fin, encontraremos una razón que hasta alguien criado en las tierras húmedas pueda aceptar.

—Faltan unas cuantas noches para el encuentro acordado en el *Tel'aran'rhiod* —dijo Amys—. Esta vez, con Nynaeve.

—Ésa podría aprender mucho —intervino Bair—, si no fuera tan testaruda.

—Hasta entonces, tienes libres las noches —anunció Melaine—. Es decir, a menos que hayas estado entrando en el *Tel'aran'rhiod* sin nosotras.

—Por supuesto que no —contestó Egwene, que sospechaba lo que vendría a continuación. Sólo había sido un poco, porque hacerlo más significaría que las Sabias lo descubrirían, sin lugar a dudas.

—¿Has tenido éxito en encontrar los sueños de Nynaeve o de Elayne? —preguntó

Amys en actitud coloquial, como si hablara del tiempo.

—No, Amys.

Encontrar los sueños de una persona era mucho más difícil que entrar en el *Tel'aran'rhiod,* el Mundo de los Sueños, sobre todo si esa persona estaba lejos. Resultaba más sencillo cuanto más cerca estuviera y más se la conociera. Las Sabias seguían exigiendo que no entrara al *Tel'aran'rhiod* sin que al menos una de ellas la acompañara, pero el sueño de otra persona era quizás igualmente peligroso a su modo. En el *Tel'aran'rhiod* tenía control sobre sí misma y sobre las cosas que la rodeaban hasta un grado considerable, a menos que las Sabias decidieran tomar cartas en el asunto; su dominio del *Tel'aran'rhiod* seguía aumentando, pero todavía no podía igualar a ninguna de ellas, con su extensa experiencia. En el sueño de otro, sin embargo, uno era parte de ese sueño; había que hacer un tremendo esfuerzo para no actuar como deseaba el soñador, y aun así en ocasiones no se conseguía. Las Sabias habían sido muy prudentes cuando vigilaban los sueños de Rand y nunca habían entrado del todo en ellos. Con todo, insistían en que aprendiera. Si iban a enseñarle a caminar en los sueños, tenían intención de enseñarle todo lo que sabían sobre ello.

No es que fuera reacia, pero las pocas veces que la habían dejado practicar, consigo mismas o con Rhuarc, habían sido unas experiencias mortificantes. Las Sabias poseían un dominio considerable sobre sus propios sueños, de modo que lo ocurrido allí —para mostrarle los peligros, adujeron— había sido obra de ellas, pero sufrió una impresión al descubrir que Rhuarc la consideraba como poco más que una niña, como su hija más pequeña. Y su propio control vaciló durante un momento, tras lo cual había sido en efecto poco más que una niña; todavía era incapaz de mirar al hombre sin recordar que le había regalado una muñeca por estudiar con tanto ahínco. Y que le había gustado el regalo tanto como la aprobación de Rhuarc. Amys había tenido que entrar y sacarla de donde jugaba con la muñeca, tan feliz. Que Amys lo supiera ya era bastante malo, pero Egwene sospechaba que Rhuarc también recordaba parte del sueño.

—Debes seguir intentándolo —dijo Amys—. Tienes la fuerza para llegar a ellas, a pesar de lo lejos que están. Y no te vendrá mal descubrir cómo te ven.

Egwene no estaba tan segura de eso. Elayne era una amiga, pero Nynaeve había sido la Zahorí de Campo de Emond durante casi toda su infancia y adolescencia, de modo que sospechaba que los sueños de Nynaeve serían aun peor que el de Rhuarc.

—Esta noche dormiré fuera de las tiendas —continuó Amys—. No muy lejos. Debería serte fácil encontrarme si lo intentas. Si no sueño contigo, hablaremos de ello por la mañana.

Egwene contuvo un gemido. Amys la había guiado a los sueños de Rhuarc —permaneció sólo un instante en ellos, apenas lo suficiente para revelar que Rhuarc seguía viéndola igual, como la joven con quien se había casado—, y hasta ahora las Sabias habían estado siempre en la misma tienda antes de que lo intentara.

—Bien —dijo Bair mientras se frotaba las manos—, ya hemos oído lo que necesitábamos oír. Las demás podéis quedaros si gustáis, pero yo me siento bastante limpia para ir a mis mantas. No soy tan joven como vosotras.

Joven o no, seguramente era capaz de resistir corriendo más que cualquiera de ellas y después llevarla cargada el resto del camino. Mientras Bair se ponía de pie, Melaine habló y, cosa rara en ella, lo hizo vacilante:

—Necesito... He de pedirte ayuda, Bair. Y a ti, Amys. —La mujer mayor volvió a sentarse y tanto ella como Amys miraron a Melaine con expectación—. Yo... querría pediros que hablaseis a Dorindha por mí. —Las últimas palabras salieron precipitadamente de su boca. Amys sonrió de oreja a oreja, y Bair soltó una carcajada. Aviendha pareció entender también a qué se refería y dio un respingo, pero Egwene estaba completamente perdida.

—Siempre dijiste que no necesitabas un esposo y que no lo querías —dijo, regocijada, Bair—. Yo he enterrado a tres y no me importaría tener otro. Son muy útiles cuando la noche es fría.

—Una mujer puede cambiar de opinión. —La voz de Melaine sonaba bastante firme,

Librodot

pero contrastaba con el rubor de sus mejillas—. No puedo mantenerme alejada de Bael y tampoco puedo matarlo. Si Dorindha acepta ser mi hermana conyugal, haré mi guirnalda de boda y la pondré a los pies de Bael.

—¿Y si la pisa, en lugar de recogerla? —quiso saber Bair.

Amys prorrumpió en carcajadas y se echó hacia atrás mientras se daba palmadas en los muslos. Egwene no creía que hubiera peligro de que ocurriera tal cosa considerando las costumbres Aiel. Si Dorindha decidía que quería a Melaine como hermana conyugal, Bael no tendría mucho que opinar al respecto. Ya no la escandalizaba, precisamente, que un hombre tuviera dos esposas. Exactamente, no. «Países distintos implican costumbres distintas», se recordó firmemente. Nunca había tenido valor para preguntarlo, pero no le habría extrañado saber que podría haber mujeres Aiel con dos esposos. Eran gente muy extraña.

—Os pido que actuéis como mis hermanas primeras en esto. Creo que Dorindha me aprecia bastante.

Tan pronto como Melaine pronunció estas palabras, la hilaridad de las otras mujeres cambió. Seguían riendo, pero la abrazaron y le dijeron lo felices que se sentían por ella y lo bien que le iría con Bael. Amys y Bair, al menos, daban por sentada la aquiescencia de Dorindha. Las tres se marcharon del brazo, todavía riendo como chiquillas, aunque no antes de ordenar a Egwene y Aviendha que arreglaran la tienda.

—Egwene, ¿una mujer de tu tierra aceptaría una hermana conyugal? —preguntó Aviendha mientras utilizaba un palo para abrir el agujero del humo.

Egwene habría querido que hubiera dejado esa tarea para el final; el calor empezó a disiparse de inmediato.

—No lo sé —contestó al tiempo que recogía rápidamente las tazas y el tarro de miel. Las *staera* fueron a parar también a la bandeja—. Creo que no. Quizá sí si fuera una amiga íntima —agregó con premura; no tenía objeto dar la impresión de denigrar las costumbres Aiel.

Aviendha se limitó a gruñir y empezó a levantar los costados de la tienda.

Con los dientes castañeteando tan fuerte como el tintineo de las copas y las piezas de bronce sobre la bandeja, Egwene salió al exterior. Las Sabias se estaban vistiendo sin prisa, como si hiciera una cálida noche y se encontraran en los dormitorios de un dominio. Una figura vestida de blanco, pálida a la luz de la luna, le cogió la bandeja de las manos, y entonces Egwene empezó a buscar rápidamente su capa y sus zapatos. No se encontraban entre las ropas que quedaban amontonadas en el suelo.

—He mandado que lleven tus cosas a tu tienda —dijo Bair, que se ataba los lazos de la blusa—. Todavía no las necesitas.

A Egwene se le cayó el alma a los pies. Empezó a brincar y a sacudir los brazos en un fútil intento de entrar en calor; por lo menos no le dijeron que parara. De repente se dio cuenta de que la figura de blanco que había cogido la bandeja era demasiado alta incluso para corresponder a una mujer Aiel. Apretó los dientes y asestó una mirada furibunda a las Sabias, a quienes parecía importar poco si se congelaba dando brincos hasta morir. Para las Aiel no tendría ninguna importancia que un hombre las viera totalmente desnudas, al menos si se trataba de un *gai'shain,* ¡pero para ella sí!

Un instante después Aviendha se reunía con ellas y, al verla dar saltos, se limitó a quedarse plantada en el sitio sin molestarse en buscar sus ropas. Aparentemente, el frío la afectaba tan poco como a las Sabias.

—Bien —dijo Bair mientras se ajustaba el chal a los hombros—, tú, Aviendha, no sólo eres obstinada como un hombre sino que además eres incapaz de acordarte de una simple tarea que has hecho en otras ocasiones. Y tú, Egwene, eres igualmente testaruda, y también piensas que puedes remolonear en tu tienda cuando se te ha mandado llamar. Esperemos que correr cincuenta vueltas alrededor del campamento temple vuestra tozudez, aclare vuestras mentes y os recuerde cómo responder a una llamada o hacer una tarea. Podéis empezar.

Sin pronunciar una palabra, Aviendha se alejó trotando de inmediato hacia el borde del

campamento, esquivando con destreza las cuerdas de las tiendas disimuladas por la oscuridad. Egwene vaciló sólo un instante antes de seguirla. La joven Aiel mantenía un trote lento para que pudiera alcanzarla. El aire nocturno la helaba hasta los huesos, y la agrietada y dura arcilla del suelo estaba igualmente gélida, además de amenazar con atraparle los dedos de los pies entre sus fisuras. Aviendha corría con envidiable facilidad.

Cuando llegaron a la última tienda y giraron hacia el sur, Aviendha dijo:

—¿Sabes por qué razón estudio con tanto afán? —Ni el frío ni el trote afectaban su voz.

—No. ¿Por qué? —Egwene tiritaba tan violentamente que apenas podía hablar.

—Porque Bair y las otras siempre te ponen como ejemplo y me cuentan la facilidad con que aprendes y que nunca te tienen que explicar lo mismo dos veces. Me dicen que debería intentar parecerme a ti. —Miró a Egwene de reojo, y las dos jóvenes compartieron una risita divertida mientras corrían—. Ésa es parte de la razón. Las cosas que estoy aprendiendo a hacer... —Aviendha sacudió la cabeza, y bajo la luz de la luna su expresión maravillada fue patente—. Y el propio Poder. Nunca me había sentido así. Tan viva. Percibo el más tenue olor, siento la más leve agitación del aire.

—Es peligroso mantener el contacto demasiado tiempo o absorber demasiado —dijo Egwene. Correr la estaba haciendo entrar un poco en calor, aunque de vez en cuando la sacudía un escalofrío—. Ya te lo he dicho antes y sé que también lo han hecho las Sabias.

—¿Crees que iba a atravesarme mi propio pie con una lanza? —resopló la joven Aiel.

Estuvieron corriendo un rato en silencio.

—¿De verdad Rand...? —no pudo por menos que preguntar finalmente Egwene. El frío no tenía nada que ver con su dificultad en pronunciar las palabras; de hecho, empezaba a sudar otra vez—. Me refiero a Isendre. —Era incapaz de decirlo con más claridad.

—No creo que lo hiciera. —Dijo al cabo Aviendha, lentamente. Parecía furiosa—. Pero ¿por qué iba a pasar por alto los azotes esa mujer si él no le ha demostrado interés? Es una mañosa mujer de las tierras húmedas que espera que los hombres se le rindan. He visto cómo la miraba él, aunque intentó disimularlo. Le gustaba lo que veía.

Egwene se preguntó si la joven Aiel pensaba alguna vez en ella como una mañosa mujer de las tierras húmedas. Seguramente no o, de otro modo, no serían amigas. Pero Aviendha no aprendía nunca a plantearse, antes de hablar, si sus palabras podrían herir a alguien; sin duda se sorprendería si supiera que a ella se le había pasado siquiera por la cabeza la idea de sentirse herida.

—Del modo en que las Doncellas la hacen ir por ahí, cualquier hombre la miraría —admitió Egwene a regañadientes. Lo que le recordó que ella estaba al aire libre sin llevar puesto nada encima, y tropezó y casi se fue de bruces al suelo cuando miró con nerviosismo en derredor. Hasta donde alcanzaba a ver, la noche estaba desierta. Incluso las Sabias habían regresado a sus tiendas. Calentitas entre las mantas. Estaba transpirando, pero las gotitas de sudor parecían querer congelarse nada más brotar.

—Le pertenece a Elayne —dijo ferozmente Aviendha.

—Admito que nunca he comprendido del todo vuestras singulares costumbres, sin embargo, las nuestras no son iguales. Rand al'Thor no está comprometido con Elayne. —«¿Por qué razón le defiendo? ¡A él sería a quien habría que azotar!» Pero la honradez la obligó a continuar—: Hasta vuestros hombres están en su derecho a decir no, si les preguntan.

—Las dos sois medio hermanas, como tú y yo —protestó Aviendha, aminorando el ritmo que llevaba un par de pasos antes de reanudar el de antes—. ¿Acaso no fuiste tú quien me pidió que lo vigilara en su nombre? ¿No quieres que sea para ella?

—Por supuesto que sí. Pero sólo si él la quiere. —Eso no era exactamente cierto. Deseaba para Elayne toda la felicidad posible teniendo en cuenta que estaba enamorada del Dragón Renacido, y haría cualquier cosa, menos atar a Rand de pies y manos, para asegurarse de que Elayne consiguiera lo que deseaba. Quizá llegaría incluso a eso si fuera necesario. Pero admitirlo era algo muy distinto. Las Aiel eran mucho más lanzadas de lo que ella sería capaz de ser nunca—. De otro modo, no sería justo.

Librodot

—Le pertenece —repitió Aviendha con determinación.

Egwene suspiró. Simplemente, Aviendha se negaba a entender otras costumbres que no fueran las suyas. La Aiel todavía estaba escandalizada de que Elayne no pidiera a Rand que se casara con ella, que fuera el hombre el que hiciera la propuesta.

—Estoy segura de que las Sabias atenderán a razones mañana. No pueden hacerte dormir en el cuarto de un hombre.

La otra joven la miró con evidente sorpresa. Por un instante perdió su agilidad y se golpeó un dedo del pie en el irregular suelo; el desliz la hizo mascullar unas maldiciones que hasta los carreteros de Kadere habrían escuchado con interés —y que a Bair la habrían puesto a preparar una infusión de espino azul— pero no dejó de correr.

—No entiendo por qué te incomoda eso —dijo Aviendha cuando finalmente se terminaron sus juramentos—. He dormido cerca de un hombre muchísimas veces durante los asaltos, e incluso he compartido las mantas para poder entrar en calor si la noche resultaba ser muy fría; sin embargo, te altera el hecho de que duerma a diez pasos de él. ¿Es eso parte de vuestras costumbres? He advertido que nunca tomas baños de vapor con hombres. ¿No confías en Rand al'Thor? ¿O acaso es de mí de quien no te fías? —Su voz se había reducido a un susurro preocupado al final.

—Por supuesto que confío en ti —protestó acaloradamente Egwene—. Y en él. Es sólo que... —Se quedó en suspenso, sin saber cómo continuar. El concepto de propiedad de los Aiel era a veces más estricto que donde se había criado ella; pero, respecto a otras cosas, el Círculo de Mujeres no habría sabido si desmayarse o coger una buena vara—. Aviendha, si tu honor está involucrado de algún modo... —Era un terreno resbaladizo—. Seguro que si se lo explicas a las Sabias, no te obligarán a ir en contra de tu honor.

—No tengo nada que explicar —manifestó firmemente la otra joven.

—Aviendha, sé que no entiendo el *ji'e'toh...* —empezó Egwene, y Aviendha se echó a reír.

—Dices que no lo entiendes, Aes Sedai, y sin embargo demuestras que vives regida por él. —Egwene lamentaba mantener ese engaño con Aviendha; le había costado mucho trabajo que la joven Aiel la llamara sólo por su nombre, y aún a veces volvía al tratamiento. No obstante, tenía que serlo para todo el mundo si quería que lo fuera para la mayoría—. Eres Aes Sedai, y muy fuerte con el Poder para superar a Amys y a Melaine juntas —continuó Aviendha—, pero dices que obedecerás, así que friegas ollas cuando te dicen que las friegues, y corres cuando te mandan que corras. Puede que no conozcas el *ji'e'toh,* pero lo sigues.

No era ni mucho menos lo mismo, claro está. Apretaba los dientes y hacía lo que le mandaban porque era la única forma de aprender a caminar en los sueños, y deseaba aprender, saberlo todo, más que ninguna otra cosa. Pensar siquiera que podría vivir conforme a este estúpido *ji'e'toh* era sencillamente absurdo. Hacía lo que tenía que hacer, y sólo cuando y porque tenía que hacerlo.

Estaban llegando al punto donde habían empezado. Cuando puso el pie en el sitio, Egwene dijo:

—Llevamos una —y siguió corriendo en medio de la oscuridad sin que la viera nadie más que Aviendha, sin que hubiera nadie que supiera si continuaba o si volvía a su tienda en ese mismo momento. Aviendha no la delataría, pero a Egwene ni siquiera se le pasó por la cabeza parar antes de haber dado las cincuenta vueltas.

Librodot

CAPÍTULO 6

Accesos

Rand despertó en medio de una total oscuridad y yació tendido bajo las mantas, intentando deducir qué lo había despertado. Había sido algo, pero no en el sueño; en él, estaba enseñando a Aviendha a nadar en un estanque del Bosque de las Aguas, en Dos Ríos. Era otra cosa. Entonces ocurrió de nuevo, una débil vaharada de repugnante miasma colándose por debajo de la puerta. No era realmente un olor, sino una percepción de algo totalmente ajeno, pero ésa era la sensación que daba. La fetidez de una cosa que llevaba muerta una semana en agua estancada. Se disipó de nuevo, aunque esta vez no completamente.

Apartó las mantas y se puso de pie al tiempo que se rodeaba con el *Saidin.* Dentro del vacío, rebosante de Poder, notó que su cuerpo temblaba, pero el frío parecía existir en un lugar que no era donde se encontraba él. Abrió cautelosamente la puerta y salió del cuarto. Los ventanales arqueados a ambos extremos del pasillo permitían la entrada de los rayos de la luna. En contraste con las profundas tinieblas de su habitación, allí fuera parecía casi de día. No se movía nada, pero aun así Rand percibía... algo acercándose. Algo perverso. Daba la misma sensación que la infección del torrente de Poder que recorría su cuerpo.

Su mano fue hacia el bolsillo de la chaqueta, a la pequeña figurilla con forma de hombre gordo que sostenía una espada sobre las rodillas: un *angreal.* Con él encauzaría más Poder de lo que podría sin ayuda, por sí mismo, sin que resultara peligroso. Creía que no lo necesitaría; quienquiera que hubiera mandado el ataque contra él no sabía con quién se las veía ahora. No tendrían que haberlo dejado despertar.

Vaciló un momento. Podía afrontar la lucha con lo que quiera que hubieran lanzado contra él, pero pensó en la calma que reinaba abajo. Allí las Doncellas seguían durmiendo, a juzgar por el silencio. Con suerte, no las molestarían, a no ser que él corriera escaleras abajo para luchar contra aquello. Sin duda eso las despertaría, y por supuesto no se quedarían quietas, limitándose a mirar. Lan decía que uno debía elegir su propio terreno si le era posible y obligar a que el enemigo viniera a él.

Sonriendo, Rand corrió hacia la escalera curva más cercana, haciendo un ruido sordo con las botas, y subió hasta llegar al último piso. La planta alta del edificio era una enorme cámara con el techo ligeramente abovedado y esbeltas columnas en espiral que se ahusaban progresivamente. Había ventanales de medio punto, carentes de cristales, todo en derredor, de modo que la luz de la luna entraba a raudales y llegaba a todos los rincones. En el polvo y la arenilla que cubrían el suelo todavía se veían débilmente las huellas que él mismo había dejado la vez que había subido allí, y ninguna otra marca.

Caminó hacia el centro de la estancia y se plantó sobre el mosaico que había allí y que representaba el antiguo símbolo de los Aes Sedai, una circunferencia de tres metros de diámetro. Era un lugar muy apropiado. «Bajo este emblema vencerá.» Era lo que decía de él la Profecía de Rhuidean. Se situó a caballo sobre la sinuosa línea divisoria, con un pie sobre la negra lágrima a la que ahora se llamaba el Colmillo del Dragón y que se utilizaba para representar la maldad, y el otro en la blanca, a la que actualmente se conocía como la Llama de Tar Valon. Algunos hombres decían que representaba la Luz. Un lugar adecuado para

hacer frente a sus atacantes, en la luz y la oscuridad.

La sensación de fetidez se hizo más intensa, y un olor a azufre quemado impregnó el aire. De repente se movieron cosas que se escabulleron desde la escalera como sombras lunares a lo largo del perímetro de la sala. Lentamente se concretaron en tres perros negros, más oscuros que la noche y tan grandes como ponis. Con los ojos reluciendo como plata líquida, lo rodearon cautelosamente. Henchido de Poder, Rand percibía el latido de sus corazones, semejante al profundo toque de tambores. No los oía respirar, sin embargo; quizá es que no lo hacían.

Encauzó, y en sus manos apareció una espada de hoja ligeramente curva, con la marca de las garzas y que parecía estar hecha de fuego. Rand había esperado ver un Myrddraal o algo incluso peor que los Seres de Cuencas Vacías; pero, para unos perros, aunque fueran Engendros de la Sombra, le bastaba con la espada. Quienquiera que los había enviado no lo conocía. Lan afirmaba que ahora casi había alcanzado el nivel de maestro espadachín, y el Guardián no era pródigo con los cumplidos, de modo que su comentario le hacía pensar que tal vez ya estaba en dicho nivel.

Con gruñidos que sonaban como huesos machacándose, los perros se arrojaron sobre él desde tres flancos distintos y con una velocidad mayor que caballos al galope.

Se quedó quieto hasta que casi los tuvo encima; entonces inició unos movimientos gráciles, haciéndose uno con la espada, como si estuviera bailando. En un abrir y cerrar de ojos, la maniobra conocida como *Torbellino en la montaña* dio paso a *El viento sopla sobre la pared,* y ésta a *Desplegar el abanico.* Las enormes cabezas negras se separaron de los cuerpos decapitados, con las fauces goteantes todavía abiertas y mostrando los acerados colmillos mientras rodaban por el suelo. Rand ya daba un paso para salir del mosaico al tiempo que las oscuras formas se desplomaban en bultos informes que se retorcían por los espasmos.

Riendo para sus adentros, Rand hizo desaparecer la espada, aunque se mantuvo conectado con el *Saidin,* con el rugiente Poder, con la dulzura y la infección. El desprecio se deslizó a lo largo del borde del vacío. Perros. Engendros de la Sombra, sí, pero, al fin y al cabo... La risa cesó.

Lentamente, los cuerpos y las cabezas de los animales muertos se estaban derritiendo y creando charcos de sombras líquidas que vibraban ligeramente, como si tuvieran vida. La sangre esparcida por el suelo tembló. De repente, los charcos más pequeños se deslizaron sobre el suelo en viscosos regueros que convergieron con los más grandes, que a su vez empezaron a separarse de las baldosas, alzándose más y más a la par que formaban tres bultos, hasta que los tres enormes perros volvieron a cobrar forma, gruñendo y babeando mientras acababan de crecerles las fuertes patas.

Rand no sabía por qué sentía la sensación de sorpresa fuera del vacío. Sólo eran perros, sí, pero Engendros de la Sombra. Quienquiera que los hubiese mandado no era tan descuidado como había creído al principio; empero, todavía no lo conocía.

En lugar de recurrir de nuevo a la espada, Rand encauzó del modo que recordaba haber hecho una vez mucho tiempo atrás. Los perrazos saltaron y aullaron a la par cuando una gruesa barra de luz blanca salió disparada de sus manos como acero fundido, como fuego líquido. La movió en un barrido sobre los animales; durante un instante se convirtieron en extrañas sombras de sí mismos, todos los colores invertidos, y después sus formas fueron chispeantes motas que se separaron, reduciéndose más y más hasta desaparecer por completo.

Hizo desaparecer aquella cosa que había creado y esbozó una lúgubre sonrisa. Una barra de luz purpúrea siguió impresa en sus retinas unos instantes.

Al otro lado de la estancia, un trozo de una de las columnas se desplomó sobre las baldosas. Por dondequiera que aquella barra de luz —o lo que fuera, pero no exactamente luz— había pasado, había rebanado limpiamente porciones de las columnas; detrás de ellas, un ancho corte surcaba la mitad de la pared del fondo.

—¿Alguno de ellos te mordió o te hizo sangrar?

Giró rápidamente sobre sí mismo al sonido de la voz de Moraine; absorto en lo que

había hecho, no la había oído subir la escalera. La mujer se agarraba la falda con las manos crispadas, observándolo atentamente, el rostro oculto en las sombras. Debía de haber percibido la presencia de las criaturas igual que él, pero para llegar allí arriba tan deprisa tenía que haber corrido.

—¿Las Doncellas te dejaron pasar? ¿Te has convertido en *Far Dareis Mai,* Moraine?

—Me conceden algunos privilegios de una Sabia —repuso con rapidez; su voz habitualmente melodiosa apuntaba una nota de impaciencia—. Les dije a las guardias que tenía que hablar contigo urgentemente. ¡Y ahora, respóndeme! ¿Los Sabuesos del Oscuro te mordieron o te hicieron sangrar? ¿Te tocó su saliva?

—No —contestó muy despacio. Sabuesos del Oscuro. Lo poco que sabía de ellos lo había aprendido de viejos cuentos, de los que utilizaban para asustar a los niños en las tierras sureñas. También algunos adultos creían en esos cuentos—. ¿Por qué te preocupa un mordisco? Puedes sanarlo. ¿Significa que el Oscuro está libre? —Rodeado por el vacío hasta el miedo era algo distante.

Los relatos que había oído contar decían que los Sabuesos del Oscuro salían de noche en la Cacería Salvaje con el Oscuro en persona como cazador; no dejaban huellas ni en el polvo más fino, sólo sobre la piedra, y no se detenían hasta que se les hacía frente y se los derrotaba o se ponía una corriente de agua entre ellos y uno. Las encrucijadas eran lugares particularmente peligrosos para un encuentro con esas criaturas, al igual que la hora inmediatamente posterior al anochecer o justo antes del alba. A estas alturas había visto que se hacían realidad suficientes cuentos supuestamente imaginarios para creer que cualquiera de ellos podía tornarse verídico.

—No, eso no, Rand. —Parecía estar recuperando el control sobre sí misma; su voz era de nuevo como tañido de campanillas de plata, tranquila y fría—. Sólo son una clase más de Engendros de la Sombra, algo que jamás debió crearse, pero su mordisco es tan mortal como una daga en el corazón, y no creo que hubiera podido curar una herida así antes de que te hubiera matado. Su sangre, e incluso su saliva, son venenosas. Una gota sobre la piel acarrea una muerte lenta, muy dolorosa al final. Tuviste suerte de que sólo fueran tres, a no ser que hubieras matado más antes de que llegara yo. Por lo general van en manadas más numerosas, de entre diez y doce animales, o eso dicen los fragmentos de información que quedan de la Guerra de la Sombra.

Manadas más numerosas. Él no era la única presa en Rhuidean para uno de los Renegados...

—Tenemos que hablar de lo que utilizaste para matarlos —empezó Moraine, pero Rand ya se había dado media vuelta y corría tan deprisa como podía, sin hacer caso a sus gritos de adónde iba y por qué.

Bajó la escalera y pasó por oscuros corredores donde las adormiladas Doncellas, despiertas por el golpeteo de sus botas, lo miraban con consternación desde las habitaciones iluminadas por la luna. Cruzó las puertas principales, donde Lan aguardaba, impaciente, junto a las dos mujeres que estaban de guardia; la capa de colores cambiantes del Guardián hacía que algunas partes de su cuerpo se confundieran con la noche.

—¿Dónde está Moraine? —gritó mientras Rand pasaba corriendo, pero éste descendió los anchos peldaños de la escalinata de dos en dos, sin contestar.

La herida a medio curar de su costado le oprimía como un puño cerrado, aunque desde el interior del vacío sólo era vagamente consciente del dolor para cuando llegó al edificio al que se dirigía. Éste se hallaba al borde mismo de Rhuidean, lejos de la plaza, tanto como el campamento que Moraine compartía con las Sabias, instalado fuera de la ciudad y lo bastante apartado para estar en ella sin estarlo realmente. Los pisos altos se habían desplomado en un montón de escombros que aparecían esparcidos sobre la agrietada tierra, más allá del pavimento de la calle. Únicamente se mantenían en pie las dos plantas inferiores. Rechazando el impulso de su cuerpo de doblarse sobre el dolorido costado, Rand entró sin frenar la veloz carrera.

Librodot

La inmensa antesala, rodeada por una balconada de piedra, había sido alta antaño; ahora lo era más aún, abierta al cielo nocturno, con el pálido suelo de piedra sembrado de cascotes del derrumbe. En las sombras de debajo de la balconada se hallaban tres Sabuesos del Oscuro levantados sobre las patas traseras mientras arañaban y lanzaban dentelladas a una puerta revestida con bronce que se sacudía con sus arremetidas. El olor a azufre quemado impregnaba intensamente el aire.

Recordando lo que había ocurrido antes, Rand corrió hacia un lado mientras encauzaba, y el haz de blanco fuego líquido rozó la puerta al descargarse sobre los Engendros de la Sombra. Había intentado que esta vez no fuera tan intenso y limitar la destrucción a los Sabuesos del Oscuro, pero en el grueso muro del fondo quedó una grieta ennegrecida. Sin embargo, le pareció que no se extendía de lado a lado, aunque resultaba difícil de distinguir con la luz de la luna; aun así, tendría que afinar el control sobre esta arma.

El recubrimiento de bronce de la puerta aparecía desgarrado como si los dientes y las uñas de los Sabuesos del Oscuro hubieran sido de acero; a través de varios agujeros pequeños se filtraba la luz de lámparas. Sobre las losas del suelo había huellas marcadas, aunque, cosa sorprendente, eran pocas. Interrumpiendo el contacto con el *Saidin,* Rand buscó un hueco en la puerta en el que poder llamar sin destrozarse la mano con los bordes del metal roto. De repente el dolor del costado se hizo muy real; inhaló hondo en un intento de rechazarlo.

—¿Mat? ¡Soy yo, Rand! ¡Abre, Mat!

Al cabo de un momento, la puerta se abrió una rendija por la que salió la luz de la lámpara. Mat se asomó con vacilación; después la abrió más y se recostó contra la hoja como si hubiera corrido veinte kilómetros cargado con un saco de piedras. Excepto por el medallón colgado al cuello —una cabeza de zorro de plata cuyos ojos eran el antiguo símbolo de los Aes Sedai— estaba desnudo. Considerando la opinión que tenía Mat sobre las Aes Sedai, a Rand le sorprendía que su amigo no hubiera vendido el adorno mucho tiempo atrás. Dentro de la habitación, una mujer alta, de cabello dorado, se envolvía calmosamente en una manta. Era una Doncella, a juzgar por las lanzas y la adarga que yacían a sus pies. Rand apartó rápidamente los ojos y carraspeó.

—Sólo quería comprobar que te encontrabas bien —dijo.

—Los dos lo estamos. —Intranquilo, Mat echó un vistazo a la antesala—. Ahora sí. ¿Los mataste o algo por el estilo? No quiero saber qué eran, siempre y cuando hayan desaparecido. A veces es jodidamente duro para un hombre ser tu amigo.

No sólo un amigo, sino también otro *ta'veren,* y tal vez la clave de la victoria en el Tarmon Gai'don; cualquiera que quisiera acabar con Rand también tenía motivos para hacer lo mismo con Mat. Aun así, Mat siempre intentaba negar ambas cosas.

—Han muerto, Mat. Eran Sabuesos del Oscuro. Tres.

—Te dije que no quería saberlo —gimió el otro joven—. Ahora Sabuesos del Oscuro también. No puede decirse que no haya siempre algo nuevo allí donde estás. Uno no se aburre contigo... hasta el momento de su muerte. Si no hubiera estado levantado para echar un trago de vino cuando la puerta empezó a abrirse... —Dejó la frase sin terminar y se estremeció mientras se rascaba una rojez que tenía en el brazo derecho y observaba el revestimiento metálico—. ¿Sabes? Es gracioso cómo la mente te juega malas pasadas. Cuando estaba poniendo todo lo que tenía a mano para mantener la puerta cerrada, habría jurado que uno de ellos había abierto un agujero de un mordisco, y pude ver su condenada cabeza. Y sus dientes. La lanza de Melindhra ni siquiera lo asustó.

La llegada de Moraine resultó más espectacular esta vez, corriendo, con las faldas remangadas, jadeando y echando pestes. Lan la seguía pisándole los talones, con la espada en la mano y una expresión tormentosa en su pétreo semblante; y, justo detrás de él, una multitud de *Far Dareis Mai* tan nutrida que llegaba hasta la calle. Algunas de las Doncellas sólo llevaban la ropa interior, pero todas ellas iban equipadas con lanzas y el *shoufa* enrollado a la cabeza, con el negro velo cubriéndoles la cara salvo los ojos, preparadas para matar. Moraine y Lan, al menos, parecieron aliviados al verlo de pie en la puerta de la habitación, charlando

tranquilamente con Mat, aunque la Aes Sedai también daba la impresión de estar dispuesta a decirle unas cuantas palabras gruesas. Con los velos, era imposible adivinar lo que pensaban las Doncellas.

Mat soltó un chillido y regresó corriendo dentro del cuarto, donde empezó a ponerse un par de pantalones con precipitación, aunque no acertaba a meter el pie por la pernera porque mientras tiraba de la prenda hacia arriba no dejaba de rascarse el brazo. La Doncella rubia lo observaba sonriendo de oreja a oreja, a punto de prorrumpir en carcajadas.

—¿Qué te pasa en el brazo? —preguntó Rand.

—Ya te dije que la mente gasta malas pasadas —contestó Mat, que seguía intentando rascarse y vestirse al mismo tiempo—. Cuando me pareció que esa cosa abría un agujero en la puerta, también tuve la sensación de que me babeaba todo el brazo, y ahora me pica de un modo rabioso. Tengo incluso la sensación de que me arde.

Rand abrió la boca, pero en ese momento Moraine llegó a su altura y lo apartó de un empellón. Al verla entrar, Mat se echó al suelo a la par que intentaba, frenético, acabar de subirse los pantalones; la Aes Sedai se arrodilló a su lado, haciendo caso omiso de sus protestas, y le cogió la cabeza entre ambas manos. Rand ya había sido sanado antes con la Curación y también había visto hacerlo; pero, en lugar de la reacción que esperaba, Mat sólo se estremeció y levantó el medallón por el cordón de cuero de modo que quedó suspendido sobre su mano.

—Esta maldita cosa se ha puesto de repente más fría que el hielo —rezongó—. ¿Qué hacéis, Moraine? Si queréis ser útil curadme este picor; ahora se ha extendido a todo el brazo. —Lo tenía colorado desde la muñeca hasta el hombro y empezaba a hinchársele.

Moraine lo miraba con la expresión más estupefacta que Rand había visto nunca en ella; puede que fuera la primera vez que la veía así.

—Lo haré —dijo lentamente—. Si el medallón está frío, quítatelo.

Mat frunció el entrecejo y finalmente se sacó el adorno por la cabeza y lo dejó a su lado. La Aes Sedai volvió a cogerle la cabeza, y el joven soltó un chillido tan penetrante como si lo hubieran zambullido de cabeza en el hielo; las piernas se le pusieron rígidas y la espalda se le arqueó; sus ojos miraron fijamente el vacío, desorbitados al máximo. Cuando Moraine retiró las manos, Mat se desplomó, respirando trabajosamente, inhalando aire a boqueadas. La rojez y la hinchazón habían desaparecido. Hubo de hacer tres intentos antes de ser capaz de hablar:

—¡Rayos y truenos! ¿Es que todas las malditas veces tiene que ser de ese maldito modo? ¡Sólo era un jodido picor!

—Cuidado, no utilices ese lenguaje conmigo —advirtió Moraine mientras se incorporaba—, o buscaré a Nynaeve y te pondré a su cargo. —Pero no estaba centrada en lo que decía; parecía que hablara en sueños. Procuró no mirar fijamente la cabeza de zorro cuando Mat se colgó el medallón al cuello—. Necesitarás descansar —dijo con aire ausente—. Guarda cama mañana, si te apetece.

La Doncella tapada con la manta —¿Melindhra?— se arrodilló detrás de Mat, puso las manos sobre sus hombros y miró a Moraine por encima de la cabeza del joven.

—Me encargaré de que haga lo que le habéis mandado, Aes Sedai. —Esbozó una sonrisa y le revolvió el cabello—. Ahora es mi pequeño travieso.

Por la expresión aterrada de Mat, Rand supo que hacía acopio de fuerzas para salir corriendo. Oyó a su espalda unas suaves y divertidas risitas. Las Doncellas, con el *shoufa* y el negro velo sobre los hombros ahora, se habían apiñado en el acceso y se asomaban al cuarto.

—Enséñale a cantar, hermana de lanza —dijo Adelin, y más Doncellas se sumaron a las carcajadas.

Rand salió del cuarto y les habló con aire serio.

—Dejadlo descansar. ¿No os parece que a algunas no os vendría mal poneros encima algo de ropa?

Las mujeres cedieron de mala gana, pero siguieron echando ojeadas al interior del cuarto. Hasta que Moraine salió a la antesala.

Librodot

—¿Os importaría dejarnos solos, por favor? —dijo la Aes Sedai mientras cerraba a su espalda la destrozada puerta. Miró de soslayo por encima del hombro; tenía los labios apretados en un gesto iracundo—. He de hablar con Rand al'Thor a solas.

Las Doncellas asintieron con un gesto y se dirigieron hacia la salida, algunas todavía bromeando respecto a si Melindhra —una Shaido, al parecer; Rand se preguntó si su amigo lo sabría— enseñaría a cantar a Mat. Significara lo que significara eso.

Rand detuvo a Adelin poniéndole la mano sobre el desnudo brazo; otras advirtieron su gesto y también se pararon, de modo que se dirigió a todas:

—Si no os marcháis cuando os digo que lo hagáis, ¿qué ocurrirá si tengo que utilizaros en una batalla? —No tenía esa intención si podía evitarlo; sabía que eran feroces guerreras, pero había crecido con la creencia de que un hombre debía morir si con ello evitaba la muerte de una mujer. La lógica podría demostrar que era una estupidez, sobre todo con mujeres como éstas, pero era su forma de pensar y no podía evitarlo. Empero, sabía muy bien a qué atenerse y no se lo dijo.

»¿Pensaréis que es una broma o decidiréis poneros en marcha cuando os parezca bien?

Lo miraron con la consternación de quien escucha a alguien que ha puesto en evidencia su ignorancia en hechos simples.

—En la danza de las lanzas —le contestó Adelin—, seguiremos tus directrices, pero esto no es la danza. Además, no nos dijiste que nos marcháramos.

—Ni siquiera el *Car'a'carn* es un rey de las tierras húmedas —añadió una Doncella de cabellos grises. Nervuda y firme a pesar de su edad, vestía únicamente la ropa interior y el *shoufa.*

Rand empezaba a estar harto de esa frase. La Doncellas volvieron a bromear mientras salían y lo dejaban solo con Moraine y con Lan en la antesala. El Guardián había envainado la espada y su actitud era tan sosegada como siempre, lo que equivale a decir que era tan sosegada e impasible como su rostro, todo él ángulos y planos pétreos bajo la luz de la luna, y con un aire de estar a punto de entrar en acción que, en comparación, hacía que los Aiel parecieran plácidos. Un cordón de cuero trenzado sujetaba a la nuca el cabello de Lan, gris en las sienes. Su mirada podría haber pasado por la de un halcón de ojos azules.

—He de hablar contigo sobre... —empezó Moraine.

—Podemos hablar mañana —la interrumpió Rand. El rostro de Lan se endureció aun más, si ello era posible; los Guardianes se mostraban más protectores con sus Aes Sedai, tanto en lo concerniente a su dignidad como a sus personas, que consigo mismos. Rand hizo caso omiso del hombre. El dolor del costado seguía instándolo a doblarse sobre él, pero se las ingenió para permanecer erguido; no estaba dispuesto a demostrar a Moraine ninguna debilidad—. Si piensas que voy a ayudarte a arrebatarle a Mat esa cabeza de zorro, quítatelo de la cabeza. —Por algún motivo, el medallón había interrumpido el encauzamiento de la Aes Sedai. O, al menos, había impedido que el encauzamiento surtiera efecto sobre Mat mientras estaba en contacto con él—. Pagó un alto precio por él, Moraine, y es suyo. —Recordando el golpe que ella le había descargado con el Poder sobre los hombros, agregó secamente—: A lo mejor le pregunto si quiere prestármelo. —Sin más le dio la espalda. Todavía quedaba comprobar cómo se encontraba alguien más, aunque, en cualquier caso, ya no era urgente; a estas alturas los Sabuesos del Oscuro habrían hecho lo que se propusieran hacer.

—Por favor, Rand —dijo Moraine, y la clara súplica en su voz lo paró en seco. Nunca había oído algo parecido en la mujer. Aquel tono pareció ofender a Lan.

—Creía que te habías convertido en un hombre —manifestó el Guardián con dureza—. ¿Es así como se comporta uno? Actúas como un muchachito arrogante. —Lan hacía prácticas de esgrima con él, y Rand sabía que lo apreciaba; pero, si Moraine decía la palabra adecuada, el Guardián haría cuanto estuviera a su alcance para matarlo.

—No estaré contigo para siempre —se apresuró a decir Moraine. Sus manos aferraron la falda con tanta fuerza que le temblaron—. Podría morir en el próximo ataque. Podría caerme del caballo y romperme el cuello o una flecha de un Amigo Siniestro podría

Librodot

atravesarme el corazón. Y la Curación no puede hacer nada contra la muerte. He dedicado toda mi vida a buscarte, encontrarte y ayudarte. Todavía no conoces tu propia fuerza, ni sabes la mitad de lo que haces. Yo... pido perdón humildemente... por cualquier ofensa que te haya hecho. —Aquellas palabras, unas palabras que Rand jamás habría imaginado oír de ella, salieron de sus labios casi como si se las sacaran a la fuerza, pero las dijo; y ella no podía mentir—. Déjame que te ayude en la medida de mis fuerzas y mientras me sea posible. Por favor.

—Es difícil confiar en ti, Moraine. —Hizo caso omiso de Lan, que rebulló bajo la luz de la luna; toda su atención estaba puesta en la mujer—. Me has manejado como a una marioneta, me has hecho bailar como has querido desde el día en que nos conocimos. Las contadas veces que me he sentido libre de tu influencia ha sido cuando estaba lejos o cuando hacía caso omiso de ti. Y conseguías que eso fuera todavía más duro.

La risa de Moraine sonó tan plateada como la luna suspendida en el cielo, pero había un regusto de amargura en ella.

—Más bien ha sido como luchar a brazo partido con un oso que tirar de las cuerdas de una marioneta. ¿Quieres que jure que no intentaré manipularte? Lo haré. —Su voz adquirió la dureza del cristal—. Incluso juraré obedecerte como una de tus Doncellas, incluso como una *gai'shain* si así lo exiges, pero tienes que... —Respiró profundamente y volvió a empezar con más suavidad—. Te *pido* humildemente que me permitas ayudarte.

Lan la miraba de hito en hito, y Rand estaba convencido de que sus ojos casi se le salían de las órbitas.

—Aceptaré tu ayuda —contestó lentamente—. Y también me disculpo por toda la rudeza con la que te he tratado. —Tenía la impresión de que todavía lo estaba manipulando; al fin y al cabo, había sido brusco porque tenía motivo para serlo. Sin embargo ella no podía mentir.

La tensión abandonó el cuerpo de Moraine de manera palpable. Se adelantó un paso y alzó los ojos hacia él.

—Lo que utilizaste para matar a los Sabuesos del Oscuro se llama fuego compacto. Todavía percibo los residuos aquí. —También él lo notaba, como el tenue aroma de un bizcocho que se ha sacado de la habitación o como el recuerdo de algo que acaba de desaparecer de la vista—. Desde antes del Desmembramiento del Mundo, el uso del fuego compacto estaba prohibido. A nosotras la Torre Blanca nos prohíbe incluso aprenderlo. En la Guerra del Poder, los propios Renegados y Juramentados de la Sombra eran reacios a utilizarlo.

—¿Prohibido? —repitió Rand, frunciendo el entrecejo—. Te vi utilizarlo en una ocasión. —Con la tenue luz de la luna no estaba seguro, pero le pareció que el rubor teñía las mejillas de la mujer. Por una vez era ella la que era cogida por sorpresa.

—A veces es necesario hacer lo prohibido. —Si estaba nerviosa, su voz no lo denotaba—. Cuando se destruye cualquier cosa con fuego compacto, deja de existir *antes* del momento de su destrucción, como un hilo que arde apartándose de la llama que lo ha prendido. Cuanto mayor es el poder del fuego compacto, más retrocede en el tiempo el momento en que deja de existir. Lo más intenso que he sido capaz de hacer sólo ha retrasado unos pocos segundos en el Entramado. Tú eres mucho más fuerte. Muchísimo más.

—Pero, si no existe *antes* de que lo destruyas... —Rand se pasó los dedos por el cabello en un gesto desconcertado.

—¿Empiezas a darte cuenta de los problemas, del peligro que implica? Mat recuerda haber visto a uno de los Sabuesos del Oscuro abrir un agujero en la puerta a dentelladas, pero ahora no hay tal agujero. Si lo babeó del modo que recuerda, tendría que haber muerto antes de que yo hubiera llegado hasta él para ayudarlo. Con todo ese retroceso desde que destruiste a la criatura, lo que quiera que ésta hizo en ese tiempo *ya no ha ocurrido.* Sólo queda el recuerdo en aquellos que lo vieron o lo experimentaron. Ahora sólo es real lo que hizo antes del retroceso en el tiempo: unos cuantos agujeros de dientes en la puerta, y una gota de saliva

Librodot

en el brazo de Mat.

—Eso me parece estupendo —contestó él—. Mat está vivo por esa razón.

—Es terrible, Rand. —La voz de la Aes Sedai tenía un tono apremiante—. ¿Por qué crees que hasta los Renegados temían utilizarlo? Piensa en el efecto que tendría en el Entramado que la urdimbre realizada durante horas o incluso días de un único hilo, de un hombre, fuera desbaratada, como una hebra sacada parcialmente de un trozo de tela. Fragmentos de manuscritos que quedan de la Guerra del Poder relatan que ciudades enteras fueron destruidas con el fuego compacto antes de que ambos bandos comprendieran los peligros que entrañaba. Cientos de miles de hilos entresacados del Entramado, desaparecidos durante días que ya habían pasado; lo que quiera que esas gentes hicieran en ese período, ya no había sido hecho, como tampoco lo que otras hicieron como consecuencia de las anteriores. Las alteraciones fueron incalculables, y hasta el Entramado estuvo a punto de destejerse. Habría sido la destrucción de todo: el mundo, el tiempo, la propia Creación.

Rand se estremeció y no por el frío que se colaba a través de su chaqueta.

—No puedo prometer que no vuelva a utilizarlo, Moraine. Tú misma dijiste que hay veces en que es preciso hacer lo que está prohibido.

—No esperaba que lo hicieras —repuso fríamente la mujer. Su agitación estaba desapareciendo e iba recuperando la calma habitual en ella—. Pero debes tener cuidado. —Ya empezaba otra vez con el término «debes»—. Con un *sa'angreal* como *Callandor* podrías aniquilar una ciudad con fuego compacto. El Entramado quedaría alterado durante años, y quién sabe si el tejido permanecería centrado en ti, a pesar de que seas *ta'veren,* hasta que se normalizara de nuevo. Ser *ta'veren,* y más tan fuerte como tú, podría significar el margen preciso para la victoria, incluso en la Última Batalla.

—Quizá lo sea —dijo, sombrío. En todos los relatos heroicos, el protagonista clamaba que se alzaría con la victoria o moriría. Por lo visto, lo que podía esperar él, en el mejor de los casos, era la victoria y la muerte—. Tengo que comprobar cómo está una persona —adujo en voz queda—. Te veré por la mañana. —Absorbió el Poder, vida y muerte en capas superpuestas, e hizo un agujero en el aire más alto que él y que se abría a una oscuridad tal que hacía parecer pleno día la luz de la luna. Un acceso, lo llamaba Asmodean.

—¿Qué es eso? —inquirió Moraine con una exclamación ahogada.

—Una vez que he hecho algo, recuerdo cómo realizarlo. Casi siempre. —No era una respuesta, pero había llegado el momento de poner a prueba el juramento de la mujer. No podía mentir, pero una Aes Sedai sabía cómo buscar huecos por los que escabullirse hasta en una roca—. Deja en paz a Mat esta noche. Y no intentes quitarle el medallón.

—Tiene que ir a la Torre para ser estudiado, Rand. Debe de ser un *ter'angreal,* pero hasta ahora no se había encontrado uno que...

—Sea lo que sea —manifestó firmemente—, le pertenece. Déjaselo.

Por un momento la mujer pareció luchar consigo misma; su espalda se puso rígida y levantó la barbilla mientras lo miraba de hito en hito. No estaba acostumbrada a recibir órdenes de nadie excepto de Siuan Sanche, y Rand habría apostado que jamás lo había hecho sin antes pelearse con ella. Finalmente, asintió con la cabeza e incluso llegó a hacer un atisbo de reverencia.

—Como quieras, Rand. Es suyo. Por favor, ten cuidado. Aprender por uno mismo algo como el fuego compacto puede resultar suicida, y la muerte no tiene Curación. —Esta vez no había mofa en su voz—. Hasta mañana.

Se marchó seguida por Lan. El Guardián miró a Rand con una expresión indescifrable; puede que no le complaciera este giro en los acontecimientos. Rand atravesó el acceso y desapareció.

Se encontró de pie sobre un disco, una copia del antiguo símbolo Aes Sedai de casi dos metros de diámetro. Incluso su mitad negra misma parecía más clara en contraste con las infinitas tinieblas que lo rodeaban; Rand estaba convencido de que, si se caía, estaría cayendo eternamente. Asmodean afirmaba que había un método más rápido, llamado Viaje, de utilizar

un acceso, pero había sido incapaz de enseñárselo, en parte porque carecía de la fuerza necesaria para crear un acceso al estar aislado por el escudo de Lanfear. En cualquier caso, el Viaje requería que se conociera muy bien el lugar de partida; Rand comentó que, a su entender, lo lógico era que hubiera que conocer muy bien el punto de destino, pero Asmodean lo miró como si le estuviera preguntando por qué el aire no era agua. Había muchas cosas que Asmodean daba por sentadas. En fin, Rasar era un sistema bastante rápido.

Tan pronto como plantó los pies en el disco, éste se desplazó lo que pareció una distancia de un palmo y luego se detuvo ante otro acceso que apareció delante. Bastante rápido, sobre todo cuando la distancia por cubrir era corta. Rand salió al pasillo donde estaba la habitación de Asmodean.

La luna que se colaba por los ventanales de los extremos era la única luz que alumbraba el corredor; la lámpara de Asmodean estaba apagada. Los flujos que Rand había tejido en torno al cuarto seguían intactos, firmemente atados. No se movía nada, pero flotaba en el aire un leve tufo a azufre quemado.

Se aproximó a la cortina de cuentas y atisbó al otro lado. El cuarto estaba en penumbras, pero una de las sombras era la figura de Asmodean, que se agitaba entre las mantas. Rodeado por el vacío, Rand alcanzaba a oír el latido del corazón del otro hombre y percibía el olor de unos sueños inquietantes. Se inclinó para examinar las baldosas, azul pálido, y las huellas impresas en ellas.

Había aprendido a rastrear siendo pequeño, de modo que no le costó trabajo interpretarlas. Tres o cuatro Sabuesos del Oscuro habían estado allí. Se habían aproximado al umbral en fila, aparentemente, pisando casi sobre las huellas del primero. ¿Habría sido la red tejida alrededor del cuarto lo que los había detenido? ¿O sólo los habían enviado para observar e informar? Inquietante, imaginar que incluso unos Sabuesos del Oscuro fueran tan inteligentes. Claro que los Myrddraal también utilizaban cuervos y ratas como espías, así como otros animales relacionados con la muerte. Los Ojos de la Sombra, los llamaban los Aiel.

Encauzó delicados flujos de Tierra e igualó las baldosas, y fue levantando las compresiones dejadas en el suelo hasta que estuvo en la desierta calle envuelta en la noche y a un centenar de pasos del alto edificio. Por la mañana, cualquiera vería el rastro acabando en ese punto, pero nadie sospecharía que los Sabuesos del Oscuro se habían acercado a Asmodean. Estas criaturas no tenían por qué estar interesadas en Jasin Natael, el juglar.

A estas alturas, seguramente todas las Doncellas de la ciudad debían de estar despiertas, y, desde luego, no quedaría dormida ninguna bajo el Techo de las Doncellas. Creó otro acceso en la calle, una abertura a una negrura más intensa que la propia noche, y dejó que el disco lo transportara a su propia habitación. Se preguntó por qué había elegido el antiguo símbolo, ya que era elección suya, aunque inconsciente; otras veces había sido un escalón o un trozo de suelo. Los charcos en que se habían convertido los Sabuesos del Oscuro antes de volver a formarse escurrieron apartándose del círculo. «Bajo este emblema vencerá.»

Plantado en medio del oscuro dormitorio, encauzó para encender las lámparas, pero no cortó el contacto con el *Saidin.* En cambio, volvió a encauzar, con cuidado de no hacer saltar ninguna de sus propias trampas, y un trozo de pared desapareció y dejó a la vista un nicho que él mismo había excavado allí.

En la pequeña oquedad había dos figurillas de un palmo de alto, un hombre y una mujer, ambos con rostros serenos y vestidos con amplias y largas túnicas; cada uno de ellos sostenía una esfera de cristal en una mano levantada. Le había mentido a Asmodean respecto a que los había destruido.

Eran *angreal,* como el hombrecillo grueso que Rand llevaba guardado en el bolsillo de la chaqueta, y *sa'angreal,* como *Callandor,* que incrementaban la cantidad de Poder que podía manejarse sin peligro mucho más que un simple *angreal.* Eran piezas escasas, muy apreciadas por las Aes Sedai, aunque sólo podían reconocer las afines con las mujeres y con el *Saidar.* Estas dos figurillas eran algo más, algo no tan escaso pero igualmente apreciado. Los

Librodot

ter'angreal se habían creado para usar el Poder, no aumentándolo, sino con fines específicos. Las Aes Sedai ignoraban el propósito de la mayoría de los *ter'angreal* que tenían en la Torre Blanca; algunos los utilizaban, pero sin saber si el uso que les daban tenía algo que ver con la función para la que habían sido hechos. Rand sabía la función de estos dos.

La figurilla del hombre podía vincularlo a una gigantesca réplica suya, el *sa'angreal* de varones más poderoso que se había creado jamás, aunque el objeto y él estuvieran separados por el Océano Aricio. Había quedado terminado justo después de que se hubiera vuelto a sellar la prisión del Oscuro —«¿Y cómo sé yo eso?»— y fue escondido antes de que cualquier Aes Sedai varón loco pudiera encontrarlo. La figurilla femenina tenía las mismas funciones para una mujer, a la que podía unir a su equivalente de la estatua gigante; una estatua que Rand esperaba que continuara completamente enterrada en Cairhien. Con tanta cantidad de poder... Moraine había dicho que la muerte no tenía Curación.

El recuerdo no buscado, no deseado, lo hizo revivir aquella vez que se había permitido empuñar *Callandor,* y las imágenes evocadas flotaron al otro lado del vacío.

Su mirada se detuvo en el cuerpo de una chiquilla de cabello oscuro, casi una niña, que yacía despatarrada en el suelo, boca arriba, con los ojos muy abiertos y fijos en el techo; la sangre oscurecía la pechera de su vestido, donde un trolloc la había acuchillado...

El Poder estaba dentro de él. Callandor *resplandecía, y él era el Poder. Encauzó la energía y dirigió los flujos hacia el cuerpo de la chiquilla, buscando, tanteando; la pequeña se incorporó de golpe, con una rigidez antinatural en los brazos y las piernas.*

—¡Rand, no puedes hacer esto! —gritó Moraine—. ¡No!

«Aire. Necesita respirar.» El pecho de la niña empezó a subir y a bajar. «El corazón. Tiene que latir.» La sangre, ya oscura y espesa, manó de la herida del pecho. «¡Vive! ¡Vive, maldita sea! ¡No fue mi intención llegar demasiado tarde!» Sus ojos lo miraban vidriosos, sin vida. Las lágrimas corrieron por las mejillas de Rand.

Rechazó violentamente el recuerdo; aun estando dentro del vacío, resultaba doloroso. Con tanta cantidad de Poder... Con tanta cantidad de Poder él no era de fiar. «No eres el Creador», le había dicho Moraine mientras él se incorporaba, con la vista prendida en la pequeña tendida a sus pies. Pero con esa figurilla masculina, con sólo la mitad de su poder, en otros tiempos había conseguido mover montañas. Con muchísimo menos, sólo con *Callandor,* había tenido la certeza de que podía hacer que la Rueda girara hacia atrás, conseguir que la niña muerta volviera a vivir. No sólo el Poder Único era tentador; también lo era el poder personal. Debería destruir las dos figurillas. En cambio, en lugar de hacer eso, tejió de nuevo los flujos e instaló las trampas otra vez.

—¿Qué hacías ahí? —preguntó una voz femenina mientras la pared adquiría una apariencia intacta, lisa.

Rand ató precipitadamente los flujos —así como el propio nudo con sus letales sorpresas—, absorbió más Poder y giró sobre sus talones.

Al lado de Lanfear, Elayne, Min o Aviendha parecerían casi vulgares. Los oscuros ojos de la mujer bastaban para que un hombre entregara hasta su alma. Al verla, el estómago se le encogió hasta sentir deseos de vomitar.

—¿Qué quieres? —demandó. En una ocasión había dejado aisladas de la Fuente Verdadera a Egwene y a Elayne al tiempo, pero era incapaz de recordar cómo lo había hecho. Mientras Lanfear estuviera en condiciones de entrar en contacto con la Fuente, él tenía tantas posibilidades de atrapar el aire entre sus manos como de dejar inmovilizada a la mujer. «Una fugaz descarga de fuego compacto y...» No podía hacerlo. Lanfear era una Renegada, pero el recuerdo de la cabeza de una mujer rodando por el suelo lo dejó paralizado.

—Así que tienes dos —dijo finalmente ella—. Me pareció ver que... Una es de una mujer, ¿verdad? —Su sonrisa podría parar el corazón de un hombre y hacer que se sintiera agradecido—. Empiezas a tener en cuenta mi plan, ¿no? Con esas estatuillas, juntos, tendremos a los otros Elegidos de rodillas a nuestros pies. Podemos incluso suplantar al Gran Señor en persona. Podemos retar al mismísimo Creador. Podemos...

—Siempre fuiste ambiciosa, Mierin. —Su voz le sonó chirriante—. ¿Por qué crees que te aparté de mí? Puedes pensar lo que quieras, pero no fue por Ilyena. Hacía mucho que había dejado de amarte cuando la conocí. La ambición es lo único que cuenta para ti. Poder es todo lo que has querido siempre. ¡Me das asco!

La mujer lo miraba de hito en hito, con las manos apretadas contra el estómago y los ojos desorbitados.

—Graendal dijo... —empezó débilmente. Tragó saliva con esfuerzo y volvió a intentarlo—: ¿Lews Therin? Te amo, Lews Therin. Siempre te he amado y siempre te amaré. Lo sabes. ¡Tienes que saberlo!

El rostro de Rand semejaba una roca; esperaba que no denotara su conmoción. Ignoraba de dónde habían salido esas palabras, pero, por lo visto, se acordaba de ella; un borroso recuerdo de antaño. «¡No soy Lews Therin Telamon!»

—¡Soy Rand al'Thor! —gritó roncamente.

—Por supuesto que lo eres. —Lo observó atentamente y asintió para sus adentros. Recobró la fría compostura de antes—. Por supuesto. Asmodean te ha estado contando cosas sobre la Guerra del Poder y sobre mí. Pues miente. Me amabas. Hasta que esa ramera rubia, Ilyena, me robó tu amor. —Por un momento la ira transformó su rostro en una máscara grotesca; Rand dudó que la mujer fuera consciente de ello—. ¿Sabías que Asmodean seccionó a su propia madre? Me refiero a lo que ahora llaman neutralizar. Bien, pues, seccionó a su madre y dejó que se la llevara un Myrddraal haciendo oídos sordos a sus aullidos de terror. ¿Cómo vas a confiar en un hombre así?

Rand se echó a reír con ganas.

—Después de que lo atrapé colaboraste para obligarlo a que me enseñara ¿y ahora dices que no me fíe de él?

—En cuanto a enseñarte, sí. —Resopló con desdén—. Lo hará porque es consciente de que su suerte va unida inapelablemente a la tuya. Aun en el caso de que convenciera a los otros de que ha sido un prisionero, no evitaría que lo despedazaran, y lo sabe. El cachorro más débil de la camada suele sufrir esa suerte. Además, vigilo sus sueños de vez en cuando. Sueña que triunfas sobre el Gran Señor y que lo llevas contigo a lo más alto. En ocasiones sueña conmigo. —Su sonrisa dejó ver que tales sueños le resultaban agradables, aunque no lo eran para Asmodean—. Sin embargo, intentará ponerte en contra mía.

—¿Por qué has venido? —demandó. ¿Ponerlo en su contra? En este momento debía de estar henchida de Poder, presta para aislarlo de la Fuente a la más leve sospecha de que intentaba algo. Ya lo había hecho en otra ocasión y con humillante facilidad.

—Me gustas así, arrogante y orgulloso, seguro de tu propia fuerza.

En otro momento le había dicho que le gustaba inseguro, que Lews Therin había sido demasiado arrogante.

—¿Por qué has venido? —insistió.

—Rahvin envió a los Sabuesos del Oscuro contra ti esta noche —dijo calmosamente mientras enlazaba las manos ante sí—. Habría venido antes para ayudarte, pero todavía no puedo revelar a los demás que estoy de tu parte.

De su parte. Una Renegada lo amaba o, mejor dicho, amaba al hombre que había sido hacía tres mil años, y todo lo que quería era que él entregara su alma al Oscuro y gobernara junto a ella el mundo. O un escalón más abajo, como poco. Aparte, claro está, de reemplazar tanto al Oscuro como al Creador. ¿Es que se había vuelto completamente loca? ¿O realmente los dos gigantescos *sa'angreal* eran tan poderosos como afirmaba? Ése era un rumbo que Rand no quería que tomaran sus pensamientos.

—¿Por qué ha elegido Rahvin atacarme precisamente en este momento? Asmodean dice que sólo se preocupa de sus intereses, que se quedará a un lado en la Última Batalla si puede y esperará a que el Oscuro me destruya. ¿Por qué crees que ha sido él y no Sammael o Demandred? Según Asmodean, me odian. —«Luz, por favor, soy Rand al'Thor.» Rechazó la repentina evocación de tener en sus brazos a esta mujer siendo jóvenes los dos y de estar

Librodot

empezando a aprender lo que podían hacer con el Poder. «¡Soy Rand al'Thor!»—. ¿O por qué no Semirhage o Moghedien o Graen...?

—Oh, pero es que ahora te cuenta entre sus intereses —lo interrumpió, riendo, Lanfear—. ¿Es que no sabes dónde está? En Andor, en la propia Caemlyn. Es quien gobierna desde las sombras. Morgase le sonríe tontamente y baila para él. Ella y otra media docena de mujeres más. —Frunció los labios en un gesto de asco—. Tiene a muchos hombres recorriendo la ciudad y los campos para encontrarle nuevas bellezas.

Durante un instante la impresión lo dejó paralizado. ¡La madre de Elayne en manos de uno de los Renegados! Empero, no permitió que la preocupación asomara a su rostro. Lanfear había hecho gala de sus celos en más de una ocasión; era muy capaz de ir por Elayne y asesinarla si se le pasaba por la cabeza que él albergaba sentimientos por la heredera del trono. «¿Y qué siento por ella?» Aparte de eso, un hecho inexorable flotaba en el exterior del vacío, frío y cruel en su verdad. No emprendería un ataque contra Rahvin aun cuando lo que Lanfear decía fuera cierto. «Perdóname, Elayne, pero no puedo.» Quizá la mujer mentía —no había derramado una sola lágrima por ninguno de los otros Renegados que él había matado; todos se interponían en los propios planes de Lanfear— pero, en cualquier caso, él ya no pensaba reaccionar a lo que hacían otros, porque entonces podrían deducir el curso de acción que seguiría. Mejor dejar que fueran ellos los que reaccionaran por lo que hacía él y sorprenderlos como les había ocurrido a Lanfear y Asmodean.

—¿Es que Rahvin cree que iré corriendo a defender a Morgase? —dijo—. La he visto una sola vez, además de que Dos Ríos es parte de Andor en los mapas, pero jamás vi por allí a la Guardia Real. Ni yo ni nadie desde hace generaciones. Dile a cualquier hombre de Dos Ríos que Morgase es su reina y probablemente pensará que estás chiflada.

—Dudo que Rahvin espere que vayas a salir corriendo en defensa de tu tierra —comentó irónicamente la mujer—, pero sí que defiendas tus ambiciones. Se propone sentar a Morgase en el Trono del Sol también y utilizarla como una marioneta hasta el momento en que pueda salir a descubierto. De día en día aumenta el número de soldados andoreños que entran en Cairhien. Y tú enviaste soldados tearianos al norte para asegurar tu propio dominio sobre esa tierra. No es extraño que te haya atacado tan pronto como ha descubierto tu paradero.

Rand sacudió la cabeza. No había enviado a los tearianos con ese propósito, ni mucho menos, pero no esperaba que la Renegada lo entendiera. O que lo creyera si se lo explicaba.

—Te agradezco el aviso. —¡Cortesía con una de las Renegadas! Por supuesto, lo único que podía hacer era esperar que algo de lo que le había contado fuese cierto. «Una buena razón para no matarla. Te contará más de lo que cree si la escuchas con atención.» Confiaba en que fuera su propia idea, por cínica y fría que le pareciera.

—Has protegido tus sueños contra mí.

—Contra todo el mundo. —Era la pura verdad, aunque ella ocupaba, como mínimo, un lugar tan prominente como las Sabias en la lista de personas menos bienvenidas a sus sueños.

—Los sueños son míos —dijo Lanfear—. Especialmente tú y tus sueños. —Su semblante siguió relajado, pero su voz se había endurecido—. Puedo atravesar tus defensas, y te aseguro que no te gustaría.

Para demostrar su total despreocupación, Rand se sentó a los pies del catre con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en las rodillas. Creía que su rostro mostraba tanta calma como el de la mujer. Por dentro, el Poder lo henchía; tenía dispuestos flujos de Aire para atarla, así como flujos de Energía. Eso era lo que tejía un escudo que impedía el acceso a la Fuente Verdadera. En algún lugar de su mente estaba el recuerdo de cómo hacerlo, pero lo percibía muy lejano y no conseguía recordarlo; y, sin ello, lo demás era superfluo. Lanfear podía romper o cortar cualquier cosa que tejiera aun cuando no lo viera. Asmodean estaba intentando enseñarle ese truco, pero resultaba harto difícil sin disponer de una mujer encauzando para practicar.

Lanfear lo observaba algo desconcertada; el ceño levemente fruncido malograba su

belleza.

—He examinado los sueños de las Aiel, las que se llaman a sí mismas Sabias. No saben proteger sus sueños muy bien; podría asustarlas hasta el punto de que no desearan volver a soñar, ni siquiera a pensar en invadir los tuyos.

—Creía que no querías ayudarme abiertamente. —No osó decirle que dejara en paz a las Sabias, ya que podría hacer cualquier cosa por despecho. Desde el principio le había dejado muy claro, aunque no lo hubiera hecho de palabra, que se proponía ser la que llevara más ventaja de los dos—. ¿No supondría eso un riesgo de que otro Renegado lo descubriera? No eres la única que sabe cómo entrar en los sueños de otros.

—Los Elegidos —musitó, absorta. Se mordisqueó el labio inferior—. También he espiado los sueños de la chica, Egwene. Hubo un tiempo en que pensé que albergabas ciertos sentimientos hacia ella. ¿Sabes con quién sueña? Con el hijo y el hijastro de Morgase. Con Gawyn, el hijo, más a menudo. —Sonriendo, adoptó un tono burlón de escandalizada sorpresa—. Jamás imaginarías que una muchachita de campo tuviera semejantes sueños.

Rand comprendió que estaba tratando de tantear si se sentía celoso. ¡Realmente creía que había protegido sus sueños para ocultarle pensamientos sobre otra mujer!

—La Doncellas me tienen bien vigilado —adujo secamente—. Si deseas saber hasta qué punto, no tienes más que espiar los sueños de Isendre.

Un leve rubor tiñó los pómulos de Lanfear. Claro. Se suponía que él no debería saber qué se proponía con esos comentarios. El desconcierto bulló al borde del vacío. ¿No creería que...? ¿Isendre? Lanfear sabía que era una Amiga Siniestra; era ella quien había llevado a Kadere y a Isendre al Yermo, y quien había puesto en las bolsas de la otra mujer la mayoría de las joyas por las que fue acusada de robo. La venganza de Lanfear era cruel hasta en las cosas más nimias. Con todo, si creía que podía amar a Isendre, el hecho de que ésta fuera una Amiga Siniestra no representaría un obstáculo para ella.

—Debí dejar que la obligaran a partir en el inútil intento de llegar a la Pared del Dragón —continuó Rand en tono coloquial—, pero ¿quién sabe lo que habría sido capaz de confesar con tal de salvar el pellejo? No tengo más remedio que protegerlos a ella y a Kadere para así proteger a Asmodean.

El sonrojo desapareció; en el momento en que Lanfear abría la boca para decir algo, sonó una llamada a la puerta. Rand se incorporó de un brinco. Nadie reconocería a Lanfear, pero si encontraban una mujer en sus aposentos, una mujer a la que no había visto ninguna de las Doncellas instaladas abajo, se plantearían preguntas para las que él no tenía respuesta.

Empero, Lanfear ya había abierto un acceso a un lugar lleno de blancas colgaduras de seda y plata.

—Recuerda que soy tu única esperanza de sobrevivir, amor mío. —Una voz muy fría para llamar eso a alguien—. A mi lado no tienes nada que temer. A mi lado podrás gobernar... todo cuanto existe o pueda existir. —Remangó el repulgo de la nívea falda, cruzó el umbral, y el acceso desapareció en un visto y no visto.

Rand sólo tuvo tiempo de soltar el *Saidin* y alargar la mano para abrir la puerta cuando la llamada sonó de nuevo.

Era Enaila. La Doncella escudriñó el interior del cuarto con desconfianza.

—Creí que quizás Isendre... —rezongó. Le asestó una mirada acusadora—. Las hermanas de lanza están buscándote; nadie te vio regresar. —Sacudió la cabeza y se puso erguida; tenía la costumbre de estirarse todo lo posible para parecer más alta—. Los jefes han venido a hablar con el *Car'a'carn* —anunció ceremoniosamente—. Están esperando abajo.

Resultó que, al ser hombres, habían tenido que aguardar en la columnata del pórtico. El cielo seguía oscuro, pero las primeras luces del alba se insinuaban por el borde de las montañas orientales. Si estaban impacientes o molestos con las dos Doncellas que hacían guardia entre ellos y las altas puertas, sus rostros no lo dejaban ver.

—Los Shaido se han puesto en movimiento. —Anunció Han tan pronto como Rand apareció—. Y los Reyn, los Miagoma, los Shiande... ¡Todos los clanes!

—¿Para unirse a Couladin o a mí? —demandó Rand.

—Los Shaido se dirigen hacia el paso de Jangai —contestó Rhuarc—. En cuanto a los otros, es demasiado pronto para saberlo. Sin embargo, marchan con todas las lanzas disponibles excepto las estrictamente necesarias para defender los dominios y los rebaños.

Rand se limitó a asentir con la cabeza. Tanto estar resuelto a no dejar que nadie dictara lo que tenía que hacer, y ahora ocurría esto. Fuera lo que fuera lo que los demás clanes se proponían, indudablemente Couladin se disponía a entrar en Cairhien. Podía despedirse de sus grandes planes de imponer la paz si los Shaido arrasaban Cairhien mientras él se quedaba sentado en Rhuidean esperando al resto de los clanes.

—Entonces también nos pondremos en camino hacia el paso de Jangai —decidió finalmente.

—No podemos alcanzarlo si su intención es cruzar —advirtió Erim.

—Si algunos de los otros se unen a él —añadió Han amargamente—, nos cogerán desprevenidos, como gusanos ciegos al sol.

—No pienso quedarme aquí parado hasta descubrirlo —adujo Rand—. Si no me es posible alcanzar a Couladin, me propongo entrar en Cairhien pisándole los talones. Que las lanzas entren en acción. Partimos con las primeras luces, tan pronto como podáis organizar la marcha.

Tras dedicarle la extraña salutación Aiel, utilizada únicamente en las ocasiones más protocolarias, con un pie adelantado y una mano extendida, los jefes se marcharon sin pronunciar palabra. Sólo Han dijo algo:

—Hasta el mismísimo Shayol Ghul.

Librodot

CAPÍTULO 7

La partida

Bajo la luz gris del amanecer, Egwene bostezó y se subió a su yegua, pero tuvo que hacer uso de su habilidad para manejar las riendas cuando *Niebla* se puso a caracolear. Hacía semanas que nadie montaba al animal; los Aiel preferían sus propias piernas para desplazarse y apenas cabalgaban, por no decir jamás, aunque utilizaban bestias de carga. Aun en el caso de que hubiera habido suficiente madera para construir carretas, el terreno en el Yermo no era benévolo con las ruedas, como más de un buhonero había descubierto para su desgracia.

A Egwene no le apetecía en absoluto emprender el largo viaje hacia el oeste. El sol estaba oculto tras las montañas ahora, pero el calor aumentaría con el paso de las horas cuando empezara a ascender en el cielo, y no habría una tienda apropiada en la que resguardarse a la caída de la noche. Tampoco las tenía todas consigo respecto a si las ropas Aiel eran cómodas para ir a caballo. El chal, echado sobre la cabeza, resultaba excelente en cuanto a mantener a raya al sol, pero las amplias faldas le dejarían al aire las piernas hasta el muslo si no iba con cuidado. Más que por modestia, su preocupación era por las quemaduras en la piel. «Por un lado, el sol, y...» No podía haberse vuelto tan blanda por llevar un mes sin montar. Esperaba que no o, en caso contrario, iba a ser un viaje muy largo.

Una vez que tuvo controlada a *Niebla,* Egwene advirtió que Amys la estaba observando e intercambió una sonrisa con la Sabia. Las cincuenta vueltas corriendo alrededor del campamento la noche anterior no eran la razón de que estuviera adormilada todavía; por el contrario, la habían ayudado a dormir más profundamente. Había logrado al fin encontrar los sueños de la otra mujer, y, para celebrarlo, al caer la tarde habían tomado té en el sueño, en el dominio Peñas Frías, mientras los niños jugaban entre las plantaciones de las terrazas, y una agradable brisa empezaba a soplar en el valle a medida que el sol se ponía.

Naturalmente, eso no habría sido suficiente para impedirle descansar, pero se sintió tan exultante que, cuando Amys salió del sueño, ella fue incapaz de dejarlo; le resultó imposible en ese momento, por mucho que Amys le hubiera dicho lo contrario. Había sueños por doquier, aunque en su mayor parte ignoraba a quién pertenecían. La mayoría, no todos. Melaine soñaba que estaba dando de mamar a un bebé; y Bair se encontraba con uno de sus esposos fallecidos, los dos jóvenes y rubios. Egwene había tenido mucho cuidado de no entrar en ésos; las Sabias habrían notado al punto la aparición de un intruso, y le daba escalofríos pensar lo que le harían antes de permitirle salir de ellos.

Ni que decir tiene que los sueños de Rand habían sido un reto al que no podía negarse. Ahora que era capaz de pasar de un sueño a otro, ¿cómo no iba a intentarlo allí donde las Sabias habían fracasado? Sólo que tratar de entrar en sus sueños fue como lanzarse de cabeza a toda carrera contra un muro de piedra. Egwene sabía que los sueños de Rand estaban al otro lado y tenía la certeza de ser capaz de hallar un resquicio por el que colarse, pero no encontró nada en lo que basarse, nada que apuntara un atisbo; era un gran muro de nada. Se lo tomó como un problema al que le estaría dando vueltas hasta encontrar una solución. Cuando se le metía algo en la cabeza, era tan perseverante como un tejón.

A su alrededor, los *gai'shain* se movían afanosos de aquí para allí, cargando el

campamento de las Sabias a lomos de las mulas. A no tardar, sólo un Aiel u otro rastreador igualmente diestro habría descubierto que había habido tiendas instaladas en aquel trozo de seca tierra arcillosa. La misma actividad bullía en las laderas de las montañas del entorno, y el alboroto también se extendía al interior de la ciudad. No se marchaba todo el mundo, pero sí varios miles. Los Aiel abarrotaban las calles, y la caravana de maese Kadere formaba una hilera que atravesaba la gran plaza; las carretas cargadas con los objetos seleccionados por Moraine y los tres blancos carros con el agua cerraban la fila, como inmensos barriles sobre ruedas tirados por troncos de veinte mulas. La carreta personal de Kadere, a la cabeza de la columna, era una pequeña casa con ruedas, con una escalerilla en la parte trasera y el tubo metálico de una chimenea sobresaliendo en el tejado plano. El corpulento buhonero de nariz aguileña, vestido con ropas de seda de color marfil, se tocó el ala del baqueteado sombrero cuando Egwene pasó ante él sobre la yegua; la sonrisa que le dedicó a la joven no se reflejó en sus oscuros y rasgados ojos.

Egwene hizo caso omiso de él con deliberada frialdad. Sus sueños habían sido por demás desagradables y tenebrosos, cuando no lascivos. «Habría que sumergirle la cabeza en un barril de infusión de espino azul», pensó, sombría.

Al acercarse al Techo de las Doncellas, se abrió camino entre los atareados *gai'shain* y las pacientes mulas. Para su sorpresa, uno de los que cargaban las cosas de las Doncellas vestía una túnica negra, no blanca. Era una mujer, a juzgar por su talla, y se tambaleaba bajo el peso de un bulto enorme, atado con cuerda, que llevaba cargado a la espalda. Mientras pasaba con *Niebla* a su lado, se inclinó sobre la silla para echar una ojeada por debajo de la capucha y vio el ojeroso rostro de Isendre, a quien el sudor le corría ya por las mejillas. Egwene se alegró de que las Doncellas hubieran puesto fin al castigo de dejarla salir —o mandarla salir— casi desnuda, aunque le pareció innecesariamente cruel vestirla de negro. Si ya sudaba con tanta profusión, estaría al borde de la muerte cuando el calor del día estuviera en todo su apogeo.

Con todo, los asuntos de las *Far Dareis Mai* no le concernían. Aviendha así se lo había hecho saber con amabilidad pero firmemente. Adelin y Enaila se habían mostrando un tanto rudas al respecto, y una Doncella nervuda y canosa, llamada Sulin, de hecho la había amenazado con llevarla de vuelta con las Sabias arrastrándola por la oreja. A despecho de sus esfuerzos para persuadir a Aviendha de que dejara de llamarla Aes Sedai, le resultó irritante descubrir que el resto de las Doncellas, tras mostrar cierta incertidumbre respecto a qué trato darle, se habían decantado por considerarla simplemente como una pupila más de las Sabias. ¡Vaya, pero si ni siquiera le permitían que cruzara las puertas del Techo a menos que fuera a cumplir algún encargo!

La presteza con la que taconeó a *Niebla* para pasar entre la multitud no tenía nada que ver con la aceptación de la justicia de las *Far Dareis Mai* ni con la incómoda constatación de que algunas Doncellas la observaban, sin duda dispuestas a sermonearla si pensaban que intentaba inmiscuirse. Tampoco tuvo mucho que ver con el desagrado que le inspiraba Isendre. No quería recordar la fugaz ojeada a los sueños de la mujer justo antes de que Cowinde entrara para despertarla. Habían sido pesadillas de torturas, de cosas que le habían hecho, y Egwene salió de ellas estremecida de horror, notando la presencia de algo oscuro y maligno que reía al verla huir. No era pues de extrañar que el aspecto de Isendre fuera de agotamiento. Egwene había despertado tan bruscamente, con tal sobresalto, que Cowinde retrocedió de un brinco cuando iba a posar la mano sobre su hombro.

Rand estaba en la calle, delante del Techo de las Doncellas, con el *shoufa* envuelto en la cabeza para protegerse del sol que empezaba a asomar, y vestido con una chaqueta de seda azul con bordados en oro tan recargados que era más apropiada para un palacio, bien que la llevaba desabrochada hasta la mitad. Su cinturón lucía una hebilla nueva, una detallada pieza emulando un dragón. Saltaba a la vista que empezaba a tener una gran opinión de sí mismo. De pie junto *Jeade'en,* su semental rodado, hablaba con los jefes de clan y algunos de los comerciantes Aiel que se quedarían en Rhuidean.

Librodot

Jasin Natael, casi pegado a los talones de Rand, con el arpa a la espalda y sujetando las riendas de una mula ensillada que le habían comprado a maese Kadere, iba ataviado aun más ostentosamente; los bordados en hilo de plata casi cubrían su chaqueta negra, que lucía además grandes chorreras de encaje en el cuello y los puños. Hasta las botas tenían repujados de plata en el doblez, a la altura de la rodilla. La capa del juglar, con sus parches de colores, echaba a perder el efecto, pero los juglares eran tipos raros.

Los comerciantes vestían el *cadin'sor,* y, aunque los cuchillos del cinturón eran más pequeños que los de los guerreros, Egwene sabía que todos ellos podían manejar bien las lanzas si llegaba el caso; tenían parte, si no toda, de esa agilidad grácil y letal de sus hermanos que llevaban la lanza. Las comerciantes, vestidas con blusas de *algode* sueltas y amplias faldas de lana, pañuelos a la cabeza y chales, resultaban más distinguibles. Salvo por las Doncellas y las *gai'shain* —y Aviendha— todas las Aiel lucían un sinnúmero de brazaletes y collares de oro y marfil, plata y gemas, algunos de manufactura Aiel, otros comprados a buhoneros, y algunos procedentes de saqueos. Empero, entre las comerciantes Aiel la exhibición de joyas se duplicaba, como poco, con respecto a las demás.

Egwene alcanzó a oír parte de lo que Rand decía a los comerciantes:

—... dad carta blanca a los constructores Ogier en parte de las obras que acometan. Hasta donde lo consideréis oportuno. No tiene sentido limitarse a intentar rehacer el pasado.

Así que los enviaba a los *steddings* en busca de Ogier que reconstruyeran Rhuidean. Eso estaba bien. Gran parte de Tar Valon era obra de los Ogier, y, allí donde se los había dejado trabajar según sus propios criterios, los edificios eran tan bellos que quitaban la respiración.

Mat ya estaba montado en su castrado, *Puntos,* con su sombrero de ala ancha bien calado y la punta del astil de la extraña lanza apoyada sobre el estribo. Como siempre, parecía que había dormido con la chaqueta verde puesta. Egwene había evitado sus sueños. Una de las Doncellas, una mujer rubia muy alta, dedicó a Mat una pícara sonrisa que pareció causarle sonrojo. Y debería; la Doncella era demasiado mayor para él. Egwene resopló con desdén. «Sé muy bien qué era lo que soñaba, así que ¡no, muchas gracias!» Si frenó a la yegua al lado del joven fue sólo para buscar a Aviendha.

—Le dijo que se callara, y ella obedeció —comentó Mat cuando Egwene detuvo a *Niebla.* Señaló con la cabeza a Moraine y a Lan; la mujer llevaba un vestido azul pálido y aferraba las riendas de su blanca yegua, mientras que él, con la capa de Guardián, sujetaba corto al enorme y negro caballo de guerra. Lan observaba a Moraine con intensidad, el gesto inexpresivo como siempre, en tanto que la Aes Sedai miraba furibunda a Rand y parecía a punto de estallar de impaciencia—. Ella empezó a explicarle por qué hacer esto es un error, y por su tono imaginé que debía de ser la enésima vez que repetía lo mismo, pero él respondió: «Ya lo he decidido, Moraine. Quédate allí y guarda silencio hasta que disponga de un momento para hablar contigo». Así, como si esperara que hiciera lo que le decía. Y lo bueno es que ella lo hizo. ¿Es vapor eso que le está saliendo por las orejas?

Su risita queda sonó tan complacida, tan divertida por su propio ingenio, que Egwene estuvo a punto de abrazar el *Saidar* y enseñarle una lección allí mismo, delante de todo el mundo. En cambio, volvió a resoplar, lo bastante alto para que Mat comprendiera que era por él y por su ingenio y su guasa. El joven le lanzó una mirada de reojo, con sorna, y volvió a reír entre dientes, cosa que empeoró aun más el mal humor de la muchacha.

Egwene miró brevemente a Moraine, perpleja. ¿Que la Aes Sedai había hecho lo que Rand le mandó? ¿Sin protestar? Eso era como decir que una de las Sabias obedecía o que el sol salía a medianoche. Se había enterado del ataque, por supuesto; desde que amaneció no habían dejado de correr rumores sobre perros gigantescos que dejaban huellas marcadas en la piedra. No obstante, que ella supiera, era la única novedad aparte de la noticia relativa a los Shaido, y no era suficiente para justificar esta reacción. En realidad, no se le ocurría absolutamente nada que la justificara. Si le preguntaba, sin duda Moraine le diría que no era de su incumbencia, pero, en cualquier caso, era un tema que le incomodaba. Le desagradaba no entender las cosas.

Localizó a Aviendha al pie de la escalinata del Techo, de modo que condujo a *Niebla* hacia allí rodeando a la muchedumbre que había en torno a Rand. La joven Aiel lo miraba tan intensa y duramente como la Aes Sedai, pero con el semblante totalmente inexpresivo. No dejaba de dar vueltas al brazalete de marfil que adornaba su muñeca, aparentemente sin ser consciente de ello. Por una razón u otra, aquel brazalete era parte de los problemas que la Aiel tenía con él. Egwene no lo comprendía; Aviendha se negaba a hablar de ello, y ella no se atrevía a preguntarle a nadie más por temor a causar embarazo a su amiga. Su propio brazalete de marfil con tallas en forma de llamas era un regalo de Aviendha para sellar su relación como medio hermanas; su presente había sido el collar de plata que la otra joven lucía, y que maese Kadere afirmaba que era un diseño kandorés llamado copos de nieve. Le tuvo que pedir a Moraine algo de dinero ya que no tenía bastante para pagarlo, pero le había parecido lo más apropiado para una mujer que nunca vería la nieve. O, mejor dicho, que no la habría visto si no hubiera salido del Yermo; no creía muy probable que pudiera regresar antes del invierno. Fuera cual fuera el significado de ese brazalete, Egwene confiaba en que su amiga resolviera finalmente el conflicto.

—¿Estás bien? —preguntó. Al inclinarse por un lado de la silla de montar, la falda se subió hasta dejarle las piernas al aire, pero estaba tan preocupada por su amiga que apenas lo advirtió. Tuvo que repetir la pregunta ya que Aviendha no la había oído, y entonces la joven Aiel dio un respingo y alzó la vista hacia ella.

—¿Que si estoy bien? Sí, claro.

—Déjame que hable con las Sabias, Aviendha. Estoy segura de que puedo convencerlas de que no deben obligarte a... —Fue incapaz de decirlo en voz alta, en medio de la calle, donde todos podrían oírla.

—¿Todavía te preocupa *eso*? —Aviendha se ajustó el chal gris y sacudió ligeramente la cabeza—. Vuestras costumbres me siguen resultando muy chocantes. —Sus ojos volvieron hacia Rand como si fueran limaduras de hierro atraídas hacia un imán.

—No debes tener miedo de él.

—Yo no le tengo miedo a ningún hombre —espetó la otra joven, cuyos ojos centellearon como si despidieran un fuego azul verdoso—. No deseo que haya problemas entre nosotras, Egwene, pero no deberías decir esas cosas.

Egwene suspiró. Amiga o no, Aviendha era muy capaz de darle una bofetada si se sentía ofendida; en cualquier caso, tampoco estaba segura de que lo hubiera admitido. El sueño de la joven Aiel había sido demasiado doloroso para permanecer en él mucho tiempo. Desnuda salvo por aquel brazalete de marfil, que parecía agobiarla como si pesara una tonelada, Aviendha iba corriendo tan rápido como le era posible a través de un llano resquebrajado y arcilloso. Y detrás de ella venía Rand, un gigante que duplicaba la talla de un Ogier y montado a lomos de un colosal *Jeade'en,* acortando distancias con ella lenta pero inexorablemente.

Pero a una amiga no se le podía decir que estaba mintiendo; un ligero rubor tiñó el rostro de Egwene. Sobre todo si había que confesar cómo lo sabía uno. «Entonces sí que me abofetearía. No volveré a espiar los sueños de otras personas. Por lo menos, los de Aviendha.» No estaba bien espiar los sueños de una amiga; no era exactamente espiar, pero aun así...

La multitud que rodeaba a Rand empezó a desperdigarse, y él subió con fácil soltura a la silla de montar, imitado seguidamente por Natael. Una de las mercaderes Aiel, una pelirroja de cara ancha, que llevaba encima una pequeña fortuna en oro, gemas y marfil, remoloneó.

—*Car'a'carn,* ¿te propones marcharte de la Tierra de los Tres Pliegues para siempre? Has hablado como si jamás fueras a regresar.

Los demás se pararon al oír aquello y se dieron media vuelta. A los murmullos que propagaban lo que le habían preguntado los siguió el silencio, que se extendió como una onda sobre la quieta superficie de un estanque.

También Rand guardó silencio unos instantes mientras contemplaba los rostros vueltos hacia él.

Librodot

—Espero regresar —repuso al cabo—, pero ¿quién sabe qué puede ocurrir? La Rueda gira según sus designios. —Vaciló al sentir todas las miradas sobre él—. Pero dejaré algo que os hará recordarme —añadió mientras metía una mano en el bolsillo de la chaqueta.

Repentinamente, una fuente cercana al Techo cobró vida y el agua manó por las bocas de unas marsopas, incongruentes en un lugar como el Yermo, que se sostenían sobre las colas. Más atrás, la estatua de un joven que levantaba un cuerno hacia el cielo empezó a expulsar un abanico de chorros de agua, y las dos estatuas de mujeres que había más allá lanzaban más chorros de agua de sus manos. Sumidos en un silencio provocado por la estupefacción, los Aiel contemplaron cómo todas las fuentes de Rhuidean volvían a fluir.

—Debí haberlo hecho hace mucho tiempo. —El rezongo de Rand iba sin duda dirigido a sí mismo, pero en el profundo silencio, roto sólo por el chapoteo de cientos de fuentes, Egwene lo oyó con toda claridad. Natael se encogió de hombros como si no esperara menos.

Pero era a Rand al que Egwene observaba fijamente, no a las fuentes. Un hombre capaz de encauzar. «Sigue siendo él, Rand, a despecho de todo.» Sin embargo, cada vez que lo veía hacerlo era como si descubriera por primera vez que podía. La habían educado en la creencia de que sólo el Oscuro era más de temer que un hombre capaz de encauzar. «Tal vez Aviendha tiene razón al temerlo.»

Pero, cuando volvió la vista hacia la joven Aiel, el rostro de ésta reflejaba una abierta admiración; tanta agua era para ella tan maravillosa como un vestido de la más fina seda o un jardín lleno de flores para Egwene.

—Es hora de ponerse en marcha —anunció Rand al tiempo que tiraba de las riendas para dirigir al rodado hacia el oeste—. Los que no estén listos para partir ahora tendrán que alcanzarnos.

Natael lo siguió de cerca con su mula. ¿Por qué permitiría Rand que semejante lameculos estuviera tan cerca de él?

Los jefes de clan empezaron a impartir órdenes de inmediato, y el bullicio se multiplicó por diez. Las Doncellas y los Buscadores de Agua corrieron hacia la vanguardia, y otras *Far Dareis Mai* cerraron filas en torno a Rand como una guardia de honor, dejando a Natael dentro del círculo. Aviendha caminaba a la derecha de *Jeade'en,* pegada al estribo, manteniendo con facilidad el paso del caballo a pesar de las amplias faldas.

Egwene se situó junto a Mat, a continuación de Rand; la joven llevaba fruncido el ceño. Su amiga tenía de nuevo aquel gesto de sombría resolución, como si hubiera metido el brazo en un nido de víboras de manera deliberada. «Tengo que hacer algo para ayudarla.» Cuando Egwene se metía de lleno en un problema, ya no se daba por vencida.

Moraine se acomodó en la silla de montar y dio unas palmaditas en el arqueado cuello de *Aldieb* con su enguantada mano, pero no siguió inmediatamente a Rand. Hadnan Kadere venía con sus carretas calle arriba, conduciendo personalmente la que iba en cabeza. Debería haberlo obligado a que desmantelara ese vehículo para que transportara carga, como había hecho con los otros de esas características; el hombre le tenía bastante miedo —se lo tenía a las Aes Sedai— para haber consentido. El marco de puerta que era un *ter'angreal* iba atado firmemente en la carreta que marchaba en segundo lugar, cubierto totalmente por una lona atada a fin de que nadie volviera a caer a través de él de manera accidental. Unas largas filas de Aiel —*Seia Doon,* Ojos Negros— caminaban a lo largo de los flancos de la caravana.

Kadere inclinó la cabeza al pasar ante Moraine, pero la mirada de la Aes Sedai recorrió la hilera de vehículos para llegar hasta la gran plaza donde se alzaba el bosque de esbeltas columnas de cristal, relucientes ya a la luz del amanecer. Se habría llevado todo cuanto había en la plaza de haber sido posible, en vez de la pequeña parte que cabía en las carretas. Algunas cosas eran demasiados grandes, como los tres aros de apagado metal gris, cada uno de ellos con dos metros de diámetro, que se sostenían en equilibrio y se unían en el centro. Alrededor de ese objeto se había colocado un cordón de cuero trenzado, como precaución, para que nadie entrara sin el permiso de las Sabias. Y no es que nadie tuviera ganas de

hacerlo, por supuesto. Sólo los jefes de clan y las Sabias entraban en la plaza con cierta tranquilidad, y sólo las Sabias tocaban algunos de los objetos y siempre con obvia reticencia.

Durante incontables años, la segunda prueba a la que se enfrentaba una Aiel que deseaba convertirse en Sabia había consistido en entrar en las arracimadas columnas de cristal para ver exactamente lo mismo que veían los hombres. Eran más las mujeres que sobrevivían a la experiencia que hombres —Bair manifestaba que se debía a que las mujeres eran más duras, y Amys sostenía que las que eran demasiado débiles para sobrevivir ya habían sido cribadas antes de llegar a ese punto—, pero lo cierto es que no se sabía con exactitud la causa. Las que salían con vida no quedaban marcadas; las Sabias manifestaban que sólo los hombres necesitaban signos visibles; para una mujer, estar viva era suficiente.

La primera prueba —la primera criba— era cruzar uno de esos anillos. Daba igual cuál de ellos, o tal vez la elección era cuestión del destino. Al parecer, aquel paso llevaba a la mujer a vivir una y otra vez su vida; se le mostraba su futuro, todos los posibles futuros basados en cada decisión que pudiera tomar durante el resto de su vida. También era posible morir allí; algunas mujeres eran incapaces de afrontar el futuro como otras lo eran de afrontar el pasado. Por supuesto, todos los futuros posibles eran demasiado numerosos para que la mente fuera capaz de recordarlos, de modo que se mezclaban y se desvanecían en su mayoría, pero la mujer conservaba la sensación de cosas que le pasarían en la vida, que podrían o que tendrían que ocurrir. Por lo general, hasta esto último quedaba olvidado, esperando a resurgir llegado el momento. Aunque no siempre. Moraine había cruzado aquellos anillos.

«Una cucharada de esperanza y una taza de desaliento», pensó.

—No me gusta verte así —dijo Lan. A lomos de *Mandarb* y con su gran estatura, el Guardián la miraba desde arriba; la inquietud le marcaba arrugas en los rabillos de los ojos. Tratándose de él, era tanto como unas lágrimas de frustración en cualquier otro hombre.

Los Aiel pasaban sin cesar a ambos lados de sus monturas, así como los *gai'shain* tirando de las mulas de carga. Moraine sufrió un sobresalto al reparar en que las carretas de agua de Kadere ya habían pasado de largo; no se había dado cuenta de que llevaba tanto rato contemplando la plaza.

—¿Cómo? —preguntó mientras hacía girar a la yegua para sumarse a la marcha. Rand y su escolta habían salido ya de la ciudad.

—Preocupada —repuso él, conciso; aquel semblante pétreo había recobrado su habitual impasibilidad—. Asustada. Jamás te había visto asustada. Ni cuando una multitud de trollocs y Myrddraal caía sobre nosotros. Ni siquiera cuando supiste que los Renegados estaban libres y que Sammael casi estaba sentado sobre nosotros. ¿Se aproxima el fin?

Ella dio un respingo y de inmediato deseó no haberlo hecho. Lan miraba al frente por encima de las orejas de su semental, pero a él nunca se le pasaba nada por alto. A veces Moraine pensaba que era capaz de ver caer una hoja a su espalda.

—¿Te refieres al Tarmon Gai'don? Un pinzón de Seleisin sabe tanto como yo de eso. Si la Luz lo quiere, no mientras alguno de los sellos permanezca intacto. —Los dos que tenía también iban en las carretas de Kadere, cada uno de ellos empaquetado en un barril relleno con lana, y metidos en otra carreta distinta de la del marco de puerta; se había asegurado de que fuera así.

—¿Y a qué otra cosa iba a referirme? —contestó lentamente el Guardián, sin quitar la vista del frente y haciéndola desear haberse mordido la lengua—. Te has vuelto... impaciente. Recuerdo muy bien cuando eras capaz de esperar semanas para obtener una información minúscula, una palabra, sin retorcerte los dedos, pero ahora... —Entonces sí la miró con aquellos azules ojos que habrían intimidado a la mayoría de las mujeres. Y también a la mayoría de los hombres—. El juramento que prestaste al muchacho, Moraine... ¿Qué demonios te pasó para hacer algo así?

—Se ha ido alejando más y más de mí, Lan, y tengo que estar cerca de él. Necesita toda la guía que pueda darle, y haré cualquier cosa excepto compartir su lecho con tal de que la tenga.

Librodot

En los anillos había descubierto que tal cosa sería el desastre. Jamás se lo había planteado —¡y la sola idea todavía la conmocionaba!— pero en los anillos había algo que consideraría o podría considerar hacer en el futuro. Era una medida dictada por su creciente desesperación, sin duda, y en los anillos había visto que provocaría el desastre sobre todo. Ojalá recordara cómo —eran claves que conducían al conocimiento de Rand al'Thor— pero sólo el puro y simple hecho de la calamidad permanecía fresco en su memoria.

—Quizá te sirva para aprender humildad el que te pida que le alcances las zapatillas y le enciendas la pipa.

Moraine le asestó una mirada furibunda. ¿Sería una broma? En tal caso, no tenía gracia. Nunca había visto que la humildad sirviera de mucho en ninguna situación. Siuan afirmaba que haberse criado en el Palacio del Sol de Cairhien le había imbuido la arrogancia en lo más hondo de su ser, donde no alcanzaba a verla; algo que ella negaba con firmeza. Por su parte, aunque Siuan era hija de un pescador teariano, su altanería no tenía nada que envidiar a la de cualquier reina, además de que la Amyrlin entendía por arrogancia el oponerse a sus planes.

Si Lan intentaba hacer bromas, por disparatadas y flojas que fueran, entonces estaba cambiando. La había seguido durante casi veinte años y le había salvado la vida más veces de las que podía recordar, a menudo a riesgo de la suya propia. Siempre había considerado su vida algo de escasa importancia, con el único valor de que a ella le fuera necesaria; algunos comentaban que Lan cortejaba a la muerte igual que un novio corteja a la novia. Ella nunca había tenido su amor y jamás se había sentido celosa de las mujeres que parecían arrojarse a los pies del Guardián. Lan había manifestado mucho tiempo atrás que no tenía corazón. Empero, había descubierto que sí lo tenía un año atrás, cuando una mujer lo ató en un cordón para colgárselo al cuello.

Lan lo negaba, naturalmente. No su amor por Nynaeve al'Meara, antaño una Zahorí de Dos Ríos y actualmente una Aceptada de la Torre Blanca, sino que algún día pudiera hacerla suya. Él sólo poseía dos cosas, afirmaba: una espada que no se rompería y una guerra que no tenía fin; y ése era un presente que jamás entregaría a una novia. De eso, al menos, se había ocupado Moraine, aunque Lan nunca sabría cómo hasta que estuviera hecho. Si lo descubriese, seguramente trataría de cambiar las cosas, considerando lo testarudo y necio que era.

—Esta tierra árida parece haber marchitado tu propia humildad, al'Lan Mandragoran. Tendré que buscar un poco de agua para regarla y que vuelva a crecer.

—Mi humildad está tan afilada como una cuchilla —replicó secamente—. Jamás permites que se quede embotada. —Mojó un pañuelo blanco con el agua de su cantimplora y se lo tendió. Moraine se lo ató a las sienes sin hacer ningún comentario. El sol empezaba a salir por encima de las montañas a su espalda cual una abrasadora bola de oro fundido.

La gruesa columna avanzaba, sinuosa, ascendiendo por la ladera de Chaendaer; la cola todavía seguía en Rhuidean cuando la cabeza ya coronaba la cima para, seguidamente, continuar cuesta abajo hacia las accidentadas llanuras salpicadas con agujas pétreas y truncados cuetos, algunos surcados con vetas rojas u ocres sobre el fondo gris y pardo. El aire era tan transparente que Moraine alcanzaba a ver a kilómetros de distancia, incluso después de haber descendido de Chaendaer. En el paisaje se alzaban arcos naturales, y en cualquier dirección las montañas ascendían como si quisieran alcanzar el cielo. Hondonadas y cárcavas secas rompían un terreno en el que sólo crecían, dispersos, arbustos espinosos y plantas sin hojas pero llenas de púas. Los escasos árboles, raquíticos y retorcidos, por lo general también tenían espinas y púas. El sol convertía aquel territorio en un horno. Una tierra dura que había creado gentes duras. Pero no era Lan el único que estaba sufriendo cambios. Moraine deseó poder ver lo que Rand hacía de los Aiel al final. Les aguardaba un largo viaje a todos ellos.

Librodot

CAPÍTULO 8

Al otro lado de la frontera

Aferrándose con una mano a su asidero, en la parte trasera de la traqueteante carreta, Nynaeve utilizó la otra para sujetarse el sombrero de paja mientras echaba una ojeada a la feroz tormenta de polvo que se iba quedando atrás, en la distancia. La amplia ala le resguardaba el rostro del caluroso sol matinal, pero la brisa generada por la rápida marcha del vehículo bastaba para quitárselo de la cabeza a despecho del pañuelo, rojo oscuro, que llevaba atado bajo la barbilla. Viajaban a través de una pradera salpicada de ondulantes colinas y alguna que otra arboleda; la hierba era rala y estaba seca con el calor de finales de verano, y el polvo levantado por las ruedas le enturbiaba la vista en cierto modo, además de hacerla toser. Las nubes que surcaban el cielo eran engañosas; no había llovido desde antes de que salieran de Tanchico, hacía semanas, y había pasado cierto tiempo desde que la amplia calzada había tenido trasiego de carretas, lo cual mantenía la tierra compacta.

Nadie salió cabalgando de aquel muro pardo, aparentemente sólido, lo que estaba bien. Había desahogado toda su rabia con los asaltantes que habían intentado detenerlos cuando ya faltaba muy poco para dejar atrás la locura de Tarabon, y a menos que estuviera furiosa no sentía la Fuente Verdadera y menos aun podía encauzar. Incluso estando iracunda, se había sorprendido de ser capaz de desatar semejante tormenta; una vez liberada, alimentada con su furia, cobró vida propia. También Elayne se había sorprendido por la magnitud de la tormenta, aunque, afortunadamente, lo había disimulado con vistas a Thom y a Juilin. Sin duda su fuerza iba incrementándose —sus maestras de la Torre habían pronosticado que sería así, y, por descontado, ninguna era lo bastante fuerte para derrotar a una de las Renegadas como había hecho ella—, pero, aun así, seguía supeditada a esa limitación. Si volvían a aparecer bandidos, Elayne tendría que encargarse de ellos por sí misma, sin su ayuda, y eso era algo que no quería que ocurriera. Su anterior rabia se había disipado, pero estaba sembrando y cultivando la próxima cosecha para recogerla cuando fuera menester.

Trepando torpemente por encima de la lona atada sobre la carga de toneles, alargó la mano hacia uno de los barriles de agua, sujeto a un costado de la carreta junto con los arcones que guardaban sus pertenencias, así como las provisiones. De inmediato, el sombrero resbaló sobre su nuca, sujeto únicamente por el pañuelo. Solamente llegaba con las yemas de los dedos a la tapa del barril, a no ser que se soltara de la cuerda que agarraba con la otra mano, pero por el modo en que se zarandeaba la carreta, si lo hacía corría el riesgo de irse de narices al suelo.

Juilin Sandar condujo su montura, un castrado pardo y desgarbado al que había puesto el inverosímil nombre de *Furtivo,* acercándola a la carreta y le tendió una de las cantimploras que llevaba colgadas a la silla de montar. Nynaeve bebió con ganas, aunque sin habilidad. Zarandeada como un racimo de uvas en un viñedo sacudido por un vendaval, derramó casi tanta agua sobre la pechera de su estupendo vestido gris como consiguió echarse a la boca.

El atuendo era apropiado para una mercader, con el cuello alto, de buen tejido y excelente corte, pero sencillo. El broche prendido sobre el pecho —un pequeño círculo de granates engastados en oro— era quizás excesivo para una mercader, pero era regalo de la

Panarch de Tarabon, así como otras joyas más valiosas que iban escondidas en un compartimiento secreto situado debajo del pescante. Lo llevaba para recordarse a sí misma que incluso mujeres que se sentaban en tronos a veces necesitaban que las cogieran por el cogote y las sacudieran. Comprendía mejor las manipulaciones de la Torre sobre reyes y reinas ahora que había tratado con Amathera.

Sospechaba que la Panarch les había hecho estos presentes como un soborno para que abandonaran Tanchico. Hasta se mostró dispuesta a comprar un barco con tal de que no permanecieran en la ciudad ni un minuto más que lo estrictamente necesario, pero nadie quiso venderle uno. Las pocas embarcaciones que quedaban en el puerto de Tanchico y que servían para algo más que bordear la costa estaban llenas hasta los topes con refugiados. Además, un barco era el medio de transporte obvio, el más rápido, para huir, y no era disparatado imaginar que el Ajah Negro las estuviera buscando a Elayne y a ella después de lo que había ocurrido. Habían ido allí con la misión de dar caza a Aes Sedai que eran Amigas Siniestras, no para caer en una emboscada. Tal era el motivo de que hicieran este largo viaje por carreta a través de un país arrasado por la guerra civil y la anarquía. Nynaeve empezaba a desear no haber insistido en evitar los barcos, aunque jamás admitiría tal cosa ante los demás.

Cuando intentó devolverle la cantimplora a Juilin, el hombre la rechazó con un ademán. Era un hombre duro que parecía haber sido tallado en algún tipo de madera oscura, pero no se sentía cómodo a lomos de un caballo. Ofrecía un aspecto ridículo, al parecer de Nynaeve, y no por su evidente inseguridad sobre la silla de montar, sino por el absurdo gorro tarabonés de color rojo que había cogido por costumbre ponerse sobre el liso y negro cabello, una cosa cónica, sin ala, alta y de copa recta. Desentonaba con la oscura chaqueta teariana que se ajustaba a la cintura para después abrirse en un corte acampanado. En realidad, Nynaeve dudaba que fuera bien con ningún tipo de ropa. En su opinión, daba la impresión de que Juilin llevara un pastel sobre la cabeza.

Por si no fuera ya bastante difícil aguantar los zarandeos, las cosas empeoraron al tener que sujetar también la cantimplora; además, el sombrero no dejaba de sacudirse contra su nuca. Empezó a mascullar maldiciones contra el husmeador —¡nada de rastreador!—, contra Thom Merrilin —¡ese petulante juglar!— y contra Elayne de la casa Trakand, heredera del trono de Andor, a quien habría que coger por el pescuezo y sacudirla.

Nynaeve decidió sentarse en el pescante al lado de Thom y de Elayne, pero la joven rubia iba pegada al juglar, con el sombrero de paja colgando sobre la espalda. Se agarraba al brazo del necio viejo de bigote blanco como si tuviera miedo de caerse. Con los labios apretados, Nynaeve tuvo que sentarse al otro lado de Elayne. Se alegraba de llevar de nuevo el cabello trenzado en una coleta, gruesa como una muñeca y tan larga que le llegaba a la cintura; así se conformaría con darse un buen tirón en lugar de propinarle un cachete a la muchacha. Elayne se había mostrado siempre bastante razonable, pero era como si en Tanchico algo le hubiera reblandecido el cerebro.

—Ya no nos persiguen —anunció la antigua Zahorí mientras volvía a ponerse el sombrero—. Ahora puedes aminorar la velocidad, Thom. —Podría haber dicho lo mismo desde la parte trasera de la carreta, sin necesidad de trepar por encima de los toneles, pero imaginarse a sí misma zarandeándose y gritando que fuera más despacio se lo impidió. No le gustaba ponerse en ridículo, y menos aun que otros pensaran que era una necia—. Ponte el sombrero —le dijo a Elayne—. Esa delicada piel tuya no aguantaría el sol mucho tiempo.

Como casi había esperado que ocurriera, la joven no hizo caso del amistoso consejo.

—Qué bien conduces —dijo con entusiasmo Elayne a Thom mientras éste tiraba de las riendas hasta poner al paso al tiro de cuatro caballos—. Mantuviste a los animales bajo tu control en todo momento.

El alto y nervudo juglar la miró de soslayo y sus espesas cejas se fruncieron, pero se limitó a comentar:

—Nos espera más compañía allá adelante, pequeña.

Bueno, a lo mejor no era tan necio. Nynaeve miró al frente y divisó una columna de

Librodot

jinetes de níveas capas que se aproximaba a ellos coronando el siguiente altozano, alrededor de unos cincuenta hombres equipados con bruñidos petos y relucientes yelmos cónicos que escoltaban otras tantas carretas muy cargadas. Eran Hijos de la Luz. De repente, Nynaeve fue muy consciente del cordón de cuero que colgaba de su cuello, por debajo del vestido, y de los dos anillos que se mecían entre sus senos. El pesado sello de oro de Lan, el anillo de los reyes de la desaparecida Malkier, no tendría ningún significado para los Capas Blancas, pero si veían el anillo de la Gran Serpiente...

«¡Necia! ¡No es fácil que lo vean, a menos que decidas desnudarte delante de ellos!»

Echó una rápida ojeada a sus compañeros. Elayne no podía evitar ser hermosa, y ahora que había soltado el brazo de Thom y se ataba de nuevo el pañuelo verde que sujetaba el sombrero, sus maneras eran más acordes con un salón del trono que con una carreta de mercader; sin embargo, aparte de ser azul, su vestido no difería mucho del de Nynaeve. No lucía ninguna joya; había tildado de «chillones» los regalos de Amathera. Ella podría pasar; lo había hecho cincuenta veces desde Tanchico. Por los pelos. Sólo que esta vez eran Capas Blancas. Thom, con sus burdas ropas de lana, podría ser uno más entre miles de carreteros. Y Juilin era Juilin. Sabía cómo comportarse, aunque parecía que habría preferido estar con los pies plantados en el suelo, enarbolando la vara o la extraña arma de hoja dentada que llevaba en el cinturón, en lugar de estar montado a caballo.

Thom condujo al tronco de animales hacia un lado de la calzada y detuvo el vehículo cuando varios Capas Blancas se separaron de la columna para ir hacia ellos. Nynaeve esbozó una agradable sonrisa; confiaba en que no hubieran decidido que necesitaban otra carreta.

—La Luz os ilumine, capitán —dijo al hombre de rostro estrecho que, obviamente, era el cabecilla, el único que no portaba una lanza. No tenía ni idea del rango que indicaban los dos nudos dorados que lucía en la capa, sobre el pecho, justo debajo del llameante sol que todos llevaban, pero según su experiencia cualquier hombre aceptaba un halago—. Nos alegramos mucho de veros. Unos bandidos intentaron robarnos unos cuantos kilómetros más atrás, pero surgió una tormenta de polvo como por milagro. Escapamos por po...

—¿Sois una mercader? Hace tiempo que son pocos los comerciantes que vienen de Tarabon. —La voz del hombre era tan hosca como su rostro, en el que parecía que toda alegría se hubiera consumido por un fuego devorador aun antes de que dejara la cuna. La desconfianza desbordaba sus oscuros y hundidos ojos; Nynaeve tuvo la certeza de que esto también era permanente en el hombre—. ¿Hacia dónde os dirigís y qué mercancías transportáis?

—Llevo tintes, capitán. —Se esforzó por mantener la sonrisa bajo aquella mirada intensa, penetrante; fue un alivio cuando la dirigió brevemente hacia los demás. Thom estaba haciendo un buen papel, dando la impresión de sentirse aburrido, como se sentiría un carretero a quien pagaban para avanzar o detenerse, y si Juilin no se había quitado ese ridículo gorro como debería haber hecho de inmediato, al menos no parecía otra cosa que un guardia a sueldo que no tenía nada que ocultar. Cuando la mirada del Capa Blanca se detuvo en Elayne, Nynaeve notó que la joven se ponía tensa y se apresuró a añadir—: Tintes taraboneses, los mejores del mundo. Puedo conseguir un buen precio por ellos en Andor.

A una señal de su capitán —o lo que quiere que fuera— uno de los otros Capas Blancas taconeó su montura y la condujo a la parte trasera de la carreta. Cortó una de las cuerdas con su daga y levantó parte de la lona, suficiente para dejar a la vista tres o cuatro toneles.

—Están marcados con la denominación «Tanchico», teniente. En éste pone «carmesí». ¿Queréis que rompa la tapa de unos cuantos?

Nynaeve confió en que el oficial interpretara su expresión de ansiedad del modo correcto. Sin mirarla siquiera, notó que Elayne deseaba reprender al soldado por sus malos modales, pero cualquier mercader de verdad estaría preocupado por que los tintes fueran expuestos a los elementos.

—Si me indicáis cuáles deseáis que abra, capitán, me ocuparé muy gustosamente de hacerlo yo misma. —El hombre no reaccionaba con nada, ni con los halagos ni con la

cooperación—. Los toneles se sellaron para que no entrara polvo ni agua, ¿comprendéis? Si se rompe la tapa, aquí no me será posible volver a sellarla de nuevo con cera.

El resto de la columna llegó a la altura de la carreta y empezó a pasar en medio de una nube de polvo; los carreteros eran hombres vulgares y corrientes, vestidos con ropas toscas, pero los soldados cabalgaban muy estirados y sosteniendo las largas lanzas inclinadas en el mismo ángulo preciso. Aun cuando tenían los rostros sudorosos y cubiertos de polvo, ofrecían una estampa imponente, de hombres aguerridos. Sólo los carreteros miraron de soslayo a Nynaeve y a los demás.

El teniente agitó la mano, enfundada en guantelete, para retirarse el polvo de la cara y después hizo un ademán al hombre que estaba en la parte posterior de la carreta. Sus ojos no se apartaron de Nynaeve un solo momento.

—¿Venís de Tanchico?

La mujer asintió, la perfecta imagen de cooperación y franqueza.

—Sí, capitán, de Tanchico.

—¿Qué noticias tenéis de la ciudad? Han corrido ciertos rumores.

—¿Rumores, capitán? Cuando nos marchamos, apenas si había orden. La ciudad está rebosante de refugiados, y la campiña de rebeldes y bandidos. El comercio apenas si existe. —Era la pura y simple verdad—. Ésa es la razón de que estos tintes puedan alcanzar un precio muy bueno. No habrá más tintes taraboneses disponibles durante bastante tiempo, creo.

—No me importan los refugiados ni el comercio ni los tintes, mercader —replicó el oficial con un tono impasible—. ¿Continuaba Andric en el trono?

—Sí, capitán. —Evidentemente, había corrido el rumor de que alguien había tomado Tanchico y suplantado al rey, y puede que hubiera ocurrido así. Pero ¿quién? ¿Uno de los nobles rebeldes que luchaban entre sí con tanta saña como contra Andric o los seguidores del Dragón, que habían jurado vasallaje al Dragón Renacido sin haberlo visto siquiera?—. Andric seguía siendo el rey y Amathera la Panarch cuando nos marchamos.

Los ojos del oficial manifestaban claramente que lo que Nynaeve decía quizá fuera cierto y quizá no.

—Se dice que las brujas de Tar Valon estaban involucradas. ¿Visteis alguna Aes Sedai u oíste hablar de ellas?

—No, capitán —se apresuró a contestar. El anillo de la Gran Serpiente parecía estar al rojo vivo en contacto con su piel. Cincuenta Capas Blancas a dos pasos; una tormenta de polvo no serviría de nada esta vez, y, para ser sincera, aunque intentara negarlo, Nynaeve estaba más asustada que furiosa—. Una simple mercader no se mezcla con esta clase de gente. —Él asintió y Nynaeve se arriesgó a hacer una pregunta. Valía todo para cambiar de tema—. Por favor, capitán, decidme: ¿hemos entrado ya en Amadicia?

—La frontera está ocho kilómetros más al este —respondió—. De momento. El primer pueblo al que llegaréis será Mardecin. Cumplid la ley y no tendréis problemas. Allí hay una guarnición de los Hijos. —Hablaba como si la guarnición al completo fuera a ocuparse de que guardaran las normas.

—¿Estáis aquí para desplazar la frontera? —inquirió Elayne con cortante frialdad. Nynaeve habría querido estrangularla.

Los hundidos ojos del oficial se volvieron hacia la joven y la observaron con desconfianza.

—Disculpadla, señor capitán —se apresuró a intervenir Nynaeve—. Es hija de mi hermana mayor y cree que tendría que haber nacido en una casa noble. Además, es incapaz de mantenerse alejada de los chicos. Por eso es por lo que su madre la ha mandado conmigo. —El indignado respingo de Elayne resultó perfecto. Y probablemente también era real. Nynaeve supuso que no tendría que haber añadido lo de los chicos, pero parecía muy apropiado.

El Capa Blanca la observó de hito en hito un instante más.

—El capitán general nos envía con víveres para Tarabon —dijo después—. De otro modo, las sabandijas tearianas cruzarían nuestra frontera y robarían todo lo que pudieran

Librodot

masticar. Id con la Luz —añadió antes de poner a galope su caballo para alcanzar la cabeza de la columna. No era una sugerencia ni una bendición.

Thom puso en marcha la carreta tan pronto como el oficial se hubo marchado, pero todos guardaron silencio, salvo alguna que otra tos, hasta que pusieron una buena distancia entre ellos y el último soldado y el polvo de las carretas.

Nynaeve bebió un poco de agua para mojarse la garganta y le tendió el recipiente a Elayne.

—¿A qué venía esa actitud de antes? —demandó—. No estamos en el salón del trono de tu madre, ¡y tampoco ella te lo habría permitido!

La joven terminó el agua que quedaba en la cantimplora antes de dignarse contestar.

—Te estabas arrastrando, Nynaeve. —Adoptó un timbre agudo para añadir con fingido servilismo—: Soy una chica muy buena y obediente, capitán. ¿Me permitís que os bese las botas, capitán?

—¡Se supone que somos mercaderes, no princesas disfrazadas!

—¡Una mercader no tiene por qué mostrarse tan servil!

—¡Tampoco mirar a cincuenta Capas Blancas armados con altivez! ¿O piensas que habríamos podido superarlos a todos ellos con el Poder, de ser necesario?

—¿Por qué le dijiste que era incapaz de estar alejada de los chicos? ¡Eso estaba de sobra, Nynaeve!

—¡Callaos las dos antes de que regresen para ver cuál de vosotras está matando a la otra! —gritó de repente Thom.

Nynaeve se giró sobre el pescante para mirar hacia atrás antes de caer en la cuenta de que los Capas Blancas estaban demasiado lejos para oír siquiera que estaban gritando. Bueno, a lo mejor había chillado demasiado, y no le servía como justificación el que Elayne hubiera hecho igual. Se aferró la coleta con fuerza y asestó una mirada furibunda al juglar, pero Elayne se apretó contra el brazo del hombre y prácticamente ronroneó:

—Tienes razón, Thom. Lamento haber levantado la voz.

Juilin los observaba de reojo, con disimulo, pero era suficientemente juicioso para mantener lo bastante alejado su caballo y no enredarse en la discusión.

Nynaeve soltó la coleta antes de arrancársela de raíz, se colocó bien el sombrero y se sentó erguida, mirando al frente. Lo que quiera que le hubiera ocurrido a la muchacha, iba siendo hora de hacerle recobrar el buen juicio.

Únicamente dos altos pilares de piedra que flanqueaban el camino señalaban la frontera entre Tarabon y Amadicia. Sólo ellos transitaban por la calzada. Las colinas que salpicaban el paisaje fueron haciéndose más altas de manera gradual, pero, por lo demás, el panorama apenas cambió, prolongándose los pastos amarillentos y las arboledas con escasas tonalidades verdes salvo por las encinas y otros árboles de hoja perenne. Los campos cercados con vallas de piedra y las granjas techadas con bálago salpicaban las laderas de las colinas y las cañadas, pero tenían aspecto de estar abandonados. No salía humo por las chimeneas, no había hombres trabajando en los labrantíos, no se veían vacas ni ovejas. A veces, unas cuantas gallinas escarbaban en el patio de alguna granja, cerca de la calzada, pero se escabullían al ver aproximarse la carreta; al parecer se habían vuelto salvajes. Con guarnición de Capas Blancas o no, por lo visto nadie estaba dispuesto a correr el riesgo de sufrir ataques de bandidos taraboneses a tan corta distancia de la frontera.

Cuando divisaron Mardecin desde la cumbre de un altozano, al sol todavía le faltaba mucho recorrido para alcanzar su cenit. Con casi kilómetro y medio de extensión, la ciudad en lontananza parecía demasiado grande para llamarla pueblo; a caballo entre dos colinas, sobre un arroyo que salvaba un puente, tenía tantos tejados de pizarra como de bálago y un considerable bullicio en las amplias calles.

—Necesitamos comprar víveres —dijo Nynaeve—, pero debemos hacerlo con rapidez. Así habremos cubierto un buen trecho antes de que caiga la noche.

—Estamos cansados, Nynaeve —adujo Thom—. Llevamos casi un mes viajando desde

que amanece hasta que no queda luz. Un día de descanso no supondrá mucho retraso en llegar a Tar Valon. —Él no parecía cansado. Lo más probable era que tuviera muchas ganas de tocar el arpa y la flauta en alguna taberna y conseguir que los hombres lo invitaran a vino.

—No me importaría tomarme un día de descanso para caminar en vez de cabalgar —intervino Juilin, que finalmente había acercado su montura a la carreta—. No sé qué es peor, si esta silla de montar o el pescante de la carreta.

—Creo que deberíamos buscar una posada —manifestó Elayne mientras alzaba la vista hacia Thom—. Estoy harta de dormir debajo de la carreta, y me encantaría escuchar tus historias en la sala.

—Unos mercaderes con una sola carreta son poco más que buhoneros —espetó firmemente Nynaeve—. No pueden permitirse el lujo de pagarse una posada en una ciudad como ésta.

Ignoraba si tal cosa era cierta o no, pero a despecho de su propio deseo de tomar un baño y dormir entre sábanas limpias, no estaba dispuesta a pasar por alto el que la muchacha hubiera dirigido su sugerencia a Thom. Por ello, hasta que las palabras no salieron de su boca no se dio cuenta de que había cedido ante Thom y Juilin. «Un día de descanso no nos vendrá mal. Todavía nos espera un largo camino hasta Tar Valon.»

Ojalá hubiera insistido en lo del barco. Con una embarcación rápida —un bergantín de los Marinos— habrían llegado a Tear en un tercio de tiempo de lo que habían tardado en cruzar Tarabon; bastaba con que soplara buen viento, lo cual no entrañaba problema teniendo una Detectora de Vientos Atha'an Miere adecuada, e incluso, llegado el caso, Elayne o ella podrían haberse ocupado de hacerlo. Los tearianos sabían que las dos eran amigas de Rand, y esperaba que el miedo de ofender al Dragón Renacido todavía los hiciera sudar a mares; ellos les habrían proporcionado un carruaje y una escolta para el viaje a Tar Valon.

—Encontrad un lugar donde acampar —dijo de mala gana. Tendría que haber insistido en lo del barco. A estas alturas podrían haber estado de vuelta en la Torre.

Librodot

CAPÍTULO 9

Una señal

Nynaeve no pudo menos de admitir que entre Thom y Juilin habían elegido un buen lugar para acampar, en una pequeña arboleda que crecía en una ladera oriental, cubierta de hojas muertas, a poco más de un kilómetro de Mardecin. Unos cuantos cornejos y una especie de pequeño sauce llorón hacían invisible la carreta desde la calzada y la ciudad; un arroyuelo de menos de un metro de anchura caía desde un afloramiento rocoso, cerca de la cima de un montículo, y corría por el centro de un cauce de barro seco y el doble de ancho. Había suficiente agua para cubrir sus necesidades. Incluso se estaba un poco más fresco debajo de los árboles, con una ligera y agradable brisa.

Los dos hombres dieron de beber a los animales, los condujeron un poco más arriba de la ladera, donde quedaba algo de pasto, y les trabaron las patas; una vez que acabaron esta tarea, se jugaron a cara o cruz cuál de ellos iba a Mardecin con el desgarbado castrado para comprar lo que necesitaban. Lo de lanzar la moneda al aire era una especie de ritual que habían tomado por costumbre. Thom, cuyos ágiles dedos estaban habituados a los juegos de manos, no perdía nunca cuando lanzaba él la moneda, así que ahora siempre lo hacía Juilin.

De todos modos, Thom volvió a ganar y, mientras desensillaba a *Furtivo,* Nynaeve metió la cabeza debajo del pescante de la carreta y retiró una tabla ayudándose con la punta de su cuchillo. Además de dos pequeños cofres dorados que contenían las joyas regaladas por Amathera, en el escondrijo había varias bolsas de cuero llenas a reventar con monedas. La Panarch se había mostrado más que generosa en su deseo de verlas partir. En comparación, las otras cosas guardadas en el compartimiento secreto parecían fruslerías: una cajita de madera oscura, pulida pero sin tallas, y una bolsa de gamuza en la que se marcaba la forma de un disco. La caja contenía los dos *ter'angreal* que habían recuperado del Ajah Negro, ambos vinculados con los sueños, y la bolsa... Ése era el trofeo que habían obtenido en Tanchico, uno de los sellos de la prisión del Oscuro.

A pesar de lo mucho que deseaba saber si Siuan Sanche quería que fueran a dar caza al Ajah Negro, el sello era el motivo de la ansiedad de Nynaeve para llegar cuanto antes a Tar Valon. Cogió unas cuantas monedas de una de las hinchadas bolsas; cuanto más tiempo tenía el disco en su poder, más anhelaba entregárselo a la Amyrlin y librarse de la responsabilidad. A veces, cuando estaba cerca del objeto, tenía la sensación de que percibía al Oscuro intentando escapar.

Despidió a Thom entregándole un puñado de monedas de plata y advirtiéndole que comprara fruta y verdura; cualquiera de los dos hombres era muy capaz de adquirir únicamente carne y alubias si se les dejaba que hicieran las cosas a su modo. La cojera de Thom al encaminarse hacia la calzada llevando de las riendas al caballo, la hizo encogerse; era una vieja lesión y, según Moraine, ya no podía hacerse nada para remediarla. Eso la sacaba de quicio, no poder hacer nada.

Cuando se había marchado de Dos Ríos fue con el propósito de proteger a unos jóvenes de su pueblo a quienes se había llevado una Aes Sedai en mitad de la noche. Había ido a la Torre albergando todavía la esperanza de que aún estaba en sus manos ampararlos y también

con el deseo de hacer pagar a Moraine lo que había hecho. Desde entonces el mundo había cambiado. O quizás era que ella lo veía desde otra perspectiva. «No, no soy yo quien ha cambiado. Sigo siendo la misma; lo diferente es todo lo demás.»

Ahora se trataba de hacer todo lo posible para protegerse a sí misma. Rand era lo que era, sin vuelta atrás; Egwene recorría ansiosamente el camino elegido por ella misma, sin permitir que nada ni nadie la apartara de él aunque la condujera a un precipicio; y Mat se las había ingeniado para pensar sólo en mujeres, juergas y juego. Para su desagrado, en ocasiones entendía y compadecía a Moraine. Por lo menos Perrin había regresado a casa, o eso le había contado Egwene, quien lo sabía por Rand; a lo mejor Perrin estaba a salvo.

Perseguir al Ajah Negro era justo y satisfactorio —y también aterrador, aunque procuraba disimular esto último; era una mujer adulta, no una chiquilla que necesitaba esconderse tras las faldas de su madre—, pero no era el motivo principal de que siguiera dándose de cabeza contra una pared, de que continuara intentando aprender el uso del Poder cuando la mayoría del tiempo era tan incapaz de encauzar como Thom. La razón era el Talento llamado Curación. Como Zahorí de Campo de Emond había sido gratificante llevar al Círculo de Mujeres hacia su forma de pensar —sobre todo si se tenía en cuenta que la mayoría era lo bastante mayor para ser su madre; con pocos años más que Elayne, se había convertido en la Zahorí más joven que había tenido nunca todo Dos Ríos—, y aun más grato había sido comprobar que el Consejo del Pueblo actuaba correctamente a pesar de ser unos hombres tozudos donde los hubiera. Empero, la mayor satisfacción la había obtenido siempre al dar con la combinación de hierbas indicada para sanar una dolencia. Pero curar con el Poder Único... Lo había hecho, con la torpeza de la novata, para sanar lo que jamás habría sanado con sus otros conocimientos. La alegría fue tanta que se había puesto a llorar. Algún día, iba a curar a Thom y lo vería bailar. Algún día, curaría incluso aquella herida del costado de Rand. Estaba segura de que no había nada que no pudiera curarse si la mujer que manejaba el Poder tenía la suficiente decisión.

Cuando perdió de vista a Thom, Nynaeve se volvió y vio que Elayne había llenado de agua el balde que iba colgado del fondo de la carreta y se arrodillaba para lavarse las manos y la cara, con una toalla encima de los hombros para evitar que se mojara el vestido. Eso era algo que también le apetecía hacer a ella. Con este calor, a veces resultaba agradable lavarse en las frías aguas de un arroyo. A menudo no habían dispuesto de más agua que la que transportaban en los barriles, y la necesitaban para beber y para cocinar antes que para asearse.

Juilin estaba sentado con la espalda apoyada en una de las ruedas de la carreta, con su vara de clara madera segmentada, del grosor de un pulgar, recostada cerca, a su alcance. Tenía gacha la cabeza, con aquel estúpido gorro inclinado de forma precaria sobre los ojos, pero dudaba que nadie, ni siquiera un hombre, estuviera dormido a esta hora de la mañana. Había ciertas cosas que ni él ni Thom sabían, y que era mejor que no las supieran.

La espesa alfombra de hojas muertas crujió bajo su peso cuando se sentó cerca de Elayne.

—¿Crees que Tanchico habrá caído realmente? —La joven se frotaba suavemente el rostro con un paño jabonoso y no contestó. Nynaeve volvió a intentarlo—. Me parece que las Aes Sedai a las que se refería el Capa Blanca éramos nosotras.

—Tal vez. —El tono de Elayne era frío, un pronunciamiento hecho desde el trono. Sus azules ojos semejaban un pedazo de hielo; no miró a Nynaeve—. O quizá los rumores de lo que hicimos se mezclaron con los de otros acontecimientos. No sería descabellado imaginar que Tarabon tiene un nuevo rey y una nueva Panarch.

Nynaeve controló el genio y mantuvo las manos lejos de la coleta; en cambio las entrelazó alrededor de las rodillas. «Lo que tratas de hacer es congraciarte con ella, así que ¡cuidado con lo que dices!», se increpó para sus adentros.

—Amathera era difícil, pero no le deseo ningún mal. ¿Y tú?

—Guapa mujer —dijo Juilin—, sobre todo con uno de esos vestidos taraboneses de

camarera. Con una bonita sonrisa. Pensé que la...

Al advertir que Elayne y ella lo observaban duramente, se apresuró a calar aun más el gorro y volvió a simular que dormía. Las dos mujeres intercambiaron una mirada cómplice y comprendieron que las dos pensaban lo mismo: «¡Hombres!».

—Lo que quiera que haya pasado con Amathera ya no nos incumbe, Nynaeve. —Elayne hablaba con un tono más normal y no parecía estar tan absorta en el aseo—. Le deseo lo mejor, pero ante todo espero que el Ajah Negro no nos esté persiguiendo. Quiero decir, que no venga detrás.

Juilin rebulló con inquietud aunque no levantó la cabeza; todavía no estaba acostumbrado a la idea de que el Ajah Negro era algo real y no una simple hablilla.

«Tendría que estar alegre por no saber lo que sabemos nosotras.» Nynaeve tuvo que admitir que su razonamiento era ilógico; pero, si Juilin hubiera estado enterado de que los Renegados andaban libres por el mundo, ni siquiera la estúpida orden de Rand de que cuidara de Elayne y de ella habría impedido que echara a correr. No obstante, a veces resultaba útil. Él y Thom, los dos. Había sido Moraine quien había empujado a este último a acompañarlas, y el hombre tenía muchos conocimientos mundanos para ser un simple juglar.

—Si nos hubieran seguido, ya nos habrían dado alcance a estas alturas. —Eso era indiscutible, considerando la lentitud con que avanzaba la carreta—. Con un poco de suerte, todavía no saben dónde estamos.

Elayne asintió seriamente, aunque pasado ya su enojo, y empezó a aclararse la cara. A veces era tan terca como una mujer de Dos Ríos.

—Tanto Liandrin como la mayoría de sus compinches seguramente escaparon de Tanchico. Incluso puede que lo hicieran todas. Y todavía ignoramos quién da órdenes desde la Torre al Ajah Negro. Como diría Rand, todavía lo tenemos pendiente, Nynaeve.

A despecho de sí misma, Nynaeve se encogió. Cierto, tenían una lista de once nombres; pero, cuando estuvieran de vuelta en la Torre, casi cualquier Aes Sedai con la que hablaran podría pertenecer al Ajah Negro. O cualquier mujer que encontraran en la calzada. Ya puestos, cualquier persona que se cruzara con ellas podía ser un Amigo Siniestro, pero eso era distinto, y mucho.

—Más que por el Ajah Negro —continuó Elayne—, me preocupo por Mo... —Calló cuando Nynaeve le puso la mano en el brazo y señaló con un gesto a Juilin. Elayne tosió y prosiguió como si hubiese sido eso lo que la había interrumpido—: Por Morgase, mi madre. No tiene razón para apreciarte, más bien todo lo contrario.

—Morgase está muy lejos de aquí. —Nynaeve se alegró de que su voz sonara firme. No hablaban de la madre de Elayne, sino de la Renegada a la que había derrotado. Una parte de ella deseaba que Moghedien realmente estuviera muy, muy lejos.

—Pero ¿y si no es así?

—Lo es —aseguró Nynaeve con firmeza, pero todavía sentía un incómodo escalofrío en la espalda. Otra parte de ella, la que recordaba la humillación que había sufrido a manos de la Renegada, ansiaba enfrentarse de nuevo a esa mujer, volver a derrotarla, y esta vez de manera definitiva. El inconveniente era que Moghedien la pillara por sorpresa, cuando no estuviera lo bastante furiosa para poder encauzar. Ni que decir tiene que lo mismo rezaba para el resto de las hermanas del Ajah Negro, aunque, después de la derrota sufrida en Tanchico, Moghedien tenía razones personales para odiarla. No era en absoluto agradable pensar que una de las Renegadas sabía el nombre de uno y que seguramente quería su cabeza. «Eso no es más que pura cobardía —se reprendió con aspereza—. Y tú no eres cobarde y nunca lo serás.» Tal razonamiento no hizo desaparecer el cosquilleo que sentía entre los hombros cada vez que pensaba en Moghedien, como si la mujer estuviera a su espalda, mirándola.

—Supongo que estar alerta esperando que unos bandidos salten sobre nosotras me ha puesto nerviosa —dijo Elayne en tono coloquial mientras se secaba el rostro con la toalla—. Vaya, pero si, últimamente, hasta cuando «sueño» tengo a veces la impresión de que hay alguien vigilándome.

Librodot

Nynaeve dio un respingo al oír aquellas palabras que eran fiel reflejo de sus temores, pero entonces comprendió el ligero énfasis puesto por la joven en la palabra «sueño». No se refería a un sueño normal, sino al *Tel'aran'rhiod.* Otra cosa que los dos hombres ignoraban. También ella había tenido la misma sensación; claro que, en el Mundo de los Sueños, a menudo daba la impresión de que había unos ojos espiando. Aunque resultara desagradable, ya habían hablado sobre ello antes.

—Bueno, tu madre no está en nuestros sueños, Elayne —repuso, obligándose a hablar con ligereza— o de otro modo nos habría arrastrado a las dos por la oreja. —Seguramente Moghedien las torturaría hasta que clamaran pidiendo la muerte. O prepararía un círculo de trece hermanas Negras y trece Myrddraal; de ese modo podían hacer a alguien aliado con la Sombra en contra de su voluntad, vinculándolo al Oscuro. Quizá Moghedien podía hacerlo por sí misma, sin ayuda... «¡No seas ridícula, mujer! Si pudiera, ya lo habría hecho. Además la venciste, ¿recuerdas?»

—Espero sinceramente que no —contestó la joven.

—¿Piensas darme la oportunidad de asearme? —dijo Nynaeve con irritación. Una cosa era congraciarse con la muchacha, pero otra muy distinta hablar tanto sobre Moghedien. La Renegada tenía que estar en alguna parte, muy lejos; no les habría permitido llegar tan lejos si supiera dónde se encontraban. «¡Quiera la Luz que eso sea cierto!»

La misma Elayne vació y llenó el balde; generalmente era una chica muy agradable, cuando recordaba que no se encontraba en el Palacio Real de Caemlyn. Y cuando no se comportaba como una idiota. De eso se ocuparía Nynaeve una vez que Thom hubiera regresado.

Después de que la antigua Zahorí hubo disfrutado de un refrescante y pausado lavado de cara y de manos, se puso a organizar el campamento y mandó a Juilin que partiera ramas secas de los árboles para encender una lumbre. Para cuando Thom estuvo de vuelta con dos cestos de mimbre cargados a lomos del castrado, las mantas de Elayne y de ella ya estaban preparadas debajo de la carreta, y las de los dos hombres, bajo las ramas de uno de los sauces; había un buen montón de leña, el cazo con agua caliente estaba apartado, enfriándose, junto a las cenizas de un fuego prendido en un círculo limpio de hojas, y las bastas tazas de loza ya habían sido lavadas. Juilin rezongaba entre dientes mientras cogía agua del pequeño arroyo para rellenar los barriles. A juzgar por los retazos que Nynaeve llegó a escuchar, se alegró de que el resto quedara reducido a un murmullo inaudible. Encaramada a una de las lanzas de la carreta, Elayne no ponía mucho empeño en ocultar su interesado intento de descifrar lo que mascullaba el hombre. Tanto ella como Nynaeve se habían puesto vestidos limpios al otro lado de la carreta, dando la casualidad de que habían intercambiado los colores.

Después de atar una traba a las patas del castrado, Thom descargó los pesados cestos sin esfuerzo y empezó a sacar el contenido.

—Mardecin no es tan próspera como parece a distancia. —Soltó en el suelo una bolsita de malla con manzanas, y otra con un tipo de verdura de color oscuro—. Sin haber comercio en Tarabon, la ciudad está decayendo. —El resto parecía ser todo sacos de alubias, nabos, carne curada con pimienta y jamones curados con sal. Y también una botella de arcilla gris, sellada con cera, que Nynaeve estaba segura de que contenía brandy; los dos hombres habían protestado porque no tenían algo para echar un trago mientras fumaban sus pipas por las noches.

»Apenas se pueden dar más de seis pasos sin tropezar con uno o dos Capas Blancas. La guarnición consta de unos cincuenta hombres, instalados en barracones levantados en una de las colinas de la ciudad, en el extremo más alejado del puente. Era mucho más numerosa antes, pero al parecer Pedron Niall está trasladando Capas Blancas de todas partes a Amador. —Se atusó los largos bigotes con gesto pensativo—. No entiendo qué se trae entre manos. —A Thom no le gustaba ignorar esos detalles; por lo general, le bastaba estar unas pocas horas en un sitio para empezar a desentrañar las relaciones entre la nobleza y las casas de mercaderes, las alianzas, las intrigas y las maquinaciones que constituían lo que se había dado

en llamar el Juego de las Casas.

»Abundan los rumores de que Niall intenta impedir una guerra entre Illian y Altara o quizás entre Illian y Murandy. Ése no es motivo para que agrupe soldados en la capital. Sin embargo, os diré una cosa: dijera lo que dijera ese teniente, es un impuesto real lo que ha pagado los víveres que se mandan a Tarabon, y la gente está descontenta; no le gusta soportar tributos para alimentar a los taraboneses.

—El rey Ailron y el capitán general no nos conciernen —dijo Nynaeve mientras examinaba lo que Thom había comprado. ¡*Tres* jamones salados!—. Cruzaremos Amadicia tan rápida y discretamente como nos sea posible. Quizás Elayne y yo tengamos más suerte que tú en encontrar verduras. ¿Te apetece dar un paseo, Elayne?

La joven se puso de pie de inmediato, se alisó los pliegues de la falda y cogió el sombrero de la carreta.

—Será muy agradable, después de aguantar tanto tiempo la dureza del pescante. Sería distinto si Thom o Juilin me dejaran turnarme con ellos a lomos de *Furtivo* más a menudo. —Por una vez, no miró al juglar con coquetería, lo que ya era algo.

Los dos hombres intercambiaron una mirada, y el rastreador teariano sacó una moneda del bolsillo de su chaqueta, pero Nynaeve no le dio oportunidad de lanzarla.

—No necesitamos compañía. Difícilmente hallaremos problemas de ningún tipo con tantos Capas Blancas rondando por ahí. —Se plantó el sombrero en la cabeza, ató el pañuelo debajo de la barbilla y les asestó una firme mirada—. Además, hay que guardar todas esas cosas que compró Thom.

Los hombres asintieron; lenta, renuentemente, pero lo hicieron. A veces se tomaban su papel de protectores con excesiva seriedad.

Elayne y ella llegaron a la desierta calzada y echaron a andar junto al borde del camino, sobre la rala hierba, para no levantar polvo, antes de que se le ocurriera la forma de sacar a colación el tema del que quería hablar. Empero, Elayne se le adelantó antes de que pudiera decir nada.

—Evidentemente, querías hablar conmigo a solas, Nynaeve. ¿Es respecto a Moghedien?

Nynaeve parpadeó y miró de soslayo a la joven. Buena cosa recordar que Elayne no tenía nada de tonta. Sólo actuaba como si lo fuera. La antigua Zahorí decidió controlar bien su genio; esto ya iba a ser bastante difícil para permitir que acabara en una bronca.

—De ese asunto no, Elayne. —La muchacha era partidaria de incluir a Moghedien en la persecución de las hermanas negras. Por lo visto no se daba cuenta de la diferencia que había entre la Renegada y, por ejemplo, Liandrin o Chesmal—. Pensé que deberíamos discutir tu comportamiento con Thom.

—No sé a qué te refieres —manifestó Elayne, que mantenía la vista al frente, hacia la ciudad, aunque los colores habían teñido sus mejillas de manera repentina, poniendo en evidencia su mentira.

—No solamente es lo bastante mayor para ser tu padre e incluso tu abuelo, sino que...

—¡Él *no* es mi padre! —espetó Elayne—. ¡Mi padre era Taringail Damodred, un príncipe de Cairhien y Primer Príncipe de la Espada de Andor! —Enderezándose innecesariamente el sombrero, continuó en un tono más comedido, aunque no en exceso—: Lo lamento, Nynaeve, no era mi intención gritar.

«Contrólate», se recordó la otra mujer.

—Creí que estabas enamorada de Rand —dijo, obligándose a adoptar un tono sosegado aunque no le resultó fácil—. Los mensajes que me encargaste que transmitiera a Egwene para que ella a su vez se los diera a Rand lo daban a entender así, sin duda. Confío en que tú le dijeras lo mismo.

El rubor de la joven aumentó.

—Lo amo, pero... Está muy lejos, Nynaeve. En el Yermo, rodeado de miles de Doncellas Lanceras que saltan para cumplir cualquier deseo suyo. No puedo verlo ni hablar con él ni tocarlo. —Su voz se fue haciendo un susurro conforme hablaba.

—No creerás que va a fijarse en una Doncella —adujo Nynaeve con incredulidad—. Es un hombre, pero no tan inconstante como para hacer algo así. Y, además, una de ellas lo atravesaría con la lanza si la mirara con esas intenciones, aunque sea el del Alba o comoquiera que lo llamen. En fin, Egwene dice que Aviendha lo está vigilando en tu nombre.

—Lo sé, pero... Tendría que haberme asegurado de que supiera que lo amaba. —En la voz de Elayne había una gran decisión. Y preocupación—. Debí habérselo dicho claramente.

Nynaeve no había prestado atención a ningún hombre antes de conocer a Lan, al menos seriamente, pero había observado y aprendido mucho como Zahorí; de esas observaciones, había llegado a la conclusión de que no había un modo más rápido que aquél para hacer que un hombre saliera corriendo por pies, a no ser que fuere él quien lo dijera primero.

—Creo que Min tuvo una visión sobre Rand y sobre mí —continuó Elayne—. Siempre solía bromear respecto a tener que compartirlo, pero creo que no era ninguna broma y que fue incapaz de decir lo que vio realmente.

—Eso es ridículo. —Lo era, indudablemente. Aunque en Tear Aviendha le había hablado de una repugnante costumbre Aiel... «Tú compartes a Lan con Moraine», insinuó una vocecilla dentro de su cabeza. «¡Eso es completamente diferente!», replicó con prontitud—. ¿Estás segura de que Min tuvo una de sus visiones?

—Sí. Al principio no tenía la certeza, pero cuanto más pienso en ello más convencida estoy que es así. Bromeaba respecto a ello demasiado a menudo para referirse a otra cosa.

Bien, hubiera visto lo que hubiera visto Min, Rand no era Aiel. Quizá su ascendencia lo era, como proclamaban las Sabias, pero se había criado en Dos Ríos, y ella no estaba dispuesta a consentir que adquiriera costumbres indecentes. Y dudaba que Elayne se lo permitiera—. ¿Acaso es ésa la razón de que hayas estado... —Iba a decir «provocando» pero prefirió suavizar la frase—, insinuándote con Thom?

Elayne la miró de soslayo; de nuevo sus mejillas habían enrojecido.

—Hay mil leguas entre Rand y yo, Nynaeve. ¿Crees que él se priva de tontear con otras mujeres? «Un hombre es un hombre, tanto si está en un trono como en una pocilga.» —Tenía un amplio repertorio de dichos populares aprendidos de su niñera, una mujer de mente despierta llamada Lini a quien Nynaeve esperaba conocer algún día.

—Bueno, no veo por qué tienes que coquetear sólo porque creas que Rand puede estar haciéndolo. —Se contuvo a tiempo de no mencionar otra vez la edad de Thom. «Lan también tiene edad para ser tu padre», murmuró aquella vocecilla interior. «Amo a Lan. Si fuera capaz de encontrar el modo de liberarlo de Moraine... ¡Ése no es el tema que tenemos entre manos!»—. Thom es un hombre con secretos, Elayne. Recuerda que Moraine le mandó acompañarnos. Sea quien sea, desde luego no es un simple juglar.

—Fue un gran hombre —musitó Elayne—. Y podría haberlo sido más de no interferir el amor.

Aquello acabó con el control de Nynaeve, que se dejó llevar por el genio; se volvió hacia la joven y la agarró por los hombros.

—¡No sabe si ponerte sobre sus rodillas y darte una azotaina o... o... trepar a un árbol!

—Lo sé. —Elayne soltó un suspiro de frustración—. Pero no se me ocurre qué otra cosa puedo hacer.

Nynaeve rechinó los dientes por el esfuerzo de no empezar a sacudirla violentamente.

—¡Si tu madre se entera de esto mandará a Lini para que te lleve a rastras de la oreja y te meta de nuevo en el cuarto de niños!

—Ya no soy una chiquilla, Nynaeve. —La voz de Elayne sonaba tensa, y el rubor que le teñía las mejillas ya no era a causa del azoramiento—. Soy tan mujer como mi madre.

La antigua Zahorí echó a andar de nuevo hacia Mardecin, apretando la coleta con tanta fuerza que le dolían los nudillos. Elayne la alcanzó después de que hubiera dado varias zancadas.

—¿De verdad vamos a comprar verduras? —Su gesto era sereno y el tono de su voz, despreocupado.

—¿Viste lo que trajo Thom? —preguntó secamente Nynaeve.

—Tres jamones. —Elayne se estremeció—. ¡Y esa horrible carne curada con pimienta! ¿Es que los hombres no comen nada más que carne si no se lo ponen delante de las narices?

El malhumor de Nynaeve se apaciguó a medida que caminaban y charlaban de las flaquezas del sexo más débil —los varones, por supuesto— y otros temas por el estilo. No le desapareció por completo, claro está. Le gustaba Elayne y disfrutaba con su compañía; en ocasiones parecía que fuera de verdad la hermana de Egwene, como a veces se llamaban entre ellas. Pero no cuando Elayne actuaba como una niña malcriada queriendo llamar la atención. Thom podría poner fin a esta situación, naturalmente, pero el viejo necio la consentía como un padre afectuoso a su hija preferida, incluso cuando no sabía si echarle un rapapolvo o desmayarse. De un modo u otro, Nynaeve estaba dispuesta a llegar al fondo del asunto, y no por bien de Rand, sino porque esta forma de proceder no era propia de Elayne. Era como si hubiera contraído una rara enfermedad. Y ella se proponía curarla.

Las calles de Mardecin estaban pavimentadas con láminas de granito que aparecían desgastadas por el paso de pies y ruedas de carretas a lo largo de generaciones, y todos los edificios eran de ladrillo o de piedra. Algunos de ellos estaban deshabitados, sin embargo, ya fueran viviendas o tiendas, a veces con la puerta principal abierta de manera que Nynaeve podía ver el vacío interior. Contó tres herrerías, de las que dos estaban abandonadas, y en la tercera un herrero frotaba desganadamente sus herramientas con aceite mientras que la forja permanecía apagada. Una posada con el tejado de pizarra, en donde los hombres estaban sentados con gesto taciturno en unos bancos colocados ante la fachada, tenía varias ventanas rotas; en otra, el establo anexo tenía las puertas medio arrancadas de los goznes, y en el patio sólo se veía un polvoriento carruaje, en cuyo alto pescante estaba anidando una gallina abandonada. En esta última había alguien tocando una canción; parecía *La garza en el ala,* pero sonaba desanimada. La puerta de otra posada aparecía atrancada con dos planchas de madera sujetas con clavos.

Las calles se hallaban abarrotadas de gente, pero se movía como desganada, agobiada por el calor; los embotados semblantes ponían de manifiesto que estas personas no tenían realmente una razón para moverse ni poco ni mucho aparte de hacerlo por costumbre. Muchas mujeres llevaban una especie de toca que casi les ocultaba el rostro, y sus vestidos estaban desgastados por el repulgo; no pocos hombres tenían raídos los cuellos y los puños de sus chaquetas.

Efectivamente, había Capas Blancas deambulando por las calles, y, aunque no eran tantos como había dando a entender Thom, sí que había de sobra. Nynaeve contenía la respiración cada vez que advertía que un hombre con prístina capa y brillante armadura se quedaba mirándola. Sabía que no había trabajado con el Poder tanto tiempo como para adquirir la apariencia intemporal de las Aes Sedai, pero aquellos tipos podrían intentar matarla —una bruja de Tar Valon, una proscrita en Amadicia— si albergaban la menor sospecha de que estuviera relacionada con la Torre Blanca. Caminaban a largas zancadas entre la muchedumbre, por lo visto ajenos a la evidente pobreza que los rodeaba. La gente se apartaba respetuosamente para dejarles paso, recibiendo a cambio una ligera inclinación de cabeza, como mucho, y a menudo un severo y pío «Id con la Luz».

Haciendo caso omiso de los Hijos de la Luz lo mejor que podía, Nynaeve se enfrascó en encontrar verduras y frutas frescas; pero, para cuando el sol alcanzó su cenit cual una bola abrasadora cuyos ardientes rayos traspasaban las tenues nubes, Elayne y ella habían deambulado a ambos lados del puente y entre ambas habían conseguido un puñado de guisantes, algunos rábanos diminutos, unas cuantas peras duras y una cesta para llevarlo todo. A lo mejor Thom sí que había buscado. En esa época del año, los puestos y carros deberían haber estado llenos de productos estivales, pero la mayor parte de lo que vieron eran patatas y nabos amontonados que habían conocido mejores tiempos. Recordando todas aquellas granjas abandonadas en las cercanías de la ciudad, Nynaeve se preguntó cuántas de estas personas conseguirían sobrevivir al invierno. Siguieron caminando.

Colgado boca abajo junto a la puerta de la tienda de una modista había un ramo de lo que parecía genista, con pequeñas flores amarillas, los tallos liados a todo lo largo con una cinta blanca y después atados con otra de color amarillo, una de cuyas puntas colgaba suelta. Uno podría imaginar que era el fútil intento de una mujer de poner un detalle decorativo para alegrar unos malos tiempos. Sin embargo, Nynaeve tenía la certeza de que no se trataba de eso.

Se detuvo junto a un establecimiento cerrado, con un cuchillo dibujado en el letrero que todavía colgaba sobre la puerta, y simuló estar quitándose una china del zapato mientras examinaba furtivamente la tienda de la modista. La puerta se encontraba abierta, y en el escaparate de pequeños cristales se exhibían rollos de telas de colores, pero nadie entraba ni salía.

—¿La encuentras, Nynaeve? Será mejor que te saques el zapato.

Nynaeve dio un respingo; casi había olvidado que Elayne estaba allí. Nadie les prestaba atención ni pasaba lo bastante cerca para oír lo que hablaban, pero aun así mantuvo bajo el tono de voz.

—Ese ramo de genista que hay junto a la puerta de esa tienda. Es una señal del Ajah Amarillo, una señal de emergencia puesta por una informadora Amarilla.

No tuvo que advertir a la joven que no mirara en aquella dirección fijamente; los ojos de Elayne apenas se volvieron hacia allí.

—¿Estás segura? —preguntó en un susurro—. ¿Cómo lo sabes?

—Por supuesto que estoy segura. No puede estar más claro; la punta de la cinta amarilla que cuelga está dividida incluso en tres. —Hizo una pausa para inhalar profundamente. A menos que estuviera completamente equivocada, aquel insignificante puñado de plantas tenía un peligroso significado. Si se equivocaba, entonces estaba poniéndose en ridículo, y eso era algo que detestaba—. Pasé bastante tiempo charlando con hermanas Amarillas en la Torre. —La Curación era el propósito principal de este Ajah, al que no le interesaban mucho las hierbas, naturalmente, ya que uno no necesita esos remedios cuando puede curar con el Poder—. Una de ellas me lo contó. No consideraba una gran transgresión revelarme algo así puesto que estaba convencida de que yo escogería el Ajah Amarillo. Además, no se había utilizado desde hacía casi trescientos años. Elayne, sólo unas pocas mujeres de cada Ajah saben quiénes son las informadoras del suyo, pero un ramo de flores amarillas atadas y colgadas de ese modo advierte a cualquier hermana Amarilla que aquí hay una informadora suya, y con un mensaje lo bastante urgente para correr el riesgo de descubrirse.

—¿Cómo vamos a descubrir de qué se trata?

Eso le gustó a Nynaeve. Nada de «¿qué podemos hacer?». La chica tenía arrestos.

—Sígueme —dijo, aferrando la cesta con más fuerza mientras se ponía erguida. Esperaba recordar todo lo que Shemerin le había dicho. Y confiaba en que Shemerin le hubiera dicho todo. La rellenita Amarilla podía mostrarse demasiado voluble para ser una Aes Sedai.

La tienda no era grande por dentro, y todos los huecos de las paredes estaban ocupados por estantes que contenían paños de seda o de lana finamente tejida, carretes de ribetes y orlas, y cintas y puntillas de todos los anchos y diseños. Había maniquíes repartidos por el establecimiento, luciendo atuendos en varias etapas de la confección y estilos dispares, desde una prenda a medio hacer a otra completamente terminada, desde algo adecuado para un baile, en un tejido verde con bordados, hasta un vestido de seda en gris perla que no habría desentonado en la corte. A primera vista, la tienda tenía un aspecto próspero y con actividad, pero los penetrantes ojos de Nynaeve captaron el indicio de polvo en un cuello alto de encaje de Solinde y en el gran lazo de terciopelo negro que ceñía el talle de otro vestido.

En la tienda había dos mujeres de cabello oscuro. Una, joven y delgada y que intentaba limpiarse la nariz subrepticiamente, sostenía un rollo de seda de color rojo pálido contra su pecho, aferrándolo con nerviosismo. El cabello espeso le caía suelto, en ondas, sobre los hombros, al estilo de Amadicia, pero parecía enmarañado en comparación con el perfecto

Librodot

peinado de la otra mujer. Ésta, atractiva y de mediana edad, era sin duda la modista, como lo proclamaba el acerico lleno de alfileres pinchados que llevaba ceñido en la muñeca. Su vestido era de buena lana verde, bien cortado y confeccionado para demostrar su pericia, pero sólo con un ligero adorno de flores blancas alrededor del cuello alto, como para no eclipsar a sus clientes.

Cuando Nynaeve y Elayne entraron, las dos mujeres se quedaron boquiabiertas, como si nadie hubiera cruzado el umbral en un año. La modista se recuperó de la sorpresa primero y las miró con cuidada dignidad al tiempo que hacía una leve reverencia.

—¿Puedo serviros en algo? Soy Ronda Macura. Mi tienda es vuestra.

—Deseo un vestido con rosas amarillas bordadas en el corpiño —le dijo Nynaeve—. Pero sin espinas, naturalmente —añadió con una risa—. Las heridas me tardan en curar. —Lo que dijera no importaba siempre y cuando incluyera las palabras «amarilla» y «curar». A no ser que ese ramo de flores fuera una simple casualidad. En tal caso, tendría que hallar alguna razón para no comprar un traje con rosas. Y el modo de impedir que Elayne participara tan bochornosa experiencia a Thom y a Juilin.

La señora Macura la miró fijamente un momento con sus oscuros ojos y después se volvió hacia la delgada muchacha y la empujó hacia la trastienda.

—Ve a la cocina, Luci, y prepara té para estas damas. Del de la lata azul. El agua ya está caliente, gracias a la Luz. Vamos, muchacha, muévete. Suelta esa tela y cierra la boca de una vez. Venga, venga, date prisa. Ojo, del de la lata azul. Mi mejor té —dijo mientras se volvía hacia Nynaeve al tiempo que la chica desaparecía por la puerta—. Vivo encima de la tienda, y la cocina está en la parte de atrás. —Se alisó la falda con nerviosismo, con el pulgar y el índice formando un círculo. Por el anillo de la Gran Serpiente. Al parecer, no iba a necesitar una excusa para no comprar el vestido.

La antigua Zahorí repitió la señal y, al cabo de un momento, también lo hizo su compañera.

—Soy Nynaeve, y ella, Elayne. Vimos vuestra señal.

—¿La señal? —La mujer pestañeó como si quisiera echar a volar—. Ah, sí. Por supuesto.

—¿Y bien? —dijo Nynaeve—. ¿Qué mensaje urgente es ése?

—No deberíamos hablar sobre eso aquí... eh... señora Nynaeve. Podría entrar alguien. —Nynaeve lo dudaba mucho—. Os lo contaré mientras tomamos una buena taza de té. De mi mejor té, ¿os lo dije ya?

Nynaeve intercambió una mirada con Elayne. Si la señora Macura era tan reacia a hablar, la noticia debía de ser realmente impresionante.

—Podemos entrar en la trastienda —intervino Elayne—. Allí nadie nos oirá. —Su tono regio atrajo la atención de la modista. Por un momento Nynaeve pensó que ello pondría fin a su nerviosismo, pero al instante la mujer volvía a parlotear como antes.

—El té estará preparado dentro de un momento. El agua ya estaba caliente. Antes utilizábamos té tarabonés del que traían los mercaderes. Ése es el motivo de que esté aquí, supongo. No por el té, naturalmente, sino por todo ese comercio que solía haber y las noticias que llegaban con las carretas de una y otra dirección. Ellas... quiero decir, vosotras estáis interesadas principalmente en epidemias o una nueva clase de enfermedad, pero también a mí me interesa algo así. Hice mis pinitos con... —Tosió y se apresuró a continuar mientras se alisaba de nuevo la falda; si frotaba la tela con más fuerza, acabaría haciéndose un agujero en ella—. Es algo relacionado con los Hijos, por supuesto, pero en realidad ellas... vosotras no estáis demasiado interesadas en ellos.

—Vayamos a la cocina, señora Macura —instó firmemente Nynaeve tan pronto como la otra mujer hizo una pausa para respirar. Si las noticias la tenían tan asustada, Nynaeve no admitiría más retrasos en que le pasara la información.

La puerta trasera se abrió lo suficiente para que Luci asomara la cabeza con gesto de ansiedad.

—Está preparado, señora —anunció sin aliento.

—Por aquí, señora Nynaeve —dijo la modista, que seguía sobando la parte delantera de su vestido—. Señora Elayne.

Un pasillo corto conducía, pasando ante una estrecha escalera, a una cocina acogedora con vigas en el techo; en la lumbre había un cazo con agua hirviendo, y había alacenas por todas partes. Ollas de cobre colgaban entre la puerta y una ventana que se asomaba a un pequeño patio, rodeado por una valla de madera. Sobre la pequeña mesa situada en el centro de la cocina había una brillante tetera amarilla, un tarro verde con miel, tres tazas disparejas de otros tantos colores, y un recipiente de loza azul, bajo y ancho, con la tapa a su lado. La señora Macura recogió el recipiente con rapidez, lo tapó y lo guardó en una alacena, donde había otras dos docenas de distintos colores.

—Sentaos, por favor —dijo y empezó a servir el té en las tazas—. Por favor.

Nynaeve tomó asiento al lado de Elayne y la modista les puso las tazas delante, tras lo cual corrió hacia una alacena, de la que sacó cucharillas de peltre.

—¿Y el mensaje? —preguntó Nynaeve mientras la mujer tomaba asiento frente a ellas. La señora Macura estaba demasiado nerviosa para tocar su taza de té, de modo que Nynaeve puso un poco de miel en su infusión, la removió y dio un sorbo; estaba caliente, pero dejaba en la boca un sabor fresco, como a menta. Una buena taza de té tranquilizaría a la mujer, si conseguía que se la tomara.

—Tiene un sabor muy agradable —murmuró Elayne por encima del borde de su taza—. ¿Qué clase de té es?

«Buena chica», pensó Nynaeve. Pero las manos de la modista se limitaron a revolotear junto a la taza, sin cogerla.

—Es té tarabonés, de la región de la Costa de las Sombras.

Suspirando, Nynaeve tomó otro sorbo para asentarse el estómago.

—El mensaje —insistió—. No habéis colgado ese ramo a la puerta sólo para invitarnos a tomar té. ¿Cuál es esa noticia urgente que tenéis?

—Ah, sí. —La señora Macura se lamió los labios, las miró a las dos, y después dijo lentamente—: Me llegó hace casi un mes, con órdenes de que cualquier hermana que pasara por aquí la oyera a toda costa. —Volvió a pasarse la lengua por los labios—. Todas las hermanas son bienvenidas a regresar a la Torre Blanca. La Torre tiene que volver a estar unida y ser fuerte.

Nynaeve esperó a oír el resto, pero la otra mujer guardó silencio. ¿Y éste era el mensaje tan importante? Miró a Elayne, pero el calor parecía estar afectando a la joven; hundida en la silla se contemplaba las manos apoyadas sobre la mesa.

—¿Eso es todo? —demandó Nynaeve, que se sorprendió a sí misma bostezando. También debía de estar sintiendo los efectos del calor.

La modista siguió mirándola atentamente, en silencio.

—He dicho —empezó Nynaeve, pero de repente tuvo la sensación de que la cabeza le pesaba demasiado para sostenerla erguida. Advirtió que Elayne la tenía apoyada en la mesa; sus ojos estaban cerrados y los brazos le colgaban fláccidos. Nynaeve miró la taza que tenía entre las manos, horrorizada—. ¿Qué nos habéis dado? —farfulló; el sabor a menta seguía allí, pero notaba la lengua como si estuviera hinchada—. ¡Responded! —Dejando caer la taza, se incorporó apoyándose en la mesa; las piernas le temblaban—. Así os consuma la Luz, ¿qué...?

La señora Macura retiró su silla hacia atrás y se puso fuera de su alcance, pero su anterior nerviosismo se había convertido ahora en una expresión de tranquila satisfacción.

Nynaeve sintió cómo se hundía en la negrura; lo último que oyó fue la voz de la modista:

—¡Agárrala, Luci!

Librodot

CAPÍTULO 10

Higos y ratones

Elayne notó que la subían por la escalera en vilo, sujeta por los hombros y los tobillos. Al tener abiertos los ojos podía ver, pero el resto de su cuerpo no parecía ser suyo ya que no estaba bajo su control. Hasta parpadear resultaba un lento esfuerzo. Sentía embotado el cerebro, como si estuviera envuelto en algodón.

—¡Se está despertando, señora! —chilló Luci, que estuvo a punto de soltarle los pies—. ¡Me está mirando!

—Te dije que no te preocuparas. —La voz de la señora Macura sonaba encima de su cabeza—. No pueden encauzar ni mover un solo músculo después de haberse tomado una infusión de horcaria. Descubrí esa planta y sus efectos por casualidad, pero desde luego me ha sido muy útil.

Era cierto. Elayne se mecía entre las dos como una muñeca a la que le faltara la mitad del relleno, golpeándose el trasero contra los escalones, y estaba tan imposibilitada para encauzar como para salir corriendo. Percibía la Fuente Verdadera, pero intentar abrazarla era como tratar de coger una aguja sobre un espejo con los dedos insensibles por el frío. Sintió una oleada de pánico, y una lágrima se deslizó por su mejilla.

Quizás estas mujeres se proponían entregarla a los Capas Blancas para que la ejecutaran, pero no podía creer que éstos tuvieran mujeres a su servicio poniendo trampas con la esperanza de que una Aes Sedai pasara casualmente por su puerta. La única conclusión que quedaba era que se trataba de Amigas Siniestras que seguramente estaban al servicio del Ajah Negro además del Amarillo. Acabaría en manos de las hermanas Negras a menos que Nynaeve hubiera conseguido escapar. Aun así, no podía contar con nadie para huir, salvo consigo misma, y no le era posible encauzar ni moverse. De repente se dio cuenta de que estaba intentando gritar, pero sólo logró exhalar un débil y borboteante sonido, como el maullido de un gatito. Cortarlo le costó toda la fuerza que le quedaba.

Nynaeve lo sabía todo sobre hierbas, o eso proclamaba; ¿por qué no había reconocido el té por lo que realmente era? «¡Acaba con ese gimoteo! —La vocecilla interna sonaba muy semejante a la de Lini—. Un lechón que chilla por debajo de la cerca sólo consigue llamar la atención del zorro, cuando lo que tendría que hacer es correr.» Desesperadamente, se centró en la sencilla tarea de abrazar el *Saidar.* Hasta entonces había sido sencilla, pero ahora habría tenido el mismo resultado si hubiera intentado tocar el *Saidin.* No se dio por vencida, sin embargo; era lo único que podía hacer.

La señora Macura, aparentemente, no estaba preocupada. Tan pronto como hubieron soltado a Elayne en una estrecha cama de un cuarto pequeño con una ventana, metió prisa a Luci para salir de la habitación sin siquiera dedicarle una mirada. La cabeza de Elayne había quedado en una postura que le permitía ver otro camastro y una cómoda con tiradores de bronce en los cajones. Podía mover los ojos, pero hacer otro tanto con la cabeza estaba fuera de su alcance.

Las dos mujeres regresaron a los pocos minutos, resoplando, con Nynaeve meciéndose entre las dos, y la echaron en la otra cama. Tenía los músculos de la cara fláccidos, y en sus

mejillas brillaban las lágrimas, pero sus oscuros ojos... rebosaban ira, y también miedo. Elayne esperaba que la cólera se impusiera al otro sentimiento; Nynaeve era más fuerte que ella cuando conseguía encauzar; a lo mejor era capaz de tener éxito en lo que ella había fracasado. Aquellas lágrimas tenían que ser de rabia. Tenían que serlo.

Tras ordenar a la delgaducha chica que se quedara allí, la señora Macura volvió a salir del cuarto apresuradamente, y esta vez regresó con una bandeja que dejó sobre la cómoda. Contenía la tetera amarilla, una taza, un embudo y un reloj de arena.

—Luci, no olvides hacerles tragar a cada una seis centímetros tan pronto como el reloj de arena se vacíe. ¡Inmediatamente, fíjate bien!

—¿Por qué no se lo damos ahora, señora? —gimió la chica mientras se retorcía las manos—. Quiero que vuelvan a dormirse. No me gusta que me miren.

—Porque entonces se dormirían profundamente, muchacha, y de este modo las tendremos sólo lo bastante atontadas para hacerlas caminar cuando lo necesitemos. Les suministraré otra dosis más adecuada cuando llegue el momento de mandarlas de viaje. Sufrirán fuertes migrañas y dolor de estómago, pero imagino que lo merecen.

—Pero ¿y si pueden encauzar, señora? ¿Y si lo hacen? Me están mirando.

—Deja de lloriquear, muchacha —espetó la mujer con brusquedad—. Si pudieran, ¿no crees que ya lo habrían hecho a estas alturas? Están tan indefensas como gatitos dentro de un saco. Y seguirán así mientras se les dé la dosis. Bien, haz lo que te he dicho, ¿entendido? He de ir a decirle al viejo Avi que mande una de sus palomas y también a acordar algunos arreglos, pero volveré en cuanto pueda. Sería mejor que prepararas otra infusión de horcaria por si acaso. Saldré por la puerta de atrás. Y cierra la tienda. Podría entrar alguien y eso no es conveniente.

Después de que la señora Macura se hubo marchado, Luci se quedó mirando a las dos mujeres durante un tiempo, sin dejar de retorcerse las manos, y finalmente salió también del cuarto. Sus lloriqueos se perdieron escaleras abajo.

Elayne distinguía las gotitas de sudor que perlaban la frente de Nynaeve; confiaba en que se debiera al esfuerzo por liberarse, no a causa del calor. «Inténtalo, Nynaeve.» También ella procuró tocar la Fuente Verdadera, tanteando torpemente entre el algodón que parecía entorpecer su cerebro, y fracasó; volvió a intentarlo y de nuevo falló. Así una y otra vez... «¡Oh, Luz, inténtalo Nynaeve! ¡Inténtalo!»

El reloj de arena atraía su mirada; era incapaz de mirar otra cosa que no fuera el maldito artilugio, con la arena cayendo: cada grano señalaba otro fracaso por su parte. El último grano cayó. Y Luci no apareció.

Elayne se esforzó más por moverse, para alcanzar la Fuente. Al cabo de unos instantes, los dedos de la mano izquierda se crisparon. *¡Sí!* Unos pocos minutos más y podría levantarla; sólo logró subirla un par de centímetros antes de que cayera de nuevo, pero la había movido. No sin esfuerzo, consiguió girar la cabeza.

—Esfuérzate —farfulló Nynaeve de un modo apenas inteligible. Las manos de la antigua Zahorí apuñaban, crispadas, la colcha; parecía que trataba de sentarse. Ni siquiera había levantado la cabeza, pero lo estaba intentando.

—Eso hago —quiso contestar Elayne, aunque a ella le sonó más como un gruñido.

Lentamente, se las arregló para levantar la mano hasta donde alcanzaba a verla y sostenerla así. Un cosquilleo de triunfo la recorrió de la cabeza a los pies. «No nos pierdas el miedo, Luci. Quédate abajo, en la cocina, un poco más y...»

La puerta se abrió de golpe y unos sollozos de frustración sacudieron a Elayne al ver a Luci entrar en el cuarto como una exhalación. ¡Qué poco había faltado! La chica les echó una ojeada y, con un chillido de puro terror, corrió hacia la cómoda.

Elayne trató de resistirse; pero, aunque delgada, Luci le apartó las manos sin esfuerzo y le metió el embudo entre los dientes con igual facilidad. La muchacha jadeaba como si estuviera corriendo; la fría y amarga infusión llenó la boca de Elayne, que alzó hacia la chica los ojos en los que rebosaba un pánico que era fiel reflejo del que se plasmaba en el rostro de

Luci. Empero, ésta mantuvo la boca de Elayne cerrada y le manoseó la garganta con porfiada, aunque temerosa, determinación hasta que se tragó el líquido. Mientras la oscuridad la envolvía, Elayne escuchó los gorgoteos de protesta que lanzaba Nynaeve.

Cuando sus ojos volvieron a abrirse, Luci se había marchado y los granos de arena caían de nuevo en el reloj. Los oscuros ojos de Nynaeve estaban desorbitados, ya fuera por el miedo o la rabia. No, Nynaeve no se daría por vencida. Ésa era una de las cosas que admiraba de ella. Nynaeve podría tener la cabeza en el tajo del verdugo y seguiría luchando. «¡Pero es que realmente tenemos la cabeza en el tajo!»

La avergonzaba ser mucho más débil que Nynaeve. Se suponía que algún día sería la reina de Andor y estaba tan aterrada que quería gritar. Pero no lo hizo, ni siquiera para sus adentros —tenazmente, reiteró sus esfuerzos para mover los músculos, para entrar en contacto con el *Saidar*—, pero cómo lo deseaba. ¿Cómo esperaba llegar a convertirse en reina si era tan débil? Una vez más, intentó tocar la Fuente. Y una vez más, y otra, disputando una carrera contra los granos de arena. Y otra.

La ampolla de cristal del reloj se vació por segunda vez sin que Luci apareciera. Aunque muy lentamente, Elayne llegó al punto en que consiguió mover una mano. ¡Y luego la cabeza! Aunque volvió a caer de inmediato. Oía a Nynaeve mascullando entre dientes, y de hecho podía entender la mayoría de las palabras.

La puerta se abrió de nuevo con violencia y chocó contra la pared. Elayne levantó la cabeza para mirar hacia allí con desesperación... y se quedó boquiabierta. Thom Merrilin estaba en el umbral como el héroe de sus propios relatos, con una mano cerrada firmemente sobre la nuca de Luci, que parecía a punto de desmayarse, y en la otra sosteniendo un cuchillo, presto para lanzarlo. Elayne rió con regocijo, aunque sonó más como un graznido.

Rudamente, el juglar empujó a la chica hacia un rincón.

—¡Quédate ahí o te atravieso el pellejo con este cuchillo! —En dos zancadas se plantó junto al catre de Elayne y le retiró el cabello de la cara con ternura; su curtido rostro estaba lleno de preocupación—. ¿Qué les has dado, muchacha? ¡Dímelo o...!

—Ella no —farfulló Nynaeve—. La otra. Se fue. Ayúdame a levantarme. Tengo que caminar.

A Elayne le pareció que Thom se apartaba de ella a regañadientes. El juglar le mostró el cuchillo de nuevo a Luci con actitud amenazadora —la chica se encogió como si no pensara volver a moverse nunca— y después lo hizo desaparecer bajo una manga en un visto y no visto. Ayudó a Nynaeve a incorporarse y la sostuvo mientras la mujer daba, insegura, los pocos pasos que permitía el reducido cuarto, recostada fláccidamente contra él, arrastrando los pies.

—Me alegra saber que esta asustada gatita no os atrapó —dijo—. Si hubiera sido ella... —Sacudió la cabeza. Sin duda, tampoco habría tenido muy buena opinión de ellas si Nynaeve le contaba la verdad; ella, desde luego, no pensaba hacerlo—. La encontré subiendo a toda carrera la escalera, tan asustada que ni siquiera se dio cuenta de que la seguía. Pero ya no me parece tan bien que hubiera una segunda y que pudiera escabullirse sin que Juilin la viera. ¿Existe la posibilidad de que traiga a otras?

—Lo dudo, Thom —farfulló Elayne mientras rodaba sobre su costado—. No le conviene que... haya mucha gente... que sepa su verdadera identidad. —Dentro de un minuto sería capaz de sentarse. Sus ojos estaban prendidos en Luci, que dio un respingo y se apretó contra la pared como queriendo meterse en ella—. Los Capas Blancas... la prenderían... con tanta prontitud como a nosotras.

—¿Y Juilin? —preguntó Nynaeve. Su cabeza se meció, inestable, al alzar la vista hacia el juglar. Empero, no tenía ninguna dificultad para hablar—. Os dije a los dos que os quedarais con la carreta.

Thom resopló con irritación, haciendo ondear sus largos bigotes.

—Nos dijiste que colocáramos los víveres, una tarea para la que no hacen falta dos hombres. Juilin os siguió, y al ver que ninguno de los tres regresaba, salí a buscarlo. —Volvió

a resoplar—. Que él supiera, podía haber una docena de hombres aquí dentro, pero estaba dispuesto a entrar a buscaros él solo. Está atando a *Furtivo* en la parte de atrás. Menos mal que decidí venir a caballo, porque creo que nos hará falta para sacaros a las dos de aquí.

Elayne comprobó que ya era capaz de ponerse sentada, aunque para sostenerse tenía que plantar las manos sobre la cama, como apoyos, y faltó poco para que el esfuerzo de incorporarse no la dejara tumbada otra vez. El *Saidar* seguía tan inalcanzable como antes, y su cabeza aún parecía estar rellena con algodón. Nynaeve empezaba a sostenerse un poco más derecha y a levantar ligeramente los pies al caminar, pero seguía colgada de Thom.

Unos minutos más tarde apareció Juilin empujando a la señora Macura, a la que amenazaba con un cuchillo.

—Entró por la puertecilla de la valla de atrás. Me confundió con un ladrón. Me pareció que lo mejor era traerla dentro.

El semblante de la modista se había puesto tan pálido al verlas que sus ojos parecían más oscuros, además de estar a punto de salirse de las órbitas. Se humedeció los labios y se alisó innecesariamente la falda mientras lanzaba rápidas ojeadas al cuchillo de Juilin como si se preguntase si no sería mejor salir corriendo. Sin embargo, la mayor parte del tiempo tenía la mirada puesta en ellas dos; Elayne pensó que había tantas posibilidades de que rompiera a llorar en cualquier momento como que se desmayara.

—Ponla allí —instruyó Nynaeve, señalando con la cabeza al rincón donde Luci seguía tiritando, con los brazos rodeándose las rodillas—, y ayuda a Elayne. No conocía la horcaria, pero parece que caminar ayuda a que se pasen sus efectos paralizantes.

Juilin apuntó el rincón con el cuchillo, y la señora Macura fue presurosa hacia allí y se sentó al lado de Luci, sin dejar de humedecerse los labios con nerviosismo.

—Yo... no habría hecho lo que hice, pero... tenía órdenes. Debéis comprenderlo. Tenía órdenes.

Juilin ayudó a Elayne a incorporarse con toda clase de cuidados y luego la sostuvo mientras daban los pocos pasos que permitían las dimensiones de la habitación, cruzándose con la otra pareja. La joven habría querido que fuera Thom quien la sostuviera, ya que el brazo de Juilin ceñido en torno a su cintura parecía hacerlo con excesiva familiaridad.

—¿Órdenes de quién? —espetó Nynaeve, furiosa—. ¿Quién es tu contacto en la Torre?

La modista parecía a punto de vomitar, pero cerró la boca con determinación.

—Si no hablas —le advirtió Nynaeve, ceñuda—, dejaré que Juilin se ocupe de ti. Es un rastreador teariano y sabe cómo sacar una confesión con tanta rapidez como cualquier interrogador Capa Blanca. ¿No es cierto, Juilin?

—Un poco de cuerda para atarla, un trapo hecho tiras para amordazarla hasta que esté dispuesta a hablar, y un poco de aceite de cocinar y sal... —dijo el hombre mientras esbozaba una mueca tan malvada que Elayne a punto estuvo de retroceder. Su perversa risita le heló la sangre—. Hablará.

La señora Macura se sostenía rígidamente contra la pared, contemplándolo de hito en hito, con los ojos desorbitados. Luci lo miraba como si se hubiera convertido en un trolloc de dos metros y medio de alto y con cuernos y todo.

—Está bien —dijo Nynaeve al cabo de un momento—. Encontrarás todo lo que necesitas en la cocina, Juilin.

Elayne miró alternativamente, sobresaltada, a Nynaeve y al rastreador. No lo estarían diciendo en serio, ¿verdad? ¿Nynaeve? ¡No, imposible!

—Narenwin Barda —jadeó de repente la modista. Las palabras salieron de sus labios atropellándose—. Envío la información a Narenwin Barda, a una posada de Tar Valon que se llama Río Arriba. Avi Shendar cuida palomas para mí a las afueras de la ciudad. Él no sabe a quién mando mensajes o de quién los recibo, y tampoco le importa. Su esposa padece epilepsia y... —Dejó la frase en el aire y miró, estremecida, a Juilin.

Elayne conocía a Narenwin o, al menos, la había visto en la Torre. Era una mujer menuda, y tan callada que uno se olvidaba fácilmente de su presencia. También era amable;

un día a la semana dejaba que los niños llevaran sus animalitos al recinto de la Torre para que ella los curara. No encajaba con la imagen de una hermana Negra. Aunque, pensándolo bien, uno de los nombres del Ajah Negro que sabían era el de Marillin Gemalphin, a quien le gustaban los gatos y se desvivía en cuidados a los animales callejeros.

—Narenwin Barda —musitó sombríamente Nynaeve—. Quiero más nombres, dentro y fuera de la Torre.

—No... no sé ninguno más —respondió con un hilo de voz la señora Macura.

—Eso ya lo veremos. ¿Cuánto hace que las dos sois Amigas Siniestras? ¿Desde cuándo servís al Ajah Negro?

Un grito indignado escapó de los labios de Luci.

—¡No somos Amigas Siniestras! —Miró de soslayo a la señora Macura y se retiró de la mujer—. ¡Yo por lo menos no lo soy! ¡Sigo el sendero de la Luz! ¡Lo juro!

La reacción de la otra mujer no fue menos sorprendente. Si antes tenía los ojos desorbitados, ahora casi se le salían de las órbitas.

—¡El Ajah Ne...! ¿Queréis decir que existe realmente? ¡Pero si la Torre siempre ha negado que...! Le pregunté a Narenwin el día que me escogió como informadora del Ajah Amarillo y hasta la mañana siguiente no pude dejar de llorar y salí de mi cama casi arrastrándome. ¡No soy una Amiga Siniestra! ¡Jamás! ¡Sirvo al Ajah Amarillo! ¡Al *Amarillo*!

Todavía colgada del brazo de Juilin, Elayne intercambió una mirada desconcertada con Nynaeve. Ni que decir tiene que cualquier Amigo Siniestro negaría que lo era, pero parecía haber un timbre de sinceridad en la voz de las dos mujeres. Su reacción ofendida a la acusación había sido tan fuerte que casi había superado su miedo. Por el modo en que Nynaeve vaciló, Elayne dedujo que también su amiga lo había advertido.

—Si sirves al Amarillo —dijo lentamente—, ¿por qué nos drogaste?

—Por ella —contestó la modista, señalando con la cabeza a Elayne—. Hace un mes que me enviaron su descripción, detallada hasta el punto de mencionar el modo en que levanta la barbilla, como si mirara a los otros con arrogancia. Narenwin decía que quizás utilizaría el nombre de Elayne y que incluso podría afirmar que pertenecía a una casa noble. —A medida que hablaba, su rabia por haber sido acusada de Amiga Siniestra fue creciendo—. Quizá vos seáis una hermana Amarilla, pero ella no es Aes Sedai, sólo una Aceptada desertora. Narenwin me comunicó que debía informar en caso de que apareciera, así como sobre cualquiera que la acompañara. Y que tenía que entretenerla o incluso retenerla a la fuerza. Y también a cualquiera que viniera con ella. Ignoro cómo esperaban que me las arreglara para capturar a una Aceptada, pues dudo mucho que Narenwin esté enterada de mi descubrimiento de la horcaria, ¡pero eso era exactamente lo que decían mis órdenes! ¡Decían que incluso debía correr el riesgo de descubrir mi identidad, aquí, donde tal cosa significaría mi muerte, si ello era preciso! ¡Espera hasta que la Amyrlin te ponga las manos encima, jovencita! ¡A todos vosotros!

—¡La Amyrlin! —exclamó Elayne—. ¿Qué tiene que ver con esto?

—Las órdenes venían de ella, de la mismísima Sede Amyrlin, repito. La comunicación indicaba que la Amyrlin me daba permiso para usar cualquier método con tal de reteneros, salvo mataros. ¡Pero cuando os tenga en su poder, desearéis estar muertas! —El brusco asentimiento de cabeza estaba rebosante de iracunda satisfacción.

—Recuerda que todavía no estamos en manos de nadie —replicó con sequedad Nynaeve—, sino que tú estás en las nuestras. —A pesar de su actitud, la expresión de sus ojos era tan conmocionada como la que sentía Elayne—. ¿Te dieron alguna razón para actuar así?

El recordatorio de que la cautiva era ella aplacó el repentino brío de la mujer, que se apoyó con desánimo en Luci, quien hizo lo mismo a la recíproca, valiéndose la una de la otra para no desmoronarse.

—No —respondió la modista—. A veces Narenwin me da explicaciones, pero no en esta ocasión.

—¿Te proponías simplemente retenernos aquí, drogadas, hasta que alguien viniera por

nosotras?

—Os iba a enviar en una carreta, vestidas con ropas viejas. —En la voz de la mujer ya no quedaba ni el menor atisbo de resistencia—. Mandé una paloma para informar a Narenwin que estabais aquí y lo que pensaba hacer. Therin Lugay me debe un gran favor, y pensaba darle suficiente cantidad de horcaria para que le durara todo el camino hasta Tar Valon si Narenwin no enviaba antes hermanas para ocuparse de vosotras. Therin cree que estáis enfermas y que la infusión es lo único que os mantendrá con vida hasta que una Aes Sedai os cure. En Amadicia hay que tener mucho cuidado con la utilización de remedios. Si una cura a demasiados o lo hace demasiado bien, alguien murmura la palabra Aes Sedai y cuando te quieres dar cuenta tu casa está ardiendo por los cuatro costados. O algo peor. Therin es un hombre que sabe guardar silencio sobre lo que le...

Nynaeve hizo que Thom la ayudara a acercarse más, desde donde podía mirar a la modista sentada a sus pies.

—¿Y el mensaje? ¿El verdadero mensaje? No pusiste esa señal en tu puerta con la remota esperanza de atraernos con ella.

—Ya os he dado el verdadero mensaje —dijo débilmente la otra mujer—. No pensé que pudiera ser perjudicial. No lo entiendo, y... Por favor... —De repente rompió a llorar mientras se agarraba a Luci con tanta fuerza como la muchacha se agarraba a ella, ambas gimoteando y balbuciendo—. ¡Por favor, no le dejéis que utilice la sal conmigo! ¡La sal no! ¡Por favor!

—Atadlas —ordenó Nynaeve con desprecio al cabo de un momento—. Después bajaremos al otro piso para hablar.

Thom la ayudó a sentarse al borde de la cama que había más cerca y acto seguido empezó a rasgar en tiras la colcha de la otra.

A no mucho tardar, las dos mujeres estaban atadas espalda contra espalda, las manos de una con los pies de la otra; unas tiras de la colcha hacían las veces de mordazas. Las dos lloraban cuando Thom ayudó a Nynaeve a salir del cuarto.

Elayne habría querido ser capaz de andar tan bien como su amiga, pero todavía necesitó del auxilio de Juilin para bajar torpemente la escalera. Sintió un acceso de celos al ver que Thom rodeaba con su brazo a Nynaeve. «Eres una niña tonta», le pareció oír la voz de Lini, reprendiéndola. «Soy una mujer adulta», respondió con una firmeza que no habría osado utilizar con su niñera ni siquiera en la actualidad. «Amo a Rand, pero está muy lejos, y Thom es tan sofisticado, tan inteligente y tan...» Sonaba demasiado a excusas, incluso para ella. Lini habría soltado el resoplido que anunciaba que iba a poner fin a tantas necedades.

—Juilin —preguntó vacilante—, ¿qué ibas a hacer con la sal y el aceite de cocinar? No con detalles —se apresuró a añadir—, sólo una idea general.

El hombre la miró un momento antes de contestar.

—No lo sé. Pero tampoco lo saben ellas. Ahí está el truco; sus mentes imaginan algo peor de lo que jamás se me ocurriría a mí. He visto a hombres duros venirse abajo cuando mandaba traer un cesto con higos y unos cuantos ratones. Sin embargo, hay que andarse con cuidado. Algunos confesarían cualquier cosa, cierta o no, con tal de evitar lo que imaginan. No obstante, no creo que esas dos lo hayan hecho.

Elayne era de la misma opinión; empero, no pudo evitar un escalofrío. «¿Qué podría hacer alguien con higos y con ratones?» Deseó dejar de hacerse este tipo de preguntas antes de que le provocaran pesadillas.

Para cuando llegaron a la cocina, Nynaeve ya caminaba sin ayuda, aunque con la torpeza de un niño que da los primeros pasos, y rebuscaba en la alacena que estaba llena de latas de colores. Elayne tuvo que sentarse en una silla. La lata azul estaba encima de la mesa, así como una tetera verde llena de la infusión, pero la joven procuró no mirarlas. Todavía le era imposible encauzar; sí podía abrazar el *Saidar,* pero se le escapaba tan pronto como entraba en contacto con él. Al menos, ahora estaba segura de que el Poder volvería a ella; la alternativa era demasiado espantosa para considerarla siquiera, y no se había permitido planteársela hasta este momento.

—Thom —llamó Nynaeve mientras levantaba la tapa de varios recipientes y miraba el contenido—, Juilin. —Hizo una pausa, inhaló profundamente, y, sin mirar a ninguno de los dos hombres, dijo—: Gracias. Empiezo a comprender por qué tienen Guardianes las Aes Sedai. Muchísimas gracias.

No todas las Aes Sedai tenían Guardianes. Las Rojas consideraban que todos los hombres estaban mancillados por la sencilla razón de que los que podían encauzar lo estaban, y unas cuantas no se molestaban en tenerlos porque jamás salían de la Torre o, simplemente, no reemplazaban al Guardián que moría. Las hermanas Verdes eran el único Ajah que admitía vincularse con más de uno. Elayne quería pertenecer a este colectivo. No por esa razón, naturalmente, sino porque las Verdes se denominaban a sí mismas el Ajah de las Batallas. Mientras que las Marrones buscaban el saber perdido y las Azules se involucraban en causas, las Verdes se mantenían en forma, reservándose para la Última Batalla, cuando entrarían en acción igual que habían hecho en la Guerra de los Trollocs, para hacer frente a los nuevos Señores del Espanto.

Los dos hombres intercambiaron una mirada de pura estupefacción. Sin duda habían esperado el habitual azote lingüístico de Nynaeve. Elayne estaba casi igual de sorprendida que ellos. A su amiga le gustaba tan poco que la ayudaran como equivocarse; ambas cosas la ponían más encrespada que un espino, aunque, por supuesto, siempre afirmaba ser un dechado de comprensión, dulzura y sentido común.

—Una Zahorí. —Nynaeve cogió un pellizco de polvillo de una de las latas, lo olisqueó y luego lo probó con la punta de la lengua—. O como quiera que se las llame aquí.

—Aquí no se llaman de ninguna forma —dijo Thom—. Muy pocas mujeres practican vuestro antiguo arte en Amadicia. Demasiado peligroso. Para la mayoría es un pasatiempo, nada más.

Nynaeve sacó una bolsa de cuero que había al fondo de la alacena y empezó a hacer pequeños paquetes con el contenido de algunas latas.

—¿Y a quién acuden cuando están enfermos? ¿A un curandero de tres al cuarto?

—Sí —contestó Elayne. Le encantaba poder demostrar a Thom que también ella conocía el mundo—. En Amadicia son los hombres los que estudian las hierbas medicinales.

—¿Y qué puede saber ningún hombre sobre curaciones? —Nynaeve frunció el entrecejo con expresión desdeñosa—. Preferiría pedirle a un herrador que me hiciera un vestido.

De pronto Elayne cayó en la cuenta de que había estado pensando en cualquier cosa excepto en lo que había dicho la señora Macura. «No pensar en la espina no hace que a uno le duela menos el dedo» era uno de los dichos favoritos de Lini.

—Nynaeve, ¿qué piensas que significa ese mensaje, lo de que todas las hermanas son bienvenidas a regresar a la Torre? No tiene sentido. —No era eso lo que quería decir, pero se iba acercando a ello.

—La Torre tiene sus propias reglas —intervino Thom—. Lo que hacen las Aes Sedai lo hacen por sus propias razones y a menudo no por las que dan. Si es que se dignan darlas. —Juilin y él sabían que sólo eran Aceptadas, claro, y por eso, al menos en parte, era por lo que la mitad de las veces ni el uno ni el otro hacían lo que se les decía.

La lucha interna se plasmaba claramente en el rostro de Nynaeve. No le gustaba que la interrumpieran o que otro respondiera en su lugar. Había una larga lista de cosas que no le hacían gracia a la antigua Zahorí. No obstante, acababa de darle las gracias a Thom; no debía de ser fácil para ella echarle un rapapolvo a un hombre que acababa de salvarla de ser enviada en un carro como si fuera un repollo.

—Muy pocas cosas en la Torre tienen sentido la mayor parte del tiempo —dijo con acritud. Elayne sospechó que aquel tono desabrido era tanto por Thom como por la Torre.

—¿Crees lo que ha dicho esa mujer? —Elayne respiró hondo antes de continuar—. Me refiero a lo de que la Amyrlin ordenó que había que hacerme regresar a la Torre por cualquier medio.

La fugaz ojeada que le lanzó Nynaeve rebosaba compasión.

Librodot

—No lo sé, Elayne.

—Decía la verdad. —Juilin dio vuelta a una silla y se sentó a horcajadas, apoyando la vara contra el respaldo—. He interrogado a suficientes ladrones y asesinos para reconocer lo que es verdad y lo que no cuando lo oigo. A ratos estaba demasiado aterrada para mentir, y el resto del tiempo, demasiado furiosa para poder hilvanar un embuste.

—Pero la Amyrlin sabe lo que estamos haciendo. Para empezar, fue ella quien nos mandó salir de la Torre.

—Puedo creer cualquier cosa de Siuan Sanche —resopló Nynaeve—. Me gustaría tenerla en mis manos una hora mientras no pudiera encauzar. Entonces sabríamos de verdad lo dura que es.

Elayne no creía que eso cambiara en nada las cosas. Recordando la imperiosa mirada de los azules ojos de la Amyrlin, sospechó que su amiga acabaría con unos cuantos moretones en el improbable caso de que se diera la situación que había descrito.

—Sí, pero ¿qué vamos a hacer al respecto? Los Ajahs tienen informadoras en todas partes, por lo visto. Y también la propia Amyrlin. Podríamos topar con mujeres intentando echarnos algo en la comida todo el camino de aquí a Tar Valon.

—No si nuestro aspecto es distinto del que esperan ver. —Cogió un jarro amarillo de la alacena y lo puso en la mesa, junto a la tetera—. Esto es jempimienta blanca. Alivia el dolor de muelas, pero también pone el pelo negro como la noche. —Elayne se llevó la mano a su cabello dorado rojizo; ¡el *suyo,* no el de Nynaeve, estaba segura! Pero, por mucho que detestara la idea, era una buena solución—. Un rato de costura en algunos de esos vestidos que hay en la tienda, y habremos pasado de ser mercaderes a unas damas que viajan con sus criados.

—¿Montadas en una carreta cargada de tintes? —apuntó Juilin.

La tranquila mirada de Nynaeve denotó gratitud por haberle ahorrado tener que extenderse en más explicaciones.

—Hay un carruaje en un establo al otro lado del puente. Creo que el propietario lo vendería. Si regresáis a la carreta antes de que alguien la robe... ¡No sé en qué estaríais pensando los dos para dejarla en manos del primero que pase por el campamento! Si sigue allí, podéis coger una de las bolsas que...

Unos cuantos vecinos que estaban en la calle miraron boquiabiertos cuando el carruaje de Noy Torvald se paró delante de la tienda de Ronda Macura, tirado por un tronco de cuatro caballos, con arcones atados en el techo y un caballo ensillado atado a la parte posterior. Noy lo había perdido todo cuando el comercio con Tarabon se vino abajo; ahora se ganaba la vida a trancas y barrancas haciendo trabajos de vez en cuando para la viuda Teran. Ninguno de los que estaban en la calle ahora había visto al cochero, un tipo alto y curtido, con un largo bigote blanco y ojos imperiosos, y tampoco al lacayo, un individuo de rostro pétreo, cubierto con un gorro tarabonés, que bajó ágilmente de un salto para abrir la puerta del carruaje. Las expresiones pasmadas dieron paso a los murmullos cuando dos mujeres salieron de la tienda cargadas con unos envoltorios en los brazos; una vestía un atuendo de seda gris, y el de la otra era de sencilla lana azul, pero las dos llevaban un pañuelo envuelto a la cabeza de modo que no se veía ni el menor atisbo de sus cabellos. Se metieron en el carruaje rápidamente.

Dos de los Hijos empezaron a deambular de aquí para allí para preguntar quiénes eran las forasteras; pero, mientras el lacayo estaba subiendo todavía al pescante, el cochero hizo chascar el látigo a la par que gritaba que abrieran paso para una dama. Los Hijos no alcanzaron a oír el nombre ya que tuvieron que saltar precipitadamente hacia los lados para no ser atropellados, y fueron a dar con sus huesos al polvoriento suelo mientras el carruaje se alejaba a toda velocidad, entre retumbos, hacia la calzada de Amador.

Los mirones se alejaron hablando entre ellos; obviamente era una dama misteriosa acompañada por su doncella, que había hecho unas compras a Ronda Macura y se había marchado precipitadamente para evitar a los Hijos. Últimamente apenas pasaba nada en

Librodot

Mardecin, de modo que este suceso daría que hablar durante varios días. Los Hijos de la Luz se incorporaron y se limpiaron el polvo, furiosos, pero finalmente decidieron que si informaban del incidente quedarían como unos necios. Además, a su capitán no le gustaban los nobles; probablemente les mandaría traer de vuelta el carruaje, lo que significaba una larga cabalgada bajo el calor simplemente por una arrogante vástago de una casa u otra. Si no se encontraban cargos con los que inculparla —cosa harto difícil con la nobleza— entonces no sería el capitán quien cargaría con las culpas. Confiaron en que no se corriera la voz de su humillación, de modo que en ningún momento se les pasó por la cabeza interrogar a Ronda Macura.

Al cabo de un rato, Therin Lugay condujo su carro hasta el patio posterior de la tienda; las provisiones para el largo viaje que le aguardaba ya estaban guardadas debajo del techo de lona. En efecto, Ronda Macura lo había curado de unas fiebres que se habían cobrado la vida de veintitrés vecinos el invierno anterior, pero su quejica esposa y su gruñona suegra hacían que se alegrara de realizar el largo trayecto hasta donde vivían las brujas. Ronda había dicho que quizás alguien le saldría al encuentro, aunque no quién sería, pero esperaba llegar hasta Tar Valon.

Llamó a la puerta de la cocina seis veces antes de entrar, y, al no encontrar a nadie, subió la escalera. En el cuarto de atrás, Ronda y Luci yacían en las camas, profundamente dormidas y con toda la ropa puesta, aunque bastante arrugada, cuando el sol seguía fuera. Ninguna de las dos se despertó cuando las sacudió. No lo entendía, como tampoco comprendía por qué una de las colchas estaba en el suelo, cortada en tiras atadas ni por qué había dos teteras vacías en el cuarto pero sólo una taza ni por qué había un embudo en la almohada de Ronda. Sin embargo, siempre había sido consciente de que había muchas cosas en el mundo que él no entendía. Así que volvió a su carro y pensó en los víveres que había comprado con el dinero de Ronda; pensó en su esposa y en su suegra, y, cuando puso en marcha al caballo de tiro, fue con la intención de ver cómo era Altara o tal vez Murandy.

En cualquier caso, pasó bastante tiempo antes de que una desgreñada Ronda Macura se dirigiera con pasos torpes hacia la casa de Avi Shendar y enviara una paloma con un fino tubo de hueso atado a la pata. El ave alzó el vuelo y viró hacia el nordeste, recta como una flecha hacia Tar Valon. Tras un momento de reflexión, Ronda preparó otra copia en otra estrecha tira de papel y la ató a la pata de una segunda paloma. Ésta se dirigió hacia el este, ya que la modista había prometido enviar duplicados de todos sus mensajes. En estos tiempos difíciles, una mujer tenía que sobrevivir del mejor modo posible, y no habría mal en ello, considerando el tipo de informes que hacía para Narenwin. Mientras se preguntaba si alguna vez conseguiría quitarse de la boca el sabor de la horcaria, pensó que no le importaría que su acción le reportara algún mal a la que se llamaba Nynaeve.

Trabajando, como siempre, con la azada en su pequeño jardín, Avi no prestó atención a lo que hacía Ronda. Y también como siempre, tan pronto como se marchó, se lavó las manos y entró. Ronda había colocado una hoja de pergamino más grande debajo de las tiras a fin de proteger la punta de la pluma. Cuando la sostuvo en alto, a contraluz, pudo leer lo que la mujer había escrito. A no tardar, una tercera paloma emprendía el vuelo, dirigiéndose en una dirección distinta.

CAPÍTULO 11

El Tiro de Nueve Caballos

La tarde estaba avanzada, y Siuan cruzó detrás de Logain la Puerta Shilene de Lugard; un amplio sombrero de paja cubría de sombras el rostro de la mujer. Las altas murallas grises de la ciudad se encontraban en mal estado; en dos sitios que alcanzaba a ver, donde las piedras se habían derrumbado, el muro no era más alto que la valla de una granja. Min y Leane la seguían a poca distancia sobre sus yeguas. Las dos mujeres estaban cansadas por el veloz ritmo que Logain había impuesto durante semanas desde que habían salido de Hontanares de Kore. El hombre quería estar al mando, de modo que resultó fácil convencerlo de que era así. Si decidía a qué hora se pondrían en camino por la mañana, a qué hora y en qué lugar pararían por la noche, si guardaba y administraba el dinero, incluso si esperaba que le sirvieran las comidas además de prepararlas, Siuan no lo tomaba a mal. A fin de cuentas, le tenía lástima; Logain no imaginaba lo que planeaba para él. «Un pez grande en el anzuelo para pescar otro mayor», pensó, sombría.

Lugard era, aunque sólo de nombre, la capital de Murandy, la sede del rey Roedran, pero los lores de Murandy hacían pronunciamientos de lealtad y después rehusaban pagar los impuestos o no hacían casi nada de lo que Roedran quería, y el pueblo obraba del mismo modo. Murandy era una nación sólo de nombre, y sus gentes mantenían un simulacro de unidad bajo la supuesta obediencia al rey o la reina —a veces el trono cambiaba de manos en cortos intervalos— y por el temor de que Andor o Illian se apoderaran de sus tierras en un ataque rápido si no conservaban cierta unión.

Otros muros entrecruzaban la ciudad, la mayoría en peor estado que los bastiones exteriores, ya que Lugard había ido creciendo al azar a lo largo de los siglos y, de hecho, en más de una ocasión había estado dividida entre nobles enemistados. Era una ciudad sucia, con la mayoría de las anchas calles sin pavimentar y todas ellas polvorientas. Hombres y mujeres, ellos tocados con sombreros de copa alta y ellas con delantales sobre las faldas que dejaban a la vista los tobillos, se movían esquivando las lentas caravanas de mercaderes en tanto que los niños jugaban en las rodadas dejadas por las carretas. El comercio con Illian y Ebou Dar, con Ghealdan a oeste y Andor al norte, mantenía activa y animada a Lugard. Amplios espacios abiertos distribuidos por la ciudad estaban abarrotados de carretas estacionadas rueda con rueda, muchas cargadas a tope bajo las cubiertas de lona atadas, y otras vacías y esperando la siguiente carga. Las calles principales aparecían jalonadas de posadas, tabernas y establos, superando casi en número a las casas y tiendas construidas con piedra gris, todas techadas con tejas azules, rojas, púrpuras o verdes. El aire estaba saturado de polvo y de ruido procedente del martilleo de las forjas, del retumbo de las ruedas de las carretas, de las maldiciones de los conductores y de las estruendosas carcajadas que salían de las posadas. A pesar de estar próximo el ocaso, Lugard se cocía bajo un sol de justicia, y la cargada atmósfera daba la sensación de que no iba a volver a llover nunca.

Cuando finalmente Logain se desvió hacia el patio de un establo y desmontó en la parte trasera de una posada con techo verde llamada El Tiro de Nueve Caballos, Siuan desmontó a *Bela* con un suspiro de alivio y dio una vacilante palmadita a la yegua en el hocico, sin perder

de vista sus dientes. A su modo de ver, ir a lomos de un animal no era modo de viajar. Una embarcación se movía hacia donde uno giraba el timón, pero un caballo podía tener sus propias ideas en cualquier momento. Además, los barcos nunca mordían; *Bela* no lo había hecho, pero cabía esa posibilidad. Al menos, habían pasado a ser un simple recuerdo aquellos primeros días de estar agarrotada, de tener la certeza de que Leane y Min se sonreían a su espalda al verla renquear por el campamento al caer la noche. Después de pasarse un día entero encaramada en la silla, todavía se sentía como si le hubieran dado una paliza, pero ahora podía disimularlo.

Tan pronto como Logain empezó a regatear con el encargado del establo —un tipo delgaducho y pecoso que se cubría el torso con un chaleco— Siuan se acercó a Leane.

—Si quieres practicar tus ardides —musitó—, hazlo con Dalyn durante la próxima hora.

Leane le dedicó una mirada desconfiada, ya que había ejercitado sus artimañas en algunos pueblos desde que habían salido de Hontanares de Kore, aunque Logain sólo había recibido alguna que otra mirada cortante, pero después suspiró y asintió con la cabeza. Tras hacer una profunda inhalación, se dio media vuelta y echó a andar de aquel modo tan increíblemente sinuoso, contoneante, conduciendo por la brida a su yegua gris y lanzando ya una sonrisa a Logain. Siuan no entendía cómo lo conseguía; era como si algunos de sus huesos hubieran dejado de ser rígidos de repente.

Se acercó a Min y volvió a hablar en el mismo tono susurrante:

—En el mismo momento en que Dalyn haya cerrado el trato con el encargado del establo, dile que vas a reunirte dentro conmigo, y después pasas enseguida y te mantienes lejos de él y de Amaena hasta que yo haya regresado. —Por el jaleo que salía de la posada, la multitud que había debía de ser lo bastante numerosa para ocultar a todo un ejército, cuanto más a una sola mujer. En los ojos de Min apareció aquella expresión obstinada, y la joven abrió la boca sin duda para preguntar el motivo, pero Siuan se le anticipó—: Limítate a hacer lo que te he dicho, Serenla, o te obligaré a limpiarle las botas además de servirle su plato. —La mirada tozuda no se borró, pero Min asintió con un cabeceo mohíno.

Siuan puso las riendas de *Bela* en las manos de la joven y salió apresuradamente del establo; una vez en la calle, echó a andar en la dirección que confiaba fuera la correcta. No le apetecía tener que buscar por toda la ciudad aguantando el calor y el polvo.

Las calles estaban llenas de carretas muy cargadas y tiradas por troncos de seis, ocho e incluso diez caballos, y los conductores hacían chasquear los látigos y soltaban maldiciones tanto a los animales de tiro como a la gente que cruzaba entre los vehículos. Hombres vestidos con toscas chaquetas de carreteros se entremezclaban con la muchedumbre y a veces dirigían risueñas invitaciones a las mujeres que pasaban a su lado. Las mujeres, que lucían delantales de colores y de rayas, y pañuelos llamativos cubriéndoles la cabeza, caminaban con la vista fija al frente, como si no los oyeran. Otras mujeres sin delantal, con el cabello suelto sobre los hombros y con el repulgo de las faldas a más de un palmo del suelo, a menudo respondían en voz alta con palabras incluso más groseras.

Siuan sufrió un sobresalto cuando cayó en la cuenta de que algunas de las insinuaciones de los hombres iban dirigidas a ella. No la enfurecían —en realidad su mente no podía relacionarlas con su persona—; sólo la sorprendían. Todavía no se había acostumbrado a los cambios físicos experimentados. Aquellos hombres parecían encontrarla atractiva... Su borrosa imagen, reflejada en el sucio escaparate de un sastre, atrajo su mirada; era la de una muchacha de tez clara bajo un sombrero de paja. Era joven, y, por lo que podía ver, no es que diera esa impresión, sino que lo parecía realmente. No mucho mayor que Min. Una muchacha joven con la ventaja de los años que había vivido realmente.

«Una ventaja de haber sido neutralizada», se dijo para sus adentros. Conocía mujeres que habrían pagado cualquier precio por rejuvenecer quince o veinte años; algunas puede que incluso consideraran justo el precio que había pagado ella. A menudo se sorprendía a sí misma enumerando dichas ventajas, quizás intentando convencerse de que eran ciertas. Para empezar, ahora que estaba liberada de los Tres Juramentos, podía mentir cuando era preciso.

Y ni su propio padre la habría reconocido, porque en realidad no tenía el mismo aspecto de cuando era una muchacha; los cambios debidos a la madurez seguían allí, pero suavizados por la juventud. Mirándolo con fría objetividad, pensó que tal vez era, de algún modo, más hermosa que cuando era una jovencita; bonita era lo mejor que se había dicho de ella por aquel entonces. El halago más usual que le habían dirigido era atractiva. No podía relacionar aquel rostro con ella, con Siuan Sanche. Sólo por dentro no había cambiado; su cerebro todavía conservaba todos sus conocimientos. Allí, en su mente, seguía siendo la misma.

Algunas posadas y tabernas de Lugard tenían nombres como El Martillo del Herrero o El Oso Danzarín o El Cerdo de Plata, a menudo acompañados por dibujos llamativos en consonancia con ellos. Otras tenían nombres que deberían haber prohibido; el menos fuerte de éstos era El Beso de la Buscona Domani, con el dibujo de una mujer de piel broncínea —¡desnuda de cintura para arriba!— y con los labios fruncidos como para dar un beso. Siuan se preguntó qué pensaría Leane de eso; pero, considerando el comportamiento actual de la mujer, tal vez sólo le diera más ideas.

Finalmente, en una calle lateral tan ancha como la principal, justo detrás de un acceso sin portón de una de las derruidas murallas interiores, Siuan encontró la posada que buscaba, un edificio de piedra de tres pisos, con las tejas de color púrpura. El letrero colgado encima de la puerta mostraba el inverosímil dibujo de una voluptuosa mujer sin ropa, y con el cabello colocado de manera que cubriera lo menos posible, montada a lomos de un caballo sin ensillar; Siuan apartó los ojos del nombre nada más leerlo.

Dentro de la sala flotaba el humo de las pipas; estaba abarrotada de escandalosos hombres que bebían y reían mientras intentaban pellizcar a las camareras, que los esquivaban lo mejor que podían a la par que exhibían sufridas sonrisas. Apenas audible en medio del jaleo, una joven, acompañada por una cítara y una flauta, cantaba y bailaba encima de una mesa, al fondo de la larga sala. De vez en cuando, la cantante daba vueltas a fin de que la falda se levantara hasta dejar al descubierto casi por completo sus piernas desnudas; lo que Siuan alcanzó a entender de la letra de la canción la hizo desear lavar la boca a la chica con jabón. ¿Por qué tenía que andar desnuda por la calle una mujer? ¿Por qué tenía que cantar sobre ello otra mujer ante un montón de patanes borrachos? Era la clase de sitio que jamás había pisado hasta entonces; y tenía la intención de que su visita fuera lo más breve posible.

No había error posible en localizar a la propietaria de la posada, una mujer alta y corpulenta, embutida en un vestido de seda roja que prácticamente resplandecía; el cabello peinado con elaborados rizos y teñido de pelirrojo —aquel tono no podía ser nunca natural, sobre todo con aquellos ojos tan oscuros— enmarcaba una prominente barbilla y una boca de gesto duro. Entremedias de órdenes a gritos dirigidas a las camareras, hacía un alto en esta o aquella mesa para intercambiar unas cuantas palabras o dar una palmada en la espalda y compartir una risa con sus parroquianos.

Siuan mantuvo el gesto estirado y procuró hacer caso omiso de las miradas evaluativas que le asestaban los hombres mientras se dirigía hacia la mujer de cabello carmesí.

—¿Señora Tharne? —Tuvo que repetir el nombre tres veces, subiendo el tono en cada ocasión, antes de que la propietaria de la posada se volviera hacia ella—. Señora Tharne, busco trabajo como cantante. Sé la...

—Vaya, conque sabes cantar, ¿eh? —La mujerona se echó a reír—. Bueno, ya tengo una cantante, pero no me vendría mal otra para darle un descanso. Enséñame las piernas.

—Sé *La canción de los tres peces* —dijo Siuan a voz en grito para hacerse oír. Tenía que ser ésta la mujer que buscaba. Era imposible que hubiera en la misma ciudad dos mujeres con el pelo de ese color y que además tuvieran el mismo nombre y regentaran la misma posada.

La señora Tharne rió con más ganas y palmeó la espalda de uno de los hombres sentados en la mesa más próxima con tanta fuerza que casi lo tiró del banco.

—No hay muchas peticiones de esa canción aquí, ¿verdad, Pel? —El tal Pel, un tipo desdentado que llevaba el látigo de carretero enrollado sobre el hombro, se sumó a sus risas.

—Y también sé *El azul cielo del amanecer.*

La mujer se sacudió mientras se frotaba los ojos como si estuviera llorando de tanto reír.

—Vaya, conque también te sabes ésa, ¿no? Oh, estoy segura de que a los chicos les encantará. Y, ahora, enséñame las piernas. ¡Vamos, muchacha, las piernas o lárgate de aquí!

Siuan vaciló, pero la señora Tharne se limitó a mirarla fijamente, cosa que también hacía un número de hombres cada vez mayor. *Tenia* que ser la mujer que buscaba. Lentamente, se subió la falda hasta las rodillas, y la mujerona gesticuló con impaciencia. Cerrando los ojos, Siuan siguió remangándose más y más la falda, sintiendo que la sangre se le iba agolpando en las mejillas a medida que se la subía.

—Es modesta, la chica —rió la señora Tharne—. En fin, si esas canciones son un ejemplo de tu repertorio, más vale que tengas unas piernas que hagan caer de bruces a los hombres. Cosa que no sabremos hasta que se quite esas medias de lana, ¿eh, Pel? Bueno, ven conmigo. A lo mejor tienes buena voz, después de todo, pero con este jaleo no podría oírte. ¡Vamos, muchacha! ¡Mueve el culo!

Los ojos de Siuan se abrieron mucho, echando chispas, pero la mujerona ya se encaminaba hacia la parte trasera de la sala. Con la espalda tiesa como un palo, Siuan dejó caer las faldas y la siguió, procurando no hacer caso de las carcajadas y las insinuaciones lascivas que le dirigían. Su gesto era impasible, pero en su interior se libraba una batalla entre la preocupación y la cólera.

Antes de ser nombrada Sede Amyrlin, había dirigido la red de informadoras del Ajah Azul; algunas de ellas también habían sido sus espías personales, tanto entonces como posteriormente. Duranda Tharne ya estaba al servicio de las hermanas Azules cuando Siuan se encargó de la red de información; era una mujer que siempre proporcionaba la información oportuna. No era fácil encontrar informadoras, y su fiabilidad variaba —entre Tar Valon y aquí sólo había habido una en la que confiaba lo suficiente para entrar en contacto, en Cuatro Reyes, en Andor, y había desaparecido—, pero por Lugard pasaba un vasto número de noticias y rumores que llevaban las caravanas de mercaderes. Tal vez también había en la ciudad informadoras de otros Ajahs, algo que convenía tener en cuenta. «La prudencia lleva el barco a puerto», se recordó para sus adentros.

Esta mujer encajaba con la descripción de Duranda Tharne, y sin duda no podía haber otra posada con un nombre tan soez, pero ¿por qué había tenido esa reacción cuando se identificó como otra espía de las Azules? Tenía que correr el riesgo; a su modo, Min y Leane empezaban a impacientarse tanto como Logain. La precaución llevaría el barco a puerto, pero a veces sólo la audacia conseguía que lo hiciera con la bodega llena. En el peor de los casos, podía golpear a la mujer en la cabeza con algo y escapar por la puerta de atrás. Al observar la estatura y la corpulencia de la posadera, así como la firmeza de sus gruesos brazos, esperó ser capaz de hacerlo.

Una puerta del corredor que conducía hacia la cocina daba a un cuarto apenas amueblado con un escritorio y una silla sobre un trozo de alfombra azul, un espejo grande en una pared, y, sorprendentemente, una estantería con unos cuantos libros. No bien la puerta se hubo cerrado tras ellas, amortiguando en parte el jaleo de la sala, la mujerona se volvió hacia Siuan con los puños en las amplias caderas.

—Veamos, ¿qué quieres de mí? No te molestes en darme ningún nombre porque no lo quiero saber, ni que sea el tuyo ni que no.

La tensión que agarrotaba a Siuan se aflojó un poco. Sin embargo, no ocurrió lo mismo con su cólera.

—¡No teníais derecho a tratarme de ese modo ahí fuera! ¿Qué os proponíais haciéndome que...?

—Tenía todo el derecho —espetó la señora Tharne—, respaldado por la necesidad más imperiosa. Si hubieras venido a la hora de abrir o a la de cerrar, como se suponía que tenías que hacer, podría haberte metido aquí rápidamente, sin dar un cuarto al pregonero. ¿Acaso crees que a algunos de esos hombres no les extrañaría si al salir de aquí te acompaño como

haría con una amiga a la que no veía hacía mucho tiempo? No puedo permitirme el lujo de llamar la atención de nadie. Tienes suerte de que no te hiciera ocupar el sitio de Susu, encima de la mesa, para que cantaras una o dos canciones. Y cuida tus modales conmigo. —Levantó amenazadoramente una ancha y dura mano—. Tengo hijas casadas, mayores que tú, y cuando las visito se comportan y hablan como es debido. Conmigo no juegues a la señorita Altanera o vas a enterarte. Ahí fuera nadie te oirá gritar, y, si te oyen, no intervendrán. —Tras un brusco cabeceo, como si con ello quedara todo claro, se puso de nuevo en jarras—. Y bien, ¿qué es lo que quieres?

Siuan había intentado meter baza varias veces durante la diatriba, pero el ímpetu de la mujerona era como el oleaje en marea alta: imparable. No estaba acostumbrada a ello; para cuando la señora Tharne hubo terminado, Siuan temblaba de rabia, y sus manos se crispaban sobre la falda con tanta fuerza que tenía blancos los nudillos. Luchó denodadamente por contener el genio. «Se supone que sólo soy otra informadora —se recordó firmemente—. No la Amyrlin, sino otra informadora.» Además, sospechaba que la mujer era muy capaz de cumplir su amenaza. También esto era algo completamente nuevo para ella: tener que ser prudente con alguien sólo porque esa persona era más fuerte y corpulenta.

—Me han dado un mensaje para que lo transmita a un grupo de las personas a quien servimos. —Confiaba en que la señora Tharne creyera que la tensión de su voz se debía a que se sentía acobardada; puede que la mujerona resultara más útil si creía que la había intimidado convenientemente—. No estaban donde me dijeron que me encontrara con ellas, y mi única esperanza es que sepáis algo que me ayude a encontrarlas.

Cruzando los brazos bajo los orondos senos, la señora Tharne la observó intensamente.

—Así que sabes controlar el genio cuando conviene, ¿eh? Bien. ¿Qué ha ocurrido en la Torre? Y no intentes negar que vienes de allí, mi exquisita y altanera mozuela. Se ve de lejos que eres portadora de una orden o decreto oficial, y no has adquirido esos modales presuntuosos en un pueblo.

Siuan inhaló profundamente antes de contestar.

—Siuan Sanche ha sido neutralizada. —Su voz no sufrió el más leve temblor, y se sintió orgullosa de ello—. Elaida a'Roihan es la nueva Amyrlin. —Empero, fue incapaz de evitar un dejo amargo al decir esto último.

El rostro de la señora Tharne no reflejó ninguna reacción.

—Bueno, eso explica algunas de las órdenes que he recibido. Sólo algunas. Así que la han neutralizado, ¿no? Pensé que sería la Amyrlin por siempre jamás. La vi una vez, hace unos cuantos años, en Caemlyn. A distancia. Parecía capaz de masticar correas de arneses para desayunar. —Los rizos escarlatas ondearon al sacudir la cabeza—. En fin, lo hecho, hecho está. Los Ajahs se han dividido, ¿no es así? Es lo único que encaja; mis órdenes y el que esa vieja corneja haya sido neutralizada. La unidad de la Torre está rota y las Azules han huido.

Siuan rechinó los dientes. Intentó decirse a sí misma que la mujer era leal al Ajah Azul, no a ella personalmente, pero no le sirvió de mucho. «¿Vieja corneja? Ella sí que es vieja, lo bastante para ser mi madre. Aunque, si lo fuera, me habría ahogado a mí misma.» Tuvo que hacer un esfuerzo denodado para dar a su voz un tono humilde.

—Mi mensaje es importante, pero he de ponerme en camino lo antes posible. ¿Podéis ayudarme?

—Así que es importante, ¿no? Bueno, permíteme que lo ponga en duda. El problema es que puedo darte una pista, pero depende de ti descifrarla. ¿La quieres? —Al parecer, la mujerona se negaba a facilitarle las cosas.

—Sí, por favor.

—Sally Daer. Ignoro quién es o quién fue, pero se me dijo que diera su nombre a cualquier Azul que pasara por aquí con aspecto de estar perdida, por decirlo de algún modo. No serás una de las hermanas, pero tienes arrogancia más que de sobra para pasar por una de ellas, así que te lo doy. Sally Daer. Haz lo que gustes con la información.

Librodot

Siuan contuvo un grito de emoción y se obligó a adoptar un aire abatido.

—Tampoco yo la oí nombrar nunca. No tendré más remedio que seguir buscando.

—Si las encuentras, dile a Aeldene Sedai que sigo siendo leal a pesar de lo que haya ocurrido. He trabajado para las Azules durante tanto tiempo que no sabría qué hacer conmigo misma en caso contrario.

—Se lo comunicaré —aseguró Siuan. Ignoraba que Aeldene era quien la había reemplazado en el cargo de dirigir la red de informadoras de las Azules; la Amyrlin, procediera del Ajah que procediera, pasaba a pertenecer a todos pero no formaba parte de ninguno—. Supongo que necesitaréis una razón para no contratarme. Lo cierto es que no sé cantar, así que supongo que servirá.

—Como si eso les importara a esos patanes de ahí fuera. —La mujerona enarcó una ceja y sonrió de un modo que no le gustó a Siuan—. Ya se me ocurrirá algo, mozuela. Y te daré un consejo: si no bajas un par de peldaños, alguna Aes Sedai te arrastrará al pie de la escalera. Me sorprende que no haya ocurrido ya. Y, ahora, lárgate. Sal de aquí.

«Qué mujer tan odiosa —rezongó Siuan para sus adentros—. Si hubiera algún modo de conseguirlo, haría que se le impusiera un castigo hasta que los ojos se le salieran de las órbitas.» Así que pensaba que merecía ser tratada con más respeto, ¿no?

—Gracias por vuestra ayuda —dijo fríamente al tiempo que hacía una reverencia que no habría desentonado en ninguna corte—. Habéis sido muy amable.

Había dado tres pasos en el interior de la sala cuando la señora Tharne apareció detrás de ella y su voz guasona se levantó por encima del alboroto:

—¡Pues vaya que no es vergonzosa la doncella! ¡Con unas piernas blancas y torneadas como para haceros babear a todos, pero se puso a berrear como un niño cuando le dije que tendría que enseñároslas! ¡Se sentó en el suelo y se puso a gimotear! ¡Con esas caderas, tan redondas como para complacer a cualquiera, y va...!

Siuan tropezó al tiempo que las risotadas aumentaban, aunque no lo bastante para ahogar la relación de atributos que enumeraba la mujerona. Consiguió dar otros tres pasos, con la cara tan roja como la grana, y después echó a correr.

Ya en la calle, se detuvo para recuperar el aliento y dejar que su corazón volviera a latir con normalidad. «¡Esa horrible y vieja arpía! ¡Debería...!» Daba igual lo que debería haber hecho; esa repulsiva mujer le había dicho lo que necesitaba. Nada de Sally Daer; no era en absoluto una mujer, pero eso sólo lo sabría o incluso lo sospecharía una Azul. Salidar. El lugar de nacimiento de Deane Aryman, la hermana Azul que había ascendido a Amyrlin después de Bonwhin y que había salvado a la Torre del desastre al que Bonwhin la había empujado. Salidar. Uno de los últimos lugares, aparte de la mismísima Amadicia, en el que nadie buscaría Aes Sedai.

Dos hombres con blancas capas y reluciente cota de malla cabalgaban calle abajo, en su dirección, apartando a regañadientes los caballos del paso de las carretas. Hijos de la Luz. En la actualidad se los encontraba en cualquier sitio. Siuan agachó la cabeza, observando a los Capas Blancas, cautelosamente, por debajo del ala del sombrero, y se acercó más a la fachada azul y verde de la posada. Le echaron un vistazo cuando pasaban a su lado —unos duros rostros bajo los brillantes yelmos cónicos— y siguieron adelante.

Siuan se mordió los labios, mortificada. Probablemente había llamado su atención al echarse hacia atrás. ¿Y si le habían visto la cara...? No pasaría nada, claro está. Los Capas Blancas intentarían matar a una Aes Sedai a la que encontraran sola, pero su rostro ya no era el de una Aes Sedai. Únicamente la habían visto intentar esconderse de ellos. Si Duranda Tharne no la hubiera irritado tanto, no habría cometido un error tan estúpido. Todavía recordaba un tiempo en que algo tan sin importancia como los comentarios de la posadera no habría hecho que su paso vacilara en lo más mínimo; naturalmente, esa oronda rabanera oxigenada jamás se habría atrevido a decirle una sola palabra de aquello. «Si a esa verdulera no le gustan mis modales, le...» Lo que tenía que hacer era continuar con el asunto que le importaba, y hacerlo antes de que la señora Tharne la azotara de modo que no pudiera

Librodot

sentarse en la silla de montar. A veces costaba acordarse que habían quedado atrás los días en que podía emplazar a reyes y reinas y hacer que acudieran aunque fuera a la fuerza.

Mientras seguía caminando calle adelante, asestó unas miradas tan duras a algunos carreteros que éstos se tragaron los comentarios que empezaban a dedicar a una hermosa joven que iba sola. Sólo algunos.

Min se encontraba sentada en un banco pegado a la pared de la abarrotada sala, en El Tiro de Nueve Caballos, observando una mesa que estaba rodeada por hombres en pie, algunos con látigos de carreteros enrollados al hombro y otros con espadas al cinto, que los señalaban como guardias de mercaderes. Alrededor de la mesa había otros seis más, sentados hombro con hombro. Apenas alcanzaba a ver a Logain y a Leane, que se habían colocado al otro lado de la mesa. El hombre tenía el ceño fruncido, en un gesto malhumorado; todos los demás parecían pendientes de cada una de las palabras de la sonriente Leane.

El aire estaba cargado con el humo de las pipas, y las conversaciones casi ahogaban la música de flauta y tambor y la voz de la chica que cantaba y bailaba encima de una mesa, entre las chimeneas de piedra. La canción hablaba de una mujer que trataba de convencer a seis hombres que cada uno de ellos era el único hombre de su vida; a Min le pareció interesante a pesar de que la letra la sonrojó. De vez en cuando, la cantante asestaba miradas celosas a la mesa abarrotada. O, más bien, a Leane.

La alta domani ya tenía encandilado a Logain para cuando entraron en la posada, y había atraído a más hombres como moscas a la miel con aquellos andares sinuosos y la ardiente mirada de sus ojos. Había faltado poco para que estallara una reyerta. Logain y los guardias de mercaderes habían llevado la mano a la espada, se habían desenvainado cuchillos, y el fornido propietario y dos tipos musculosos se habían dirigido apresuradamente hacia el grupo blandiendo porras. Y Leane había apagado las llamas con la facilidad con que había atizado el fuego, lanzando una sonrisa aquí, unas cuantas palabras allí, una palmadita en la mejilla acullá. Hasta el posadero había remoloneado un poco junto a la mesa, sonriendo como un estúpido, hasta que los parroquianos le instaron a que se marchara. ¡Y Leane creía que necesitaba practicar! No era justo.

«Si pudiera hacer eso mismo con un hombre en particular, me sentiría más que satisfecha. A lo mejor podría enseñarme a... ¡Luz! ¿Pero qué estoy pensando?» Siempre había sido fiel a sí misma, y los demás podían aceptarla como era o no. Y ahora estaba pensando en cambiar su forma de ser y de pensar por un hombre. Bastante malo había sido tener que esconderse debajo de un vestido, en lugar de llevar la chaqueta y los pantalones que siempre vestía. «Seguro que te miraría luciendo un vestido de escote bajo. Tienes más que enseñar que Leane, y ella... ¡Oh, basta!»

—Tenemos que ir hacia el sur —dijo Siuan junto a su hombro, y Min se llevó un susto de muerte. No había visto entrar a la mujer—. Ahora.

Por el brillo de los azules ojos de Siuan, era evidente que se había enterado de algo. Que lo compartiera con los demás, era harina de otro costal. La mujer parecía creer que seguía siendo la Amyrlin la mayoría del tiempo.

—No podremos llegar a ningún sitio con posada antes de la caída de la noche —argumentó Min—. Deberíamos coger habitaciones aquí para esta noche. —Era agradable la idea de dormir otra vez en una cama en lugar de hacerlo debajo de unos matorrales o dentro de graneros, aunque por lo general tenía que compartir el cuarto con Leane y Siuan. Logain no habría tenido inconveniente en alquilar habitaciones individuales para cada una de ellas, pero Siuan se ponía en plan ahorrativo cuando Logain empezaba a repartir dinero a manos llenas.

Siuan miró en derredor, pero todos aquellos que no estaban pendientes de Leane se dedicaban a escuchar a la cantante.

—Eso es imposible. Creo... Creo que algunos Capas Blancas podrían empezar a hacer preguntas sobre mí.

Librodot

Min soltó un quedo silbido.

—A Dalyn no le hará gracia eso.

—Entonces, no se lo cuentes. —Siuan sacudió la cabeza al reparar en la muchedumbre apiñada alrededor de Leane—. Dile a Amaena que tenemos que marcharnos. Él la seguirá. Y esperemos que el resto no haga lo mismo.

Min sonrió irónicamente. Puede que Siuan afirmara que no le importaba que Logain —Dalyn— se hubiera puesto al mando, principalmente haciendo caso omiso de ella cuando la mujer intentaba obligarlo a que hiciera algo, pero no había renunciado a seguir llevándolo pegado a los talones.

—Por cierto, ¿qué demonios será lo de El Tiro de Nueve Caballos? —preguntó la joven mientras se levantaba. Había salido a la puerta esperando encontrar una pista, pero el letrero que colgaba sobre la entrada sólo llevaba puesto el nombre—. Los he visto de ocho e incluso de diez, pero jamás de nueve.

—En esta ciudad —dijo Siuan, con remilgo—, más vale no hacer preguntas. —Un repentino rubor en las mejillas hizo sospechar a Min que la mujer lo sabía, y muy bien—. Ve a buscarlos. Nos aguarda un largo camino y no hay tiempo que perder. Y que no te oiga nadie más.

Min resopló bajito. Absortos en la sonrisa de Leane, ninguno de los hombres repararía siquiera en ella. Le habría gustado saber qué había hecho Siuan para llamar la atención de los Capas Blancas. Era lo que menos les interesaba que ocurriera, y no era propio de Siuan cometer esa clase de errores. Ojalá supiera cómo lograr que Rand la mirara como esos hombres estaban mirando a Leane. Si se iban a pasar toda la noche cabalgando —y sospechaba que era así— a lo mejor Leane accedería a darle unos cuantos consejos.

CAPÍTULO 12

Una vieja pipa

Una racha de viento que arremolinaba el polvo bajó por la calle de Lugard y le arrebató el sombrero de terciopelo a Gareth Bryne; la prenda fue a parar directamente debajo de la rueda de una traqueteante carreta. El aro de hierro machacó el sombrero contra la dura arcilla de la calle, dejando tras de sí un inservible pingo aplastado. Gareth se quedó mirándolo un momento y después siguió caminando. «Después de todo, ya estaba lleno de manchas tras el viaje», se dijo para sus adentros. La chaqueta de seda también estaba llena de polvo antes de llegar a Murandy, y ya no servía de mucho cepillarla cuando se tomaba ese trabajo, cosa harto infrecuente. Ahora parecía más parda que gris. Debería buscar algo más sencillo; al fin y al cabo, no se dirigía a un baile de palacio.

Esquivó las carretas que se zarandeaban sobre los surcos de la calle, haciendo caso omiso de los insultos que le dirigían los carreteros —cualquier soldado de escuadrón los soltaba mejores hasta estando dormido— y se metió en una posada de tejado rojo llamada El Pescante. El dibujo del letrero daba al nombre una interpretación muy explícita.

La sala era como cualquier otra de las que había visto en Lugard, con carreteros y guardias de mercaderes apiñándose con mozos de establo, herreros, peones y tipos de cualquier condición, todos ellos hablando o riendo tan fuerte como les era posible mientras bebían tanto como podían, con una mano sujetando la copa, y la otra siempre dispuesta a toquetear a las camareras. En realidad, no difería mucho de las salas y tabernas de muchas otras ciudades, aunque el ambiente de la mayoría era considerablemente más moderado. Una moza rolliza, que llevaba una blusa que parecía a punto de caérsele, brincaba y cantaba encima de una mesa acompañada por la supuesta música de dos flautas y una vihuela de doce cuerdas.

Gareth no tenía buen oído para la música, pero se detuvo un momento para escuchar cantar a la muchacha; habría tenido muy buena acogida en cualquier campamento de soldados que conocía. Claro que habría sido igualmente popular aunque no cantara. Luciendo esa blusa, no habría tardado en encontrar un marido.

Joni y Barim ya estaban allí; el tamaño del primero bastaba para garantizarles sitio en una mesa para ellos solos a despecho del ralo cabello y del vendaje que todavía le ceñía las sienes. Estaban escuchando cantar a la chica, o, al menos, la miraban muy atentos. Tocó a los dos guerreros en el hombro y señaló con un gesto hacia la puerta lateral que conducía al establo, donde un mozo de cuadra hosco y algo bizco les cuidaba los caballos por tres monedas de plata. Más o menos un año antes Bryne podría haberse comprado un buen corcel por ese mismo precio. Los problemas existentes en el oeste y en Cairhien estaban haciendo estragos en el comercio y los precios.

Ninguno de ellos habló hasta que cruzaron las puertas de la ciudad y se encontraron en una calzada —poco más que un sendero ancho— apenas transitada que serpenteaba en dirección norte, hacia el río Storn.

—Estuvieron aquí ayer, mi señor —dijo entonces Barim.

También Bryne había obtenido la misma información. Tres mujeres bonitas, obviamente

forasteras, no podían pasar por una ciudad como Lugard sin que se fijaran en ellas. Al menos, en lo que se refería a los hombres.

—Ellas y un tipo ancho de hombros —continuó Barim—. Quizás el tal Dalyn que estaba con ellas cuando incendiaron el granero de Nem. En fin, sea quien sea, los cuatro estuvieron en El Tiro de Nueve Caballos un rato, pero sólo bebieron algo y se marcharon. Esa domani, de la que me han hablado los chicos, por lo visto estuvo a punto de armar un follón con sus sonrisas y sus cimbreos, pero después volvió a calmar los ánimos del mismo modo. ¡Diablos, cómo me gustaría conocer a una domani!

—¿Te enteraste del camino que tomaron, Barim? —preguntó, armado de paciencia, Bryne. Él no había conseguido esa información.

—Eh, no, mi señor. Pero oí comentar que han estado pasando por la ciudad montones de Capas Blancas, todos dirigiéndose hacia el oeste. ¿Creéis que Pedron Niall planea algo? ¿Quizás en Altara?

—Eso ya no nos concierne, Barim. —Bryne sabía que su tono paciente empezaba a sonar un tanto tenso, pero Barim era un veterano en campañas lo bastante baqueteado para atenerse al asunto que tenían entre manos.

—Yo sé dónde fueron, mi señor —intervino Joni—. Al oeste, por la calzada de Jehannah, y con muchas prisas, por lo que oí. —Parecía preocupado—. Mi señor, me encontré con dos guardias de mercaderes, unos muchachos que prestaron servicio en la Guardia Real, y eché un trago con ellos. Resulta que se encontraban en un lupanar llamado La Gran Galopada Nocturna cuando esa chica, Mara, entró y pidió trabajo como cantante. No se lo dieron porque, al parecer, no quería enseñar las piernas del modo que lo hacen las cantantes en casi todos estos sitios, y no se la puede culpar por ello, así que se marchó. Por lo que me ha contado Barim, fue inmediatamente después cuando se pusieron de camino hacia el oeste. No me gusta, mi señor. No es la clase de chica que quiere un trabajo en un sitio así. Me parece que está intentando escaparse del tal Dalyn.

Cosa curiosa, a pesar del tremendo chichón, Joni no sentía animosidad por las tres jóvenes. Era de la opinión, expresada a menudo desde que habían partido de la mansión, de que las chicas se encontraban en alguna clase de aprieto y que necesitaban que las rescataran. Bryne sospechaba que, si conseguía atrapar a las jóvenes y llevarlas de regreso a sus posesiones, Joni estaría detrás de él para que se las entregara a sus hijas a fin de que les procuraran cuidados maternales.

Por su parte, Barim no albergaba tales sentimientos.

—Ghealdan. —Frunció el ceño—. O puede que Altara o Amadicia. Las vamos a pasar moradas para traerlas de vuelta. Yo diría que no merece la pena tantas molestias por un granero y algunas vacas.

Bryne no hizo comentarios. Había seguido a las chicas hasta allí, y Murandy era un sitio poco recomendable para unos andoreños, considerando los innumerables conflictos fronterizos habidos durante tantos años. Sólo un necio entraría en Murandy siguiendo los ojos de una quebrantadora de juramentos. Entonces ¿qué necio redomado los seguiría a través de medio mundo?

—Respecto a esos muchachos con los que hablé —apuntó tímidamente Joni—, en fin, mi señor, parece ser que muchos de los hombres que sirvieron bajo... vuestro mando han sido expulsados de la Guardia Real. —Envalentonado por el prolongado silencio de Bryne, continuó—: Han entrado muchos tipos nuevos. A montones. Esos muchachos me dijeron que por lo menos cuatro o cinco por cada uno que expulsaron con la excusa de que ya no necesitaban sus servicios. Y son de esos a los que les gusta organizar jaleo en lugar de frenarlo. Hay algunos que se autodenominan los Leones Blancos y que sólo obedecen al tal Gaebril. —Escupió con desprecio para demostrar lo que pensaba de ello—. Y un montón más que no pertenecen a la Guardia Real. Nada de levas de la casa Trakand. Que sepan ellos, Gaebril cuenta con un número de tropas diez veces superior al que posee la Guardia Real, y todos han prestado juramento al trono de Andor, pero no a la reina.

—Eso tampoco nos concierne ya —replicó Bryne, cortante. Se fijó en que Barim tenía la mejilla abultada con la lengua, como solía hacer cuando no quería decir algo o cuando no estaba seguro de que fuera lo bastante importante—. ¿De qué se trata, Barim? Vamos, hombre, suéltalo.

El veterano de rostro curtido como un pedazo de cuero viejo lo miró sorprendido. Nunca se había explicado cómo podía saber Bryne que se estaba guardando algo.

—Bueno, mi señor, algunos de los tipos con los que hablé me comentaron que varios Capas Blancas estaban haciendo preguntas ayer sobre una chica cuya descripción encaja con la de la tal Mara. Querían saber quién era y adónde había ido. Así de claro. Por lo visto su interés creció mucho cuando se enteraron de que se había marchado de la ciudad. Si van tras ella, podría acabar en la horca antes de que la encontremos. Y, si se toman la molestia de ir tras ella para prenderla, puede que no hagan demasiadas preguntas respecto a si realmente es una Amiga Siniestra o lo que quiera que sea por lo que la buscan.

Bryne frunció el entrecejo. ¿Capas Blancas? ¿Por qué los Hijos de la Luz estaban interesados en Mara? Jamás creería que era una Amiga Siniestra. Claro que, en cierta ocasión, había visto ahorcar en Caemlyn a un jovenzuelo con cara de niño que era Amigo Siniestro y que había estado impartiendo enseñanzas a los chiquillos en la calle respecto a las glorias del Oscuro, el Gran Señor de la Oscuridad, como lo llamaban ellos. Que se supiera, el muchachito había matado a nueve niños en tres años, cuando sospechaba que iban a denunciarlo. «No, esa chica no es una Amiga Siniestra, y apostaría mi vida en ello.» Los Capas Blancas sospechaban de todo el mundo. Y si se les metía en la cabeza la idea de que se había marchado de Lugard para esquivarlos...

Taconeó a *Viajero* para ponerlo a medio galope. El castrado alazán no tenía una estampa espléndida, pero era resistente y valeroso. Los otros dos hombres lo alcanzaron enseguida y guardaron silencio al advertir el humor de su señor.

A unos tres kilómetros de Lugard, Bryne salió del camino y se internó en un bosquecillo de robles y cedros. El resto de sus hombres habían instalado un campamento temporal allí, en un claro resguardado bajo las extensas ramas de los robles. Había varias lumbres pequeñas encendidas, ya que aprovechaban cualquier oportunidad para preparar un poco de té, y algunos estaban echando una cabezada; dormir era otra de las cosas que un veterano no dejaba de hacer en cuanto tenía ocasión.

Los que estaban en vela despertaron a los demás sin muchas contemplaciones, y enseguida todos se encontraban pendientes de él. Bryne los estuvo observando unos instantes. Los cabellos grises, los cráneos calvos y los rostros arrugados. Todavía endurecidos y en forma, pero aun así... Había sido un necio arriesgándose a llevarlos a Murandy sólo porque quería saber por qué una mujer había roto un juramento. Y tal vez con el agravante de tener tras ellos a los Capas Blancas. Además, no había modo de saber cuánto tiempo pasaría antes de que la aventura llegara a su fin. Si daban media vuelta ahora, habrían estado ausentes de casa más de un mes para cuando volvieran a ver Hontanares de Kore. Si, por el contrario, continuaban, no tenía garantía de que la persecución acabara antes de llegar al Océano Aricio. Lo que debería hacer era coger a sus hombres y llevarlos a casa. Eso era lo que tendría que hacer. No tenía motivo para pedirles que intentaran arrebatar a esas chicas de las manos de los Capas Blancas. Debería abandonar a Mara a la justicia de los Hijos.

—Nos dirigimos hacia el oeste —anunció, y de inmediato todos se pusieron a apagar precipitadamente las lumbres con el té y a guardar los cazos en las alforjas—. Tendremos que forzar la marcha, porque me propongo alcanzarlas en Altara si es posible; pero, si no, es imposible saber hacia dónde nos conducirán. Tal vez hayáis visitado Jehannah o Amador o Ebou Dar antes de que esto haya acabado. —Soltó una risa afectada—. Descubriréis hasta qué punto sois realmente duros si llegamos a Ebou Dar. Tienen tabernas allí donde las camareras desuellan illianos para cenar y ensartan en espetones a Capas Blancas para divertirse.

Los hombres rieron con más ganas de lo que requería la broma.

—Eso no nos preocupa estando vos con nosotros, mi señor —dijo entre risitas Thad

mientras metía la taza de estaño en las alforjas. Su rostro estaba tan arrugado como un trozo de cuero estrujado—. Vaya, pero si os oí una vez tener una buena agarrada con la mismísima Amyrlin, y... —Jar Silvin le soltó una patada en el tobillo, y Thad se giró velozmente hacia el hombre más joven, aunque también tenía el pelo canoso, y lo amenazó con el puño—. ¿A qué ha venido eso, Silvin? Si lo que buscas es que te rompa la cabeza, sólo tienes que... ¿Qué? —Las miradas significativas de Silvin y de algunos de los otros lograron finalmente hacerlo caer en la cuenta de lo que había dicho—. Oh. Oh, sí. —Hundió la cara en el flanco de su caballo y se afanó en ajustar las cinchas de la silla, pero las risas habían cesado por completo.

Bryne se obligó a relajar el rostro contraído. Ya iba siendo hora de que dejara atrás el pasado. Sólo por una mujer cuyo lecho —y algo más, pensó él— había compartido, sólo porque esa mujer lo había mirado como si nunca lo hubiera visto, no era motivo para no volver a pronunciar su nombre. Sólo porque lo había exiliado de Caemlyn bajo pena de muerte por haberle aconsejado como juró que lo haría... Si se había convertido en una paloma arrulladora con ese lord Gaebril que tan de repente había aparecido en Caemlyn, era algo que ya no le concernía. Ella le había dicho, con un tono tan frío y seco como un pedazo de hielo, que el nombre de Gareth Bryne no se volvería a pronunciar en palacio, y que sólo sus largos años de servicio la frenaban de mandarlo al tajo del verdugo por el cargo de traición. ¡Traición! No. Necesitaba mantener el ánimo, sobre todo si esto acababa siendo una persecución larga.

Echando la pierna alrededor de la perilla de la silla, sacó la pipa y la bolsita de tabaco. La cazoleta estaba tallada a semejanza de un toro salvaje, ceñido con la Corona de la Rosa de Andor. Durante un milenio éste había sido el emblema de la casa Bryne: fortaleza y valor al servicio de la reina. Necesitaba otra pipa; ésta estaba vieja.

—No salí de ésa tan bien parado como pareces creer. —Se inclinó para que uno de los hombres le tendiera una ramita, todavía que estaba encendida, de una de las lumbres, y después se irguió mientras daba continuamente chupadas a la pipa—. Sucedió hace unos tres años. La Amyrlin estaba haciendo un recorrido: Cairhien, Tear, Illian... y acabó en Caemlyn antes de regresar a Tar Valon. Por aquel entonces teníamos problemas fronterizos con los señores murandianos... para variar. —Hubo una risotada general; todos habían servido en la frontera con Murandy en un momento u otro—. Yo había enviado a algunos de los guardias reales para que dejaran claro a los murandianos quién poseía los rebaños y el ganado que se encontraban a nuestro lado de la frontera. Nunca imaginé que la Amyrlin se interesara por algo así. —Desde luego, todos tenían la atención puesta en él, y, aunque los preparativos para la marcha continuaban, ahora iban más despacio.

»Siuan Sanche y Elaida se encerraron con Morgase —bien; había pronunciado su nombre y ni siquiera le había dolido— y, cuando salieron, Morgase estaba, por un lado, a punto de estallar, echando chispas por los ojos, y por otro, como una niñita de diez años a la que ha reprendido su madre por sorprenderla cogiendo pastelillos. Es una mujer de carácter, pero atrapada entre Elaida y la Sede Amyrlin... —Sacudió la cabeza y los hombres soltaron risitas quedas; atraer el interés de las Aes Sedai era algo que ninguno de ellos envidiaba a los señores y dirigentes—. Me ordenó que retirara inmediatamente todas las tropas de la frontera con Murandy. Le pedí que lo discutiéramos en privado, y Siuan Sanche se me echó encima. Delante de la mitad de la corte, me dio un repaso de arriba abajo y de atrás adelante como si fuera un soldado raso. Dijo que si no hacía lo que me habían mandado me utilizaría como cebo para peces. —Había tenido que pedirle perdón a la Amyrlin delante de todos, sólo por tratar de hacer lo que había jurado hacer, pero no había necesidad de añadir este detalle. Incluso entonces, no estuvo seguro de si la Amyrlin no exigiría a Morgase que fuera decapitado o que la decapitaran a ella misma.

—Entonces es que tenía intención de atrapar un pez gordo —rió alguien, y los demás corearon sus risas.

—El resultado fue —continuó Bryne— que yo salí chamuscado y los guardias reales recibieron la orden de regresar de la frontera. Así que, si confiáis en mí para que os proteja en

Ebou Dar, recordad que mi opinión es que esas camareras serían capaces de poner a secar el pellejo de la Amyrlin junto con el del resto de nosotros.

Hubo un estallido de carcajadas.

—¿Llegasteis a descubrir por qué hubo aquella contraorden, mi señor? —quiso saber Joni.

—No. —Bryne sacudió la cabeza—. Algún asunto de las Aes Sedai, supongo. A la gente como tú y como yo no les dan explicaciones de lo que se traen entre manos. —Aquello provocó más risas.

Montaron con una agilidad que desmentía su edad. «Algunos no son mayores que yo», pensó con ironía. Demasiado viejo para andar persiguiendo un par de ojos bonitos, lo bastante jóvenes para ser los de su hija, cuando no su nieta. «Sólo quiero saber por qué faltó a su juramento; sólo eso», se dijo firmemente.

Alzó la mano e hizo la señal de marchar. Se dirigieron hacia el oeste, dejando tras de sí una estela de polvo. Tendrían que cabalgar sin descanso para alcanzarlas, pero estaba dispuesto a conseguirlo. Las encontraría estuvieran donde estuvieran, en Ebou Dar o en la Fosa de la Perdición.

Librodot

CAPÍTULO 13

Un cuarto pequeño en Sienda

Elayne se sujetaba en el asidero de cuero para aguantar los zarandeos del carruaje, e intentaba hacer caso omiso del gesto agrio de Nynaeve, sentada enfrente de ella. Las cortinas estaban retiradas a pesar de las bocanadas de polvo que entraban de vez en cuando por las ventanillas; la brisa aliviaba un poco el calor del final de la tarde. Las colinas boscosas pasaban y quedaban atrás, con las frondas rotas de trecho en trecho por pequeñas extensiones de campos de cultivos. La mansión de un señor, al estilo de Amadicia, coronaba un otero a pocos kilómetros de la calzada; era una enorme construcción, con los quince primeros metros de altura hechos de piedra, y sobre ésta, otra estructura de madera, con numerosos balcones ornamentados y techos de tejas rojas. Antaño habría sido toda de piedra, pero habían pasado muchos años desde la época en que un señor necesitaba una fortaleza en Amadicia, y la promulgación del rey exigía construcciones de madera. Ningún noble rebelde resistiría mucho tiempo contra el rey. Por supuesto, los Hijos de la Luz quedaban exentos de dicha ley; en realidad, lo estaban de muchas leyes amadicienses. De pequeña había tenido que aprender algo sobre leyes y costumbres de otras naciones.

También los labrantíos salpicaban las distantes colinas, como parches marrones sobre un paño verde, y los hombres que los trabajaban parecían hormigas. Todo tenía aspecto seco; si hubiera caído un rayo habría prendido un fuego que se habría extendido leguas y leguas. Empero, los rayos significaban lluvia, y las escasas nubes que había en el cielo estaban demasiado altas y eran demasiado tenues para formar una tormenta. Ociosamente, se preguntó si sería capaz de hacer que lloviera. Había aprendido mucho respecto al control sobre los fenómenos atmosféricos. Aun así, resultaba muy difícil si se tenía que empezar partiendo de nada.

—¿Está aburrida, mi señora? —preguntó con acritud Nynaeve—. Por el modo en que mi señora contempla el campo, con altanería, eso sí, se diría que mi señora desearía viajar más deprisa.

Dicho esto, Nynaeve alargó el brazo por detrás de su cabeza y abrió de un tirón un pequeño ventanuco.

—Más rápido, Thom —gritó—. ¡No discutas conmigo! ¡Y tú, Juilin el rastreador, contén también la lengua! ¡He dicho que más deprisa!

La trampilla de madera se cerró con un golpe seco, pero Elayne siguió escuchando los rezongos de Thom; seguramente eran maldiciones. Nynaeve había estado gritando a los dos hombres todo el día. Un instante después, sonó el chasquido del látigo y el carruaje aumentó aun más la velocidad, zarandeándose con tanta violencia que las dos mujeres rebotaron en los asientos de seda dorada. El tapizado había sido cepillado a fondo cuando Thom llevó el carruaje, pero el mullido de los asientos hacía mucho que se había quedado apelmazado. A pesar de las sacudidas que recibía, el firme gesto de Nynaeve manifestaba que no le pediría a Thom que volviera a aminorar la marcha cuando acababa de ordenarle que fuera más deprisa.

—Por favor, Nynaeve —dijo Elayne—. Yo...

—¿Se siente incómoda, mi señora? —la interrumpió—. Sé que las nobles damas están

acostumbradas a las comodidades, algo que es desconocido para una pobre doncella, pero sin duda mi señora querrá llegar a la próxima ciudad antes de que oscurezca. Así, la doncella de la señora podrá servirle la cena y abrirle la cama. —Sus dientes chascaron con el violento encuentro del asiento subiendo y su trasero bajando; asestó una mirada furibunda a Elayne, como si la culpa fuera de ella.

Elayne suspiró sonoramente. Nynaeve había caído en la cuenta allá, en Mardecin. Una dama nunca viajaba sin su doncella, y dos damas, lógicamente, irían acompañadas por un par de sirvientas. A menos que pusieran un vestido a Thom o a Juilin, el papel de criada recaía en una de ellas. Nynaeve había comprendido que Elayne conocía mejor el comportamiento de una dama; la joven había expuesto el razonamiento con toda delicadeza, y la antigua Zahorí reconocía un planteamiento sensato cuando lo oía. Casi siempre. Pero eso fue en la trastienda de la señora Macura, después de haber hecho tragar un montón de su propia y horrible cocción a las dos mujeres.

Partieron de Mardecin y viajaron a toda velocidad y sin descanso hasta que a media noche llegaron a un pueblo pequeño que tenía posada, donde despertaron al posadero para que les alquilara dos incómodos cuartuchos con dos camas estrechas; al día siguiente se levantaron con las primeras luces y reanudaron la marcha, dando un rodeo a fin de pasar a varios kilómetros de Amador. Ninguno de los cuatro habría sido tomado por alguien distinto de lo que daba a entender su apariencia, pero no les agradaba la idea de cruzar una urbe llena de Capas Blancas. La Fortaleza de la Luz se encontraba en Amador. Elayne había oído decir que el rey reinaba en Amador, pero que era Pedron Niall quien gobernaba.

El problema había comenzado la pasada noche, en un lugar llamado Bellon, que se alzaba junto a un cenagoso arroyo que tenía el pretencioso nombre de río Gaean, a unos treinta kilómetros de la capital. La posada El Vado de Bellon era más grande que la de la noche anterior, y la señora Alfara, la posadera, ofreció a «lady Morelin» un comedor privado, a lo que Elayne no pudo negarse. La señora Alfara consideró que sólo «Nana», la «doncella» de lady Morelin, sabría cómo servir a su señora adecuadamente; las damas nobles requerían una rigurosa precisión en todo, adujo la mujer, y estaban en su derecho a hacerlo, pero las chicas que trabajan para ella no tenían costumbre de tratar con nobles señoras. Nana sabría exactamente cómo deseaba lady Morelin que le dispusieran las ropas de cama y podría prepararle un estupendo baño caliente tras un largo y caluroso día de viaje. La lista de cosas que Nana haría exactamente al gusto de su señora había sido interminable.

Elayne no estaba segura de si la nobleza amadiciense esperaba este comportamiento por parte de la señora Alfara o es que sencillamente la posadera quería quitarles trabajo a sus chicas cargándoselo a la criada forastera. La joven intentó librar a Nynaeve, pero su amiga había actuado con tantos «como vos digáis» y «mi señora es muy especial» como la posadera. Habría quedado como una necia o, al menos, habría parecido extraño, insistir en ello. Estaban procurando llamar la atención lo menos posible.

Mientras estuvieron en Bellon, Nynaeve había actuado como la perfecta doncella de una dama. En público, se entiende; en privado fue harina de otro costal. Elayne habría querido que Nynaeve hubiera asumido su propio papel en vez de estar chinchando con la pantomima de la doncella de una dama de la Llaga. Sus disculpas fueron recibidas con un «mi señora es muy amable» o simplemente haciendo caso omiso de ellas. «No pienso disculparme otra vez —pensó por enésima vez—. No voy a pedir perdón por algo que no es culpa mía.»

—He estado pensando, Nynaeve. —A pesar de ir aferrada a uno de los asideros de cuero, se sentía como una pelota en el juego infantil conocido en Andor como «el rebote», en el que se intentaba hacer botar lo más posible una pelota de madera, de colores, sobre una paleta. Empero, no pediría que el carruaje bajara la velocidad. Lo aguantaría tanto tiempo como su compañera. ¡Qué tozuda era esta mujer!—. Quiero llegar a Tar Valon y saber qué está ocurriendo, pero...

—¿Que mi señora ha estado pensando? Mi señora debe de tener jaqueca después de tal esfuerzo. Prepararé a mi señora una buena infusión de lengua de carnero y margaritas rojas

Librodot

tan pronto como...

—Cállate, Nana —replicó Elayne reposada pero firmemente, en una estupenda imitación de su madre. Nynaeve se quedó boquiabierta—. Si empiezas a tirarte de la trenza, harás el resto del viaje subida al techo, con el equipaje. —La antigua Zahorí exhaló un sonido ahogado, intentando con tanto empeño hablar que no consiguió pronunciar una sola palabra. Muy satisfactorio—. A veces parece que todavía crees que soy una niña, pero eres tú quien se comporta como tal. No te pedí que me frotaras la espalda en el baño, pero habría tenido que pelearme contigo para impedírtelo. A cambio, me ofrecí a frotar la tuya, no lo olvides. Y también me ofrecí a dormir en la carriola, pero tú te metiste en ella y rehusaste abandonarla. Basta ya de refunfuñar y de estar mohína. Si quieres, yo haré de doncella en la próxima posada. —Seguramente sería un desastre, porque Nynaeve empezaría a dar gritos a Thom en público o a propinar un bofetón a alguien. No obstante, haría cualquier cosa por tener un poco de paz—. Podemos parar ahora mismo y cambiarnos de ropa tras los árboles.

—Elegimos los vestidos de tu talla —rezongó la otra mujer al cabo de un momento. Abrió de nuevo la trampilla del carruaje y gritó—: ¡Aminorad la marcha! ¿Es que intentáis matarnos? ¡Estúpidos hombres!

No se oyó una sola palabra en el pescante del conductor mientras el vehículo reducía la velocidad hasta ponerse a un paso más razonable, pero Elayne habría apostado que los dos hombres estaban hablando. Se arregló el cabello lo mejor que pudo considerando que no tenía espejo. Todavía se sobresaltaba cuando veía los brillantes bucles negros cuando se miraba en uno. El vestido de seda verde también iba a necesitar un buen cepillado.

—¿En qué estuviste pensando, Elayne? —preguntó Nynaeve, cuyos pómulos estaban rojos como la grana. Al menos era consciente de que Elayne tenía razón, pero ceder haciendo esta pregunta era lo más parecido a una disculpa que podía esperarse de ella.

—Regresamos a toda prisa a Tar Valon, pero ¿sabemos realmente lo que nos espera en la Torre? Si es verdad que la Amyrlin dio esas órdenes... No acabo de creerlo, y tampoco puedo entenderlo, pero no pienso entrar en la Torre hasta que lo haga. «Sólo un necio mete la mano en un árbol hueco sin comprobar antes lo que hay dentro.»

—Una mujer sabia, esa Lini —opinó Nynaeve—. Tal vez descubramos algo más si vemos otro ramo de flores amarillas colgadas boca abajo, pero hasta entonces deberíamos actuar como si fuera el mismísimo Ajah Negro el que tiene la Torre bajo control.

—La señora Macura habrá enviado otra paloma a Narenwin a estas alturas, con la descripción de este carruaje, de los vestidos que le cogimos, y probablemente de Thom y Juilin también.

—Es inevitable. Esto no habría ocurrido si no nos hubiéramos demorado tanto cruzando Tarabon. Tendríamos que haber cogido un barco. —Elayne se quedó boquiabierta ante su tono acusador, y Nynaeve tuvo la delicadeza de ponerse colorada otra vez—. En fin, lo hecho, hecho está. Moraine conoce a Siuan Sanche. A lo mejor Egwene puede preguntarle si...

De repente, el carruaje se frenó con brusquedad, y Elayne salió lanzada contra Nynaeve. Mientras las dos mujeres intentaban desenredarse, oyeron relinchar y encabritarse a los caballos.

Elayne abrazó el *Saidar* al tiempo que sacaba la cabeza por la ventanilla para ver qué ocurría; con un suspiro de alivio, cortó el contacto con la Fuente Verdadera. Se trataba de algo que ya había visto en Caemlyn más de una vez; acampada en un amplio claro, a las sombras de media tarde, había una colección de jaulas con animales salvajes. Un enorme león de negra melena dormitaba en una de las jaulas, que ocupaba toda la parte trasera de una carreta, en tanto que sus dos consortes paseaban en los confines de otra. Una tercera jaula aparecía abierta; delante de ella, una mujer obligaba a dos osos negros de hocico blanco a hacer equilibrios sobre unas grandes esferas rojas. En otra jaula había lo que parecía un jabalí peludo de gran tamaño, salvo por su hocico que era demasiado afilado y en vez de pezuñas tenía dedos rematados con garras; Elayne sabía que procedía del Yermo de Aiel, y que se llamaba *capari.* En otras jaulas había más animales, así como aves de llamativos colores; pero,

Librodot

a diferencia de los espectáculos de animales salvajes que la joven había visto antes, éste contaba también con artistas humanos: dos hombres hacían juegos malabares con aros que se pasaban entre sí; cuatro acróbatas practicaban haciendo una torre humana; y una mujer daba de comer a una docena de perros que caminaban sobre sus patas traseras y hacían volteretas. Al fondo, otros hombres estaban levantando dos grandes postes; Elayne no tenía ni idea de para qué servían.

Sin embargo, no había sido nada de esto lo que había espantado a los caballos, haciéndoles recular a pesar de todos los esfuerzos de Thom para dominarlos con las riendas. Ella misma percibía el olor de los leones, pero era a los tres enormes animales, grises y arrugados, a los que los caballos miraban con ojos desorbitados. Dos de ellos eran tan altos como el carruaje, con grandes orejas e inmensos colmillos que se curvaban a partir de la nariz, la cual les colgaba hasta el suelo. Un tercero, más bajo que los caballos aunque igualmente corpulento, no tenía colmillos. Elayne supuso que se trataba de una cría. Una mujer de cabello rubio pálido estaba rascando a este último detrás de una oreja con una especie de garrocha. La heredera del trono también había visto criaturas como éstas con anterioridad, y jamás imaginó que volvería a verlas.

Un hombre alto, de cabello oscuro, salió del campamento y se dirigió hacia el carruaje; a pesar del calor, llevaba puesta una capa de seda roja que hizo ondear al tiempo que realizaba una elegante reverencia. Era bien parecido y tenía buen tipo, cosas ambas de las que, obviamente, era consciente.

—Disculpad, mi señora, si los mastodontes paquidercus asustaron a vuestros animales. —Se irguió y llamó por señas a dos de sus hombres para que ayudaran a tranquilizar a los caballos; luego la miró de hito en hito y susurró—: Calma, corazón desbocado. —Lo dijo lo bastante fuerte para que Elayne supiera que tenía que oírlo—. Soy Valan Luca, mi señora, singular director de espectáculos. —Hizo otra reverencia, ésta aun más ostentosa que la primera.

Elayne intercambió una mirada con Nynaeve y captó la divertida sonrisa que su amiga compartía con la suya. Un tipo muy pagado de sí mismo, el tal Valan Luca. Sus hombres parecían ser buenos en su tarea de tranquilizar a los caballos; los animales seguían resoplando e intentando recular, pero ya no tenían los ojos tan desorbitados. Thom y Juilin contemplaban a las extrañas bestias casi con tanta intensidad como los propios caballos.

—¿Mastodontes, maese Luca? —dijo Elayne—. ¿De dónde proceden?

—Mastodontes *paquidercus,* mi señora —fue la enfática respuesta—. Vienen de la legendaria Shara, donde yo mismo dirigí una expedición a un territorio salvaje repleto de raras civilizaciones y extraños paisajes para cazarlos. Me encantaría hablaros de todo ello. Hay gente gigantesca, el doble de grande que los Ogier. —Gesticuló para ilustrar sus palabras—. Seres sin cabeza. Aves lo bastante grandes para apresar toros adultos. Serpientes que pueden engullir a un hombre. Ciudades hechas de oro macizo. Bajad del carruaje, mi señora, y permitid que os lo cuente en detalle.

Elayne estaba convencida de que Luca se sentiría a sus anchas contando sus propios relatos, pero dudaba mucho que aquellas bestias procedieran de Shara. En primer lugar, porque ni siquiera los Marinos conocían de Shara más que los puertos amurallados en los que permanecían confinados durante su estancia en aquellas tierras; cualquiera que osaba ir más allá de las murallas, no volvía a ser visto. Tampoco los Aiel sabían mucho más. Y, en segundo lugar, porque Nynaeve y ella habían visto bestias como éstas en Falme, durante la invasión seanchan. Los seanchan las utilizaban tanto para trabajar como para la guerra.

—Me temo que no, maese Luca —le dijo.

—Entonces, permitid que actuemos para vos —se apresuró a proponer el hombre—. Como podéis ver, éste no es un espectáculo de animales salvajes corriente, sino algo totalmente nuevo. Será una actuación privada. Saltimbanquis, malabaristas, animales amaestrados, el hombre más fuerte del mundo... Hasta fuegos artificiales. Tenemos a un Iluminador entre nosotros. Vamos de camino a Ghealdan, y mañana habremos partido en alas

del viento. Por un pequeño donativo...

—Mi señora ha dicho que no —lo atajó Nynaeve—. Tiene cosas mejores en las que emplear su dinero que en mirar animales. —De hecho, era ella quien administraba los fondos comunes casi con tacañería, y, cuando tenía que soltar dinero para lo que necesitaban, lo hacía a regañadientes. Parecía pensar que todo tendría que costar igual que en su tierra natal, Dos Ríos.

—¿Y cómo es que tenéis intención de ir a Ghealdan, maese Luca? —preguntó Elayne. Nynaeve siempre levantaba ampollas y luego le tocaba a ella poner los emplastos—. Según he oído, hay muchos problemas por allí. Al parecer, el ejército ha sido incapaz de reprimir a ese hombre que se hace llamar el Profeta y que predica sobre el Dragón Renacido. Dudo mucho que queráis veros envuelto en revueltas y desórdenes.

—Se han exagerado mucho las cosas, mi señora. Demasiado. Allí donde hay multitudes, la gente quiere que alguien la entretenga. Y donde hay gente que quiere divertirse, mi espectáculo siempre es bienvenido. —Luca vaciló y luego se acercó más al carruaje. Una expresión azorada asomó fugazmente a su semblante cuando alzó la vista hacia Elayne—. Mi señora, la verdad es que me haríais un gran favor permitiéndome que actuáramos para vos. El hecho es que uno de los mastodontes ocasionó un pequeño problema en la próxima ciudad que encontraréis en el camino. Fue un accidente —se apresuró a añadir—, os lo aseguro. Son criaturas mansas y afables, en absoluto peligrosas. Pero la gente de Sienda no sólo se opone a que represente el espectáculo sino que no me permite acercarme a... En fin, que tuve que gastar todo mi dinero para pagar los daños y las multas. —Se encogió—. Sobre todo las multas. Si me permitís que haga la representación para vos, por una miseria, de veras, os proclamaría como protectora de mi espectáculo dondequiera que viajemos por el mundo, propagando la fama de vuestra generosidad, mi señora...

—Morelin —dijo—. Lady Morelin de la casa Samared. —Con el nuevo color de cabello, podía hacerse pasar por cairhienina; pero, aunque habría disfrutado mucho en otro momento, no tenía tiempo para ver su espectáculo, y así se lo dijo, añadiendo—: Pero os ayudaré un poco, si no tenéis dinero. Dale algo de dinero, Nana, para ayudarlo en su viaje a Ghealdan. —Lo que menos deseaba era que Luca «propagara su fama», pero socorrer a los pobres y a los afligidos era un deber que no descuidaría cuando tenía medios para ello, incluso en un país extranjero.

Rezongando, Nynaeve sacó la bolsa de dinero que llevaba sujeta al cinturón y rebuscó en su interior. Se asomó por la ventanilla lo bastante para poner en la mano de Luca lo que le daba. El hombre sufrió un sobresalto cuando le espetó:

—Si realizaseis un trabajo honrado, no tendríais que mendigar. ¡Arranca, Thom!

Thom hizo restallar el látigo, y Elayne fue arrojada contra el respaldo del asiento.

—No tenías que ser tan ruda —dijo—. Ni tan brusca. ¿Qué le diste?

—Un céntimo de plata —repuso tranquilamente Nynaeve mientras volvía a guardar la bolsa del dinero en el cinturón—. Y es más de lo que se merece.

—Nynaeve —gimió Elayne—, ese hombre seguramente cree que nos estábamos burlando de él.

La antigua Zahorí resopló con desdén.

—Con esos hombros —opinó—, un buen día de trabajo no acabará con él.

Elayne guardó silencio, aunque no estaba de acuerdo con ella. No del todo. Ciertamente, trabajar no perjudicaría al hombre, pero no creía que hubiera mucha oferta de trabajo. «Y no es que piense que maese Luca aceptaría una ocupación en la que no pudiera lucir esa capa.» Empero, si daba su opinión, Nynaeve empezaría a discutir —cuando le hacía notar, con toda gentileza, cosas que ella ignoraba, su amiga solía reaccionar acusándola de ser arrogante o de querer darle lecciones— y no merecía la pena que por Valan Luca tuvieran otro altercado cuando hacía tan poco que habían limado asperezas por el último.

Las sombras se iban alargando para cuando llegaron a Sienda, un pueblo grande con casas de piedra y techos de bálago en el que había dos posadas. La primera, El Lancero del

Rey, tenía un gran agujero donde había estado la puerta, y una multitud observaba a los obreros que hacían las reparaciones. Quizás al «mastodonte» de maese Luca no le había gustado el letrero, apoyado junto al agujero y, al parecer, partido, que representaba a un soldado cargando con la lanza.

Sorprendentemente, había más Capas Blancas en las abarrotadas calles de tierra que en Mardecin, muchos más, aparte de otros soldados, unos hombres equipados con cota de malla y yelmos cónicos de acero, cuyas capas azules lucían el emblema de Amadicia, la Estrella y el Acanto. Debía de haber guarniciones en las cercanías. Los hombres del rey y los Capas Blancas no parecían tenerse en mucho aprecio. O se empujaban al pasar junto al hombre que llevaba la capa del color contrario, como si no existiera, o intercambiaban miradas retadoras que amenazaban con llegar a las manos de un momento a otro. Los hombres de blancas capas lucían el símbolo del cayado de pastor rojo con el sol resplandeciente encima. La Mano de la Luz, como se autodenominaban, la Mano que busca la verdad; pero todos los demás los llamaban interrogadores. Hasta los otros Capas Blancas mantenían las distancias con ellos.

En suma, era suficiente para que a Elayne se le encogiera el estómago. Pero sólo quedaba una hora para la puesta de sol, como mucho, y eso considerando lo largos que eran los días a finales de verano. Aunque continuaran hasta medianoche, no tenían garantías de encontrar otra posada más adelante, y viajar a tan altas horas podría llamar la atención. Además, tenían una razón para parar temprano hoy.

Intercambió una mirada con Nynaeve y, al cabo de un momento, la otra mujer asintió y dijo:

—Tenemos que parar.

Cuando el carruaje se detuvo ante la fachada de La Luz de la Verdad, Juilin descendió de un salto para abrir la puerta, y Nynaeve esperó con actitud respetuosa a que ayudara a bajar a Elayne. Sin embargo, lanzó una fugaz sonrisa a la joven; no volvería a enfurruñarse por su papel de doncella. El morral de cuero que colgaba de su hombro resultaba un tanto chocante, aunque Elayne confió en que no demasiado. Ahora que la antigua Zahorí había conseguido tener a su disposición una provisión de hierbas curativas y ungüentos, no estaba dispuesta a perderla de vista.

El primer vistazo al letrero de la posada —un sol resplandeciente como el que los Hijos lucían en sus capas— bastó para que la joven deseara que el «mastodonte» la hubiera emprendido contra este establecimiento en lugar de destrozar el otro. Por lo menos no tenía el cayado de pastor detrás del sol. La mitad de los hombres que abarrotaban la sala llevaban capas níveas, y sus yelmos descansaban sobre la mesa, ante ellos. Elayne respiró hondo y se dominó para no girar sobre sus talones y marcharse de allí.

Dejando aparte a los soldados, la posada era agradable, con techos altos atravesados por vigas y las paredes cubiertas con paneles de madera pulida. Trozos de leña verde decoraban los hogares fríos de dos grandes chimeneas, y de la cocina salía el apetitoso olor de comida. Las camareras, con delantales blancos, se movían entre las mesas con actitud alegre, llevando bandejas con alimentos, vino y cerveza.

La llegada de una dama provocó un pequeño revuelo; quizás iba de visita a la capital. O tal vez a la mansión del señor de la comarca. Unos cuantos hombres la miraron, pero hubo más que dirigieron sus ojos hacia la «doncella», aunque el severo ceño de Nynaeve, cuando ésta reparó en su interés, los indujo a volver la vista de nuevo a sus bebidas. Nynaeve parecía pensar que era un delito que los hombres la miraran, aunque no dijo nada ni puso gesto de desprecio. Pensándolo bien, Elayne no entendía por qué, si su amiga tenía esa opinión, no llevaba vestidos menos favorecedores. Había tenido que emplearse a fondo para que Nynaeve se sintiera satisfecha de que el sencillo vestido gris le sentara a su gusto. La antigua Zahorí era una completa inútil con la aguja cuando se trataba de hacer un buen trabajo de costura.

La posadera, la señora Jharen, era una mujer rolliza con largos cabellos canosos, una cálida sonrisa y escrutadores ojos oscuros. Elayne sospechó que era capaz de distinguir un repulgo desgastado o una bolsa de dinero vacía a diez pasos de distancia. Obviamente, ella y

Nynaeve salieron bien paradas de su revista, porque hizo una profunda reverencia, extendiendo las amplias faldas grises sobre el suelo, y les dio un caluroso recibimiento, preguntando si la dama iba de camino a Amador o venía de allí.

—Vengo de allí —contestó Elayne con lánguida altivez—. Los bailes de la ciudad fueron realmente agradables, y el rey Ailron es tan apuesto como dicen, lo que no siempre ocurre con los monarcas, pero he de regresar a mis posesiones. Necesito una habitación para mí y para Nana, y algo para mi lacayo y mi cochero. —Pensando en Nynaeve y la carriola, añadió—: Quiero dos camas altas. Necesito que Nana esté a mi lado, y, si sólo dispone de una carriola, me tendrá despierta toda la noche con sus ronquidos. —La expresión respetuosa de Nynaeve desapareció, sólo un momento, por suerte, pero lo que había dicho era cierto. Su amiga había roncado de un modo terrible.

—Por supuesto, mi señora —respondió la rolliza posadera—. Tengo justo lo que necesitáis. Pero vuestros hombres tendrán que dormir en el henil del establo. La posada está abarrotada, como podéis ver. Una compañía de cómicos ambulantes trajo unos horribles y enormes animales al pueblo ayer, y uno de ellos causó grandes destrozos en El Lancero del Rey. El pobre Sim ha perdido a la mitad o más de sus clientes, y todos han venido aquí. —La sonrisa de la señora Jharen denotaba más satisfacción que conmiseración—. Sin embargo, dispongo de una habitación.

—Estoy segura de que me complacerá. Si sois tan amable de mandar un refrigerio y agua para el aseo, creo que me retiraré temprano. —Todavía entraba la luz del sol por las ventanas, pero se llevó la mano a la boca con delicadeza, como si contuviera un bostezo.

—Por supuesto, mi señora. Como gustéis. Por aquí, por favor.

La señora Jharen parecía creer que debía entretener a Elayne mientras las conducía al segundo piso, y se pasó charlando todo el rato de la gran ocupación de la posada y de lo milagroso que resultaba que todavía le quedara un cuarto vacío; de los trotamundos con sus animales y de cómo se los había expulsado de la villa y que se fuera en buena hora esa basura; de todos los nobles que se habían alojado en su establecimiento a lo largo de los años, incluso el capitán general de los Hijos, en una ocasión. Hasta un cazador del Cuerno había pasado por allí justo el día antes, de camino a Tear, en la que, según se decía, había caído la Ciudadela en manos de algún falso Dragón. ¿Y no era una terrible iniquidad que los hombres hicieran cosas semejantes?

—Confío en que jamás lo encuentren. —Los canosos bucles de la posadera se mecieron cuando sacudió la cabeza.

—¿Os referís al Cuerno de Valere? —preguntó Elayne—. ¿Y por qué no?

—Vaya, mi señora, porque, si lo encuentran, significará que la Última Batalla está próxima, que el Oscuro está liberándose de su prisión. —La señora Jharen se estremeció—. Quiera la Luz que jamás se encuentre el Cuerno de Valere. De ese modo, la Última Batalla no puede tener lugar, ¿verdad?

No parecía haber respuesta a una lógica tan curiosa.

La habitación no tenía espacio de sobra, aunque no estaba exactamente abarrotada. Había dos camas estrechas, con colchas de franjas, situadas a ambos lados de una ventana que se asomaba a la calle, y entre ellas y las paredes encaladas quedaba el hueco justo para caminar. Entre las camas se acomodaba una mesilla, con una lámpara y un yesquero; una diminuta alfombra de flores y un palanganero con un pequeño espejo completaban el mobiliario. Al menos, todo estaba limpio y reluciente.

La posadera mulló las blancas y suaves almohadas, estiró las colchas y a continuación dijo que los colchones que allí había eran del mejor plumón de ganso que existía, y que los hombres de la señora podían subir sus baúles por la escalera de atrás y que el cuarto quedaría muy acogedor; que por la noche soplaba una agradable brisa si la señora deseaba abrir la ventana y dejar la puerta abierta una rendija. ¡Como si fuera lo más normal dormir con la puerta abierta a un pasillo público! Antes de que Elayne se las ingeniara para quitarse de encima a la señora Jharen, llegaron dos muchachas con delantal llevando un gran cántaro azul

con abundante agua caliente, y también una bandeja grande lacada, cubierta con un paño blanco. La forma de una jarra de vino y dos copas sobresalían debajo del paño a un lado de la bandeja.

—Creo que piensa que podríamos irnos a El Lancero del Rey incluso con el agujero de la puerta —dijo Elayne, una vez que la mujer se hubo marchado. Miró en derredor y torció el gesto. Apenas dispondrían de espacio para ellas y los baúles—. Y quizá deberíamos hacerlo.

—Yo no ronco —manifestó Nynaeve con voz tirante.

—Pues claro que no. Pero tenía que decir algo.

Nynaeve soltó un sonoro resoplido, pero lo único que comentó fue:

—Me alegro de estar lo bastante cansada para irme a dormir. Aparte de la horcaria, no vi nada entre las hierbas que tenía la tal Macura que sirviera para conciliar el sueño.

Thom y Juilin tuvieron que hacer tres viajes para subir todos los baúles de madera, reforzados con bandas de hierro, sin dejar de rezongar durante todo el tiempo, como solían hacer los hombres, sobre tener que acarrearlos por la angosta escalera posterior. También masculleron por verse obligados a dormir en los establos cuando subieron el primer baúl —tenía las bisagras con forma de hoja, y en su fondo se encontraba el mayor montante del dinero y objetos valiosos, incluidos los *ter'angreal* recuperados—; pero, al echar un vistazo a la habitación, intercambiaron una mirada y cerraron el pico. Al menos, respecto al tema de las habitaciones.

—Vamos a ver de qué nos enteramos en la sala —informó Thom una vez que el último baúl quedó amontonado con los demás. Apenas quedaba espacio para llegar al palanganero.

—Eso está bien —dijo Elayne. Era evidente que necesitaban pensar que valían para algo más que para acarrear bultos y conducir carruajes. Y así había sido en Tanchico, y por supuesto en Mardecin, y podría repetirse de nuevo, pero difícilmente en este pueblo—. Llevad cuidado para no tener problemas con los Capas Blancas. —Los dos hombres compartieron una mirada sufrida, como si fuera tonta y no hubiera reparado en los rostros de ambos, magullados y sangrando, después de sus correrías en busca de información, pero los disculpó y sonrió a Thom—. Estoy impaciente por saber lo que descubráis.

—Por la mañana —intervino firmemente Nynaeve. Aunque apartó la intensa mirada de Elayne, fue como si los furibundos ojos estuvieran clavados en ella—. Si nos molestáis antes por algo menos importante que un ataque de trollocs, vais a encontraros con problemas.

La ojeada que intercambiaron los dos hombres fue más que expresiva —e hizo que Nynaeve enarcara las cejas exageradamente—, pero después de que les entregara, a regañadientes, unas cuantas monedas, se marcharon, conviniendo en que las dejarían dormir tranquilamente.

—Si no puedo hablar siquiera con Thom —empezó Elayne una vez que se hubieron marchado los hombres, pero Nynaeve la interrumpió.

—No estoy dispuesta a que entren en la habitación mientras duermo y estoy en camisón. —Mientras hablaba, se desabrochaba trabajosamente los botones que cerraban el vestido por la espalda. Elayne se acercó a ayudarla, pero la otra mujer la rechazó—: Puedo arreglármelas sola. Dame el anillo.

Aspirando el aire por la nariz, la heredera del trono se remangó las faldas para llegar a un pequeño bolsillo que había cosido por la parte interior del vestido. Si Nynaeve quería mostrarse irascible, allá ella; no le seguiría el juego aunque empezara a despotricar otra vez. En el bolsillo había dos anillos; dejó la Gran Serpiente dorada que le habían entregado al ascender a Aceptada, y sacó el otro, de piedra.

Moteado y surcado de vetas rojas, azules y marrones, era demasiado grande para encajar en el dedo, además de estar aplastado y retorcido. Su peculiar aspecto se acentuaba por el hecho de tener un único borde; si se pasaba la yema del dedo sobre dicho borde, se recorría la circunferencia interior y la exterior antes de volver al punto de partida. Era un *ter'angreal,* y su función era permitir el acceso al *Tel'aran'rhiod* incluso a una persona que no poseyera el Talento que Egwene y las caminantes de sueños Aiel compartían. Lo único que hacía falta era

Librodot

dormir con él en contacto con la piel. A diferencia de los dos *ter'angreal* que habían recuperado del Ajah Negro, no requería encauzar para que funcionara. Que Elayne supiera, hasta un hombre podía utilizarlo.

Vestida únicamente con la camisola de lino, Nynaeve ensartó el anillo en el cordón de cuero, junto con el sello de Lan y el suyo de la Gran Serpiente, y después volvió a anudarlo y a colgárselo al cuello antes de tumbarse en una de las camas recién hechas. Sosteniendo los anillos contra su piel, recostó la cabeza en la mullida almohada.

—¿Hay tiempo aún para que Egwene y las Sabias entren allí? —preguntó Elayne—. Nunca soy capaz de calcular la hora que es en el Yermo.

—Aún hay tiempo a menos que entre temprano, cosa que no hará. Las Sabias la tienen atada en corto. Le vendrá bien, a la larga. Siempre ha sido muy testaruda. —Nynaeve abrió los ojos para mirar directamente a la heredera del trono, como si esto también rezara para ella. ¡Para ella!

—Acuérdate de decirle a Egwene que le comunique a Rand que pienso en él. —No pensaba permitirle a su amiga que iniciara una bronca—. Que le diga... Que le diga que lo amo, y sólo a él. —Ya estaba. Lo había soltado.

Nynaeve puso los ojos en blanco de un modo que resultaba verdaderamente ofensivo.

—Si eso es lo que quieres que le diga, lo haré —repuso con aspereza a la par que se acurrucaba contra la almohada.

Mientras la respiración de la otra mujer se tornaba más regular y profunda, Elayne empujó uno de los baúles contra la puerta y se sentó en él para esperar. Siempre odiaba la espera. A Nynaeve le estaría bien empleado que se bajara a la sala y la dejara sola. Thom estaría allí, y... Y nada. Se suponía que era un cochero. La heredera del trono se preguntó si Nynaeve no lo habría planeado cuando aceptó representar el papel de doncella. Con un suspiro, Elayne se recostó en la puerta. Cómo odiaba tener que esperar.

Librodot

CAPÍTULO 14

Encuentros

Los efectos del anillo *ter'angreal* ya no sobresaltaban a Nynaeve. Se encontraba en un lugar en el que estaba pensando cuando le llegó el sueño: la gran cámara en Tear llamada el Corazón de la Ciudadela, dentro de la gigantesca fortaleza. Las doradas lámparas de pie no estaban encendidas, pero una pálida luz parecía llegar de todas partes y de ninguna para cobrar vida en derredor de ella y disiparse paulatinamente en la distancia, perdiéndose en las sombras. Por lo menos no hacía calor; en el *Tel'aran'rhiod* nunca parecía hacer frío ni calor.

Inmensas columnas de piedra roja se extendían en todas direcciones, mientras que el alto techo abovedado quedaba medio oculto en las sombras, junto con otras lámparas doradas que colgaban de cadenas del mismo metal dorado. Las pálidas baldosas bajo los pies de la mujer estaban desgastadas; los Grandes Señores de Tear habían acudido a esta cámara —en el mundo de vigilia, por supuesto— sólo cuando lo exigían sus leyes y costumbres, pero se habían reunido aquí desde el Desmembramiento del Mundo. Bajo el punto central del abovedado techo se hallaba *Callandor,* en apariencia una brillante espada de cristal, hincada hasta la mitad de la hoja en el suelo de piedra. Como Rand la había dejado.

No se acercó a *Callandor,* Rand afirmaba haber tejido trampas a su alrededor con el *Saidin,* unas trampas que ninguna mujer podía ver. Imaginaba que serían muy peligrosas, ya que el mejor de los hombres podía ser perverso cuando quería ser artero; peligrosas y tan dañinas para una mujer como para los hombres que intentaran apoderarse de ese *sa'angreal.* El joven lo había preparado pensando en protegerla tanto de quienes dirigían la Torre como de los Renegados. Aparte del propio Rand, quienquiera que tocara a *Callandor* se arriesgaba a morir o algo peor.

Eso era un hecho en el *Tel'aran'rhiod*; lo que era en el mundo de vigilia, también lo era aquí, aunque no siempre ocurría a la inversa. El Mundo de los Sueños, el Mundo Invisible, era reflejo del mundo de vigilia, bien que a veces de un modo extraño, y quizá de otros mundos también. Verin Sedai le había dicho a Egwene que existía un arquetipo de entramado de mundos, el de la realidad de aquí y otros, al igual que las vidas de las personas se entretejían en el Entramado de las Eras. El *Tel'aran'rhiod* estaba en contacto con todos ellos, si bien sólo podía entrarse en unos pocos salvo de manera accidental y durante unos instantes, inconscientemente, durante los sueños normales del mundo real. Eran unos instantes peligrosos para los soñadores, aunque jamás llegaban a saberlo a menos que fueran muy infortunados. Otro factor del *Tel'aran'rhiod* era que lo que le ocurriera al soñador aquí, también ocurría en el mundo de vigilia. Morir en el Mundo de los Sueños implicaba una muerte real.

Nynaeve tenía la sensación de que la vigilaban desde la penumbra que reinaba entre las columnas, pero no la inquietaba. *No* era Moghedien. «Son sólo imaginaciones; no hay nadie observando. Le dije a Elayne que no hiciera caso, y voy yo y me pongo a...» Moghedien no se habría limitado a observar. A pesar de todo, deseó estar lo bastante furiosa para poder encauzar. Y no es que se sintiera asustada, por supuesto. Pero no estaba furiosa. Y tampoco asustada, en absoluto.

El anillo de piedra pareció tornarse ligero, como si quisiera flotar y salirse por el escote de la camisola, lo que le recordó a la mujer que sólo llevaba puesta esa prenda. Tan pronto como pensó en ropa, se encontró con un vestido puesto. Era un truco del *Tel'aran'rhiod* que le encantaba; en ciertos aspectos no era preciso encauzar, porque aquí podía hacer cosas que dudaba que una Aes Sedai hubiera realizado jamás con el Poder. Empero, no era el vestido que esperaba; nada de una prenda de buena y fuerte lana de Dos Ríos. El cuello alto, orlado con encaje de Jaerecuz, le subía hasta la barbilla, pero el vestido de seda, amarillo pálido, le caía en pliegues que se ajustaban a sus formas de manera reveladora. ¿Cuántas veces había invocado atuendos tan indecentes como éste cuando los había llevado puestos en Tanchico para hacerse pasar por una mujer de allí? Por lo visto se había acostumbrado a ellos más de lo que pensaba.

Propinó un seco tirón a la coleta por la indisciplina de su propia mente, pero dejó el vestido tal cual. Puede que no se ajustara a lo que quería, pero no era una muchacha timorata para ponerse a chillar con remilgo. «Un vestido es un vestido», pensó. Seguiría llevándolo cuando apareciera Egwene con cualquiera de las Sabias que la acompañara esta vez, y si alguna de ellas hacía algún comentario... «¡No he venido antes para ponerme a parlotear conmigo misma sobre vestidos!»

—Birgitte... —Sólo respondió el silencio, así que levantó la voz, aunque tal cosa era innecesaria en aquel lugar. Allí, esa mujer en particular oiría su propio nombre aunque se hubiera pronunciado en la otra punta del mundo—. ¡Birgitte!

Una mujer salió de entre las columnas; sus azules ojos rebosaban sosiego y una orgullosa confianza en sí misma, y llevaba el dorado cabello recogido en una trenza aun más elaborada que la de Nynaeve. La corta chaqueta, de color blanco, y los amplios pantalones, de seda amarilla, recogidos en los tobillos por encima de las botas bajas de tacón, eran prendas que se llevaban dos mil años atrás y por las que tenía preferencia. Las flechas de la aljaba, colgada a la cadera, parecían de plata, así como el arco que llevaba.

—¿Está Gaidal por aquí? —preguntó Nynaeve. El hombre solía estar cerca de Birgitte, y a la antigua Zahorí la ponía nerviosa con su empeño de no darse por enterado de su existencia, y frunciendo el ceño cuando Birgitte hablaba con ella. Al principio había sido un tanto sobrecogedor encontrarse con Gaidal Cain y con Birgitte —héroes muertos largo tiempo atrás y vinculados con tantas historias y leyendas— en el *Tel'aran'rhiod.* Pero, como la propia Birgitte había dicho, ¿qué mejor lugar que un sueño para que los héroes ligados a la Rueda del Tiempo aguardaran el renacimiento? Un sueño que existía desde que existía la Rueda. Ellos, Birgitte y Gaidal Cain y Rogosh Ojo de Águila y Artur Hawkwing y todos los demás, eran a los que emplazaría la llamada del Cuerno de Valere para que regresaran y combatieran en el Tarmon Gai'don.

La coleta de Birgitte se meció cuando la mujer sacudió la cabeza.

—Hace tiempo que no lo veo. Creo que la Rueda lo ha tejido en la vida otra vez. Siempre ocurre así. —En su rostro se reflejaban la expectación y la preocupación por igual.

Si Birgitte estaba en lo cierto, entonces, en algún lugar del mundo, un niño acababa de nacer, un lloroso bebé que no sabía quién era, pero aun así destinado a unas aventuras que darían vida a nuevas leyendas. La Rueda tejía a los héroes en el Entramado cuando y como los necesitaba, para dar forma a la Urdimbre, y cuando morían regresaban aquí para esperar de nuevo. Eso era lo que significaba estar ligado a la Rueda. Asimismo, otros héroes nuevos podían llegar a encontrarse también ligados a ella, hombres y mujeres cuya bravura y logros en la vida los situarían muy por encima de la gente corriente; pero, una vez que quedaran vinculados, sería para siempre.

—¿Cuánto tiempo te queda? —preguntó Nynaeve—. Años, sin duda.

Birgitte estaba unida a Gaidal siempre; lo había estado en historia tras historia, en Era tras Era, de aventura y amor que ni siquiera la Rueda del Tiempo rompía. Siempre nacía después que Gaidal; un año o cinco o diez, pero siempre después.

—No lo sé, Nynaeve. El tiempo aquí no es como en el mundo de vigilia. Para mí, me

reuní contigo hace tres días y con Elayne, sólo un día antes. ¿Cuánto ha pasado para vosotras?

—Nueve y diez —musitó Nynaeve. Elayne y ella habían ido a hablar con Birgitte tan a menudo como podían, aunque con demasiada frecuencia no había sido posible con Thom y Juilin compartiendo el campamento y montando guardia de noche. De hecho, Birgitte recordaba la Guerra del Poder, o al menos durante el curso de una vida, y a los Renegados. Sus vidas pasadas eran como libros de mucho tiempo atrás recordados con cariño, más borrosos cuanto más lejanos, pero los Renegados permanecían indelebles en su memoria. En especial Moghedien.

—¿Lo ves, Nynaeve? Las variantes en el discurrir del tiempo en uno y otro mundo pueden ser incluso mayores. Pueden pasar meses antes de que vuelva a nacer o sólo unos días aquí, para mí. En el mundo real podrían pasar años antes de que se produzca mi nacimiento.

Nynaeve dominó su disgusto con un gran esfuerzo.

—Entonces, no debemos perder el tiempo que nos queda. ¿Has visto a algunos de ellos desde la última vez que nos reunimos? —No había necesidad de decir nombres.

—Demasiados. Lanfear está a menudo en el *Tel'aran'rhiod,* desde luego, pero he visto a Rahvin, a Sammael y a Graendal. También a Demandred. Y a Semirhage. —La voz de Birgitte se puso tensa al mencionar a esta última; ni siquiera Moghedien, que la odiaba, la asustaba de modo visible, pero con Semirhage era otra cosa.

Nynaeve también se estremeció —la mujer rubia le había contado muchas cosas sobre la Renegada— y de pronto advirtió que llevaba puesta una capa de gruesa lana, con la capucha bien calada sobre los ojos. Sonrojada, hizo que la prenda desapareciera.

—¿Y ninguno te vio a ti? —inquirió con ansiedad. En muchos sentidos, Birgitte era más vulnerable que ella, a pesar de sus conocimientos del *Tel'aran'rhiod.* Nunca había tenido el don de encauzar; cualquiera de los Renegados podía destruirla como quien aplasta una hormiga, sin alterar el paso. Y, si moría allí, ya no habría más renacimientos para ella.

—No soy tan inexperta, ni tan necia, como para permitir que pase eso. —Birgitte se apoyó en el arco de plata; la leyenda contaba que jamás fallaba con ese arco y con las flechas argénteas—. Están preocupados los unos por los otros, y por nadie más. He visto a Rahvin, a Sammael, a Graendal y a Lanfear acechándose entre sí a escondidas. Y a Demandred y Semirhage espiándolos a su vez. No se los ve mucho por aquí desde que están libres.

—Traman algo. —Nynaeve se mordió el labio inferior con frustración y rabia—. Pero ¿qué?

—Aún no lo sé, Nynaeve. En la Guerra de la Sombra, siempre estaban maquinando, la mitad de las veces los unos contra los otros, pero sus afanes nunca han sido de buen agüero para el mundo, ya sea éste o el de vigilia.

—Intenta descubrirlo, Birgitte, siempre que no te pongas en peligro, se entiende. No corras ningún riesgo. —La expresión de la otra mujer no cambió, pero a Nynaeve le pareció que sus palabras le habían hecho gracia; la muy necia le daba tan poca importancia al peligro como Lan. Habría querido poder preguntar por la Torre Blanca, sobre lo que Siuan se traía entre manos, pero Birgitte no veía el mundo real ni entraba en él a menos que la llamara el Cuerno. «¡Estás intentando eludir lo que realmente quieres preguntar!»—. ¿Has visto a Moghedien?

—No —musitó Birgitte—, y no porque no lo haya intentado. Habitualmente puedo encontrar a cualquiera que conozco y que se encuentre en el Mundo de los Sueños; es una sensación, como unas ondas que se expanden en el aire a partir de ellos. O quizá de su conciencia; realmente no lo sé. Soy una guerrera, no una erudita. O no ha entrado en el *Tel'aran'rhiod* desde que la derrotaste o... —Vaciló, y Nynaeve deseó impedirle que dijera lo que venía a continuación, pero Birgitte era demasiado fuerte para eludir las posibilidades desagradables—. O sabe que la he estado buscando. Ésa es una experta en esconderse. No se la conoce como la Araña por capricho. —Eso era una *moghedien* en la Era de Leyenda: una araña minúscula que tejía sus telas en lugares ocultos y cuya picadura inoculaba un veneno tan poderoso que causaba la muerte en cuestión de segundos.

Librodot

De repente muy consciente de sentir unos ojos observándolas, Nynaeve sufrió un escalofrío. No era temblor, sólo un escalofrío. Con todo, tuvo que mantener firmemente el pensamiento en el insinuante vestido tarabonés, pues de otro modo se habría encontrado al punto luciendo una armadura. Bastante embarazoso resultaba ya que ocurriera algo así cuando se encontraba sola, cuanto más estando bajo la fría mirada azul de una mujer tan valerosa como para estar a la altura de Gaidal Cain.

—¿Puedes encontrarla aun cuando quiere permanecer oculta, Birgitte? —Era mucho pedir si Moghedien sabía que estaban buscándola; como rastrear un león entre hierba alta yendo armada con un simple palo.

Empero, la otra mujer no vaciló.

—Tal vez. Lo intentaré. —Aferró el arco y añadió—: He de marcharme ahora. No quiero correr el riesgo de que me vean las otras cuando lleguen.

Nynaeve la detuvo poniendo la mano en su brazo.

—Sería una ayuda si me dejas que se lo cuente. Eso me permitiría compartir lo que me has dicho sobre los Renegados con Egwene y las Sabias, y ellas a su vez le informarían a Rand. Birgitte, Rand necesita saber...

—Lo prometiste, Nynaeve. —Aquellos brillantes ojos azules eran tan inflexibles como un pedazo de hielo—. Los preceptos establecen que no debemos dejar que nadie sepa que residimos en el *Tel'aran'rhiod.* He incumplido muchos al hablar contigo, y muchos más al ayudarte, porque soy incapaz de ver cómo lucháis contra la Sombra y mantenerme al margen. He luchado esa batalla en más vidas de las que puedo recordar. Sin embargo, tengo intención de guardar todos los preceptos que me sea posible. Tienes que mantener tu promesa.

—Pues claro que la mantendré —repuso, indignada—, a menos que tú me liberes de ella. Y eso es lo que te pido, por favor...

—No.

Y Birgitte desapareció en un visto y no visto; en cierto momento, Nynaeve tenía la mano sobre la manga de una chaqueta blanca y, al siguiente, estaba suspendida en el aire. Para sus adentros, repitió todo el repertorio de imprecaciones que había escuchado mascullar a Thom y a Juilin sin que ellos lo supieran; la clase de palabrotas por las que habría reprendido a Elayne por escucharlas, cuanto más por decirlas. No tenía sentido llamar de nuevo a Birgitte, porque seguramente no vendría. Nynaeve confiaba en que acudiría la próxima vez que Elayne o ella la llamaran.

—¡Birgitte! ¡Mantendré mi promesa, Birgitte!

Eso lo habría oído. Tal vez en su próximo encuentro la mujer ya sabría algo sobre las actividades de Moghedien. Nynaeve casi deseó que no fuera así porque, en tal caso, significaría que la Araña estaba realmente acechando en el *Tel'aran'rhiod.*

«¡Necia! Si no buscas rastros de serpientes, no te quejes cuando te muerda una, como dice Lini.» Verdaderamente, algún día tenía que conocer a la antigua nodriza de Elayne.

La soledad de la inmensa cámara la oprimía; todas aquellas enormes columnas, y esa sensación de que la estaban vigilando desde la penumbra que las envolvía. «Si realmente hubiera alguien aquí, Birgitte lo habría sabido.»

Reparó en que estaba alisándose el vestido de seda sobre las caderas, y, para quitarse de la cabeza la idea de unos ojos acechantes que no existían, se concentró en el atuendo. Había sido con ropas de buena lana de Dos Ríos como Lan la había conocido, y llevaba un vestido con sencillos bordados cuando le había confesado su amor, pero deseaba que la viera con atuendos como éste. No resultaría indecente si fuera él quien la veía.

Apareció un espejo de cuerpo entero que reflejó su imagen mientras se volvía hacia uno y otro lado, incluso mirándose por detrás girando la cabeza sobre el hombro. El tejido amarillo se le ajustaba al cuerpo sugiriendo todo aquello que ocultaba. El Círculo de Mujeres de Campo de Emond la habría llevado a rastras para mantener con ella una conversación en privado, ni que fuera Zahorí ni que no. Sin embargo, era precioso. Aquí, a solas, podía admitir que se había acostumbrado más que de sobra a vestir así en público. «Y te gustaba —se

Librodot

reprendió—. ¡Buena maula estás hecha! ¡Tan maula como parece que se está volviendo Elayne!» Pero era precioso. Y quizá no tan inmodesto como siempre había dicho ella. Nada de un escote por el ombligo, como el de la Principal de Mayene, por ejemplo. Bueno, tal vez el escote de Berelain no era tan bajo, pero aun así seguía sobrepasando los límites que exigía la respetabilidad.

Había oído hablar de lo que las domani solían llevar puesto; hasta los taraboneses consideraban aquello indecente, Al mismo tiempo que la idea acudió a su mente, la prenda de seda amarilla se convirtió en ondulantes plisados sujetos por un estrecho cinturón de oro tejido. Y vaporosos. Sus mejillas enrojecieron. Demasiado vaporosos. De hecho, casi traslúcidos. El vestido hacía algo más que insinuar. Si Lan la viera así, dejaría de farfullar que su amor era imposible y que no le daría como presente de bodas las ropas de luto. Una ojeada, y su sangre ardería. Se...

—¿Pero qué demonios llevas puesto, Nynaeve? —dijo Egwene con tono escandalizado.

La antigua Zahorí dio un brinco y giró al mismo tiempo, y cuando estuvo de frente a Egwene y a Melaine —tenía que ser Melaine precisamente, aunque ninguna de las otras Sabias habría sido mejor— el espejo había desaparecido y ella se cubría con un oscuro vestido de lana de Dos Ríos, el paño lo bastante grueso para pleno invierno. Mortificada tanto por haberse sobresaltado como por lo demás —en especial por haberse sobresaltado— cambió de vestido al punto, sin pensar, volviendo de nuevo a la gasa domani e igualmente rápido al tarabonés de seda amarilla.

La cara le ardía. Seguramente la tomaban por una completa idiota. Y encima, delante de Melaine. La Sabia era hermosa, con el largo cabello rubio rojizo y los ojos de un tono verde claro. Y no es que le importara un pimiento la apariencia de la Aiel. Pero Melaine había estado presente en el último encuentro que había tenido con Egwene, y le había tirado puntadas sobre Lan. Nynaeve se había puesto furiosa, a pesar de que Egwene afirmaba que no eran indirectas malintencionadas, no entre las Aiel, pero Melaine había hecho cumplidos sobre los hombros de Lan, y sus manos, y sus ojos. ¿Qué derecho tenía esa gata de ojos verdes de mirar los hombros de Lan? Y no es que albergara dudas sobre su fidelidad. Pero al fin y al cabo era un hombre, y estaba lejos de ella, y Melaine sí estaba allí, y... Firmemente, interrumpió el derrotero de sus pensamientos.

—¿Está Lan...? —Creyó que la cara le iba a arder. «¿Es que eres incapaz de controlar tu lengua, mujer?» Pero ya no podía, no quería, echar marcha atrás, y menos estando presente Melaine. Ya tenía bastante con la sonrisa socarrona de Egwene, aunque la Sabia tuvo buen cuidado en adoptar una expresión comprensiva—. ¿Se encuentra bien? —Procuró recobrar la compostura, pero su voz sonó tensa.

—Sí —contestó Egwene—. Y preocupado por tu seguridad.

Nynaeve soltó la respiración que había estado conteniendo sin darse cuenta. El Yermo era un lugar peligroso aunque no existieran gentes como Couladin y los Shaido, y Lan desconocía lo que significaba tener precaución. ¿Que estaba preocupado por su seguridad? ¿Es que ese estúpido hombre pensaba que no sabía cuidar de sí misma?

—Por fin hemos llegado a Amadicia —se apresuró a decir, confiando en disimular sus sentimientos. «¡Primero, una lengua demasiado suelta, y después suspiros! ¡Ese hombre me ha sorbido el seso!» Imposible saber por las expresiones de las otras mujeres si estaba teniendo éxito con su actuación—. Estamos en una villa llamada Sienda, al este de Amador. Hay Capas Blancas por todas partes, pero no hemos despertado su interés. Es de otros de quienes tenemos que preocuparnos. —Delante de Melaine tenía que andarse con cuidado, disfrazar un poco la verdad, dándole un toque aquí y allí, pero les habló de Ronda Macura y su extraño mensaje, así como de su intento de drogarlas. Dijo intento, porque fue incapaz de admitir ante Melaine que la mujer había tenido éxito. «Luz, ¿qué estoy haciendo? Jamás, en toda mi vida, le he mentido a Egwene!»

La supuesta razón —el llevar de vuelta a la fuerza a una Aceptada que había escapado— ciertamente no podía mencionarla estando presente una de las Sabias, porque las

Librodot

Aiel creían que tanto Elayne como ella eran Aes Sedai. Empero, tenía que hacer saber a Egwene esta circunstancia de un modo u otro.

—Podía estar relacionado con algún complot con respecto a Andor, pero Elayne, tú y yo tenemos cosas en común, Egwene, y creo que deberíamos ser tan precavidas como Elayne. —La muchacha asintió lentamente; parecía estupefacta, y con razón, pero aparentemente había comprendido el mensaje—. Menos mal que el sabor de la infusión despertó mis sospechas. ¿Te imaginas, intentar hacer tomar horcaria a alguien que conoce las hierbas como yo?

—Intrigas dentro de intrigas —rezongó Melaine—. La Gran Serpiente es un símbolo adecuado para vosotras, las Aes Sedai. Algún día podríais engulliros a vosotras mismas por accidente.

—También nosotras tenemos noticias —intervino Egwene.

Nynaeve no veía motivo para la precipitación de la muchacha. «No pienso permitir que esa mujer me saque de mis casillas. Y ciertamente no voy a enfurecerme porque insulte a la Torre.» Apartó la mano de la coleta, por si acaso. No obstante, lo que Egwene tenía que contarle acabó con su genio.

El hecho de que Couladin cruzara la Columna Vertebral del Mundo sin duda era grave, y no lo era menos que Rand le siguiera los pasos; avanzaba a marchas forzadas hacia el paso de Jangai, iniciando la andadura con las primeras luces del día y no parando hasta después de anochecer. Según Melaine, llegarían pronto a él. Las condiciones en Cairhien ya eran bastante duras de por sí para que se agravaran con una guerra entre Aiel en su territorio. Y se avecinaba otra Guerra de Aiel si llevaba adelante su absurdo plan. Absurdo, no demente. Todavía no; tenía que aferrarse a la cordura de algún modo.

«¿Cuánto hace que me preocupaba la idea de protegerlo? —pensó con amargura—. Y ahora sólo quiero que siga cuerdo para que libre la Última Batalla. —No sólo por esa razón, pero también por ella. Rand era lo que era—. ¡La Luz me abrase, no soy mejor que Siuan Sanche o cualquiera de ellas!»

Con todo, lo que le causó más conmoción fue lo que Egwene le contó sobre Moraine.

—¿Que ella le *obedece*? —preguntó con incredulidad.

Egwene asintió con un vigoroso cabeceo que zarandeó aquel ridículo pañuelo Aiel que llevaba.

—Anoche tuvieron una discusión, ya que ella sigue intentando convencerlo de que no cruce la Pared del Dragón, y finalmente él le dijo que saliera fuera hasta que se calmara; Moraine parecía estar a punto de tragarse la lengua, pero se marchó de la tienda, y se quedó fuera, en la noche, durante una hora.

—No es correcto —adujo Melaine mientras se ajustaba el chal con gestos bruscos—. Los hombres tienen tan poco derecho a dar órdenes a las Aes Sedai como a las Sabias. Incluso el *Car'a'carn.*

—Desde luego —convino Nynaeve, y después cerró bruscamente la boca, sorprendida consigo misma. «¿Y a mí qué me importa si la hace bailar al son que toca él? Moraine nos ha hecho bailar a todos con demasiada frecuencia. —Pero no era correcto—. No quiero ser Aes Sedai, sólo aprender la Curación. Quiero seguir siendo yo misma. ¡Anda y que Rand le ordene!» Aun así, seguía sin ser correcto.

—Por lo menos ahora habla con ella —dijo Egwene—. Antes, se volvía más amargo que la hiel cuando Moraine se acercaba a diez pasos de él. Nynaeve, cada día es más engreído.

—Eso me recuerda los días en que pensaba que me sucederías en el cargo de Zahorí —le replicó irónicamente Nynaeve—. Te enseñé a bajar los humos. Lo mejor para él sería que hicieses lo mismo, aunque se haya convertido en un gallito de corral. O más bien precisamente por eso. A mi modo de entender, los reyes, reinas y dirigentes en general pueden ser unos necios cuando olvidan lo que son y actúan como quienes son, pero todavía es peor cuando sólo recuerdan lo que son y olvidan quiénes son. A la mayoría no les vendría mal tener a alguien cuya única misión fuera recordarles que comen, sudan y lloran igual que

cualquier campesino.

Melaine se ajustó el chal en torno a los hombros, aparentemente sin saber si convenir o no con esta opinión.

—Lo intentaré —dijo, sin embargo, Egwene—, pero a veces ni siquiera parece él; e, incluso cuando lo es, su arrogancia suele ser una burbuja demasiado gruesa para pincharla.

—Pon todo tu empeño en ello. Ayudarlo a aferrarse a sí mismo quizá sea lo mejor que uno puede hacer. Por él y por el resto del mundo.

Estas palabras provocaron un silencio. Ciertamente, a Egwene y a ella no les gustaba hablar de que, a la larga, Rand se volvería loco, y a Melaine debía de ocurrirle otro tanto.

—Tengo otra información importante que darte —continuó al cabo de un momento—. Creo que los Renegados están planeando algo. —No era lo mismo que hablarles de Birgitte. Dio a entender que había sido ella misma la que había visto a Lanfear y a los demás. En realidad, Moghedien era la única a quien podía reconocer de vista, y tal vez a Asmodean, aunque sólo lo había atisbado una vez, y a distancia. Confió en que ninguna de las dos mujeres le preguntara cómo sabía quién era quién o por qué suponía que Moghedien estaba al acecho. De hecho, al final el problema no surgió por esto.

—¿Habéis estado deambulando por el Mundo de los Sueños? —Los ojos de Melaine eran como un pedazo de hielo verde.

Nynaeve le sostuvo la mirada con igual impasibilidad, de igual a igual, a pesar del lastimoso gesto de Egwene sacudiendo la cabeza.

—Difícilmente podría ver a Rahvin y a los demás si no lo hubiera hecho, ¿verdad?

—Aes Sedai, sabéis poco e intentáis demasiado. No habría que haberos enseñado las pocas cosas sueltas que conocéis. En lo que a mí respecta, a veces lamento haber aceptado incluso acudir a estos encuentros. A las mujeres sin preparación no se les debería permitir entrar en el *Tel'aran'rhiod.*

—He sido mi propia maestra en más cosas de las que vosotras me habéis enseñado. —Nynaeve mantenía el tono sosegado sólo gracias a un arduo esfuerzo—. Aprendí a encauzar por mí misma, y no veo por qué tiene que ser diferente el *Tel'aran'rhiod.* —Sólo su obstinación y su rabia la hacían decir esas cosas. Había aprendido a encauzar ella sola, cierto, pero sin saber lo que estaba haciendo y sólo hasta cierto punto. Antes de ir a la Torre Blanca, había Curado en ocasiones, pero sin ser consciente de ello, hasta que Moraine se lo hizo ver. Sus maestras en la Torre habían dicho que ésa era la razón de que necesitara estar furiosa para poder encauzar; se había ocultado a sí misma su habilidad porque sentía miedo de ella, y sólo la rabia podía superar aquel temor enterrado de antiguo en lo más hondo de su ser.

—Así que sois una de esas a las que las Aes Sedai llaman espontáneas. —El modo en que pronunció esta última palabra apuntaba algo, pero si era desdén o pena Nynaeve no supo descifrarlo. En la Torre, dicho término no solía tener connotaciones halagüeñas. Además, entre las Aiel no había espontáneas. Las Sabias capaces de encauzar encontraban a todas las chicas que tenían el don de modo innato, a las que desarrollarían la habilidad de encauzar antes o después aunque no quisieran aprender. Afirmaban que también localizaban a todas las jóvenes a las que se podía instruir, aunque no poseyeran el don innato. Ninguna muchacha Aiel moría intentando aprender por sí misma—. Sabéis los peligros que entraña manejar el Poder sin una guía, Aes Sedai. No os equivoquéis pensando que los peligros que entraña caminar por los sueños son menores. Son igualmente grandes, quizá más para quienes se aventuran en este mundo sin conocimientos.

—Tengo cuidado —se defendió Nynaeve con voz tirante. No había acudido allí para aguantar reprimendas de esta arpía rubia—. Sé lo que estoy haciendo, Melaine.

—No sabéis nada. Sois tan testaruda como era Egwene cuando vino a nosotras. —La Sabia dedicó una sonrisa a la joven que, de hecho, parecía afectuosa—. Domamos su excesivo ímpetu y ahora aprende con rapidez. Aunque todavía tiene muchas faltas. —La sonrisa complacida de Egwene se borró; Nynaeve sospechó que esa mueca era la razón de que Melaine hubiera añadido este último comentario—. Si deseáis caminar por los sueños —

Librodot

continuó la Aiel—, acudid a nosotras. Domaremos también vuestro exagerado celo y os enseñaremos.

—Yo no necesito que me dome nadie, muchas gracias —repuso con una cortés sonrisa.

—*Aan'allein* morirá el día que sepa que habéis muerto.

Nynaeve sintió como si le hubieran hincado una aguja de hielo en el corazón. *Aan'allein* era como los Aiel llamaban a Lan. Un Hombre, significaba en la Antigua Lengua, u Hombre Solo o El Hombre que es Todo un Pueblo; traducir la Antigua Lengua con exactitud resultaba a menudo difícil. Los Aiel sentían un gran respeto por Lan, el hombre que no renunciaría a su lucha contra la Sombra, el enemigo que había destruido su país.

—No lucháis limpio —masculló.

—¿Es que estamos luchando? —Melaine enarcó una ceja—. En tal caso, tened en cuenta que en la batalla sólo hay dos posibilidades: ganar o perder. No vale el juego limpio. Quiero vuestra promesa de que no haréis nada en los sueños sin antes preguntarle a una de nosotras. Sé que las Aes Sedai no pueden mentir, así que quiero oíros decirlo.

Nynaeve rechinó los dientes. Pronunciar las palabras sería fácil; no tendría que cumplirlo porque no estaba sujeta a los Tres Juramentos. Pero hacerlo significaría admitir que Melaine tenía razón, y, como no creía que fuera así, no estaba dispuesta a complacerla.

—No lo prometerá, Melaine —dijo finalmente Egwene—. Cuando tiene esa expresión terca, no saldría de una casa aunque le demostraras que el techo está en llamas.

Nynaeve le asestó una mirada cortante. ¡Conque era terca! Todo porque no permitía que nadie la zarandeara como a una muñeca de trapo.

—Muy bien —suspiró Melaine al cabo de unos largos instantes—. Pero no os vendría mal recordar, Aes Sedai, que sois como una niñita en el *Tel'aran'rhiod.* Vamos, Egwene, debemos irnos.

Una mueca divertida asomó al rostro de la muchacha en el momento en que las dos se desvanecían.

De repente, Nynaeve se dio cuenta de que su ropa había cambiado. Las Sabias tenían suficientes conocimientos del *Tel'aran'rhiod* para cambiar cosas de otros con igual facilidad como consigo mismas. Ahora vestía una blusa blanca y una falda oscura; pero, a diferencia de las que llevaban las dos mujeres que acababan de desaparecer, ésta terminaba más arriba de las rodillas. No llevaba zapatos ni medias, y sus cabellos estaban partidos en dos coletas que le tapaban las orejas y que iban trenzadas con cintas amarillas. Una muñeca de trapo, con la cara de madera pintada, descansaba junto a sus pies. Oyó cómo rechinaban sus dientes. Esto ya había ocurrido antes, y había conseguido sonsacar a Egwene que así era como vestían las niñas Aiel.

Hecha una furia, cambió de nuevo al vestido de seda tarabonés —en esta ocasión aun más ajustado a su cuerpo— y propinó una patada a la muñeca, que salió volando por el aire y desapareció de repente. Esa Melaine probablemente le había echado el ojo a Lan; todos los Aiel parecían considerarlo como una especie de héroe. El cuello alto se convirtió en otro de encaje, y la profunda abertura del escote dejó a descubierto el nacimiento de sus senos. Si a esa mujer se le ocurría siquiera sonreírle... ¡Si se atrevía a...! De repente reparó en que el escote descendía a una velocidad vertiginosa al tiempo que se ampliaba hacia los hombros, y lo hizo subir de nuevo; no del todo, pero sí lo suficiente para que no le causara sonrojo. El vestido se había vuelto tan ajustado que la mujer no podía moverse, así que también rectificó aquello.

De modo que se suponía que debía pedir permiso, ¿no? Que tenía que suplicar a la Sabias antes de poder hacer algo, ¿verdad? ¿Acaso no había derrotado a Moghedien? Se habían mostrado adecuadamente impresionadas cuando lo supieron, pero parecían haberlo olvidado ya.

Si no podía recurrir a Birgitte para descubrir qué estaba ocurriendo en la Torre, puede que hubiera un modo de averiguarlo por sí misma.

Librodot

CAPÍTULO 15

Lo que puede descubrirse en los sueños

Con cuidado, Nynaeve recreó una imagen mental del estudio de la Amyrlin, tal como había hecho con el Corazón de la Ciudadela al quedarse dormida. No sucedió nada, y la mujer frunció el ceño. Debería haberse trasladado a la Torre Blanca, a la estancia que había imaginado. Volvió a intentarlo, evocando otra habitación que había visitado mucho más a menudo, aunque por razones más desagradables.

El Corazón de la Ciudadela se convirtió en el estudio de la Maestra de las Novicias, un cuarto reducido, forrado con paneles de madera oscura, repleto de muebles sencillos y sólidos, que había sido utilizado por generaciones de mujeres que habían tenido a su cargo ese puesto. Cuando las transgresiones de una novicia eran tan importantes que unas horas extraordinarias de trabajo fregando suelos o rastrillando senderos no era castigo suficiente, se la enviaba allí. Para que a una Aceptada se la llamara a este cuarto tenía que tratarse de una infracción mucho más grave, pero aun así acudía, arrastrando los pies, sabiendo que le aguardaba un serio correctivo.

Nynaeve no quería fijarse en la habitación —Sheriam la había llamado terca voluntariosa en sus numerosas visitas— pero se encontró observando fijamente el espejo de la pared, donde novicias y Aceptadas por igual tenían que contemplar sus rostros llorosos mientras escuchaban la perorata de Sheriam sobre obedecer las reglas o mostrar el respeto debido o lo que quiera que fuera. Obedecer las reglas de otros y demostrar el respeto debido había sido siempre algo con lo que Nynaeve tropezaba. Los tenues restos de dorado que quedaban en el marco tallado eran el indicativo de que había estado allí desde la Guerra de los Cien Años al menos, cuando no desde el Desmembramiento.

El vestido tarabonés era precioso, pero levantaría sospechas si alguien la veía. Hasta las domani vestían con más recato cuando visitaban la Torre, y no creía que hubiera nadie que soñara estar en este recinto sin hacer gala del comportamiento más correcto. No había demasiadas posibilidades de que se encontrara con alguien, salvo quizás una mujer dormida que entrara inconscientemente en el *Tel'aran'rhiod* durante unos breves instantes; antes de Egwene no había habido ninguna mujer en la Torre con capacidad de entrar en el Mundo de los Sueños por sí misma desde Corianin Nedeal, y de eso hacía más de cuatrocientos años. Por otro lado, de los *ter'angreal* robados a la Torre que todavía seguían en poder de Liandrin y sus compinches, los últimos estudios hechos sobre once de ellos habían sido realizados por Corianin. Los otros dos investigados por ella, los que Elayne y ella tenían bajo su custodia, daban acceso al *Tel'aran'rhiod,* más valía dar por sentado que los otros tenían la misma utilidad. No había muchas posibilidades de que Liandrin o cualquiera de las otras se soñaran a sí mismas en la Torre de la que habían huido, pero hasta esa mínima posibilidad era un riesgo excesivo cuando ello significaba encontrarse bajo su acecho. Pensándolo bien, no tenía la certeza de que los *ter'angreal* robados fueran los únicos que Corianin había investigado. Los registros eran a menudo poco claros respecto a los *ter'angreal* que nadie entendía, y no era descabellado imaginar que hubiera otros en poder de las hermanas Negras que continuaban en la Torre.

El vestido cambió completamente y se convirtió en uno de lana blanca, fina pero no de una calidad excesivamente buena, y adornado en el repulgo con siete bandas de colores, una por cada Ajah. Si veía a alguien que no desaparecía al cabo de pocos segundos, regresaría a Sienda, y esa persona la tomaría por una Aceptada dormida que había entrado de refilón en el *Tel'aran'rhiod.* No. No regresaría a la posada, sino al estudio de Sheriam. Cualquiera que encajara en este supuesto tenía que pertenecer al Ajah Negro, y, después de todo, se suponía que ella tenía que perseguirlas.

Completado el disfraz, se agarró la trenza que ahora era dorada rojiza y se encogió al ver reflejada en el espejo la imagen de Melaine. Vaya, a ésta sí que le gustaría dejarla en manos de Sheriam un rato.

El estudio de la Maestra de las Novicias se encontraba próximo a los aposentos de las jóvenes iniciadas, y en los anchos pasillos enlosados se advertían fugaces movimientos delante de los tapices y las lámparas apagadas; eran efímeras vislumbres de muchachas asustadas, todas vestidas con la túnica blanca de novicia. Muchas pesadillas de las jóvenes debían de tener a Sheriam de protagonista. Nynaeve hizo caso omiso de ellas mientras pasaba presurosamente a su lado; no permanecían en el Mundo de los Sueños el tiempo suficiente para verla o, si lo hacían, la tomarían como parte de sus sueños.

Había un corto tramo de anchos escalones hasta el estudio de la Amyrlin. Cuando se acercaba a él, de pronto casi se dio de bruces con Elaida, el rostro sudoroso y vestida de rojo, con la estola de la Sede Amyrlin echada sobre los hombros. Aunque había una diferencia con la estola de la Amyrlin: no tenía franja azul. Aquellos ojos severos se posaron en Nynaeve.

—¡Soy la Sede Amyrlin, muchacha! ¿Es que no sabes mostrar el respeto debido? Tendré que... —Desapareció en mitad de la frase.

Nynaeve respiró entrecortadamente. Elaida como Amyrlin; eso sí que era una pesadilla. «Probablemente es su más ferviente sueño —pensó con ironía—. Antes nevará en Tear que esa mujer llegue tan alto.»

La antesala seguía como la recordaba, con un amplio escritorio y una silla detrás para la Guardiana de las Crónicas. Había unas cuantas sillas más colocadas contra la pared, destinadas a las Aes Sedai que estuvieran esperando para hablar con la Amyrlin; las novicias y las Aceptadas debían hacerlo de pie. Sin embargo, el pulcro orden de los papeles sobre la mesa, rollos de pergaminos atados y grandes hojas con cartas y sellos, no era propio de Leane. No es que la mujer fuera desordenada, todo lo contrario, pero Nynaeve siempre había pensado que lo dejaba recogido todo por la noche.

Abrió la puerta que comunicaba la antesala con el estudio, pero aflojó el paso nada más entrar. No era de extrañar que le resultara imposible soñarse allí, pues la estancia no tenía nada que ver con la que recordaba. Esa mesa excesivamente tallada y el alto sillón, semejante a un trono. Las banquetas talladas a semejanza de enredaderas, colocadas en un perfecto semicírculo, al centímetro, frente a la mesa. Siuan Sanche prefería los muebles sencillos, como si pretendiera seguir siendo la hija de un simple pescador, y sólo tenía una silla extra, que no siempre dejaba utilizar a sus visitantes. Y el jarrón blanco lleno de rosas rojas, colocadas perfectamente sobre un pedestal, como un monumento. A Siuan le gustaban las flores, pero prefería un ramo colorido, como un campo de flores silvestres en miniatura. Encima de la chimenea había colgada una sencilla pintura de barcas pesqueras entre altos cañizales, pero ahora se veían dos cuadros, uno de los cuales reconoció Nynaeve: Rand combatiendo contra el Renegado que se había llamado a sí mismo Ba'alzemon entre las nubes, sobre Falme. El otro, un tríptico, representaba unas escenas relativas a algún suceso que no alcanzaba a recordar.

La puerta se abrió, y a Nynaeve le dio un vuelco el corazón. Una Aceptada de cabello pelirrojo a la que nunca había visto entró en la estancia y la miró de hito en hito. No desapareció, y, justo cuando Nynaeve se disponía a regresar de inmediato al estudio de Sheriam, la mujer pelirroja le dijo:

—Nynaeve, si Melaine se entera que estás utilizando su rostro, no se limitará a vestirte

con ropas de niña. —Y de repente se transformó en Egwene, con sus ropas Aiel.

—Me has dado un susto de muerte —rezongó Nynaeve—. ¿Así que las Sabias han decidido por fin dejarte ir y venir a tu antojo? O es que Melaine está...

—Haces bien en estar asustada —espetó Egwene, cuyas mejillas habían enrojecido—. Eres una necia, Nynaeve. Una cría jugando en el pajar con una vela.

Nynaeve se quedó pasmada. ¿*Egwene* riñéndola a *ella*?

—Escúchame bien, Egwene al'Vere. No he permitido que Melaine me eche una filípica y no voy a admitir que tú...

—Pues harías bien en seguir los consejos que te dan antes de que acabes muerta.

—Yo...

—Debería quitarte ese anillo de piedra. Tendría que habérselo confiado a Elayne con la advertencia de que no te dejara usarlo ni poco ni mucho.

—¡Que no me dejara...!

—¿Crees que Melaine exageraba? —dijo severamente Egwene al tiempo que sacudía el índice casi exactamente igual que la Sabia—. Pues no lo hacía, Nynaeve. Las Sabias te han dicho la simple verdad sobre el *Tel'aran'rhiod* una y otra vez, pero parece ser que piensas que son unas estúpidas y que es mejor hacer oídos sordos a sus advertencias. Se supone que eres una mujer adulta, no una cría tonta. Juro que si alguna vez has tenido una pizca de sentido común ahora ha desaparecido como una voluta de humo. ¡Bueno, pues búscalo, Nynaeve! —Resopló al tiempo que se ajustaba el chal sobre los hombros—. Ahora mismo intentas jugar con las bonitas llamas de la chimenea, demasiado estúpida para darte cuenta de que puedes caerte en el fuego.

Nynaeve no salía de su estupor. Siempre habían discutido, pero Egwene jamás la había tratado como a una niña a la que ha sorprendido con los dedos metidos en un frasco de miel. ¡Jamás! El vestido. Seguía siendo el de Aceptada que llevaba antes, así como el rostro de otra mujer. Volvió a ser ella misma, con un buen vestido de lana azul que a menudo llevaba en las reuniones del Círculo y para poner al Consejo en su sitio. Así se sentía arropada por toda su autoridad como Zahorí.

—Soy muy consciente de lo mucho que ignoro —dijo con tono impasible—, pero esas Aiel...

—¿Te das cuenta de que podrías haberte soñado en algo de lo que quizá no fueras capaz de salir? Aquí los sueños son reales. Si te dejas llevar y envolver por un sueño indulgente podrías quedar atrapada en él. Te atraparías a ti misma. Hasta que murieras.

—¿Quieres...?

—Hay pesadillas con vida propia en el *Tel'aran'rhiod,* Nynaeve.

—¿Quieres dejarme hablar?

—No, no quiero —replicó firmemente Egwene—. No hasta que vayas a decir algo que merezca la pena ser escuchado. He dicho pesadillas, y lo decía en serio, Nynaeve. Cuando alguien tiene una pesadilla mientras se encuentra en el *Tel'aran'rhiod,* también es real. Y a veces pervive después de que el soñador ha desaparecido. No lo entiendes, ¿verdad?

De repente, unas rudas manos rodearon los brazos de Nynaeve, que giró la cabeza a uno y otro lado, con los ojos desorbitados. Dos corpulentos y desarrapados individuos le levantaron en vilo; sus rostros eran unos desechos de carne medio podrida, y las babeantes bocas estaban llenas de afilados y amarillentos dientes. La mujer intentó hacerlos desaparecer —si una caminante de sueños Aiel podía hacerlo, ella también podía— y uno de los hombres le desgarró el vestido por delante, de arriba abajo, como si fuera papel. El otro le aferró la barbilla con la callosa mano y le hizo girar la cara hacia él; se inclinó hacia ella, entreabriendo la boca. Nynaeve ignoraba si lo que intentaba era besarla o morderla, pero antes prefería morir que permitir ninguna de las dos cosas. Buscó el contacto con el *Saidar* y no halló nada; era el terror lo que la colmaba, no la ira. Unas gruesas uñas se hincaron en sus mejillas, sujetándole firmemente la cabeza. Egwene era la responsable de esto, de algún modo.

—¡Por favor, Egwene! —Fue un chillido, pero estaba tan aterrada que no le importó—.

Librodot

¡Por favor!

Los hombres —los seres— desaparecieron, y sus pies tocaron el suelo con un ruido sordo. Durante un momento lo único que pudo hacer fue temblar y sollozar. Arregló el vestido roto precipitadamente, pero los arañazos de las uñas permanecieron inalterables en su cuello y su torso. La ropa se reponía fácilmente en el *Tel'aran'rhiod,* pero cualquier cosa que le ocurriera a una persona... Las rodillas le temblaban de tal modo que casi no se sostenía en pie.

Casi esperaba que Egwene la consolara, y por una vez lo habría aceptado de buen grado. Pero la joven se limitó a decir:

—Aquí hay cosas peores, pero las pesadillas son suficientemente malas. Éstas las hice y las deshice, pero incluso yo he tenido problemas con esas que acabo de encontrar. Y no intenté retenerlas, Nynaeve. Si supieras cómo deshacerlas, lo habrías hecho tú misma.

Nynaeve irguió la cabeza, furiosa, rehusando limpiarse las lágrimas de las mejillas.

—Podría haber escapado de aquí soñándome en otro lugar, en el estudio de Sheriam o de vuelta en mi cama. —Su voz no sonaba avinagrada. Por supuesto que no.

—Eso, en caso de no haber estado tan loca de terror que ni siquiera se te ocurrió la idea —replicó secamente Egwene—. Oh, cambia ese gesto mohíno. Resulta ridículo en ti.

Nynaeve asestó una mirada furibunda a la otra mujer, pero no tuvo el resultado de anteriores ocasiones. En lugar de enzarzarse en una discusión, Egwene se limitó a enarcar pronunciadamente una ceja, observándola.

—Nada de esto parece tener relación con Siuan Sanche —dijo, para cambiar de tema. ¿Qué le había ocurrido a esta chica?

—No, no la tiene —convino Egwene mientras echaba un vistazo a la habitación—. Ahora entiendo por qué tuve que llegar a través de mi antiguo dormitorio, en los aposentos de las novicias. Pero supongo que la gente decide probar cosas nuevas de vez en cuando.

—Eso es a lo que me refiero —comentó pacientemente Nynaeve. Ni su tono ni su actitud denotaban mal humor. Era absurdo—. La mujer que amuebló este cuarto no contempla el mundo del mismo modo que la mujer que eligió lo que solía haber antes aquí. Fíjate en esas pinturas. Ignoro a qué aluden esas tres que hay juntas, pero reconocerás la otra como la he reconocido yo. —Ambas habían sido testigos del acontecimiento que representaba.

—Yo diría que es Bonwhin —dijo pensativamente Egwene—. Nunca prestabas atención en las clases. Es un tríptico.

—Sea lo que sea, lo importante es la otra. —Había atendido las clases de las Amarillas con interés. El resto era un montón de tonterías inútiles la mayoría de las veces—. Me parece que la mujer que la colgó ahí quiere recordar lo peligroso que es Rand. Si Siuan Sanche se ha vuelto contra él por alguna razón... Egwene, esto puede ser mucho peor que el simple hecho de querer traer de vuelta a Elayne a la Torre.

—Tal vez —contestó juiciosamente la joven—. Quizá los papeles nos aclaren algo. Tú mira aquí, y cuando yo termine en el escritorio de Leane, te ayudaré.

Nynaeve miró con indignación la espalda de Egwene mientras ésta salía del estudio. «¡Vaya, conque yo busque aquí, ¿no?!» La chica no tenía derecho a darle órdenes. Debería ir tras ella y dejárselo muy claro. «Entonces ¿por qué te quedas aquí, plantada como un pasmarote?» se reprochó, furiosa. Buscar en los papeles era buena idea, y podía hacerlo igualmente allí como en el otro estudio. De hecho, había más probabilidades de que hubiera algo importante en el escritorio de la Amyrlin. Rezongando para sus adentros sobre lo que haría para poner a Egwene en su sitio, se acercó a la mesa profusamente tallada dando pasos tan enérgicos que levantaban el repulgo del vestido.

Sobre el mueble no había nada salvo tres cajas lacadas que estaban colocadas con milimétrica precisión. Recordando la clase de trampas que podía poner una persona que deseaba mantener en privado sus posesiones, creó un largo palo para abrir la tapa de la primera, un objeto dorado y verde, decorado con garzas. Era una escribanía, con plumas, tinta y arena. La caja más grande, con rosas rojas entretejidas con volutas doradas, contenía unas veinte tallas delicadas de marfil y jade con figuras de animales y personas, todas colocadas

Librodot

sobre terciopelo gris pálido.

Mientras levantaba la tapa de la tercera caja —con dibujos de halcones dorados combatiendo en el cielo entre las nubes— advirtió que la primera volvía a estar cerrada. Aquí pasaba este tipo de cosas, y, además, si uno apartaba los ojos un momento, podía encontrarse con detalles diferentes cuando volvía a mirar el objeto que fuera.

La tercera caja contenía documentos. El palo desapareció y Nynaeve levantó la primera hoja con cautela. Oficiosamente firmado «Joline Aes Sedai», era una humilde petición para cumplir una serie de castigos que hicieron que Nynaeve se encogiera mientras los repasaba por encima. En esto no había nada de importancia, salvo para Joline. Al pie de la página había una anotación «aprobado» escrita con una letra angulosa. En el momento en que se disponía a dejar el papel en la caja, desapareció de su mano, y la caja volvió a estar cerrada.

Suspirando, volvió a abrirla. Los papeles que guardaban tenían un aspecto distinto. Sostuvo levantada la tapa y los fue hojeando rápidamente uno tras otro. O, más bien, lo intentó. A veces las cartas y los informes desaparecían cuando todavía los estaba cogiendo y otras mientras estaba leyéndolos. Si llevaban saludo, era un simple «Madre, con respeto». Algunos estaban firmados por Aes Sedai y otros por mujeres con otros títulos, nobles o en absoluto honoríficos. Ninguno de ellos parecía tener relación con el asunto que le interesaba. No se había dado con el paradero del mariscal de la reina de Saldaea y de su ejército, y la reina Tenobia se negaba a cooperar; Nynaeve consiguió terminar de leer este informe, pero daba a entender que el destinatario sabía por qué el militar no se encontraba en Saldaea y respecto a qué se suponía que la reina debería cooperar. No se habían recibido noticias de las informantes de ningún Ajah en Tanchico desde hacía tres semanas; pero no consiguió leer más que ese párrafo. Algunos problemas entre Illian por un lado y Murandy por el otro estaban disminuyendo, y Pedron Niall reclamaba ser responsable de ello; a pesar de lograr leer sólo unas cuantas líneas, Nynaeve tuvo la certeza de que el autor del informe debía de estar rechinando los dientes cuando lo escribió. No cabía duda de que las cartas eran importantes, al menos aquellas a las que pudo echar una rápida ojeada y las que se desvanecieron mientras las leía, pero a ella no le sirvieron de nada. Acababa de empezar lo que parecía un informe sobre lo que, según se sospechaba —ésa era la palabra utilizada—, era una reunión de hermanas Azules, cuando un angustiado grito llegó de la otra habitación:

—¡Oh, Luz, no!

Nynaeve corrió hacia la puerta mientras hacía aparecer en sus manos un sólido garrote, con la cabeza erizada de pinchos. No obstante, cuando lo que esperaba encontrar era a Egwene defendiéndose, lo que vio fue a la joven plantada de pie tras el escritorio de la Guardiana, mirando al vacío. En su semblante había plasmada una expresión de terror, indudablemente, pero estaba ilesa y nadie, que Nynaeve pudiera ver, la amenazaba.

Egwene sufrió un sobresalto al verla entrar y después recobró el dominio sobre sí misma.

—Nynaeve, Elaida es la Sede Amyrlin.

—No digas tonterías —se mofó. Empero, el hecho de que el otro estudio fuera tan discorde con la personalidad de Siuan Sanche...—. Son imaginaciones tuyas. Tienen que serlo.

—Tenía un papel en mis manos, Nynaeve, firmado: «Elaida do Avriny a'Roihan, Vigilante de los Sellos, Llama de Tar Valon, la Sede Amyrlin». Y lleva el sello de la Amyrlin.

Nynaeve tuvo la sensación de que el estómago se le quería subir a la boca.

—Pero ¿cómo? ¿Qué le ha ocurrido a Siuan? Egwene, la Torre no depone a una Amyrlin excepto por algo muy serio. Sólo ha ocurrido en dos ocasiones en casi tres mil años.

—Quizá lo de Rand era suficientemente serio. —La voz de la joven era firme, aunque sus ojos seguían demasiado abiertos—. A lo mejor se puso enferma de algo que las Amarillas no pudieron curar o se cayó por la escalera y se rompió el cuello. Lo que importa es que Elaida es la Amyrlin, y no creo que apoye a Rand como hizo Siuan.

—Moraine —masculló Nynaeve—. Tan segura de que Siuan haría que la Torre lo

Librodot

respaldara. —No podía imaginar muerta a Siuan Sanche. Había sentido odio hacia ella frecuentemente, y a veces le había inspirado miedo (ahora era capaz de admitir tal cosa, al menos para sus adentros), pero también la había respetado. Había pensado que Siuan viviría para siempre—. Elaida. ¡Luz! Es tan artera como una serpiente y tan cruel como un felino. Quién sabe lo que es capaz de hacer.

—Me temo que tengo una pista. —Egwene se llevó las manos al estómago como si también ella lo tuviera revuelto—. Era un documento muy corto y logré leerlo todo: «Todas las hermanas leales tienen la obligación de informar sobre la presencia de la mujer llamada Moraine Damodred. Se la debe apresar si ello es posible por cualquier medio que sea preciso y ha de ser enviada de vuelta a la Torre Blanca para someterla a juicio bajo el cargo de traición». Aparentemente el mismo tipo de lenguaje utilizado para apresar a Elayne.

—Si Elaida quiere que se arreste a Moraine eso significa que tiene que saber que ha estado ayudando a Rand y no le gusta que lo haya hecho. —Era bueno hablar; así olvidaba las náuseas. Neutralizaban a una mujer por un cargo de traición. Desde el principio había querido derribar a Moraine, y ahora Elaida iba a hacerlo en su lugar—. Ciertamente ella no apoya a Rand.

—Exactamente.

—Las hermanas leales... Egwene, eso encaja con el mensaje que nos dio Macura, la modista. Sea lo que sea que le haya pasado a Siuan, los Ajahs se han dividido por el nombramiento de Elaida como Amyrlin. Tiene que ser por eso.

—Sí, claro. Muy bien, Nynaeve. Yo no había caído en ello.

Su sonrisa era tan complacida que la antigua Zahorí no pudo por menos que responder con otra.

—Hay un informe sobre el escritorio de Siu... de la Amyrlin respecto a una reunión de Azules. Lo estaba leyendo cuando gritaste. Apuesto a que las Azules no apoyaron a Elaida. —Entre los Ajahs Azul y Rojo había una especie de tregua en el mejor de los casos, y casi se echaban las manos al cuello en el peor.

Sin embargo, cuando regresaron al estudio de la Amyrlin ya no encontraron el informe allí. Había montones de documentos —la carta de Joline había vuelto a aparecer; una lectura de pasada hizo que Egwene enarcara las cejas exageradamente— pero ninguno era el que buscaban.

—¿Recuerdas lo que ponía? —preguntó la joven.

—Sólo había leído unas cuantas líneas cuando te oí gritar, y... No me acuerdo.

—Inténtalo, Nynaeve. Inténtalo con todas tus fuerzas.

—Ya lo intento, Egwene, pero no funciona.

Caer en la cuenta de lo que estaba haciendo le causó un impacto tan fuerte como si hubiera recibido un golpe entre las cejas. Se estaba disculpando. Con Egwene, una chica a la que había dado azotes en el culo por cogerse una rabieta no hacía ni dos años. Y un instante antes se había sentido tan orgullosa como una gallina que ha puesto un huevo porque Egwene estaba complacida con ella. Recordaba muy bien el día en que la balanza que había entre ellas se había inclinado hacia el otro lado, cuando dejaron de ser la Zahorí y la muchacha que corría a cumplir las órdenes de su Zahorí, convirtiéndose en cambio en dos simples mujeres que estaban lejos de casa. Por lo visto aquella balanza se había desequilibrado aun más, y no le gustaba. Iba a tener que hacer algo para volver a poner los platillos en el sitio que les correspondía.

La mentira. Hoy había mentido deliberadamente a Egwene por primera vez en su vida. Y por ese motivo su autoridad moral había desaparecido, por eso estaba farfullando, incapaz de expresarse adecuadamente.

—Bebí la infusión, Egwene. —Tuvo que obligarse a pronunciar cada palabra, porque por dentro seguía resistiéndose a admitirlo—. La infusión de horcaria que preparó esa mujer, la tal Macura. Ella y Luci nos subieron como muñecas desmadejadas al primer piso. Así era como nos sentíamos. Si Thom y Juilin no hubieran acudido a rescatarnos, seguramente

todavía estaríamos allí. O de camino a la Torre, tan hinchadas de horcaria que no habríamos despertado hasta llegar allí. —Respiró hondo e intentó dar a su voz un tono de firme seguridad, pero tal cosa resultaba difícil cuando se acababa de confesar que se había actuado como una completa necia. Lo que dijo a continuación sonó demasiado vacilante para su gusto—. Si se lo cuentas a las Sabias, en especial a Melaine, te daré de bofetadas.

Esto último tendría que haber provocado la ira de Egwene. Parecía raro estar buscando provocar una agarrada —por lo general las tenían a causa de que Egwene se negaba a atender a razones, y rara vez acababan bien puesto que la muchacha había cogido la costumbre de continuar negándose a dar su brazo a torcer— pero sin duda sería mejor que esto. Empero, Egwene se limitó a sonreírle. Una sonrisa divertida. Una sonrisa de divertida *prepotencia.*

—Era lo que sospechaba, Nynaeve. Solías hablar a todas horas de hierbas y plantas, pero jamás mencionaste una llamada horcaria. Estaba segura de que no habías oído hablar de ella hasta que esa mujer la mencionó. Siempre has intentado quedar en buen lugar. Si te cayeras de bruces en una cochiquera, intentarías convencer a todo el mundo de que lo hiciste a propósito. Bien, lo que hemos de decidir...

—Yo no hago eso —barbotó Nynaeve.

—Desde luego que sí. Los hechos hablan por sí solos. Podrías dejar de lloriquear por eso y ayudarme a decidir...

¡Lloriquear! Esto no iba ni mucho menos como quería.

—De eso nada. Me refiero a lo de los hechos. Jamás he actuado como dices.

Egwene se quedó mirándola intensamente, en silencio, un momento.

—No piensas dejar el tema a un lado, ¿verdad? Muy bien. Me mentiste y...

—No fue una mentira —masculló—. No exactamente.

—... y te mentiste a ti misma —continuó la joven haciendo caso omiso de la interrupción—. ¿Recuerdas lo que me obligaste a beber la última vez que te mentí? —De repente apareció una taza en su mano, llena de un líquido verde, viscoso, de aspecto repugnante; parecía que se hubiera cogido de un estanque empantanado y lleno de verdín—. La *única* vez que te mentí. El recuerdo de ese gusto horrible tuvo un efecto disuasorio muy efectivo para no caer de nuevo en la mentira. Si eres incapaz de decir la verdad ni siquiera a ti misma...

Nynaeve retrocedió un paso sin poder evitarlo. Una cocción de agrimonia y hojas de ricino machacadas; la lengua empezó salivarle sólo de pensarlo.

—De hecho, no mentí realmente. —¿Por qué estaba dando excusas?—. Sólo me limité a no decir toda la verdad. —«¡ *Yo* soy la Zahorí! Bueno, era la Zahorí; eso tendría que contar para algo todavía»—. No estarás pensando que me... —«Pues díselo. Tú no eres la pequeña de las dos, y desde luego no vas a beber»—. Egwene, yo... —Egwene casi le metió la taza debajo de la nariz; el acre olor le inundó las fosas nasales—. De acuerdo —se apresuró a decir. «¡Esto no puede estar ocurriendo!» Pero no podía evitar tener los ojos fijos en aquella taza llena a rebosar ni impedir que las palabras salieran atropelladamente de su boca—. A veces intento contar lo ocurrido mejorándolo para quedar en buen lugar. De vez en cuando. Pero nunca en cosas importantes; sólo cuando es algo baladí. —La taza desapareció, y Nynaeve soltó un suspiro de alivio. «¡Idiota, estúpida mujer! ¡No podía obligarte a que te bebieras eso! ¿Qué demonios te pasa?»

—Lo que tenemos que decidir es a quién contárselo —dijo Egwene como si nada hubiera ocurrido—. Moraine, por supuesto, tiene que saberlo. Y también Rand. Pero si alguien se entera de ello... Los Aiel son muy peculiares, y no lo son menos respecto a las Aes Sedai. Creo que seguirían a Rand por ser El que Viene con el Alba a pesar de todo, pero si descubren que la Torre Blanca está en contra suya, tal vez no se muestren tan fervientes.

—Se enterarán antes o después —rezongó Nynaeve. «¡No habría podido obligarme a beberlo!»

—Mucho mejor después que antes, Nynaeve. Así que ten cuidado; no se te ocurra perder los nervios y que en un arranque de mal genio se te vaya la lengua delante de las

Librodot

Sabias en nuestra próxima reunión. De hecho, sería mejor que no mencionaras siquiera esta visita a la Torre. De ese modo quizá logremos mantenerlo en secreto.

—No soy tan idiota —protestó Nynaeve, muy estirada, y sintió bullir dentro de sí la rabia cuando Egwene volvió a enarcar la ceja de aquel modo. No pensaba contarles a las Sabias esta visita, pero el motivo no era porque resultara más fácil contravenir sus órdenes a sus espaldas. De eso nada. Y tampoco estaba intentando quedar en buen lugar. No era justo que Egwene pudiera entrar en el *Tel'aran'rhiod* siempre que quisiera mientras que ella tenía que aguantar sermones y tratos humillantes.

—Lo sé —dijo Egwene—. A no ser que te dejes dominar por tu genio. Tienes que aprender a dominar ese temperamento tuyo y conservar fría la cabeza si existe la posibilidad de que te topes con los Renegados, en especial con Moghedien. —Nynaeve le asestó una mirada iracunda y abrió la boca para manifestar que sabía controlar su genio y que le soltaría una bofetada si insinuaba lo contrario, pero la joven no le dio ocasión de hablar—. Hemos de encontrar esa reunión de hermanas Azules, Nynaeve. Si están contra Elaida, tal vez, sólo tal vez, apoyen a Rand como lo hacía Siuan. ¿Se mencionaba en ese papel una ciudad o un pueblo? ¿O un país, aunque sólo fuera?

—Creo... No me acuerdo. —Se esforzó por anular el tono defensivo que había en su voz. «¡Luz, le he confesado todo, he hecho el ridículo, y eso sólo empeora las cosas!»—. Seguiré intentándolo.

—Bien. Tenemos que encontrarlas, Nynaeve. —Egwene la observó un momento, rehusando repetirse—. Ten cuidado con Moghedien. No cargues alegremente como un oso en primavera sólo porque se te escapó en Tanchico.

—No soy tan necia, Egwene —contestó sosegadamente Nynaeve. Resultaba frustrante tener que controlar el genio; pero, si la única reacción de Egwene iba a ser hacer caso omiso o reprenderla por ello, no iba a ganar nada, aparte de hacer más el ridículo.

—Lo sé. Fuiste tú quien lo dijo, no yo. Pero asegúrate de que no se te olvida. Y ten cuidado. —Egwene no se desvaneció paulatinamente esta vez, sino que desapareció de repente, como Birgitte.

Nynaeve miró fijamente el punto donde había estado su amiga mientras se repetía para sus adentros todas las cosas que debería haber dicho. Al cabo, se dio cuenta de que no podía quedarse allí de pie toda la noche; lo único que hacía era repetirse, y el momento de decir cualquier cosa había pasado ya. Rezongando entre dientes, salió del *Tel'aran'rhiod,* de vuelta a la cama en Sienda.

Egwene abrió los ojos repentinamente a una oscuridad casi total, rota únicamente por un pequeño rayo de luna que se colaba por el agujero del humo. Se alegró de encontrarse bajo el montón de mantas; el fuego se había apagado y en la tienda reinaba un gélido frío. Su aliento se tornaba vaho delante de su cara. Sin levantar la cabeza, examinó el interior de la tienda. No había Sabias. Todavía seguía sola.

Aquél era su mayor temor en estas excursiones solitarias al *Tel'aran'rhiod*: regresar para encontrarse con Amys o cualquiera de las otras esperándola. Bueno, quizá no fuera su mayor temor —los peligros en el Mundo de los Sueños eran tan grandes como le había dicho a Nynaeve— pero, aun así, uno de los peores. No era el castigo lo que la asustaba, del tipo que solía imponer Bair. Si al despertar se hubiera encontrado a una Sabia mirándola fijamente, habría aceptado ese correctivo de buen grado, pero Amys le había dicho casi al principio de acceder a instruirla que si entraba en el *Tel'aran'rhiod* sin que una de ellas la acompañara, rehusaría seguir enseñándole y la expulsarían. Por muy deprisa que impartieran sus enseñanzas, no eran lo bastante rápidas para Egwene, que deseaba saberlo todo, y saberlo ya.

Encauzó para encender la lámpara y prender el fuego en el agujero de la lumbre; no quedaba combustible que consumir, pero la joven ató los flujos utilizados. Permaneció tumbada, contemplando cómo su aliento se condensaba en el aire al salir de su boca, y esperó a que el ambiente se caldeara lo suficiente para vestirse. Era tarde, pero quizá Moraine estaba

despierta todavía.

Lo ocurrido con Nynaeve todavía la sorprendía. «De hecho creo que se lo habría bebido si la hubiera presionado.» Había sentido tanto miedo de que Nynaeve descubriera que, desde luego, no tenía permiso de las Sabias para entrar sola en el Mundo de los Sueños, tan segura de que el rubor repentino la había delatado, que lo único que se le ocurrió fue no dejar de hablar a Nynaeve, impedir que desvelara la verdad. Y estaba tan convencida de que su amiga acabaría descubriéndola —era muy capaz de volverla del revés y afirmar que era por su propio bien— que sólo se le ocurrió hablar sin parar y procurar mantener la atención en lo que quiera que Nynaeve estuviera haciendo mal. Por muy furiosa que la hubiera puesto Nynaeve, aparentemente no había sido capaz de levantar la voz. Y con su reacción, de algún modo, le había ganado por la mano y había llevado la voz cantante.

Pensándolo bien, Moraine rara vez alzaba la voz y cuando lo hacía tenía menos resultado en conseguir lo que quería. Así había ocurrido incluso antes de que empezara a comportarse de un modo tan extraño con Rand. Tampoco las Sabias gritaban nunca a nadie —excepto unas a las otras de vez en cuando— y, a pesar de sus rezongos respecto a que los jefes ya no les hacían caso, todavía se salían con la suya las más de las veces. Había un viejo dicho que no había comprendido realmente hasta ahora: «Quien se niega a oír un grito se esfuerza por escuchar un susurro». No volvería a gritarle a Rand. Una voz femenina, sosegada, firme, era la clave. En realidad, tampoco debería gritarle a Nynaeve; era una mujer, no una chiquilla abandonándose a un berrinche.

Se sorprendió a sí misma al soltar una queda risita. Sobre todo no debería levantarle la voz a Nynaeve cuando hablar sosegadamente tenía tan buenos resultados.

Cuando al fin le pareció que la temperatura dentro de la tienda era lo bastante cálida, se levantó y se vistió con presteza. Aun así tuvo que romper el hielo en el cubo de agua para enjuagarse la boca tras el sueño. Se echó sobre los hombros la capa de lana, deshizo el nudo de los fluidos de Fuego —resultaba peligroso dejarlo atado sin vigilancia— y, al mismo tiempo que las llamas se consumían, la joven salió de la tienda. El frío la ciñó como un puño de hielo mientras cruzaba apresuradamente el campamento.

Sólo las tiendas más próximas eran visibles para la joven, unas formas bajas y oscuras que podrían haber formado parte del accidentado terreno salvo porque el campamento se extendía kilómetros en el montañoso paisaje a uno y otro lado. Estos escarpados e irregulares picos no eran la Columna Vertebral del Mundo; dichas cumbres eran mucho más elevadas y todavía se encontraban a varios días de distancia, hacia el oeste.

Se aproximó a la tienda de Rand, vacilante. Una línea luminosa se marcaba alrededor de la solapa de entrada. Una Doncella pareció brotar del suelo cuando la joven se acercó, con el arco de hueso a la espalda, la aljaba colgada al costado y las lanzas y la adarga en las manos. Egwene no distinguió a otras en la oscuridad, pero sabía que estaban allí, a pesar de encontrarse rodeados por seis clanes que proclamaban lealtad al *Car'a'carn.* Los Miagoma se encontraban en alguna parte, al norte, avanzando en paralelo a ellos; por lo visto, Timolan no pensaba decir cuáles eran sus intenciones. A Rand parecía no importarle cuál era el paradero de los otros clanes. Todo su interés estaba puesto en la carrera hacia el paso de Jangai.

—¿Está despierto, Enaila? —preguntó.

El juego de luces y sombras de la luna se movió sobre el rostro de la Doncella cuando ésta asintió con la cabeza.

—No duerme bastante. Un hombre no puede aguantar sin tener el descanso adecuado. —Hablaba como una madre preocupada por su retoño.

Una sombra se movió junto a la tienda y se concretó en la figura de Aviendha, arrebujada en el chal. No parecía afectada por el frío, sino por la hora.

—Le cantaría una nana si sirviera de algo. Sé de mujeres que han estado en vela toda la noche por causa de un niño, pero un hombre adulto tendría que darse cuenta de que a otros nos gustaría meternos entre nuestras mantas. —Ella y Enaila compartieron una queda risita.

Egwene sacudió la cabeza, extrañada de nuevo por las rarezas de los Aiel, y se agachó

para atisbar por la rendija de la solapa. Varias lámparas iluminaban el interior de la tienda. Rand no estaba solo; los oscuros ojos de Natael denotaban cansancio y el hombre reprimió un bostezo. Él por lo menos deseaba dormir. Rand estaba tumbado boca abajo, cerca de una de las doradas lámparas, y leía un libro cuya cubierta de piel estaba ajada. O no lo conocía en absoluto o sin duda era una u otra traducción de *Las Profecías* del Dragón.

De improviso, empezó a pasar hacia atrás las hojas rápidamente, leyó algo y luego se echó a reír. Egwene intentó convencerse de que no había ningún síntoma de locura en aquella risa, sólo amargura.

—Menuda broma —le dijo a Natael mientras cerraba de golpe el libro y se lo lanzaba—. Lee la página doscientos ochenta y siete y la página cuatrocientos, y dime si no estás de acuerdo conmigo.

Egwene apretó los labios al tiempo que se erguía. Rand debería ser más cuidadoso con un libro. No podía hablar con él delante del juglar. Era una pena que tuviera que recurrir a un hombre al que apenas conocía para tener compañía. No. Tenía a Aviendha y a los jefes con bastante frecuencia, y a Lan todos los días, y a veces a Mat.

—¿Por qué no te unes a ellos, Aviendha? Si estuvieras con él a lo mejor le apetecería hablar de otra cosa que no fuera ese libro.

—Quería conversar con el juglar, Egwene, y rara vez lo hace estando yo o cualquiera. Si no me hubiera marchado, habrían salido ellos dos.

—Según tengo entendido, los niños dan muchas preocupaciones. —Enaila rió—. Y los hijos más aun. Ahora que has renunciado a la lanza, podrías comprobar si tal cosa es verdad y decírmelo.

Aviendha le asestó una mirada ceñuda y regresó a su puesto, a un costado de la tienda, como una gata ofendida. Enaila pareció encontrar divertida también su reacción, porque empezó a partirse de la risa.

Rezongando entre dientes algo sobre el humor Aiel —casi nunca era capaz de entenderlo—, Egwene se dirigió hacia la tienda de Moraine, a corta distancia de la de Rand. También aquí se veía luz a través de la rendija de la solapa; la Aes Sedai se encontraba despierta. Moraine estaba encauzando, sólo una minúscula cantidad de Poder, pero aun así suficiente para que Egwene lo percibiera. Lan dormía tendido cerca, envuelto en su capa de Guardián; aparte de su cabeza y sus botas, el resto de su cuerpo parecía formar parte de la noche. Egwene agarró la capa, se remangó la falda, y avanzó de puntillas para no despertarlo.

El ritmo de la respiración del hombre no cambió, pero algo indujo a la joven a mirarlo otra vez. La luz de la luna brillaba en los ojos del hombre, abiertos y observándola. Al mismo tiempo que Egwene volvía la cabeza, Lan los cerró de nuevo. No movió ningún otro músculo, como si no se hubiera despertado. Este hombre la ponía nerviosa a veces, y no entendía qué había visto en él Nynaeve.

Se arrodilló junto a la solapa de entrada y se asomó. Moraine estaba sentada, rodeada del brillo del *Saidar,* con la pequeña gema azul que solía llevar sobre la frente colgando de los dedos frente a su rostro. La gema brillaba, sumando su resplandor a la luz de una única lámpara. El agujero de la lumbre sólo contenía cenizas; ni siquiera quedaba olor.

—¿Puedo entrar?

Tuvo que repetir la pregunta antes de que Moraine respondiera:

—Desde luego.

La luz del *Saidar* se apagó, y la Aes Sedai empezó a ajustarse la cadena dorada a la frente.

—¿Estabas espiando a Rand? —Egwene se acomodó junto a la otra mujer. Dentro de la tienda hacía tanto frío como fuera. Encauzó e hizo brotar llamas sobre las cenizas de la lumbre, tras lo cual ató los flujos de Fuego—. Dijiste que no volverías a hacerlo.

—Dije que, puesto que las Sabias vigilaban sus sueños, deberíamos permitir que tuviera cierta intimidad. No han vuelto a pedírmelo desde que les cerró el acceso a sus sueños, y yo no me he ofrecido. Recuerda que tienen sus propias metas, las cuales pueden diferir de las de

la Torre.

Sin proponérselo, habían llegado a donde quería Egwene. La joven aún no sabía muy bien cómo decirle lo que había descubierto sin revelar su desobediencia a las Sabias, pero quizás el único modo era contarlo sin más y después actuar según la reacción de la Aes Sedai.

—Elaida es la Amyrlin, Moraine. Ignoro lo que le ha ocurrido a Siuan.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió quedamente Moraine—. ¿Descubriste algo en tu caminar por los sueños o finalmente tu Talento como Soñadora se ha manifestado por sí mismo?

Ahí tenía su escapatoria. Algunas de las Aes Sedai de la Torre creían que podía ser una Soñadora, una mujer cuyos sueños pronostican el futuro. Tenía sueños que sabía eran vaticinadores, pero interpretarlos era harina de otro costal. Las Sabias decían que el conocimiento tenía que venir del interior, y ninguna Aes Sedai le había servido de más ayuda. En uno de ellos, Rand sentado en un sillón, y, de algún modo, ella sabía que la cólera de la dueña de ese sillón por ser despojada de él resultaría mortalmente peligrosa; aparte de saber que era una mujer, no lograba descifrar nada más. A veces los sueños eran complejos. Perrin, que tenía a Faile en su regazo, reía y la besaba mientras ella jugueteaba con la corta barba con la que aparecía en el sueño. Detrás de ellos ondeaban dos estandartes: la cabeza de un zorro rojo y un águila carmesí. Un hombre, vestido con una chaqueta de un fuerte color amarillo, estaba de pie cerca del hombro de Perrin, con una espada envainada a la espalda; de algún modo Egwene sabía que era un gitano, aunque ningún gitano tocaría jamás una espada. Y cada detalle del sueño, salvo la barba, parecía importante. Lo de los estandartes; que Faile besara a Perrin; hasta lo del gitano. Cada vez que se acercaba a su amigo, era como si un escalofrío premonitorio irradiara de toda la escena. Otro sueño: Mat arrojaba los dados mientras la sangre le chorreaba por la cara, con el sombrero de ala ancha bien calado, de modo que no llegaba a verle la herida; mientras tanto, Thom Merrilin metía la mano en un fuego para recuperar la pequeña gema azul que ahora se mecía sobre la frente de Moraine. O un sueño sobre una tormenta, con grandes nubarrones que se agitaban, sin viento ni lluvia, en tanto que los rayos, todos ellos idénticos, resquebrajaban la tierra. Sí, tenía sueños, pero como Soñadora era un completo fracaso hasta ahora.

—Vi una orden de arresto contra ti, Moraine, firmada por Elaida como la Amyrlin. Y no era un sueño corriente. —Hasta la última palabra, cierta. De repente se alegró de que Nynaeve no estuviera allí. «En ese caso, sería yo la que estaría mirando una taza de purgante.»

—La Rueda gira según sus designios. Quizá todo dé igual si Rand conduce a los Aiel a través de la Pared del Dragón. Dudo que Elaida haya continuado con la política de acercamiento a los dirigentes aun en el caso de que sepa que Siuan lo estaba haciendo.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? Creía que hubo un tiempo en que Siuan era tu amiga, Moraine. ¿No vas derramar una sola lágrima por ella?

Los ojos de la Aes Sedai se prendieron en los suyos, y aquella mirada, fría y serena, le descubrió lo lejos que estaba aún de poder usar ese título por derecho. Sentada, era casi un palmo más alta que Moraine, además de ser más fuerte en el Poder, pero ser Aes Sedai implicaba mucho más que eso.

—No tengo tiempo para derramar lágrimas, Egwene. La Pared del Dragón está ya a pocos días de distancia, y el Alguenya... Siuan y yo fuimos amigas, sí. Dentro de pocos meses se cumplirán veintiún años desde que las dos empezamos a buscar al Dragón Renacido. Sólo nosotras dos, recién ascendidas a Aes Sedai. Sierin Vayu fue nombrada Amyrlin al poco tiempo. Era una Gris con muchos rasgos de Roja. Si hubiera descubierto lo que nos proponíamos, habríamos pasado el resto de nuestras vidas cumpliendo penitencia, con las hermanas Rojas vigilándonos constantemente, hasta estando dormidas. Hay un dicho en Cairhien, aunque también lo he oído decir en lugares tan lejanos como Tarabon y Saldaea: «Toma lo que quieres y paga por ello». Siuan y yo tomamos el camino que elegimos, y sabíamos que, con el tiempo, tendríamos que pagar por ello.

—No entiendo cómo puedes estar tan tranquila. Siuan podría haber muerto o incluso haber sido neutralizada. Elaida se opondrá completamente a Rand o intentará retenerlo de

algún modo hasta el Tarmon Gai'don; sabes que jamás permitirá que un hombre capaz de encauzar ande libre. Por lo menos no todas apoyan a Elaida. Algunas Azules se están reuniendo en alguna parte, todavía no sé dónde, y creo que también otras se han marchado de la Torre. Nynaeve dijo que una informadora de las Amarillas le había dado el mensaje de que todas las hermanas eran bienvenidas a regresar a la Torre. Si las Azules y las Amarillas se han marchado, también pueden haberlo hecho otras. Y si se oponen a Elaida, quizás apoyen a Rand.

Moraine suspiró quedamente.

—¿Y esperas que me alegre el hecho de que la Torre Blanca esté dividida? Soy Aes Sedai, Egwene. Entregué mi vida a la Torre mucho antes de sospechar siquiera que el Dragón renacería en mi época. La Torre ha sido un baluarte contra la Sombra durante tres mil años. Ha guiado a dirigentes a tomar decisiones sabias, ha impedido que estallaran guerras, ha puesto fin a las que sí empezaron. Si la humanidad recuerda que el Oscuro aguarda la ocasión de escapar, que la Última Batalla tendrá lugar, es gracias a la Torre. La Torre, como un sólido pilar, unida. Casi desearía que todas las hermanas hubieran apoyado a Elaida, sea lo que sea que le haya ocurrido a Siuan.

—¿Y Rand? —Egwene mantuvo el tono de voz igualmente impasible, suave. Las llamas empezaban a prestar cierta calidez a la atmósfera, pero Moraine había añadido su propio frío—. El Dragón Renacido. Tú misma dijiste que no puede estar preparado para el Tarmon Gai'don a menos que se le permita libertad de acción, tanto para aprender como para que su presencia surta efecto en el mundo. La Torre unida podría cogerlo prisionero a pesar de todos los Aiel del Yermo.

—Vas aprendiendo. —Moraine esbozó un atisbo de sonrisa—. Razonar fríamente siempre es mejor que unas frases acaloradas. Pero olvidas que bastan trece hermanas vinculadas para aislar a cualquier hombre del *Saidin* y, aun cuando desconozcan cómo atar los flujos, hacen falta menos todavía para mantener activo ese escudo.

—Sé que no te das por vencida, Moraine. ¿Qué piensas hacer?

—Mi intención es tratar con el mundo según se presenten las circunstancias y mientras me sea posible hacerlo. Al menos Rand estará más... accesible ahora que ya no tengo que intentar convencerlo de que no haga lo que quiere. Supongo que debería darme por satisfecha de no tener que servirle el vino. Casi nunca me hace caso, ni aun las contadas veces que da señal de pensar en lo que le he dicho.

—Dejaré que seas tú quien le cuente lo de Siuan y la Torre. —Con ello evitaría preguntas incómodas; siendo Rand tan testarudo, quizá querría saber más sobre sus viajes por los sueños de lo que ella era capaz de inventar—. Hay algo más. Nynaeve ha visto Renegados en el *Tel'aran'rhiod.* Los mencionó a todos los que aún viven excepto Asmodean y Moghedien, y eso incluye a Lanfear. Sospecha que están tramando algo, y quizás entre todos.

—Lanfear —dijo Moraine al cabo de un momento.

Las dos sabían que la Renegada había visitado a Rand en Tear y puede que en más ocasiones de las que él no les había hablado. Nadie sabía gran cosa de los Renegados excepto ellos mismos —únicamente quedaban fragmentos de fragmentos de información en la Torre— pero era de sobra conocido el hecho de que Lanfear había amado a Lews Therin Telamon. Ellas dos, y Rand, sabían que todavía lo amaba.

—Con suerte —continuó la Aes Sedai—, no tendremos que preocuparnos por Lanfear. Los demás que Nynaeve ha visto son otra historia. Tú y yo debemos estar tan alertas como nos sea posible. Ojalá más Sabias pudieran encauzar. —Soltó una corta risa—. Ya puesta, podría desear que todas recibieran entrenamiento en la Torre como me gustaría, o vivir para siempre. Por muy fuertes que sean en ciertos aspectos, adolecen de terribles carencias en otros.

—Lo de estar alertas me parece muy bien, pero ¿qué más hacemos? Si lo atacan seis Renegados a la vez, va a necesitar toda la ayuda que podamos prestarle.

Moraine se inclinó para posar la mano sobre su brazo; una expresión de afecto asomó a

su semblante.

—No podemos llevarlo agarrado de la mano para siempre, Egwene. Ya ha aprendido a caminar solo, y ahora está aprendiendo a correr. Lo único que nos queda hacer es confiar en que aprenda a hacerlo antes de que sus enemigos le den alcance. Y, por supuesto, seguir aconsejándolo y guiarlo cuando nos sea posible. —Se puso erguida, se estiró y reprimió un pequeño bostezo—. Es tarde, Egwene, y sospecho que Rand nos hará levantar el campamento dentro de muy pocas horas, aunque no haya dormido ni un rato. A mí en cambio me gustaría descansar todo lo posible antes de enfrentarme de nuevo a la silla de montar.

Egwene se dispuso a partir, pero antes planteó una pregunta:

—Moraine, ¿por qué has empezado a hacer todo lo que Rand te dice que hagas? Hasta Nynaeve piensa que no es justo.

—Conque eso piensa, ¿no? —murmuró Moraine—. Todavía acabará siendo Aes Sedai, lo quiera o no. ¿Preguntas que por qué? Porque recordé cómo se controla el *Saidar.*

Al cabo de un momento, Egwene asintió en silencio. Para controlar el *Saidar* primero había que rendirse a él.

Iba de camino de regreso a su tienda, tiritando, cuando cayó en la cuenta de que Moraine le había hablado de igual a igual todo el rato. Quizás estaba más cerca de elegir su Ajah de lo que creía.

Librodot

CAPÍTULO 16

Una oferta inesperada

La luz del sol que se colaba por la ventana despertó a Nynaeve. La mujer siguió tendida un momento, despatarrada sobre el cobertor de rayas. Elayne dormía en la otra cama. Se notaba ya el calor a pesar de la temprana hora, y no había sido mucho mejor por la noche, pero no era ésa la razón de que la camisola de Nynaeve estuviera retorcida y sudorosa. Después de discutir con Elayne lo que había visto no había tenido sueños agradables. En la mayoría de ellos era llevada de vuelta a la Torre y arrastrada ante la Amyrlin, que unas veces era Elaida y otras, Moghedien. En algunos, Rand estaba tendido como un perro junto al escritorio de la Amyrlin, con collar, correa y bozal. Los sueños sobre Egwene habían sido en cierto modo igualmente malos; la agrimonia cocida y las hojas de ricino machacadas tenían un sabor tan horrible en los sueños como en la vigilia.

Fue hacia el palanganero, donde se lavó la cara y se frotó los dientes con sal y soda. El agua no estaba caliente, pero tampoco podía decirse que estuviera fría. Se quitó la empapada camisola y sacó otra limpia de uno de los baúles, así como un cepillo del pelo y un espejo. Al mirarse en él, lamentó haber deshecho la trenza por comodidad. No le había servido de nada y ahora tenía la larga melena enredada. Tomó asiento en el baúl y, con gran trabajo, fue desenredando los nudos, hecho lo cual empezó a pasar el cepillo por el pelo cien veces.

Tres arañazos arrancaban de su cuello y se perdían debajo de la camisola. No estaban tan enrojecidos como podía esperarse, ya que se había dado un ungüento de milenrama de las provisiones cogidas en casa de Macura. A Elayne le había dicho que se los había hecho con unas zarzas. Una tontería por su parte, pues sospechaba que la joven sabía que no era verdad a pesar de su cuento de haber hecho una inspección por el recinto de la Torre nada más marcharse Egwene; sin embargo, estaba demasiado alterada para pensar con claridad. Le había hablado con brusquedad a Elayne varias veces sin más motivo que estar rumiando el trato injusto que le habían dado Melaine y Egwene. «Aunque tampoco le viene mal que se le haga recordar que aquí no es la heredera del trono.» Aun así, la chica no tenía la culpa; tendría que hacer las paces con ella.

En el espejo vio que Elayne se levantaba y empezaba a lavarse.

—Todavía pienso que mi plan es el mejor —dijo la joven mientras se frotaba la cara. Su cabello, teñido de negro, no parecía tener un solo enredo a pesar de los rizos—. Podríamos llegar a Tear mucho más deprisa de ese modo.

Su plan era abandonar el carruaje una vez que llegaran al Eldar, en algún pueblecito donde seguramente no habría muchos Capas Blancas y, lo que era igualmente importante, ninguna informadora de la Torre. Allí tomarían una barca fluvial para bajar a Ebou Dar, donde podrían encontrar un barco para Tear. Que tenían que dirigirse a esta ciudad estaba fuera de dudas; tenían que evitar Tar Valon a toda costa.

—¿Y cuánto tiempo pasará para que una barca se detenga donde estemos? —contestó pacientemente Nynaeve. Creía que el asunto había quedado acordado antes de irse a dormir. Al menos, ella lo había dado por hecho—. Tú misma dijiste que quizá no todas las barcas pararían. Además, ¿cuánto tendríamos que esperar en Ebou Dar hasta que encontráramos un

barco con destino a Tear? —Soltó el cepillo y empezó a trenzarse de nuevo el cabello.

—Los lugareños cuelgan una bandera si quieren que una barca pare, y la mayoría lo hace. En cuanto al barco, en una ciudad portuaria como Ebou Dar siempre los hay para cualquier destino.

Como si ella hubiera estado alguna vez en una ciudad portuaria más o menos importante antes de marcharse de la Torre juntas. Elayne tenía la mala costumbre de creer que todo lo que no había aprendido sobre el mundo como heredera del trono, lo había aprendido en la Torre, aun después de las muchas pruebas que demostraban lo contrario. Además, ¿cómo se atrevía a utilizar ese tono indulgente con ella?

—No encontraremos la reunión de Azules en un barco, Elayne.

Su propio plan era quedarse con el carruaje, acabar de cruzar Amadicia, y después Altara y Murandy, hasta Far Madding en Colinas de Kintara, y por los llanos de Maredo a Tear. Ciertamente tardarían mucho más tiempo, pero, aparte de tener la oportunidad de encontrar esa reunión de algún modo, los carruajes rara vez se hundían. Sabía nadar, pero no se sentía a gusto sin que hubiera tierra a la vista.

Elayne se secó la cara, se cambió de camisola y se acercó a ayudarla con la trenza. Nynaeve no se dejó engañar; volvería a oír hablar de barcos. Su estómago y el agua no hacían buenas migas. Y no es que tal cosa influyera en su decisión, naturalmente. Si podía atraer a las Aes Sedai para que ayudaran a Rand, entonces el tiempo empleado habría merecido la pena.

—¿Has recordado el nombre? —inquirió Elayne mientras le trenzaba el cabello.

—Por lo menos me he acordado de que era un nombre. Luz, Elayne, dame un poco de tiempo. —Estaba segura de que era un nombre. Tenía que ser el de una villa o una ciudad, porque era imposible que si hubiera visto el nombre de un país lo hubiera olvidado. Respiró hondo para dominar su mal genio, y prosiguió con un tono más comedido—. Lo recordaré, Elayne. Sólo necesito un poco de tiempo.

La joven emitió un sonido con el que no se comprometía, ni afirmaba ni negaba, y siguió haciendo la trenza.

—¿Te parece realmente una idea sensata enviar a Birgitte a buscar a Moghedien? —dijo poco después.

Nynaeve asestó a la muchacha una mirada de soslayo, ceñuda, pero a Elayne le resbaló como el agua sobre seda impregnada de aceite. No habría sido éste el tema que habría escogido como alternativa al anterior.

—Más vale que la encontremos a que nos encuentre ella.

—Supongo que sí. Pero ¿qué haremos cuando haya dado con su paradero?

Ésa era una pregunta para la que no tenía respuesta. Sin embargo, siempre era mejor ser el cazador que la pieza, por muy mal que fueran las cosas. Eso se lo había enseñado el Ajah Negro.

No había mucha gente en la sala cuando bajaron, pero incluso a una hora tan temprana se veían níveas capas entre los parroquianos, la mayoría sobre el torso de hombres mayores, todos con rango de oficiales. Sin duda preferían la comida de la posada que la que preparaban los cocineros de la guarnición. Nynaeve habría preferido desayunar arriba, pero el diminuto cuarto era como una caja. Todos los hombres estaban absortos en su comida, tanto los Capas Blancas como los demás. Seguramente no había peligro. El olor de los alimentos impregnaba el aire; por lo visto estos hombres tomaban carne de vaca o cordero incluso para desayunar.

Elayne acababa de poner el pie en el último escalón cuando la señora Jharen acudió presurosa a su encuentro para ofrecerles o, más bien, ofrecer a «lady Morelin» un comedor privado. Nynaeve ni siquiera miró a la joven, pero ésta respondió:

—Creo que desayunaremos aquí. Rara vez tengo la oportunidad de hacer las comidas en una sala común y disfruto mucho con ello, de verdad. Mandad a alguna de vuestras camareras que nos traiga algo refrescante. Si ya hace tanto calor a estas horas, me temo que me ahogaré de calor antes de llegar a la siguiente parada.

Librodot

A Nynaeve no dejaba de asombrarla que no acabaran echándolos de patadas a la calle con aquellos modales altaneros. Había visto suficientes nobles a estas alturas para saber que la inmensa mayoría actuaban de ese modo. Ella no lo habría aguantado ni un minuto. La posadera, sin embargo, hizo una reverencia mientras sonreía y se secaba las manos, y las condujo a una mesa próxima a una ventana que daba a la calle, tras lo cual se marchó presurosa para llevar a cabo las órdenes de Elayne. Tal vez era el modo de vengarse de la muchacha. Estaban aparte, bastante retiradas de los hombres que ocupaban otras mesas, pero cualquiera que pasara por la sala podía observarlas a su antojo; por otra parte, si alguno de los platos que les llevaban era caliente, cosa que esperaba no ocurriera, estaban bastante lejos de las cocinas.

El desayuno que les llevaron consistía en aromáticos panecillos, envueltos en un paño blanco y todavía templados, pero aun así muy apetitosos, peras, uvas negras que estaban un poco arrugadas, y unas frutas pequeñas y rojas que la camarera llamó fresas, aunque no se parecían a ninguna baya que Nynaeve conociera. Desde luego, eran jugosas y tenían un gusto exquisito, sobre todo al ponerles por encima nata cuajada. Elayne aseguró que había oído hablar de estas bayas, aunque era de esperar que dijera algo así. Junto con un vino ligeramente aromatizado, que supuestamente se había estado enfriando en la fresquera —un sorbo bastó a Nynaeve para deducir que el manantial que enfriaba el cuarto no estaba muy fresco o que ni siquiera existía— resultó un agradable y reparador desayuno.

El hombre que se encontraba más cerca estaba tres mesas más allá; vestía una chaqueta de lana azul oscuro y parecía ser un próspero comerciante, pero aun así las dos mujeres no hablaron. Tiempo habría para eso cuando se hallaran de nuevo en camino, donde tendrían la seguridad de que ningún oído fino escucharía su conversación. Nynaeve terminó su parte mucho antes que Elayne; por la calmosa parsimonia con que la muchacha pelaba y partía la pera, habríase dicho que disponían de todo el día para estar sentadas a la mesa.

De pronto, los ojos de Elayne se desorbitaron por la impresión, y el pequeño cuchillo de fruta cayó en la mesa con gran ruido. Nynaeve miró en derredor y se encontró con un hombre que estaba tomando asiento al otro lado de la mesa.

—Me pareció que eras tú, Elayne, pero el cabello me desconcertó al principio.

Nynaeve miraba de hito en hito a Galad, el hermanastro de Elayne. Era alto y esbelto como una cuchilla de acero, con el cabello y los ojos oscuros, y el hombre más apuesto que había visto en su vida. El apelativo apuesto no le hacía justicia. Era guapísimo. Había visto cómo las mujeres se apiñaban a su alrededor en la Torre, incluso Aes Sedai, todas ellas sonriendo como necias. Borró la que había aparecido en su propio rostro; sin embargo, no pudo hacer nada respecto a los alocados latidos de su corazón ni para aquietar la agitada respiración. No sentía nada por él, pero era muy guapo. «¡Contrólate, mujer!»

—¿Qué haces aquí? —La complació que su voz no sonara estrangulada. No era justo que un hombre tuviera ese físico.

—¿Y qué haces con *eso* puesto? —Elayne hablaba bajo, pero a pesar de ello había un tono cortante en su voz.

Nynaeve parpadeó y entonces cayó en la cuenta de que Galad llevaba una reluciente malla y una blanca capa con dos nudos dorados de rango, debajo del sol resplandeciente. Notó que la sangre se le agolpaba en las mejillas; ¡estaba tan absorta contemplando el rostro del hombre que no se había fijado en lo que llevaba puesto! Deseó hurtar el rostro para ocultar su humillación.

Galad sonrió, y Nynaeve tuvo que inhalar profundamente.

—Estoy aquí porque soy uno de los Hijos que han trasladado desde el norte. Y soy un Hijo de la Luz porque considero que es lo apropiado. Elayne, cuando vosotras dos y Egwene desaparecisteis, a Gawyn y a mí no nos llevó mucho tiempo descubrir que no estabais cumpliendo un castigo en ninguna granja, en contra de lo que nos dijeron. No tienen derecho a involucrarte en sus intrigas, Elayne. A ninguna de vosotras.

—Por lo visto has ascendido de rango rápidamente —comentó Nynaeve. ¿Es que el

muy necio no se daba cuenta de que hablar de intrigas de Aes Sedai podría conducirlas a la muerte?

—Parece ser que Elmon Valda consideró que mi experiencia, dondequiera que la hubiera obtenido, lo justificaba. —Su gesto, encogiéndose de hombros, quitó importancia al rango. No lo hacía precisamente por modestia, aunque tampoco por afectación. Era el mejor espadachín entre los que habían llegado a instruirse con los Guardianes en la Torre, y también destacaba en las clases de estrategia y táctica, pero Nynaeve no recordaba haberlo visto alardear de sus hazañas, ni siquiera de broma. Las alabanzas no surtían efecto en él, quizá porque las obtenía con gran facilidad.

—¿Lo sabe madre? —demandó Elayne, todavía con el mismo tono quedo. Empero, su gesto ceñudo habría acobardado a un oso.

Galad rebulló ligeramente, incómodo.

—No he encontrado el momento oportuno para escribirle, pero no estés tan segura de que lo desapruebe, Elayne. Sus relaciones con el norte ya no son tan amistosas como solían desde tu desaparición. He sabido de una derogación de privilegios que puede convertirse en ley.

—Le envié una carta, explicándoselo. —La mirada furibunda de Elayne había dado paso a una expresión desconcertada—. Tiene que comprenderlo. También ella se instruyó en la Torre.

—Baja la voz —instó él en tono quedo y seco—. Recuerda dónde te encuentras.

Elayne se puso colorada hasta la raíz del pelo, pero Nynaeve no supo distinguir si el sonrojo era a causa de la ira o del azoramiento.

De repente cayó en la cuenta de que Galad había estado hablando en tono tan bajo como ellas y con idéntica discreción. Ni una sola vez había mencionado la Torre ni las Aes Sedai.

—¿Está Egwene con vosotras? —continuó.

—No —respondió, a lo que el hombre suspiró profundamente.

—Albergaba la esperanza de que... Gawyn estaba casi desquiciado de preocupación cuando desapareció. También él la estima. ¿Vais a decirme dónde está?

Nynaeve tomó nota de aquel «también». Se había convertido en un Capa Blanca y, sin embargo, «estimaba» a una mujer que deseaba ser Aes Sedai. Los hombres eran seres tan extraños que a veces no parecían humanos.

—No, no lo haremos —repuso firmemente Elayne, cuyo sonrojo había perdido intensidad—. ¿Está aquí Gawyn también? No puedo creer que se haya convertido en un... —Tuvo el sentido común de bajar el tono más, pero aun así espetó—: ¡Un Capa Blanca!

—Sigue en el norte, Elayne. —Nynaeve supuso que se refería a Tar Valon, pero sin duda Gawyn se habría marchado de allí; él no apoyaría a Elaida—. No te imaginas lo que ha ocurrido allí, Elayne —continuó—. Toda la corrupción y la vileza de ese lugar acabó desbordándose, como era de esperar. La mujer que os mandó fuera ha sido depuesta. —Echó una rápida ojeada en derredor y redujo la voz a un momentáneo susurro a pesar de que no había nadie cerca para que lo oyeran—. Neutralizada y ejecutada. —Inhaló profundamente e hizo un sonido de desagrado—. Nunca fue el lugar apropiado para ti. Ni para Egwene. No hace mucho que estoy con los Hijos, pero no me cabe duda de que mi capitán me dará permiso para que escolte a mi hermana a casa. Allí es donde deberías estar, con madre. Dime dónde se encuentra Egwene y me encargaré de que sea conducida también a Caemlyn, donde las dos estaréis a salvo.

Nynaeve tenía la sensación de que los músculos de la cara se le habían quedado entumecidos. Neutralizada. Y ejecutada. Nada de una muerte accidental ni por enfermedad. El que hubiera tenido en cuenta esta última posibilidad no hacía que los hechos resultaran menos conmocionantes. Rand tenía que ser la razón. Si en algún momento había albergado una remota esperanza de que la Torre no fuera contra él, ahora había desaparecido.

El rostro de Elayne estaba vacío de expresión y sus ojos tenían una mirada remota.

—Advierto que mis noticias te han impresionado —musitó Galad—. Ignoro hasta qué

Librodot

punto te enredó esa mujer en sus maquinaciones, pero ahora ya estás libre de ella. Déjame que te lleve a Caemlyn sana y salva. Nadie tiene que saber que tuviste más contacto con ella que cualquiera de las otras jóvenes que fueron allí para aprender. Ninguna de vosotras dos.

Nynaeve le enseñó los dientes en lo que esperaba pareciera una sonrisa. Qué amable por su parte al incluirla finalmente. Con gusto le habría dado una bofetada. Si no fuera tan guapo...

—Lo pensaré —contestó lentamente Elayne—. Lo que dices tiene sentido, pero debes darme tiempo para pensar. Tengo que pensar.

Nynaeve la miró de hito en hito. ¿Que tenía sentido? Esta chica desvariaba.

—Puedo darte un poco de tiempo —dijo Galad—, pero no dispongo de mucho si he de pedir permiso para acompañarte. Tal vez nos ordenen...

Inesperadamente, un Capa Blanca de rostro cuadrado y pelo negro palmeó a Galad en el hombro al tiempo que esbozaba una amplia sonrisa. Mayor que él, lucía los mismos dos nudos de rango en su capa.

—Bueno, joven Galad, no puedes guardar para ti a todas las mujeres hermosas. Todas las chicas de la ciudad suspiran cuando te ven pasar, y también la mayoría de las madres. Preséntame.

Galad retiró hacia atrás su asiento para ponerse de pie.

—Eh... pensé que las conocía cuando bajaron la escalera, Trom; pero, sea cual sea el encanto que me atribuyes, no funciona con esta dama. No le gusto y creo que tampoco le gustará ningún amigo mío. Si practicamos esgrima esta tarde, tal vez atraigas la atención de una o dos.

—Contigo cerca, jamás —gruñó Trom en tono amistoso—. Y antes prefiero que el herrero me atice en la cabeza con su martillo que hacer prácticas contigo.

A pesar del comentario, dejó que Galad lo condujera hacia la puerta tras lanzar una mirada pesarosa a las dos mujeres. Mientras se alejaban, Galad echó un rápido vistazo a la mesa, rebosante de frustración e indecisión. Tan pronto como los perdieron de vista, Elayne se puso de pie.

—Nana, te necesito arriba. —La señora Jharen apareció de pronto a su lado para preguntarle si le había gustado el refrigerio. Elayne dijo a la mujer—: Necesito a mi conductor y a mi lacayo inmediatamente. Nana pagará la cuenta. —Se dirigió hacia la escalera antes de haber terminado de hablar.

Nynaeve hizo intención de ir tras ella, pero se detuvo para sacar la bolsita de dinero y pagar a la posadera al tiempo que aseguraba que todo había sido del agrado de su señora e intentaba no dar un respingo al enterarse del precio. Una vez que se hubo librado de la mujer, se apresuró a subir la escalera. Elayne estaba metiendo sus cosas en los baúles a empujones, de cualquier manera, incluidas las camisolas sudadas que habían dejado a los pies de las camas para que se secaran.

—Elayne, ¿qué ocurre?

—Debemos marcharnos inmediatamente, Nynaeve. Al punto. —No alzó la vista hasta que hubo guardado todo—. En este mismo instante, diga lo que diga él, Galad está cavilando algo a lo que nunca ha tenido que enfrentarse. Dos cosas que son correctas, pero opuestas. A su modo de entender, es adecuado atarme a una bestia de carga si es preciso y llevarme con madre a la fuerza para aliviar sus preocupaciones y *salvarme* de convertirme en Aes Sedai, con mi beneplácito o sin él. Y también es correcto denunciarnos, ya sea a los Capas Blancas o al ejército o a ambos. Es la ley en Amadicia, y también la de los Capas Blancas. Aquí las Aes Sedai son delincuentes, e igualmente cualquier mujer que haya recibido enseñanzas en la Torre. Madre se reunió con Ailron una vez para firmar un acuerdo comercial, y tuvieron que hacerlo en Altara porque madre no podía entrar legalmente en Amadicia. Abracé el *Saidar* nada más verlo, y no cortaré el contacto hasta que nos encontremos bien lejos de él.

—Estás exagerando, Elayne. Es tu hermano.

—¡*No* es mi hermano! —La joven inhaló profundamente y soltó el aire muy despacio—

. Tuvimos el mismo padre —añadió con voz más serena—, pero no es mi hermano. No lo soporto. Nynaeve, te lo he repetido una y mil veces, pero parece que no lo entiendes. Galad hace lo que es correcto. Siempre. Jamás miente. ¿Oíste lo que le dijo a ese tal Trom? No dijo que no supiera quiénes éramos. Hasta la última palabra que pronunció era verdad. Hace lo que es *correcto,* perjudique a quien perjudique, incluso a sí mismo. O a mí. Solía delatarnos a Gawyn y a mí por todo, y también a sí mismo. Si toma la decisión equivocada, tendremos a los Capas Blancas tendiéndonos una emboscada antes de que lleguemos a los aledaños de la villa.

Alguien llamó a la puerta, y a Nynaeve se le cortó la respiración. Galad no sería capaz... El gesto de Elayne era firme, presto a la lucha.

Vacilante, Nynaeve entreabrió una rendija. Eran Thom y Juilin, éste con aquel ridículo gorro en la mano.

—¿Mi señora nos necesita? —preguntó Thom con un tono de servilismo por si alguien estaba escuchando.

Recuperada la capacidad de respirar, Nynaeve abrió bruscamente la puerta del todo, sin importarle quién estuviera escuchando.

—¡Entrad los dos! —Se estaba cansando de que los dos hombres intercambiaran una mirada cada vez que hablaba.

—Thom —dijo Elayne antes de que su amiga hubiera cerrado la puerta—, debemos partir de inmediato. —La expresión decidida había desaparecido de su semblante y en su voz había una nota de ansiedad—. Galad está aquí. Tienes que acordarte de la clase de monstruo que era de niño. Bueno, no es mucho mejor de mayor, y además es un Capa Blanca. Podría... —Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Miró fijamente a Thom mientras abría y cerraba la boca sin emitir una sola sílaba.

Los ojos del juglar estaban tan desorbitados como los de la joven. Thom se sentó pesadamente en uno de los baúles, sin apartar la vista de Elayne.

—Yo... —Carraspeó con fuerza y continuó—. Me pareció verlo, vigilando la posada. Un Capa Blanca. Se ha convertido en la clase de hombre que presagiaba el niño. Supongo que, pensándolo bien, no debería ser causa de sorpresa que se haya hecho Capa Blanca.

Nynaeve fue hacia la ventana; Elayne y Thom apenas notaron que pasó entre los dos. El ajetreo de la calle empezaba a notarse; campesinos, carretas y gente del pueblo se mezclaban en sus idas y venidas con Capas Blancas y soldados. Al otro lado de la calle había un Capa Blanca sentado en un barril, inconfundible su rostro perfecto.

—¿Te...? —Elayne tragó saliva—. ¿Te reconoció?

—No. Quince años cambian más a un hombre que a un chico. Pensé que no te acordabas, Elayne.

—Te recordé en Tanchico, Thom. —Con una sonrisa temblorosa, la joven alargó la mano y dio un suave tirón al largo bigote. Thom sonrió casi con igual inseguridad; parecía estar a punto de saltar por la ventana.

Juilin se rascaba la cabeza, y Nynaeve habría querido saber de qué demonios estaban hablando, pero había cosas más importantes de las que ocuparse.

—Aún tenemos que marcharnos antes de que nos eche encima a toda la guarnición, pero estando él vigilándonos no va a ser fácil. No he visto a ningún otro huésped con aspecto de tener un carruaje.

—El nuestro es el único que hay en el establo —anunció en tono seco Juilin—. Y el callejón de la parte de atrás es muy angosto. En esta villa sólo hay dos o tres calles lo bastante anchas para que quepa el carruaje. —Observó detenidamente el gorro cilíndrico mientras le daba vueltas en las manos—. Podría acercarme sin que repare en mí y golpearlo en la cabeza. Si estáis preparados para salir de inmediato, podríais escapar aprovechando el jaleo y luego os alcanzaría en el camino.

Nynaeve resopló con desdén.

—¿Cómo? ¿Galopando después en *Furtivo*? Aun en el caso improbable de que no te

Librodot

cayeras de la silla antes de haber recorrido dos kilómetros, ¿crees que conseguirías llegar hasta el caballo habiendo atacado a un Capa Blanca en plena calle? —Galad seguía enfrente de la posada, y Trom se había unido a él; los dos hombres aparentemente mantenían una charla insustancial. Se adelantó y le propinó un fuerte tirón del bigote a Thom—. ¿Tenéis algo que añadir? ¿Algún plan brillante? ¿Habéis sacado algo en claro, algo que nos pueda servir de ayuda con todas vuestras charlas y cotilleos con unos y otros?

El juglar se llevó la mano a la cara y le asestó una mirada ofendida.

—No a menos que pienses que sirve de algo el que Ailron reclame la posesión de algunos pueblos fronterizos de Altara, lo que abarca una franja a todo lo largo de la frontera, desde Salidar a So Eban y Mosra. ¿Ves alguna ayuda en eso, Nynaeve? ¿La hay? ¿O en intentar arrancarle el bigote a un hombre? Alguien debería darte un buen cachete.

—¿Qué interés tendrá Ailron en disponer de esa franja de tierra a lo largo de la frontera, Thom? —preguntó Elayne. Tal vez le interesaba, ya que parecía interesarle cualquier cambio en política y diplomacia, o puede que sólo intentara cortar una discusión. Antes de enredarse en el absurdo juego de tontear con Thom, siempre había procurado limar asperezas y tensiones.

—No es el rey, pequeña. —Al hablarle a ella la voz del juglar se suavizó—. Es Pedron Niall. Ailron suele hacer lo que le dicen, aunque él y Niall simulan que no es así. La mayoría de esos pueblos han estado abandonados desde la Guerra de los Capas Blancas, lo que ellos denominan los Disturbios. En aquel entonces Niall era el general de campo, y dudo que haya renunciado jamás a conquistar Altara. Si controla ambas riberas del Eldar podrá cortar el comercio fluvial a Ebou Dar, y si puede provocar la quiebra económica de Ebou Dar, el resto de Altara caerá en sus manos como trigo derramándose por el agujero de un saco.

—Todo eso está muy bien —intervino Nynaeve firmemente antes de que él o la joven tuvieran oportunidad de volver a hablar. Algo en lo que el juglar había dicho estuvo a punto de despertar en su memoria algo, pero no sabía qué ni por qué. En cualquier caso, no tenían tiempo que perder en clases prácticas sobre las relaciones entre Amadicia y Altara, considerando que Galad y Trom vigilaban la posada, y así lo dijo, añadiendo—: ¿Y qué dices tú, Juilin? Tú entablas relaciones con individuos de baja estofa. —El rastreador solía buscar información entre los rateros, ladrones y salteadores de una ciudad; afirmaba que éstos sabían más de lo que pasaba realmente que cualquier cargo oficial—. ¿Hay contrabandistas a los que podamos sobornar para que nos saquen a escondidas de aquí o... o...? Vamos, hombre, sabes de sobra lo que nos haría falta.

—Apenas he sacado información. Los delincuentes escasean en Amadicia, Nynaeve. El primer delito se castiga con una marca a fuego, el segundo, con la amputación de la mano derecha y el tercero, con la horca, ya sea por el robo de la corona del rey o una hogaza de pan. No hay muchos ladrones en una villa de este tamaño, al menos de los que hacen de ello su profesión. —Juilin despreciaba a los ladrones aficionados—. Y de esos pocos en su mayoría sólo quieren hablar de dos temas: si el Profeta viene realmente a Amadicia, como afirman los rumores, y si los próceres locales cederán y permitirán que ese espectáculo ambulante de animales dé una función. Por otro lado, Sienda está demasiado lejos de la frontera para que los contrabandistas...

Nynaeve lo atajó con un gesto entre perentorio y satisfecho.

—¡Eso es! ¡El espectáculo ambulante de animales!

Todos la miraron como si se hubiera vuelto loca.

—Claro —dijo Thom con voz excesivamente suave—. Haremos que Luca traiga de vuelta a los mastodontes y escaparemos mientras destrozan algún otro local de la villa. No sé cuánto le diste, Nynaeve, pero nos arrojó una piedra mientras nos alejábamos.

Por una vez, la mujer disculpó el sarcasmo del juglar. Y también su corto ingenio por no ver lo que ella había visto.

—Puede que tengas razón en lo que dices, Thom Merrilin, pero maese Luca quiere un patrocinador, y es lo que vamos a ser Elayne y yo. En cualquier caso, tenemos que dejar el

carruaje y el tiro... —Eso la escocía; podría construirse una bonita casa en Dos Ríos con lo que les habían costado esas cosas—. Y tendremos que escabullirnos por el callejón de atrás. —Abrió la tapa del baúl con las bisagras en forma de hojas, rebuscó entre ropas, mantas, ollas y todo lo que no había querido dejar atrás con la carreta llena de tintes, para lo cual se había asegurado de que los dos hombres empaquetaran todo salvo los arreos, hasta que encontró los cofres dorados y las bolsas de dinero.

»Thom, tú y Juilin salid por el portón trasero y buscad una carreta y cualquier tiro. Comprad algunas provisiones y reuníos con nosotras en la calzada que va hacia el campamento de Luca. —No sin pesar llenó la mano de Thom con monedas de oro, sin molestarse siquiera en contarlas; no había modo de calcular lo que costarían esas cosas, y no quería que el juglar perdiera tiempo regateando.

—Es una idea estupenda —opinó Elayne, sonriente—. Galad buscará dos mujeres, no una compañía de artistas y animales amaestrados. Y jamás se le ocurrirá que nos dirigimos hacia Ghealdan.

Nynaeve no había caído en esto último. Su intención era convencer a Luca de que se dirigiera directamente hacia Tear. Un espectáculo ambulante como el que tenía, con saltimbanquis y malabaristas además de los animales, podía ganar dinero dondequiera que fuera, no le cabía duda. Pero si Galad iba en su busca o enviaba a alguien, lo haría hacia el este, y quizás era lo bastante listo para registrar incluso el espectáculo ambulante; a veces también los hombres utilizaban el cerebro, por lo general cuando una menos se lo esperaba.

—Es lo primero que pensé, Elayne. —Hizo caso omiso del repentino amargor de su boca, el recuerdo del horrendo sabor de una cocción de ricino y agrimonia.

Ni que decir tiene que Thom y Juilin protestaron. No de la idea en sí, sino porque pensaban que uno de los dos debería quedarse, al parecer convencidos de que cualquiera de ellos podría protegerlas de Galad y todo un regimiento de Capas Blancas. No parecían darse cuenta de que, llegado el caso, encauzar sería más efectivo que ellos dos juntos y diez más. Aunque no se borró el gesto preocupado de los hombres, consiguió sacarlos a empujones mientras les daba una última orden con actitud severa:

—Y no se os ocurra volver aquí. Nos reuniremos con vosotros en la calzada.

—Si nos vemos obligadas a encauzar —adujo Elayne en voz queda cuando Nynaeve hubo cerrado la puerta—, nos encontraremos haciendo frente a toda la guarnición en un visto y no visto, y probablemente también contra el destacamento del ejército. El Poder no nos hace invencibles. Sólo harán falta dos flechas.

—Nos preocuparemos de eso en su momento, si surge el problema —le respondió Nynaeve.

Confiaba en que los dos hombres no pensaran en tal posibilidad. De ser así, seguramente uno de ellos se quedaría rondando por allí, al acecho, y probablemente haría sospechar a Galad si no se andaba con cuidado. Estaba dispuesta a aceptar su ayuda cuando la precisaran —lo de Ronda Macura había sido una lección, aunque todavía la irritaba que hubieran tenido que rescatarlas como si fueran unas gatitas indefensas—, pero sería cuando ella lo considerara necesario, no ellos.

Bajó rápidamente a la planta inferior y encontró a la señora Jharen; le dijo que su señora había cambiado de idea, que no se creía capaz de afrontar de nuevo el calor y el polvo de la calzada tan pronto, que tenía intención de tumbarse a descansar y que no quería que se la molestara hasta entrada la tarde, para tomar otro refrigerio que mandaría subir a su cuarto. Entregó otra moneda para otra noche de estancia. La posadera se mostró muy comprensiva con la delicadeza de una noble dama y con la caprichosa inconstancia de sus deseos. Nynaeve estaba segura de que la señora Jharen se habría mostrado comprensiva con cualquier cosa salvo el asesinato siempre y cuando se pagara la cuenta.

Dejó a la oronda posadera y abordó a una de las criadas durante un momento. Unos cuantos céntimos de plata cambiaron de mano y, seguidamente, la chica salió presurosa, sin quitarse el delantal, en busca de dos de esas profundas tocas por cuyo aspecto, según dijo

Librodot

Nynaeve, tenían que resguardar del sol y del calor estupendamente; no era el tipo de tocado que su señora luciría, naturalmente, pero a ella le vendrían muy bien.

Cuando regresó al cuarto, Elayne había puesto los cofrecillos dorados sobre una manta, así como la caja de oscura madera pulida que guardaba los *ter'angreal* recuperados y la bolsita de cuero en cuyo interior iba el disco. Las hinchadas bolsas de dinero estaban con el morral de Nynaeve, sobre la otra cama. Envolvió la manta y ató el bulto con una sólida cuerda de uno de los baúles. Nynaeve se había llevado todo lo que iba en la carreta.

La mujer lamentaba tener que dejarlo ahora, y no sólo por el gasto. Uno nunca sabía cuándo le vendría bien cualquiera de esas cosas. Como por ejemplo, los dos vestidos de lana que Elayne había puesto sobre su cama. No eran bastante finos para una dama, y lo eran demasiado para una doncella; pero, si los hubieran dejado en Mardecin como quería Elayne, ahora estarían en un buen apuro al no tener ropa que ponerse.

Nynaeve se arrodilló y rebuscó en otro de los baúles. Había unas cuantas mudas; otros dos vestidos de lana para tener quita y pon. Las dos sartenes de hierro, metidas en una bolsa de lona, se encontraban en perfectas condiciones, pero pesaban demasiado; ciertamente, a los hombres no se les olvidaría adquirir otras para reemplazar éstas. Los utensilios de costura se hallaban en una bonita caja con incrustaciones de hueso; a ellos nunca se les pasaría por la cabeza comprar ni siquiera un alfiler. Empero, su mente sólo estaba puesta a medias en hacer la selección.

—¿Conocías a Thom de antes? —preguntó con un tono que esperaba sonase coloquial. Observó a Elayne por el rabillo del ojo mientras simulaba estar absorta en enrollar medias.

La muchacha había empezado a sacar vestidos suyos, suspirando con pesar antes de apartar los de seda. Se quedó paralizada, con las manos metidas en uno de los baúles, y no miró a Nynaeve.

—Era el bardo de la corte de Caemlyn cuando era pequeña —respondió en tono quedo.

—Comprendo. —La verdad era que no entendía nada. ¿Cómo podía renunciar un hombre a su puesto de bardo al servicio de la realeza, una posición que era casi nobiliaria, para convertirse en juglar recorriendo los caminos de pueblo en pueblo?

—Fue amante de mi madre después de que padre muriera. —Elayne estaba de nuevo eligiendo ropa e hizo el comentario con tal indiferencia que Nynaeve la miró boquiabierta.

—¡El amante de tu...!

La muchacha siguió sin mirarla.

—No lo recordé hasta llegar a Tanchico. Era muy pequeña. Fue por el bigote, y estar de pie lo bastante cerca de él para tener que mirar hacia arriba, y oírle recitar parte de *La Gran Cacería del Cuerno.* Él creyó que volvería a olvidarlo. —Un ligero rubor tiñó sus mejillas—. Esa noche yo... bebí demasiado vino, y al día siguiente fingí que no me acordaba de nada de lo que había pasado.

Nynaeve sólo fue capaz de sacudir la cabeza. Recordaba la noche en que la joven se había embriagado. Por lo menos no había vuelto a hacer eso; la migraña que sufrió al día siguiente por lo visto fue un buen revulsivo. Ahora sabía por qué se comportaba de ese modo con Thom. Había visto lo mismo en Dos Ríos en varias ocasiones. Una chica apenas lo bastante crecida para considerarse realmente una mujer. ¿Qué mejor rival para medirse que su propia madre? Por lo general las cosas no llegaban más allá de tratar de ser mejor en todo, desde cocinar a coser o quizás un poco de coqueteo inofensivo con su padre. Pero, en el caso de una viuda, Nynaeve vio cómo se ponía en ridículo la hija de aquella mujer al intentar atrapar al hombre con el que su madre tenía intención de casarse. El problema era que Nynaeve no sabía qué hacer con esta actitud estúpida de Elayne. A despecho de los sermones y reprimendas más serias por su parte y por el Círculo de Mujeres, Sari Ayellan no se normalizó hasta que su madre contrajo segundas nupcias y ella misma también encontró un marido.

—Supongo que debió de ser como un segundo padre para ti —apuntó con cuidado la antigua Zahorí. Fingía estar absorta en hacer el equipaje. Desde luego, Thom miraba y trataba

Librodot

a la muchacha como si lo fuera. Aquello explicaba muchas cosas.

—No pienso en él bajo ese aspecto. —Elayne parecía concentrada en decidir cuántas mudas de seda llevarse, pero sus ojos se entristecieron—. En realidad no recuerdo a mi padre; sólo era un bebé cuando él murió. Gawyn dice que se pasaba todo el tiempo con Galad. Lini intentó quitar importancia al asunto, pero sé que nunca vino a vernos a Gawyn o a mí al cuarto de los niños. Sé que lo habría hecho cuando hubiéramos crecido lo bastante para enseñarnos cosas, como hacía con Galad. Pero murió.

—Al menos Thom está en buena forma para la edad que tiene —lo intentó de nuevo Nynaeve—. Nos encontraríamos en un buen aprieto si sufriera de inflamación en las articulaciones. Es algo muy corriente en los hombres mayores.

—Si no fuera por la cojera, todavía sería capaz de dar volteretas hacia atrás. Aunque no me importa que cojee. Es realmente inteligente y tiene una gran experiencia en las cosas mundanas. Es amable y tierno conmigo, y sin embargo me siento muy segura con él. No creo que deba decirle eso. Ya intenta protegerme bastante sin que lo anime.

Con un suspiro, Nynaeve se dio por vencida. Al menos de momento. Puede que Thom viera a Elayne como una hija; pero, si la chica no cambiaba de actitud, el antiguo bardo podría recordar que no lo era, y entonces Elayne se iba a encontrar metida en un buen lío.

—Thom te aprecia mucho, Elayne. —Había llegado el momento de cambiar de tema—. ¿Estás segura de lo de Galad? ¡Elayne! ¿Estás segura de que Galad nos delataría?

La muchacha sufrió un sobresalto, y se borró el ligero frunce de su ceño.

—¿Qué? ¿Galad? Oh, sí, estoy segura, Nynaeve. Y, si rehusamos que nos escolte hasta Caemlyn, sólo servirá para ahorrarle el dilema de tener que tomar él la decisión.

Rezongando para sus adentros, Nynaeve sacó un vestido de amazona, en seda, del baúl. A veces pensaba que el Creador sólo había hecho a los hombres para dar problemas a las mujeres.

Librodot

CAPÍTULO 17

Hacia el oeste

Cuando la sirvienta regresó con las tocas, Elayne estaba tendida en una de las camas, con una blanca camisola de seda y un paño húmedo sobre los ojos, mientras Nynaeve fingía arreglar el bajo del vestido verde pálido que había llevado puesto Elayne. La antigua Zahorí se pinchaba el pulgar cada dos por tres; jamás lo admitiría ante nadie, pero no era muy buena con la costura. Llevaba puesto el vestido, naturalmente, ya que las doncellas no se repantigaban como las damas, pero se había dejado el pelo suelto. Evidentemente, no tenía intención de salir del cuarto en mucho rato. Le dio las gracias a la chica en un susurro, como para no despertar a la señora, y le ofreció otro penique de plata de propina al tiempo que repetía la orden de que a su señora no se la podía molestar por ningún motivo.

Tan pronto como se cerró la puerta, Elayne se incorporó de un brinco y empezó a sacar los bultos escondidos debajo de las camas. Nynaeve tiró el vestido de seda y echó los brazos hacia atrás para desabotonarse el que llevaba puesto. En un abrir y cerrar de ojos estuvieron listas, Nynaeve con un vestido de lana verde y el de Elayne, en azul, y con los bultos cargados a la espalda. Nynaeve se encargaba del morral donde guardaba las hierbas y el dinero, mientras que Elayne cargaba con las cajas envueltas en la manta. Las amplias y curvadas alas de los gorros les ocultaban tan bien el rostro que Nynaeve pensó que habrían podido pasar por delante de Galad sin que las reconociera, sobre todo llevando ella el pelo suelto; la recordaría con trenza. La señora Jharen, sin embargo, podía parar a dos mujeres desconocidas que bajaban del primer piso cargadas de bultos y paquetes.

La escalera posterior —unos peldaños de piedra adosados a la pared— descendía por el exterior de la posada. Nynaeve sintió una fugaz compasión por Thom y Juilin, que habían tenido que subir los pesados baúles por estos escalones, pero principalmente su atención estaba puesta en el patio del establo y en el edificio de piedra, techado con pizarra, donde se guardaban los caballos. Un perro canela estaba tumbado a la sombra, debajo del carruaje, a resguardo del creciente calor, pero todos los mozos de cuadra se encontraban dentro del edificio. De vez en cuando atisbaba movimiento tras las puertas abiertas del establo, pero nadie salió al patio; también allí dentro estaba agradablemente umbrío.

Cruzaron el patio casi a la carrera y salieron a un callejón estrecho, flanqueado por una de las paredes del establo y un alto muro de piedra. En ese momento pasaba un carro, poco más estrecho que el callejón, cargado hasta los topes de estiércol, con una nube de moscas sobrevolándolo, y dando tumbos. Nynaeve sospechó que el brillo del *Saidar* envolvía a Elayne, aunque no lo veía. Por su parte, confiaba en que el perro no se pusiera a ladrar y que no saliera nadie de las cocinas o del establo. Utilizar el Poder no era el modo de huir a hurtadillas, y abrirse paso a la fuerza dejaría un rastro que Galad seguiría.

El burdo portón de madera que había al final del callejón estaba cerrado sólo con un pestillo; la angosta calle que había al otro lado, flanqueada por sencillas casas de piedra y con tejados de pizarra en la mayoría de los casos, se encontraba vacía excepto por un puñado de niños enzarzados en un juego que parecía consistir en golpearse con un saquillo de judías. El único adulto a la vista era un hombre que daba de comer a las palomas, en la terraza de un

edificio que había al otro lado de la calle, con la cabeza y los hombros metidos por la trampilla del palomar. Ni él ni los niños se fijaron en ellas cuando cerraron el pestillo del portón y echaron a andar por la sinuosa calleja, como si no tuvieran nada que ocultar.

Recorrieron unos ocho kilómetros hacia el oeste de Sienda por la polvorienta calzada antes de que Thom y Juilin las alcanzaran; el juglar conducía lo que parecía el carromato de un gitano excepto porque era de un solo color, un verde parduzco, con grandes trozos de pintura desconchada. Nynaeve suspiró con alivio al meter los bultos debajo del pescante y subió junto a él, pero no le hizo gracia ver a Juilin a lomos de *Furtivo.*

—Te dije que no volvieras a la posada —le recriminó mientras juraba para sus adentros que le atizaría con algo si miraba a Thom.

—No volví —contestó el hombre, ignorante de que acababa de evitarse un buen chichón—. Le dije al encargado del establo que mi señora quería fresas frescas del campo y que Thom y yo teníamos que ir a recogerlas. Es la clase de tontería que un nob... —Se interrumpió y carraspeó mientras Elayne le asestaba una fría e inexpresiva mirada desde el otro lado de Thom. A veces olvidaba que en realidad pertenecía a la realeza.

—Teníamos que buscar una excusa para marcharnos de la posada y del establo —intervino Thom al tiempo que hacía chasquear el látigo—. Supongo que vosotras dos dijisteis que os retirabais a vuestro cuarto aquejadas de un ligero desvanecimiento o, al menos, que lo tenía lady Morelin, pero los mozos de cuadra se habrían extrañado de que prefiriéramos salir a la calle con este calor en lugar de quedarnos en el fresco pajar, sin tener que trabajar e incluso con una jarra de cerveza. Seguramente así nuestra ausencia no levante comentarios.

Elayne lanzó a Thom una mirada severa —sin duda por los «ligeros desvanecimientos»—, pero él fingió no advertirlo. O tal vez no se dio cuenta realmente. Los hombres podían ser ciegos cuando les convenía. Nynaeve resopló sonoramente; eso sí que no podía pasarle inadvertido. Y, en efecto, inmediatamente después Thom hizo chascar el látigo sobre los caballos con bastante fuerza. Todo era una disculpa para así poder cabalgar por turnos. Eso era otra de las cosas que hacían los hombres: buscar excusas para salirse con la suya y hacer exactamente lo que les venía en gana. Al menos Elayne lo miraba ahora un poco ceñuda en lugar de sonreírle como una bobalicona.

—Anoche me enteré de algo más —continuó Thom al cabo de unos minutos—. Pedron Niall esta intentando unir a las naciones contra Rand.

—No es que no lo crea, Thom —dijo Nynaeve—, pero ¿cómo te enteraste de eso? No puedo creer que algún Capa Blanca te lo contara así como así.

—Muchas personas hablaban de lo mismo, Nynaeve. Hay un falso Dragón en Tear. Un falso Dragón, y poco importan las profecías sobre la caída de la Ciudadela o *Callandor.* Ese tipo es peligroso y las naciones deben unirse igual que hicieron en la Guerra de Aiel. Y ¿quién mejor para dirigirlas contra ese falso Dragón que Pedron Niall? Cuando tantas lenguas dicen lo mismo, significa que esa idea existe en las altas esferas, y en Amadicia ni siquiera Ailron expresa una opinión sin antes consultar con Niall.

El viejo juglar tenía la facilidad de aglutinar rumores y hablillas y sacar conclusiones acertadas la mayoría de las veces. No, nada de juglar; tenía que recordar eso. Dijera lo que dijera él, había sido bardo real y probablemente había sido testigo directo de intrigas cortesanas como ésta. Puede que incluso se hubiera enredado en ellas, si había sido amante de Morgase. Miró de reojo aquel rostro curtido, las espesas cejas, el largo bigote, tan blanco como el cabello. Sobre gustos no había nada escrito, y menos sobre los de algunas mujeres.

—Ya contábamos con que ocurriera algo así. —A ella nunca se le había pasado por la cabeza, pero tendría que haberlo pensado.

—Madre apoyará a Rand —dijo Elayne—. Sé que lo hará. Conoce las Profecías, y tiene tanta influencia como Pedron Niall.

Thom sacudió ligeramente la cabeza, y aquel gesto negó, al menos, la última afirmación de la joven. Morgase regía una próspera nación, pero había Capas Blancas en todos los países y de casi cualquier nacionalidad. Nynaeve se dio cuenta de que tendría que prestar más

Librodot

atención a lo que decía Thom. Quizá sabía tanto como afirmaba.

—Así que crees que tendríamos que haber dejado a Galad que nos escoltara a Caemlyn.

Elayne se asomó por delante de Thom para lanzarle una seria mirada a Nynaeve.

—Por supuesto que no. En primer lugar, no hay modo de saber si esa decisión era suya o no. Y en segundo... —Se puso derecha, ocultándose detrás del hombre; cuando continuó, pareció estar hablando consigo misma, recordándose hechos—. Y en segundo, si es cierto que madre se ha puesto en contra de la Torre, por ahora prefiero decirle todo lo que tenga que decirle por carta. Es muy capaz de retenernos en palacio por nuestro propio bien. No puede encauzar, pero no siento el menor deseo de enfrentarme a ella hasta que sea Aes Sedai, y tal vez ni siquiera entonces.

—Una mujer fuerte —musitó Thom con un tono grato—. Morgase te enseñaría rápidamente a tener modales, Nynaeve.

La mujer soltó otro resoplido —llevar suelto el pelo no le permitía darse un buen tirón— pero el viejo necio se limitó a sonreírle.

El sol estaba alto para cuando llegaron al campamento del espectáculo ambulante, todavía en el mismo sitio donde lo habían dejado, en un claro junto a la calzada. Bajo el aplastante calor, hasta los robles tenían un aspecto algo mustio. Excepto los caballos y los inmensos mastodontes grises, todos los otros animales estaban en sus jaulas, y también los humanos se habían resguardado del bochorno, sin duda dentro de las carretas, de aspecto muy semejante al de la de ellos. Nynaeve y los demás habían bajado del carromato antes de que Valan Luca apareciera, todavía llevando aquella ridícula capa de seda roja.

Esta vez no hubo peroratas floridas ni reverencias acompañadas por revuelos de capa. Sus ojos se abrieron asombrados cuando reconoció a Thom y Juilin y se estrecharon al fijarse en el carromato cuadrado que había tras ellos. Se agachó para asomarse bajo las amplias alas de las tocas, y su sonrisa no fue agradable.

—Vaya, conque nos hemos venido a menos, ¿no, «lady» Morelin? O tal vez es que nunca estuvimos arriba. Robasteis un carruaje y algunos vestidos, ¿verdad? En fin, detestaría ver marcada con fuego una frente tan bonita, porque eso es lo que hacen aquí, por si no lo sabéis, o puede que incluso algo peor. Así que, puesto que ya debéis de haberos enterado, o, en caso contrario, no estaríais huyendo, os aconsejo que sigáis adelante tan rápido como os sea posible. Si queréis que os devuelva vuestro asqueroso céntimo, lo encontraréis tirado en medio del camino, donde cayó cuando os lo arrojé, y por mí puede encontrarse en cualquier punto de aquí a Tarmon Gai'don.

—Queríais un patrocinador —dijo Nynaeve mientras el hombre empezaba a darse media vuelta—. Nosotras podemos serlo.

—¿Vos? —contestó con sorna, pero se quedó callado—. Aunque hasta unas cuantas monedas robadas de la bolsa de algún noble serían una gran ayuda, no aceptaré dinero rob...

—Pagaremos vuestros gastos, maese Luca —lo atajó Elayne con aquel tono frío y arrogante tan propio de ella—, y además cien marcos de oro, si podemos viajar con vos hasta Ghealdan y si aceptáis no hacer paradas hasta que lleguemos a la frontera.

Luca la observó fijamente al tiempo que se pasaba la lengua por los dientes. Nynaeve gimió suavemente. ¡Cien marcos de oro! Con cien de plata se habrían cubierto de sobra los gastos hasta Ghealdan y más allá por mucho que comieran esos bichos a los que llamaba mastodontes.

—¿Tanto robasteis? —preguntó, cauteloso, Luca—. ¿Quién os persigue? No me arriesgaré con Capas Blancas ni con el ejército. Nos meterán en prisión a todos y probablemente matarán a los animales.

—Mi hermano —repuso Elayne antes de que Nynaeve negara, furiosa, que ellos hubieran robado nada—. Al parecer se ha acordado un matrimonio durante mi ausencia, y enviaron a mi hermano a buscarme. No estoy dispuesta a volver a Cairhien para casarme con un hombre un palmo más bajo que yo, que pesa tres veces más y me triplica la edad. —Sus mejillas adquirieron un leve rubor de ira, pero su carraspeo fue más efectivo—. Mi padre

Librodot

abriga el sueño de reclamar el Trono del Sol si consigue reunir suficiente apoyo. Mis sueños se centran en un andoreño pelirrojo con quien me casaré, diga lo que diga mi padre. Y eso, maese Luca, es todo cuanto necesitáis saber sobre mí.

—Quizá seáis quien decís ser —acotó Luca lentamente—, o tal vez no. Mostradme algo de ese dinero que según vos me daréis. Las promesas pagan pocas copas de vino.

Nynaeve manoseó con rabia dentro del zurrón hasta dar con la bolsa más hinchada de monedas y la agitó delante del hombre, pero volvió a guardarla cuando éste alargó la mano hacia ella.

—Se os dará lo que necesitéis a medida que haga falta. Y los cien marcos de oro después de que lleguemos a Ghealdan. —¡Cien marcos de oro! Tendrían que encontrar a un banquero y usar las cartas de valores que llevaban si Elayne seguía despilfarrando dinero de este modo.

Luca soltó un agrio gruñido.

—Hayáis o no robado ese dinero, no cambia el hecho de que huís de alguien. No pienso arriesgar mi espectáculo, ya sea el ejército o algún señor cairhienino quien os persigue. El lord podría ser incluso peor si cree que he secuestrado a su hermana. Tendréis que mezclaros con mi elenco y enmascararos. —Aquella sonrisa aviesa asomó de nuevo a su rostro; no iba a olvidar el dichoso céntimo de plata—. Todos los que viajan conmigo trabajan en algo, así que también tendréis que trabajar si pretendéis no llamar la atención. Si los otros saben que vais a pagar para salir de Amadicia, le darán a la lengua, y no creo que queráis que ocurra eso. Limpiar las jaulas puede servir; los cuidadores de los caballos se quejan de tener que encargarse también de eso. Incluso recuperaré ese céntimo y os lo devolveré como pago. Que no se diga que Valan Luca no es generoso.

Nynaeve estaba a punto de decir, sin dejar lugar a dudas, que no iban a pagar el viaje a Ghealdan y también a trabajar, cuando Thom le puso la mano en el brazo. Sin decir palabra, se agachó, recogió unas piedrecillas del suelo y empezó a hacer juegos malabares con ellas, haciendo girar seis en círculo.

—Tengo malabaristas —dijo Luca. Las seis piedrecillas aumentaron a ocho, luego a diez y después a una docena—. No eres malo. —El círculo se hizo dos, que se entrelazaron. Luca se frotó la barbilla—. A lo mejor podría buscarte un hueco en el espectáculo.

—También trago fuego —dijo Thom, que dejó caer las piedrecillas—, utilizo cuchillos —ondeó las manos vacías y después pareció sacar una de las piedrecillas de la oreja de Luca—, y hago algunas cosas más.

Luca reprimió una fugaz sonrisa.

—Eso vale en tu caso, pero ¿y los demás? —Parecía enfadado consigo mismo por demostrar un atisbo de entusiasmo o aprobación.

—¿Qué es eso? —preguntó Elayne a la par que señalaba.

Los dos altos postes que Nynaeve había visto levantar estaban sujetos ahora con cuerdas y tenían una pequeña plataforma en la parte alta, con un cable tendido, tirante, sobre los treinta pasos que los separaban. De cada plataforma colgaba una escala de cuerda.

—El aparato que utilizaba Sedrin —contestó Luca, que después sacudió la cabeza—. Sedrin era funambulista. Tentaba a la suerte caminando sobre ese fino cable a diez pasos del suelo. El muy necio.

—Yo puedo hacerlo —le dijo Elayne.

Thom hizo intención de cogerla por el brazo mientras la joven se quitaba la toca y echaba a andar hacia los postes, pero se contuvo tras el leve gesto negativo de la muchacha, que le sonrió. Luca, sin embargo, se interpuso en su camino.

—Escuchad, Morelin, o como quiera que os llaméis. Vuestra frente es demasiado bonita para que la marquen con un hierro al rojo vivo, pero vuestro cuello es mucho más hermoso para que os lo rompáis. Sedrin sabía lo que se traía entre manos y lo hemos enterrado hace menos de una hora. Ése es el motivo de que todo el mundo esté en sus carromatos. Claro que anoche bebió demasiado, después de que nos expulsaran de Sienda, pero lo había visto

caminar por el cable con el estómago lleno de brandy sin que pasara nada. Y os diré una cosa: no tenéis que limpiar las jaulas. Os instalaréis en mi carromato y le diremos a todo el mundo que sois mi amante. Sólo en apariencia, naturalmente. —Su maliciosa sonrisa ponía de manifiesto que esperaba que fuera algo más que mera simulación.

La sonrisa que Elayne le asestó en respuesta tendría que haberlo dejado helado.

—Os agradezco la oferta, maese Luca, pero si sois tan amable de apartaros...

Tuvo que hacerlo o la muchacha habría pasado por encima de él. Juilin estrujó el gorro cilíndrico entre las manos y después volvió a encasquetárselo mientras Elayne empezaba a subir por una de las escalas de cuerda, con cierta dificultad por el estorbo de las largas faldas. Nynaeve sabía lo que hacía la joven, y los dos hombres tendrían que haberlo comprendido. Al menos Thom parecía estar al tanto, pero aun así parecía presto para echar a correr hacia el aparato para cogerla si caía. Luca se acercó más, como si tuviera la misma idea.

Elayne se quedó en la plataforma un momento, alisándose el vestido. La plataforma parecía mucho más pequeña y estar mucho más alta ahora que la joven se había subido a ella. Luego, levantando con delicadeza la falda, como para que el repulgo no se le manchara con barro, la muchacha plantó un pie sobre el cable; anduvo por él como si estuviera cruzando una calle. Nynaeve sabía que, en cierto modo, era lo que estaba haciendo. No veía el brillo del *Saidar,* pero sabía que había tejido un paso entre las dos plataformas, sin duda de Aire y tan sólido como piedra.

Inesperadamente, Elayne dio dos volteretas laterales en medio de un remolino de cabellos negros y piernas enfundadas en medias de seda. Durante una fracción de segundo, mientras se ponía derecha, sus faldas parecieron rozar una superficie plana antes de que la joven volviera a recogérselas con rapidez. En dos pasos más llegó a la otra plataforma.

—¿Hacía eso Sedrin, maese Luca?

—Daba saltos mortales —contestó él a voces. Luego, en un susurro, añadió—: Pero no tenía unas piernas así. Conque una dama, ¡ja!

—No soy la única que posee esta habilidad —adujo Elayne—. Juilin y... —Nynaeve sacudió ferozmente la cabeza; encauzara o no encauzara, su estómago aguantaría tan mal aquel cable en el vacío como el mar azotado por la tormenta— y yo hemos hecho esto muchas veces. Vamos, Juilin, sube y demuéstraselo.

A juzgar por la expresión del rastreador, éste habría preferido limpiar las jaulas con sus propias manos. Las jaulas de los leones, con las fieras dentro. Cerró los ojos, sus labios se movieron en una silenciosa plegaria, y trepó por la escala de cuerda como si subiera al patíbulo. Ya en lo alto, su mirada fue de Elayne al cable tendido entre ambos con aterrada concentración. De repente, echó a andar rápidamente, con los brazos extendidos a los lados, los ojos fijos en Elayne y los labios musitando otra plegaria. La joven descendió un tramo de la escala para dejarle espacio en la plataforma, tras lo cual tuvo que ayudarlo a encontrar los peldaños con los pies y guiarlo hasta el suelo.

Thom sonrió a la muchacha, enorgullecido, mientras ésta regresaba junto a ellos y recogía la toca que le había dejado a Nynaeve. El aspecto de Juilin era como si lo hubieran empapado en agua caliente para a continuación escurrirlo.

—Eso estuvo bien —dijo Luca al tiempo que se frotaba la barbilla pensativamente—. No tan bueno como el número de Sedrin, ojo, pero bastante bien. Sobre todo por el hecho de que lo hicisteis parecer tan fácil mientras que... ¿Juilin? Sí, Juilin fingía estar muerto de miedo. Eso funcionará bien. —El rastreador le dedicó una mueca en la que había un atisbo de intención de sacar sus cuchillos. Luca hizo ondear la roja capa al volverse hacia Nynaeve; parecía realmente satisfecho—. ¿Y vos, mi querida Nana? ¿Qué talento sorprendente tenéis vos? ¿Acrobacias, tal vez? ¿O sois tragasables?

—Administro el dinero —le contestó mientras daba una palmada al morral—. A menos que queráis ofrecerme a *mí* vuestro carromato. —Le asestó una sonrisa que borró de golpe la suya, además de hacerlo retroceder dos pasos.

Las voces habían sacado de los carromatos a la gente, y todo el mundo se reunió

alrededor mientras Luca presentaba a los nuevos componentes de la compañía. Fue bastante vago respecto a Nynaeve y se limitó a tildar de espeluznante lo que hacía; la mujer pensó que tendría que mantener una charla con él.

Los encargados de los caballos, como Luca llamaba a los hombres que no poseían talento artístico, eran una desaliñada pandilla de amargados, quizá porque su paga era inferior. No eran muchos si se comparaba con el número de carromatos. De hecho, resultó que todo el mundo colaboraba en el trabajo, incluido el de conducir los vehículos; en una compañía ambulante de artistas y animales amaestrados no sobraba el dinero, aunque fuera una como ésta. El resto de la compañía era un grupo heterogéneo.

Petro, el hombre forzudo, era el tipo más grande que Nynaeve había visto en su vida, no a lo alto, sino a lo ancho; el chaleco de cuero dejaba al aire unos brazos del tamaño de troncos. Estaba casado con Clarine, la rellenita domadora de perros, que parecía pequeña al lado de su esposo. Latelle, que trabajaba con los osos, era una mujer de rostro serio y ojos oscuros que llevaba corto el negro cabello y en cuyos labios se insinuaba de manera continua una mueca burlona. Aludra, la esbelta mujer que se suponía era una Iluminadora, sí que podría ser tal. No llevaba el oscuro cabello recogido con las trenzas tarabonesas, cosa nada sorprendente dada la forma de pensar de Amadicia, pero tenía el acento de esas tierras; además, a saber qué habría sido de la Corporación de Iluminadores. De hecho, la casa filial de Tanchico había cerrado sus puertas. Los acróbatas, por otro lado, afirmaban ser hermanos y llamarse Chavana, pero aunque todos eran hombres de constitución baja y compacta, su apariencia no podía ser más distinta, desde Taeric, con sus verdes ojos, pómulos altos y nariz aguileña que proclamaban su ascendencia saldaenina, hasta Barit, que tenía una tez más oscura que Juilin y llevaba tatuadas las manos como los Marinos, si bien no lucía pendientes ni anillos en la nariz.

Todos salvo Latelle dieron una calurosa bienvenida a los recién llegados; más artistas significaba que más gente acudiría al espectáculo y, por ende, entraría más dinero. Los dos malabaristas, Bari y Kin —que resultaron ser hermanos— entablaron conversación con Thom sobre su actividad artística cuando se enteraron de que realizaba el mismo trabajo que ellos. Atraer más gente al espectáculo era una cosa, y la competencia, otra. Empero, fue la mujer de cabello claro que se ocupaba de los mastodontes quien atrajo de inmediato el interés de Nynaeve. Cerandin se mantuvo apartada, con actitud tensa, y apenas habló; Luca afirmaba que procedía de Shara, como los animales, pero su forma de hablar tan suave, casi un ronroneo, hizo que Nynaeve aguzara los oídos.

Les costó un rato colocar el carromato en su sitio. Thom y Juilin se mostraron más que complacidos por la ayuda de los cuidadores de caballos con el tiro, a pesar del modo hosco en que les fue ofrecida, y Nynaeve y Elayne recibieron invitaciones. Petro y Clarine las invitaron a tomar té una vez que se hubieran instalado. Los Chavana querían que las dos mujeres cenaran con ellos, y Kin y Bari, también, con lo que consiguieron que la mueca burlona de Latelle se tornara ceñuda. Dichas invitaciones fueron declinadas con cortesía, quizás un poco más por parte de Elayne que de Nynaeve; el recuerdo de sí misma contemplando embobada a Galad como una tonta muchachita estaba demasiado fresco en su memoria para mostrarse poco más amable con cualquier hombre que lo mínimamente preciso. Luca hizo su propia invitación, sólo a Elayne, cuando Nynaeve no podía oírlo. Se ganó una bofetada, y Thom hizo una ostentosa exhibición con sus cuchillos, que parecían girar entre sus dedos con vida propia, hasta que finalmente el hombre se alejó rezongando entre dientes y frotándose la mejilla.

Nynaeve dejó a Elayne colocando sus cosas en el carromato —más bien zarandeándolas mientras farfullaba, furiosa, entre dientes— y se dirigió hacia donde estaban los mastodontes. Las colosales bestias grises parecían criaturas bastante plácidas; pero, al recordar aquel agujero en la pared de piedra de El Lancero del Rey, no se sintió muy segura respecto a la efectividad de las trabas de cuero que sujetaban las macizas patas delanteras de los animales. Cerandin estaba rascando al macho con el aguijón de punta de cobre.

—¿Cómo se llaman realmente? —Nynaeve dio unas tímidas palmaditas en la larga

Librodot

nariz... u hocico o lo que quiera que fuera del macho. Aquellos colmillos eran tan anchos como su pierna y tenían más de dos metros de largo, sólo un poco más que los de la hembra. El largo hocico olisqueó su falda, y la mujer reculó con prontitud.

—*S'redit* —contestó la mujer de cabello claro—. Son *s'redit,* pero maese Luca pensó que un nombre más imponente era mejor. —El acento, alargando las palabras, era inconfundible.

—¿Hay muchos *s'redit* en Seanchan?

El aguijón se detuvo un momento y luego siguió rascando al animal.

—¿Seanchan? ¿Dónde está eso? Los *s'redit* vienen de Shara, como yo. Nunca había oído hablar de...

—Puede que hayas estado en Shara, Cerandin, pero lo dudo. Eres seanchan. A menos que me equivoque, eres parte de la fuerza invasora que desembarcó en Punta de Toman y que fue abandonada en tierra después de lo de Falme.

—Indudablemente —convino Elayne, que apareció detrás de su amiga—. Oímos el acento seanchan en Falme, Cerandin. No te haremos daño.

Eso era más de lo que Nynaeve estaba dispuesta a prometer; no tenía buenos recuerdos de los seanchan. Y, sin embargo... «Fue una seanchan quien nos ayudó cuando más lo necesitábamos. No todos son perversos. Sólo la mayoría.»

Cerandin soltó un largo suspiro y se encogió ligeramente de hombros. Era como si hubiera desaparecido una tensión que arrastraba desde tan lejos que ya no era consciente de ella.

—Pocas personas de las que he conocido saben algo que se parezca remotamente al Retorno o lo ocurrido en Falme. He oído cientos de versiones, cada cual más fantástica que la anterior, pero nunca la verdadera. Mejor para mí. Me dejaron en tierra, efectivamente, y también a muchos de los *s'redit.* Estos tres fueron los únicos que conseguí reunir. No sé qué ha sido del resto. El macho se llama *Mer*; la hembra, *Sanit*; y la cría, *Nerin.* No es de *Sanit.*

—¿A qué te dedicabas? —se interesó Elayne—. ¿A entrenar *s'redit*?

—¿O eras *sul'dam*? —añadió Nynaeve antes de que la otra mujer tuviera tiempo de contestar.

—No —sacudió la cabeza Cerandin—. Se me sometió a la prueba, como a todas las chicas, pero no conseguía hacer nada con el *a'dam.* Me alegré de que me eligieran para trabajar con *s'redit.* Son unos animales magníficos. Tenéis un amplio conocimiento de los seanchan si sabéis lo de las *sul'dam* y las *damane.* Hasta ahora no había topado con nadie que estuviera enterado de su existencia. —No denotaba miedo. O tal vez era que había acabado por acostumbrarse después de ser abandonada en una tierra extraña. Claro que también podía estar mintiendo.

Los seanchan eran tan aciagos para las mujeres que podían encauzar como los amadicienses, tal vez peor. Ellos no las exiliaban o mataban; las apresaban y utilizaban. Mediante un artilugio llamado *a'dam* —Nynaeve estaba convencida de que tenía que ser una especie de *ter'angreal*— una mujer que tenía el don de manejar el Poder Único era controlada por otra mujer, una *sul'dam,* que obligaba a la *damane* a utilizar su talento para lo que quiera que los seanchan ordenaran, incluso como arma. Una *damane* era tratada como un animal, aunque estaba bien cuidada. Y hacían *damane* a todas las mujeres que encontraban con la habilidad de encauzar o con el don innato; los seanchan habían registrado Punta de Toman más exhaustivamente de lo que la Torre habría soñado hacer nunca. La mera noción del *a'dam,* las *sul'dam* y las *damane* le revolvía el estómago a Nynaeve.

—Sí, algo sabemos de tu pueblo —le dijo a Cerandin—, pero queremos saber más.

Los seanchan se habían marchado, expulsados por Rand, pero ello no quería decir que no regresaran algún día. Era otro peligro más, aunque no inmediato, de los muchos a los que se enfrentaban. Empero, el hecho de tener una espina clavada en el pie no significaba que el arañazo de una zarza en el brazo no acabara por infectarse al cabo del tiempo.

—Harías bien en responder con sinceridad a nuestras preguntas —añadió Nynaeve. Ya

llegaría el momento de viajar al norte.

—Te prometo que no te ocurrirá nada —dijo Elayne—. Te protegeré, si es preciso.

Los ojos de la mujer de cabello claro fueron de la una a la otra y, de repente, con gran pasmo de Nynaeve, se postró a los pies de Elayne.

—Sois una Augusta Señora de esta tierra, como le dijisteis a Luca. No me di cuenta. Perdonadme, Augusta Señora. Estoy a vuestro servicio. —Y besó el suelo delante de los pies de la joven.

Elayne tenía los ojos tan desorbitados que parecían a punto de salirse de las órbitas, y Nynaeve supuso que su expresión de pasmo no era menor.

—Levántate —siseó mientras miraba frenéticamente en derredor para ver si alguien las estaba observando. Luca las miraba, ¡maldito!, y también Latelle, cuyo ceño no se había borrado, pero ya no tenía remedio la cosa—. ¡Ponte en pie!

La mujer no movió un solo músculo.

—Levántate, Cerandin —dijo Elayne—. En esta tierra nadie exige a otras personas que se comporten de ese modo. Ni siquiera un dirigente. —Al tiempo que Cerandin se incorporaba con timidez, añadió—: Te enseñaré cómo comportarte correctamente a cambio de que respondas a nuestras preguntas.

La mujer hizo una reverencia, con las manos apoyadas en las rodillas y la cabeza inclinada.

—Sí, Augusta Señora. Se hará como decís. Os pertenezco.

Nynaeve soltó un borrascoso suspiro. Desde luego, no iban a aburrirse en el viaje a Ghealdan.

Librodot

CAPÍTULO 18

Un Sabueso del Oscuro

Liandrin guió a su caballo a través de las abarrotadas calles de Amador; la ancha y curvada ala de la toca ocultaba la mueca despectiva de sus gordezuelos labios. Le había resultado odioso tener que renunciar a su peinado de múltiples trenzas, y aun le parecían más odiosas las ridículas costumbres de ese ridículo país; el gorro y el vestido de montar, de color amarillo rojizo, le agradaban bastante, pero no los grandes lazos de terciopelo que adornaban ambas prendas. Aun así, la toca le ocultaba los ojos —la combinación de cabello rubio oscuro y ojos castaños la señalaban de inmediato como tarabonesa, cosa poco recomendable en esos días en Amadicia— y escondía lo que habría sido aun más peligroso mostrar allí: un rostro de Aes Sedai. Aprovechando esta tapadera, podía mirar con mofa a los Capas Blancas, tan numerosos que eran una quinta parte de los hombres que pasaban por la calle. No es que los soldados, otro quinto de los transeúntes masculinos, fueran mejores. Pero a ninguno de ellos se le ocurrió asomarse por debajo de la toca, naturalmente. Las Aes Sedai eran proscritas allí, lo que significaba que no había ninguna.

Con todo, se sintió un poco mejor cuando entró por las ornamentadas puertas de hierro que daban a la casa de Jorin Arene. Otra excursión infructuosa en busca de noticias de la Torre Blanca; no había habido nada más desde que se había enterado de que Elaida estaba al frente de la Torre, y que se habían deshecho de esa mujer, Siuan Sanche. Siuan había escapado, cierto, pero ahora era tan inútil como un trapo viejo.

Los jardines al otro lado del muro de piedra estaban llenos de plantas bastante mustias por falta de lluvia, pero podadas en formas cuadradas y redondas, aunque una tenía la forma de un caballo dando un salto. Sólo una, por supuesto. Los mercaderes como Arene imitaban a quienes ocupaban posiciones más altas, pero tenían buen cuidado en no extralimitarse para evitar que alguien pensara que eran demasiado presuntuosos. Unos balcones muy ornamentados decoraban la gran casa de madera, con sus tejados rojos, e incluso había una arcada de columnas talladas; pero, a diferencia de la vivienda de un noble que supuestamente imitaba, los cimientos de piedra no alcanzaban más que tres metros de altura. En conjunto, era una infantil imitación de la mansión de un lord.

El nervudo y canoso hombre que se acercó rápida y temerosamente para sujetar el estribo mientras ella desmontaba y coger después las riendas, iba vestido completamente de negro. Fueran cuales fueran los colores que un mercader pudiera escoger para el uniforme de sus lacayos, sin duda pertenecerían a uno u otro noble de verdad, e incluso un lord de poca importancia podía ocasionar problemas al tratante de mercancías más rico. La gente de la calle llamaba al color negro «librea de mercader», y se reía con sorna cuando lo decía. Liandrin despreciaba el negro uniforme del criado tanto como aborrecía la casa de Arene y al propio Arene. Algún día ella poseería verdaderas mansiones. Palacios. Se lo habían prometido, así como el poder que conllevaban dichas posesiones.

Mientras se quitaba los guantes de montar subió por la ridícula rampa que se inclinaba a lo largo de los cimientos y llegaba a las puertas principales, talladas con hojas de enredaderas. A las mansiones fortificadas de los nobles se accedía por rampas, de modo que un mercader

que tuviera buena opinión de sí mismo nunca pondría escalera en su casa. Una joven criada, vestida de negro, le cogió los guantes y el sombrero cuando entró en el vestíbulo redondo, jalonado por numerosas puertas, con columnas talladas y decoradas con fuertes colores y una balconada que recorría todo el perímetro circular. El techo se había lacado a semejanza de un mosaico, estrellas dentro de estrellas, en dorado y negro.

—Tomaré el baño dentro de una hora —le dijo a la joven—. Y esta vez tendrá la temperatura adecuada, ¿verdad?

La doncella se puso pálida e hizo una reverencia al tiempo que asentía entre balbuceos; luego se escabulló rápidamente.

Amellia Arene, la esposa de Jorin, salió por una de las puertas enfrascada en una conversación con un hombre gordo y calvo que llevaba un blanco delantal impoluto. Liandrin resopló con desdén. La mujer se daba muchos aires, pero no sólo hablaba directamente con el cocinero, sino que sacaba al hombre de las cocinas para discutir sobre las comidas. Y trataba a su sirviente como... ¡como a un amigo!

El gordo Evon la vio primero y tragó saliva con esfuerzo; sus ojillos de cerdo se apartaron de inmediato. A Liandrin no le gustaba que los hombres la miraran y le había dirigido unas palabras cortantes el primer día de su estancia allí por el modo en que sus ojos se demoraban sobre ella en ocasiones. El hombre había intentado negarlo, pero ella conocía las viles costumbres de los varones. Sin esperar a que su señora le diera permiso para retirarse, Evon volvió por donde había venido casi corriendo.

Cuando Liandrin y las demás habían llegado a la casa, la canosa consorte del mercader era una mujer de rostro severo; ahora se pasó la lengua por los labios y se alisó innecesariamente la drapeada falda de seda.

—Arriba hay una persona reunida con las otras, mi señora —dijo tímidamente. El primer día había creído que podía llamar a Liandrin por su nombre—. En la salita principal. Viene de Tar Valon, creo.

Preguntándose quién podría ser, Liandrin se dirigió hacia la escalera de trazado curvo que estaba más cercana. Sabía que conocía a muy pocas hermanas del Ajah Negro, naturalmente, por razones de seguridad; lo que otras no supieran no podían delatarlo. En la Torre sólo conocía a una de las doce que habían partido con ella cuando se marchó. Dos de esas doce había muerto, y sabía a quién culpar de ello: Egwene al'Vere, Nynaeve al'Meara y Elayne Trakand. Todo había salido tan terriblemente mal en Tanchico que habría jurado que aquellas tres Aceptadas advenedizas estaban allí de no ser porque eran unas necias que, por dos veces, se habían metido mansamente en las trampas tendidas por ella. El que hubieran escapado en ambas ocasiones no tenía relevancia. Si hubiesen estado en Tanchico habrían caído en su poder, a pesar de lo que dijera haber visto Jeane. La próxima vez que se las encontrara, no escaparían. Acabaría con ellas de manera definitiva, tuviera las órdenes que tuviera.

—Mi señora —balbució Amellia—. Sobre mi esposo, señora... Por favor, ¿alguna de vosotras querría ayudarlo? Jorin no lo hizo con intención, mi señora. Ha aprendido la lección.

Liandrin hizo un alto en la escalera, con la mano apoyada en la balaustrada tallada, y miró hacia atrás.

—No tendría que haber pensado que su juramento al Gran Señor podía olvidarlo cuando le conviniera, ¿verdad?

—Ha aprendido la lección, mi señora. Por favor. Yace bajo las mantas todo el día, tiritando a pesar de este calor. Solloza cuando alguien lo toca o habla en susurros.

Liandrin simuló estar sopesando la idea y después asintió.

—Le pediré a Chesmal que vea lo que puede hacer al respecto. Empero, ten presente que no te prometo nada.

Las vacilantes palabras de agradecimiento de la mujer la siguieron escaleras arriba, pero ella no prestó atención. Temaile se había dejado llevar por el genio. Había pertenecido al Ajah Gris antes de entrar a formar parte del Negro y siempre ponía un gran empeño en prolongar el

Librodot

dolor de un modo parejo y regular cuando mediaba; había obtenido excelentes resultados como mediadora porque disfrutaba alargando el dolor. Chesmal aseguraba que Jorin podría realizar pequeñas tareas dentro de unos cuantos meses siempre y cuando no fueran demasiado duras y nadie levantara la voz. Había sido una de las mejores Curadoras de las Amarillas desde hacía generaciones, de modo que tenía que saberlo.

Se sorprendió al entrar en la salita principal. Nueve de las diez hermanas Negras que habían venido con ella estaban de pie alrededor de la habitación, contra los paneles de madera que recubrían las paredes, tallados y pintados, a pesar de que había cómodas sillas de sobra sobre la alfombra. La décima hermana, Temaile Kinderode, le entregaba una taza de té, de delicada porcelana, a una mujer morena, de robusto atractivo, que llevaba un vestido de color broncíneo con un corte desconocido para Liandrin. La mujer sentada tenía un vago aire familiar aunque no era Aes Sedai; se encontraba en la madurez y, a despecho de las tersas mejillas, no había en su rostro la apariencia de intemporalidad.

Empero, la atmósfera que había en la estancia despertó la cautela en Liandrin. Temaile tenía una engañosa apariencia frágil, con sus enormes ojos azules de expresión infantil que hacían que la gente confiara en ella; ahora parecían preocupados o inquietos, y la taza tintineó en el platillo antes de que la otra mujer la cogiera. Todos los semblantes tenían una expresión inquieta salvo el de la extrañamente familiar mujer. Jeane Caide, con uno de aquellos indecentes vestidos domani que llevaba dentro de casa y que dejaban al aire gran parte de su piel cobriza, todavía tenía el rastro húmedo de las lágrimas en las mejillas; había sido una Verde y le gustaba lucirse y llamar la atención de los hombres más aun que cualquier otra Verde. Rianna Andomeran, antes Blanca y siempre una arrogante y fría asesina, no dejaba de toquetear con nerviosismo el mechón blanco que tenía en la negra melena y que le caía sobre la oreja izquierda. Toda su altanería había desaparecido.

—¿Qué pasa aquí? —demandó Liandrin—. ¿Quién sois vos y qué...? —De repente la reconoció. Una Amiga Siniestra, una sirvienta de Tanchico que continuamente se excedía, olvidando el lugar que le correspondía—. ¡Gyldin! —espetó. Esta criada las había seguido de algún modo y, obviamente, intentaba hacerse pasar por un correo de las Negras con alguna noticia terrible—. Esta vez te has pasado de la raya en exceso.

Buscó el contacto con el *Saidar,* pero antes de conseguirlo el brillo del poder envolvió a la otra mujer y el intento de Liandrin se estrelló contra un muro invisible que le impedía llegar a la Fuente, que quedó suspendida como un sol, tentadoramente fuera del alcance.

—Cierra la boca, Liandrin —dijo la otra mujer sosegadamente—. Pareces un pez fuera del agua. No soy Gyldin, sino Moghedien. A este té le hace falta un poco más de miel, Temaile.

La esbelta hermana de rostro zorruno se apresuró a cogerle la taza, con la respiración entrecortada.

Tenía que ser eso. ¿Qué otra persona habría amedrentado de ese modo a las demás? Liandrin las observó, recorriendo con la mirada las figuras plantadas de pie en derredor del cuarto. Eldrith Johndar, con su cara redonda, por una vez no parecía totalmente absorta a pesar de la mancha de tinta que tenía en la nariz y asintió con la cabeza enérgicamente. Las otras parecían temerosas de mover un solo músculo. No entendía por qué una de las Renegadas —se suponía que no debían utilizar ese apelativo, pero generalmente lo hacían para hablar entre ellas—, por qué Moghedien había tenido que disfrazarse de sirvienta. Esa mujer tenía, o podía tener, todo cuanto quisiera. No sólo conocimientos del Poder Único más allá de lo que Liandrin era capaz de soñar, sino poder. Poder sobre otros, poder sobre el mundo. E inmortalidad. Poder para toda una vida que jamás acabaría. Ella y sus hermanas habían especulado sobre disensiones entre los Renegados; había habido órdenes que chocaban entre sí, instrucciones dadas a otros Amigos Siniestros que estaban en contra de las que tenían ellas. Quizá Moghedien se había estado escondiendo de los otros Renegados.

Liandrin extendió la falda pantalón de montar lo mejor posible para hacer una profunda reverencia.

Librodot

—Os damos la bienvenida, Insigne Señora. Con la guía de los Elegidos, triunfaremos sin duda antes del Día del Retorno del Gran Señor.

—Muy bien expresado —replicó secamente Moghedien mientras cogía de nuevo la taza que le tendía Temaile—. Sí, así está mucho mejor.

Temaile parecía absurdamente complacida y aliviada. ¿Qué había hecho Moghedien? De repente se le pasó algo por la cabeza a Liandrin; algo poco grato. Había tratado a una de las Elegidas como a una sirvienta.

—Insigne Señora, en Tanchico ignoraba que fueseis vos...

—Pues claro que lo ignorabas —la interrumpió Moghedien con un dejo de irritación—. ¿De que me habría servido quedarme en las sombras si tú y las demás lo hubieseis sabido? —Inopinadamente, un atisbo de sonrisa asomó a sus labios, pero no se reflejó en el resto de los rasgos de la mujer—. ¿Estás preocupada por todas las veces que mandaste a Gyldin para que el cocinero la castigara? —El sudor perló de manera repentina la cara de Liandrin—. ¿Crees de verdad que habría permitido que ocurriera algo así? Sin duda el hombre te informó que lo había hecho, pero recordaba sólo lo que yo quería que recordara. De hecho, sentía lástima por Gyldin, que tan cruel trato recibía de su señora. —Eso pareció divertirla enormemente—. Me dio algunos postres que había preparado para ti. No me desagradaría que siguiera vivo.

Liandrin soltó un suspiro de alivio. No iba a morir.

—Insigne Señora, no es necesario que me aisléis del Poder. También yo sirvo al Gran Señor. Presté juramento como Amiga Siniestra incluso antes de ir a la Torre Blanca. Busqué al Ajah Negro desde el día en que supe que podía encauzar.

—Así pues ¿serás tú la única en este indócil grupo a la que no haga falta enseñarle quién es su señora? —Moghedien enarcó una ceja—. Nunca lo habría imaginado en alguien como tú. —El brillo a su alrededor desapareció—. Tengo trabajo para ti. Para todas vosotras. Sea lo que sea lo que estuvieseis haciendo, tendréis que olvidaros de ello. Sois un puñado de ineptas, como lo demostrasteis en Tanchico. Si blando el látigo de la jauría, puede que actuéis como sabuesos mejor entrenados y tengáis más éxito en la cacería.

—Estamos esperando órdenes de la Torre, Insigne Señora —adujo Liandrin. ¡Ineptas! Casi habían encontrado lo que buscaban en Tanchico cuando los tumultos estallaron en la ciudad; habían escapado por poco de la destrucción a manos de Aes Sedai que, de algún modo, se habían interpuesto en sus planes. Si Moghedien se hubiera dado a conocer o incluso hubiera tomado cartas en el asunto, se habrían alzado con el triunfo. Si la culpa del fracaso había que achacársela a alguien era a la propia Moghedien. Liandrin tanteó el camino hacia la Fuente Verdadera, no para abrazarla sino para comprobar que los flujos del escudo no se habían atado simplemente. Había desaparecido—. Se nos han dado graves responsabilidades, grandes tareas que realizar, y seguramente se nos ordenará que sigamos...

—Servís a cualquier Elegido que decida utilizaros —la interrumpió Moghedien sin contemplaciones—. Quienquiera que os envía órdenes desde la Torre Blanca, las recibe a su vez de uno de nosotros, y seguramente se arrastrará mientras se le imparten. Me serviréis a mí, Liandrin. Tenlo por cierto.

Eso era toda una revelación: la Renegada ignoraba quién dirigía al Ajah Negro. Moghedien no lo sabía todo. Liandrin había imaginado siempre que los Renegados eran seres casi omnipotentes, muy por encima de los mortales. Quizás era cierto que la mujer estaba huyendo de los otros Renegados. Entregársela le reportaría, indudablemente, un lugar destacado. Puede que incluso se convirtiera en una de ellos. Sabía un truco aprendido en la infancia; y tenía acceso al Poder Único.

—Insigne Señora, servimos al Gran Señor, como vos. También a nosotras se nos prometió la vida eterna, y poder, cuando el Gran Señor re...

—¿Acaso te consideras mi igual, hermanita? —Moghedien hizo una mueca de desagrado—. ¿Estuviste en la Fosa de la Perdición para dedicar plenamente tu alma al Gran Señor? ¿Paladeaste las mieles de la victoria en Paaran Disen o las hieles de la derrota de Asar Don? Eres poco más que un cachorrillo mal entrenado, no la señora de la jauría, e irás donde

Librodot

señale hasta que considere oportuno darte un puesto mejor. También estas otras se tenían en más de lo que son. ¿Deseas probar tu fuerza contra mí?

—Por supuesto que no, Insigne Señora. —Cuando la Renegada estaba advertida y dispuesta, no, desde luego—. Yo...

—Lo harás antes o después, y prefiero dejar ese asunto zanjado ahora, al principio. ¿Por qué crees que tus compañeras parecen tan alegres? Ya les he enseñado a cada una de ellas la misma lección hoy. No quiero estar preguntándome cuándo habré de enseñártela a ti también, de modo que lo haré en este momento. Inténtalo.

Liandrin se humedeció los labios con nerviosismo mientras su mirada recorría a las mujeres que estaba en pie, rígidamente, contra las paredes. Sólo Asne Zeramene hacía algún movimiento, un ligerísimo parpadeo; y sacudió la cabeza casi imperceptiblemente. Los ojos rasgados de Asne, los altos pómulos y la firme nariz la señalaban como saldaenina, y poseía todo el arrojo del que hacía alarde la gente de su tierra. Si le aconsejaba que no lo hiciera, si en sus oscuros ojos asomaba un atisbo de miedo, entonces no cabía duda de que lo mejor era arrastrarse cuanto fuera necesario para aplacar a Moghedien. Y, sin embargo, estaba ese truco que sabía.

Se puso de rodillas, gacha la cabeza, y alzó la vista hacia Moghedien con un temor que sólo era fingido en parte. Moghedien siguió repantigada en el sillón, tomando sorbitos de té.

—Insigne Señora, os pido disculpas si me he mostrado presuntuosa. Sé que sólo soy un gusano a vuestros pies. Os suplico, como el fiel sabueso que tendréis en mí, que mostréis compasión por este miserable perro.

Moghedien bajó los ojos hacia la taza y, en un visto y no visto, mientras las palabras acababan de salir de su boca, Liandrin abrazó el *Saidar* y encauzó, buscando la grieta que debía de haber en la seguridad de la Renegada, la fisura que existía en la fachada de fortaleza de cualquier ser.

En el mismo instante en que atacaba, la luz del *Saidar* rodeó a la otra mujer y el dolor envolvió a Liandrin. Cayó hecha un ovillo sobre la alfombra, intentando aullar, pero un dolor que iba más allá de cuanto conocía acalló los gritos que pugnaban por salir de su boca abierta. Sentía como si los ojos fueran a salírsele de las órbitas y su piel estuviera a punto de arrancársele en tiras. Se retorció en el suelo lo que le pareció una eternidad y, cuando la agonía desapareció de manera tan repentina como había surgido, se quedó tendida allí, incapaz de hacer nada, estremecida por los temblores y sollozando.

—¿Empiezas a entenderlo? —inquirió sosegadamente Moghedien al tiempo que tendía la taza vacía a Temaile y le decía—: Estaba muy bueno, pero la próxima vez prepáralo un poco más fuerte. —Temaile parecía a punto de desmayarse—. No eres lo bastante rápida, Liandrin, ni lo bastante fuerte ni sabes lo bastante. Esa pequeñez que has intentado contra mí resulta lastimosa. ¿Te gustaría ver cómo es realmente? —Encauzó.

Liandrin alzó la mirada hacia ella, con adoración. Gateó por el suelo y pronunció unas palabras entre los sollozos que todavía no conseguía reprimir:

—Perdonadme, Insigne Señora. —Esta magnífica mujer, como una estrella en el cielo, un cometa, por encima de todos los reyes y reinas—. Perdonadme, por favor —suplicó al tiempo que besaba con fervor el repulgo del vestido de Moghedien—. Perdonadme. Soy un perro, un gusano —balbució. La avergonzaba en lo más profundo de su ser haber dicho antes esas cosas sin sentirlas. Eran verdad. Ante esta mujer todas ellas eran ciertas—. Permitidme que os sirva, Insigne Señora. Concededme la gracia de serviros. Por favor. Por favor.

—Yo no soy Graendal —repuso Moghedien, que la apartó rudamente de una fuerte patada.

De repente el sentimiento de adoración desapareció. No obstante, mientras seguía allí tendida, hecha un ovillo y sacudida por los sollozos, Liandrin lo recordaba claramente. Contempló con horror a la mujer.

—¿Te has convencido ya, Liandrin?

—Sí, Insigne Señora —consiguió mascullar. Lo estaba. Convencida por completo de

que no se atrevería a intentarlo de nuevo sin estar segura de tener éxito, ni siquiera se lo plantearía. Su truco no era más que una pálida sombra de lo que Moghedien había hecho. Ojalá pudiera aprenderlo...

—Veremos. Me da la impresión de que eres una de esas que necesitan una segunda lección. Ruega para que no sea así, Liandrin; mis segundas lecciones suelen ser terriblemente duras. Ahora, ocupa tu sitio con las demás. Descubrirás que he cogido algunos de los objetos de poder que guardabas en tu cuarto, pero puedes quedarte la morralla restante. ¿A que soy muy amable?

—Sí, la Insigne Señora es muy considerada —aseveró Liandrin entre hipidos y alguno que otro sollozo que no lograba contener.

Desmadejada, se dirigió con pasos inseguros hacia la pared, donde se quedó de pie junto a Asne; buscó apoyo recostando la espalda contra la cubierta de paneles. Vio los flujos de Aire que empezaban a tejerse; sólo de Aire, pero aun así dio un respingo cuando le amordazaron la boca y le taparon los oídos. Ciertamente no trató de resistirse; ni siquiera se permitió pensar en el *Saidar.* ¿Quién sabía lo que era capaz de hacer una Renegada? A lo mejor leía los pensamientos; aquello casi la hizo salir corriendo. No. Si Moghedien le hubiera leído la mente, ahora estaría muerta; o aullando y retorciéndose en el suelo; o besando los pies de Moghedien mientras suplicaba ser su sierva. Liandrin tembló de manera incontrolada; si aquellos flujos no la hubieran tenido amordazada, sus dientes habrían estado castañeteando.

Moghedien realizó el mismo tejido alrededor de todas ellas salvo Rianna, a la que la Renegada ordenó con un gesto imperioso del dedo que se arrodillara ante ella. Después Rianna se marchó y Marillin Gemalphin fue desatada y requerida.

Desde su lugar, Liandrin podía ver sus caras y el movimiento de los labios aunque no oyera el sonido de las palabras. Era evidente que cada una de ellas estaba recibiendo órdenes que las otras no escuchaban. Nada podía adivinarse por la expresión de sus semblantes. Rianna se limitó a escuchar, con un atisbo de alivio en los ojos; luego asintió con la cabeza y se marchó. Marillin pareció sorprendida y luego ansiosa, pero había sido una Marrón, y las Marrones podían entusiasmarse con cualquier cosa que les diera la oportunidad de desenterrar algún mohoso pedacito de saber perdido. La cara de Jeane Caide adquirió paulatinamente la apariencia de una máscara de terror; al principio sacudió la cabeza e intentó cubrirse a sí misma y aquel repugnante atavío transparente. Pero, cuando el gesto de Moghedien se endureció, Jeane asintió apresuradamente y se marchó, si no con tanta ansiedad como Marillin, sí con igual rapidez. Berylla Naron, de esbeltez casi escuálida y una excelente maquinadora y manipuladora donde las hubiera, así como Falion Bhoda, de rostro alargado y actitud fría a pesar de su obvio miedo, se mantuvieron tan inexpresivas como Rianna. Por su parte, Ispan Shefar, tarabonesa como Liandrin aunque con el cabello oscuro, de hecho besó el repulgo del vestido de Moghedien antes de incorporarse.

Luego los flujos de Aire se destejieron en torno a Liandrin. La mujer pensó que le había llegado el turno de que le mandara sabría la Sombra qué encargo, hasta que vio que las ataduras urdidas en torno a las restantes hermanas también desaparecían. El dedo de Moghedien las llamó perentoriamente, y Liandrin se arrodilló entre Asne y Chesmal Emry, una mujer alta y atractiva, de cabello y ojos oscuros. Chesmal, antaño del Ajah Amarillo, era capaz de Curar y de matar con igual facilidad, pero la intensidad de su mirada prendida en Moghedien, el modo en que sus manos temblaban, crispadas y apuñando la falda, ponían de manifiesto que su única intención era obedecer.

Liandrin comprendió que tendría que dejarse guiar por esas indicaciones. Cualquier insinuación a una de las otras sobre su idea de que serían bien recompensadas si entregaban a Moghedien al resto de los Renegados podía resultar desastrosa si alguna de ellas hubiera decidido que le interesaba ser el perrillo faldero de Moghedien. Casi rompió a llorar ante la sola idea de recibir una «segunda lección».

—A vosotras os he reservado para la tarea más importante —dijo la Renegada—. Los logros de las otras pueden dar dulces frutos, pero para mí la vuestra será la recolección

primordial. Una recolección personal. Hay una mujer llamada Nynaeve al'Meara. —Liandrin levantó bruscamente la cabeza, y los oscuros ojos de Moghedien parecieron taladrarla—. ¿La conoces?

—La desprecio —respondió con sinceridad Liandrin—. Es una asquerosa espontánea a la que jamás se debió admitir en la Torre. —Aborrecía a todas las espontáneas. Soñando en entrar a formar parte del Ajah Negro, ella misma había empezado a aprender a encauzar un año antes de ir a la Torre, pero no era en absoluto una de ésas.

—Muy bien. Vosotras cinco vais a encontrarla para mí. La quiero viva. Oh, sí, la quiero viva. —La sonrisa de Moghedien hizo temblar a Liandrin; entregarle a Nynaeve y a las otras dos podría ser muy conveniente—. Anteayer se encontraba en una villa llamada Sienda, a unos cien kilómetros al este de aquí, con otra joven que podría interesarme, pero han desaparecido. Tendréis que...

Liandrin escuchó con ansiedad. Para esta tarea, sería un sabueso fiel. Para lo demás, esperaría pacientemente.

Librodot

CAPÍTULO 19

Recuerdos

Mi reina...

Morgase alzó la vista del libro que tenía en el regazo. La luz del sol penetraba oblicuamente a través de la ventana de la sala de estar, anexa a su dormitorio. Ya se notaba el calor, no soplaba el aire y el sudor le humedecía el rostro. Pronto sería mediodía y no se había movido de sus aposentos; no recordaba por qué había decidido pasarse la mañana leyendo un libro. Últimamente parecía incapaz de concentrarse en la lectura. Por el reloj dorado que había sobre la repisa de la chimenea de mármol, había transcurrido una hora desde que había pasado la página y no recordaba lo que estaba escrito en ella. Tenía que deberse al calor.

El joven oficial, con la chaqueta roja de su guardia, postrado sobre una rodilla y con un puño plantado en la alfombra roja y dorada, le resultaba vagamente familiar. Antaño recordaba todos los nombres de los guardias asignados a palacio. Puede que fuera por tantas caras nuevas que había ahora.

—Tallanvor —dijo al cabo, sorprendiéndose a sí misma. Era un joven alto, bien formado, pero no sabía por qué lo recordaba a él en particular. ¿Había acompañado a alguien ante ella en alguna ocasión? ¿Mucho tiempo atrás?—. Teniente de la guardia Martyn Tallanvor.

Él la miró, con unos ojos sorprendentemente duros, antes de bajarlos de nuevo a la alfombra.

—Mi reina, disculpadme, pero me ha sorprendido que continuéis aquí dadas las noticias de esta mañana.

—¿Qué noticias? —Estaría bien enterarse de algo más que los cotilleos de Alteima sobre la corte teariana. A veces tenía la sensación de que había algo más que quería preguntarle a la mujer, pero lo único que hacían siempre era chismorrear, cosa que no recordaba haber hecho nunca antes. Gaebril parecía divertirse escuchándolas, sentado en aquel sillón de respaldo alto, delante de la chimenea, con los tobillos cruzados y sonriendo satisfecho. Alteima había cogido la costumbre de llevar vestidos muy atrevidos; tendría que decirle algo al respecto. Tuvo la vaga sensación de haber pensado lo mismo antes. «Tonterías. Si lo hubiera pensado, ya habría hablado con ella.» Sacudió la cabeza al caer en la cuenta de que había olvidado por completo al joven oficial, quien había empezado a hablar pero que se calló al ver que no lo estaba escuchando.

—Empieza de nuevo. Estaba distraída. Y ponte de pie.

Él lo hizo, con la ira plasmada en el rostro y una abrasadora mirada prendida en la reina antes de que agachara los ojos otra vez. Morgase bajó la vista hacia donde el joven estaba observando fijamente, y se ruborizó; el escote de su vestido era extremadamente bajo. Pero a Gaebril le gustaba que los llevara así. Aquel pensamiento hizo que dejara de apurarse por estar casi desnuda delante de uno de sus oficiales.

—Sé breve —dijo con brusquedad. «¿Cómo osa mirarme de esa manera? Debería hacer que lo azotaran»—. ¿Qué noticias tan importantes son ésas para que te creas con el derecho de entrar en mi sala de estar como si fuera una taberna? —El semblante del joven enrojeció, pero

Morgase no supo si se debió a la turbación o a su creciente ira. «¿Cómo se atreve a estar enfadado con su reina? ¿Acaso piensa que no tengo otra cosa que hacer que escucharlo?»

—Rebelión, mi reina —contestó en aquel tono impasible, y toda idea de ira o miradas descaradas desapareció.

—¿Dónde?

—En Dos Ríos, mi reina. Alguien ha izado la antigua enseña de Manetheren, el Águila Roja. Un mensajero llegó de Puente Blanco esta mañana.

Morgase tamborileó los dedos en la cubierta del libro, y las ideas acudieron a su cabeza con mayor claridad de lo que lo habían hecho durante mucho tiempo. Algo referente a Dos Ríos, una débil chispa que no consiguió avivar para que prendiera, alentó en su memoria. La región casi no formaba parte de Andor y así había sido durante generaciones. Ella, como las tres reinas que la habían precedido, había recibido fuertes presiones para que mantuviera cierto control sobre los mineros y fundidores de las Montañas de la Niebla, e incluso ese mínimo control se habría perdido si hubiera existido otro modo de extraer los metales sin peligro del resto de Andor. La decisión entre mantener las minas de oro, hierro y otros metales o conservar la lana y el tabaco de Dos Ríos no había sido difícil. Pero una rebelión sin freno, aunque fuera en una parte de su reino en la que sólo gobernaba sobre el mapa, podía extenderse como un fuego en la pradera a otros lugares que le pertenecían de hecho. Y Manetheren, destruida en la Guerra de los Trollocs, Manetheren, de leyenda e historia, todavía tenía peso en las mentes de algunos hombres. Además, Dos Ríos le pertenecía. Si se les había dejado floja la rienda, permitiéndoles hacer las cosas a su modo durante demasiado tiempo, aun así seguían siendo parte de su reino.

—¿Ha sido informado lord Gaebril? —Por supuesto que no le habrían informado. Si lo hubiesen hecho, habría venido a comunicarle la nueva y a sugerirle las medidas que convenía tomar. Sus sugerencias siempre eran claramente acertadas. «¿Sugerencias?» De algún modo, tenía la sensación de recordarlo diciéndole lo que tenía que hacer, pero eso era imposible, naturalmente.

—Sí, mi reina. —La voz de Tallanvor seguía siendo suave, a diferencia de su semblante, donde una reprimida cólera aún ardía—. Se echó a reír. Dijo que Dos Ríos parecía un constante semillero de problemas y que tendría que hacer algo al respecto algún día. Dijo que esa insignificante molestia tendría que esperar su turno, después de asuntos más importantes.

El libro cayó al suelo cuando Morgase se incorporó bruscamente; a la soberana le pareció que Tallanvor sonreía con sombría satisfacción cuando pasó rápidamente ante él. Una criada le dijo dónde se encontraba Gaebril, y se dirigió directamente al patio de la columnata, con su fuente de mármol, el pilón lleno de peces y nenúfares. Allí estaba umbrío y hacía más fresco.

Gaebril se hallaba sentado en el amplio y blanco reborde del pilón, con lores y damas reunidos a su alrededor. Morgase no conocía a más de la mitad. Jarid de la casa Sarand, de rostro cuadrado y moreno, y su astuta y rubia esposa, Elenia. La afectada Arymilla de la casa Marne, con los tiernos ojos castaños siempre muy abiertos en un gesto de fingido interés; el huesudo Masin de la casa Caeren, con su rostro de carnero, que se abalanzaría sobre cualquier mujer a la que consiguiera acorralar a pesar de su ralo y blanco cabello. Naean de la casa Arawn, exhibiendo como siempre aquella mueca burlona que resaltaba su pálida belleza; y Lir de la casa Baryn, despabilado donde los hubiera, que llevaba nada menos que una espada. Y Karind de la casa Anshar, con aquella mirada apática e inmutable que según algunos había conducido a la tumba a tres maridos. A los otros no los conocía, cosa muy extraña, pero a los que identificaba no les había permitido entrar en palacio excepto en ocasiones oficiales. Todos se habían opuesto a ella durante la Sucesión. Elenia y Naean habían deseado el Trono del León para sí mismas. ¿En qué estaría pensando Gaebril para llevar a esa gente a palacio?

—... la extensión de nuestras propiedades en Cairhien, mi señor —estaba diciendo Arymilla, inclinada sobre Gaebril, cuando Morgase se acercó. Ninguno de ellos le dedicó más

que una mirada de soslayo. ¡Como si fuera una sirvienta que les llevara vino!

—Quiero hablar contigo respecto a Dos Ríos, Gaebril. En privado.

—Ya se han tomado medidas, querida —repuso con desgana mientras jugueteaba con los dedos en el agua—. Hay otros asuntos que me tienen ocupado ahora. Creía que ibas a leer durante las horas de calor. Deberías regresar a tu habitación hasta que refresque por la tarde.

Querida. ¡La había llamado querida delante de estos entremetidos! Por mucho que deseara oír esa palabra en sus labios cuando estaban a solas... Elenia se cubría la boca con la mano.

—Me parece que no, lord Gaebril —replicó fríamente Morgase—. Vendréis conmigo ahora. Y estas personas habrán salido de palacio para cuando regrese o las exiliaré de Caemlyn.

De repente el hombre se había puesto de pie; era un hombretón que la empequeñecía. Se sintió incapaz de mirar otra cosa que no fueran sus negros ojos; notó un cosquilleo en la piel, como si un viento helado hubiera soplado en el patio.

—Te irás y me esperarás, Morgase. —Su voz era un clamor lejano que le llenaba los oídos—. Yo me ocuparé de lo que haya que ocuparse. Me reuniré contigo esta tarde. Ahora, vete. Vete.

Levantaba la mano para abrir la puerta de su salita de estar cuando se dio cuenta de dónde estaba. Y lo que había ocurrido. Le había ordenado que se marchara, y ella había obedecido. Contemplando con pasmado horror la puerta, recordó las muecas burlonas en los rostros de los hombres y la risa sin disimulo de algunas de las mujeres. «¿Qué me ha pasado? ¿Cómo puedo haber llegado a estar tan embobada con un hombre?» Todavía percibía el impulso de entrar y esperarlo.

Mareada, se obligó a dar media vuelta y alejarse de allí. Le costó un ímprobo esfuerzo. Por dentro, se encogió ante la idea de la decepción que sería para Gaebril no encontrarla donde esperaba, y se encogió aun más al asimilar el fondo servil que alimentaba esa noción.

Al principio no se dio cuenta de adónde iba ni por qué; sólo era consciente de la determinación de no esperar obedientemente ni a Gaebril ni a ningún hombre o mujer. El patio de la fuente seguía acudiendo a su memoria, al hombre mandándole que se marchara, y aquellos odiados rostros observando con regocijo. Su mente parecía estar sumida todavía en la confusión. No entendía cómo y por qué había permitido que esto ocurriera. Tenía que pensar algo que pudiera comprender, algo de lo que pudiera ocuparse. Jarid Sarand y los demás.

Cuando ascendió al trono, les había perdonado todo cuanto habían hecho durante la Sucesión, como también había otorgado el perdón a cuantos se habían opuesto a ella. Había creído que lo mejor era enterrar todas las animosidades antes de que se contagiaran con la infección de conspiraciones e intrigas que emponzoñaba tantas naciones y que se llamaba el Juego de las Casas —*Da'es Daemar*—, o el Gran Juego; sólo conducía a interminables y enredadas enemistades entre las casas con el fin de derribar a las dirigentes; el Juego era el centro de la guerra civil que asolaba Cairhien, y sin duda había influido en los conflictos existentes en Arad Doman y Tarabon. Los indultos tuvieron que ser para todos sin excepción a fin de impedir que el *Da'es Daemar* se desarrollara en Andor, pero de haber podido dejar algunos sin firmar habrían sido los pergaminos con aquellos siete nombres.

Y Gaebril lo sabía. Públicamente ella no había demostrado su desaprobación, pero en privado no había tenido inconveniente en hablar de la desconfianza que le inspiraban. Casi habían tenido que abrirles la boca a la fuerza para que pronunciaran el juramento de lealtad, y ella percibió la mentira en sus palabras. Cualquiera de ellos saltaría presto a la primera oportunidad que se le presentara de derrocarla, de modo que estando juntos los siete...

Sólo podía llegar a una conclusión. Gaebril tenía que estar conspirando contra ella. Y no para poner a Elenia o Naean en el trono. «¿Para qué —pensó amargamente— si ya me tiene actuando como su perrillo faldero?» Su propósito debía de ser suplantarla él en persona, convertirse en el primer rey que había habido en Andor. Y todavía sentía el deseo de volver a su libro y esperarlo. Todavía anhelaba su contacto.

No se dio cuenta de dónde estaba hasta que vio los rostros envejecidos en el pasillo a su alrededor, las mejillas arrugadas y muchas espaldas encorvadas. El Alojamiento de los Jubilados. Algunos sirvientes regresaban con sus familias cuando se hacían mayores, pero otros llevaban tanto tiempo en palacio que no conocían otra vida fuera de él. Aquí tenían sus propios cuartos, su propio jardín sombreado y un patio espacioso. Como todas las reinas que la habían precedido, incrementaba la paga que recibían al retirarse permitiendo que compraran alimentos a través de las cocinas de palacio por un precio inferior a su coste, y la enfermería atendía sus dolencias. A su paso la siguieron reverencias inestables acompañadas por crujidos de huesos y murmullos de «La Luz os ilumine, mi reina» y «La Luz os bendiga, mi reina» y «La Luz os proteja, mi reina» que ella recibió con gesto ausente. Ahora sabía adónde iba.

La puerta de Lini era como todas las demás que jalonaban el corredor de baldosas verdes, y sin más adorno que el rampante León de Andor cincelado en la madera. Ni siquiera se le pasó por la cabeza llamar antes de entrar; era la reina y éste era su palacio. La vieja niñera no se encontraba allí, aunque una humeante tetera de calentar agua, encima de una pequeña lumbre en el hogar de ladrillos, proclamaba que la anciana no tardaría en regresar.

Un gran orden imperaba en las dos reducidas habitaciones, con la cama hecha a la perfección y las dos sillas colocadas con precisión junto a la mesa, en cuyo centro exacto había un jarrón azul con un pequeño ramo de plantas verdes. Lini había sido siempre muy puntillosa con el orden. Morgase estaba dispuesta a apostar que en el armario del dormitorio todos los vestidos estarían colocados metódicamente, al igual que los cacharros en la alacena de la cocina, que se hallaba junto al hogar.

Seis miniaturas, pintadas en marfil, aparecían colocadas sobre pequeños pedestales, en hilera sobre la repisa. Morgase había sido incapaz de imaginar cómo había podido permitirse adquirir estas miniaturas con su estipendio de niñera; pero no podía preguntarle algo así, naturalmente. En parejas, representaban tres muchachas jóvenes y las mismas tres de pequeñas. Elayne estaba allí, y también ella. Cogió su retrato con catorce años y, al mirar a aquella esbelta doncellita, no pudo creer que alguna vez hubiera sido tan inocente. Llevaba puesto aquel vestido de seda en tono marfileño el día que había partido hacia la Torre Blanca, sin imaginar siquiera en aquel momento que algún día sería reina, sólo abrigando la vana esperanza de llegar a ser Aes Sedai.

Con gesto ausente se tocó el anillo de la Gran Serpiente que lucía en la mano izquierda. No se lo había ganado realmente; las mujeres que no podían encauzar no eran premiadas con el anillo. Pero poco después de cumplir los dieciséis años había regresado para competir por la Corona de la Rosa en nombre de la casa Trakand, y cuando subió al trono, casi dos años después, recibió el anillo como regalo. Conforme a la tradición, la heredera del trono de Andor se instruía siempre en la Torre, y en reconocimiento al apoyo dado por Andor a la Torre durante tanto tiempo, se le otorgó el anillo, pudiera o no encauzar. Durante su estancia en la Torre sólo había sido la heredera de la casa Trakand, pero de todos modos se lo dieron una vez que la Corona de la Rosa estuvo sobre su cabeza.

Volvió a colocar en su sitio su retrato y cogió el de su madre, realizado cuando tendría aproximadamente dieciséis años. Lini había sido la niñera de tres generaciones de mujeres Trakand. Maighdin había sido hermosísima. Morgase recordaba todavía aquella sonrisa cuando se iluminaba con amor maternal. Tendría que haber sido Maighdin quien subiera al Trono del León, pero unas fiebres se la habían llevado a la tumba, de modo que una muchachita se encontró siendo la Cabeza Insigne de la casa Trakand en mitad de una disputa por el trono, sin más respaldo al principio que la servidumbre y el bardo de su casa. «Conquisté el Trono del León y no renunciaré a él ni permitiré que un hombre lo ocupe. Durante mil años una reina ha dirigido Andor ¡y no voy a consentir que eso termine ahora!»

—Así que estás revolviendo en mis cosas otra vez, ¿no, pequeña?

La voz hizo saltar unos mecanismos reflejos largo tiempo olvidados, y Morgase ocultó la miniatura a su espalda antes de darse cuenta de lo que hacía. Sacudió tristemente la cabeza y volvió a colocar el retrato en su sitio.

—Ya no soy una cría que juega en el cuarto de niños, Lini. Tienes que recordarlo o algún día dirás algo en un sitio en el que me vea obligada a hacer algo al respecto.

—Mi cuello es escuálido y viejo —repuso Lini mientras ponía sobre la mesa una bolsa de zanahorias y nabos. Su aspecto era frágil con aquel limpio vestido gris, el blanco cabello sujeto en un moño bajo, dejando despejado un rostro estrecho, con la tez como pergamino, pero su espalda se mantenía erguida, su voz sonaba clara y firme, y sus oscuros ojos eran tan penetrantes como siempre—. Si quieres entregárselo al verdugo para la horca o en tajo, no me importa porque poco servicio puede prestarme ya. «Una vieja rama nudosa embota la cuchilla que corta un arbolillo.»

Morgase suspiró. Lini no cambiaría jamás. No haría una reverencia aunque toda la corte estuviera presente.

—Te vas haciendo más dura a medida que envejeces. No estoy segura de que el verdugo encontrara un hacha lo bastante afilada para tu cuello.

—Hace tiempo que no venías a verme, así que imaginé que tenías que reflexionar para tomar una resolución. Cuando estabas a mi cuidado, y después también, solías acudir a mí cuando no lograbas resolver las cosas. ¿Preparo un poco de té?

—¿Hace tiempo, Lini? Te visito todas las semanas y es asombroso que lo haga, dado el modo en que me hablas. Exiliaría a la dama de más alta alcurnia de Andor si me dijera la mitad de las cosas que tú me dices.

Lini la observó detenidamente.

—No has cruzado el umbral de mi puerta desde la primavera. Y hablo como lo he hecho siempre. Soy demasiado vieja para cambiar ahora. ¿Quieres té?

—No. —Morgase se llevó la mano a la cabeza con desconcierto. Visitaba a Lini todas las semanas. Recordaba que... No recordaba nada. Gaebril había ocupado su tiempo de un modo tan completo que a veces resultaba difícil recordar otra cosa que no fuera él—. No, no quiero té. No sé por qué he venido. No puedes ayudarme con el problema que tengo.

Su antigua niñera resopló, aunque de algún modo logró que fuera un sonido delicado.

—Tu problema es con Gaebril, ¿verdad? Sólo que te da vergüenza decírmelo. Pequeña, te cambiaba los pañales en la cuna, te cuidaba cuando estabas enferma o tenías una indigestión, y te expliqué lo que necesitabas saber sobre los hombres. Nunca te ha dado vergüenza hablar de cualquier tema conmigo, y no es momento de que empieces ahora.

—¿Gaebril? —Morgase abrió mucho los ojos—. ¿Lo sabes? Pero ¿cómo?

—Oh, pequeña —musitó tristemente Lini—, todo el mundo lo sabe, aunque nadie tiene valor para decírtelo. Yo lo habría hecho si no te hubieras mantenido alejada de mí, pero no es algo que pudiera ir corriendo a decirte, ¿verdad? Es el tipo de asunto al que una mujer no dará crédito hasta que lo descubra por sí misma.

—¿A qué viene eso? —demandó Morgase—. Era tu deber venir a decírmelo si lo sabías, Lini. ¡Era el deber de todo el mundo! ¡Luz, soy la última en enterarme, y ahora puede ser demasiado tarde para frenarlo!

—¿Demasiado tarde? —repitió Lini con incredulidad—. ¿Por qué iba a ser demasiado tarde? Pones a Gaebril de patitas en la calle, fuera de palacio y de Andor, y a Alteima y a las demás con él, y se acabó. Vaya, conque demasiado tarde.

Morgase se quedó sin habla un momento.

—Alteima —dijo finalmente— y... ¿y las demás?

Lini la miró de hito en hito y después sacudió la cabeza con irritación.

—Soy una vieja estúpida; se me están resecando los sesos. En fin, ahora ya lo sabes. «Cuando la miel está fuera del panal ya no puede volver a meterse.» —Su voz adoptó un tono más tierno y al mismo tiempo enérgico, el mismo que había utilizado para decirle, siendo pequeña, que su poni se había roto una pata y había que sacrificarlo—. Gaebril pasa la mayoría de las noches contigo, pero le dedica a Alteima casi tanto tiempo como a ti. Se reparte con menos prodigalidad entre las otras seis. Cinco de ellas tienen aposentos en palacio. La sexta, una joven de grandes ojos, entra y sale a hurtadillas embozada, por alguna

Librodot

razón, en una capa, incluso con este calor. Quizás está casada. Lo siento, pequeña, pero la verdad no tiene vuelta de hoja. «Más vale enfrentarse al oso que huir de él.»

A Morgase le fallaron las piernas, y si Lini no hubiera andado lista para ponerle debajo una de las sillas, habría acabado sentada en el suelo. Alteima. La imagen de Gaebril observándolas a las dos mientras cotorreaban cobró un nuevo sentido: un hombre contemplando a sus dos gatas jugando. ¡Y otras *seis*! La ira hervía en su interior, una ira mayor que la experimentada cuando creyó que sólo iba tras su trono. Aquello lo había analizado fríamente, con tanta claridad como era capaz de analizar algo últimamente. Aquél era un peligro que había que contemplar con frío razonamiento. Pero ¡esto! Ese hombre había instalado cómodamente a sus mancebas en *su* palacio. La había convertido en una de sus fulanas. Quería su cabeza. Quería que lo desollaran vivo a latigazos. «La Luz me valga, quiero sentirlo a él. ¡Debo de estar loca!»

—Eso se resolverá junto con todo lo demás —dijo fríamente. Mucho dependía de quién estaba en Caemlyn y quién en sus posesiones del campo—. ¿Dónde están lord Pelivar, lord Abelle y lady Arathelle? —Éstos dirigían tres casas poderosas y mucha servidumbre.

—Exiliados —contestó lentamente Lini, que la miró de un modo raro—. Los exiliaste de la ciudad la pasada primavera.

Morgase le sostuvo fijamente la mirada. No recordaba nada de eso. Excepto que ahora, aunque borroso y distante, se acordaba de ello.

—¿Y lady Ellorien? —inquirió muy despacio—. ¿Lady Aemlyn y lord Luan? —Más casas fuertes. Más de las que la habían respaldado antes de subir al trono.

—Exiliados —repuso la niñera tan lentamente como antes—. Ordenaste que azotaran a Ellorien por exigir saber por qué. —Se inclinó para retirar el cabello de la cara de la reina, y sus nudosos dedos acariciaron la mejilla como hacían para comprobar si tenía fiebre—. ¿Te encuentras bien, pequeña?

Morgase asintió despacio, pero se debía a que estaba recordando, aunque de manera vaga. Ellorien gritando, injuriada, cuando le rasgaron el vestido por la espalda. La casa Traemane había sido la primera en prestar su apoyo a la de Trakand, y la portadora del ofrecimiento, Ellorien, una bonita y rellena muchacha pocos años mayor que la propia Morgase, se había convertido con el tiempo en una de sus amigas íntimas. Al menos, lo había sido. Elayne había recibido ese nombre en honor a la abuela de Ellorien. Vagamente recordó a otros abandonando la ciudad; distanciándose de ella, cosa que ahora resultaba obvia. ¿Y los que se habían quedado? O eran casas demasiado débiles para que sirvieran de ayuda o eran aduladores. Creyó recordar haber firmado numerosos documentos que Gaebril había puesto ante ella, otorgando nuevos títulos. Los lagoteros de Gaebril y sus enemigos; los únicos que había en Caemlyn fuertes y poderosos en la actualidad, estaba segura.

—Me importa poco lo que digas —adujo firmemente Lini—. No tienes fiebre, pero algo va mal. Lo que te hace falta es una Aes Sedai Curadora.

—Nada de Aes Sedai.

El tono de Morgase se hizo más duro si cabe. Volvió a toquetear su anillo, brevemente. Sabía que su animosidad hacia la Torre se había acrecentado últimamente más de lo que algunos podrían considerar razonable, pero era incapaz de confiar en unas personas cuya intención parecía ser ocultarle el paradero de su hija. La carta enviada a la nueva Amyrlin exigiendo el regreso de Elayne —nadie *exigía* nada a una Sede Amyrlin, pero ella lo había hecho— aún no había tenido contestación. Apenas debía de haber tenido tiempo para llegar a Tar Valon. Sea como fuere, estaba plenamente convencida de que no admitiría a una Aes Sedai cerca de ella. Y, sin embargo, al mismo tiempo, no podía pensar en Elayne sin sentirse llena de orgullo. Ascendida a Aceptada en tan poco tiempo. Elayne podía ser la primera mujer que se sentara en el trono de Andor siendo Aes Sedai, no sólo una alumna de la Torre. Era absurdo que pudiera sentir ambas cosas al tiempo, pero ahora mismo era poco lo que tenía sentido. Y muy bien podría ocurrir que su hija no se sentara nunca en el Trono del León si ella no se aseguraba de conservarlo.

Librodot

—He dicho que nada de Aes Sedai, Lini, así que mejor será que dejes de mirarme así. Ya no puedes hacerme tragar una medicina amarga. Además, dudo que haya una sola Aes Sedai de cualquier Ajah en Caemlyn. —Sus antiguos partidarios ausentes, exiliados por su propia firma, y puede que ahora fueran sus enemigos más acérrimos por lo que le había hecho a Ellorien. Nuevos lores y ladis ocupando sus lugares en palacio. Nuevos rostros en la Guardia. ¿Cuántos leales le quedaban?—. ¿Reconocerías a un teniente de la guardia llamado Tallanvor, Lini? —Cuando la otra mujer asintió enérgicamente, continuó—: Encuéntralo y tráemelo aquí. Pero no le digas que va a reunirse conmigo. De hecho, si cualquiera de los del Alojamiento de los Jubilados te hace alguna pregunta, le dices que no estoy aquí.

—Hay algo más en todo esto que simplemente el tal Gaebril y sus mujeres, ¿verdad?

—Ve, Lini. Y apresúrate. No disponemos de mucho tiempo. —Por las sombras que veía en el jardín lleno de árboles a través de la ventana, el sol había pasado su cenit. La tarde se echaría rápidamente encima. La tarde, cuando Gaebril iría a buscarla.

Después de que Lini se hubo marchado, Morgase permaneció en la silla, sentada rígidamente. No se atrevía a ponerse de pie; las piernas habían recuperado las fuerzas, pero temía que si empezaba a caminar no se detendría hasta encontrarse de nuevo en su salita de estar, esperando a Gaebril. El impulso era muy intenso, sobre todo ahora que estaba sola. Y, una vez que él la mirara, una vez que la tocara, estaba convencida de que le perdonaría todo. Quizá lo olvidara todo, basándose en lo hilvanados e incompletos que eran sus recuerdos. De no saber que era imposible, habría pensado que Gaebril había utilizado el Poder Único con ella, pero ningún hombre capaz de encauzar había llegado vivo a su edad.

Lini le había dicho a menudo que siempre había un hombre en el mundo por el que una mujer se comportaría como una estúpida sin cerebro, pero jamás pensó que ella podría sucumbir a eso. Empero, nunca había estado muy acertada al elegir a un hombre por muy indicado que pareciera en principio.

Se había casado con Taringail Damodred por razones políticas. Él había estado casado con Tigraine, la heredera del trono cuya desaparición había provocado la Sucesión a la muerte de Modrellein. El matrimonio con él había creado un vínculo con la anterior reina, suavizando las dudas de la mayoría de sus oponentes, y, lo más importante, había mantenido la alianza que había puesto fin a las incesantes guerras con Cairhien. Así era como las reinas elegían a sus maridos. Taringail había sido un hombre frío, distante, y jamás hubo amor entre ellos a pesar de los dos maravillosos hijos que tuvieron; casi había sentido alivio cuando murió en un accidente de caza.

La relación con Thomdril Merrilin, el bardo de la casa y después de la corte, resultó gozosa al principio; era un hombre inteligente, ingenioso y alegre que utilizó los trucos del Juego de las Casas para ayudarla a subir al trono y, después de que lo consiguió, para ayudarla a fortalecer Andor. Aunque por entonces le doblaba la edad, se habría casado con él —los matrimonios con plebeyos no eran una práctica desconocida en Andor—, pero desapareció sin decir palabra, y su genio vivo se impuso. Nunca supo por qué se marchó, pero tanto daba. Cuando por fin regresó, seguramente habría anulado la orden de arresto; pero, por una vez, en lugar de apaciguar su rabia con suavidad había respondido con palabras duras a palabras duras, diciendo cosas que nunca podría perdonarle. Todavía le ardían las orejas cuando recordaba que la había llamado niña mimada y marioneta de Tar Valon. De hecho, había llegado a sacudirla por los hombros; ¡a ella, su reina!

Luego había sido Gareth Bryne, fuerte y competente, tan franco como su rostro y tan testarudo como ella; había resultado ser un necio traidor. Lo había apartado de ella; parecía que habían pasado años desde que lo vio partir en vez de los seis meses que hacía.

Y, finalmente, Gaebril. La joya en su lista de malas elecciones. Al menos los demás no habían intentado suplantarla.

No eran muchos hombres en la vida de una mujer, pero, por otro lado, eran demasiados. Otra de las frases que Lini solía repetir era que los hombres sólo servían para tres cosas, aunque eran realmente buenos en ellas. Había subido al trono antes de que Lini la considerara

Librodot

lo bastante mayor para decirle cuáles eran esas tres cosas. «Quizá si me limitara al baile —pensó con acritud—, no me iría tan mal con ellos.»

Por la longitud de las sombras del jardín, al otro lado de la ventana, había transcurrido una hora cuando Lini regresó con el joven Tallanvor, que hincó una rodilla en tierra mientras la vieja niñera no había terminado de cerrar la puerta.

—Al principio se negó a acompañarme —dijo Lini—. Supongo que hace cincuenta años podría haberle dejado entrever lo que tú llevas casi al aire, y me habría seguido con presteza, pero ahora necesito recurrir al dulce razonamiento.

Tallanvor volvió la cabeza y asestó a la anciana una mirada mordaz.

—Oh, sí, me amenazasteis con traerme aquí a palos si no venía por gusto. Tenéis suerte de que me preguntara qué podía ser tan importante para vos, en lugar de dejar que alguien os llevara a rastras a la enfermería. —El severo resoplido de la niñera no lo arredró. La mirada mordaz del soldado se tornó iracunda al volverse hacia Morgase—. Veo que vuestra reunión con Gaebril no fue bien, mi reina. Había esperado... algo más.

La estaba mirando directamente a los ojos, pero el comentario de Lini le había hecho recordar de nuevo su vestido. Tuvo la sensación de que unas ardientes flechas estuvieran apuntando a sus senos descubiertos. Tuvo que hacer un esfuerzo denodado para mantener las manos sobre el regazo.

—Eres un muchacho avispado, Tallanvor. Y leal, creo, o en caso contrario no habrías venido a informarme de la noticia de Dos Ríos.

—No soy un muchacho —espetó, irguiendo la espalda aunque siguió arrodillado—. Soy un hombre que juró entregar su vida al servicio de la reina.

Morgase dejó que su fuerte temperamento replicara con contundencia.

—Si eres un hombre, compórtate como tal. Levántate y responde con sinceridad las preguntas de tu reina. Y recuerda que soy tu reina, *joven* Tallanvor. Sea lo que sea lo que pienses que ha ocurrido, soy la reina de Andor.

—Perdonad, majestad. Os escucho y obedezco. —Las palabras fueron pronunciadas correctamente, si no con verdadera contrición, pero se puso de pie, la cabeza erguida, contemplándola tan desafiante como antes. Luz, era tanto o más testarudo que Gareth Bryne en sus mejores tiempos.

—¿Cuántos hombres leales hay entre los guardias de palacio? ¿Cuántos cumplirán lo que juraron y me seguirán?

—Yo lo haré —respondió quedamente, y de repente toda su rabia desapareció, aunque siguió mirándola fijamente a la cara—. En cuanto a los demás... Si deseáis encontrar hombres leales, tendréis que buscarlos en las guarniciones fronterizas, quizá tan lejos como Puente Blanco. Algunos que quedaban en Caemlyn fueron enviados a Cairhien con las levas, pero los que hay en la ciudad obedecen a Gaebril. Su nuevo... juramento es para el trono y la ley, no para la reina.

Era peor de lo que había imaginado, pero no más de lo que esperaba, a fuer de ser sincera. Gaebril podría ser cualquier cosa, pero no un necio.

—Entonces tendré que ir a otra parte para empezar a restablecer mi mandato. —No sería fácil recobrar el apoyo de las casas después de los exilios y de la afrenta a Ellorien, pero había que hacerlo—. Gaebril podría intentar impedirme salir de palacio —tenía el vago recuerdo de haber intentado marcharse dos veces y haber sido detenida por Gaebril—, así que tendrás que conseguir dos caballos y esperarme en la calle de detrás de los establos del sur. Me reuniré contigo allí, vestida con ropa de montar.

—Demasiado público —dijo el soldado—. Y demasiado cerca. Los hombres de Gaebril podrían reconoceros por mucho que os disfracéis. Conozco a un hombre... ¿Sabríais encontrar una posada llamada La Bendición de la Reina, en el sector oeste de la Ciudad Nueva?

La Ciudad Nueva sólo lo era en comparación con la Ciudad Interior que rodeaba.

—Sabré. —No le gustaba que la contradijeran, aunque fuera razonable. Bryne había hecho lo mismo. Sería un placer enseñarle a este jovencito lo bien que podía disfrazarse.

Tenía por costumbre hacerlo una vez al año, aunque ahora cayó en la cuenta de que no lo había hecho todavía en el transcurso del actual; se vestía como una plebeya y recorría las calles para tomar el pulso a la opinión del pueblo. Nadie la había reconocido nunca—. Pero ¿se puede confiar en ese hombre, joven Tallanvor?

—Basel Gill es tan leal a vos como yo mismo. —Vaciló, y una expresión angustiada cruzó su rostro fugazmente antes de ser reemplazada de nuevo por la ira—. ¿Por qué habéis esperando tanto? Tendríais que haberlo visto, tendríais que haberos dado cuenta, y sin embargo no habéis reaccionado mientras Gaebril aferraba por el cuello a Andor. ¿Por qué habéis esperado?

Vaya, así que su rabia le venía por un motivo honrado, de modo que merecía una respuesta honrada. Sólo que no la tenía, al menos una que pudiera darle.

—No eres quién para interrogar a tu reina y poner en tela de juicio sus actos, joven —dijo con suave firmeza—. Un hombre leal, como sé que tú eres, obedece sin discutir.

El soldado soltó un largo suspiro.

—Os esperaré en el establo de La Bendición de la Reina, majestad. —Tras hacer una reverencia que no habría desentonado en un acto oficial, se marchó.

—¿Por qué insistes en llamarlo joven? —demandó Lini una vez que la puerta se hubo cerrado tras él—. Lo encrespa. «Sólo un necio pone un cardo debajo de la silla de montar cuando va a cabalgar.»

—*Es* joven, Lini. Lo bastante para ser mi hijo.

Lini resopló, y esta vez no hubo nada de delicado en el sonido.

—Tiene unos cuantos años más que Galad, y éste es demasiado mayor para ser tuyo. Todavía jugabas con muñecas cuando Tallanvor nació, y aún creías que los bebés venían al mundo igual que los muñecos.

Morgase suspiró mientras se preguntaba si Lini había tratado igual a su madre. Probablemente sí. Y, si la niñera vivía lo suficiente para ver a Elayne en el trono —lo que, de algún modo, no dudaba en absoluto, convencida de que Lini viviría para siempre—, seguramente trataría a Elayne exactamente igual. Es decir, si es que para entonces seguía conservando el trono para que Elayne lo heredara.

—La cuestión es: ¿realmente es leal como aparenta, Lini? ¿Cómo puede haber un único guardia leal en palacio cuando a todos los demás los han mandado fuera? De repente me parece demasiado bueno para ser verdad.

—Prestó el nuevo juramento. —Morgase abrió la boca, pero la niñera la atajó—. Lo vi después, detrás de los establos, solo. Por eso sabía a quién te referías; me enteré de su nombre. Él no me vio. Estaba de rodillas, llorando a mares, pidiéndote perdón y repitiendo el antiguo juramento. No sólo «a la reina de Andor» sino «a la reina Morgase de Andor». Juró a la antigua usanza, sobre su espada, abriéndose un corte en el brazo para demostrar que derramaría hasta la última gota de su sangre antes de quebrantarlo. Sé un par de cosas sobre los hombres, pequeña. Ése te seguirá contra cualquier ejército sin más armas que sus propias manos.

Era bueno saberlo. Si no podía confiar en él, lo siguiente sería desconfiar de Lini. No, de ella nunca. ¿Que había jurado a la antigua usanza? Hoy en día eso quedaba para los relatos de bardos. Estaba dejándose llevar otra vez por el hilo de sus pensamientos, lo que significaba que el aturdimiento mental provocado por Gaebril estaba remitiendo con todo lo que sabía ahora. Entonces ¿por qué razón una parte de ella todavía deseaba regresar a su salita y esperarlo? Tenía que concentrarse.

—Me hará falta un vestido sencillo, Lini. Uno que no me siente demasiado bien, con un poco de hollín de la chimenea, y...

Lini insistió en acompañarla. Morgase tendría que atarla a una silla si quería dejarla atrás y no estaba segura de que la anciana permitiera que la atara; siempre había parecido muy frágil, pero también siempre había demostrado ser más fuerte de lo que aparentaba.

Cuando se escabulleron por una puertecilla lateral, Morgase no guardaba semejanza

Librodot

consigo misma. Un poco de hollín había oscurecido su cabello rubio rojizo, apagando su brillo y dejándolo lacio. El sudor que le corría por la cara contribuía a enmascararla; nadie creía que las reinas sudaban. Un vestido suelto, de lana muy burda en color gris, con la falda partida a guisa de pantalones, completaba el disfraz. Hasta la ropa interior y las medias eran de tosca lana. Parecía una granjera que había ido al mercado montada en el caballo de tiro del carro y ahora quería ver algo de la ciudad. Lini seguía siendo Lini, estirada y estricta; llevaba un vestido de montar de gruesa lana verde, bien cortado pero pasado de moda diez años.

Morgase habría querido poder rascarse, y también que la vieja niñera no se hubiera tomado tan al pie de la letra lo de que el vestido no le sentara muy bien. Mientras escondía debajo de la cama el vestido de escote bajo, Lini había rezongado una máxima sobre exhibir una mercancía que no se tenía intención de vender, y, cuando Morgase contestó que acababa de inventársela, su respuesta fue:

—A mi edad, aunque me lo invente sigue siendo un viejo dicho.

La reina estaba convencida de que el vestido rasposo y mal confeccionado era un castigo por aquel escote.

La Ciudad Interior estaba construida sobre cerros, con las calles siguiendo la curvatura natural del terreno y diseñadas para ofrecer inesperadas vistas de parques llenos de árboles, monumentos o torres cubiertas de azulejos a los que el sol arrancaba destellos de cien colores. Unas cuestas pronunciadas permitían contemplar el panorama de toda Caemlyn, con las ondulantes llanuras y bosques que había más allá. Morgase no se fijó en nada de ello mientras avanzaba apresuradamente entre la multitud que abarrotaba las calles. Por lo general, habría intentado escuchar a la gente, sopesar su estado de ánimo. Esta vez sólo oían el runrún y el murmullo de la gran urbe. No tenía planeado levantar al pueblo. Miles de hombres, armados principalmente con piedras y cólera, podrían superar a los guardias del Palacio Real; pero, si antes no lo sabía, los tumultos de la primavera que habían hecho fijar su atención en Gaebril y los que habían estado a punto de estallar el año anterior sí que le habían enseñado lo que la chusma enfurecida podía llegar a hacer. Se proponía volver a reinar en Caemlyn, no verla arrasada por el fuego.

Al otro lado de las blancas murallas de la Ciudad Interior, la Ciudad Nueva contaba con sus propias maravillas. Altas y esbeltas torres, relucientes cúpulas blancas y doradas, amplias extensiones de tejados rojos, y las enormes murallas exteriores salpicadas de torreones, de un gris pálido con vetas plateadas y blancas. Los amplios bulevares, divididos en el centro por anchos paseos de árboles y césped, estaban abarrotados de gente, carruajes y carretas. Excepto reparar de pasada en que la hierba estaba agostada por la falta de lluvia, Morgase siguió con la mente puesta en lo que buscaba.

Por la experiencia de sus correrías anuales, elegía con cuidado la gente a la que preguntaba. Hombres en su mayoría. Era consciente de su aspecto, incluso con el hollín en el pelo, y algunas mujeres le habrían dado indicaciones equivocadas simplemente por celos. Los hombres, por el contrario, se devanaban los sesos para hacerlo correctamente, para impresionarla. No preguntaba a nadie que tuviera un aspecto demasiado atildado o demasiado rudo. Los primeros a menudo se ofendían porque los parara para preguntarles, como si ellos mismos no fueran a pie; y los otros probablemente pensarían que una mujer que pregunta una dirección tenía algo más en mente.

Un tipo con una barbilla demasiado grande para su cara, que pregonaba los alfileres y agujas que llevaba en una bandeja, le sonrió y comentó:

—¿Alguna vez te han dicho que tienes un cierto parecido con la reina? Aunque nos haya conducido al desastre, es una guapa hembra.

Morgase soltó una escandalosa risa por la que se ganó una mirada severa de su vieja niñera.

—Guarda los halagos para tu mujer. ¿La segunda a la izquierda, dijiste? Gracias. Y también por el piropo.

Mientras continuaba abriéndose paso entre el gentío, su rostro asumió un gesto ceñudo.

Librodot

Ya le habían dicho varias veces lo mismo. No que se pareciera a la reina, sino que Morgase había organizado un desastre. Por lo visto, Gaebril había ordenado una fuerte subida de impuestos para pagar a sus levas, pero la culpa se la echaban a ella, y con razón. La responsabilidad era de la reina. También se habían promulgado otras leyes, leyes que no tenían sentido pero que hacían más difícil la vida de la gente. Oyó también murmullos respecto a que tal vez Andor había tenido reinas demasiado tiempo. Sólo rumores, pero lo que un hombre se atrevía a comentar en voz baja, lo pensaban otros diez. Quizá no le habría resultado tan fácil como había pensado levantar a la plebe contra Gaebril.

Finalmente dio con su meta, una gran posada de piedra cuyo letrero mostraba a un hombre arrodillado ante una mujer de cabello dorado que lucía la Corona de la Rosa y tenía una mano sobre la cabeza del hombre. La Bendición de la Reina. Si se suponía que era ella, no guardaba un gran parecido. Las mejillas eran demasiado rellenas.

Hasta que se paró a la puerta de la posada no advirtió que Lini iba resoplando, falta de aliento. Había impuesto un paso vivo, y la niñera estaba lejos de ser joven.

—Oh, Lini, lo siento. No tendría que haber caminado tan...

—Si no soy capaz de mantener tu paso, pequeña, ¿cómo piensas que voy a poder cuidar de los hijos de Elayne? ¿Es que piensas quedarte plantada aquí fuera? «Los pies que se arrastran nunca terminan el viaje.» Él dijo que estaría en el establo.

La vieja niñera echó a andar, todavía entre resuellos, y Morgase la siguió alrededor de la posada. Antes de entrar en el establo de piedra, se resguardó los ojos para echar un vistazo al sol. Unas dos horas antes de que anocheciera; para entonces, Gaebril empezaría a buscarla, si es que no lo estaba haciendo ya.

Tallanvor no estaba solo en el establo lleno de cuadras. Llevaba una chaqueta de lana verde, con la espada envainada al cinto por encima, y cuando hincó una rodilla en el suelo cubierto de paja, dos hombres y una mujer hicieron lo mismo, aunque un tanto vacilantes, inseguros de que fuera ella. El hombre robusto, de rostro rubicundo y calvo, debía de ser Basel Gill, el posadero. Un viejo jubón de cuero, tachonado con discos metálicos, se ceñía prietamente alrededor de la prominente cintura, y también llevaba una espada al costado.

—Mi reina —dijo Gill—, hace años que no llevo espada, desde la Guerra de Aiel, pero consideraría un honor el que me permitáis seguiros. —Debería haber resultado ridículo, pero no fue así.

Morgase observó a los otros dos: un tipo fornido, vestido con una tosca chaqueta gris, de párpados cargados, nariz rota por varios sitios y la cara surcada de cicatrices; y una mujer baja, bonita, rondando la madurez. Daba la impresión de que estaba con el tipo duro, pero su vestido de lana azul, con cuello alto, parecía demasiado fino para que alguien como él pudiera comprarlo.

El hombre pareció advertir sus dudas, a pesar del aspecto apático que le daban los ojos cargados.

—Soy Lamgwin, majestad, y un buen hombre de la reina. No está bien lo que ha ocurrido y hay que remediarlo. También quiero seguiros. Yo y Breane, nosotros dos.

—Levantaos —les dijo Morgase—. Es posible que tengan que pasar varios días antes de que no haya peligro en que me reconozcáis como vuestra soberana. Me complacerá vuestra compañía, maese Gill. Y la vuestra, maese Lamgwin, pero sería más seguro para vuestra compañera que se quedara en Caemlyn. Nos aguardan días muy duros.

Breane se sacudió las pajas pegadas a la falda y le asestó una mirada áspera, pero no tanto como la que le dedicó Lini.

—He vivido tiempos difíciles —dijo la mujer con acento cairhienino. De noble cuna, si no se equivocaba Morgase; una refugiada probablemente—. Y jamás conocí a un hombre bueno hasta que encontré a Lamgwin. O hasta que él me encontró a mí. La lealtad y el amor que os profesa, se los profeso yo a él pero multiplicados por diez. Él os sigue, pero yo lo sigo a él. No me quedaré atrás.

Morgase inhaló hondo y después asintió con la cabeza. De todos modos, la mujer ya lo

daba por hecho. Buenos cimientos para el ejército que precisaba a fin de recuperar el trono: un joven soldado que la miraba ceñudo las más de las veces; un posadero calvo que, por su aspecto, no debía de haber montado a caballo hacía veinte años; un camorrista que tenía pinta de estar medio dormido; y una noble refugiada cairhienina que había dejado muy claro que su lealtad llegaba sólo hasta donde llegara la de su hombre. Y Lini, por supuesto, que la trataba como si todavía estuviera a su cuidado. Oh, sí, unos estupendos cimientos.

—¿Adónde vamos, mi reina? —preguntó Gill mientras conducía a los caballos, ya ensillados, hacia las puertas del establo.

Lamgwin se movió con una rapidez inusitada para ensillar otra montura para la vieja niñera.

Morgase cayó en la cuenta de que no había pensado en esto. «Luz, es posible que Gaebril todavía me tenga ofuscada la mente.» Empero, todavía notaba aquel imperioso impulso de regresar a sus aposentos. No era por él. Había estado concentrada en la idea de salir de palacio y llegar aquí. En otros tiempos habría acudido primero a Ellorien, pero Pelivar o Arathelle servirían. Una vez que hubiera discurrido cómo explicar el haberlos exiliado, se entiende.

Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de abrir la boca, Tallanvor dijo:

—Habrá que buscar a Gareth Bryne. Alienta una gran hostilidad hacia vos en las casas poderosas, mi reina; pero, si Bryne os apoya, renovarán su juramento de adhesión, aunque sólo sea porque saben que él ganará todas las batallas.

Morgase apretó los dientes para contener la inmediata negativa que pugnaba por salir de su boca. Gareth Bryne era un traidor, pero también uno de los generales vivos más brillantes. Su presencia sería un argumento convincente cuando tuviera que hacer olvidar a Pelivar y a los demás que los había exiliado. De acuerdo. Sin duda estaría más que dispuesto a aprovechar la ocasión de volver a ocupar el puesto de capitán general de la Guardia de la Reina. Y si no, se las arreglaría bien sin él.

Cuando el sol rozó el horizonte, el grupo se encontraba a ocho kilómetros de Caemlyn y cabalgaba a galope tendido hacia Hontanares de Kore.

Era por la noche cuando Padan Fain se sentía más a gusto. Mientras caminaba silenciosamente por los pasillos adornados con tapices de la Torre Blanca sintió como si la oscuridad exterior extendiera una capa que lo ocultara de sus enemigos a despecho de las lámparas de pie, doradas y con espejos, que ardían a lo largo de los corredores. Sabía que era una sensación errónea; sus enemigos eran muchos y estaban en todas partes. Justo en ese momento, como en todas las horas del día, podía percibir a Rand al'Thor. No dónde estaba, pero sí que aún seguía vivo, en alguna parte. Todavía vivo. En Shayol Ghul, en la Fosa de la Perdición, aquella percepción de al'Thor con vida era recibida como un regalo.

Su mente esquivó los recuerdos de lo que le habían hecho en la Fosa. Allí había sido destilado, reconstruido. Pero después, en Aridhol, había renacido. Renacido para castigar a antiguos y nuevos enemigos.

Percibía algo más mientras recorría los vacíos pasillos de la Torre, algo que era suyo, algo que le habían robado. Un deseo más intenso que su anhelo de ver muerto a Rand al'Thor o la destrucción de la Torre o incluso la venganza contra su ancestral enemigo, lo había empujado a este momento: el ansia de estar completo.

La pesada puerta de paneles tenía sólidos goznes y refuerzos de hierro, además de una enorme cerradura negra de hierro. Pocas puertas se cerraban en la Torre, porque ¿quién osaría robar nada estando rodeado de Aes Sedai? Empero, allí se guardaban algunas cosas consideradas demasiado peligrosas para que hubiera un fácil acceso a ellas. Y la más peligrosa de todas la guardaban detrás de esta puerta, custodiada por una sólida cerradura.

Soltó una queda risita mientras sacaba de un bolsillo de la chaqueta un par de ganzúas finas y curvas que introdujo en el mecanismo por el ojo de la cerradura; tanteó, empujó, giró, y, con un seco chasquido, el pestillo se descorrió. Durante unos instantes se quedó recostado

contra la puerta, riendo roncamente. Así que custodiada por una sólida cerradura. Rodeada por el poder de las Aes Sedai, y estaba guardada por un simple objeto de metal. Todos, incluso la servidumbre y las novicias, debían de haber terminado sus tareas del día a esa hora, pero aun así cabía la posibilidad de que alguien estuviera despierto y pasara por allí. Alguna que otra carcajada lo siguió sacudiendo de vez en cuando mientras guardaba las ganzúas en el bolsillo y sacaba una gruesa vela, cuyo pabilo encendió en una de las lámparas de pie que había cerca.

Sostuvo en alto la vela mientras cerraba la puerta tras de sí y miraba en derredor. Las paredes estaban cubiertas de estanterías que contenían cajas sencillas y cofres taraceados de diversos tamaños y formas, pequeñas figurillas en hueso o marfil o un material más oscuro, objetos de metal y cristal que centelleaban con la luz. Nada que tuviera aspecto peligroso. El polvo lo cubría todo; incluso las Aes Sedai iban allí en raras ocasiones, y no permitían que entrara nadie más. Lo que buscaba lo atrajo hacia sí.

En una estantería que había a la altura de su cintura se encontraba una oscura caja metálica. La abrió, dejando a la vista las paredes de plomo de cinco centímetros de grosor, con lo que quedaba el espacio justo para una daga curva enfundada en su vaina dorada, con un gran rubí engastado en la empuñadura. Ni el oro ni el rubí, de un reluciente rojo intenso como la sangre, tenían interés para él. Rápidamente, dejó escurrir un poco de cera líquida para sostener la vela junto a la caja y se apoderó de la daga.

Suspiró tan pronto como la tocó y se estiró lánguidamente. De nuevo estaba completo, era uno con lo que lo había atado tanto tiempo atrás, uno con lo que, de un modo muy literal, le había dado vida.

Los goznes de hierro chirriaron débilmente, y Padan corrió hacia la puerta al tiempo que desenvainaba la daga. La pálida joven que abrió la hoja sólo tuvo tiempo de dar un respingo, de intentar recular de un salto, antes de que le hiciera un corte en la mejilla; en el mismo movimiento, dejó caer la funda, la agarró por el brazo y la introdujo de un tirón en el almacén. Asomó la cabeza y escudriñó a un lado y al otro del pasillo. Vacío.

No se apresuró a meter la cabeza y cerrar de nuevo la puerta; sabía lo que encontraría dentro del cuarto.

La joven sufría convulsiones, tirada en el suelo, haciendo vanos esfuerzos por gritar. Sus manos arañaban su cara, ya negra e hinchada hasta ser irreconocible, mientras la oscura tumefacción se extendía hacia los hombros como un espeso aceite. Las blancas faldas, con las bandas de colores en el repulgo, se agitaron cuando sus pies patearon inútilmente. Padan lamió unas gotas de sangre que le habían salpicado en la mano y rió bajito al tiempo que recogía la funda.

—Sois un necio.

Giró velozmente sobre sus talones, asestando una cuchillada al mismo tiempo, pero el aire a su alrededor pareció volverse sólido y lo inmovilizó desde el cuello hasta las plantas de los pies; se quedó petrificado en esa postura, de puntillas, con el brazo extendido para apuñalar, y los ojos prendidos en Alviarin mientras ésta cerraba la puerta tras de sí y se apoyaba en ella para observarlo con atención. Esta vez los goznes no habían chirriado. El suave roce de los escarpines de la moribunda joven contra las baldosas del suelo no podían haber disimulado el ruido. Parpadeó para librarse del sudor que de repente le había brotado y le escocía en los ojos.

—¿De verdad creísteis que no habría salvaguardas en este cuarto? —continuó la Aes Sedai—. ¿Que no estaría vigilado? Se había puesto una salvaguarda en esa cerradura. Esa necia joven tenía esta noche la tarea de detectar su manipulación. De haber hecho lo que se le había ordenado, ahora os encontraríais con una docena de Guardianes y otras tantas Aes Sedai al otro lado de esa puerta. Pero está pagando el precio de su estupidez.

A espaldas del hombre las sacudidas cesaron, y Padan estrechó los párpados. Alviarin no era del Ajah Amarillo, pero aun así podría haber intentado al menos curar a la joven. Tampoco había dado la alarma que debería haber dado la Aceptada, o en caso contrario no

Librodot

estaría allí sola ahora.

—Sois del Ajah Negro —siseó.

—Una acusación peligrosa —repuso sosegadamente. No quedaba claro para cuál de los dos lo era—. Siuan Sanche intentó denunciar que el Ajah Negro existía realmente cuando estaba bajo interrogatorio. Nos suplicó hablarnos de ellas. Elaida no quiso oír nada al respecto y tampoco querrá oírlo ahora. Los cuentos sobre el Ajan Negro son viles calumnias contra la Torre.

—Sois del Ajah Negro —repitió en tono más alto.

—¿Queríais robar eso? —preguntó la mujer como si no lo hubiera oído—. El rubí no lo merece, Fain. O como quiera que os llaméis. La hoja está infectada, de modo que nadie excepto un necio la tocaría salvo con unas tenazas ni estaría cerca de ella más tiempo del estrictamente necesario. Ya habéis visto lo que le hizo a Verine. Así que ¿por qué vinisteis aquí y fuisteis directamente a apoderaros de algo que no deberíais saber que estaba en este lugar? No habéis tenido tiempo para buscarlo.

—Podría deshacerme de Elaida en vuestro favor. Un toque con esto, y ni siquiera la Curación la salvaría. —Trató de gesticular con la daga, pero le resultaba imposible mover ni un dedo; de haber podido, a esas alturas Alviarin estaría muerta—. Podríais ser la primera en la Torre, en lugar de la segunda.

La mujer se rió de él: un sonido frío, cristalino, despectivo.

—¿Creéis que no sería la primera si así lo quisiera? Ser la segunda me conviene. Que Elaida reclame para sí el mérito de lo que ella llama éxito, y que sude por los fracasos también. Sé dónde radica el poder. Y, ahora, responded a mis preguntas o serán dos los cadáveres que se encontrarán aquí por la mañana en lugar de sólo uno.

De todos modos habría dos, aunque le respondiera con las mentiras apropiadas; no tenía intención de dejarlo con vida.

—He visto Thakan'dar. —Decirlo resultaba doloroso; los recuerdos que le traía eran insufribles, pero contuvo los sollozos y se obligó a hablar—. El gran mar de niebla, meciéndose y rompiendo en silencio contra los negros arrecifes. Los fuegos de las forjas brillando enrojecidos, debajo. Y los relámpagos descargándose hacia lo alto, contra un cielo concebido para enloquecer a los hombres. —No quería continuar, pero se obligó a hacerlo—. He recorrido el sendero que baja a las entrañas de Shayol Ghul, un largo camino de descenso, con piedras como colmillos rozándome la cabeza, hasta llegar a la orilla del lago de fuego y roca fundida —«¡No, otra vez no!»—, y que retiene al Gran Señor de la Oscuridad en sus insondables profundidades. El cielo sobre Shayol Ghul está negro al mediodía con su aliento.

Alviarin estaba erguida, con los ojos muy abiertos, pero no de miedo, sino de estupefacción.

—Me han hablado de... —empezó lentamente, pero luego sacudió la cabeza y lo miró de hito en hito, con intensidad—. ¿Quién sois? ¿Por qué estáis aquí? ¿Alguno de los Rene... los Elegidos os envió? ¿Por qué no se me informó?

Padan Fain echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—¿Acaso las tareas encargadas a los de mi condición tienen que saberlas los de vuestra condición? —El acento de su nativa Lugard volvía a ser muy fuerte; en cierto modo, era su ciudad natal—. ¿Acaso los Elegidos os lo cuentan todo? —Algo en su interior le decía que éste no era el mejor camino, pero odiaba a las Aes Sedai, y ese algo de su interior también las odiaba—. Tened cuidado, pequeña y bonita Aes Sedai, u os entregarán a un Myrddraal para su entretenimiento.

La mirada de la mujer era como témpanos de hielo clavados en sus ojos.

—Veremos, maese Fain. Me ocuparé de arreglar el desastre que habéis ocasionado, y después veremos cuál de nosotros goza de más consideración con los Elegidos.

Sin apartar los ojos de la daga, salió del cuarto. El aire que inmovilizaba a Fain no perdió rigidez hasta después de haber pasado un minuto desde su partida.

Gruñó para sus adentros. Necio. Entrar en el juego de las Aes Sedai, arrastrándose ante

ellas, para después, en un momento de ira, estropearlo todo. Al envainar la daga se hizo un pequeño corte, y se lamió la herida antes de esconder el arma debajo de su chaqueta. No era ni mucho menos lo que esa mujer pensaba. Hubo un tiempo en que había sido Amigo Siniestro, pero ahora estaba más allá de eso. Más allá y por encima. Era algo diferente. Y superior. Si la Aes Sedai conseguía comunicarse con alguno de los Renegados antes de que pudiera deshacerse de ella... No, mejor no intentarlo. No podía perder tiempo ahora en buscar el Cuerno de Valere; tenía seguidores esperándolo fuera de la ciudad. Debían de seguir allí; lo temían lo bastante para obedecer. Confiaba en que algunos humanos estuvieran vivos todavía.

Antes de que el sol saliera, había abandonado la Torre y la isla de Tar Valon. Al'Thor se encontraba ahí fuera, en alguna parte. Y él volvía a estar completo.

Librodot

CAPÍTULO 20

El paso de Jangai

Al pie de la imponente Columna del Mundo, Rand guiaba a *Jeade'en* por la empinada y rocosa ladera de las estribaciones en las que daba comienzo el paso de Jangai. La Pared del Dragón traspasaba el cielo, empequeñeciendo todas las otras montañas, y sus picos coronados de nieve desafiaban al abrasador sol de la tarde. Los más altos hendían las nubes que se burlaban del Yermo con promesas de lluvias que jamás llegarían, y se alzaban muy por encima de ellas. Rand era incapaz de imaginar qué inducía a un hombre a escalar una montaña, pero se decía que quienes habían intentado subir a estas elevaciones tenían que regresar atenazados por el miedo y sin poder respirar. No le costaba trabajo creer que un hombre pudiera asustarse tanto que se le cortara la respiración en su intento de escalar a semejante altura.

—... empero, aunque los cairhieninos están tan entregados al Juego de las Casas —estaba diciendo Moraine junto a su hombro—, te seguirán siempre y cuando sepan que eres fuerte. Sé firme con ellos, pero te pediría que también fueras justo. Un dirigente que imparte verdadera justicia...

Procuró no oírla, como tampoco a los otros jinetes ni el rechinar y el traqueteo de las carretas de Kadere, que avanzaban penosamente por la ladera. Atrás habían dejado los quebrados barrancos y cárcavas del Yermo, pero estas escabrosas y empinadas estribaciones, casi o igualmente áridas, no eran un terreno más fácil para los vehículos. Nadie había viajado por este camino desde hacía más de veinte años.

Moraine le estaba hablando así desde el alba hasta el anochecer siempre que la dejaba. Sus charlas podían tratar sobre cosas intrascendentes —como, por ejemplo, los modales cortesanos en Cairhien o Saldaea o alguna otra parte— o trascendentales, como la influencia política de los Capas Blancas o tal vez las repercusiones del comercio que afectaban en la decisión de los dirigentes para ir a la guerra. Era como si quisiera impartirle la educación que tendría, o debería tener, un noble antes de que llegara al otro lado de las montañas. Resultaba sorprendente cuán a menudo lo que decía reflejaba lo que allá, en Campo de Emond, se habría considerado simple sentido común. Y también cuán a menudo no lo hacía.

De vez en cuando salía con algo sorprendente; por ejemplo, que no debería confiar en ninguna mujer de la Torre excepto ella misma, Egwene, Elayne y Nynaeve, o la noticia de que Elaida era ahora la Sede Amyrlin. Ni apelando a su juramento de obedecerlo consiguió que le dijera cómo se había enterado de eso. Adujo que era otra persona quien tendría que decidir si contárselo o no porque era su secreto, y ella no podía usurpar ese derecho. Rand sospechaba que eran las Sabias caminantes de sueños, pero éstas se habían limitado a mirarlo fijamente, rehusando decir ni sí ni no. Le habría gustado hacerles prestar el mismo juramento que a Moraine; no dejaban de interferir entre los jefes y él, como si quisieran obligarlo a pasar primero por ellas para llegar hasta los jefes.

En aquel momento no quería pensar en Elaida ni en las Sabias y tampoco escuchar a Moraine. Quería estudiar el paso que tenían delante, una profunda grieta en las montañas que zigzagueaba como si un hacha embotada hubiera intentado abrirse paso descargándose una y

otra vez sin conseguirlo realmente nunca. Unos cuantos minutos de dura cabalgada y podría encontrarse allí.

A un lado de la boca del paso, en la pared de un escarpado risco, habían pulido una franja de unos cien pasos de anchura, y en ella se había tallado una serpiente, desgastada por la erosión del viento, enroscada a un cayado que medía sus buenos cuatrocientos metros de altura; ya fuera monumento, hito o símbolo de un dirigente, seguramente era obra de alguna nación perdida y databa de tiempos anteriores a Artur Hawkwing o quizás antes incluso de la Guerra de los Trollocs. Ya había visto en otras ocasiones reliquias dejadas por naciones largo tiempo desaparecidas; a menudo ni siquiera Moraine conocía su procedencia.

Al otro lado, a bastante altura, tanto que Rand no estaba seguro de que veía lo que creía, justo debajo de la línea de nieve, había algo aun más extraño. Algo que convertía al otro monumento, con sus miles de años de antigüedad, en una cosa corriente. Rand habría jurado que eran las ruinas de edificios derruidos que brillaban grises contra el fondo más oscuro de la montaña, y, aun más extraño, lo que parecía ser un muelle del mismo material, como para atracar barcos, que se inclinaba sobre la ladera. Si no se lo estaba imaginando, aquello tenía que datar de antes del Desmembramiento. La faz del mundo había sufrido cambios radicales en aquellos años. Esto podría muy bien haber sido el fondo de un océano por aquel entonces. Tendría que preguntarle a Asmodean. Aun en el caso de que hubiera tenido tiempo para ello, dudaba que le apeteciera intentar llegar a aquella altitud para comprobarlo por sí mismo.

Al pie de la enorme serpiente se encontraba Taien, una ciudad amurallada de tamaño moderado, un pálido reflejo de sí misma, de los tiempos en que Cairhien tenía permiso para enviar caravanas a través de la Tierra de los Tres Pliegues y las riquezas habían fluido desde Shara a lo largo de la Ruta de la Seda. Parecía haber pájaros sobrevolando la ciudad y oscuras manchas a intervalos regulares a lo largo de las grises murallas de piedra. Mat se incorporó sobre los estribos de *Puntos,* resguardándose los ojos bajo la ancha ala del sombrero para otear a lo alto, hacia el paso, con el ceño fruncido. El pétreo rostro de Lan permanecía impávido, pero parecía escudriñar el panorama con igual intensidad; una racha de viento, aquí un poco más fresco, sacudió su capa de colores cambiantes a su alrededor y, por un momento, todo su cuerpo, desde los hombros hasta las botas, pareció confundirse con el fondo rocoso de las colinas y los desperdigados espinos.

—¿Me estás escuchando? —inquirió de repente Moraine, que tiró de las riendas para acercar más a él su yegua blanca—. ¡Tienes que...! —Se interrumpió y aspiró profundamente antes de continuar—. Por favor, Rand. He de explicarte muchas cosas que necesitas saber.

El dejo de súplica que se adivinaba en su tono hizo que Rand volviera la cabeza hacia ella. Todavía recordaba cuando su presencia lo impresionaba. Ahora parecía muy pequeña, a pesar de sus aires regios. Qué tontería que se sintiera protector con ella.

—Disponemos todavía de mucho tiempo, Moraine —respondió con suavidad—. No pretendo saber tanto como tú sobre el mundo, y pienso mantenerte cerca de mí de ahora en adelante. —Apenas si se dio cuenta del gran cambio que esto significaba respecto a cuando era ella quien lo mantenía cerca a él—. Sin embargo, en este momento tengo otra cosa en la cabeza.

—Por supuesto. —Suspiró Moraine—. Como gustes. Todavía tenemos mucho tiempo.

Rand taconeó al semental rodado y lo puso al trote; los demás lo siguieron. También las carretas aceleraron la marcha, bien que no pudieron mantener el paso por la inclinación de la pendiente. La capa de parches de juglar de Asmodean —de Jasin Natael— ondeó tras él como el estandarte que llevaba apoyado en el estribo; un pendón de color rojo intenso, con el antiguo símbolo blanco y negro de los Aes Sedai en el centro. Su semblante mostraba un gesto malhumorado; no le había gustado tener que ser el portaestandarte. Bajo ese emblema vencería, según la Profecía de Rhuidean, y tal vez no causaría tanto espanto al mundo como el emblema del Dragón, la bandera de Lews Therin, que había dejado ondeando sobre la Ciudadela de Tear. Pocos reconocerían este otro símbolo.

Las manchas en las murallas de Taien eran cadáveres, retorcidos en su agonía final,

Librodot

hinchados por el sol y colgados por el cuello en una fila que parecía rodear la ciudad. Las aves eran brillantes cuervos negros y buitres con la cabeza y el cuello embadurnados. Algunos cuervos estaban posados en los cadáveres, dándose un atracón sin preocuparse por los que se acercaban. El asqueroso olor dulzón a podrido impregnaba el aire, así como el hedor acre de cosas calcinadas. Las puertas reforzadas con bandas de hierro estaban abiertas de par en par y mostraban un amasijo de ruinas, casas de piedra manchadas de hollín y techos hundidos. Aparte de las aves no se movía nada.

«Como en Mar Ruois.» Trató de rechazar aquella idea, pero en su imaginación podía ver la gran urbe después de ser reconquistada, con las inmensas torres ennegrecidas y derrumbándose, los restos de grandes hogueras en cada cruce de calles, donde quienes se habían negado a someterse a la Sombra habían sido atados y arrojados vivos a las llamas. Sabía a quién pertenecía este recuerdo, aunque no lo había discutido con Moraine. «Soy Rand al'Thor. Lews Therin Telamon murió hace tres mil años. ¡Yo soy yo!» Ésa era una batalla que estaba dispuesto a ganar. Si tenía que morir en Shayol Ghul, lo haría como él mismo, no como otro hombre. Se obligó a pensar en otra cosa.

Había transcurrido medio mes desde que habían salido de Rhuidean. Media luna, a pesar de que los Aiel habían impuesto un paso desde el alba hasta el ocaso que cansaba a los caballos. Empero, Couladin ya avanzaba por ese camino una semana antes de que él lo supiera; si no habían conseguido acortar las distancias, dispondría de todo ese tiempo para hacer estragos en Cairhien antes de que Rand pudiera llegar. Y, aun más, antes de que pudieran poner a raya a los Shaido. Era una noción poco grata.

—Hay alguien observándonos desde aquellas rocas de la izquierda —informó Lan sin levantar la voz. El Guardián parecía estar absorto en la contemplación de las ruinas de Taien—. No es Aiel, o en otro caso dudo que hubiera atisbado un centelleo.

Rand se alegró de haber ordenado que Egwene y Aviendha se quedaran con las Sabias. La ciudad le daba una razón más para ello, pero el observador encajaba con su plan original, cuando había confiado en que Taien hubiera escapado de la destrucción. Egwene vestía todavía las ropas Aiel, como Aviendha, y los Aiel no habrían sido muy bienvenidos en Taien. Seguramente ahora lo serían menos aun entre los supervivientes.

Miró hacia atrás, a las carretas que se estaban deteniendo a poca distancia, pendiente abajo. Le llegaban los murmullos de los carreteros, que ahora veían bien la ciudad y las colgaduras que adornaban las murallas. Kadere, que de nuevo había cubierto de blanco su corpachón, se enjugó el rostro aguileño con un pañuelo grande; parecía impertérrito, y se limitaba a fruncir los labios en un gesto pensativo.

Rand supuso que Moraine tendría que buscar nuevos conductores una vez que hubieran cruzado el paso, ya que Kadere y sus hombres seguramente huirían tan pronto como se les presentara la ocasión. Y él los dejaría marchar. No estaba bien —no era justo—, pero debía hacerlo para proteger a Asmodean. ¿Cuánto tiempo llevaba haciendo lo que era necesario en lugar de lo que era correcto? En un mundo justo ambas cosas habrían sido lo mismo. Aquello lo hizo reír; fue una risa ronca y jadeante. Qué lejos estaba del muchacho pueblerino que había sido; no obstante, de vez en cuando ese muchacho se colaba de rondón dentro de él y reaparecía. Los otros lo miraron, y tuvo que reprimir el impulso de decirles que todavía no estaba loco.

Pasaron largos minutos antes de que dos hombres sin chaqueta y una mujer emergieran entre las rocas, los tres vestidos con harapos, sucios y descalzos. Se acercaron vacilantes, las cabezas ladeadas con inquietud; pasaron la mirada de jinete a jinete, de éstos a las carretas y de nuevo hacia los primeros, como si fueran a salir corriendo al primer grito. Las mejillas demacradas y los pasos vacilantes revelaban su hambre.

—Gracias a la Luz —dijo finalmente uno de los hombres. Tenía el cabello canoso y el rostro surcado por profundas arrugas. Ninguno de los tres era joven. Sus ojos se detuvieron unos segundos en Asmodean, que lucía chorreras de encaje en cuello y puños, pero el cabecilla de esa caravana no habría ido montado en una mula ni portado un estandarte. Fue al

estribo de Rand al que se aferró con ansiedad—. Gracias le sean dadas a la Luz porque habéis salido vivo de esas tierras terribles, mi señor. —Aquello debía de ser por la chaqueta de seda azul de Rand, con bordados dorados en los hombros, o por el estandarte o simplemente una lisonja. Ciertamente el hombre no tenía razón para tomarlos por algo más que unos mercaderes, aunque fueran demasiado bien vestidos para serlo—. Esos salvajes asesinos se han puesto en pie de guerra otra vez. Es otra Guerra de Aiel. Escalaron la muralla durante la noche antes de que alguien lo advirtiera, mataron a todos los que intentaron defenderse y robaron todo lo que no estaba sujeto con mortero al suelo.

—¿Por la noche? —inquirió inesperadamente Mat. Con el sombrero bien calado sobre los ojos, seguía observando atentamente la ciudad en ruinas—. ¿Estaban dormidos vuestros centinelas? Porque imagino que tendríais centinelas, estando tan cerca de vuestros enemigos, ¿no? Hasta a los Aiel les habría costado mucho caer sobre vosotros si hubierais contado con una buena vigilancia.

Lan le lanzó una mirada evaluadora.

—No, mi señor. —El hombre canoso parpadeó al mirar a Mat, y luego dio la respuesta a Rand. La chaqueta verde de Mat era lo bastante buena para cualquier lord, pero iba desabrochada y tan arrugada como si hubiera dormido con ella—. Nosotros... Sólo teníamos un centinela en cada puerta. Hacía mucho tiempo que no habíamos visto un solo salvaje. Pero esta vez... Todo lo que no robaron, lo incendiaron, y nos expulsaron de la ciudad para que muriéramos de hambre. ¡Sucias bestias! Gracias a la Luz que habéis venido a salvarnos, mi señor, o en caso contrario habríamos muerto todos aquí. Me llamo Tel Nethin y soy... era guarnicionero y hacía unas buenas sillas de montar. Ésta es mi hermana, Aril, y su esposo, Ander Corl. Hace botas estupendas.

—También robaron personas, mi señor —intervino la mujer, con voz enronquecida. Algo más joven que su hermano, quizás hubo un tiempo en que había sido guapa, pero las preocupaciones y la zozobra habían dejado huellas en su rostro que Rand imaginó que ya no desaparecerían. Su marido tenía una expresión perdida en los ojos, como si no supiera muy bien dónde estaba—. Se llevaron a mi hija, milord, y a mi hijo. Se llevaron a todos los jóvenes, de dieciséis años para arriba, y algunos con el doble de edad o más. Dijeron que serían «gasan» o algo así; los dejaron completamente desnudos en mitad de la calle y los sacaron de la ciudad conduciéndolos como ganado. Mi señor, ¿podríais...? —Dejó la frase en el aire y apretó los párpados, tambaleándose cuando la imposibilidad de su esperanza caló en su ofuscada mente. No había muchas probabilidades de que volviera a ver a sus hijos.

Moraine bajó de la yegua al instante y llegó al punto junto a Aril. La harapienta mujer dio un respingo tan pronto como las manos de la Aes Sedai la tocaron y tembló de la cabeza a los pies. Su mirada sorprendida se volvió hacia Moraine, interrogante, pero ésta se limitó a sujetarla como si la estuviera sosteniendo.

El esposo de la mujer se quedó boquiabierto de repente, con los ojos prendidos en la hebilla dorada del cinturón de Rand, el regalo hecho por Aviendha.

—Sus brazos estaban marcados con eso. Igual. Enroscados, como la serpiente del risco.

Tel alzó la vista hacia Rand con inseguridad.

—Se refiere al cabecilla de los salvajes, mi señor. Tenía... marcas como ésa en los brazos. Llevaba las mismas ropas extrañas que todos los otros, pero se había cortado las mangas para asegurarse de que todo el mundo las viera.

—Esto es un regalo que me hicieron en el Yermo —dijo Rand. Tuvo buen cuidado en mantener las manos sobre la perilla de la silla; las mangas de la chaqueta ocultaban sus propios dragones, excepto las cabezas, que serían obvias sobre el envés de sus manos para cualquiera que observara con atención. Aril había olvidado por completo su extrañeza por lo que Moraine había hecho, y los tres parecían estar a punto de salir corriendo—. ¿Cuánto hace que se marcharon?

—Seis días, mi señor —respondió, inquieto, Tel—. Hicieron lo que hicieron en una noche y un día, y después se marcharon. También nosotros nos habríamos ido, pero temíamos

Librodot

toparnos con ellos si regresaban. Seguramente los habrán rechazado en Selean.

Selean era la ciudad situada al otro extremo del paso, y Rand dudaba que estuviera en mejores condiciones que Taien a estas alturas.

—¿Cuántos supervivientes más hay aparte de vosotros tres?

—Puede que un centenar, milord. Tal vez más. Nadie los ha contado.

De repente la ira se apoderó de Rand a pesar de que intentó contenerla.

—¿Un centenar, dices? —Su voz sonó dura y fría—. ¿Y hace seis días? Entonces ¿por qué están vuestros muertos abandonados a las aves carroñeras? ¿Por qué los cadáveres ahorcados siguen decorando las murallas de vuestra ciudad? ¡Ésa es vuestra gente, cuya carne putrefacta impregna vuestras narices con su hedor!

Los tres se apiñaron y retrocedieron, apartándose del caballo.

—Teníamos miedo, mi señor —repuso Tel roncamente—. Se marcharon, pero podían regresar. Y él nos dijo... Me refiero al de las marcas en los brazos. Nos dijo que no tocáramos nada.

—Un mensaje —intervino Ander con voz apagada—. Los fue escogiendo al azar para ahorcarlos, hasta que tuvo suficiente para jalonar toda la muralla, hombres, mujeres, le daba igual. —Sus ojos se quedaron prendidos en la hebilla de Rand—. Dijo que era un mensaje para un hombre que vendría siguiéndolo. Dijo que quería que este hombre supiera... lo que iban a hacer al otro lado de la Columna. Dijo... dijo que le haría algo peor a ese hombre.

Los ojos de Aril se desorbitaron de repente, y los tres miraron de hito en hito a espaldas de Rand antes de gritar y dar media vuelta para salir corriendo. Aiel con los rostros velados salieron de las rocas de donde habían venido, de modo que huyeron hacia el lado contrario. Más Aiel velados aparecieron también allí, y los tres cayeron al suelo, sollozando y aferrándose entre sí mientras los rodeaban. El semblante de Moraine se mantenía impasible y frío, pero en sus ojos no había serenidad.

Rand se giró sobre la silla. Rhuarc y Dhearic subían la empinada ladera mientras se quitaban los velos y desenvolvían los *shoufa* que les ceñían la cabeza. Dhearic era más corpulento que Rhuarc, y tenía una nariz prominente y el cabello rubio, con algunos mechones más claros. Había traído a los Reyn como Rhuarc había dicho que haría.

Timolan y sus Miagoma habían mantenido durante tres días una ruta paralela a la suya, al norte, y habían enviado alguno que otro mensaje con sus corredores, pero sin aclarar cuáles eran sus intenciones. Los Codarra, los Shiande y los Daryne se encontraban todavía en alguna parte, al este; iban en pos de ellos, según habían informado Amys y las otras por las conversaciones mantenidas con sus Sabias en los sueños, aunque avanzaban lentamente. Esas Sabias desconocían las intenciones de sus jefes tanto como Rand desconocía las de Timolan.

—¿Era necesario hacer eso? —inquirió cuando los dos jefes estuvieron junto a su caballo. Él los había asustado antes, pero por una razón, y no les había hecho pensar que iban a morir.

Rhuarc se limitó a encogerse de hombros.

—Situamos las lanzas en posición alrededor de este dominio sin ser vistos, como querías —adujo Dhearic—, y no parecía que hubiera motivo para esperar, ya que no quedaba nadie con quien danzar las lanzas. Además, no son más que Asesinos del Árbol.

Rand aspiró hondo. Sabía desde el principio que, a su modo, éste podría ser un problema tan grande como Couladin. Casi quinientos años atrás, los Aiel habían regalado un arbolillo a Cairhien, un vástago de *Avendesora,* y, con él, el derecho de comerciar con Shara a través de la Tierra de los Tres Pliegues, un derecho que no se había otorgado a ninguna otra nación. No habían dado razón para hacerlo —en el mejor de los casos, los Aiel no sentían simpatía por los hombres de las tierras húmedas—, pero se habían visto obligados por el *ji'e'toh.* Durante los largos años de éxodo que los habían llevado al Yermo, sólo un pueblo no los había atacado, sólo uno les había permitido aprovisionarse de agua sin oposición cuando el mundo padeció la gran sequía. Y, finalmente, habían encontrado a los descendientes de ese pueblo: los cairhieninos.

Durante quinientos años las riquezas habían fluido a Cairhien con la seda y el marfil. Quinientos años en los que *Avendoraldera* creció en Cairhien. Y entonces el rey Laman había hecho talar el árbol para construirse un trono. Las naciones sabían por qué los Aiel habían cruzado la Columna Vertebral del Mundo veinte años atrás —el Pecado de Laman, lo llamaban, y la Arrogancia de Laman—, pero pocos sabían que para los Aiel no había sido una guerra. Habían ido cuatro clanes para buscar al quebrantador de juramentos, y, una vez que lo hubieron matado, regresaron a la Tierra de los Tres Pliegues. Pero su desprecio por los Asesinos del Árbol, los quebrantadores de juramentos, jamás se había borrado. El hecho de que Moraine fuera Aes Sedai compensaba el que fuera cairhienina, pero Rand no sabía hasta qué punto.

—Estas personas no quebrantaron ningún juramento —les dijo—. Encontrad a los demás; según el guarnicionero hay alrededor de un centenar. Y sed amables con ellos. Si alguno estaba observando, probablemente a estas alturas huyen a todo correr hacia las montañas. —Los dos jefes Aiel empezaron a dar media vuelta para cumplir las órdenes, pero Rand los detuvo—. ¿Habéis oído lo que me contaron? ¿Qué opináis de lo que Couladin hizo aquí?

—Mataron a más de los necesarios —contestó Dhearic mientras sacudía la cabeza con desaprobación—. Como hurones negros cayendo sobre los nidos de gallinas de roca. —Matar era tan fácil como morir, decían los Aiel; cualquier necio podía hacer lo uno o lo otro.

—¿Y lo demás? Lo de tomar prisioneros. Los *gai'shain.*

Rhuarc y Dhearic intercambiaron una mirada, y este último apretó los labios. Era obvio que lo habían oído, y que les incomodaba. Hacía falta mucho para conseguir que un Aiel se sintiera incómodo.

—Eso es imposible —dijo por último Rhuarc—. Si lo es... Los *gai'shain* son cosa del *ji'e'toh.* Nadie que no siga el *ji'e'toh* puede ser hecho *gai'shain* o, en caso contrario, no es más que un animal humano, como los que tienen los sharaníes.

—Couladin ha abandonado el *ji'e'toh.* —Dhearic habló como si estuviera diciendo que a las piedras les habían crecido alas.

Mat condujo a *Puntos* más cerca del grupo, dirigiéndolo con las rodillas. Nunca había sido más que un jinete pasable, pero a veces, cuando estaba pensando en otra cosa, cabalgaba como si hubiera nacido sobre la grupa de un caballo.

—¿Y eso te sorprende? —dijo—. ¿Después de todo lo que ha hecho ya? Ese hombre sería capaz de hacer trampas con los dados incluso jugando con su propia madre.

Le lanzaron unas miradas impasibles, los azules ojos cual frías lascas de acero. En muchos sentidos, los Aiel eran *ji'e'toh*; y, fuera lo que fuera Couladin, a sus ojos continuaba siendo un Aiel. Septiar antes que clan; clan, antes que forasteros; pero Aiel antes que hombres de tierras húmedas.

Algunas de las Doncellas se les unieron: Enaila, Jolien, Adelin y la nervuda y canosa Sulin, que había sido elegida señora del techo del Techo de las Doncellas en Rhuidean. Les había dicho a las Doncellas que se quedaron allí que escogieran a otra, y ahora dirigía a las Doncellas aquí. Al percibir el ambiente tenso no dijeron nada y se limitaron a apoyar las lanzas en el suelo, pacientemente. Cuando un Aiel quería, podía hacer que las piedras parecieran impetuosas.

—Si Couladin espera que lo sigas —rompió el silencio Lan—, podría haber dejado alguna sorpresa en el paso. Un centenar de hombres no tendría problema para contener a un ejército en una de las angosturas de la garganta. Y un millar...

—Entonces, acamparemos aquí esta noche —dijo Rand—, y enviaremos exploradores por delante para asegurarnos de que el camino está expedito. ¿*Duadhe Mahdi'in*?

—Buscadores de Agua —asintió, complacido Dhearic. Había pertenecido a esa asociación antes de convertirse en jefe.

Sulin y las otras Doncellas asestaron a Rand unas frías miradas mientras el jefe Reyn se alejaba ladera abajo. Durante los últimos tres días había escogido exploradores de otras

Librodot

asociaciones, cuando empezó a temer lo que podría encontrar allí, y tenía la sensación de que las mujeres sabían que no se estaba limitando a dar el turno a los otros. Procuró hacer caso omiso de las miradas. La de Sulin resultaba especialmente difícil; esa mujer habría podido hincar clavos con aquellos ojos suyos, azul pálido.

—Rhuarc, una vez que se haya localizado a los supervivientes, ocúpate de que se les dé de comer. Y que se los trate bien. Se vendrán con nosotros. —Su mirada fue atraída hacia las altas murallas de la ciudad. Algunos Aiel estaban utilizando los curvados arcos de hueso para abatir cuervos. A veces, los Engendros de la Sombra utilizaban a estas aves y a otros animales carroñeros como espías; los Ojos de la Sombra, los llamaban los Aiel. Éstos no interrumpían su frenético festín hasta que caían atravesados por una flecha, pero un hombre avisado no corría riesgos con cuervos o ratas—. Y encárgate de que se entierre a los muertos.

En eso, al menos, lo justo y lo necesario eran una misma cosa.

Librodot

CAPÍTULO 21

Una espada de regalo

El campamento empezó a levantarse rápidamente junto a la boca del paso de Jangai, aunque apartado de Taien y extendido sobre las estribaciones que rodeaban el arranque de la garganta, entre los dispersos espinos, e incluso en las laderas de las montañas. No era mucho lo que se distinguía excepto lo que estaba dentro del paso; las tiendas Aiel se confundían tan perfectamente con el pedregoso terreno que uno podía pasarlas por alto aun en el caso de que supiera lo que se buscaba y dónde buscarlo. En las estribaciones los Aiel acamparon por clanes, pero los instalados en el paso propiamente dicho se agruparon por asociaciones. En su mayoría eran Doncellas, pero las asociaciones de los hombres también enviaron a sus representantes, unos cincuenta de cada una, de modo que las tiendas se extendieron muy por encima de las ruinas de Taien, en campamentos ligeramente separados. Todo el mundo comprendía, o creía comprender, que las Doncellas guardaban el honor de Rand, pero todas las asociaciones querían custodiar al *Car'a'carn.*

Moraine —y, naturalmente, Lan— fueron a encargarse de la ubicación de las carretas de Kadere, justo al pie de la ciudad; la Aes Sedai hacía tantos aspavientos con respecto a lo que transportaban esos vehículos como con Rand. Los carreteros rezongaron y maldijeron por el mal olor que llegaba de la ciudad y evitaron mirar mientras los Aiel cortaban las cuerdas para bajar los cadáveres de la muralla, pero después de los meses que llevaban en el Yermo parecía gustarles estar cerca de unas desoladas ruinas de lo que entendían como civilización.

Los *gai'shain* levantaron las tiendas de las Sabias —las de Amys, Bair y Melaine— al pie de la ciudad, a caballo del borroso sendero que ascendía desde las estribaciones. Rand estaba convencido de que argumentarían que habían elegido el punto adecuado para estar tanto a su disposición como a la de las incontables docenas de Sabias de abajo, pero no creía que fuera coincidencia el hecho de que cualquiera que subiera desde las estribaciones hacia donde estaba él antes tendría que atravesar o rodear su campamento. No lo sorprendió ver a Melaine dirigiendo a las figuras vestidas de blanco. Hacía sólo tres noches que se había casado con Bael en una ceremonia que la convirtió en su esposa y en hermana conyugal de su otra mujer, Dorindha. Esta parte había sido tan importante como la del matrimonio, aparentemente; Aviendha se había mostrado escandalizada por la sorpresa de él, o puede que furiosa.

Cuando Egwene llegó con Aviendha montada a la grupa de la yegua gris, con las amplias faldas remangadas hasta las rodillas y luciendo ambas un brazalete de marfil y un collar, parecían casi la copia una de la otra a pesar de la diferencia de colores y el hecho de que Aviendha era lo bastante alta para mirar por encima del hombro de Egwene sin tener que estirarse.

El trabajo de retirar los cadáveres ahorcados apenas había empezado. La mayoría de los cuervos estaban muertos, apilados en montones de negras plumas que alfombraban el suelo, y el resto había huido, pero los buitres, demasiado pesados por el banquete para levantar el vuelo, se movían a torpes saltos entre las cenizas, detrás de las murallas.

Rand habría querido que hubiera habido algún modo de evitar a las dos mujeres ver el

desagradable espectáculo pero, para su sorpresa, ninguna de las dos dio muestras de sentirse enferma y de tener que alejarse para vomitar. Bueno, realmente no había esperado algo así de Aviendha; la joven había visto muertos muy a menudo e incluso había dado muerte, y su semblante permaneció impasible. Pero lo que Rand no esperaba era la profunda piedad con que lo miró Egwene al fijarse en los hinchados cadáveres que estaban bajando de la muralla.

Condujo a *Niebla* junto a Jeade'en y luego se inclinó para ponerle una mano sobre el brazo.

—Lo lamento mucho, Rand. No había modo de que impidieras esto.

—Lo sé —respondió.

Ni siquiera sabía que existiera una ciudad allí hasta que Rhuarc lo había mencionado por casualidad cinco días antes —todas sus reuniones con los jefes habían tenido como tema la forma de poder cubrir más distancia en un día y sobre lo que haría Couladin cuando cruzara el Jangai—, y para entonces los Shaido habían llevado a cabo la matanza y se habían marchado. Se había tenido que conformar con maldecirse por su necedad.

—Bien, pero recuérdalo. No fue culpa tuya. —Taconeó a *Niebla* y empezó a hablar con Aviendha antes de estar lo bastante lejos para que Rand no la oyera—. Me alegro de que se lo esté tomando tan bien. Tiene la costumbre de sentirse culpable por cosas que escapan a su control.

—Los hombres siempre creen que tienen bajo su control todo cuanto hay a su alrededor —contestó Aviendha—. Cuando descubren que no es así, piensan que han fracasado, en lugar de aprender una simple verdad que las mujeres saben ya.

Egwene soltó una risita divertida.

—*Ésa* es la pura verdad. Cuando vi a esa pobre gente, creí que lo encontraríamos vomitando en algún rincón.

—¿Tan poco aguante tiene? Yo...

Sus voces dejaron de oírse al alejarse la yegua. Rand se sentó muy erguido en la silla, colorado hasta la raíz del cabello. Mira que intentar escuchar su conversación a escondidas... Se estaba comportando como un idiota. A pesar de todo, no pudo evitar mirarlas con el ceño fruncido. Sólo se culpaba de lo que era responsable, aunque fuera para sus adentros. Sólo por cosas que podría haber intentando remediar. Y que debería haber tratado de evitar. No le gustaba que hablaran de él; a su espalda o delante de sus narices. Sólo la Luz sabía lo que estarían diciendo.

Desmontó y, conduciendo a *Jeade'en* por las riendas, fue a buscar a Asmodean, que parecía haberse marchado. Después de tantos días en la silla de montar resultaba agradable caminar. A lo largo del paso empezaban a levantarse varios grupos de tiendas; las faldas de las montañas y los riscos constituían una formidable barrera, pero aun así los Aiel se instalaban como si esperaran un ataque. Había intentado caminar con ellos, pero medio día fue suficiente para que regresara a su caballo. Ya resultaba bastante arduo mantener la marcha yendo montado; cuando apretaban el paso podían agotar a los animales.

También Mat había desmontado y estaba en cuclillas, con las riendas en una mano y aquella extraña lanza de mango negro sobre las rodillas, escudriñando las puertas abiertas de la muralla, examinando la ciudad y mascullando entre dientes mientras *Puntos* intentaba ramonear un arbusto espinoso. Mat estaba estudiando la situación, no mirando simplemente. ¿De dónde había sacado aquel comentario sobre los centinelas? Ahora Mat decía cosas raras de vez en cuando, desde la primera visita a Rhuidean. Rand habría querido que su amigo estuviera dispuesto a hablar de lo ocurrido allí, pero seguía negando que hubiera pasado nada, a pesar del medallón con la cabeza de zorro, la lanza y esa cicatriz alrededor de su garganta. Melindhra, la Doncella Shaido con la que Mat mantenía una relación, estaba un poco apartada a un lado, observándolo, hasta que Sulin se le acercó y la ahuyentó con algún encargo. Rand se preguntó si Mat sabía que las Doncellas estaban haciendo apuestas sobre si Melindhra renunciaría a la lanza por él. Y también sobre si le enseñaría a cantar, aunque, cuando Rand les preguntaba qué significaba eso, la única contestación que recibía eran sus risas.

El sonido de la música lo condujo hasta Asmodean, que se encontraba sentado en un afloramiento de granito, con el arpa sobre la rodilla. El estandarte carmesí estaba clavado en el rocoso suelo, y la mula atada a él.

—¿Ves, mi señor Dragón? —dijo con sarcasmo—. Tu portaestandarte cumple fielmente sus obligaciones. —Su voz y su expresión habían cambiado—. Si tienes que llevar esta cosa, ¿por qué no le encargas a Mat que cargue con ella o a Lan? O, puesto ya, a Moraine. Debería estar contenta de portar tu estandarte y limpiar tus botas. Ten cuidado con ella. Es taimada. Cuando una mujer dice que te obedecerá por propia voluntad, es hora de que duermas con un ojo abierto y guardándote la espalda.

—Lo llevas tú porque eres el «elegido», maese Jasin Natael. —Asmodean dio un respingo y miró en derredor, aunque todos los demás estaban demasiado lejos, y demasiado ocupados, para escucharlos. De todos modos, nadie, salvo ellos dos, habría entendido la indirecta—. ¿Qué sabes sobre las ruinas que hay cerca de la línea de nieve? Deben de datar de la Era de Leyenda.

Asmodean no se molestó en mirar a lo alto de la montaña.

—Este mundo es muy distinto del mundo en el que me... quedé dormido. —Parecía cansado y se sacudió con un ligero estremecimiento—. Lo que sé respecto a lo que hay ahí arriba lo he descubierto desde que desperté. —Las cuerdas del arpa desgranaron las fúnebres notas de *La marcha de la Muerte*—. Eso podría ser lo que queda de la ciudad en la que nací, que yo sepa. Shorelle era una ciudad portuaria.

Quedaba al menos una hora para que la Columna Vertebral del Mundo ocultara al sol; tan cerca de la alta cadena montañosa, la noche caía enseguida.

—Estoy demasiado cansado para mantener esta noche una de nuestras conversaciones. —Así era como llamaban en público a las clases de Asmodean, incluso cuando no había nadie cerca. Junto con las prácticas realizadas con Lan o Rhuarc, esas lecciones casi no le habían dejado tiempo para dormir desde que habían partido de Rhuidean—. Retírate a tu tienda cuando te apetezca. Te veré por la mañana... con el estandarte. —No había nadie más para llevar la maldita bandera. Quizás encontraría a alguien en Cairhien.

Mientras se volvía para marcharse, Asmodean tocó unas notas discordantes.

—¿Nada de redes ardientes alrededor de mi tienda esta noche? ¿Por fin empiezas a confiar en mí? —preguntó.

Rand miró por encima del hombro.

—Confío en ti como en un hermano. Hasta el día en que me traiciones. Te doy un voto de confianza, una libertad condicional, a cambio de tus enseñanzas, y es más de lo que mereces, pero el día que te vuelvas contra mí, romperé el compromiso y lo enterraré contigo. —Asmodean abrió la boca, pero Rand lo atajó—: Soy yo el que te está hablando, Natael. Rand al'Thor. Y a los de Dos Ríos no nos gusta la gente que intenta clavarte un puñal por la espalda.

Malhumorado, tiró de las riendas del rodado y se alejó antes de que el otro hombre tuviera ocasión de decir nada. No sabía a ciencia cierta si Asmodean tenía alguna sospecha de que un hombre muerto intentaba dominarlo, usurpar su personalidad, pero no estaba dispuesto a darle pistas al hombre. Asmodean ya debía de estar convencido de que era una causa perdida; si empezaba a sospechar que no tenía pleno control sobre su mente, que a lo mejor se estaba volviendo loco, el Renegado lo abandonaría en un abrir y cerrar de ojos, y todavía le quedaba mucho que aprender.

Unos *gai'shain* de blancas túnicas estaban levantando su tienda bajo la dirección de Aviendha, pasada la boca de la garganta, con aquella enorme serpiente esculpida elevándose en el risco. Los *gai'shain* tenían sus propias tiendas, pero serían las últimas en instalarse, por supuesto. Adelin y unas diez o doce Doncellas se encontraban en cuclillas a poca distancia, vigilantes, aguardando para velar su sueño. A pesar de tener a un millar de Doncellas acampadas a su alrededor cada noche, seguían haciendo guardia junto a su tienda.

Antes de acercarse, buscó el contacto con el *Saidin* a través del *angreal* que llevaba en la

chaqueta, aunque en realidad no le hacía falta rozar la talla del gordo hombrecillo con la espada. La infección y la dulzura lo inundaron a partes iguales, un tumultuoso río de fuego, una arrolladora avalancha de hielo. Encauzó como lo había hecho todas las noches desde que habían salido de Rhuidean y colocó salvaguardas alrededor de todo el campamento, no sólo las tiendas que estaban en el paso, sino también todas las repartidas por las estribaciones, más abajo, y en las laderas de las montañas. Necesitaba el *angreal* para poner salvaguardas tan grandes, pero sólo un mínimo. Antes había pensado que era fuerte, pero las enseñanzas de Asmodean lo estaban haciendo más poderoso. Cualquier persona o animal que cruzara la línea de aquella salvaguarda no notaría nada, pero si algún Engendro de la Sombra la tocaba dispararía una alarma que oiría todo el mundo. Si hubiera tomado esta precaución en Rhuidean, los Sabuesos del Oscuro jamás habrían podido entrar sin que él lo supiera.

Los propios Aiel tendrían que vigilar la aproximación de enemigos humanos. Las salvaguardas eran una compleja urdimbre de flujos, aunque tenue, y si se intentaba que hicieran más de una cosa a la vez se corría el riesgo de que se rompieran y quedaran inutilizadas. Podría haber creado ésta para que matara Engendros de la Sombra en lugar de dar la alarma, pero habría sido como la luz de un faro para cualquier Renegado varón que estuviera buscando, y también para los Myrddraal. No había necesidad de atraer sobre sí a sus enemigos cuando cabía la posibilidad de que no supieran dónde se encontraba. En cambio, ésta no la percibiría ni siquiera un Renegado hasta que estuviera cerca, y un Myrddraal, cuando fuera demasiado tarde.

Cortar el contacto con el *Saidin* precisaba de todo un ejercicio de autocontrol por su parte, a pesar de la repulsiva infección, a pesar del modo en que el Poder trataba de arrastrarlo como la arena del lecho de un río, de abrasarlo, de destruirlo. Flotó en la vasta vacuidad del vacío, si bien podía percibir el leve movimiento del aire contra cada pelo de su cabeza, ver el ondear de las túnicas de los *gai'shain,* oler la cálida fragancia de Aviendha. Quería más. Pero también podía oler las cenizas de Taien, los muertos incinerados, la putrefacción de los que no habían ardido todavía, incluso los que estaba ya enterrados, mezclándose con la seca tierra de sus fosas. Eso lo ayudó. Durante unos minutos, después de que el *Saidin* hubiera desaparecido, se limitó a hacer profundas inhalaciones del caliente y seco aire; comparado con lo anterior, el efluvio a muerte parecía no existir, y el propio aire resultaba puro y maravilloso.

—Mira lo que teníamos justo delante de nosotros —dijo Aviendha mientras Rand entregaba las riendas de *Jeade'en* a una *gai'shain* de rostro sumiso para que se lo llevara. Levantó una serpiente marrón, muerta, tan gruesa como su antebrazo y de más de dos metros de longitud. La cobra sanguina se llamaba así por el efecto de su mordedura, que convertía la sangre en una espesa gelatina en cuestión de minutos. A menos que Rand se equivocara en su apreciación, la limpia herida que tenía en la base del cráneo era obra del cuchillo de Aviendha. Adelin y otras Doncellas hicieron un gesto aprobador.

—¿Se te ha pasado siquiera por la cabeza que podría haberte mordido? —la reprendió él—. ¿No se te ha ocurrido utilizar el Poder en lugar de usar un jodido cuchillo? ¿Por qué no la besaste antes? Debías de estar lo bastante cerca de ella para poder hacerlo.

La joven se incorporó y sus grandes ojos verdes tendrían que haber adelantado el frío gélido de la noche.

—Las Sabias dicen que no es bueno usar el Poder con excesiva frecuencia. —Las secas palabras eran tan frías como sus ojos—. Afirman que es posible absorber demasiado y autolesionarse. —Frunció levemente el ceño y añadió, más para sí misma que para él—: Aunque nunca he tomado más que un mínimo de todo lo que puedo coger. Estoy segura.

Rand sacudió la cabeza y se metió en su tienda. Esta mujer no atendía a razones.

No bien acababa de acomodarse sobre un cojín de seda, cerca de la lumbre todavía apagada, cuando la joven entró también. Sin la cobra sanguina, gracias le fueran dadas a la Luz, pero sí que llevaba algo largo, envuelto en una gruesa manta de lana de rayas grises.

—Estabas preocupado por mí —dijo con voz inexpresiva, tanto como su rostro.

Librodot

—Por supuesto que no —mintió. «Muchacha necia. Conseguirá que algo la mate sólo porque no tiene el sentido común de ser precavida cuando hace falta»—. Me habría preocupado igual por cualquiera. No me gustaría que una cobra sanguina mordiera a nadie.

Ella lo observó un momento, con incredulidad, pero después hizo un brusco asentimiento con la cabeza.

—Bien. No admitiría que me trates con presunción. —Soltó el envoltorio a los pies de él y se sentó sobre los talones, al otro lado del agujero de la lumbre—. Como no quisiste aceptar la hebilla para cancelar la deuda que había entre nosotros...

—Aviendha, no hay ninguna deuda. —Creía que ya había olvidado aquel asunto, pero la joven continuó como si no la hubiera interrumpido.

—... quizás esto sí la cancele.

Rand suspiró, resignado, y cogió el bulto de la manta de rayas —con precaución, ya que Aviendha lo había sostenido con mayor cautela que a la cobra; a ésta la había sujetado como si fuera un trapo viejo—, lo desenvolvió y se quedó boquiabierto. Lo que había dentro era una espada, cuya vaina iba tan repleta de rubíes y gotas de luna engarzados que apenas se veía el oro, excepto donde un radiante sol había sido incrustado. La empuñadura de marfil, lo bastante larga para asirla con las dos manos, llevaba otro sol naciente de oro; el pomo estaba cuajado de rubíes y gotas de luna, y también en la cruceta de la guarda. Esta arma no se había hecho para utilizarla, sino para lucirla. Para atraer las miradas.

—Esto tiene que haber costado... Aviendha ¿cómo has podido pagarla?

—No costó mucho —respondió, tan a la defensiva que fue tanto como añadir que estaba mintiendo.

—Una espada. ¿Cómo has conseguido una espada? ¿Cómo la ha conseguido ningún Aiel? No me digas que Kadere llevaba *esto* escondido en las carretas.

—La he llevado en la manta. —Su tono era aun más quisquilloso ahora que cuando lo del precio—. Hasta Bair me dijo que serviría, siempre y cuando no la tocara. —Se encogió de hombros con desasosiego, colocando y ajustando el chal una y otra vez—. Era la espada del Asesino del Árbol, de Laman. Se le cogió a su cadáver como prueba de que estaba muerto, ya que su cabeza no habría aguantado un viaje tan largo. Desde entonces ha pasado de mano en mano, muchachos jóvenes y estúpidas Doncellas que querían poseer la prueba de su muerte. Sólo que todos acababan por pensar qué era realmente y enseguida la vendían a otro tonto. El precio ha bajado mucho desde que se vendió por primera vez. Ningún Aiel la tocaría ni siquiera para remover las piedras.

—Bueno, es muy hermosa —dijo con todo el tacto de que fue capaz. Sólo un bufón se colgaría a la cadera algo tan ostentoso. Además, esa empuñadura de marfil resbalaría en la mano con un poco de sudor o de sangre—. Pero no puedo permitir que... —Dejó la frase en el aire mientras desenvainaba varios centímetros de la hoja, a fuerza de costumbre, para examinar el filo. Grabada en el brillante acero había una garza, el símbolo de un maestro de esgrima. Él había llevado una espada marcada igual. De repente estuvo dispuesto a apostar que esta hoja, al igual que la de la lanza de Mat, marcada con los cuervos, era un metal creado con el Poder que jamás se rompería ni necesitaría que lo afilaran. La mayoría de las armas creadas por maestros espaderos eran sólo copias de ésas. Lan podría decírselo con seguridad, pero para sus adentros ya estaba convencido de que era una de ellas.

Sacó la vaina y se inclinó sobre el agujero de la lumbre para ponerla delante de la joven.

—Aceptaré la hoja para cancelar la deuda, Aviendha. —Era larga, ligeramente curva y con un solo filo—. Sólo la hoja. Tú puedes quedarte con la vaina y también con la empuñadura. —Podría encargar otra empuñadura y una funda nueva en Cairhien. Quizás entre los supervivientes de Taien había un buen espadero.

Los ojos desorbitados de la joven Aiel fueron de la vaina a él y de nuevo a la funda; estaba boquiabierta, estupefacta por primera vez, que Rand recordara.

—Pero estas gemas tienen mucho valor, mucho más de lo que... Intentas que vuelva a estar en deuda contigo, Rand al'Thor.

Librodot

—En absoluto. —Si esta cuchilla había permanecido en su vaina sin que nadie la tocara ni la puliera durante más de veinte años, entonces tenía que ser lo que imaginaba—. En ningún momento he aceptado la funda, de modo que te ha pertenecido desde el principio. —Arrojó al aire uno de los cojines de seda y ejecutó una versión en posición sentada de la maniobra llamada *La brisa levantándose*; cayó una lluvia de plumas cuando el arma cercenó el cojín limpiamente—. Y tampoco acepté la empuñadura, así que también es tuya. Si has sacado provecho, se debe sólo a ti.

En lugar de mostrarse satisfecha por su buena fortuna —Rand sospechaba que había dado cuanto poseía para pagar la espada y que seguramente recuperaría lo pagado multiplicado por cien o más sólo con la vaina—, en lugar de estar contenta o darle las gracias, le asestó una mirada furibunda a través de la lluvia de plumas, tan indignada como una ama de casa de Dos Ríos al ver el suelo lleno de porquería. Con gesto estirado dio unas palmadas y de inmediato apareció una de las *gai'shain,* que al punto se puso de rodillas y empezó a limpiar el desorden.

—Es mi tienda —adujó él intencionadamente. Aviendha resopló en una perfecta imitación de Egwene. Definitivamente, estas dos mujeres estaban pasando juntas demasiado tiempo.

La cena, que le llevaron cuando ya era noche cerrada, consistía en el habitual pan aplastado y pálido, y un sabroso estofado de pimientos secos y judías con trozos de carne casi blanca. Se limitó a sonreírle cuando ella le dijo que era la cobra sanguina; había comido serpiente y cosas peores desde que estaba en el Yermo. El *gara* era lo peor en su opinión, y no por el sabor, que se parecía al del pollo, sino por ser un lagarto y, además, venenoso. En ocasiones tenía la impresión de que había más cosas venenosas —serpientes, lagartos, arañas, plantas— en el Yermo que en todo el mundo en conjunto.

Aviendha pareció decepcionarse al ver que no escupía el estofado con asco, aunque a veces resultaba difícil estar seguro de lo que pensaba o sentía. En ocasiones parecía disfrutar mucho mortificándolo. Si hubiera estado intentando hacerse pasar por Aiel, habríase dicho que ella trataba de demostrar que no lo era.

Cansado y deseoso de dormir, sólo se quitó la chaqueta y las botas antes de meterse entre las mantas, de espaldas a Aviendha. Los hombres y las mujeres Aiel podrían tomar baños de vapor juntos; pero, tras una corta estancia en Shienar, donde hacían algo muy parecido, se había convencido de que él no estaba hecho para ese tipo de cosas; no sin cogerse tal sofoco que casi se moría. Procuró no escuchar los ruidos que hacía la joven mientras se desnudaba debajo de sus propias mantas. Al menos mantenía cierto recato, pero de todos modos él siguió dándole la espalda, por si acaso.

La joven afirmaba que se suponía que tenía que dormir allí para proseguir con las lecciones sobre las costumbres Aiel, puesto que ahora pasaba la mayor parte del día con los jefes. Los dos sabían que era mentira, aunque Rand era incapaz de imaginar qué esperaban descubrir las Sabias con esta artimaña. Aviendha soltó algunos quedos gruñidos mientras tiraba de alguna prenda y rezongó entre dientes.

Para tapar esos ruidos y dejar de imaginar a qué se deberían, comentó:

—La boda de Melaine fue impresionante. ¿De verdad Bael no sabía nada de ello hasta que Melaine y Dorindha se lo dijeron?

—Pues claro que no —repuso ella con desdén. Hizo una pausa para, a entender de Rand, quitarse una de las medias—. ¿Por qué iba a saberlo antes de que Melaine pusiera a sus pies la guirnalda de esponsales y se lo pidiera? —De repente se echó a reír—. Melaine casi se volvió loca y volvió loca a Dorindha para encontrar flores de *segade* para la guirnalda. Apenas crecen estando tan cerca de la Pared del Dragón.

—¿Tienen algún significado especial? Me refiero a las flores de *segade.* —Eran ésas las que él le había mandado sin que la joven se diera por enterada.

—Que su forma de ser es igual de espinosa y que se propone seguir igual. —Hubo otra pausa, rota por rezongos—. Si hubiera utilizado hojas y flores de orozuz significaría que su

carácter es dulce. La malva, que sería sumisa, y... Es una lista muy larga. Tardaría varios días en enseñarte todas las combinaciones y a ti no te hace falta saberlas. No tendrás una esposa Aiel. Le perteneces a Elayne.

Estuvo a punto de mirar hacia atrás cuando dijo la palabra «sumisa». No concebía un término que estuviera más lejos de describir a cualquier mujer Aiel. «Seguramente significa que antes de apuñalarte te lo advierte.»

Entre las últimas palabras de la joven se habían intercalado algunos ruidos apagados, y Rand comprendió que se estaba sacando la blusa por la cabeza. Deseó que las lámparas estuvieran apagadas. No, eso lo habría hecho aun peor. Tenía que poner fin a esta situación absurda. De ahora en adelante Aviendha iba a dormir con las Sabias, donde debía estar; aprendería lo que ella pudiera enseñarle cuando tuviera tiempo u ocasión. Eran ya quince las noches que pensaba exactamente lo mismo.

—Esa parte del final —dijo, para ahuyentar imágenes de la cabeza—, después de que pronunciaron los votos.

Tan pronto como media docena de Sabias dieron sus bendiciones, un centenar de parientes de Melaine se había apresurado a rodearla, todos llevando las lanzas. Cien parientes de Bael habían corrido hacia él, y Bael tuvo que abrirse paso a la fuerza para llegar hasta ella. Nadie iba velado, por supuesto, ya que era parte de la costumbre, pero aun así se había derramado sangre en ambos bandos.

—Unos minutos antes —prosiguió Rand—, Melaine juraba que lo amaba; pero, cuando Bael llegó junto a ella, se resistió como un gato salvaje acorralado. —Si Dorindha no le hubiera dado un puñetazo en las costillas, Rand dudaba que Bael hubiera sido capaz de cargársela al hombro para llevársela—. Él todavía cojea de la patada que Melaine le atizó y tiene un ojo negro de un puñetazo.

—¿Crees que tendría que haberse mostrado endeble? —inquirió Aviendha con voz soñolienta—. Bael tenía que saber el valor de lo que se llevaba, que ella no era una baratija cualquiera que pudiera guardarse en el bolsillo. —Bostezó, y Rand la oyó arrebujarse mejor entre las mantas.

—¿Qué significa «enseñar a cantar a un hombre»? —Los varones Aiel no cantaban desde que eran lo bastante mayores para empuñar una lanza, excepto los cantos de batalla y los que entonaban por los muertos.

—¿Estás pensando en Mat Cauthon? —Inopinadamente, se echó a reír—. A veces, un hombre renuncia a la lanza por una Doncella.

—Te lo estás inventando. Nunca he oído nada por el estilo.

—Bueno, no es realmente renunciar a la lanza. —Su voz sonaba adormilada—. A veces un hombre desea a una Doncella que no renunciará a la lanza por él, de modo que arregla las cosas para que ella lo tome como *gai'shain.* El que hace eso es un necio, por supuesto. Ninguna Doncella miraría a un *gai'shain* del modo que él querría. Se lo obliga a trabajar duro y a mantenerse estrictamente en su sitio, y lo primero que se hace es enseñarle a cantar para que entretenga a las hermanas de lanza mientras comen. «Va a enseñarle a cantar» es lo que dicen las Doncellas cuando algún hombre se pone en ridículo por una de sus hermanas de lanza.

Una gente por demás peculiar, desde luego.

—Aviendha... —Había dicho que no volvería a preguntarle esto. Según Lan era artesanía kandori, un diseño llamado copos de nieve. Seguramente procedía de algún botín en una incursión al norte—. ¿Quién te regaló ese collar?

—Una persona amiga, Rand al'Thor. Hoy hemos viajado hasta muy tarde, y mañana querrás que nos pongamos en marcha temprano. Que duermas bien y despiertes, Rand al'Thor.

Sólo un Aiel le daría las buenas noches a alguien deseando que no muriera mientras dormía.

Tras poner la salvaguarda, mucho más pequeña pero también mucho más compleja, en torno a sus sueños, encauzó para apagar las lámparas e intentó dormir. Una persona amiga.

Librodot

Los Reyn procedían del norte. Pero ya llevaba ese collar en Rhuidean. Bueno ¿y a él qué le importaba? La lenta respiración de Aviendha pareció resonar en sus oídos hasta que se quedó dormido, y entonces tuvo un sueño confuso en el que Min y Elayne lo ayudaban a cargarse al hombro a Aviendha, que sólo llevaba puesto aquel collar, mientras ella le golpeaba la cabeza con una guirnalda de flores de *segade.*

Librodot

CAPÍTULO 22

Trinos de pájaros nocturnos

Tumbado boca abajo en las mantas, con los ojos cerrados, Mat se regodeaba con el placer de sentir los pulgares de Melindhra descendiendo por su columna vertebral y presionando a intervalos regulares. No había nada mejor que un buen masaje después de un largo día a caballo. Bueno, sí que había cosas mejores, pero en ese mismo momento se conformaba de buena gana con los pulgares de la mujer.

—Tienes una musculatura realmente buena para ser un hombre bajo, Matrim Cauthon.

Él abrió un ojo y la miró por el rabillo, ya que estaba a horcajadas sobre él, a la altura de las caderas. Melindhra había encendido un fuego el doble de grande de lo que hacía falta, y el joven vio las gotitas de sudor corriendo por el cuerpo de la mujer. Su fino cabello dorado, corto a excepción de la cola de caballo que los Aiel llevaban en la nuca, estaba pegado al cráneo.

—Si te parezco demasiado bajo, siempre puedes buscarte a otro.

—No eres demasiado bajo para mi gusto —rió ella mientras le revolvía el cabello, que era más largo que el suyo—. Y eres muy mono. Relájate. Esto no funciona si te pones tenso.

Rezongando, Mat volvió a cerrar los ojos. ¿Muy mono? ¡Luz! Y bajo. Sólo los Aiel podían decir que era bajo. En los demás sitios donde había estado era más alto que la mayoría de los hombres, y bastante. Aún se acordaba de un tiempo, cuando había cabalgado contra Artur Hawkwing, en que era muy alto, más que Rand. Y recordaba haber sido un palmo más bajo de lo que era ahora, cuando luchaba junto a Maecine contra los aelgari. Había hablado con Lan comentando que había oído algunos nombres; el Guardián dijo que Maecine había sido un rey de Eharon, una de las Diez Naciones —todo eso lo sabía ya Mat—, unos cuatrocientos o quinientos años antes de la Guerra de los Trollocs. Lan dudaba que ni siquiera el Ajah Marrón supiera mucho más al respecto; se habían perdido muchos conocimientos durante la Guerra de los Trollocs, y más en la Guerra de los Cien Años. Aquéllos eran los primeros y últimos recuerdos que habían implantado en su cabeza. Nada después de Artur Paendrag Tanreall, y nada antes de Maecine de Eharon.

—¿Tienes frío? —preguntó con incredulidad Melindhra—. Te has estremecido. —Se quitó de encima de él y Mat la oyó echar más broza al fuego; allí había suficientes matorrales para quemar. Le dio un buen palmetazo en las nalgas mientras se ponía de nuevo a horcajadas sobre él y musitaba—: Buenos músculos.

—Si sigues diciendo eso —masculló—, voy a pensar que te propones ensartarme en un espetón para zamparme de cena, como un trolloc. —No es que no disfrutara con la compañía de Melindhra, siempre y cuando no hiciera el comentario de que era más alta que él, pero la situación lo hacía sentirse incómodo.

—Nada de espetones para ti, Matrim Cauthon. —Sus pulgares se hundieron con fuerza en un hombro—. Eso es. Relájate.

Mat suponía que algún día se casaría, que sentaría la cabeza. Era lo que hacía todo el mundo: una mujer, una casa, una familia. Encadenado a un único lugar durante el resto de su vida. «No sé de ninguna esposa a la que le guste que su marido se tome unos tragos o que

juegue.» Y eso era lo que los tipos al otro lado del umbral, del *ter'angreal,* habían dicho. Que estaba destinado a casarse con «la Hija de las Nueve Lunas». «Bueno, supongo que un hombre se tiene que casar antes o después.» Pero, desde luego, lo que no pensaba hacer era tomar una esposa Aiel. Quería divertirse con tantas mujeres como pudiera mientras pudiera.

—No estás hecho para un espetón, sino para un gran honor, creo —susurró Melindhra suavemente.

—Eso me parece bien. —Sólo que ahora no conseguía que ninguna otra mujer se fijara en él, ni de las Doncellas ni de las otras. Era como si Melindhra le hubiera colgado un letrero en el que se leyera: «Propiedad de Melindhra, de los Jumai Shaido». Bueno, eso último no lo habría puesto, no allí. Claro que ¿quién sabía lo que podía hacer un Aiel, sobre todo una Doncella Lancera? Las mujeres no pensaban como los hombres, y las Aiel no pensaban como ninguna otra persona en el mundo.

—Es extraño que te anules así.

—¿Que me anule? —masculló. Era muy agradable el tacto de sus manos; notaba cómo se aflojaba el agarrotamiento en zonas que ni siquiera se había dado cuenta de que tenía contraídas—. ¿Cómo? —Se preguntó si tendría que ver con el collar. Melindhra parecía darle mucha importancia; o dársela a que se lo hubiera regalado. Nunca lo llevaba puesto, naturalmente; las Doncellas no se ponían adornos. Sin embargo, lo llevaba en su bolsita y se lo enseñaba a todas las mujeres que se lo pedían. Un montón, al parecer.

—Te pones a la sombra de Rand al'Thor.

—Yo no estoy a la sombra de nadie —repuso, abstraído. No podía ser el collar. Había regalado joyas a otras mujeres, algunas de ellas Doncellas; le gustaba regalar cosas a las mujeres bonitas, incluso si todo lo que recibía a cambio era una sonrisa. Nunca esperaba más. Si una mujer no disfrutaba con un beso y un arrumaco tanto como él, ¿dónde estaba la gracia?

—No niego que no haya cierto honor en estar a la sombra del *Car'a'carn.* Para estar cerca de los poderosos, hay que estar a su sombra.

—Sí, a su sombra —convino Mat sin prestar atención. A veces las mujeres aceptaban y a veces no, pero ninguna había decidido que le pertenecía. Eso era lo que realmente lo irritaba. No estaba dispuesto a pertenecerle a ninguna mujer por muy bonita que fuera. Y no importaba lo hábiles que tuviera las manos para aflojar músculos agarrotados.

—Tus cicatrices deberían ser marcas de honor, ganadas en tu propio nombre, como un jefe. —Recorrió con un dedo la señal dejada por la cuerda en su cuello—. ¿Te ganaste ésta sirviendo al *Car'a'carn*?

Se sacudió de encima sus manos y se incorporó sobre los codos para volverse a mirarla.

—¿Estás segura de que no significa nada para ti «Hija de las Nueve Lunas»?

—Ya te he dicho que no. Túmbate.

—Si me mientes, juro que te dejaré marcado el trasero de una azotaina.

Puesta en jarras la mujer lo miró con expresión peligrosa.

—¿Acaso crees que puedes darme... una azotaina, Mat Cauthon?

—Al menos pondré todo mi empeño. —Seguramente ella le hincaría una lanza en las costillas—. ¿Juras que nunca has oído lo de Hija de las Nueve Lunas?

—Jamás —repuso lentamente—. ¿Quién es ella? ¿O qué es ello? Túmbate y deja que te...

De repente sonó el canto de un mirlo, aparentemente dentro y fuera de la tienda, por todas partes, y al cabo de un momento le siguió el trino de un tordo rojo. Pájaros de Dos Ríos. Rand había escogido las salvaguardas de acuerdo con lo que conocía, unas aves que no existían en el Yermo.

Melindhra se levantó de encima de él al instante, se enrolló el *shoufa* a la cabeza y se veló el rostro mientras recogía las lanzas y la adarga. Salió disparada de la tienda de esa guisa.

—¡Rayos y truenos! —maldijo Mat mientras se esforzaba torpemente por meterse las perneras de los pantalones. Un tordo rojo significaba el sur. Melindhra y él habían instalado su tienda en el extremo meridional, con los Chareen, tan lejos de Rand como podían estar sin

Librodot

salirse del campamento. Pero no pensaba meterse entre esos espinos desnudo, como había hecho Melindhra. El mirlo significaba el norte, donde estaban acampados los Shaarad; venían de dos direcciones al mismo tiempo.

Pateó lo mejor que pudo dentro de la tienda para meterse las botas, y echó una ojeada a la cabeza de zorro que había dejado junto a las mantas. Fuera resonaban gritos, el choque de metal contra metal. Al cabo había deducido que ese medallón impedía de algún modo que Moraine lo curara al primer intento. Mientras estuviera en contacto con él, no lo afectaba el encauzamiento de la Aes Sedai. Nunca había oído que los Engendros de la Sombra pudieran encauzar, pero también había que tener en cuenta al Ajah Negro —es lo que Rand decía, y él lo creía— y también existía la posibilidad de que uno de los Renegados se hubiera decidido finalmente a atacar a Rand. Se metió el cordón de cuero por el cuello, de manera que el medallón quedó colgado sobre su pecho, asió la lanza marcada con los cuervos y finalmente se agachó por la solapa para salir a la fría luz de la luna.

No tuvo tiempo para sentir la gélida temperatura nocturna. Antes de que hubiera salido completamente de la tienda, estuvo en un tris de perder la cabeza bajo la hoja curva, semejante a una guadaña, de la espada de un trolloc. El acero le rozó el cabello en el momento en que se zambullía al suelo; rodó sobre sí mismo y se incorporó velozmente, con la lanza ya preparada para atacar.

A primera vista, y en la oscuridad de la noche, el trolloc podía confundirse con un hombre corpulento, aunque dos o tres palmos más alto que cualquier Aiel, y equipado con una cota negra que llevaba pinchos en los codos y los hombros, así como un yelmo con cuernos de carnero. Sólo que estos cuernos crecían en aquella cabeza, terriblemente humana, salvo por el saliente hocico de carnero.

Con un gruñido que mostraba los dientes, el trolloc se abalanzó sobre él al tiempo que aullaba en un lenguaje tan tosco y áspero que no estaba destinado a ser pronunciado por ninguna boca humana. Mat giró la lanza como si fuera un palo de combate, desviando la cuchilla del trolloc hacia un lado, para acto seguido arremeter con la punta del arma contra el estómago de la bestia; la cota se hendió bajo aquel acero, creado por el Poder, con tanta facilidad como la carne que había debajo. El trolloc de hocico de carnero se dobló a la par que soltaba un seco grito, y Mat sacó su arma de un tirón y se echó hacia un lado para que la bestia no le cayera encima.

Todo en derredor los Aiel combatían, algunos desnudos o medio vestidos, pero todos con el rostro velado, contra trollocs con colmillos de jabalí u hocicos de lobo o picos de águila; algunos tenían las cabezas coronadas con cuernos y con plumas, y blandían tanto aquellas particulares espadas de hoja curvada como tridentes, hachas o lanzas. Aquí y allí alguno utilizaba un gran arco que disparaba flechas arponadas del tamaño de lanzas cortas. También había hombres luchando junto con los trollocs, vestidos con toscas ropas, que gritaban desesperadamente mientras morían entre los espinos.

—¡Sammael!

—¡Sammael y los Aguijones Dorados!

Los Amigos Siniestros morían, la mayoría nada más enfrentarse con un Aiel, pero los trollocs no caían tan fácilmente.

—¡No soy un jodido héroe! —gritó Mat a nadie en particular mientras luchaba contra un trolloc con hocico de oso y peludas orejas, el tercero al que se enfrentaba. La criatura iba armada con un hacha de mango largo rematada en media docena de afilados pinchos en un extremo y con una hoja en el otro lo bastante grande para partir un árbol, y la blandía con sus peludas manazas como si fuera un juguete. Estar cerca de Rand era lo que lo metía en estos líos, cuando lo único que quería de la vida era buen vino, un juego de dados y una o dos chicas guapas—. ¡No quiero mezclarme en esto! —Sobre todo si Sammael estaba por allí—. ¿Me oís?

El trolloc se desplomó con la garganta abierta, y Mat se encontró frente a un Myrddraal que acababa de matar a dos Aiel que lo habían atacado a un tiempo. El Semihombre tenía la

Librodot

apariencia de un hombre, pero con la tez lívida, y llevaba una armadura negra de escamas superpuestas, como las de una serpiente. Y también se movía como si lo fuera, con grácil rapidez, como si no tuviera huesos; la negra capa colgaba de sus hombros inmóvil por muy velozmente que se desplazara. Y no tenía ojos, sólo un trozo de piel en el lugar de las cuencas oculares.

Aquella mirada sin ojos se volvió hacia él, y el joven tembló al calarlo el miedo hasta los huesos. «La mirada del Ser de Cuencas Vacías es el terror», decían los habitantes de las Tierras Fronterizas, donde debían de saberlo bien, e incluso los Aiel admitían que la mirada de un Myrddraal provocaba escalofríos en la médula espinal. Tal era la primera arma del ser. El Semihombre se dirigió hacia él en una ágil carrera.

Con un bramido, Mat corrió a su encuentro al tiempo que giraba la lanza como un bastón de combate y lanzaba arremetidas sin hacer pausa. La criatura blandía una espada tan negra como su capa, un arma que procedía de las forjas de Thakan'dar, y si le abría un corte bien podía darse por muerto si Moraine no aparecía de repente para utilizar la Curación. Existía un único modo de acabar con un Fado: un ataque con la máxima fuerza. Había que superarlo antes de que él lo superara a uno, y pensar en una maniobra defensiva era un buen camino hacia la muerte. Ni siquiera podía perder un instante en echar una ojeada a la violenta batalla que lo rodeaba.

La espada del Myrddraal se movió como la lengua de una serpiente y se descargó como un rayo, pero fue para parar el ataque de Mat. Cuando el acero marcado con los cuervos y forjado por el Poder chocó con el metal de Thakan'dar, se produjo un destello azulado alrededor de los dos combatientes, producto del chisporroteante relámpago.

De pronto, el arma de Mat cortó carne. La negra espada, junto con la pálida mano que la empuñaba, volaron por el aire, y el golpe de revés degolló al Myrddraal, pero Mat no se detuvo. Atravesó el corazón y cortó los tendones de las dos corvas, todo ello en una rápida sucesión. Sólo entonces se apartó de la criatura, que seguía sacudiéndose en el suelo, agitando el brazo indemne así como el muñón del otro mientras de las heridas brotaba una sangre negra como tinta. A los Semihombres les costaba mucho tiempo admitir que estaban muertos; en realidad no morían completamente excepto con el sol poniente.

Mat miró en derredor y se dio cuenta de que el ataque había terminado. Si quedaban Amigos Siniestros o trollocs con vida, habían huido; al menos, no veía a nadie de pie salvo los Aiel. También había Aiel en el suelo. Quitó un pañuelo del cuello del cadáver de un Amigo Siniestro para limpiar la negra sangre del Myrddraal que manchaba la punta de su lanza, ya que corroía el metal si se la dejaba demasiado tiempo.

El ataque de aquella noche no tenía sentido. Por los cuerpos caídos que veía a la luz de la luna, de trollocs y de humanos, ninguno había conseguido pasar de la primera línea de tiendas. Y, si no contaban con un número de fuerzas muy superior, no podían esperar conseguir más.

—¿Qué era lo que gritabas? *Carai* no sé qué. ¿Era la Antigua Lengua?

Se volvió hacia Melindhra. La mujer se había bajado el velo, pero seguía sin llevar otra prenda encima que el *shoufa.* Había más Doncellas por las inmediaciones, y también hombres, llevando lo mismo o poco más que ella y con idéntica despreocupación, aunque la mayoría parecía dirigirse de vuelta a sus tiendas sin demorarse. Desconocían la modestia, eso era lo que pasaba. No tenían ni pizca. Melindhra ni siquiera parecía notar el frío, a pesar de que su respiración se condensaba en vaho ante su boca. Mat estaba tan sudoroso como ella y, al no tener ya la mente completamente volcada en la lucha por la supervivencia, comenzaba a helarse.

—Es algo que oí en una ocasión —respondió—. Me gustó cómo sonaba. —¡*Carai an Caldazar*! Por el honor del Águila Roja. Era el grito de guerra de Manetheren. Casi todos sus recuerdos eran de Manetheren. Algunos de ellos los había tenido antes de cruzar el retorcido marco. Moraine decía que era la antigua sangre que emergía impetuosa. Pues bien, que lo hiciera, siempre y cuando no saliera de sus venas.

La mujer le echó un brazo alrededor de los hombros cuando se dirigieron hacia su tienda.

—Te vi luchar con el Jinete de la Noche, Mat Cauthon. —Aquél era uno de los nombres que los Aiel daban a los Myrddraal—. Eres tan alto como es menester en un hombre.

Él sonrió y le rodeó la cintura con el brazo, pero no conseguía quitarse de la cabeza el ataque. Quería hacerlo —sus pensamientos estaban demasiado enmarañados con los recuerdos prestados— pero le resultaba imposible. ¿Por qué había lanzado alguien un ataque tan absurdo, sin la más remota esperanza de victoria? Sólo un necio atacaría a una fuerza mucho más numerosa sin una razón. Ésa era la idea que no podía quitarse de la cabeza. Nadie atacaba sin un motivo.

Los fuertes trinos despertaron de inmediato a Rand y aferró el *Saidin* mientras retiraba bruscamente las mantas y salía corriendo de la tienda, sin chaqueta y sin botas. La noche era fría, bañada por la luna, y los sonidos apagados de lucha subían de las estribaciones al pie del paso. A su alrededor, los Aiel se movían como hormigas, zambulléndose en la noche hacia aquellos puntos por donde el ataque podía llegar hasta el paso. Las salvaguardas darían de nuevo la alarma —en caso de que los Engendros de la Sombra pisaran el paso sonaría el canto de un pinzón— hasta que él las quitara por la mañana, pero no tenía sentido correr riesgos absurdos.

A poco, la tranquilidad reinaba de nuevo en el paso; los *gai'shain* seguían en sus tiendas, ya que ni en estas circunstancias se les permitía empuñar las armas, mientras que los otros Aiel habían partido hacia los lugares que podían necesitar defensa. Incluso Adelin y las otras Doncellas se habían marchado, como si supieran que él les habría impedido ir si esperaban a que apareciera. Le llegaron los murmullos de las carretas, cerca de las murallas de la ciudad, pero ni los conductores ni Kadere asomaron la nariz; tampoco esperaba que lo hicieran. Los lejanos sonidos de la batalla —gritos de furia, de dolor, de agonía— llegaban de dos direcciones distintas. Ambas transcurrían abajo, muy lejos de él. También había gente alrededor de las tiendas de las Sabias; al parecer, mirando hacia el lugar donde se sostenía la lucha.

Un ataque allí abajo no tenía sentido. No eran los Miagoma, a menos que Timolan hubiera admitido Engendros de la Sombra en su clan, y eso era tan poco probable como que los Capas Blancas reclutaran trollocs. Se volvió hacia su tienda y, a pesar de estar envuelto por el vacío, dio un respingo.

Aviendha había salido a la luz de la luna, envuelta en una manta. Justo detrás de ella había un hombre alto, cubierto con una oscura capa; el juego de luces y sombras del satélite revelaba un semblante demasiado pálido, con ojos excesivamente grandes. Sonó un canturreo y la supuesta capa se abrió, convirtiéndose en unas alas correosas como las de los murciélagos. Como si se moviera en sueños, Aviendha se desplazó hacia el mortal abrazo que la aguardaba.

Rand encauzó y un haz de fuego compacto, del grosor de un dedo, pasó silbando junto a la mujer cual una flecha de luz sólida y fue a hincarse en la cabeza del Draghkar. El efecto de aquel chorro fino fue más lento pero no menos contundente que con los Sabuesos del Oscuro. Los colores de la criatura se invirtieron, de negro a blanco, de blanco a negro, y el engendro se deshizo en motitas brillantes que se disiparon en el aire.

Aviendha se estremeció cuando el canturreo cesó, y miró de hito en hito las partículas que se desvanecían; luego se volvió hacia Rand, arrebujándose más en la manta. Entonces alzó una mano y un chorro de fuego, grueso como su cabeza, salió rugiente hacia él.

Sobresaltado aun encontrándose dentro del vacío, sin que se le pasara siquiera por la cabeza el Poder, Rand se zambulló al suelo, por debajo de las rugientes llamas, que se extinguieron instantáneamente.

—¿Qué haces? —espetó, tan furioso, tan conmocionado, que el vacío se resquebrajó y el contacto con el *Saidin* se cortó. Se incorporó y caminó hacia ella—. ¡Esto supera la mayor

Librodot

ingratitud imaginable! —Iba a sacudirla hasta hacer que le castañetearan los dientes—. ¡Acabo de salvarte la vida, por si no te has dado cuenta, y si he roto cualquier jodida costumbre Aiel, me importa un...!

—La próxima vez —le replicó ella con igual dureza—, dejaré que el gran *Car'a'carn* solucione por sí mismo las cosas. —Se ciñó más la manta y se metió en la tienda con actitud estirada.

Por primera vez, Rand miró tras de sí. Otro Draghkar se desplomaba al suelo envuelto en llamas. Se había puesto tan furioso que no había oído el chisporroteo mientras ardía, no había olido la peste a grasa quemada. Ni siquiera había percibido el halo maligno de la criatura. Un Draghkar mataba absorbiendo primero el alma, y después, la vida. Tenía que estar muy cerca, rozando a la persona, pero éste yacía a menos de dos pasos de donde él había estado de pie. Ignoraba hasta qué punto era efectivo el abrazo del Draghkar contra alguien henchido de Poder, pero se alegraba de no haberlo descubierto.

Inhaló profundamente y se arrodilló junto a la solapa de la tienda.

—¡Aviendha! —No podía entrar. Había una lámpara encendida y la joven podía estar sentada allí, desnuda, que él supiera, arrancándole la piel a tiras mentalmente, como se merecía—. Aviendha, lo siento. Te pido disculpas. Fui un necio al hablar como lo hice, sin preguntar por qué. Debería saber que tú no me harías daño, y yo... Yo... Soy un idiota —terminó débilmente.

—No has descubierto nada nuevo, Rand al'Thor. ¡Eres idiota! —sonó apagadamente la respuesta.

¿Cómo se disculpaban los Aiel? Nunca se lo había preguntado. Teniendo en cuenta el *ji'e'toh,* lo de enseñar a cantar a los hombres y las ceremonias matrimoniales, no sabía si se atrevería a hacerlo.

—Sí, lo soy. Y te pido disculpas. —Esta vez no hubo contestación—. ¿Estás metida en las mantas? —Silencio.

Rezongó entre dientes, se puso de pie y empezó a hurgar el suelo helado con los dedos de los pies. Iba a tener que quedarse aquí fuera hasta tener la certeza de que la joven estaba decentemente tapada. Y sin botas ni chaqueta. Volvió a coger el *Saidin,* con infección y todo, sólo para aislarse del gélido frío nocturno dentro del vacío.

Las tres Sabias caminantes de sueños llegaron a todo correr, por supuesto, acompañadas por Egwene, y todas observaron fijamente al Draghkar que consumían las llamas mientras pasaban a su lado y se ajustaban los chales casi al mismo tiempo.

—Sólo uno —dijo Amys—. Gracias le sean dadas a la Luz, pero me sorprende.

—Había dos —le informó Rand—. Yo... destruí el otro. —¿Por qué se mostraba vacilante sólo porque Moraine lo hubiera puesto en guardia contra el fuego compacto? Era una arma como cualquier otra—. Si Aviendha no hubiera matado a éste, seguramente me habría pillado.

—La sensación de encauzar nos atrajo hacia aquí —dijo Egwene mientras lo miraba de arriba abajo. Al principio Rand creyó que comprobaba si estaba herido, pero ella se fijó especialmente en los pies descalzos y luego volvió la vista hacia la tienda, donde una estrecha abertura de la solapa dejaba ver la luz de una lámpara—. La has molestado otra vez, ¿verdad? Te salvó la vida y tú... ¡Hombres! —Sacudió la cabeza con desdén y lo apartó de un empujón para entrar en la tienda.

Rand escuchó murmullos, pero no entendió lo que decían. Melaine se colocó bruscamente el chal.

—Si no nos necesitas, entonces iremos a ver qué está ocurriendo ahí abajo. —Se marchó corriendo, sin esperar a las otras dos.

Bair soltó una aguda risita mientras Amys y ella la seguían.

—¿Quieres apostar algo sobre cuál será el primero que comprueba cómo está? —propuso—. ¿Mi collar de amatista que tanto te gusta contra ese brazalete de zafiros tuyo?

—Hecho. Elijo a Dorindha.

Librodot

La Sabia de más edad volvió a reír.

—Sus ojos están aún llenos de Bael. Una hermana conyugal es una hermana conyugal, pero un marido nuevo...

Se alejaron donde ya no alcanzó a oírlas, y se inclinó hacia la solapa de la tienda. Seguía sin entender lo que hablaban las dos jóvenes, a no ser que pegara la oreja a la estrecha abertura, y no estaba dispuesto a hacer tal cosa. Seguramente Aviendha se había vestido al estar Egwene dentro. Claro que, del modo como Egwene se había adaptado a las costumbres Aiel, también era posible que se hubiera despojado de su ropa.

El suave roce de unos escarpines anunció la llegada de Moraine y de Lan, de modo que Rand se puso erguido. A pesar de que escuchaba la respiración de ambos, apenas si percibía las pisadas del Guardián. Moraine llevaba el cabello caído sobre la cara, y se ceñía una oscura bata de seda, que brillaba con la luna. Lan iba completamente vestido, calzado y armado, envuelto en aquella capa que lo convertía en parte de la noche. Por supuesto. El estruendo de la batalla estaba llegando a su fin allá abajo, en las estribaciones.

—Me sorprende que no hayas venido antes, Moraine. —Su voz sonó fría, pero mejor eso que ser él el que sintiera frío. Mantuvo el contacto con el *Saidin,* lo combatió, y el gélido ambiente nocturno continuó siendo algo lejano. Aun así, era consciente de ello, de cada pelo de sus brazos erizado por el frío debajo de las mangas de la camisa, pero a él no lo afectaba—. Generalmente vienes a mi lado tan pronto como surgen problemas.

—Nunca he explicado todo lo que hago o lo que no hago. —Su tono seguía siendo tan fríamente misterioso como siempre; empero, a la luz de la luna, Rand estuvo seguro de que la mujer había enrojecido. Lan parecía incómodo, aunque con él era difícil saberlo—. No puedo llevarte de la mano para siempre. Al final, tendrás que caminar tú solo.

—Es lo que hice esta noche, ¿no es así? —La turbación se deslizó a través del vacío; según lo había dicho parecía que él se hubiera ocupado de todo, de modo que añadió—: Aviendha acabó con ése, quitándomelo de la espalda. —Las llamas que consumían al Draghkar ardían bajas ya.

—Entonces, por suerte se encontraba aquí —repuso sosegadamente Moraine—. No me necesitaste.

No había tenido miedo, de eso estaba seguro. La había visto lanzarse contra los Engendros del Mal blandiendo el Poder con la destreza con que Lan manejaba su espada, y había visto lo mismo suficientes veces para saber que no estaba asustada. Entonces, ¿por qué no había acudido cuando percibió la presencia del Draghkar? Podría haberlo hecho, y también Lan; tal era uno de los dones que recibía un Guardián por el vínculo existente entre una Aes Sedai y él. Podía obligarla a decírselo, cogerla entre el juramento que le había hecho y la imposibilidad de mentir directamente. No, no podía. O no debía. No haría algo así a alguien que estaba intentando ayudarlo.

—Al menos ahora sabemos qué propósito tenía el ataque ahí abajo —comentó—. Hacerme pensar que estaba ocurriendo algo importante allí para distraerme mientras los Draghkar se precipitaban sobre mí a hurtadillas. Intentaron lo mismo en el dominio Peñas Frías, y tampoco funcionó. —Sólo que esta vez había faltado poco para que funcionara. Si es que tal era el propósito del ataque—. Habría pensado que intentarían una táctica distinta. —Couladin delante, y los Renegados por todas partes. ¿Por qué no podía enfrentarse a un enemigo por turno?

—No cometas el error de considerar lerdos a los Renegados —dijo Moraine—. Eso podría ser fatal para ti. —Se arrebujó en la bata como si deseara que fuera más gruesa—. Es tarde. Si no me necesitas para nada más...

Los Aiel empezaban a regresar mientras ella y Lan se alejaban. Algunos lanzaron exclamaciones al ver al Draghkar e hicieron que varios *gai'shain* se levantaran para llevarse los restos, pero la mayoría se limitó a echar una ojeada antes de meterse en sus tiendas. Por lo visto esperaban que ocurrieran tales cosas estando él presente.

Cuando Adelin y las Doncellas aparecieron, sus pasos ligeros se tornaron pesados, como

si se arrastraran. Contemplaron al Draghkar, al que llevaban a rastras unos hombres vestidos de blanco, e intercambiaron una larga mirada antes de acercarse a Rand.

—No había problemas aquí —adujo lentamente Adelin—. El ataque se llevaba a cabo abajo, con Amigos Siniestros y trollocs.

—Les oí gritar «Sammael y los Aguijones Dorados» —añadió otra. Con el *shoufa* enrollado a la cabeza, Rand no distinguía quién de ellas era. Parecía joven, por la voz; algunas de las Doncellas tenían poco más de dieciséis años.

Tras hacer una profunda inhalación, Adelin le tendió una de las lanzas horizontalmente, ante él, impasible. Las restantes hicieron otro tanto, una lanza por cabeza.

—Hemos... fracasado —dijo Adelin—. Deberíamos haber estado aquí cuando apareció el Draghkar. En cambio, corrimos como chiquillas a danzar las lanzas.

—¿Y qué se supone que he de hacer con éstas? —preguntó Rand.

—Lo que quieras, *Car'a'carn* —respondió Adelin sin vacilar—. Estamos dispuestas, y no nos resistiremos.

Rand sacudió la cabeza. «Condenados Aiel y su condenado *ji'e'toh.*»

—Pues cogedlas y montad de nuevo guardia alrededor de mi tienda. ¿Y bien? Id. —Las mujeres intercambiaron miradas entre sí antes de obedecer la orden, tan de mala gana como se habían acercado a él—. Y una de vosotras que le diga a Aviendha que entraré en la tienda cuando regrese —añadió. No iba a pasarse la noche fuera preguntándose si la iba a sorprender desnuda o no. Echó a andar, sintiendo el duro suelo de roca bajo sus pies.

La tienda de Asmodean no estaba lejos de la suya. No había sonado un solo ruido en su interior. Abrió la solapa y entró. Asmodean estaba sentado en la oscuridad, mordisqueándose el labio inferior. Dio un respingo cuando apareció Rand y se adelantó antes de que el joven tuviera ocasión de decir nada.

—Supongo que no esperarías que te echara una mano, ¿verdad? Noté la presencia de los Draghkar, pero tú podías ocuparte de ellos, y lo hiciste. Nunca me han gustado los Draghkar; jamás tendríamos que haberlos creado. Tienen menos seso que un trolloc. Les das una orden y aun así hay veces que matan a lo que quiera que esté más próximo. Si hubiese salido, si hubiera hecho algo... ¿Y si alguien se hubiera fijado? ¿Y si hubieran comprendido que no podías ser tú el que encauzaba? Yo...

—Mejor para ti que no lo hicieras —lo atajó Rand mientras se sentaba cruzado de piernas en la oscuridad—. Si te hubiera sentido lleno de Poder ahí fuera esta noche, podría haberte matado.

La risa del otro hombre sonó estremecida.

—También pensé en ello.

—Fue Sammael quien envió el ataque de esta noche. A los trollocs y los Amigos Siniestros, al menos.

—No es propio de él desperdiciar hombres —dijo lentamente Asmodean—. Pero sí sacrificaría mil o diez mil si con ello lograra lo que a su modo de pensar mereciese la pena ese precio. Quizás alguno de los otros quería que creyeras que era él. Aunque los Aiel hubieran hecho prisioneros, los trollocs no piensan mucho más allá de matar, y los Amigos Siniestros creen lo que les dicen.

—Era él. En otra ocasión intentó inducirme con el mismo cebo a que lo atacara, en Serendahar.

«¡Oh, Luz! —La noción rozó el borde del vacío—. He dicho "inducirme", a mí.» Ignoraba dónde había estado Serendahar o cualquier otra cosa referente a ese lugar excepto lo que había dicho. Las palabras habían salido de su boca sin más.

Tras un largo silencio, Asmodean musitó:

—No lo sabía.

—Lo que quiero saber es por qué.

Rand escogió con cuidado las palabras, confiando en que todas fueran suyas. Recordaba el rostro de Sammael, un hombre de constitución recia —«No, yo no. No es un recuerdo

mío»—, con una corta barba rubia. Asmodean le había hecho una descripción de todos los Renegados, pero sabía que la imagen que había acudido a su mente no era producto de esa descripción. Sammael siempre quiso ser más alto, y estaba resentido porque el Poder no lo hubiera hecho así. Asmodean nunca le había comentado este detalle.

Por lo que me dijiste, no querrá enfrentarse conmigo a menos que esté seguro de alzarse con la victoria y puede que ni siquiera entonces. Dijiste que seguramente dejaría que el Oscuro se encargase de mí, si era factible. De modo que ¿por qué está seguro de que ganará ahora si decido ir tras él?

Lo estuvieron discutiendo durante horas en la oscuridad, sin llegar a ninguna conclusión. Asmodean sostenía la opinión de que había sido uno de los otros, con la esperanza de que Rand persiguiera a Sammael y así librarse de uno de ellos o de ambos. Rand notaba los oscuros ojos de Asmodean clavados en él, pensativos. Aquel desliz había sido demasiado obvio para disimularlo.

Cuando por fin regresó a su tienda, Adelin y una docena de Doncellas se incorporaron como resortes y todas le dijeron a la vez que Egwene se había marchado y que Aviendha llevaba dormida mucho tiempo, y que estaba furiosa con él; que lo estaban las dos. Le dieron tal variedad de consejos para soslayar la ira de las dos jóvenes y todos ofrecidos al mismo tiempo que Rand no consiguió entender ninguno de ellos. Finalmente se callaron, intercambiaron miradas y fue Adelin quien habló:

—Tenemos que discutir lo de esta noche. De lo que hicimos y de lo que dejamos de hacer. Nosotras...

—No tuvo importancia —la atajó—, y si la tuvo, está olvidado y perdonado. Me gustaría dormir unas cuantas horas para variar. Si queréis discutirlo, hablad con Amys o bien con Bair. Estoy seguro de que ellas comprenderán mejor lo que pretendéis.

Aquello, sorprendentemente, las hizo enmudecer, y pudo pasar a la tienda.

Aviendha estaba entre sus mantas; una pierna, delgada y esbelta, salía entre los pliegues. Rand intentó no mirarla, ni a la joven. Había dejado una lámpara encendida. Se metió entre sus propias mantas con satisfacción y, antes de interrumpir el contacto con el *Saidin,* encauzó para apagar la lámpara. Esta vez soñó con Aviendha arrojando fuego, sólo que no lo lanzaba al Draghkar. Y Sammael estaba sentado a su lado, riéndose.

Librodot

CAPÍTULO 23

Concesión del quinto

Egwene tiró de las riendas para guiar a *Niebla* alrededor de una herbosa colina y contempló las interminables columnas de Aiel que bajaban del paso de Jangai. La silla de montar le había subido la falda otra vez por encima de las rodillas, pero ahora apenas lo advirtió. No podía estar ocupándose de bajarla cada dos por tres. Además, llevaba medias, y no era como si fuera con las piernas desnudas.

Las hileras de Aiel pasaban ante ella al trote, agrupados por clanes, septiares y asociaciones. Miles y miles de ellos, con sus mulas y animales de carga, y los *gai'shain* que cuidarían de los campamentos mientras los demás combatían. La fila se extendía más de un kilómetro y medio a lo ancho, y aún quedaban muchos en el paso y muchos otros que ya habían salido de la garganta y se perdían de vista al frente. Incluso sin las familias, parecía una nación en marcha. Por allí había discurrido la Ruta de la Seda, una calzada de cincuenta pasos de anchura pavimentada con grandes piedras blancas, que se extendía recta como una flecha a través de las colinas, hendiendo éstas para mantener un nivel. Sólo de vez en cuando se la veía entre la masa de Aiel, aunque los caminantes parecían preferir avanzar por la hierba; sin embargo, muchas piedras del pavimento se habían levantado por una esquina o se habían hundido por un extremo. Hacía más de veinte años que esta calzada no soportaba más peso que el de los carros de los campesinos de la zona y un puñado de carretas.

Resultaba chocante volver a ver árboles, árboles de verdad; enormes robles y cedros agrupados en sotos en lugar de la forma retorcida de aislados árboles achaparrados, y hierba alta que se mecía con la brisa a través de las colinas. Había un bosque de verdad hacia el norte, y nubes en el cielo, finas y altas, pero nubes al fin y al cabo. Después del Yermo, el aire parecía agradablemente fresco y húmedo, aunque las hojas pardas y grandes franjas amarillentas en la hierba ponían de manifiesto que, en realidad, el tiempo debía de ser más caluroso y seco de lo habitual en esta época del año. Con todo, la campiña de Cairhien era un lujuriante paraíso comparada con lo que había al otro lado de la Pared del Dragón.

Un pequeño arroyo corría, sinuoso, al norte, por debajo de un puente casi plano; las márgenes flanqueadas por el barro denotaban que su cauce habitual era más ancho. El río Gaelin se encontraba a pocos kilómetros de distancia, en esa dirección. Egwene se preguntó qué pensarían los Aiel de aquel río, aunque ya había visto antes a otros Aiel ante una gran corriente. La somera franja de agua marcó una clara ruptura en el constante fluir de gente cuando hombres y Doncellas se detuvieron para contemplar con asombro la corriente antes de salvarla a saltos.

Las carretas de Kadere pasaron entre zarandeos y retumbos por la calzada; los largos tiros de mulas se esforzaron al máximo, pero aun así perdieron terreno con los Aiel. Les había costado cuatro días atravesar los giros y recovecos del paso, y por lo visto Rand se proponía adentrarse en Cairhien todo lo posible en las escasas horas de luz que quedaban. Moraine y Lan cabalgaban junto a las carretas; no a la cabeza de la caravana, ni siquiera con la pequeña casa sobre ruedas que era el carromato de Kadere, sino a la altura del segundo vehículo, donde la forma del marco del *ter'angreal,* que sobresalía por encima del resto de la carga, se

marcaba bajo la lona que lo cubría. Parte de la carga iba cuidadosamente envuelta o empaquetada en cajas y barriles que Kadere había llevado al Yermo llenos con sus mercancías, y otra parte simplemente se había metido donde buenamente cabía: diferentes objetos extraños de metal y cristal; una silla de vidrio rojo; dos estatuas del tamaño de un niño que representaban a un hombre y una mujer desnudos; varitas de hueso, marfil y raros materiales negros, de diferentes longitudes y grosores. Había todo tipo de cosas, incluidas algunas que Egwene era incapaz de describir. Moraine había aprovechado hasta el último centímetro de espacio en todas las carretas.

Egwene habría querido saber por qué la Aes Sedai se mostraba particularmente preocupada por esa carreta; quizá nadie más se había fijado en que Moraine le prestaba más atención a ésa que a todas las demás en conjunto, pero ella sí lo había advertido. Pero dudaba mucho que descubriera la razón a corto plazo. Su reciente igualdad con Moraine había resultado efímera, como había comprobado cuando le hizo esa pregunta a mitad de camino del paso, y le respondió que tenía mucha imaginación y que, si disponía de tiempo de sobra para observarla, a lo mejor debería hablar con las Sabias para que intensificaran su adiestramiento. Se había deshecho en disculpas, naturalmente, y sus palabras parecieron surtir efecto. Amys y las otras no ocuparon más horas de su tiempo por las noches de lo que habían hecho antes.

Alrededor de un centenar de *Far Dareis Mai* Taardad trotaban al mismo lado de la calzada que ella, sosteniendo el paso vivo con facilidad, con los velos sueltos sobre el pecho pero listos para cubrirse el rostro en cualquier momento. Las aljabas, repletas de flechas, colgaban de sus caderas; algunas llevaban los curvos arcos de hueso en la mano, con una flecha encajada, mientras que otras lo tenían guardado en el estuche colgado a la espalda, y movían rítmicamente las lanzas y las adargas al ritmo de la marcha. Detrás de ellas, una docena de *gai'shain* con sus túnicas blancas conducían a los animales de carga y se esforzaban por mantener el paso. Una de estas figuras vestía ropas negras, no blancas; Isendre era la que más afán tenía que poner para no quedarse atrás. Egwene localizó a Adelin y a otras dos o tres de las que montaban guardia en la tienda de Rand la noche del ataque. Cada una de ellas llevaba una muñeca además de sus armas; eran muñecas burdas, aunque vestidas con sus faldas y blusas blancas; las Doncellas tenían un aire aun más impertérrito de lo que les era habitual, debido a su afán por simular que no cargaban con semejante cosa.

La joven no tenía una idea clara de a qué venía todo esto. Las Doncellas que montaban guardia esa noche habían acudido en grupo para ver a Bair y a Amys cuando finalizó su turno, y habían pasado largo rato reunidas con las dos Sabias. A la mañana siguiente, mientras todavía se estaba levantando el campamento bajo la gris penumbra que precedía al alba, habían empezado a hacerse esas muñecas. Ni que decir tiene que no pudo hacer preguntas al respecto, pero lo comentó con una de ellas, una Tomanelle pelirroja, del septiar Serai, llamada Maira, quien le dijo que era para recordarle que ya no era una niña. Su tono dejó muy claro que no deseaba hablar del asunto. Una de las Doncellas que llevaba muñeca debía de tener poco más de dieciséis años, pero Maira era por lo menos de la misma edad que Adelin. Egwene no le encontraba mucho sentido a aquello, además de ser frustrante. Cada vez que la joven creía que, por fin, comprendía la idiosincrasia de los Aiel, ocurría algo que venía a demostrarle cuán equivocada estaba.

A despecho de sí misma, sus ojos fueron hacia la boca del paso. La hilera de estacas todavía era visible desde su posición, extendiéndose desde la escarpada ladera de una montaña a la escarpada ladera de la otra, salvo un tramo en el que los Aiel habían derribado algunas. Couladin había dejado otro mensaje, hombres y mujeres empalados a través de su camino, muertos desde hacía siete días. Las altas murallas grises de Selean se alzaban en las estribaciones a la derecha del paso y no se veía lo que había tras ellas. Moraine dijo que sólo guardaban lo que era la sombra de su pasada gloria, pero aun así había seguido siendo una ciudad de tamaño considerable, mucho mayor que Taien; empero, de ella ya no quedaba nada. Tampoco supervivientes —salvo los que se habían llevado los Shaido— aunque probablemente algunos habrían huido a sitios que creían seguros. En las estribaciones había

Librodot

habido granjas; gran parte del territorio oriental de Cairhien había quedado abandonado después de la Guerra de Aiel, pero una ciudad necesitaba granjas para abastecerse de alimentos. Ahora las chimeneas manchadas de hollín se erguían sobre las ennegrecidas paredes de piedra de las granjas; aquí, unos restos carbonizados de vigas aparecían suspendidos sobre un granero de piedra; allí, tanto la casa como el granero se habían desplomado por el efecto del fuego. La colina desde la que Egwene contemplaba el desolado panorama a lomos de *Niebla* había sido terreno de pastos; cerca de la valla del cercado, al pie del altozano, las moscas seguían zumbando sobre los despojos abandonados de la matanza. No quedaba ni un solo animal en los pastizales, ni tampoco se veía una sola gallina en los patios de los graneros. Los campos de cultivo habían sido pasto del fuego.

Couladin y los Shaido eran Aiel, pero también lo eran Aviendha, Bair, Amys, Melaine y Rhuarc, quien solía decirle que le recordaba a una de sus hijas. Les habían asqueado los empalamientos, pero hasta ellos parecían pensar que era sólo un poco más de lo que merecían los Asesinos del Árbol. Quizás el único modo de conocer realmente a los Aiel era nacer Aiel.

Tras echar una última ojeada a la ciudad destruida, Egwene cabalgó despacio colina abajo hacia el tosco cercado y salió por el portón; se inclinó sobre la silla para cerrarlo con la correa de cuero sin curtir, por la fuerza de la costumbre. La ironía era que Moraine había dicho que Selean podría de hecho haber apoyado a Couladin. En las cambiantes corrientes del *Da'es Daemar,* si se ponía a un lado de la balanza a un invasor Aiel contra un hombre que había enviado tearianos a Cairhien, fuera por la razón que fuera, la decisión podría haberse decantado a cualquiera de los dos lados de haberles dado Couladin la oportunidad de elegir.

Cabalgó por la amplia calzada hasta alcanzar a Rand, hoy vestido con su chaqueta roja, y se reunió con Aviendha, Amys y otras treinta o más Sabias que apenas conocía aparte de las otras dos caminantes de sueños, que avanzaban a corta distancia de Rand. Mat, con su sombrero y su lanza de mango negro, y Jasin Natael, con el arpa guardaba en la bolsa de cuero colgada a la espalda y el estandarte carmesí ondeando en la brisa, iban montados, pero los Aiel, sosteniendo un rápido trote, sobrepasaban al grupo por ambos lados, ya que Rand iba a pie, conduciendo a su semental rodado por las riendas, y hablando con los jefes de clan. Con faldas o sin ellas, las Sabias habrían hecho un buen trabajo manteniendo el paso de las columnas en marcha de no haber estado pegadas a Rand como la resina al pino. Apenas dedicaron una ojeada a Egwene, ya que sus ojos y sus oídos estaban pendientes de él y de los seis jefes.

—... y a quienquiera que llegue después de Timolan —decía Rand en tono firme—, habrá de comunicársele lo mismo. —Los Soldados de Piedra que habían dejado de guardia en Taien habían llegado para informar que los Miagoma habían entrado en el paso al día siguiente—. He venido a impedir que Couladin destruya y despoje a esta tierra, no a saquearla.

—Un mensaje duro —adujo Bael—, también para nosotros si a lo que te refieres es a que no podemos tomar el quinto. —Han y los demás, incluido Rhuarc, asintieron.

—El quinto, os lo concedo. —Rand no alzó la voz, pero de repente sus palabras eran duras y punzantes—. Pero en ello no entra nada que sea alimentos. Viviremos de los animales salvajes que cacemos o de lo que compremos, si es que queda alguien que pueda vendernos comida, hasta que consiga que los tearianos incrementen lo que traen desde Tear. Si cualquier hombre toma una sola moneda más del quinto o una rebanada de pan sin pagarla, si prende fuego aunque sólo sea una choza porque le pertenece a un Asesino del Árbol o mata a un hombre que no ha intentado matarlo a él, ese hombre será ahorcado, sea quien sea.

—Eso no es fácil de decir a los clanes —replicó Dhearic, casi con tanta dureza—. Vine para seguir a El que Viene con el Alba, no para mimar a unos quebrantadores de juramentos.

Bael y Jhera abrieron la boca como para convenir con él; pero, al fijarse el uno en el otro, las cerraron bruscamente.

—Toma buena nota de lo que voy a decirte, Dhearic —contestó Rand—. Vine para salvar a esta tierra, no para arruinarla todavía más. Lo que digo vale para todos los clanes,

Librodot

incluidos el Miagoma y cualquier otro que nos siga. Para todos los clanes. ¿He hablado lo bastante claro?

Esta vez nadie dijo una palabra, y Rand montó a *Jeade'en,* al que condujo al paso entre los jefes. Aquellos semblantes Aiel no denotaban expresión alguna.

Egwene respiró hondo. Aquellos hombres eran todos lo bastante mayores para ser su padre y más, líderes de su pueblo como reyes, por mucho que dijeran en contra de ello, cabecillas endurecidos en batallas. Y parecía que sólo había sido ayer cuando Rand era un muchacho y no sólo por su edad, un joven que pedía y confiaba en que atendieran su sugerencia en lugar de ordenar y esperar ser obedecido. Estaba cambiando más deprisa de lo que ella era capaz de asimilar. Sería bueno si impedía que estos hombres hicieran en otras ciudades lo que Couladin había hecho con Taien y con Selean. Se lo repitió para sus adentros. Sólo que habría querido que lo hubiera hecho sin demostrar más arrogancia cada día que pasaba. ¿Cuánto faltaba para que esperara que también ella le obedeciera como hacía Moraine? ¿O que lo obedecieran todas las Aes Sedai? Confiaba en que sólo fuera arrogancia.

Deseosa de hablar del asunto, sacó el pie de un estribo y tendió la mano a Aviendha para que subiera a la grupa, pero la joven Aiel sacudió la cabeza. Realmente no le gustaba ir a caballo, y quizás el que hubiera todas esas Sabias a su alrededor también influía en su negativa. Algunas de ellas no habrían subido a un caballo ni aunque tuvieran rotas las dos piernas. Con un suspiro, Egwene desmontó y condujo a *Niebla* por las riendas mientras se arreglaba las faldas con cierto malhumor. Las suaves botas Aiel, altas hasta las rodillas, que llevaba puestas tenían aspecto de ser cómodas y, efectivamente, lo eran, pero no para caminar durante un largo trecho sobre aquel duro e irregular pavimento.

—Verdaderamente se ha puesto al mando —dijo.

Aviendha apenas si apartó un instante los ojos de la espalda de Rand.

—No lo conozco. No puedo conocerlo. Fíjate en esa cosa que lleva.

Se refería a la espada, por supuesto. No es que Rand la llevara, precisamente; el arma colgaba de la perilla de la silla de montar, enfundada en una vaina corriente de piel de jabalí, con la larga empuñadura, forrada con tiras del mismo cuero, subiendo a la altura de su cintura. Había encargado a un hombre de Taien que le hiciera esa empuñadura y la vaina durante el viaje a través del paso. Egwene se preguntaba por qué, siendo como era capaz de encauzar una espada de fuego o hacer otras cosas que convertían a las espadas normales en simples juguetes.

—Se la regalaste tú, Aviendha.

Su amiga se puso ceñuda.

—Intenta hacerme que acepte también la empuñadura. La utilizó, así que es suya. La usó delante de mí, como para hacerme burla con una espada empuñada en su mano.

—No estás enfadada por la espada. —No creía que fuera por eso; Aviendha no la había mencionado una sola vez aquella noche, cuando se hallaban en la tienda de Rand—. Todavía estás molesta por el modo en que te habló, y lo comprendo. Sé que lo lamenta. A veces habla sin pensar, pero si le dejaras que se disculpara...

—No quiero sus disculpas —masculló Aviendha—. No quiero... No puedo soportar más tiempo esto. Me es imposible seguir durmiendo en su tienda. —De repente cogió a Egwene del brazo, y si ésta no la hubiera conocido tan bien habría pensado que estaba al borde de las lágrimas—. Tienes que interceder ante ellas por mí. Habla con Amys, Bair y Melaine. A ti te escucharán. Eres Aes Sedai. Tienen que dejarme que vuelva a sus tiendas. ¡Tienen que hacerlo!

—¿Quién tiene que hacer qué? —quiso saber Sorilea, que se retrasó del grupo para ponerse a la altura de las dos muchachas. La Sabia del dominio Shende tenía el cabello fino y blanco, y la piel como cuero tensado sobre la estructura ósea del rostro. Y también unos ojos, verde claro, capaces de derribar a un caballo a diez pasos de distancia. Así era como solía mirar a todo el mundo. Cuando Sorilea estaba furiosa, otras Sabias permanecían calladas y los jefes de clan ponían excusas para marcharse.

Librodot

Melaine y otra Sabia, una canosa Nakai de los Agua Negra, hicieron intención de unirse también a ellas hasta que Sorilea volvió aquellos ojos hacia ellas.

—Si no estuvieras tan ocupada pensando en ese nuevo marido tuyo, Melaine, te habrías dado cuenta de que Amys quiere hablar contigo. Ve. Y lo mismo reza para ti, Aerin. —Melaine se puso roja como la grana y se *escabulló* de vuelta con el resto del grupo, pero la mujer de más edad lo hizo con más presteza que ella. Sorilea las observó mientras se adelantaban y después puso toda su atención en Aviendha—. Ahora podemos sostener una tranquila charla. Así que no quieres hacer algo. Algo que te mandaron hacer, por supuesto. Y crees que esta niña Aes Sedai puede conseguir librarte de ello.

—Sorilea, yo... —Aviendha no pasó de ahí.

—En mis tiempos, las chicas saltaban cuando una Sabia decía que saltaran, y seguían brincando hasta que les ordenaban que pararan. Como todavía sigo viva, aún nos encontramos en mis tiempos. ¿Hace falta que te lo explique con más claridad?

Aviendha inhaló profundamente.

—No, Sorilea —respondió con mansedumbre.

Los ojos de la Sabia se posaron en Egwene.

—¿Y tú? ¿Crees que porque lo pidas conseguirás librarla de su tarea?

—No, Sorilea. —Egwene tenía la sensación de que debía hacer una reverencia.

—Bien —dijo la Sabia, aunque sin demostrar satisfacción, como si ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza que el resultado sería otro. Y seguramente era así—. Ahora puedo hablarte de lo que realmente me interesa. He oído comentar que el *Car'a'carn* te ha hecho un regalo extraordinario, rubíes y también gotas de luna.

Aviendha dio un brinco, como si un ratón estuviera corriendo por su pierna. Bueno, seguramente no habría reaccionado de ese modo, como habría hecho Egwene de darse esa circunstancia. La joven Aiel explicó lo de la espada de Laman y lo de la vaina con tanta precipitación que las palabras se atropellaban en su boca. Sorilea se ajustó el chal mientras rezongaba sobre chicas que tocaban espadas, aunque estuvieran envueltas en mantas, y sobre una pequeña charla que tendría con la «joven Bair».

—De modo que no ha conseguido despertar tu interés. Una lástima. Eso lo habría vinculado a nosotros; ahora considera como suyas a muchas gentes. —Observó a Aviendha de arriba abajo un momento—. Haré que Feran se fije en ti. Su abuelo es hijo de mi hermana. Tienes otras obligaciones para con tu pueblo aparte de aprender a ser Sabia. Esas caderas están hechas para tener niños.

Aviendha tropezó con una piedra levantada del pavimento y estuvo a punto de irse de bruces al suelo.

—Yo... pensaré en él cuando llegue el momento —dijo, falta de aliento—. Todavía me queda mucho que aprender, y aún falta mucho para que sea Sabia. Feran es *Seia Doon,* y los Ojos Negros han jurado no dormir bajo techo o en tienda hasta que Couladin haya muerto.

Couladin era *Seia Doon.* La Sabia de piel curtida asintió como si el asunto hubiese quedado resuelto y acordado.

—Y tú, joven Aes Sedai. Conoces bien al *Car'a'carn,* según dicen. ¿Llevaría a cabo su amenaza? ¿Haría ahorcar incluso a un jefe de clan?

—Creo que... quizá... lo haría. —Egwene añadió con más firmeza—: Pero estoy segura de que se le puede hacer entrar en razón.

No estaba en absoluto segura de eso ni de que hubiera motivo para hacerlo; lo que Rand había dicho parecía justo, pero ser justo no le haría ningún bien si con ello se encontraba con que los demás se ponían en su contra, como los Shaido.

Sorilea la miró con sorpresa y luego volvió la vista hacia los jefes que rodeaban el caballo de Rand; la mirada que les asestó debería haberlos derribado a todos.

—No me has entendido. Tiene que demostrar a esa manada de lobos sarnosos que él es el lobo dominante. Un jefe debe ser más duro que los otros hombres, joven Aes Sedai, y el *Car'a'carn* ha de serlo más que los otros jefes. Cada día que pasa, otros pocos hombres, e

incluso Doncellas, sucumben al marasmo, pero ésos sólo son la corteza blanda exterior de la dura madera del carpe. Los restantes son el núcleo duro del árbol, y él ha de ser fuerte para dirigirlos.

A Egwene no le pasó inadvertido que no se incluyera a sí misma o a las otras Sabias entre quienes debían ser dirigidos. Mascullando entre dientes sobre «lobos sarnosos», Sorilea se adelantó y poco después tenía a todas las Sabias escuchando sus palabras mientras caminaban. No alcanzó a escuchar lo que quiera que les estaba diciendo.

—¿Quién es Feran? —preguntó—. Nunca te he oído hablar de él. ¿Qué aspecto tiene?

Sin quitar la ceñuda mirada de la espalda de Sorilea, medio oculta entre las mujeres agrupadas a su alrededor, Aviendha contestó con expresión ausente:

—Se parece mucho a Rhuarc, sólo que es más joven, más alto y más apuesto, con el cabello mucho más rojo. Hace más de un año que intenta despertar el interés de Enaila, pero creo que ella le enseñará a cantar antes que renunciar a la lanza.

—No lo entiendo. ¿Tienes intención de compartirlo con Enaila? —Todavía le resultaba raro hablar con tanta naturalidad de aquello.

Aviendha volvió a tropezar y la miró de hito en hito.

—¿Compartirlo? No lo quiero ni entero ni en parte. Tiene un rostro hermoso, pero su risa parece el relincho de una mula y se hurga las orejas.

—Pero, por el modo en que hablaste con Sorilea, pensé que... te gustaba. ¿Por qué no le dijiste lo que me acabas de decir a mí?

La risa queda de la otra joven sonó dolida.

—Egwene, si Sorilea hubiese pensado que estaba intentando resistirme a su propuesta, habría tejido ella misma la guirnalda de esponsales y nos habría arrastrado a Feran y a mí por el cuello para que nos casaran. ¿Alguna vez has visto a alguien decirle «no» a Sorilea?

Egwene abrió la boca para afirmar que ella lo haría, pero la cerró de inmediato. Conseguir que Nynaeve diera marcha atrás era una cosa, e intentar lo mismo con Sorilea, otra muy distinta. Habría sido como plantarse en el camino de un desprendimiento de tierra y ordenarle que se detuviera.

—Hablaré con Amys y las otras en tu favor —dijo, para cambiar de tema. No es que creyera que su intervención serviría de mucho. Lo mejor habría sido impedirlo antes de que ocurriera. Por lo menos, Aviendha comprendía lo impropio de la situación finalmente. Quizás...—. Si vamos las dos a hablarles, estoy segura de que nos escucharán.

—No, Egwene. Yo he de obedecer a las Sabias. Me obliga el *ji'e'toh.* —Así, como si un momento antes no le hubiera pedido que intercediera por ella. Como si en ningún momento hubiera suplicado a las Sabias que no la hicieran dormir en la tienda de Rand—. Pero ¿por qué mi deber para con mi pueblo nunca es lo que yo deseo? ¿Por qué tiene que ser de tal modo que, si dependiera de mí, antes preferiría morir que hacerlo?

—Aviendha, nadie te va a obligar a casarte o tener niños. Ni siquiera Sorilea. —Egwene habría deseado que su voz sonara más firme, sobre todo en la última frase.

—No lo comprendes —repuso suavemente la otra joven—, y yo no puedo explicártelo.

Se ajustó el chal, sin querer hablar más del asunto. Sí se mostró bien dispuesta en cambio a discutir sobre sus lecciones o si Couladin daría media vuelta y presentaría batalla, sobre cómo había influido en Melaine su matrimonio —la Sabia parecía que ahora tenía que esforzarse para actuar con su habitual talante espinoso— o sobre cualquier otra cosa que no fuera aquello que no podía, o no quería, explicar.

Librodot

CAPÍTULO 24

El mensaje

El terreno cambió a medida que el sol se metía. Las colinas se volvieron más bajas, y las arboledas, más grandes. A menudo, las vallas de piedra desmoronadas de lo que lo que antaño había sido labrantíos se habían convertido en pequeños montículos con bordes salientes o se extendían a través de bosquecillos de robles, cedros, nogales, pinos y otros árboles desconocidos para Egwene. Las pocas granjas que había no tenían techo, y en su interior crecían árboles de diez o quince pasos de altura como bosques en miniatura encerrados entre paredes, completos con pájaros canores y ardillas de cola negra. La aparición de alguno que otro arroyuelo levantaba tantos comentarios entre los Aiel como los pequeños bosques y la hierba. Habían oído historias sobre las tierras húmedas y las habían leído en libros comprados a mercaderes y buhoneros como Hadnan Kadere, pero pocos las habían visto desde la persecución de Laman. No obstante, se adaptaron enseguida; las tiendas pardas se confundían bien con las hojas muertas debajo de los árboles y con la hierba agostada. El campamento se extendía kilómetros, salpicado por pequeñas lumbres, bajo el dorado ocaso.

Egwene se metió con satisfacción en su tienda una vez que los *gai'shain* la instalaron. Dentro, las lámparas estaban encendidas y un pequeño fuego ardía en el agujero del hogar. Se desató las suaves botas y se las quitó, así como las medias de lana, tras lo cual se tumbó despatarrada sobre las coloridas alfombras y movió los dedos de los pies. Deseó tener una palangana de agua para meter los pies. No podía pretender ser tan resistente como los Aiel, pero debía de estar haciéndose más blanda si unas cuantas horas de caminata conseguían que sintiera los pies como si tuvieran el doble de su tamaño habitual. Claro que allí el agua no sería un problema. No debería serlo —recordaba los menguados arroyos que habían pasado—, pero seguramente podría darse un buen baño otra vez.

Cowinde, sumisa y silenciosa bajo sus blancas ropas, le llevó la cena, un poco de aquel pan aplastado y pálido hecho con harina de *zamai,* y un espeso guiso en un cuenco de rayas rojas, que se tomó de manera automática, aunque se sentía más cansada que hambrienta. Reconoció los pimientos secos y las judías, pero no preguntó de qué era la oscura carne. «Conejo», se dijo firmemente para sus adentros, y confió en que su suposición fuera acertada. Los Aiel comían cosas cuya sola idea hacía que su cabello se le rizara más que el de Elayne. Estaba dispuesta a apostar a que Rand ni siquiera miraba lo que comía. Los hombres eran muy tiquismiquis con la comida.

Cuando terminó el guiso, se tumbó cerca de una ornamentada lámpara de plata que tenía un disco del mismo metal para reflejar e incrementar la intensidad de la luz. Se había sentido un poco culpable cuando supo que la mayoría de los Aiel no tenían luz de noche excepto la de las lumbres; pocos habían llevado consigo lámparas o aceite excepto las Sabias y los jefes de clan y septiar. Pero no tenía sentido sentarse a la mortecina claridad de la lumbre cuando podía disponer de una lámpara. Eso le recordó algo: allí la temperatura por las noches no sufría un descenso tan drástico con respecto a la que hacía durante el día, como ocurría en el Yermo; de hecho, dentro de la tienda empezaba a sentirse un calor incómodo.

Encauzó brevemente flujos de Aire para apagar el fuego, y después buscó en las alforjas

el libro, encuadernado con desgastado cuero, que le había prestado Aviendha. Era un volumen pequeño y grueso, con apretadas líneas de pequeñas letras, difícil de leer si no se tenía una buena luz, pero fácil de transportar. *La llama, la espada y el corazón,* se titulaba, una colección de cuentos sobre Birgitte y Gaidal Cain, Anselan y Barashelle, Rogosh Ojo de Águila y Dunsinin y una docena más. Aviendha afirmaba que le gustaba por las aventuras y las batallas, y tal vez fuera así, pero también por todas y cada una de las palabras referentes al amor ente un hombre y una mujer. Egwene no tenía reparo en admitir que eso era lo que a ella le gustaba, esos hilos de un amor eterno, a veces tormentosos y a veces tiernos. Bueno, al menos lo admitía para sus adentros. No era el tipo de entretenimiento que una mujer con pretensiones de cierto sentido común confesaría en público.

En realidad sentía tan pocas ganas de leer como las que tenía de comer —lo que de verdad le apetecía era bañarse y dormir, e incluso podría renunciar al baño—, pero aquella noche Amys y ella tenían que reunirse con Nynaeve en el *Tel'aran'rhiod.* Donde Nynaeve se encontraba, de camino a Ghealdan, no se había hecho de noche todavía, lo que significaba que tendría que quedarse despierta.

Elayne había hecho una descripción muy interesante del espectáculo de animales amaestrados, aunque a Egwene le costaba trabajo comprender que la mera presencia de Galad justificara huir de ese modo. A su modo de ver, lo que ocurría era que a Elayne y a Nynaeve se les había despertado la afición por las aventuras. Lamentaba mucho lo ocurrido a Siuan; necesitaban una mano firme que las metiera en cintura. Qué extraño que pensara así sobre Nynaeve; la antigua Zahorí había sido siempre la de la mano dura. Pero desde aquel episodio en la Torre en el *Tel'aran'rhiod,* había dejado de pensar en Nynaeve como alguien contra quien echar un pulso de voluntades.

Con una sensación de culpabilidad, cayó en la cuenta, mientras pasaba una hoja, de que estaba deseando encontrarse con ella esa noche. No porque fuera una amiga, sino porque quería ver si los efectos duraban todavía. Si Nynaeve se tiraba de la trenza, ella se limitaría a enarcar una ceja, y... «Luz, espero que siga funcionando. Si se le escapa lo de esa visita al *Tel'aran'rhiod,* Amys, Bair y Melaine se turnarán para arrancarme la piel a tiras, si es que no me dicen que me vaya.»

Sus ojos no dejaban de intentar cerrarse mientras leía, o más bien, medio soñaba, las historias del libro. Podía ser tan fuerte como cualquiera de estas mujeres; tan fuerte y tan valiente como Dunsinin o Nerein o Melisinde o incluso Birgitte. Tan fuerte como Aviendha. ¿Tendría Nynaeve suficiente sentido común para contener la lengua delante de Amys esa noche? Se le pasó por la cabeza la vaga idea de agarrar a Nynaeve por el cuello y sacudirla. Qué tontería. Nynaeve era varios años mayor que ella. Enarcar una ceja al mirarla. Dunsinin. Birgitte. Tan fuerte y dura como una Doncella Lancera.

La cabeza de la joven se apoyó sobre las páginas, y, cuando su respiración se hizo más lenta y profunda, intentó abrazar el pequeño libro que tenía bajo la mejilla.

Dio un respingo al encontrarse de repente entre las grandes columnas de piedra roja, en el Corazón de la Ciudadela, bajo la extraña luz del *Tel'aran'rhiod,* y otro más al darse cuenta de que llevaba puesto el *cadin'sor.* A Amys no le haría gracia verla vestida con eso; ni pizca de gracia. Cambió su vestimenta rápidamente, y se sorprendió cuando su atuendo pasó alternativamente de la blusa de *algode* y la amplia falda de lana al fino vestido de seda azul brocada, hasta que por fin se detuvo en el atuendo Aiel completo, incluido su brazalete de marfil, con las llamas talladas, y el collar de oro y marfil. Tal indecisión no le ocurría desde hacía algún tiempo.

Durante un instante se planteó el salir del Mundo de los Sueños, pero sospechaba que estaba profundamente dormida, en su tienda. Si lo hacía, lo más probable era que entrara en un sueño propio y todavía no era consciente de estar en ellos; sin ese conocimiento no podía regresar al *Tel'aran'rhiod,* y no estaba dispuesta a dejar a Amys y a Nynaeve solas. ¿Quién sabía lo que diría Nynaeve si la Sabia sacaba a relucir su genio? Cuando la Sabia apareciera,

le diría simplemente que también ella acababa de llegar. Anteriormente las Sabias siempre se le habían adelantado o llegaban al mismo tiempo, pero si Amys pensaba que sólo llevaba allí unos segundos seguramente no tendría importancia.

Casi se había acostumbrado a la sensación de percibir unos ojos invisibles en la vasta cámara. «Es por las columnas, las sombras y este gran espacio vacío.» Aun así, confiaba en que Amys y Nynaeve llegaran enseguida. Pero tardarían. El tiempo podía ser tan peculiar en el *Tel'aran'rhiod* como en cualquier otro sueño, pero debía de faltar por lo menos una hora para el encuentro acordado. Quizá le daría tiempo a...

De repente se dio cuenta de que oía voces, como débiles susurros entre las columnas. Abrazó el *Saidar* y avanzó cautelosamente hacia el sonido, hacia el lugar donde Rand había dejado a *Callandor,* debajo de la gran cúpula. Las Sabias afirmaban que allí el control del *Tel'aran'rhiod* era equiparable a la fuerza del Poder Único, pero Egwene conocía mejor sus facultades con la Fuente Verdadera y, por ende, se fiaba más de ellas. Todavía escondida entre las gruesas columnas de piedra roja, se detuvo y escudriñó en derredor.

No eran un par de hermanas Negras, como había temido, y tampoco Nynaeve, sino Elayne, de pie cerca de la resplandeciente *Callandor,* hincada en el suelo, enfrascada en una queda conversación con una mujer vestida de un modo muy raro. Llevaba una chaqueta corta, de color blanco, de corte peculiar, y unos amplios pantalones amarillos, recogidos en pliegues en los tobillos, por encima de unas botas cortas de tacón. Una compleja trenza de cabello rubio le colgaba por la espalda, y sostenía un arco que brillaba como plata bruñida. También las flechas de la aljaba relucían.

Egwene apretó los párpados. Primero, las dificultades con su vestimenta, y ahora esto. Sólo porque había estado leyendo sobre Birgitte —el arco de plata era el indicativo inequívoco del nombre— no era razón para imaginar que la veía. Birgitte esperaba —en algún lugar— a que el Cuerno de Valere la convocara, como a los otros héroes, a la Última Batalla. Sin embargo, cuando Egwene volvió a abrir los ojos, Elayne y la mujer con la extraña vestimenta seguían allí. No conseguía entender qué era lo que decían, pero ahora sí dio crédito a sus ojos. Estaba a punto de salir a descubierto para anunciar su presencia cuando una voz habló a su espalda:

—¿Decidiste venir antes? ¿Y sola?

Egwene giró rápidamente sobre sus talones y se encontró cara a cara con Amys, cuyo rostro tostado por el sol parecía demasiado joven para el blanco cabello, y con Bair. Ambas tenían los brazos cruzados; hasta el modo en que los chales estaban apretados sobre sus brazos denotaba el desagrado de las dos Sabias.

—Me quedé dormida —repuso la joven.

Era demasiado temprano para que su cuento funcionara. Mientras explicaba con precipitación que la había vencido el sueño y la razón de no haber regresado —salvo la parte referente a no querer que Nynaeve y Amys hablaran solas— la sorprendió sentir un atisbo de vergüenza por plantearse mentirles, así como el alivio por no haberlo hecho. Y no era que decir la verdad fuera a evitarle el castigo. Amys no era tan estricta como Bair —hasta cierto punto—, pero era muy capaz de ponerla a apilar piedras el resto de la noche. Muchas de las Sabias eran fervientes partidarias de los trabajos inútiles como escarmiento; de ese modo era imposible convencerse a uno mismo de que estaba haciendo algo más que cumplir un castigo mientras enterraba cenizas con una cuchara. Eso si no se negaban en redondo a seguir instruyéndola, naturalmente. Lo de las cenizas sería, con mucho, la mejor opción.

En consecuencia, fue incapaz de reprimir un suspiro de alivio cuando Amys asintió y dijo:

—Puede ocurrir. Pero la próxima vez, regresa y entra en tus propios sueños; Nynaeve podría haberme transmitido a mí lo que tuviera que contarnos y yo ponerla al corriente de lo que sabemos. Si Melaine no estuviera con Bael y Dorindha esta noche también habría venido. Le diste un buen susto a Bair. Se siente orgullosa de tus progresos, y si algo te ocurriera...

La expresión de Bair no era la de alguien que se siente orgulloso. En todo caso, su ceño

se intensificó cuando Amys hizo una pausa.

—Tienes suerte de que Cowinde te encontrara cuando volvió a retirar el servicio de la cena, y se asustara cuando no pudo despertarte para que te fueras a las mantas. Si sospechara que has estado aquí más de unos pocos minutos... —La penetrante mirada se endureció fugazmente con una amenazadora promesa, y luego su voz se tornó gruñona—. Supongo que ahora tendremos que esperar a que Nynaeve llegue, y sólo para no oírte suplicar que no te mandemos de vuelta. En fin, si hay que hacerlo, se hará, pero aprovecharemos el tiempo. Concentra la mente en...

—No es Nynaeve —se apresuró a decir Egwene. No tenía ningunas ganas de comprobar cómo sería una lección estando Bair de un humor tan pésimo—. Es Elayne, y... —Dejó la frase en el aire cuando, al darse media vuelta, vio a su amiga, ataviada con un vestido de seda verde, adecuado para un baile, paseando arriba y abajo, cerca de *Callandor.* A Birgitte no se la veía por ninguna parte. «Pues yo no me lo he imaginado.»

—¿Ya está aquí? —dijo Amys al tiempo que se acercaba donde podía verla.

—Otra muchacha necia —rezongó Bair—. Las chicas de hoy tienen menos seso y disciplina que las cabras. —Echó a andar delante de Egwene y de Amys, y se plantó al otro lado de la reluciente *Callandor,* puesta en jarras—. No eres mi alumna, Elayne de Andor, aunque nos has sonsacado bastante para no causar tu propia muerte si vas con cuidado; pero, si lo fueras, te daría una buena azotaina y te mandaría de regreso con tu madre hasta que fueras lo bastante mayor para que no hubiera que tenerte vigilada. Sé que has estado entrando en el Mundo de los Sueños sola, y también Nynaeve. Las dos sois unas necias por hacerlo.

Elayne había dado un respingo cuando apareció la primera Sabia; pero, a medida que el rapapolvo de Bair le caía encima, adoptó una pose erguida, con la barbilla alzada en un gesto altivo. Su vestido se volvió rojo y el satinado más fino, y aparecieron bordados en las mangas y en el alto corpiño, incluidos leones rampantes sobre lirios blancos y dorados, que era su propia enseña. Una fina diadema de oro sujetaba sus cabellos rubio rojizos, con un león rampante, tachonado de gotas de luna, reposando sobre su frente. Todavía no tenía mucho control sobre estas cosas. Aunque, por supuesto, cabía la posibilidad de que éste fuera exactamente el atuendo que quería llevar.

—Os agradezco vuestra preocupación —repuso con aire regio—. Empero, cierto es que no soy vuestra pupila, Bair de los Haido Shaarad. Tenéis mi agradecimiento por vuestros consejos y enseñanzas, pero he de seguir mi camino, cumplir las tareas encomendadas por la Sede Amyrlin.

—Una mujer muerta —adujo fríamente Bair—. Proclamas obediencia a una mujer que ha muerto.

Egwene casi percibió como algo físico la creciente cólera de Bair; si no hacía algo enseguida, la Sabia podría decidir darle una dolorosa lección a Elayne, y en este momento lo que menos les interesaba era tener esa clase de disputa.

—¿Qué...? ¿Por qué has venido tú en lugar de Nynaeve? —Iba a preguntar qué estaba haciendo allí, pero eso le habría dado a Bair ocasión de meter baza, y tal vez habría parecido que ella estaba de parte de la Sabia. Lo que realmente deseaba saber era qué hacía Elayne hablando con Birgitte. «No lo imaginé.» Quizá se trataba de alguien que soñaba que era Birgitte. Sin embargo, sólo quienes entraban en el *Tel'aran'rhiod* conscientemente permanecían en él más de unos segundos y, por supuesto, Elayne no habría estado hablando con una de esas personas. ¿Dónde esperaban Birgitte y los otros la llamada del Cuerno?

—Nynaeve sufre un fuerte dolor de cabeza. —La diadema se desvaneció y el vestido de Elayne se volvió más sencillo, con sólo unos pocos bordados dorados en el corpiño.

—¿Está enferma? —inquirió Egwene con preocupación.

—Sólo tiene jaqueca y un par de moretones. —Elayne soltó una risita y se encogió al mismo tiempo—. Oh, Egwene, no lo habrías creído. Los cuatro Chavana al completo vinieron a cenar con nosotras. En realidad, vinieron para coquetear con Nynaeve. Trataron de tontear conmigo los primeros días, pero Thom mantuvo una charla con ellos y lo dejaron. Thom no

tenía derecho a hacerlo. Y no es que yo quisiera coquetear, por supuesto. En fin, allí estaban, cortejando a Nynaeve o, más bien, intentándolo, porque ella les hacía menos caso que a unos moscones, cuando de pronto apareció Latelle y empezó a golpear a Nynaeve con un palo mientras le decía insultos terribles.

—¿Sufrió heridas? —Egwene no estaba segura de a cuál de las dos se refería, porque si Nynaeve había dado rienda suelta a su genio...

—Ella no. Los Chavana trataron de apartarla de Latelle, y Taeric seguramente irá cojeando varios días, por no mencionar el labio hinchado de Brugh. Petro tuvo que llevar en brazos a Latelle a su carromato, y dudo que asome la nariz fuera durante un tiempo. —Elayne sacudió la cabeza—. Luca no sabía a quién echar la culpa del desastre, con uno de sus acróbatas cojo y la domadora de osos hecha un mar de lágrimas en su cama, así que nos culpó a todos, y temí que Nynaeve iba a soltarle un bofetón también. Por lo menos no encauzó; creí que lo haría en un par de ocasiones, hasta que consiguió derribar a Latelle en el suelo.

Amys y Bair intercambiaron una mirada indescifrable; éste no era, desde luego, el comportamiento que esperaban en unas Aes Sedai.

Egwene estaba un tanto confusa, pero principalmente por el trabajo que le costaba ubicar a tanta gente nueva de la que sólo había oído hablar brevemente. Gente rara, que viajaba con leones, perros y osos. Y una Iluminadora. No creía que el tal Petro fuera realmente tan fuerte como aseguraba Elayne. Claro que Thom tragaba fuego además de hacer juegos malabares, y lo que Elayne y Juilin llevaban a cabo le sonaba igualmente extraño, aunque su amiga hiciera uso del Poder.

Si Nynaeve había estado a punto de encauzar... Elayne debía de haber visto el brillo del *Saidar* envolviéndola. Tuvieran o no una verdadera razón para esconderse, no lo estarían por mucho tiempo si una de ellas encauzaba y dejaba que la gente lo viera. Las informadoras de la Torre no tardarían en enterarse; ésa era la clase de noticias que se propagaba rápidamente, sobre todo si aún no habían salido de Amadicia.

—Dile a Nynaeve de mi parte que más vale que controle su genio o tendré que decirle unas cuantas cosas que no le van a gustar. —Elayne pareció sorprendida; la antigua Zahorí no le había contado lo que había pasado entre ellas, por supuesto—. Si encauza, puede dar por cierto que Elaida lo sabrá tan pronto como una paloma vuele hasta Tar Valon. —No añadiría nada más; lo que había dicho bastó para que Bair y Amys intercambiaran otra mirada. Ignoraba lo que pensaban realmente sobre la división de la Torre y de una Amyrlin que, por lo que sabían, había dado órdenes de que hicieran volver a rastras a la Torre a unas Aes Sedai, porque no habían hecho el menor comentario al respecto. Cuando querían se mostraban tan reservadas que podían hacer parecer a Moraine como la cotilla del pueblo—. De hecho, me gustaría tener unas palabras con vosotras dos a solas. Si estuviéramos en la Torre, en nuestras habitaciones, os diría un par de cosas.

Elayne aspiró por la nariz con gesto estirado, mostrándose tan regia y fría como antes con Bair.

—Puedes decírmelas cuando gustes.

¿La habría entendido? A solas; sin que las Sabias estuvieran presentes. En la Torre. A Egwene sólo le quedaba esperar que su amiga lo hubiera entendido. Lo mejor era cambiar de tema y confiar en que las Sabias no estuvieran sacando conclusiones de sus palabras como Elayne debería estar haciendo.

—¿La pelea con la tal Latelle os acarreará problemas? —¿En qué habría estado pensando Nynaeve? En Dos Ríos habría llevado a cualquier mujer de su edad que hubiera hecho lo mismo ante el Círculo de Mujeres en un abrir y cerrar de ojos—. A estas alturas debéis de estar cerca de Ghealdan.

—Según Luca, dentro de tres días, si tenemos suerte. Un espectáculo con animales amaestrados no avanza muy deprisa.

—Quizás os convendría dejarlos ahora.

—Quizá —repuso lentamente Elayne—. En realidad me gustaría mucho caminar por el

Librodot

cable, aunque sólo fuera una vez, delante de... —Sacudió la cabeza y echó un vistazo a *Callandor,* el escote del vestido descendió de manera vertiginosa y al momento subió otra vez—. No sé, Egwene. Podríamos viajar más deprisa solos que con la compañía, y todavía no sabemos exactamente adónde vamos. —Eso significaba que Nynaeve todavía no había recordado el nombre del lugar donde las Azules se estaban reuniendo. Eso si es que el informe de Elaida era cierto—. Por no mencionar que Nynaeve estallaría si tuviéramos que abandonar el carromato y comprar caballos u otro carruaje. Además, las dos estamos enterándonos de un montón de cosas sobre los seanchan. Cerandin sirvió como adiestradora de *s'redit* en la Corte de las Nueve Lunas, la sede de gobierno de la emperatriz seanchan. Ayer nos enseñó unas cosas que cogió cuando huyó de Falme. Egwene, tiene un *a'dam.*

Egwene adelantó bruscamente un paso y su falda rozó a *Callandor.* Las trampas de Rand no eran físicas, pensara lo que pensara Nynaeve.

—¿Estás segura de que no era una *sul'dam*? —Su voz temblaba por la rabia.

—Lo estoy —ratificó Elayne en tono tranquilizador—. Me puse el *a'dam* yo misma y no surtió ningún efecto.

Ése era el pequeño secreto que los propios seanchan ignoraban o disimulaban muy bien si lo sabían. Sus *damane* eran mujeres que poseían el don innato, mujeres capaces de encauzar aunque no se las instruyera. Pero las *sul'dam,* que controlaban a las *damane,* eran mujeres a las que era preciso entrenar. Los seanchan pensaban que las mujeres con capacidad de encauzar eran animales peligrosos que había que controlar y, sin embargo, inadvertidamente, otorgaban a muchas de ellas una posición prominente.

—No entiendo ese interés en los seanchan. —Amys pronunció el gentilicio con dificultad; nunca lo había oído hasta que Elayne lo había dicho en su última reunión—. Lo que hacen es terrible, pero se han ido. Rand al'Thor los derrotó y huyeron.

Egwene se dio media vuelta y contempló intensamente las enormes columnas que se perdían en las sombras.

—Que se hayan ido no significa que no vayan a regresar nunca más. —No quería que le vieran la cara; ni siquiera Elayne—. Tenemos que enterarnos de todo lo que sea posible por si acaso vuelven. —Le habían puesto un *a'dam* en Falme, y proyectaban enviarla a través del Océano Aricio a Seanchan para que pasara el resto de su vida como un perro atado a una traílla. La ira la henchía cada vez que pensaba en ellos. Y también el miedo. El temor de que, si volvían, en esta ocasión tuvieran éxito en apresarla y retenerla. Eso era lo que no quería que las otras mujeres vieran: el puro terror que sabía asomaba a sus ojos.

—Estaremos preparadas para hacerles frente si regresan —susurró Elayne mientras le ponía una mano en el brazo—. No volverán a cogernos por sorpresa otra vez.

Egwene le dio unas palmaditas en la mano, aunque lo que en verdad quería era aferrarla con fuerza; Elayne comprendía más de lo que ella habría deseado, pero resultaba reconfortante que supiera verlo.

—Acabemos con lo que hemos venido a hacer —intervino Bair con brusquedad—. Necesitas dormir de verdad, Egwene.

—Hemos hecho que un *gai'shain* te desnude y te meta entre las mantas, así que cuando vuelvas a tu cuerpo podrás dormir hasta por la mañana. —Sorprendentemente, el tono de Amys era tan suave como el de Elayne.

Un suave rubor tiñó las mejillas de Egwene. Considerando los modos Aiel, había tantas probabilidades de que el *gai'shain* hubiera sido un hombre como una mujer. Tendría que hablar con ellas al respecto... con delicadeza, naturalmente; no lo entendían y era un tema que no le resultaba fácil explicar.

Se dio cuenta de que el temor había desaparecido. «Por lo visto le tengo más miedo a sentirme turbada que a los seanchan.» No era cierto, pero se aferró a esa idea.

No tenían mucho que contarle a Elayne. Que por fin habían llegado a Cairhien; que Couladin había devastado Selean y arrasado la campiña circundante; que los Shaido todavía les sacaban varios días de ventaja y que se desplazaban hacia el oeste. Las Sabias sabían más

que ella; no se habían metido de inmediato en sus tiendas cuando acamparon. Había habido escaramuzas al anochecer, aunque pocas y sin importancia, contra hombres montados que enseguida huyeron, y otros hombres a caballo que habían visto alejarse sin luchar. No se habían tomado prisioneros. Moraine y Lan parecían pensar que los jinetes podían ser bandidos o partidarios de una u otra casa de las que pretendían el Trono del Sol. En uno u otro caso, todos eran igualmente harapientos. Fueran quienes fueran, la noticia de que había más Aiel en Cairhien se propagaría enseguida.

—Antes o después tenían que enterarse —fue el único comentario de Elayne.

Egwene vio cómo Elayne y las Sabias se desvanecían —ella tuvo la impresión de que su amiga y el Corazón de la Ciudadela se volvían más y más intangibles— pero la rubia heredera del trono no hizo nada que le confirmara si había entendido o no su mensaje.

Librodot

CAPÍTULO 25

Sueños de Galad

En lugar de regresar a su propio cuerpo, Egwene flotó en la oscuridad. Ella misma parecía ser oscuridad, sin sustancia. Si su cuerpo yacía debajo, arriba o a un lado de ella, lo ignoraba —aquí no existía el concepto de dirección— pero sabía que estaba cerca, que podía entrar en él fácilmente. Todo en derredor, en la oscuridad, titilaban lo que parecían luciérnagas, un vasto enjambre que se perdía en una distancia inimaginable. Eran sueños, sueños de los Aiel del campamento, de hombres y mujeres a lo ancho y largo de Cairhien, del mundo, todos reluciendo allí.

Ahora podría escoger alguno de los más próximos y decir quién era el soñador. En un sentido aquellos centelleos eran muy semejantes a las luciérnagas —tal era la razón de que tuviera tantos problemas al principio— pero en otro, de algún modo, ahora parecían tan individuales como rostros. Los sueños de Rand y los de Moraine aparecían opacos, borrosos por las salvaguardas que habían tejido a su alrededor. Los de Amys y Bair eran brillantes y titilaban a un ritmo regular; habían seguido su propio consejo, por lo visto. Si no hubiera visto ésos, habría regresado a su cuerpo de inmediato. Esas dos podían vagar por esta oscuridad con mucha más destreza que ella; no se habría dado cuenta de que estaban allí hasta que hubieran saltado sobre ella. Si alguna vez llegaba a reconocer a Elayne y a Nynaeve del mismo modo, entonces sería capaz de encontrarlas en aquella gran constelación, dondequiera que estuvieran en el mundo. Pero esta noche no tenía intención de observar el sueño de nadie.

Con cuidado, evocó en su mente una imagen muy bien recordada, y regresó al *Tel'aran'rhiod,* dentro del pequeño cuarto sin ventana de la Torre donde había vivido como novicia. Había una cama estrecha pegada a una de las blancas paredes. Enfrente de la puerta se encontraba un palanganero y una banqueta de tres patas, y el vestido de la actual ocupante, así como ropas interiores de lana blanca, colgaban junto con una capa blanca en las perchas. No habría sido extraño que hubiera encontrado desocupada la habitación; la Torre no había conseguido llenar los aposentos de las novicias desde hacía muchos años. El suelo era casi tan blanco como las paredes y las ropas. Todos los días, la novicia que vivía allí fregaría de rodillas ese suelo; Egwene lo había hecho así, y también Elayne, en el cuarto de al lado. Si una reina acudiera a instruirse a la Torre empezaría en una habitación como aquélla y fregando el suelo.

Las ropas estaban colocadas de forma distinta cuando volvió a mirarlas, pero hizo caso omiso de ello. Preparada para abrazar el *Saidar* en un instante, abrió la puerta justo lo suficiente para asomarse al pasillo. Y exhaló con alivio cuando vio la cabeza de Elayne asomando con idéntica lentitud y precaución por la puerta de al lado. Egwene esperaba que su expresión no fuera tan insegura como la de su amiga. La llamó precipitadamente con un gesto, y Elayne corrió hacia ella, vestida con el blanco atuendo de novicia, que se transformó en un vestido de montar de seda gris nada más entrar en el cuarto. Egwene detestaba los vestidos grises; eran los que llevaban las *damane.*

Se quedó un momento más asomada a la puerta, escudriñando las galerías de los aposentos de las novicias. Los pisos subían y subían, y otros tantos bajaban hacia el Patio de

Librodot

las Novicias, allá al fondo. No es que esperara en realidad encontrar a Liandrin o a alguien peor ahí fuera, pero nunca estaba de más ser precavida.

—Supuse que era esto a lo que te referías —dijo Elayne cuando cerró la puerta—. ¿Tienes idea de lo difícil que es recordar qué puedo decir delante de quién? A veces me dan ganas de contarles todo a las Sabias. Que se enteren que sólo somos Aceptadas y así acabaríamos de una vez.

—Tú acabarías de una vez —replicó firmemente Egwene—, pero resulta que duermo a menos de veinte pasos de ellas.

—Esa Bair... —Elayne se estremeció—. Me recuerda a Lini cuando me regañaba por haber roto algo que no debía tocar.

—Pues espera a que te presente a Sorilea. —Elayne la miró con incredulidad; claro que la propia Egwene no hubiera creído cómo era Sorilea hasta que la conoció. No había forma de suavizar lo que tenía que decir, así que se ajustó el chal y fue directa al grano—. Cuéntame lo de los encuentros con Birgitte. Porque era Birgitte, ¿verdad?

Elayne se tambaleó como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. Sus azules ojos se cerraron un instante e hizo una inhalación que debió llenarle de aire hasta los dedos de los pies.

—No puedo hablarte de eso.

—¿Qué quieres decir con que no puedes? Tienes lengua, ¿no? ¿Era Birgitte?

—*No puedo,* Egwene. Tienes que creerme. Lo haría si pudiera, pero no puedo. Quizás... si pido permiso... —Si Elayne hubiera sido una mujer de las que se retuercen las manos, habría estado haciendo eso en ese momento. Abrió y cerró la boca sin que saliera de ella un solo sonido; sus ojos fueron rápidamente de un lado a otro de la habitación, como si estuviera buscando inspiración o ayuda. Volvió a inhalar hondo y clavó su mirada en Egwene con una expresión de apremio—. Cualquier cosa que diga violaría los secretos que prometí guardar. Incluso esto. Por favor, Egwene, tienes que confiar en mí. Y no debes decirle a *nadie* lo que... creíste ver.

Egwene se obligó a borrar el gesto ceñudo de su cara.

—Bien, confiaré en ti. —Al menos ahora sabía con certeza que no había estado imaginando cosas. «¿Birgitte? ¡Luz!»—. Espero que algún día confíes en mí lo bastante para contármelo.

—Pues claro que confío en ti, pero... —Elayne sacudió la cabeza y tomó asiento en el borde de la cama perfectamente hecha—. Guardamos secretos con demasiada frecuencia, Egwene, pero a veces es por un motivo.

Un instante después Egwene asintió con la cabeza y se sentó a su lado.

—Bien, cuando puedas —fue todo cuanto dijo, pero su amiga le dio un abrazo, aliviada.

—Me dije que no te preguntaría esto, Egwene. Por una vez no iba a estar pensando sólo en él. —El vestido de montar gris se convirtió en otro de brillante satén verde; imposible que Elayne tuviera conciencia de lo bajo que era el escote—. Pero ¿está bien Rand?

—Está vivo e indemne, si es a eso a lo que te refieres. Creí que era duro en Tear, pero hoy lo oí amenazar con ahorcar hombres si desobedecen sus órdenes. No es que sean unas órdenes malas... No permitirá que nadie coja comida sin pagarla ni que se mate a la gente. Pero, aun así... Fueron los primeros en aclamarlo como El que Viene con el Alba, y abandonaron el Yermo para seguirlo sin vacilar. Y ahora él los amenaza, frío y duro como el acero.

—No son amenazas, Egwene. Él es un rey, por mucho que tú o él o cualquiera diga lo contrario, y un rey o una reina debe impartir justicia sin temer a enemigos ni favorecer a amigos. Cualquiera que haga eso ha de ser duro. Hay veces que madre puede hacer que las murallas de la ciudad parezcan blandas a su lado.

—Pero no tiene que ser tan arrogante —comentó Egwene con voz ecuánime—. Nynaeve dice que debería recordarle que sólo es un hombre, pero todavía no he discurrido cómo hacerlo.

—Pues claro que ha de recordar que sólo es un hombre, pero tiene derecho a esperar que se le obedezca. —Había cierto deje altanero en la voz de Elayne; pero entonces se fijó en el escote de su vestido. Sus mejillas enrojecieron, y el vestido verde de repente tuvo un cuello de encaje alto que le llegaba a la barbilla—. ¿Estás segura de que no has confundido eso con arrogancia? —terminó con voz estrangulada.

—Es tan altanero como un cerdo en un campo de guisantes. —Egwene rebulló en la cama; seguía siendo tan dura como la recordaba, pero la fina colcha tenía un tacto más suave que las mantas en las que dormía en la tienda. No quería hablar más de Rand—. ¿Estás segura de que esa pelea no causará más problemas? —Tener un pleito con la tal Latelle no haría más fácil el viaje, precisamente.

—No lo creo. Lo único que Latelle tenía contra Nynaeve era que todos los hombres sin compromiso de la compañía habían dejado de estar a su disposición exclusivamente para elegir entre ellos. Algunas mujeres son así, supongo. Aludra es muy reservada y no tiene trato con nadie, Cerandin no habría espantado a una mosca hasta que empecé a enseñarle a valerse por sí misma, y Clarine está casada con Petro. Pero Nynaeve ha dejado muy claro que le dará de bofetadas a cualquier hombre al que se le ocurra pensar siquiera que puede coquetear con ella y se disculpó con Latelle, así que espero que eso deje zanjado el problema.

—¿Dices que se *disculpó*?

Su amiga asintió; en su rostro había una expresión tan divertida como Egwene imaginaba que se reflejaba en el suyo.

—Creí que le daría de golpes a Luca... quien, por cierto, no parece pensar que la advertencia de Nynaeve reza también para él... cuando le dijo que debía disculparse; sin embargo Nynaeve lo hizo, después de estar rezongando una hora, claro. Rezongando sobre ti, de hecho. —Vaciló y miró a Egwene de reojo—. ¿Le dijiste algo la última vez que os reunisteis? Ha estado... diferente desde entonces, y a veces habla consigo misma. Bueno, en realidad discute. Sobre ti, por lo poco que he oído.

—No dije nada que no tuviera que decir. —Así que continuaba, fuera lo que fuera lo que había ocurrido entre ellas. O era eso o Nynaeve estaba acumulando la rabia para la próxima vez que se encontraran. Egwene no estaba dispuesta a soportar más el mal genio de la mujer, especialmente sabiendo que no tenía que hacerlo—. Dile de mi parte que ya es muy mayor para andar rodando por el suelo en una pelea, y que, si se mete en otro lío, le diré algo peor. Díselo así exactamente: que será peor. —Que Nynaeve rumiara aquello hasta la próxima reunión. Una de dos: o se mostraba más suave que una malva... o si no ella tendría que cumplir su amenaza. Nynaeve podía ser más fuerte en el Poder cuando podía encauzar, pero allí, en el *Tel'aran'rhiod,* la fuerte era ella. De un modo u otro, había puesto fin a las rabietas de la antigua Zahorí.

—Se lo diré —contestó Elayne—. También tú has cambiado. Parece haber en ti algo de la actitud de Rand.

A Egwene le costó unos instantes comprender a lo que se refería, aunque ayudó el atisbo de sonrisa divertida que esbozaba la heredera del trono.

—No seas tonta.

Elayne se echó a reír abiertamente y le dio otro abrazo.

—Oh, Egwene, algún día serás la Sede Amyrlin, cuando yo me haya convertido en la reina de Andor.

—Si es que para entonces existe la Torre —adujo con aplastante lógica, y la risa de su amiga se cortó.

—Elaida no puede destruir la Torre Blanca, Egwene. Haga lo que haga, la Torre permanecerá. Quizá no mantenga su puesto de Amyrlin. Una vez que Nynaeve recuerde el nombre de esa ciudad, apostaría a que tendremos una Torre en el exilio, con representación de todos los Ajahs excepto el Rojo.

—Eso espero. —Egwene sabía que se notaba que estaba triste. Quería que las Aes Sedai apoyaran a Rand y se opusieran a Elaida, pero tal cosa significaba la ruptura definitiva de la

Librodot

Torre, quizá para no recuperar la unidad nunca.

—He de regresar —anunció Elayne—. Nynaeve insiste en que, seamos una u otra, la que no entre en el *Tel'aran'rhiod* se quede despierta, y con la jaqueca que sufre lo que necesita es tomarse una de sus infusiones y dormir. No entiendo porqué es tan insistente en eso. La que esté en vela no puede hacer nada para ayudar a la otra, y ahora cualquiera de las dos sabemos lo suficiente para estar perfectamente a salvo aquí. —Su vestido verde se transformó en la chaqueta blanca y los amplios pantalones de Birgitte durante un instante y después volvió a cambiar bruscamente—. Me advirtió que no te lo dijera, pero cree que Moghedien está intentando encontrarnos. A ella y a mí.

Egwene no planteó la pregunta obvia. Estaba claro que era Birgitte quien les había advertido de ello. ¿Por qué se empeñaba Elayne en guardar ese secreto? «Porque lo prometió, y ella no ha roto una promesa en su vida.»

—Dile que tenga cuidado. —Difícilmente Nynaeve se quedaría sentada y esperando si pensaba que una de las Renegadas iba tras ella. Estaría recordando que ya la había vencido en una ocasión, y siempre había tenido más valor que sentido común—. Los Renegados no son un asunto para tomar a la ligera. Ni tampoco los seanchan, aunque supuestamente sólo sean domadores de animales. Dile eso también.

—Supongo que no me harás caso si te aconsejo que tú también tengas cuidado.

—Siempre lo tengo —repuso mientras lanzaba una mirada sorprendida a Elayne—. Lo sabes.

—Por supuesto.

Lo último que Egwene vio de su amiga mientras ésta se desvanecía fue una sonrisa jocosa.

Ella no se marchó. Si Nynaeve no recordaba dónde era el punto de reunión de las Azules, quizá pudiera descubrirlo allí. No era una idea que se le hubiera ocurrido ahora, y éste tampoco era el primer desplazamiento que hacía a la Torre desde su último encuentro con Nynaeve. Adoptó la apariencia de Enaila, con el pelirrojo cabello largo hasta los hombros, y sus ropas se transformaron en el vestido blanco de Aceptada, con las bandas de colores en el repulgo. A continuación evocó la imagen del ornamentado estudio de Elaida.

Seguía como siempre, aunque en cada visita el número de banquetas colocadas en arco delante del ancho escritorio era menor. Las pinturas continuaban colgadas sobre la chimenea. Egwene se dirigió directamente al escritorio y apartó el pesado sillón con apariencia de trono y la Llama de Tar Valon taraceada en el respaldo a fin de llegar hasta la caja lacada que guardaba el correo. Levantó la tapa, llena de halcones luchando ente nubes, y empezó a revisar los papeles tan deprisa como podía. Aun así, algunos desaparecían a media lectura o cambiaban. Era imposible discernir de antemano cuáles eran importantes y cuales no.

La mayoría parecían informes de fracasos en misiones. Todavía se ignoraba adónde había llevado a su ejército el señor de Bashere, y en el escrito se advertía una nota de frustración y preocupación. Aquel nombre seguía cosquilleando en su mente, pero no tenía tiempo que perder, de modo que lo desechó con firmeza y cogió otra hoja. Tampoco había noticias del paradero de Rand, decía un informe que rebosaba pánico. Ésa era una buena noticia que por sí misma hacía que la visita mereciera la pena. Había pasado más de un mes desde las últimas noticias recibidas desde Tanchico de las informadoras de cualquier Ajah, y también otras de Tarabon habían interrumpido la comunicación; la persona que escribía la nota responsabilizaba de ello a la anarquía reinante en esa zona; no podían confirmarse los rumores de que alguien hubiera tomado Tanchico, pero se sugería que el propio Rand estaba implicado en ello. Eso era todavía mejor, porque revelaba que Elaida buscaba a Rand en el lugar equivocado, a mil leguas de distancia. Un informe confuso decía que una hermana Roja de Caemlyn afirmaba haber visto a Morgase en una audiencia pública, pero varias informadoras de Ajahs en Caemlyn manifestaban que la reina había estado recluida varios días. Combates en las Tierras Fronterizas por posibles rebeliones de poca importancia en Shienar y Arafel; el informe desapareció antes de que tuviera tiempo de leer la razón. Pedron

Niall estaba convocando a los Capas Blancas a Amadicia, posiblemente para marchar contra Altara. Menos mal que Elayne y Nynaeve habrían salido del país dentro de tres días.

La siguiente hoja era sobre Elayne y Nynaeve. En primer lugar, la persona que lo escribía aconsejaba no castigar a la informadora que las había dejado escapar —Elaida había tachado aquello con firmes trazos y había escrito en el margen: «¡Dar un ejemplo!»— y luego, cuando la informadora empezaba a entrar en detalles sobre la búsqueda de las dos jóvenes en Amadicia, la hoja se convirtió en un puñado de pliegos, un fajo de lo que parecían los cálculos de constructores y albañiles para erigir una residencia privada para la Sede Amyrlin en los terrenos de la Torre. Más que residencia, un palacio, a juzgar por el número de páginas.

Las dejó caer, y las hojas desaparecieron antes de que acabaran de esparcirse sobre el escritorio. La caja lacada volvía a estar cerrada. Podía pasarse el resto de su vida allí; siempre habría más documentos en la caja y siempre estarían cambiando. Cuanto más efímero era algo en el mundo de vigilia —una carta, un trozo de paño, un cuenco que podía moverse con frecuencia— menos firme era su reflejo en el *Tel'aran'rhiod.* No podía quedarse mucho tiempo; dormir mientras se estaba en el Mundo de los Sueños no procuraba tanto descanso como en un sueño normal.

Salió presurosa a la antesala y estaba a punto de coger la primera hoja del ordenado montón de pergaminos, algunos de ellos con sello, que había sobre el escritorio de la Guardiana, cuando pareció producirse un destello. Antes de que tuviera tiempo de considerar a qué podría deberse, la puerta se abrió y Galad entró en la antesala, sonriendo, con su chaqueta de brocado azul encuadrando sus hombros a la perfección y unos calzones ajustados que marcaban la forma de sus pantorrillas.

Egwene inhaló profundamente, sintiendo un cosquilleo en el estómago. No era justo que un hombre tuviera un rostro tan hermoso.

Él se acercó, los oscuros ojos chispeantes, y le acarició la mejilla con las puntas de los dedos.

—¿Quieres pasear conmigo por el Jardín Acuático?

—Si tenéis intención de arrullaros —dijo una enérgica voz femenina—, hacedlo en otro sitio.

Egwene giró velozmente sobre sus talones y miró de hito en hito a Leane, que estaba sentada detrás del escritorio, con la estola de Guardiana alrededor de los hombros y una cariñosa sonrisa en su rostro cobrizo. La puerta del estudio de la Amyrlin estaba abierta y, dentro, Siuan se encontraba de pie junto al sobrio y pulido escritorio, leyendo un largo pergamino, con la estola de rayas sobre los hombros. Esto era una locura.

Huyó sin pensar en la imagen que evocaba y se encontró de repente, jadeando, en el Prado de Campo de Emond, rodeada por las casas de techo de bálago y el manantial brotando con fuerza por el afloramiento rocoso en la gran extensión de hierba. Cerca del caudaloso arroyo que se ensanchaba rápidamente, se alzaba la pequeña posada de su padre, con su piso bajo de piedra y el primero, saliente, enjalbegado. «El único techo de su clase en todo Dos Ríos» decía a menudo Bran al'Vere refiriéndose a las tejas rojas. Los grandes cimientos de piedra que había cerca de la Posada del Manantial, en el centro de los cuales se alzaba un enorme roble, eran mucho más antiguos que la posada, pero algunos decían que en tiempos había habido allí alguna especie de hospedería junto al manantial durante más de dos mil años.

«Estúpida.» Después de advertir con tanta firmeza a Nynaeve sobre los sueños en el *Tel'aran'rhiod,* había estado a punto de quedar atrapada en uno propio. Aunque era extraño lo de Galad; a veces soñaba con él. Sus mejillas enrojecieron. Ciertamente no lo amaba; ni siquiera le gustaba mucho, pero era hermoso, y en aquellos sueños él había sido mucho más de lo que Egwene habría deseado. Era con su hermano Gawyn con quien soñaba más a menudo, pero también eso era una estupidez. Dijera lo que dijera Elayne, nunca le había dado a entender que sintiera nada por ella.

Todo era culpa de ese tonto libro con todas esas historias sobre amantes. Tan pronto como se despertara por la mañana iba a devolvérselo a Aviendha. Y le diría que no creía que lo leyera por las aventuras, ni mucho menos.

Sin embargo, era reacia a marcharse. El hogar. Campo de Emond. El último lugar en el que se había sentido realmente a salvo. Había pasado más de año y medio desde que se había marchado de allí y, no obstante, todo seguía igual que lo recordaba. Bueno, no todo. En el Prado se erguían dos altos palos en los que ondeaban unos estandartes, uno de un águila roja y el otro con la cabeza de un lobo, también rojo.

¿Tendría Perrin algo que ver con esto? No imaginaba cómo. Pero su amigo había vuelto a casa, según Rand, y ella había soñado con Perrin y con lobos más de una vez.

Bueno, ya estaba bien de perder el tiempo con tonterías. Era hora de... *Destello.*

Su madre salió de la posada; llevaba la canosa trenza echada sobre un hombro. Marin al'Vere era una mujer delgada, todavía guapa, y la mejor cocinera de Dos Ríos. Egwene oía a su padre reír en la sala, donde estaba reunido con el resto del Consejo del Pueblo.

—¿Todavía estás aquí, pequeña? —la reprendió suavemente su madre—. Llevas casada tiempo suficiente para saber que no tendrías que dejarle ver a tu marido que su ausencia te entristece. —Sacudió la cabeza y se echó a reír—. Demasiado tarde. Ahí viene.

Egwene se volvió, anhelante, y sus ojos pasaron sobre los niños que jugaban en el Prado. Los maderos del Puente de los Carros resonaron al cruzarlo Gawyn a galope y luego desmontó frente a ella. Alto y erguido en su chaqueta roja bordada, tenía el rizoso cabello del mismo color rubio rojizo que su hermana, y unos maravillosos ojos azul profundo. No era tan apuesto como su hermanastro, desde luego, pero el corazón de la joven latió más deprisa por él de lo que lo había hecho por Galad —«¿Por Galad? ¿Qué?»— y tuvo que apretar las manos sobre el estómago en un vano esfuerzo de cortar el cosquilleo y la sensación de vacío.

—¿Me has echado de menos? —preguntó él, sonriente.

—Un poco. —«¿Por qué pensé en Galad? Como si lo hubiera visto hace sólo un momento»—. A ratos, cuando no había nada interesante en lo que ocupar mi tiempo. Y tú ¿me echaste de menos?

Por toda respuesta, la levantó en vilo y la besó. Egwene no fue consciente de nada más hasta que él la soltó en el suelo, sobre sus temblorosas piernas. Los estandartes habían desaparecido. «¿Qué estandartes?»

—Aquí lo tenéis —dijo su madre, que traía en sus brazos a un bebé envuelto en pañales—. Aquí está vuestro hijo. Es un buen chico. Nunca llora.

Gawyn rió al mirar al pequeño y lo sostuvo en alto.

—Tiene tus ojos, Egwene. Algún día hará estragos entre las chicas.

Egwene reculó, apartándose de ellos mientras sacudía la cabeza. Había habido estandartes, un águila roja y la cabeza de un lobo rojo. Había visto a Galad. En la Torre.

—¡Nooo!

Huyó, saltando del *Tel'aran'rhiod* a su propio cuerpo. La conciencia duró justo lo suficiente para que se preguntara cómo podía haber sido tan necia para permitir que sus propias fantasías estuvieran a punto de atraparla, y acto seguido se sumió en su propio y seguro sueño. Gawyn galopaba a través del Puente de los Carros, y desmontó...

Moghedien salió de detrás de una de las casas de techo de bálago y se preguntó ociosamente dónde estaría esta pequeña aldea. No era la clase de sitio en el que esperaría encontrar estandartes ondeando. La chica había sido más fuerte de lo que imaginaba para haber escapado de sus redes del *Tel'aran'rhiod.* Ni siquiera Lanfear podía superar sus habilidades allí, por mucho que lo pretendiera. Aun así, la chica sólo había despertado su interés porque estaba hablando con Elayne Trakand, que podría conducirla a Nynaeve al'Meara. La única razón de atraparla había sido simplemente librar al *Tel'aran'rhiod* de alguien que podía moverse libremente por él. Bastante malo era ya tener que compartirlo con Lanfear.

Pero Nynaeve al'Meara... Se proponía hacer que esa mujer le suplicara estar a su

servicio. La apresaría en vida, con su cuerpo, y quizá le pediría al Gran Señor que la concediera la inmortalidad para que de ese modo Nynaeve estuviera lamentando eternamente haberse opuesto a Moghedien. Al parecer ella y Elayne estaban maquinando con Birgitte, ¿no? Ésa era otra que se había hecho merecedora de su castigo. Birgitte ni siquiera sabía quién era Moghedien por aquel entonces, mucho tiempo atrás, en la Era de Leyenda, cuando desbarató su plan cuidadosamente elaborado para hacer morder el polvo a Lews Therin. Pero Moghedien sí sabía quién era ella. Sólo que Birgitte —Teadra en ese tiempo— había muerto antes de que pudiera ocuparse de ella. La muerte no era castigo ni final cuando ello significaba vivir aquí, en el Mundo de los Sueños.

Nynaeve al'Meara, Elayne Trakand y Birgitte. Encontraría a las tres y se ocuparía de ellas. Desde las sombras, para que así no vieran el peligro hasta que fuera demasiado tarde. Las tres, sin excepción.

Se desvaneció, y los estandartes ondearon con la brisa del *Tel'aran'rhiod.*

Librodot

CAPÍTULO 26

Salidar

El halo de grandeza, azul y dorado, titilaba esporádicamente alrededor de la cabeza de Logain, aunque el hombre cabalgaba encorvado en la silla. Min no comprendía por qué aparecía más a menudo últimamente. Logain ya no se molestaba en levantar los ojos de los hierbajos que crecían delante de su caballo hacia las bajas colinas boscosas que se extendían, ondulantes, todo en derredor.

Las otras dos mujeres cabalgaban juntas un poco más adelante, Siuan con la misma inseguridad que siempre en la peluda *Bela* y Leane guiando diestramente a su yegua gris, más con las rodillas que con las riendas. Sólo una franja extrañamente recta de helechos, sobresaliendo de la capa de hojas secas que cubría el suelo del bosque, apuntaba que allí había habido una calzada. Los delicados helechos estaban agostándose, y la capa de hojas crujía y susurraba bajo los cascos de los caballos. El denso dosel de ramas entrelazadas ofrecía cierto resguardo del sol de mediodía, pero no menguaba el bochorno. A Min le corría el sudor por la cara a pesar de la brisa que soplaba de tanto en tanto a su espalda.

Hacía ya quince días que cabalgaban hacia el suroeste de Lugard, guiados únicamente por la insistencia de Siuan de que sabía adónde se dirigían exactamente. Ni que decir tiene que no compartía esos conocimientos con los demás; Siuan y Leane mantenían la boca tan cerrada como cepos de osos después de saltar. Min dudaba incluso de que Leane lo supiera. Quince días, en los que las ciudades y los pueblos se habían ido haciendo paulatinamente más escasos y distanciados entre sí hasta que finalmente no hubo ninguno. De día en día, los hombros de Logain se habían encorvado un poco más, y, también de día en día, el halo aparecía más a menudo. Al principio sólo había rezongado que iban persiguiendo quimeras, pero Siuan había recuperado el liderazgo sin oposición a medida que el hombre se volvía más taciturno y meditabundo. Durante los últimos seis días pareció falto de energía incluso para interesarse hacia dónde se dirigían y si llegarían allí alguna vez.

Siuan y Leane iban hablando en voz baja ahora. Min sólo alcanzó a oír un apagado murmullo que podría haberse tomado por el del viento entre las hojas. Si intentaba acercarse más a ellas, le dirían que no perdiera de vista a Logain o simplemente la mirarían con fijeza hasta que sólo un tonto sin vista habría seguido metiendo las narices donde no le importaba. Habían hecho ambas cosas con bastante frecuencia. De vez en cuando, sin embargo, Leane se giraba en la silla para mirar a Logain.

Por último, Leane dejó que *Campánula* se retrasara y la puso junto al negro semental del hombre. El calor no parecía molestarla; su rostro cobrizo no tenía el menor rastro de sudor. Min tiró de las riendas de *Galabardera* para dejarle sitio.

—Ya no falta mucho —le dijo Leane a Logain con voz sensual. Él no levantó la vista de los hierbajos del suelo. La mujer se inclinó hacia él y se sujetó a su brazo para mantener el equilibrio. En realidad, se apretaba contra él—. Sólo un poco más, Dalyn. Tendrás tu venganza.

Los ojos apagados del hombre siguieron prendidos en el camino.

—Un muerto te haría más caso —comentó Min y lo decía en serio. Había tomado nota

mentalmente de todo lo que Leane hacía y por las noches hablaba con ella, aunque procuraba no dar a entender el motivo. Nunca sería capaz de actuar del mismo modo que Leane («A no ser que esté tan llena de vino que no sepa lo que hago»); sin embargo, unos cuantos consejos podrían venirle bien—. ¿Qué tal si lo besas?

Leane le asestó una mirada que habría congelado un arroyo en su curso, pero Min se limitó a sostenérsela. Nunca había tenido con Leane los problemas habituales con Siuan —bueno, por lo menos no tantos— y esas escasas dificultades habían ido menguando desde que la otra mujer había salido de la Torre. Y menos aun desde que habían empezado a hablar de hombres. ¿Cómo se iba a sentir intimidada por una mujer que le había dicho con total seriedad que hay ciento siete maneras distintas de besar, y noventa y tres formas de tocar la cara de un hombre sin usar la mano? De hecho, Leane parecía creer estas cosas.

El comentario de Min sobre que le diera un beso no llevaba mala intención. Leane lo había arrullado, le había lanzado miradas que tendrían que haberlo derretido, desde el día en que tuvieron que sacarlo a la fuerza de entre las mantas en lugar de ser el primero en levantarse y azuzarlas para que se pusieran en marcha. Min ignoraba si Leane sentía algo realmente por el hombre, aunque le costaba trabajo incluso admitir la posibilidad, o si sólo intentaba animarlo para que no se diera por vencido y languideciera, a fin de mantenerlo con vida para lo que quiera que Siuan hubiera planeado.

Ciertamente, Leane no había dejado de coquetear con otros aparte de él. Por lo visto, ella y Siuan habían resuelto que Siuan se entendería con las mujeres y Leane, con los hombres, y así había sido desde Lugard. En dos ocasiones, sus sonrisas y miradas les habían proporcionado habitaciones donde el posadero había dicho un momento antes que no quedaba ninguna, habían rebajado el importe de la factura en aquellas dos y en tres más, y dos noches durmieron en graneros en lugar de hacerlo bajo los arbustos. También habían conseguido que las persiguiera un ama de casa armada con una horca, y que otra les volcara encima el desayuno de gachas frías, pero a Leane le parecieron divertidos esos incidentes, aunque no a los demás. Los últimos días, no obstante, Logain había dejado de reaccionar como cualquier hombre que la viera durante más de dos minutos. De hecho, ya no reaccionaba con nada.

Siuan hizo volver grupas a *Bela*; su postura era tan rígida, con los codos muy separados, que daba la impresión de que iba a caerse en cualquier momento. Tampoco a ella la afectaba el calor.

—¿Has visto el halo hoy? —Lo preguntó sin apenas mirar de soslayo a Logain.

—Sigue igual —repuso pacientemente Min.

Siuan se negaba a comprender o a creer por mucho que se lo repitiera, e igual le ocurría a Leane. Habría dado lo mismo si no hubiera vuelto a ver el halo desde la primera vez en Tar Valon. De estar Logain tirado en el camino, moribundo, con los últimos estertores, habría apostado todo cuanto tenía y más a que, de algún modo, se produciría una recuperación milagrosa. Aquello que veía era verdad. Siempre ocurría. Lo sabía de la misma manera que supo la primera vez que vio a Rand al'Thor que se enamoraría de él perdida y desesperadamente; del mismo modo que había sabido que tendría que compartirlo con otras dos mujeres. Logain estaba destinado a una gloria tal como pocos hombres habrían soñado alcanzar.

—No adoptes esa actitud conmigo —dijo Siuan, endureciendo la mirada—. Ya tenemos bastante con tener que dar de comer a este enorme congrio peludo si queremos que ingiera algo para que ahora vengas tú y te enfurruñes como una gaviota en invierno. Puede que tenga que aguantarlo a él, muchacha, pero si tú también empiezas a darme problemas no tardarás en lamentarlo. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí, Mara. —«Al menos podrías haberle contestado con un poco de sarcasmo», se reprochó para sus adentros. «No tienes que ser mansa como una gallina. Has mandado a paseo a Leane en su cara.» La domani había sugerido que pusiera en práctica con el herrador del último pueblo lo que le había enseñado. Era un hombre alto, apuesto, con manos fuertes y agradable sonrisa, pero aun así...—. Intentaré no enfurruñarme.

Librodot

Lo peor era darse cuenta de que había intentado que su voz sonara sincera. Siuan producía ese efecto. Min no se imaginaba a Siuan hablando sobre cómo sonreírle a un hombre. Siuan lo miraría a los ojos directamente, le diría lo que tenía que hacer y esperaría que lo realizara de inmediato. Exactamente igual que con cualquier persona. Si actuaba de forma distinta, como con Logain, se debía únicamente a que el asunto no era lo bastante importante para presionar.

—No falta mucho, ¿verdad? —dijo enérgicamente Leane. El otro tono de voz lo reservaba para los hombres—. No me gusta su aspecto, y si tenemos que parar otra vez para hacer noche... En fin, que si tiene menos empuje de lo que tenía esta mañana, no sé si seremos capaces de hacerlo subir a la silla de montar.

—No, no falta mucho, si las últimas indicaciones que me dieron son totalmente correctas.

Siuan parecía irritada. Había preguntado en aquel último pueblo, hacía dos días —sin dejar que Min la oyera, por supuesto; Logain no había mostrado ningún interés— y no le gustaba que se lo recordaran. Min no entendía por qué. Siuan no podía temer que Elaida las estuviera persiguiendo.

En cuanto a ella, esperaba que no estuviera muy lejos. No era fácil calcular cuánto habían bajado hacia el sur desde que habían dejado la calzada a Jehannah. La mayoría de los campesinos sólo tenían una vaga idea de dónde estaban sus pueblos en relación con cualquier lugar excepto las ciudades más próximas, pero cuando cruzaron el Manetherendrelle hacia Altara, justo antes de que Siuan los sacara de la concurrida calzada, el viejo barquero había estado examinando un ajado mapa, un mapa que se extendía hasta las Montañas de la Niebla. A menos que se equivocara en sus cálculos, se encontrarían con otro ancho río en pocos kilómetros: o el Boern, lo que significaba que estarían ya en Ghealdan, donde se hallaban el Profeta y su multitudinaria chusma de seguidores, o el Eldar, con Amadicia y los Capas Blancas en la orilla opuesta.

Min apostaba por Ghealdan, con Profeta o sin él, e incluso eso era una sorpresa si de verdad estaban cerca. Sólo un necio esperaría encontrar una reunión de Aes Sedai más cerca de Amadicia de lo que tenían que estar ahora, y Siuan no era tonta ni mucho menos. Se encontraran en Ghealdan o en Altara, Amadicia no debía de estar a muchos kilómetros de distancia.

—Las consecuencias del amansamiento deben de haberlo alcanzado ahora —masculló Siuan—. Si pudiera aguantar unos cuantos días más...

Min mantuvo la boca cerrada; si la mujer no quería escuchar no tenía sentido hablar. Siuan sacudió la cabeza y taconeó a *Bela* para situarse de nuevo a la cabeza del grupo, aferrando las riendas como si esperara que la yegua saliera a galope en cualquier momento; por su parte, Leane volvió al tono acariciante con el que engatusaba a Logain. Quizá sentía algo por él; no sería una elección peor que la de la propia Min.

Las colinas boscosas seguían discurriendo en un panorama invariable de árboles, matorrales y zarzas. Los helechos que marcaban la antigua calzada seguían adelante, en línea recta; Leane decía que la tierra era diferente donde había estado el camino, como si Min hubiera tenido que saberlo. Ardillas con mechones de pelo en las puntas de las orejas les lanzaban una parrafada desde las ramas de tanto en tanto, y se oía el trino de pájaros de forma esporádica, aunque Min no supo distinguir de qué tipo eran. Baerlon no se consideraría una urbe comparada con Caemlyn o Illian o Tear, pero ella se tenía por una mujer de ciudad; un pájaro era un pájaro, y le importaba poco en qué tipo de suelo crecía un helecho.

Sus dudas surgieron de nuevo. Las había sentido más de una vez después de Hontanares de Kore, pero entonces le resultó más fácil desecharlas. Luego, desde Lugard, la habían atosigado más a menudo, y se sorprendió a sí misma considerando a Siuan desde una perspectiva que antes jamás se habría atrevido a plantearse. No es que tuviera valor para enfrentarse a ella, por supuesto; le molestaba admitir tal cosa, incluso ante sí misma. Sin embargo, Siuan quizá no sabía hacia dónde se dirigían. Podía mentir, puesto que la

neutralización la había liberado de los Tres Juramentos. Tal vez sólo la empujaba la esperanza de que si continuaba adelante daría con algún rastro de lo que tan desesperadamente necesitaba encontrar. De un modo incipiente, y desde luego muy peculiar, Leane había empezado a llevar una vida propia que no estaba ligada a los problemas del poder, la Fuente Verdadera y Rand. No era que los hubiera abandonado completamente, pero en opinión de Min para Siuan no había nada aparte de esas cosas. La Torre Blanca y el Dragón Renacido eran toda su vida, y se aferraría a ellos aunque tuviera que mentirse incluso a sí misma.

El terreno boscoso dio paso a una villa grande de manera tan repentina que Min dio un respingo. Ocozoles, robles y pinos achaparrados —especies que conocía— llegaban a cincuenta pasos de las casas de techo de bálago, construidas con cantos de río sobre las suaves colinas. Habría apostado que el bosque había ocupado aquel espacio hasta hacía poco, ya que todavía crecían muchos árboles, agrupados en pequeños y alargados sotos, entre las casas, casi pegados a las paredes, y aquí y allí se veían tocones bastante recientes delante de las fachadas. Las calles conservaban el aspecto de tierra recién removida, no la superficie prensada de tierra que se conseguía tras generaciones de pies pisándola. Unos hombres, en mangas de camisa, estaban poniendo bálago nuevo en los techos de tres grandes cuadrados de piedra que debían de haber sido posadas —de hecho, en uno de ellos quedaba un letrero borroso y ajado que colgaba sobre la puerta—, pero no se veía por ningún sitio el bálago viejo. Había demasiadas mujeres yendo de un sitio para otro en comparación con los hombres que se veían, y muy pocos niños jugando considerando el número de mujeres. El aroma de la comida de mediodía que flotaba en el aire era lo único normal en aquel sitio.

Si la primera ojeada sobresaltó a Min, cuando la joven se fijó realmente en lo que había ante ella estuvo a punto de caerse de la yegua. Las mujeres más jóvenes, sacudiendo mantas por alguna ventana o dirigiéndose afanosas a alguna tarea, llevaban sencillos vestidos de lana, pero ningún pueblo más o menos grande contaba con tantas mujeres ataviadas con vestidos de montar, ya fueran de seda o de fina lana, de todos los colores y estilos. Alrededor de esas mujeres y de casi todos los hombres, flotaban halos e imágenes que cambiaban y titilaban ante los ojos de la muchacha; por lo general, pocas personas tenían algo susceptible de ser visto con su talento, pero a las Aes Sedai y a los Guardianes rara vez les faltaban halos durante más de una hora. Los niños debían de ser de los sirvientes de la Torre. Pocas eran las Aes Sedai que se casaban y muy de tarde en tarde; pero, conociéndolas, seguro que habrían hecho todo cuanto estuviera a su alcance para llevarse a sus criados con sus familias, sacándolos de cualquier lugar del que ellas mismas huirían por considerarlo peligroso. Siuan había encontrado la reunión de Aes Sedai.

Se produjo un extraño silencio cuando entraron en el pueblo a caballo. Nadie hablaba. Las Aes Sedai se quedaron inmóviles observándolos, al igual que las mujeres más jóvenes y las chicas que debían de ser Aceptadas o incluso novicias. Hombres que un momento antes se movían con la agilidad de lobos, se quedaron paralizados, con una mano oculta entre el bálago o metida tras un vano, sin duda donde tenían guardadas las armas. Los niños desaparecieron, conducidos apresuradamente por adultos que tenían que ser los sirvientes. Bajo todas aquellas miradas penetrantes, Min sintió que se le erizaba el vello en la nuca.

Leane parecía inquieta y miraba de reojo conforme pasaban entre la gente, pero Siuan mantuvo una expresión sosegada mientras los conducía hacia la posada más grande, la del letrero ilegible; allí desmontó torpemente y ató a *Bela* al aro de hierro de uno de los postes de piedra, que por su aspecto debían de haber colocado hacía muy poco tiempo. Min ayudó a Leane a desmontar a Logain —Siuan nunca echaba una mano para subirlo o bajarlo del caballo—, sin dejar de lanzar ojeadas en derredor. Todo el mundo los observaba, sin moverse.

—No esperaba que se me recibiera como a una hija pródiga —le susurró a la otra mujer—, pero ¿por qué nadie nos saluda al menos?

Antes de que Leane tuviera tiempo de contestar —si es que pensaba hacerlo— Siuan añadió:

—Bueno, no dejéis de remar cuando la costa está tan cerca. Traedlo aquí. —

Librodot

Desapareció en el interior de la posada mientras Min y Leane todavía conducían a Logain hacia la puerta. El hombre caminaba con facilidad, pero cuando dejaron de instarlo a seguir sólo dio un paso antes de detenerse.

La sala no se parecía a ninguna de las que Min había visto hasta entonces. Las grandes chimeneas estaban apagadas, por supuesto, y había huecos allí donde se habían desprendido piedras; el techo de yeso tenía desconchones y agujeros tan grandes como una cabeza, por los que asomaban los palos de la techumbre. Mesas disparejas de todos los tamaños y formas estaban distribuidas sobre un suelo agrietado y deteriorado por el tiempo; varias chicas lo estaban fregando. Sentadas a las mesas, mujeres con rostros intemporales examinaban pergaminos e impartían órdenes a los Guardianes, de los que sólo unos pocos llevaban sus capas de colores cambiantes, o a otras mujeres, algunas de las cuales tenían que ser Aceptadas o novicias. Otras eran demasiado mayores para eso, aproximadamente la mitad de ellas, canosas y con signos claros de su edad, y también había hombres que no eran Guardianes; la mayoría se movían presurosos como si llevaran mensajes o alcanzándoles pergaminos o copas de vino a las Aes Sedai. El bullicio tenía un aire satisfactorio de actividad, de ocupaciones. Los halos y las imágenes titilaban por toda la estancia, coronando cabezas, tan numerosos que Min tuvo que procurar hacer caso omiso de ellos para no agobiarse. No resultó fácil, pero era un truco que había aprendido cuando había a su alrededor varias Aes Sedai a la vez.

Cuatro de ellas se aproximaron hacia los recién llegados, una imagen perfecta de gracilidad y fría calma bajo sus trajes de montar. Para Min, ver sus rostros familiares fue como llegar a casa después de estar perdida.

Los verdes y rasgados ojos de Sheriam se clavaron de inmediato en Min. Unos rayos plateados y azules serpentearon alrededor de su pelo rojo, así como una suave luz dorada; Min ignoraba su significado. Algo metida en carnes bajo el traje de seda azul oscuro, de momento era la viva imagen de la severidad.

—Me alegraría más de verte, muchacha, si supiera cómo descubriste nuestra presencia aquí y si tuviera algún indicio de por qué concebiste la disparatada idea de traer a ese hombre aquí.

Media docena de Guardianes se había acercado; las manos descansaban en la empuñadura de la espada y los ojos estaban clavados en Logain, quien no parecía ver a nadie. Min se quedó boquiabierta. ¿Por qué le preguntaba a *ella*?

—¿Que cómo concebí la dispara...? —No tuvo ocasión de añadir nada más.

—Habría sido mucho mejor —la interrumpió fríamente Carlinya— que él hubiera muerto como se rumoreaba. —La suya no era una frialdad iracunda, sino de desapasionado razonamiento. Pertenecía al Ajah Blanco. Su vestido marfileño parecía haber tenido mucho uso. Durante un instante, Min vio la imagen de un cuervo flotando junto a su oscuro cabello; más bien era un dibujo del ave que la propia ave. Le pareció como un tatuaje, pero ignoraba su significado. Se concentró en las caras, intentando no ver nada más—. En cualquier caso, parece más muerto que vivo —continuó Carlinya, sin apenas hacer una pausa para respirar—. Fuera cual fuera tu idea, has hecho el esfuerzo en vano. Pero también a mí me gustaría saber cómo llegaste a Salidar.

Siuan y Leane intercambiaron miradas engreídas y zumbonas mientras las críticas llovían sobre Min. Nadie se había fijado en ellas.

Myrelle, con su morena belleza resaltada por el vestido de seda verde, el corpiño bordado con doradas líneas diagonales, por lo general exhibía una sonrisa sagaz que a veces habría podido rivalizar con los nuevos trucos de Leane. Pero ahora no sonreía, y saltó nada más acabar de hablar la hermana Blanca.

—Vamos, Min, di algo, no te quedes ahí boquiabierta, como una idiota. —Era conocida por su vehemencia, incluso entre las Verdes.

—Tienes que decírnoslo —intervino Anaiya en un tono más afable, aunque había en él un deje exasperado. Era una mujer de rasgos francos y aspecto maternal a pesar de la intemporalidad de su rostro; en ese momento se alisaba la falda gris como haría una madre

intentando no coger la vara de castigo—. Encontraremos un lugar para ti y para estas otras dos chicas, pero debes decirnos cómo supiste llegar hasta aquí.

Min se sacudió para salir de su estupor y cerró la boca. Naturalmente. Esas otras dos chicas. Se había acostumbrado de tal modo a su nueva imagen que ya no se acordaba del gran cambio que habían sufrido. Suponía que ninguna de estas mujeres las había vuelto a ver desde que las habían arrastrado a las mazmorras de la Torre Blanca. Leane parecía a punto de prorrumpir en carcajadas, y Siuan sacudía la cabeza mirando a las Aes Sedai con gesto disgustado.

—No es conmigo con quien tenéis que hablar —respondió Min a Sheriam. «Dejemos que sean esas "otras" dos chicas» las que aguanten sus miradas»—. Preguntadles a Siuan o a Leane.

Cuatro pares de ojos se volvieron hacia las otras, pero no asomó a ellos el reconocimiento inmediato. Observaron, fruncieron el ceño e intercambiaron miradas. Ninguno de los Guardianes quitó la vista de encima a Logain ni la mano de la empuñadura de la espada.

—La neutralización puede tener ese efecto —murmuró al cabo Myrelle—. He leído informes que dan a entender tal cosa.

—Los rasgos se asemejan, en muchos sentidos —dijo lentamente Sheriam—. Alguien podría haber buscado mujeres que se parecieran a ellas, pero ¿por qué?

El aire de engreimiento había desaparecido en Siuan y en Leane.

—Somos quienes somos —dijo esta última con voz cortante—. Preguntadnos. Una impostora no sabría lo que nosotras sabemos.

—Puede que mi rostro haya cambiado —intervino Siuan, sin esperar a que le preguntaran—, pero al menos sé lo que estoy haciendo y por qué, lo que es más de lo que puede decirse de vosotras, sin duda.

Min gimió al escuchar su tono acerado, pero Myrelle asintió con la cabeza y manifestó:

—Ésa es la voz de Siuan Sanche. Es ella.

—Es posible aprender las inflexiones de una voz —adujo Carlinya sin perder su fría calma.

—¿Y también se pueden aprender los recuerdos? —Anaiya adoptó un gesto severo—. Siuan, si realmente eres quien dices, el día de tu vigésimo segundo cumpleaños tuvimos una discusión. ¿Dónde ocurrió y qué consecuencias tuvo?

Siuan sonrió con seguridad a la otra mujer.

—Fue durante la conferencia que diste a las Aceptadas sobre el motivo de que tantas de las naciones que se repartieron el imperio de Artur Hawkwing tras su muerte no lograran sobrevivir. Todavía difiero contigo en algunos puntos, por cierto. El resultado fue que me pasé dos meses trabajando tres horas al día en las cocinas. «Con la esperanza de que el calor supere y consuma tu ardor», creo que fueron tus palabras exactas.

Si había pensado que con esa pregunta bastaría, estaba equivocada. Anaiya tenía más para ambas mujeres, y también Carlinya y Sheriam, quienes por lo visto habían sido novicias y Aceptadas al mismo tiempo que ellas. Eran sobre ese tipo de cosas que ninguna impostora habría podido enterarse: líos en los que se habían metido; travesuras que habían tenido o no éxito; opiniones compartidas respecto a diversas profesoras Aes Sedai. Min no podía creer que las mujeres que más tarde se habrían convertido en Sede Amyrlin y Guardiana de las Crónicas se hubieran metido en apuros tantas veces, pero tenía la impresión de que aquello sólo era la punta de una montaña enterrada, y por lo visto Sheriam no les había andado mucho a la zaga. Myrelle, varios años más joven, se limitó a comentarios divertidos, hasta que Siuan dijo algo sobre una trucha metida en el baño de Saroiya Sedai y una novicia a la que se le enseñó a tener mejores modales durante medio año. Y no es que Siuan pudiera echar en cara las trastadas de otras. ¿Lavar la ropa interior de una Aceptada antipática con hierbas urticantes? ¿Escabullirse de la Torre para ir a pescar? Hasta las Aceptadas necesitaban permiso para salir del recinto de la Torre y sólo a ciertas horas. Siuan y Leane, en

complicidad, habían enfriado un cubo de agua hasta que estuvo casi congelado y luego lo colocaron de manera que se volcara sobre una Aes Sedai que las había hecho azotar, injustamente a su modo de ver. Por el destello que asomó a los ojos de Anaiya, tuvieron suerte de que no se descubriera la fechoría en aquel momento. Por lo que Min sabía acerca del entrenamiento de novicias, así como de las Aceptadas, estas mujeres habían sido afortunadas de permanecer el tiempo suficiente en la Torre para convertirse en Aes Sedai, y más aun de conservar intacto el pellejo.

—Estoy convencida —dijo finalmente la mujer de aspecto maternal mientras miraba a las otras.

Myrelle asintió después de que lo hiciera Sheriam.

—Todavía queda la cuestión de qué hacer con ellas —dijo sin embargo Carlinya, que miró directamente a Siuan, sin pestañear.

De repente las otras parecieron sentirse incómodas. Myrelle frunció los labios, y Anaiya contempló fijamente el suelo. Sheriam se alisaba la falda y evitaba mirar a ninguno de los recién llegados.

—Seguimos sabiendo lo que sabíamos antes —les dijo Leane, que también había fruncido la frente en un gesto algo preocupado—. Podemos ser de utilidad.

Siuan tenía la expresión sombría. Leane parecía haber disfrutado al evocar sus travesuras de jóvenes y los correspondientes castigos, pero a Siuan no le había hecho ni pizca de gracia. Aun así, y en contraste con su mirada casi furibunda, su voz sólo sonó un poco tirante:

—Queríais saber cómo os encontramos. Entré en contacto con una de mis informadoras que también trabaja para las Azules, y ella mencionó Sally Daer.

Min no entendía nada de lo de Sally Daer —¿quién era?—, pero Sheriam y las otras se miraron y asintieron. Siuan había hecho algo más que explicarles cómo las había encontrado; les había dado a entender que todavía tenía acceso a las informadoras que habían estado a su servicio como Sede Amyrlin.

—Siéntate allí, Min —le dijo Sheriam mientras señalaba una de las mesas desocupadas, en un rincón—. ¿O sigues siendo Elmindreda? Y que Logain vaya contigo. —Ella y las otras tres condujeron a Siuan y a Leane hacia la parte trasera de la sala. Otras dos mujeres vestidas con traje de montar se les unieron antes de que desaparecieran por una puerta tan nueva que la madera de los tablones estaba verde aún.

Min suspiró y condujo a Logain por el brazo a la mesa, hizo que se sentara en un tosco banco y ella se acomodó en una silla inestable. Dos de los Guardianes se situaron cerca de ellos, apoyados en la pared. No daban la impresión de que estuvieran vigilando a Logain, pero Min conocía a los Gaidin; no se les escapaba un detalle y podían desenvainar las espadas en un visto y no visto hasta estando dormidos.

Así que no iba a ser una calurosa acogida, aun después de admitir la identidad de Siuan y Leane. Bueno ¿y qué otra cosa podía esperarse? Siuan y Leane habían sido las dos mujeres más poderosas de la Torre Blanca, pero ahora ni siquiera eran Aes Sedai. Seguramente las otras ni siquiera sabrían cómo tratarlas. Y además habían aparecido con un falso Dragón amansado. Más valía que Siuan no hubiera mentido y de verdad tuviera un plan para él. Min dudaba que Sheriam y las otras fueran tan pacientes como lo había sido Logain.

Y Sheriam, al menos, la había reconocido a ella. Se puso de pie un momento para asomarse por los vidrios rotos de una ventana que daba a la calle. Sus caballos seguían atados a las pilastras, pero alguno de esos Guardianes que no estaban vigilando la atraparía antes de que tuviera ocasión de desatar las riendas de *Galabardera.* En su última estancia en la Torre, Siuan se había tomado muchas molestias en disfrazarla; por lo visto, sin resultado. No obstante, no creía que ninguna de las otras conociera su don de ver cosas. Siuan y Leane lo habían guardado en secreto, y Min se sentiría muy satisfecha si continuaba igual. Si estas Aes Sedai lo descubrían, la enredarían como había hecho Siuan, y nunca podría reunirse con Rand. No tendría ocasión de poner en práctica lo que había aprendido de Leane si la volvían a tener

atada aquí.

Ayudar a Siuan a encontrar a este grupo, contribuir a que las Aes Sedai apoyaran a Rand estaba muy bien y era importante, pero también tenía su propia meta: hacer que un hombre que no se había fijado nunca en ella se enamorara de ella antes de que se volviera loco. Quizás estaba tan loca como él estaba condenado a estarlo.

—Entonces haremos una buena pareja —masculló entre dientes.

Una chica pecosa, de ojos verdes, que debía de ser una novicia, se paró junto a la mesa.

—¿Os apetece comer o beber algo? Hay guisado de venado y peras silvestres. Quizá también quede un poco de queso. —Puso tanto empeño en no mirar a Logain que fue como si lo hubiera observado fijamente.

—Las peras y el queso me parecen bien —contestó Min. Los dos últimos días habían pasado hambre; Siuan había conseguido pescar unos peces en un arroyo, pero era Logain quien se había ocupado de cazar cuando no comían en una posada o una granja. En su opinión, unas judías secas no podían considerarse comida—, Y un poco de vino, si tenéis. Pero primero me gustaría saber en qué país estamos, si esa información no es secreta también aquí. ¿Este pueblo se llama Salidar?

—Estamos en Altara. El Eldar se encuentra a un par de kilómetros al oeste. Amadicia está al otro lado. —La chica hizo una pésima imitación de la actitud misteriosa de las Aes Sedai—. ¿Qué mejor escondite para unas Aes Sedai que allí donde nunca se las buscaría?

—No tendríamos que escondernos —espetó una joven de cabello oscuro y rizoso, parándose junto a ellos. Min la reconoció; era una Aceptada llamada Faolain. Por su modo de ser, Min habría esperado que siguiera en la Torre. Que ella supiera, a Faolain nunca le había caído bien nadie ni nada, y a menudo había manifestado su deseo de elegir el Ajah Rojo cuando ascendiera a Aes Sedai. Era la perfecta seguidora de Elaida—. ¿Por qué vinisteis aquí? ¡Y con *él*! ¿Por qué vino *ella*? —Min no tuvo duda sobre a quién se refería—. Es culpa suya que tengamos que escondernos. No creí que ayudara a Mazrim Taim a escaparse, pero, si ahora se presenta aquí con él, a lo mejor sí lo hizo.

—Basta ya, Faolain —le dijo a la Aceptada una esbelta mujer con el cabello suelto cayéndole hasta la cintura y vestida con un traje de montar de seda de color dorado oscuro. Min creía conocerla. Edesina. Una Amarilla, si no se equivocaba—. Continúa con tus tareas —ordenó—. Y si tienes intención de traer comida, Tabiya, hazlo.

Edesina no prestó atención a la hosca reverencia de Faolain —la novicia hizo otra mejor y se alejó presurosa— y en cambio puso una mano sobre la cabeza de Logain. Con los ojos fijos en la mesa, el hombre no pareció advertirlo.

De repente Min vio aparecer un collar plateado ciñendo el cuello de la mujer; de forma igualmente repentina, se rompió. Min sufrió un escalofrío. No le gustaban las visiones relacionadas con los seanchan. Al menos Edesina escaparía de algún modo. Aun en el caso de que Min hubiera estado dispuesta a delatar su don, no tenía sentido poner sobre aviso a la mujer; eso no cambiaría las cosas.

—Es el amansamiento —dijo al cabo de un momento la Aes Sedai—. Supongo que ha renunciado a seguir viviendo. No puedo hacer nada por él, aunque tampoco estoy segura de que lo haría si pudiera. —La mirada que asestó a Min antes de alejarse distaba mucho de ser amistosa.

Una elegante y escultural mujer, vestida con un traje de seda de color rojizo, se paró a unos pasos de la mesa y observó fríamente a Logain y a Min, con ojos inexpresivos. Kiruna era una Verde, y, a su modo, su porte era regio; según le habían contado a Min, era hermana del rey de Arafel, pero en la Torre se había mostrado amistosa con ella. Min sonrió, pero aquellos grandes y oscuros ojos pasaron sobre ella sin reconocerla. Kiruna salió de la posada, y cuatro Guardianes, muy dispares entre sí pero todos ellos moviéndose con aquella felina y mortífera gracia, la siguieron de inmediato al exterior.

Mientras esperaba la comida, Min confió en que Siuan y Leane estuvieran teniendo un recibimiento más cálido.

Librodot

CAPÍTULO 27

La costumbre de la pusilanimidad

—Vais al pairo, sin timón —les dijo Siuan a las seis mujeres que tenía enfrente, sentadas en seis tipos de sillas distintos.

La propia habitación era una mezcolanza. Sobre dos grandes mesas de cocina, pegadas a una pared, había plumas, tinteros y frascos de arena colocados en ordenadas hileras. Lámparas desparejadas, algunas de barro vidriado y otras doradas, y velas de todos los grosores y longitudes estaban dispuestas para proporcionar luz al caer la noche. Un trozo de alfombra de seda illiana, de fuertes colores azules, rojos y dorados, cubría parte de un suelo de tablones toscos y desgastados. A Leane y a ella las habían sentado al lado opuesto del trozo de alfombra, de manera que ambas eran el foco de todas las miradas. Las ventanas de bisagra, con los vidrios rotos o reemplazados por seda untada de aceite, estaban abiertas para dejar pasar un poco de aire, pero era insuficiente para aliviar el calor. Siuan Sanche se dijo para sus adentros que no envidiaba a estas mujeres por su habilidad para encauzar —lo tenía superado, sin duda— pero sí que envidiaba el que ninguna de ellas transpirara. Notaba que su propia cara estaba húmeda por el sudor.

—Toda esa actividad de ahí fuera es sólo apariencia y exhibición —añadió Siuan—. Puede que os engañéis a vosotras mismas y quizás incluso a los Gaidin, aunque yo en vuestro lugar no lo daría por hecho; sin embargo, a mí no podéis engañarme.

Habría preferido que Morvrin y Beonin no se hubieran sumado al grupo. Morvrin era escéptica en todo a despecho de su apariencia plácida y su expresión a veces ausente; la fornida hermana Marrón, con el cabello surcado de hebras grises, era de las que exigían seis evidencias antes de creer que los peces tenían escamas. Beonin era una bonita hermana Gris, de cabello dorado oscuro y ojos gris azulados tan grandes que le daban una constante apariencia de sobresalto; comparada con ella, Morvrin era una crédula.

—Elaida tiene la Torre en sus manos, y sabéis que manejará mal a Rand al'Thor —manifestó desdeñosamente Siuan—. Será pura suerte si no se deja llevar por el pánico y hace que lo amansen antes del Tarmon Gai'don. Sabéis que, sea cual sea el sentimiento que os inspira un hombre capaz de encauzar, las Rojas lo sienten multiplicado por diez. La Torre Blanca pasa por el momento de mayor debilidad cuando debería estar más fuerte que nunca, y se encuentra en manos de una necia cuando debería estar dirigida sagazmente. —Arrugó la nariz y las fue mirando a los ojos una a una—. Y aquí estáis, sentadas sin hacer nada, a la deriva y con las velas arriadas. ¿O esperáis convencerme de que estáis haciendo algo más que gandulear y soplar pompas de jabón al aire?

—¿Opinas como Siuan, Leane? —preguntó afablemente Anaiya. Siuan nunca había entendido por qué esta mujer le caía bien a Moraine. Intentar que hiciera algo que no quería era como golpear un saco de plumas. Nunca hacía frente a otro ni discutía; sólo se negaba, en silencio, a ceder. Hasta el modo en que se sentaba, con las manos entrelazadas, la hacía parecer más una mujer a punto de hacer la masa del pan que una Aes Sedai.

—En parte, sí —contestó Leane. Siuan le asestó una seca mirada que ella pasó por alto—. En lo que se refiere a Elaida, por supuesto. Elaida manejará tan mal a Rand al'Thor

como está haciendo con la Torre. En cuanto al resto, sé que habéis trabajado duro para haber conseguido reunir a tantas hermanas como hay aquí, y espero que estéis trabajando con igual ahínco para hacer algo respecto a Elaida.

Siuan resopló de manera manifiesta. Mientras cruzaba la sala había visto de pasada algunos de aquellos pergaminos examinados con tanto interés: listas de provisiones; reparto de maderos para reconstrucción; asignación de tareas para talar árboles, reparar casas y limpiar pozos. Nada más. Nada que tuviera la menor relación con un informe respecto a las actividades de Elaida. Planeaban pasar el invierno allí, y sólo hacía falta que fuera capturada una Azul que supiera lo de Salidar, que la sometieran a interrogatorio —no aguantaría mucho si Alviarin se encargaba de ello— y Elaida sabría exactamente dónde echarles la red. Y, mientras, se preocupaban de plantar huertos y tener suficiente leña cortada antes de que se produjera la primera helada.

—Entonces sobran los comentarios —replicó fríamente Carlinya—. No parecéis entender que ya no sois la Amyrlin y la Guardiana. Ni siquiera sois Aes Sedai. —Algunas de las mujeres tuvieron la cortesía de sonrojarse; Morvrin y Beonin, no, sino las otras. A ninguna Aes Sedai le gustaba hablar de la neutralización o que se le recordara su existencia, y les parecía una falta de tacto hacerlo delante de ellas dos—. No es mi intención ser cruel al decirlo. No creímos los cargos presentados contra vosotras, a pesar de vuestro compañero de viaje, o en caso contrario no estaríamos aquí, pero no podéis ocupar vuestros antiguos puestos entre nosotras, y eso es un hecho indiscutible.

Siuan recordaba bien a Carlinya como novicia y Aceptada. Una vez al mes había cometido alguna falta leve, algo sin importancia que le reportaba una o dos horas extras de trabajo. Exactamente una vez al mes. Con ello intentó evitar que las demás la consideraran gazmoña. Aquéllas habían sido sus únicas infracciones —jamás rompió otras reglas ni se pasó de la raya; no habría sido lógico—, pero nunca comprendió por qué las otras chicas la consideraron, a pesar de todo, una favorita de las Aes Sedai. Mucha lógica y poco sentido común, así era Carlinya.

—A pesar de que lo que se os hizo se ajusta por pelos a la ley —dijo suavemente Sheriam—, convenimos en que fue malignamente injusto, una distorsión extrema del espíritu de la ley. —El respaldo de la silla, detrás de su pelirrojo cabello, tenía una incongruente talla que parecía un amasijo de serpientes luchando—. Digan lo que digan los rumores, la mayoría de los cargos alegados contra vosotras eran tan poco consistentes que se tendrían que haber desestimado por ridículos.

—Excepto el de que sabían lo de Rand al'Thor y conspiraron para ocultarlo a la Torre —intervino con dureza Carlinya.

—Sí —asintió Sheriam—; pero, aunque tal cosa fuera cierta, no justificaba el castigo impuesto. Ni tampoco se os debió juzgar en secreto, sin daros la oportunidad de defenderos. No temáis que os volvamos la espalda. Nos ocuparemos de que nunca os falte nada.

—Gracias —musitó Leane con voz débil y casi temblorosa.

Siuan torció el gesto.

—Ni siquiera me habéis preguntado sobre las informadoras que puedo utilizar. —Sheriam le había caído bien cuando eran estudiantes, aunque los años y las respectivas posiciones habían abierto una brecha entre ambas. Vaya, así que se ocuparían de que no les faltara nada—. ¿Está Aeldene aquí? —Anaiya empezó a negar con la cabeza antes de darse cuenta de lo que hacía—. Es lo que imaginaba o en caso contrario estaríais más enteradas de lo que ocurre en el mundo. Habéis dejado que sigan enviando sus informes a la Torre. —Poco a poco la noción penetró en el cerebro de las mujeres; ignoraban que Aeldene tuviera a su cargo a las informadoras—. Me encargué de que alguien me sustituyera al mando de la red del Ajah Azul antes de que se me nombrara Amyrlin. —Más sorpresa—. Con muy poco esfuerzo, todas las informadoras Azules y también las que me sirvieron como Amyrlin podrían estar enviándoos los informes siguiendo rutas que no les revelarían su punto de destino final. —Costaría más que un poco de esfuerzo, pero en su cabeza ya estaba todo planeado casi hasta el

último detalle, y de momento no era menester revelarles más cosas—. Además, pueden seguir enviando informes a la Torre que contengan lo que... queráis que Elaida crea. —Había estado a punto de decir «queramos»; debía de tener cuidado con sus palabras.

No les hizo gracia, naturalmente. La identidad de las mujeres que se encargaban de las redes informativas sólo la conocían unas pocas, pero todas ellas eran Aes Sedai. Siempre lo habían sido. Empero, ésa era su única palanca para introducirse a la fuerza en los círculos donde se tomaban las decisiones. De otro modo, seguramente las meterían a Leane y a ella en una cabaña con una sirvienta para que las atendiera y quizá alguna que otra visita esporádica de Aes Sedai que quisieran examinar mujeres que habían sido neutralizadas, hasta que murieran. Y, en esas circunstancias, morirían pronto.

«¡Luz, podrían incluso casarnos!» Había quien pensaba que un marido y unos hijos podían ocupar a una mujer lo bastante para reemplazar el Poder Único en su vida. Más de una mujer que se había neutralizado accidentalmente al absorber demasiado *Saidar* o probando el uso de un *ter'angreal,* se había encontrado emparejada con un posible marido. Puesto que esas mujeres que contraían matrimonio siempre ponían la mayor distancia posible entre ellas y la Torre y sus recuerdos, la teoría continuaba sin demostrarse.

—No tendría que entrañar mucha dificultad ponerme en contacto con quienes fueron mis informadoras antes de convertirme en Guardiana —manifestó con inseguridad Leane—. Y, lo que es más importante, con los contactos que tenía en la propia Tar Valon siendo Guardiana de las Crónicas. —La sorpresa hizo que muchos ojos se abrieran de par en par, aunque los de Carlinya se estrecharon. Leane parpadeó, rebulló con nerviosismo, y esbozó una débil sonrisa—. Siempre pensé que era una tontería dar más importancia a la corriente de opinión en Ebou Dar o en Bandar Eban que a la de nuestra propia ciudad. —Tenían que darse cuenta del valor de sus informadoras en Tar Valon.

—Siuan... —Morvrin se inclinó sobre su sillón mientras pronunciaba el nombre firmemente, como para enfatizar que no se había dirigido a ella con el tratamiento de «madre». Aquel semblante redondo manifestaba ahora más obstinación que placidez, y su maciza constitución resultaba un tanto amenazadora. Cuando Siuan era novicia, Morvrin rara vez parecía advertir las travesuras de las muchachas que la rodeaban, pero cuando lo hacía se ocupaba personalmente del asunto y de un modo que conseguía poner a todo el mundo más derecho que una vela durante días—. ¿Por qué íbamos a acceder a lo que quieres? Te han neutralizado, mujer. Fueras quien fueras antes, ya no era Aes Sedai. Si deseamos los nombres de esas informadoras, las dos tendréis que dárnoslos. —En esta última afirmación había una certeza absoluta; se los darían, de uno u otro modo. Lo harían, si estas mujeres los querían de verdad.

Leane se estremeció visiblemente, pero la silla de Siuan crujió cuando la mujer irguió la espalda.

—Sé muy bien que ya no soy la Amyrlin. ¿Creéis que ignoro que he sido neutralizada? Mi rostro ha cambiado, pero no lo que hay dentro de mí. Todo aquello que sabía sigue estando en mi cabeza. ¡Utilizadlo! ¡Por el amor de la Luz, utilizadme! —Inhaló profundamente para tranquilizarse. «¡Así me consuma si permito que me aparten a un lado para que me pudra!»

Myrelle aprovechó su pausa para intervenir.

—El temperamento fogoso de una joven a juego con un rostro joven. —Sonrió y se sentó al borde del sillón que podría haber estado delante de la chimenea de un granjero si a éste no le hubiera importado que el barniz se estuviera descascarillando. Sin embargo, no era su sonrisa habitual, lánguida y enterada por igual, y sus grandes ojos, casi tanto como los de Beonin, rebosaban compasión—. Estoy segura de que ninguna desea que os sintáis inútiles, Siuan. Y también que todas queremos aprovechar al máximo vuestros conocimientos. Lo que sabéis nos será de gran utilidad.

Siuan no quería su compasión.

—Parecéis haber olvidado a Logain y el motivo de que lo haya arrastrado hasta aquí desde Tar Valon. —Su intención no había sido sacar ella misma este tema, pero si iban a

dejarlo morir sumido en la miseria...—. ¿Mi «disparatada idea» fueron las palabras que utilizasteis?

—De acuerdo, Siuan —dijo Sheriam—. ¿Por qué?

—Porque el primer paso para derribar a Elaida es que Logain revele a la Torre, y al mundo si es preciso, que el Ajah Rojo lo convirtió en un falso Dragón para así poder derrotarlo. —Ciertamente, ahora tenía toda la atención de las mujeres—. Lo encontraron unas Rojas en Ghealdan al menos un año antes de que se proclamara a sí mismo; pero, en lugar de llevarlo a Tar Valon para ser amansado, le inculcaron la idea de proclamar que era el Dragón Renacido.

—¿Estás segura de eso? —inquirió quedamente Beonin con un fuerte acento tarabonés. Estaba sentada muy quieta en la alta silla de asiento de mimbre, observando con intensidad.

—Ignora quiénes somos Leane y yo. Habló con nosotras varias veces en el camino hacia aquí, a altas horas de la noche, cuando Min estaba dormida y él no conseguía descansar. No lo dijo antes porque cree que toda la Torre estaba metida en la artimaña, pero sabe que fueron hermanas Rojas quienes lo ocultaron y le hablaron del Dragón Renacido.

—¿Por qué? —demandó Morvrin, a lo que Sheriam asintió.

—Sí, ¿por qué? Cualquiera de nosotras se habría desvivido por amansar a un hombre así, pero el Ajah Rojo vive sólo para eso. ¿Por qué iban a crear un falso Dragón?

—Logain no lo sabía —respondió—. Quizá pensaron que ganarían más capturando a un falso Dragón que amansando a un pobre necio que podía aterrorizar a una aldea. Quizá tienen razones para desear que haya más tumultos.

—No sugerimos que tengan algo que ver con Mazrim Taim o cualquiera de los otros —se apresuró a añadir Leane—. Elaida sin duda podrá aclararos lo que queréis saber.

Siuan las observó mientras rumiaban la información en silencio. En ningún momento habían considerado la posibilidad de que estuvieran mintiendo. «Una ventaja de haber sido neutralizada.» Por lo visto no se les había pasado por la cabeza que ser neutralizada podría romper todos los vínculos con los Tres Juramentos. Algunas Aes Sedai estudiaban a mujeres neutralizadas, cierto, pero con precaución y de mala gana. Ninguna quería que se le recordara lo que podría ocurrirle también a ella.

En cuanto a Logain, Siuan no tenía por qué preocuparse. No mientras Min siguiera viendo lo que quiera que viera. El hombre viviría lo suficiente para declarar lo que ella quisiera una vez que hubiera hablado con él. No se atrevió a correr el riesgo de que decidiera dejarlas y marcharse, cosa que tal vez habría hecho si le hubiera revelado sus intenciones antes. Sin embargo, era su única oportunidad de vengarse ahora de quienes lo habían amansado, rodeado como estaba de Aes Sedai. Venganza del Ajah Rojo exclusivamente, cierto, pero tendría que conformarse con eso. Un pez en la barca compensaba un cardumen en el agua.

Echó una ojeada a Leane, que esbozó un levísimo atisbo de sonrisa. Bien. A Leane no le había gustado que no la hiciera partícipe esa misma mañana del plan que tenía para ese hombre, pero Siuan llevaba mucho tiempo rodeada de secretos para desvelar con facilidad más de lo que consideraba preciso, incluso a una amiga. Le pareció que la idea de que el Ajah Rojo estuviera implicado con otros falsos Dragones había sido inculcada con sutil acierto. Las Rojas habían sido las cabecillas del complot para derrocarla. Quizá no habría un Ajah Rojo después de que esto hubiera acabado.

—Esto cambia mucho las cosas —dijo al cabo de un tiempo Sheriam—. De ningún modo podemos seguir a una Amyrlin que hiciera algo así.

—¡Seguirla! —exclamó Siuan, por primera vez sobresaltada de verdad—. ¿Estabais considerando la posibilidad de volver para besar el anillo de Elaida? ¿Sabiendo lo que ha hecho y lo que hará?

Leane temblaba en su silla de rabia, ansiosa por soltar unas cuantas palabras escogidas de su repertorio, pero habían acordado que sería Siuan la que se dejaría llevar por el genio. Sheriam parecía un tanto avergonzada, y en las mejillas de Myrelle aparecieron dos rosetones,

pero el resto reaccionó con total tranquilidad.

—La Torre debe ser fuerte —dijo Carlinya en un tono tan duro como una piedra—. El Dragón ha renacido, se aproxima la Última Batalla, y la Torre debe estar unida.

—Sí —asintió Anaiya—. Comprendemos vuestras razones para que Elaida no os guste, incluso para que la odiéis. Lo comprendemos, pero debemos pensar en la Torre y en el mundo. Confieso que a mí también me cae mal Elaida, pero tampoco me gustabas tú, Siuan. No es necesario que la Sede Amyrlin sea de nuestro agrado. Y no es preciso que nos mires de ese modo, Siuan. Siempre has tenido una lengua afilada, desde novicia, y el paso de los años sólo ha conseguido aguzarla más. Y, como Amyrlin, empujabas a las hermanas allí donde querías sin dar explicaciones del porqué. No es una combinación agradable.

—Trataré de... suavizar mi manera de hablar —manifestó Siuan en tono seco. ¿Qué esperaba esta mujer? ¿Que una Sede Amyrlin tratara a todas las hermanas como amigas de la infancia?—. Pero confío en que lo que os he dicho cambie vuestra idea de arrodillaros a los pies de Elaida.

—Si eso es suavizar tu manera de hablar, quizá tenga que ocuparme personalmente de corregir ese fallo, si es que te permitimos ocuparte de las informadoras —comentó Myrelle.

—Ahora no podemos volver a la Torre, por supuesto —dijo Sheriam—. Sabiendo esto, no, de ninguna forma. No volveremos hasta que estemos en disposición de deponer a Elaida.

—Haya hecho lo que haya hecho, las Rojas seguirán apoyándola. —Beonin lo expresó como un hecho, no como objeción. No era ningún secreto que las Rojas estaban resentidas porque no había habido una Amyrlin de su Ajah desde Bonwhin.

—Y también lo harán otras —abundó Morvrin—. Aquellas que han arriesgado demasiado en favor de Elaida para creer que les queda otra opción. Aquellas que apoyen la autoridad, por vil que sea. Y algunas que piensen que estamos dividiendo la Torre cuando tendría que estar unida a toda costa.

—Excepto las Rojas, hay posibilidad de tratar con todas —adujo juiciosamente Beonin—, negociar con ellas. —La mediación y la negociación eran la razón de la existencia de su Ajah.

—Por lo visto disponer de informadoras va a sernos de utilidad, Siuan. —Sheriam miró a las demás—. A menos que alguien piense todavía que deberíamos privarla de ellas.

Morvrin fue la última en negar con la cabeza, pero finalmente lo hizo, tras una larga e intensa mirada que hizo que Siuan se sintiera como si la hubiera troceado, pesado y medido.

No pudo evitar un suspiro de alivio. Nada de una corta vida consumiéndose en una choza, sino una existencia con un propósito. Puede que fuera corta también —nadie sabía cuánto podía vivir una mujer neutralizada teniendo algo que reemplazara el Poder Único—, pero existiendo un propósito, sería suficiente para ella. De modo que Myrelle iba a suavizar su modo de hablar, ¿no? «Yo le enseñaré a esa Verde de ojos de zorra... Bueno, lo que voy a hacer es contener la lengua y darme por satisfecha con que no haga más que mirarme. Sabía cómo iba a ser esto. Así me abrase, pero lo sabía.»

—Gracias, Aes Sedai —contestó en el tono más sumiso que fue capaz de asumir. Llamarlas así le dolía; era otra ruptura, otro recordatorio de lo que ella no era ya—. Intentaré daros un buen servicio.

Myrelle no tendría que haber asentido con una expresión tan satisfecha. Siuan hizo caso omiso de la vocecilla interior que le decía que ella habría hecho lo mismo o más que Myrelle de estar en su lugar.

—Si me permitís una sugerencia —intervino Leane—, no será suficiente con esperar hasta que contéis con bastante apoyo en la Antecámara de la Torre para deponer a Elaida. —Siuan adoptó una expresión interesada, como si fuera la primera vez que oía tal cosa—. Elaida gobierna en Tar Valon, en la Torre Blanca, y para el mundo es la Amyrlin. De momento, no sois más que una congregación de disidentes. Puede acusaros de rebeldes y agitadoras, y, viniendo de la Sede Amyrlin, el mundo lo creerá.

—Difícilmente podemos impedir que sea Amyrlin mientras no se la haya depuesto —

contestó Carlinya con un tono de frío menosprecio. De haber llevado puesto el chal de flecos blancos, lo habría ajustado con brusquedad en torno a los hombros.

—Pero sí podéis dar al mundo una verdadera Amyrlin. —Leane no se dirigió a la hermana Blanca, sino a todas en conjunto, mirándolas por turno, asumiendo una expresión en la que se mostraba segura de lo que decía pero al mismo tiempo ofreciendo una sugerencia que casi no esperaba que aceptaran. Fue Siuan la que apuntó la posibilidad de que utilizara los mismos trucos que empleaba con los hombres, sólo que adaptados para las mujeres—. He visto Aes Sedai de todos los Ajahs, excepto el Rojo, en la sala y en las calles. Haced que se instaure aquí una Antecámara, y que las designadas elijan una nueva Amyrlin. Entonces podréis presentaros al mundo como la verdadera Torre Blanca, en el exilio, y a Elaida como una usurpadora. Añadiendo a eso la revelación de Logain, ¿dudáis de a quién aceptarán las naciones como la verdadera Sede Amyrlin?

La idea despertó su interés. Siuan vio que le daban vueltas a esa posibilidad. Pensaran lo que pensaran las otras, sólo Sheriam manifestó algo en contra:

—Ello significaría que la Torre está realmente dividida —musitó tristemente la mujer de ojos verdes.

—Ya lo está —le respondió Siuan con acritud, y al momento deseó no haber hablado, cuando todas la miraron.

Se suponía que esta idea era exclusivamente de Leane. Ella tenía reputación de ser una diestra manipuladora, y podían desconfiar de cualquier cosa que propusiera. Por eso había empezado criticándolas duramente; no le habrían creído si les hubiera hablado con amabilidad. Se presentaría ante ellas como si todavía creyera que era la Sede Amyrlin, y las dejaría que la pusieran en su sitio. En contraste, Leane mostraría un talante más cooperativo, ofreciendo solamente lo poco que estaba en su mano, y estarían más dispuestas a escucharla. Cumplir su parte no resultó difícil... hasta que llegó lo de la súplica; entonces habría querido colgarlas a todas a secar al sol. ¡Sentadas allí, sin hacer nada!

«No tendría que haberte preocupado que recelaran de ti. Te consideran un junco roto.» Si todo iba bien, seguirían pensando igual. Un junco útil pero débil en el que no merecía fijarse más de una vez. Era una aceptación dolorosa, si bien Duranda Tharne le había demostrado en Lugard cuán necesaria era. Sólo la admitirían según sus condiciones, y ella tendría que sacarles el mejor partido.

—Ojalá se me hubiera ocurrido a mí —continuó—. Ahora que lo he oído, la idea de Leane os proporciona un modo de volver a erigir la Torre sin que antes tengáis que destruirla por completo.

—Pero no tiene por qué gustarme —sentenció Sheriam—. No obstante, se hace lo que tiene que hacerse. La Rueda gira según sus designios, y, si la Luz quiere, sus giros quitarán la estola de los hombros de Elaida.

—Habrá que pactar con las hermanas que siguen en la Torre —musitó Beonin, casi para sí misma—. De modo que la Amyrlin que escojamos habrá de ser una sagaz negociadora, ¿no?

—Será preciso una mente despierta y muy clara —precisó Carlinya—. La nueva Amyrlin tiene que ser una mujer de razonamiento frío y lógico.

El resoplido de Morvrin sonó con fuerza suficiente para que todas brincaran en las sillas.

—Sheriam es la que tiene una posición más alta entre nosotras —dijo la hermana Marrón—, y nos ha mantenido unidas cuando habríamos salido huyendo en diez direcciones diferentes.

Sheriam sacudió la cabeza con energía, pero Myrelle no le dio opción de hablar.

—Sheriam es una elección excelente. Puedo prometer que todas las hermanas Verdes la respaldarán, lo sé.

En el semblante de Anaiya se reflejaba una completa conformidad. Era el momento de detener esto antes de que el asunto se fuera de las manos.

Librodot

—¿Podría hacer una sugerencia? —Siuan creía que se le daba mejor aparentar timidez que simular modestia. Era un gran esfuerzo, pero se dijo que más le valía aprender a mantener esa actitud. «Myrelle no es la única que intentará meterme en el pantoque si cree que me excedo de los límites de mi posición. Sea cual sea.» Sólo que no se limitarían a intentarlo; lo harían. Las Aes Sedai esperaban o, mejor dicho, exigían respeto de quienes no lo eran—. A mi modo de ver, sea quien sea la que elijáis debería ser alguien que no haya estado en la Torre cuando fui... destituida. ¿No sería mejor que la mujer destinada a unir de nuevo a la Torre fuera una a la que nadie pudiera acusar de haber tomado partido por uno u otro bando aquel día? —Como tuviera que seguir mucho con esta comedia, acabaría reventándole una vena en la cabeza.

—Sí, alguien muy fuerte con el Poder —añadió Leane—. Cuanto más fuerte sea, mejor representará los intereses de la Torre. O los que tendrá una vez que Elaida se haya ido.

Siuan habría querido darle una patada. Se suponía que ese comentario tendría que haber esperado un día entero, para presentarlo cuando hubieran empezado a barajar nombres. Entre las dos, Leane y ella, conocían a todas las hermanas lo suficiente para encontrar un punto débil, alguna duda que insinuar sutilmente en cuanto a la conveniencia de que llevara la estola y el cayado. Siuan preferiría vadear desnuda un agua infestada de cazones antes que estas mujeres comprendieran que estaba intentando manipularlas.

—Una hermana que estuviera fuera de la Torre —repitió Sheriam mientras asentía—. Eso es muy acertado, Siuan. Bien pensado.

Con qué facilidad caían en la tentación de darle palmaditas en la cabeza. Morvrin frunció los labios.

—No será fácil encontrar a quienquiera que elijamos.

—La fuerza en el Poder reduce las posibilidades. —Anaiya miró a las demás—. No sólo la convertirá en un símbolo mejor, al menos para las otras hermanas, sino que la fuerza en el Poder a menudo va acompañada por un carácter firme, y quienquiera que escojamos indudablemente necesitará tenerlo.

Carlinya y Beonin fueron las últimas en dar su conformidad.

Siuan mantuvo el gesto relajado, aunque por dentro sonreía. La ruptura de la Torre había cambiado muchas cosas, muchas maneras de pensar además de la suya. Estas mujeres habían reunido a las hermanas, las habían conducido hasta allí, y ahora estaban discutiendo quién debía ser propuesta a la nueva Antecámara, como si tal cosa no fuera prerrogativa de la propia Antecámara. No resultaría difícil conducirlas, con muchísima suavidad, al convencimiento de que la nueva Amyrlin debería ser alguien a la que ellas pudieran dirigir. Y, sin saberlo, tanto ellas como la Amyrlin que escogiera para reemplazarla estaría guiada por ella misma. Moraine y ella habían trabajado durante mucho tiempo para encontrar a Rand al'Thor y prepararlo, dedicando a ello gran parte de sus vidas, para correr el riesgo de que al final alguien hiciera una chapuza.

—Si se me permite hacer otra sugerencia... —Simplemente, la actitud timorata no formaba parte de su forma de ser; iba a tener que buscar otra clase de actitud. Procurando no rechinar los dientes, esperó a que Sheriam asintiera antes de continuar—. Elaida debe de estar intentando descubrir el paradero de Rand al'Thor; cuanto más al sur llegábamos, más aumentaban los rumores de que había abandonado Tear. Creo que lo ha hecho, y me parece que he llegado a la conclusión lógica de adónde se dirigió.

No fue menester aclarar que tendrían que encontrarlo antes de que lo hiciera Tar Valon. Todas lo dieron por entendido. Elaida no sólo lo utilizaría mal, sino que, si le ponía las manos encima y lograba aislarlo de la Fuente y mantenerlo bajo su control, cualquier esperanza de deponerla habría desaparecido. Los dirigentes de las naciones conocían las Profecías, aunque por regla general sus súbditos no tuvieran ni idea; le perdonarían una docena de falsos Dragones empujados por la necesidad.

—¿Adónde? —inquirió con aspereza Morvrin, adelantándose por poco a Sheriam, Anaiya y Myrelle.

—Al Yermo de Aiel.

Se produjo un breve silencio.

—Eso es ridículo —dijo después Carlinya.

Siuan refrenó una dura réplica y sonrió de un modo que esperaba pareciera de disculpa.

—Tal vez, pero leí algo sobre los Aiel cuando era Aceptada. Gitara Moroso sospechaba que algunas de las Sabias Aiel podían encauzar. —Por aquel entonces, Gitara era la Guardiana—. Uno de los libros que me hizo leer, un antiguo volumen del rincón más polvoriento de la biblioteca, afirmaba que los Aiel se llamaban a sí mismos el Pueblo del Dragón. No lo recordé hasta que intenté discurrir dónde podría haber ido Rand para desaparecer de ese modo. Las Profecías dicen «la Ciudadela de Tear nunca caerá hasta que llegue el Pueblo del Dragón», y había Aiel en la toma de la Ciudadela. En eso coinciden todos los rumores y la historia.

De repente, Morvrin pareció estar viendo otro lugar y otro tiempo.

—Recuerdo ciertas especulaciones sobre las Sabias nada más ser ascendida y recibir el chal. De ser verdad, resultaría fascinante, pero los Aiel no dan a las Aes Sedai una acogida mejor que a cualquier otro que entre en el Yermo, y sus Sabias, por lo que tengo entendido, están sujetas a alguna ley o costumbre que les impide hablar con forasteros, lo que dificulta en extremo acercarse suficientemente a una de ellas para percibir si... —Inopinadamente, se sacudió como si saliera de un trance y miró a Siuan y a Leane como si su lapsus hubiera sido culpa de ellas—. Algo que se recuerda de un libro, seguramente escrito por alguien que nunca vio un Aiel, es una paja muy fina para tejer un cesto.

—Sí, muy fina —convino Carlinya.

—¿Pero no merecerá la pena enviar a alguien al Yermo? —Le costó un gran esfuerzo hacer la pregunta en lugar de exigirlo. Todavía conservaba suficiente dominio sobre sí misma para hacer caso omiso del calor por regla general, pero no mientras intentaba arrastrar a estas mujeres hacia donde quería sin que ellas lo advirtieran—. Dudo que los Aiel intenten hacer daño a una Aes Sedai. —Al menos, Siuan no creía que se lo hicieran si era lo bastante rápida para demostrar su condición de Aes Sedai. Había que correr el riesgo—. Y, si él está en el Yermo, los Aiel lo sabrán. Recordad los Aiel de la Ciudadela.

—Tal vez —dijo lentamente Beonin—. El Yermo es grande. ¿A cuántas tendríamos que mandar?

—Si el Dragón Renacido se encuentra en el Yermo —adujo Anaiya—, los primeros Aiel que se encuentren lo sabrán. Los acontecimientos acompañan al tal Rand al'Thor, según se dice. No caerá al océano sin hacer un chapoteo que se oiga hasta en el último rincón del mundo.

—Debería ser una Verde —opinó Myrelle mientras sonreía por el comentario de Anaiya—. Ninguna de las demás está vinculada con más de un Guardián, y dos o tres Gaidin podrían resultar muy útiles en el Yermo hasta que los Aiel la reconozcan como una Aes Sedai. Siempre he deseado ver a un Aiel. —Era novicia durante la Guerra de Aiel y tenía prohibido salir de la Torre; aunque tampoco ninguna Aes Sedai había participado en el conflicto aparte de curar, naturalmente. Los Tres Juramentos les impedían luchar a menos que Tar Valon o la propia Torre fueran atacadas, y aquella guerra nunca había cruzado los brazos del río.

—Tú no —le dijo Sheriam—. Ni ninguna otra de las que formamos este consejo. Te comprometiste a llevar esto a buen fin cuando aceptaste sentarte con nosotras, y eso no incluye zascandilear por ahí porque estás aburrida. Me temo que, antes de que hayamos acabado, habrá más emociones de lo que a cualquiera de nosotras le gustaría tener. —En otras circunstancias habría resultado una excelente Amyrlin, pero en las actuales simplemente era demasiado firme y segura de sí misma—. Sin embargo, en lo referente a que sean Verdes... Sí, creo que sí. ¿Dos? —Su mirada pasó sobre las otras, consultando—. ¿Para más seguridad?

—¿Qué tal Kiruna Nachiman? —sugirió Anaiya.

—¿Y Bera Harkin? —añadió Beonin.

Las demás asintieron con la cabeza, salvo Myrelle, que se encogió de hombros con un

Librodot

gesto irritado. Las Aes Sedai no se enfurruñaban, pero a ella le faltaba poco.

Siuan soltó su segundo suspiro de alivio. Estaba segura de que su deducción era acertada. Rand había desaparecido en alguna parte, y, si se encontrara en cualquier lugar entre el Océano Aricio y la Columna Vertebral de Mundo, los rumores se habrían propagado rápidamente. Y, dondequiera que estuviera, Moraine se encontraría allí, aferrando el collar del chico. Kiruna y Bera accederían sin duda a llevar una carta a Moraine, y entre ellas tenían siete Guardianes que evitarían que los Aiel las mataran.

—No queremos cansaros a Leane y a ti —continuó Sheriam—. Pediré a una hermana Amarilla que os haga un examen. Quizá pueda ayudaros en algo, para que os sintáis mejor de algún modo. Buscaré unas habitaciones para vosotras, donde podáis descansar.

—Si vas a ser la encargada de las informadoras —agregó, solícita, Myrelle—, debes mantenerte fuerte.

—No soy tan débil como parecéis creer —protestó Siuan—. De otro modo, ¿habría sido capaz de seguiros más de tres mil kilómetros? Cualquier debilidad que padeciera tras ser neutralizada, ha desaparecido, estad seguras. —La verdad era que había encontrado de nuevo un centro de poder y no quería marcharse, pero, obviamente, eso no podía decirlo. Todos aquellos ojos prendidos en Leane y en ella con preocupación; bueno, los de Carlinya no, pero sí los de las demás. «¡Luz! ¡Van a encargar a una novicia que nos meta en la cama y nos arrope para que echemos un sueñecito!»

Sonó una llamada a la puerta y al punto entró Arinvar, el Guardián de Sheriam. Era cairhienino y, por ende, no muy alto, además de tener una constitución esbelta; sin embargo, a pesar de las canas en las sienes, sus rasgos eran duros y él se movía como un leopardo al acecho.

—Hay unos veinte jinetes hacia el este —anunció sin más preámbulo.

—No son Capas Blancas —dijo Carlinya—, o lo habrías indicado.

Sheriam le asestó una mirada seca. Muchas hermanas se volvían quisquillosas cuando alguien se inmiscuía entre ellas y su Gaidin.

—No podemos permitirles que escapen y quizás informen de nuestra presencia. ¿Se los puede capturar, Arinvar? Preferiría eso a tener que matarlos.

—Tanto lo uno como lo otro será difícil —contestó el Guardián—. Machan dice que van armados y que tienen aspecto de veteranos. Valen lo que diez veces su número de hombres más jóvenes.

Morvrin hizo un ruido de fastidio.

—Pues hay que hacer lo uno o lo otro. Discúlpame, Sheriam. Arinvar, ¿podrían los Gaidin conducir a hurtadillas a algunas de las hermanas más ágiles lo bastante cerca de esos hombres para tejer Aire a su alrededor?

El Guardián hizo un leve gesto de negación.

—Según Machan, es probable que hayan localizado a algunos de los Guardianes que están de vigilancia. Sin duda se darían cuenta si intentamos llevar a más de una o dos Aes Sedai cerca de ellos. Aun así, siguen aproximándose.

Siuan y Leane no fueron las únicas que intercambiaron miradas sobresaltadas. Pocos hombres veían a un Guardián que no deseaba ser localizado, incluso sin la capa de Gaidin.

—Entonces, haz lo que consideres mejor —dijo Sheriam—. Capturarlos, si ello es posible, pero ninguno debe escapar para revelar nuestra presencia aquí.

Antes de que Arinvar hubiera terminado de hacer una reverencia, con la mano sobre la empuñadura de la espada, otro hombre llegó junto a él; era corpulento, de piel cetrina, con el cabello largo hasta los hombros y una barba corta que no cubría su labio superior. Los gráciles movimientos de Guardián resultaban chocantes en un hombretón de su tamaño. Hizo un guiño a Myrelle, su Aes Sedai, al tiempo que anunciaba con su fuerte acento illiano:

—Todos los jinetes se han detenido excepto uno, que sigue avanzado solo. Le he echado una ojeada, y aunque mi anciana madre dijera lo contrario, yo seguiría insistiendo en que ese hombre es Gareth Bryne.

Librodot

Siuan lo miró de hito en hito; de repente las manos y los pies se le habían quedado fríos. Corría el rumor de que Myrelle se había casado con este Guardián, Nuhel, y también con sus otros dos Gaidin, en contra de las costumbres y las leyes de cualquier nación que conocía Siuan. Éste era el tipo de idea que acudía a la mente cuando una gran estupefacción la dejaba aturdida, y, justo en ese momento, Siuan se sintió como si un mástil se hubiera desplomado sobre su cabeza. «¿Bryne aquí? ¡Es imposible! ¡Es absurdo!» Bryne no podía haberlos seguido todo el camino desde... «Oh, sí, podría y lo haría. Ése lo haría.» Mientras viajaban, se había estado repitiendo que sólo era una precaución sensata no dejar rastro tras de sí, que Elaida sabía que no estaban muertas, a pesar de los rumores, y que no dejaría de perseguirlas hasta que las encontrara o fuera destituida. Siuan se había irritado al tener que pedir indicaciones al final, pero la idea que la acosó como un tiburón no fue que Elaida pudiera encontrar de algún modo a un herrero en una pequeña aldea de Altara, sino que el herrero sería como un letrero indicador para Bryne. «Quisiste convencerte de que era absurdo, ¿verdad? Pues aquí está él.»

Recordaba muy bien el enfrentamiento con Bryne, cuando tuvo que doblegarlo a su deseo en aquel asunto de Murandy. Había sido como doblar una gruesa barra de hierro o un gran muelle que volvería a saltar si dejaba de presionar un instante. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad; había tenido que humillarlo en público con el fin de asegurarse de que lo tenía doblegado mientras lo necesitara así. No iría en contra de lo que había aceptado de rodillas, pidiéndole perdón, con cincuenta nobles como testigos. La propia Morgase ya le había planteado dificultades, y Siuan no había querido correr el riesgo de que Bryne le diera a la reina una excusa para ir en contra de sus instrucciones. Qué extraño era pensar que Elaida y ella habían trabajado juntas en aquel asunto, para someter a Morgase.

Tenía que controlarse. Estaba aturdida, pensando en cualquier cosa salvo en lo que necesitaba pensar. «Concéntrate. No es el momento de dejarse dominar por el pánico.»

—Debéis ahuyentarlo o matarlo.

Supo que había cometido un error antes de que las palabras acabaran de salir de su boca, con un tono de apremio. Hasta los Guardianes la miraron; y las Aes Sedai... Hasta ahora no había sabido lo que era para alguien que no poseía Poder tener aquellos ojos clavados sobre uno con toda su fuerza. Se sentía desprotegida, como si su cuerpo y su mente estuvieran desnudos bajo aquel escrutinio. Aun sabiendo que las Aes Sedai no podían leer el pensamiento de otras personas, sintió el impulso de confesar antes de que las mujeres hicieran una relación de sus mentiras y delitos. Al menos confiaba en que su rostro no estuviera como el de Leane, ruborizado y con los ojos desorbitados.

—Sabéis por qué está aquí. —La voz de Sheriam rebosaba una sosegada certeza—. Las dos. Y no queréis enfrentaros a él. Hasta el punto de que nos habríais inducido a matarlo.

—Quedan vivos pocos grandes generales. —Nuhel los fue nombrando mientras contaba con los dedos—. Agelmar Jagad y Davram Bashere no abandonarán la Llaga, a mi entender, y Pedron Niall sin duda no os sería útil. Si Rodel Ituralde sigue vivo, estará enredado en problemas en algún lugar de lo que queda de Aran Doman. —Levantó el grueso pulgar—. Eso nos deja sólo a Gareth Bryne.

—¿Crees, pues, que necesitaremos un gran general? —inquirió con calma Sheriam.

Nuhel y Arinvar no se miraron, pero Siuan tuvo la sensación de que aun así habían intercambiado una ojeada.

—La decisión es vuestra, Sheriam —contestó Arinvar con un tono igualmente sosegado—. Vuestra y de las otras hermanas; pero, si tenéis intención de regresar a la Torre, nos podría ser útil. Si lo que pretendéis es quedaros aquí hasta que Elaida mande alguien a buscaros, entonces no.

Myrelle lanzó una mirada interrogante a Nuhel, que asintió con la cabeza.

—Al parecer estabas en lo cierto, Siuan —espetó secamente Anaiya—. No habíamos engañado a los Gaidin.

—La cuestión es si Bryne accederá a servirnos —dijo Carlinya.

Librodot

—Sí —convino Morvrin, que añadió—: Tenemos que hacerle ver nuestra causa de tal modo que desee servirnos. No nos favorecería que se supiera que habíamos matado y detenido a un hombre tan notable antes de haber empezado con nuestro plan.

—Cierto —dijo Beonin—, y debemos ofrecerle una recompensa que lo ligue firmemente a nosotras.

Sheriam volvió la vista hacia los dos hombres.

—Cuando lord Bryne llegue al pueblo, no le digáis nada, pero conducidlo ante nosotras. —Tan pronto como la puerta se cerró detrás de los Guardianes, su mirada cobró firmeza. Siuan la reconoció; era la misma mirada intensa que ponía de rodillas a las novicias antes de que hubiera pronunciado una sola palabra—. Bien. Ahora nos explicaréis con todo detalle por qué está aquí Gareth Bryne.

No había otra opción. Si la pillaban aunque sólo fuera en una pequeña mentira, empezarían a cuestionar todo lo demás. Siuan inhaló profundamente.

—Nos refugiamos para pasar la noche en un granero, cerca de Hontanares de Kore, en Andor. Bryne es el señor del lugar, y...

Librodot

CAPÍTULO 28

Atrapados

Un Guardián se aproximó a Bryne tan pronto como entró con *Viajero* en las primeras casas del pueblo. Gareth habría reconocido al hombre como un Guardián después de verlo dar dos zancadas aunque no hubiera habido todos aquellos rostros Aes Sedai observándolo fijamente en la calle. ¿Qué hacían, en nombre de la Luz, tantas Aes Sedai a un paso de Amadicia? Los rumores que corrían por los pueblos que había dejado atrás hablaban de que Ailron tenía intención de reclamar para sí esta orilla del río Eldar, lo que significaba que la reclamaban los Capas Blancas. Las Aes Sedai sabían defenderse bien, pero si Niall enviaba una legión a través del Eldar, muchas de estas mujeres morirían. A menos que ya fuera incapaz de calcular cuánto tiempo hacía que un tocón estaba expuesto al aire, ese pueblo había surgido en el bosque hacía un par de meses. ¿Cómo había ido a parar Mara a ese lugar? Estaba seguro de que la encontraría allí. Los lugareños recordaban a tres bonitas jóvenes que viajaban juntas, especialmente cuando una de ellas había preguntado cómo llegar a una ciudad abandonada desde la Guerra de los Capas Blancas.

El Guardián, un hombretón de rostro ancho, un illiano a juzgar por su barba, se plantó en la calle delante del semental bayo de Bryne e hizo una reverencia.

—¿Lord Bryne? Soy Nuhel Dromand. Si sois tan amable de acompañarme, hay alguien que desea hablar con vos.

Bryne desmontó lentamente, se quitó los guanteletes y los metió debajo del talabarte mientras estudiaba la villa. La sencilla chaqueta de ante que llevaba ahora era mucho mejor para un viaje de este tipo que la de seda gris con la que lo había empezado y de la que se había deshecho. Aes Sedai, Guardianes y otras personas lo observaban en silencio, pero incluso los que debían de ser sirvientes no parecían sorprendidos. Y Dromand sabía su nombre. Su cara no era desconocida, pero sospechaba que se trataba de algo más. Si Mara era... si las mujeres eran informadoras de las Aes Sedai, no cambiaba nada el juramento que habían hecho.

—Adelante, Nuhel Gaidin.

Si a Nuhel le sorprendió el tratamiento, no lo dejó entrever.

La posada a la que Dromand lo condujo —o lo que en tiempos había sido una posada— tenía el aspecto de un cuartel general en una campaña, con mucho bullicio de gente yendo y viniendo. Es decir, si las Aes Sedai hubieran dirigido una campaña alguna vez. Localizó a Serenla antes de que la chica lo viera a él, sentada en un rincón con un hombre corpulento que seguramente era Dalyn. Cuando reparó en él, se quedó boquiabierta y luego lo miró con los ojos entrecerrados, como si no diera crédito a lo que veía. Dalyn parecía dormir con los ojos abiertos, mirando al vacío. Ninguna de las Aes Sedai ni ningún Guardián dio señales de reparar en él mientras Dromand lo conducía a través de la sala, pero Bryne habría apostado sus haciendas y su mansión a que cualquiera de ellos había advertido diez veces más detalles que todos los criados juntos que lo observaban de hito en hito. Tendría que haber dado media vuelta y alejarse a galope de allí tan pronto como comprendió quién vivía en este pueblo.

Tomó puntualmente nota de todo mientras saludaba con una inclinación de cabeza a

cada una de las seis Aes Sedai sentadas que el Guardián le fue presentando —sólo un necio no llevaría cuidado estando en presencia de Aes Sedai—, pero su mente estaba volcada en las dos jóvenes que había de pie junto a la pared, al lado de la chimenea, como si estuvieran castigadas. La esbelta y descarada domani le dedicó una sonrisa trémula más que seductora, para variar. Mara también estaba asustada —aterrada, diría él—, pero aquellos azules ojos sostuvieron su mirada con total desafío. La chica tenía tanto coraje como una leona.

—Nos complace saludaros, lord Bryne —dijo la Aes Sedai de cabellos rojos. Tenía los ojos rasgados y, aunque un poco metida en carnes, era lo bastante hermosa para que un hombre la mirara con interés a pesar del anillo de la Gran Serpiente que lucía en el dedo—. ¿Queréis explicarnos qué os trae por aquí?

—Por supuesto, Sheriam Sedai. —Nuhel se había quedado a su lado, pero Bryne no imaginaba que hubiera otra mujer que necesitara menos protección contra un viejo soldado que ella. Estaba seguro de que sabían ya el motivo de su viaje, lo que confirmó observando sus rostros mientras relataba lo ocurrido. Las Aes Sedai no dejaban entrever nada que no quisieran, pero al menos una de ellas tendría que haber parpadeado cuando hizo referencia al juramento si no lo hubieran sabido de antemano.

—Una historia terrible, lord Bryne —dijo la que se llamaba Anaiya; a pesar del rostro intemporal su aspecto era más el de una feliz y próspera granjera que el de una Aes Sedai—. Con todo, me sorprende que hayáis llevado la persecución hasta tan lejos, aunque se tratara de unas personas que han roto un juramento. —Las pálidas mejillas de Mara adquirieron un fuerte color rojo—. Empero, era un juramento muy serio, de los que no deben quebrantarse.

—Por desgracia —intervino Sheriam—, no podemos permitiros que os las llevéis todavía.

De modo que sí eran informadoras de las Aes Sedai.

—¿Decís que es un juramento serio que no debería romperse y aun así tenéis intención de impedir que lo cumplan?

—Lo cumplirán —repuso Myrelle al tiempo que echaba una ojeada a las dos jóvenes plantadas junto a la chimenea que las hizo ponerse aun más derechas—, y podéis estar seguro de que ya lamentan haber escapado después de prestarlo. —Esta vez fue Amaena la que se puso colorada; Mara parecía a punto de empezar a masticar piedras—. Pero no podemos permitir que se vayan todavía. —No se habían mencionado los Ajahs, pero Bryne pensó que la bonita morena era una Verde, y la robusta, de rostro redondo, llamada Morvrin, una Marrón. Quizá fue por la sonrisa que Myrelle le dedicó a Dromand cuando el Guardián entró en la habitación, y por el aire un tanto despistado de Morvrin, como si estuviera pensando en otra cosa—. A decir verdad, no precisaron cuándo os servirían, y ahora necesitamos de ellas.

Esto era absurdo; tendría que disculparse y largarse de allí. También eso era absurdo. Sabía antes incluso de que Dromand le saliera al paso en la calle que probablemente no abandonaría Salidar con vida. Debía de haber unos cincuenta Guardianes en el bosque alrededor del lugar donde había dejado a sus hombres, si es que no eran un centenar. Joni y los otros venderían caras sus vidas, pero no los había traído tan lejos para que murieran. Con todo, si había sido tan necio para dejarse engatusar por un par de ojos y meterse de cabeza en la trampa, tanto daba si recorría el último kilómetro.

—Incendio premeditado, robo y agresión, Aes Sedai. Ésos fueron los delitos. Fueron juzgadas y sentenciadas y prestaron juramento. Pero no tengo inconveniente en quedarme aquí hasta que hayáis terminado con ellas. Mara podría actuar como mi maritornes cuando no la necesitéis. Anotaré las horas que trabaja para mí y las descontaré de su tiempo de servicio.

Mara abrió la boca con gesto iracundo; pero, como si las mujeres hubieran sabido que intentaría hablar, seis pares de ojos se volvieron a una hacia ella. La joven sacudió los hombros y cerró bruscamente la boca, tras lo cual le asestó una mirada venenosa, con los puños apretados contra los costados. Bryne se alegró de que no tuviera a mano un puñal. Myrelle parecía a punto de prorrumpir en carcajadas.

—Mejor será que elijáis a la otra, lord Bryne. Por el modo en que os mira, encontraréis

Librodot

en ella una... disposición mucho mayor.

Bryne esperaba que Amaena se pusiera colorada, pero no ocurrió así. Además, lo observaba... aprobadoramente. Incluso compartió una sonrisa cómplice con Myrelle. Bueno, después de todo era domani, y mucho más de lo que lo había sido la última vez que la vio.

Carlinya, tan fría que en comparación las demás parecían agradables, se inclinó hacia adelante. Desconfiaba de ella, así como de la de ojos grandes, la tal Beonin, aunque no sabía con certeza el motivo. Excepto por el hecho de que, si el Juego de las Casas funcionara allí, habría dicho que las dos mujeres apestaban a ambición. Quizás eso era exactamente en lo que estaba metido.

—Debéis saber —dijo fríamente Carlinya— que la mujer a quien conocéis como Mara es en realidad Siuan Sanche, la anterior Sede Amyrlin. Y Amaena es realmente Leane Sharif, que fue Guardiana de las Crónicas.

No pudo evitar quedarse boquiabierto como un necio patán. Ahora que lo sabía, advertía en el rostro de Mara —de Siuan— aquel que lo había hecho ceder, sólo que suavizado por la juventud.

—¿Cómo? —fue todo cuanto dijo, porque no habría sido capaz de decir nada más.

—Hay ciertas cosas que es mejor para los hombres no saber —repuso con frialdad Sheriam—, y también para la mayoría de las mujeres.

Mara —no, mejor sería que pensara en ella con su verdadero nombre—, Siuan había sido neutralizada. Eso lo sabía. Su nuevo aspecto debía de tener algo que ver con la neutralización. Si esa esbelta domani había sido la Guardiana, entonces estaba dispuesto a apostar a que también ella había corrido la misma suerte. Empero, hablar de neutralización delante de Aes Sedai era un buen método de descubrir cuán duro era uno. Además, cuando empezaban a actuar con ese aire misterioso, ninguna Aes Sedai daba una respuesta clara y directa aunque uno preguntara si el cielo era azul.

Eran muy buenas, estas Aes Sedai. Lo habían engatusado para después golpear con fuerza cuando tenía bajada la guardia. Tenía la deprimente sensación de saber por qué lo estaban ablandando. Sería interesante comprobar si se hallaba en lo cierto.

—Eso no anula la validez del juramento que prestaron. Aun en el caso de que todavía fueran Amyrlin y Guardiana, seguirían sujetas a ese juramento bajo cualquier ley, incluida la de Tar Valon.

—Puesto que no tenéis objeción a quedaros aquí —dijo Sheriam—, podéis disponer de Siuan como vuestra doncella personal cuando no la necesitemos. Podéis disponer de las tres, si lo deseáis, incluida Min, a quien por lo visto conocéis como Serenla, a tiempo completo. —Por alguna razón aquello pareció irritar a Siuan tanto como lo que se había dicho de ella; masculló entre dientes, lo bastante bajo para que no se entendiera lo que decía—. Y, puesto que no tenéis objeciones, lord Bryne, mientras permanecéis con nosotros hay un servicio que podríais prestarnos.

—La gratitud de las Aes Sedai es considerable —comentó Morvrin.

—Estaréis sirviendo a la Luz y a la justicia al servirnos a nosotras —añadió Carlinya.

—Servisteis a Morgase y a Andor lealmente —manifestó seriamente Beonin tras asentir con un cabeceo—. Servidnos bien y no encontraréis el exilio al final. Nada de lo que os pedimos irá en menoscabo de vuestro honor ni en perjuicio de Andor.

Bryne hizo una mueca. Estaba en el Juego, vaya que sí. A veces había pensado que tenían que haber sido Aes Sedai quienes habían inventado el *Da'es Daemar,* debían de jugarlo incluso estando dormidas. La batalla era más sangrienta indudablemente, pero también era más franca. Si tenían intención de manejarlo como a una marioneta, tirarían de las cuerdas y lo moverían, de una manera u otra, pero era un buen momento para demostrarles que él no era un títere sin cerebro.

—La Torre Blanca está dividida —dijo en tono impasible. Los ojos de las mujeres se abrieron mucho, pero no les dio ocasión de hablar—. Los Ajahs se han separado. Es la única razón que explique vuestra presencia aquí. Ciertamente no os hacen falta unas cuantas

Librodot

espadas más —miró de soslayo a Dromand que, en respuesta, asintió—, de modo que el único servicio que podéis querer que os preste es dirigir un ejército. Y reunir uno en primer lugar, a menos que existan otros campamentos como éste con muchos más hombres de los que he visto aquí. Y eso significa que os proponéis enfrentaros a Elaida. —Sheriam estaba enojada, Anaiya preocupada, y Carlinya a punto de decir algo, pero Bryne continuó. Que escucharan ahora, ya que sospechaba que tendría que escucharlas muchas veces en los próximos meses—. Muy bien. Nunca me gustó Elaida y no creo que sea una buena Amyrlin, pero lo más importante es que puedo reunir un ejército para tomar Tar Valon. Siempre y cuando seáis conscientes de que esa toma será larga y sangrienta.

»Antes, empero, éstas son mis condiciones. —Todas se pusieron tensas a la par, incluso Siuan y Leane. Los hombres no ponían condiciones a las Aes Sedai—. Primero: el mando es mío. Me diréis lo que hay que hacer, pero seré yo quien decida cómo. Me daréis vuestras órdenes, y yo se las daré a los soldados que estén a mi mando, no vosotras, a menos que antes haya accedido a ello. —Varias bocas se abrieron, las de Carlinya y Beonin las primeras, pero el veterano general prosiguió—. Yo asigno las tareas a los hombres, los asciendo y los castigo, no vosotras. Segundo: si os digo que no puede realizarse algo, tomaréis en consideración mi opinión. No pretendo usurpar vuestra autoridad —había pocas probabilidades de que se lo permitieran, en cualquier caso—, pero no quiero perder hombres porque no sabéis nada sobre la guerra. —Ocurriría, pero no más de una vez si tenía suerte—. Tercero: si empezáis con esto, tendréis que llevarlo hasta sus últimas consecuencias. Tanto yo como todos los hombres que me sigan nos habremos puesto una soga al cuello; y, si dentro de seis meses decidieseis que es preferible Elaida de Amyrlin que la guerra, será como si hubieseis apretado ese nudo corredizo para ahorcarnos a todos los que apresen de nosotros. Puede que las naciones no se impliquen en una guerra civil en la Torre, pero no nos dejarán con vida si nos abandonáis a nuestra suerte. Elaida se ocupará de ello.

»Si no accedéis a estos puntos, entonces no me pondré a vuestro servicio. Tanto si me inmovilizáis con el Poder para que Dromand me degüelle como si acabo detenido y ahorcado, la muerte es el resultado final.

Las Aes Sedai guardaron silencio y se quedaron observándolo intensamente durante largos segundos, hasta que la picazón entre los omóplatos le hizo preguntarse si Nuhel no estaría a punto de hundirle una daga entre ellos. Entonces Sheriam se incorporó y las demás la siguieron hasta una ventana. Bryne veía moverse sus labios, pero no oía nada. Si querían ocultar sus deliberaciones con el Poder Único, que lo hicieran. No estaba seguro de cuánto de lo que les había pedido se lo concederían. Todo ello, si eran sensatas; claro que las Aes Sedai podían llegar a la conclusión de que eran lógicas las cosas más extrañas. Decidieran lo que decidieran, tendría que aceptar con toda la cortesía que fuera capaz de demostrar. Era una trampa perfecta la que él mismo se había preparado.

Leane le dedicó una mirada y una sonrisa que le decían con tanta claridad como si lo hubiera hecho con palabras que no sabía lo que se había perdido; imaginó que habría sido una buena cacería, con él agarrado con un aro a la nariz. Las domani nunca prometían ni la mitad de lo que uno pensaba que habían prometido, y sólo daban lo que a ellas les parecía bien, además de ser más inconstantes que una veleta y cambiar de opinión en un abrir y cerrar de ojos.

El cebo que lo había llevado a la trampa lo estaba mirando fijamente; de pronto cruzó la habitación hasta plantarse ante él, de modo que tuvo que doblar el cuello hacia atrás para mirarlo a la cara, y le habló en tono bajo y furioso:

—¿Por qué lo habéis hecho? ¿Por qué nos seguisteis? ¿Por un granero?

—Por un juramento. —Y por un par de ojos azules. Siuan Sanche debía de tener unos diez años menos que él como mucho, pero resultaba muy difícil recordar quién era cuando se estaba contemplando un rostro casi treinta años más joven. Empero, sus ojos eran los mismos, profundamente azules y fuertes—. Un juramento que me hicisteis y que rompisteis. Debería doblar el tiempo estipulado por el incumplimiento.

Librodot

La mujer agachó los párpados y se cruzó de brazos.

—Eso ya se ha tenido en cuenta —gruñó.

—¿Queréis decir que os han castigado por romper el juramento? Aunque os hubieran azotado el trasero por ello, no sirve de nada si no lo he hecho yo.

La risa de Dromand sonó más que un poco escandalizada —el hombre todavía debía de estar sosteniendo un tira y afloja interno por lo que Siuan Sanche había sido tiempo atrás, y Bryne no estaba muy seguro de que a él no le ocurriera otro tanto—, y el rostro de la mujer se ensombreció hasta que Bryne temió que le diera una apoplejía.

—¡Mi tiempo de servicio ya ha sido doblado, cuando no más, montón de tripas podridas de pescado! ¡Vos y vuestra anotación de horas cumplidas! ¡No se contará ni una sola hora hasta que nos tengáis a las tres de vuelta en vuestra mansión, ni siquiera si hago de vuestra... vuestra... maritornes, lo que quiera que signifique eso, durante veinte años!

De modo que Sheriam y las demás también tenían planeado esto. Echó una ojeada al grupo que conferenciaba junto a la ventana. Parecían divididas en dos bandos opuestos: Sheriam, Anaiya y Myrelle a un lado, y Morvrin y Carlinya al otro, con Beonin en medio. Estaban dispuestas a entregarle a Siuan, a Leane y a... ¿Min?, como una especie de soborno, antes de que entrara en el cuarto. Tenían que estar desesperadas, lo que significaba que él ocupaba la posición más débil, pero quizás estuvieran lo bastante desesperadas para concederle lo que necesitaba para tener alguna probabilidad de alzarse con la victoria.

—Estáis disfrutando con esto, ¿verdad? —dijo ferozmente Siuan en el momento en que volvió los ojos hacia ella—. Majadero. Maldito necio con cerebro de carpa. Ahora que sabéis quién soy, os complace que tenga que haceros reverencias y arrastrarme ante vos. —Por el momento, no parecía que estuviera actuando de ese modo, ni mucho menos—. ¿Por qué? ¿Porque os hice doblegaros en lo de Murandy? ¿Tan mezquino sois, Gareth Bryne?

Estaba intentando enfurecerlo; Siuan comprendió que se había excedido y no quería dejarle tiempo para reflexionar sobre ello. Aunque ya no fuera Aes Sedai, la manipulación era un componente más de su sangre.

—Fuisteis la Sede Amyrlin —repuso él con calma—, y hasta un rey besa el anillo de la Amyrlin. No diré que me gustara el modo en que llevasteis aquel asunto, y tal vez en algún momento mantendremos una tranquila charla respecto a si era necesario hacer lo que hicisteis estando presente media corte, pero recordaréis que seguí hasta aquí a Mara Tomanes y fue por Mara Tomanes por quien pregunté, no por Siuan Sanche. Puesto que seguís preguntando el motivo, dejadme que también yo os pregunte algo. ¿Por qué era tan importante que permitiera que los murandianos hicieran incursiones a través de la frontera?

—Porque vuestra injerencia entonces podría haber echado a perder planes importantes —replicó, casi escupiendo cada palabra—, igual que vuestra injerencia ahora puede tener el mismo resultado. La Torre había identificado a un joven lord de la frontera llamado Dulain como el hombre que algún día podría unificar realmente Murandy con nuestra ayuda. No podía permitir que se corriera el riesgo de que vuestros soldados lo mataran. También aquí tengo un trabajo que hacer, *lord* Bryne. Dejad que lo lleve a cabo y quizás os alcéis con la victoria. Si os entremetéis por rencor tal vez lo echéis a perder todo.

—Sea cual sea ese trabajo, estoy seguro de que Sheriam y las demás se ocuparán de que lo hagáis. ¿Dulain? No he oído hablar de él, de modo que todavía no debe de haber tenido éxito en su empresa. —A su modo de entender, Murandy continuaría siendo un rompecabezas de lores y ladis independientes enfrentados hasta que la Rueda girara y llegara una nueva Era. Los murandianos se llamaban a sí mismos lugardeños o inishlinni o mindeanos o cualquier otra cosa antes de dar nombre a una nación. Si es que se molestaban en hacerlo. Un lord capaz de unirlos y que tenía al cuello la correa de Siuan, podría aportar un número considerable de hombres.

—Él... murió. —Unos fuertes rosetones aparecieron de repente en sus mejillas y la mujer pareció sostener una lucha interior—. Un mes después de marcharme de Caemlyn —murmuró—, un granjero andoreño le clavó una flecha en una incursión para robar ovejas.

Librodot

Bryne no pudo menos de echarse a reír.

—De modo que era a los granjeros a quienes debisteis obligar a hincar la rodilla, no a mí. En fin, ahora ya no tenéis que preocuparos por esas cosas. —Eso era cierto, indudablemente. Fuera cual fuera la utilidad que pensaran darle las Aes Sedai, ahora ya no le permitirían volver a estar cerca del poder y las decisiones. Bryne sintió lástima por Siuan Sanche. No imaginaba a esta mujer dándose por vencida y dejándose morir, pero había perdido todo lo que podía perderse salvo la vida. Por otro lado, no le gustaba que lo llamara majadero ni lo de montón de tripas podridas de pescado. ¿Qué había sido lo otro? Ah, sí. Necio con cerebro de carpa—. De ahora en adelante, os preocuparéis de mantener mis botas limpias y mi cama hecha.

Los ojos de Siuan se estrecharon hasta hacerse meras rendijas.

—Si es eso lo que queréis, lord Gareth Bryne, deberíais haber escogido a Leane. Ella podría ser así de boba.

Se contuvo por poco de abrir unos ojos como platos. El modo en que trabajaban las mentes de las mujeres nunca dejaba de sorprenderlo.

—Jurasteis servirme en la forma que decidiera yo. —Se las ingenió para soltar una risita. ¿Por qué estaba actuando así? Sabía quién era ella y lo que era. Empero, aquellos ojos seguían obsesionándolo, con su mirada retadora aun cuando la mujer estuviera convencida de que no había esperanza, exactamente como hacían en ese momento—. Descubriréis la clase de hombre que soy, Siuan. —El comentario llevaba la intención de aplacarla por la chanza que había hecho antes; pero, por el modo en que sus hombros se pusieron tensos, ella pareció interpretarlo como una amenaza.

De repente se dio cuenta de que podía oír a las Aes Sedai, un suave murmullo de voces que callaron de inmediato. Estaban juntas, observándolo fijamente con una expresión inescrutable. No; a quien observaban era a Siuan. Los seis pares de ojos la siguieron mientras ella regresaba al lado de Leane; como si percibiera la intensidad de las miradas en su espalda, cada paso fue más rápido que el anterior. Una mujer extraordinaria. Bryne no estaba seguro de haber sido capaz de hacerlo tan bien si hubiera estado en su lugar.

Las Aes Sedai esperaban que se acercara a ellas.

—Aceptamos vuestras condiciones sin reserva, lord Bryne —anunció Sheriam cuando estuvo ante ellas—, y nos comprometemos a cumplirlas. Son muy razonables.

Al menos Carlinya no parecía pensar que fueran razonables en absoluto, pero a Bryne no le importó. Había estado preparado para renunciar a todas salvo la última, la de que seguirían hasta el final, de haber sido preciso.

Hincó una rodilla en tierra, con el puño apoyado en el fragmento de alfombra, y ellas lo rodearon y le pusieron una mano sobre la cabeza inclinada. No le importaba si estaban utilizando el Poder para vincularlo a su juramento o para comprobar su sinceridad; tampoco estaba seguro de que pudieran hacer algo así, aunque, realmente ¿quién sabía lo que las Aes Sedai eran capaces de realizar? Y, si llevaban otra intención, tampoco había nada que él pudiera hacer al respecto. Atrapado por un par de ojos, como un simplón e ingenuo muchachito de campo. En verdad era un necio con cerebro de carpa.

—Juro que os serviré lealmente hasta que la Torre Blanca sea vuestra... —Su mente estaba ya haciendo planes. Thad, y quizás un Guardián o dos, al otro lado del río para ver qué se traían entre manos los Capas Blancas. Joni, Barim y unos cuantos más, a Ebou Dar; de ese modo evitaría que Joni se tragara la lengua cada vez que mirara a «Mara» y a «Amaena». Además, todos los hombres que enviase sabrían cómo reclutar soldados—, crear y dirigir vuestro ejército poniendo en ello el máximo empeño y toda mi pericia...

Cuando el apagado zumbido de la sala cesó de repente, Min levantó la vista de los dibujos que había estado haciendo sobre la mesa con el índice mojado en vino. Logain también rebulló, cosa sorprendente, pero sólo para observar con fijeza a las personas que había en la sala, o puede que mirando a través de ellas; no era fácil saberlo con seguridad.

Gareth Bryne y el corpulento Guardián illiano fueron las dos primeras personas que salieron de la habitación trasera. En medio del silencio expectante, oyó decir a Bryne:

—Decidles que os envía una camarera de taberna de Ebou Dar u os cortarán la cabeza y la hincarán en una pica.

El illiano estalló en carcajadas.

—Vaya, es realmente una ciudad peligrosa, Ebou Dar. —A continuación cogió los guanteletes de cuero sujetos bajo el talabarte y se los puso mientras salía a la calle.

Las conversaciones se reanudaron de nuevo cuando apareció Siuan. Min no alcanzó a oír lo que Bryne le dijo, pero la mujer salió detrás del Guardián mascullando entre dientes. Min tuvo la descorazonadora sensación de que las Aes Sedai habían decidido que iban a cumplir aquel absurdo juramento que Siuan había hecho con tanto orgullo; y a cumplirlo de inmediato. Si hubiera sido capaz de convencerse de que los dos Guardianes que estaban apostados junto a la pared no se darían cuenta, habría salido por la puerta y se habría subido a lomos de *Galabardera* en un visto y no visto.

Sheriam y las otras Aes Sedai salieron las últimas, con Leane. Myrelle tomó asiento con Leane en una de las mesas y empezaron a discutir algo mientras las restantes se movían por la sala y se detenían para hablar con todas las otras Aes Sedai. Fuera lo que fuera lo que les dijeron, sus reacciones abarcaron desde la franca conmoción hasta la sonrisa complacida a despecho de la legendaria calma Aes Sedai.

—Quédate aquí —le dijo Min a Logain mientras retiraba su desvencijada silla. Confiaba en que el hombre no iniciara un conflicto. Estaba mirando fijamente los rostros de las Aes Sedai, uno por uno, y daba la impresión de ser más consciente de lo que veía que desde hacía días—. Quédate en la mesa hasta que vuelva, Dalyn. —Había perdido la costumbre de estar entre gente que conocía su verdadero nombre—. Por favor.

—Me ha vendido a las Aes Sedai. —Fue conmocionante oírlo hablar después de llevar tanto tiempo callado. El hombre se estremeció y luego asintió con la cabeza—. Esperaré.

Min vaciló, pero, si los dos Guardianes eran incapaces de impedir que hiciera algo estúpido, ciertamente sí lo haría una habitación llena de Aes Sedai. Cuando llegó a la puerta, un hombre con aspecto de caballerizo se llevaba un semental bayo de corta alzada. Supuso que era el caballo de Bryne. «¡Cumpliré el maldito juramento! ¡Lo haré! Pero ahora no pueden retenerme lejos de Rand. He hecho lo que Siuan quería. Tienen que dejarme que vaya con él.» El único problema era que las Aes Sedai generalmente no sólo decían lo que tenían que hacer ellas, sino también otras personas.

Siuan estuvo a punto de derribarla al topar con ella cuando volvía a entrar, ceñuda, llevando un rollo de mantas bajo el brazo y unas alforjas cargadas al hombro.

—Vigila a Logain —siseó en un susurro, sin detenerse—. No dejes que nadie hable con él. —Se dirigió al pie de la escalera, donde una mujer canosa, una criada, conducía a Bryne hacía el piso de arriba, y los siguió a ambos. Por la mirada que clavó en la espalda del hombre, éste debería haber rezado para que no cogiera el puñal que llevaba en el cinturón.

Min sonrió al alto y esbelto Guardián que la había seguido hasta la puerta. Estaba a tres metros de distancia, sin apenas mirar en su dirección, pero la joven no se hizo ilusiones.

—Ahora somos invitadas. Amigas.

El Guardián no le devolvió la sonrisa. «¡Condenados hombres de rostro pétreo!» ¿Por qué no podían dar por lo menos un ligero indicio de lo que estaban pensando?

Logain seguía observando a las Aes Sedai cuando regresó a la mesa. Buen momento había escogido Siuan para que estuviera callado, justo cuando empezaba a dar señales de que seguía vivo. Tenía que hablar con Siuan.

—Logain —dijo suavemente, esperando que ninguno de los dos Guardianes apostados junto a la pared pudiera oírla. No se habían movido ni para respirar desde que habían tomado su posición, salvo cuando uno de ellos la siguió—. Creo que no deberías decir nada hasta que Mara te explique lo que ha planeado. A nadie.

—¿Mara? —Le dedicó una mueca sarcástica—. ¿Te refieres a Siuan Sanche? —Así que

Librodot

recordaba lo que había oído a pesar de su aturdimiento—. ¿Hay alguien en esta sala que parezca tener deseos de hablar conmigo? —Volvió a sumirse en su ceñudo escrutinio.

No, nadie parecía querer hablar con un falso Dragón amansado. Excepto por los dos Guardianes, ninguno de los presentes parecía prestarles atención. Si no hubiera sabido a qué atenerse, habría pensado que una gran excitación dominaba a las Aes Sedai que estaban en la sala. No es que antes se hubieran mostrado aletargadas precisamente, pero desde luego ahora parecían tener más energía, charlaban en pequeños grupos y daban órdenes concisas a los Guardianes. Los papeles en los que antes estaban tan interesadas habían quedado olvidados por completo. Sheriam y las demás que habían llevado a Siuan a la otra habitación regresaron a ella, pero Leane tenía a dos escribientes en la mesa ahora, y las dos mujeres garabateaban tan deprisa como podían. Una oleada ininterrumpida de Aes Sedai entraba en la posada para desaparecer de inmediato tras la tosca puerta de tablones y no salir. Lo que quiera que hubiera ocurrido allí dentro, fuera lo que fuera lo que les hubiera dicho Siuan, desde luego las había agitado, y de qué manera.

Min habría querido tener a Siuan en la mesa o, mejor aun, en algún lugar donde estuvieran solas, durante cinco minutos. Sin duda ahora estaría atizando a Bryne en la cabeza con las alforjas. No, Siuan no recurriría a eso, por muchas miradas furibundas que le lanzara. Bryne no era como Logain, en ningún sentido, ni en lo físico ni en lo anímico; Logain había conseguido imponerse a Siuan durante un tiempo haciendo valer su inmensa corpulencia. Bryne era tranquilo, reservado, no un hombre de constitución pequeña, desde luego, pero ni mucho menos despótico. No querría tener de enemigo al hombre que recordaba de Hontanares de Kore, pero dudaba que Bryne hubiera resistido mucho contra Siuan. Tal vez creyera que la mujer iba a servirle sumisamente durante el tiempo estipulado, pero a Min no le cabía duda alguna de quién acabaría haciendo lo que quería el otro.

Como si pensar en ella la hubiera hecho aparecer, Siuan bajó la escalera pisando fuerte, con un bulto de ropa blanca debajo del brazo. Para ser más precisa, daba la impresión de querer abrir un agujero en cada escalón al pisar en él; si hubiese tenido cola, la habría ido sacudiendo como un látigo. Se paró un momento para mirar fijamente a Min y a Logain, y después se dirigió hacia la puerta que llevaba a la cocina.

—Quédate aquí —advirtió Min a Logain—. Y, por favor, no digas nada hasta que... Siuan pueda hablar contigo. —Iba a tener que acostumbrarse a llamar a la gente por su verdadero nombre otra vez. Él ni siquiera la miró.

Alcanzó a Siuan en un pasillo que conducía a la cocina. A través de las grietas abiertas, allí donde los tablones de la puerta se habían secado, llegaba el tintineo y el chapoteo de ollas y platos que se estaban fregando. Siuan abrió los ojos en un gesto de alarma.

—¿Por qué lo has dejado solo? ¿Sigue vivo?

—Vivirá para siempre, por lo que puedo ver. Siuan, nadie quiere hablar con él, pero yo he de hablar contigo. —La mujer le soltó el bulto blanco en los brazos. Camisas—. ¿Qué es esto?

—La maldita ropa sucia del maldito Gareth Bryne —gruñó Siuan—. Puesto que también tú eres una de sus criadas, puedes lavarla. Yo he de hablar con Logain antes de que alguien se me anticipe.

Min cogió del brazo a Siuan en el preciso momento en que la mujer intentaba regresar a la sala.

—Puedes perder un minuto para escuchar lo que tengo que decir. Cuando Bryne entró, tuve una visión. Un halo, y un toro desgarrando una guirnalda de rosas que llevaba al cuello, y... Nada de eso importa salvo el halo. No lo entendí del todo, pero sí algo más que el resto.

—¿Y qué fue lo que entendiste?

—Si quieres seguir viva, más vale que permanezcas cerca de él. —A despecho del calor, Min tiritó. Sólo había tenido otra visión con ese condicional «si», y en los dos casos era potencialmente mortífero. Ya era bastante malo saber que ocurriría algo; si empezaba a ver también lo que *podría* ocurrir...—. Lo único que sé es esto: si él se queda cerca de ti, vivirás.

Si se va muy lejos y durante mucho tiempo, vais a morir. Los dos. No sé por qué he tenido que ver algo relativo a ti en su halo, pero parecías formar parte de él.

La sonrisa de Siuan habría podido mondar una pera.

—Antes preferiría navegar en una barca podrida y llena de anguilas pescadas hace un mes.

—Jamás se me pasó por la cabeza que nos seguiría. ¿De verdad nos van a obligar a que regresemos con él?

—Oh, no, Min. Él va a dirigir nuestros ejércitos a la victoria. ¡Y a hacer de mi existencia la Fosa de la Perdición! Así que me va a salvar la vida, ¿no? No sé si merece la pena. —Inhaló profundamente y se alisó la falda—. Cuando tengas eso lavado y planchado, tráemelo. Se lo subiré yo. Y puedes limpiarle las botas antes de irte a dormir esta noche. Tenemos una habitación, un cuchitril, cerca de la de él. ¡Así podremos oírlo si nos llama para que le mullamos sus malditas almohadas!

Se marchó antes de que Min tuviera ocasión de protestar. Bajó la vista hacia las camisas enrolladas que tenía en los brazos. Estaba segura de quién sería la que lavaría toda la ropa de Gareth Bryne, y esa persona no iba a ser Siuan Sanche.

«¡Maldito Rand al'Thor!» Una se enamoraba de un hombre y acababa haciendo la colada, aunque la ropa perteneciera a otro hombre. Cuando entró en la cocina para pedir un barreño de lavar y agua caliente, su gesto furibundo era una copia exacta del de Siuan.

Librodot

GLOSARIO

Aclaración sobre las fechas de este glosario

El calendario Tomano (ideado por Toma dur Ahmid) se adoptó aproximadamente dos siglos después de la muerte de los últimos varones Aes Sedai y registró los años transcurridos después del Desmembramiento del Mundo (DD). Muchos anales resultaron destruidos durante las Guerras de los Trollocs, de tal modo que, al concluir éstas, se abrió una discusión respecto al año exacto en que se hallaban en el antiguo sistema. Tiam de Gazar propuso un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en el que los años se señalarían como Año Libre (AL). El calendario Gazariano ganó amplia aceptación veinte años después del final de la guerra. Artur Hawkwing intentó establecer un nuevo anuario que partiría de la fecha de fundación de su imperio (DF, Desde la Fundación), pero únicamente los historiadores hacen referencia a él actualmente. Tras la generalizada destrucción, mortalidad y desintegración de la Guerra de los Cien Años, Uren din Jubai Gaviota Voladora, un erudito de las islas de los Marinos, concibió un cuarto calendario, el cual promulgó el Panarch Farede de Tarabon. El calendario Farede, iniciado a partir de la fecha, arbitrariamente decidida, del fin de la Guerra de los Cien Años, que registra los años de la Nueva Era (NE), es el que se utiliza en la actualidad.

Aceptadas, las: Jóvenes que se hallan en fase de formación para convertirse en Aes Sedai y que han accedido a cierto grado de poder y superado determinadas pruebas. Las novicias tardan normalmente de cinco a diez años para ascender a la condición de Aceptadas. Las Aceptadas no están tan sujetas a las reglas como las novicias y tienen la posibilidad de elegir, si bien de forma restringida, las áreas en que prefieren centrar sus estudios. Una Aceptada tiene derecho a llevar un anillo con la Gran Serpiente, pero únicamente en el tercer dedo de la mano izquierda. Cuando es promovida al rango de Aes Sedai, escoge su Ajah, accede al privilegio de vestir el chal y puede ponerse el anillo en cualquier dedo o no llevarlo, según dicten las circunstancias. (Véase también *Aes Sedai*.)

a'dam: Un artilugio creado por los seanchan que sirve para controlar a mujeres capaces de encauzar y que consiste en un collar y un brazalete unidos por una correa, todo ello en metal plateado. No surte efecto en una mujer que no puede encauzar. (Véanse *damane, seanchan* y *sul'dam*.)

Aes Sedai: Poseedoras del Poder Único. Desde la Época de Locura, todos los Aes Sedai supervivientes son mujeres. Con frecuencia inspiradoras de desconfianza, temor e incluso odio entre la gente, muchos les achacan la responsabilidad del Desmembramiento del Mundo y les critican su entrometimiento en los asuntos de las naciones. Aun así, pocos son los gobernantes que no disponen de una consejera Aes Sedai, incluso en las tierras en donde tal relación debe mantenerse en secreto. Tras encauzar repetidamente el Poder Único durante varios años, las Aes Sedai adquieren un aspecto físico especial que se caracteriza por la indefinición de la edad en sus rasgos, de modo que, por ejemplo, una Aes Sedai que podría ser abuela no aparenta señal alguna de vejez, salvo tal vez algunas canas. (Véanse *Ajah, Sede Amyrlin* y *Época de Locura*.)

Aiel: El pueblo del Yermo de Aiel. Duros y luchadores, se cubren los rostros antes de matar. Terribles guerreros, ya sea armados o con las manos desnudas, nunca tocan una espada; tampoco montan en un caballo a menos que se los presione. Sus flautistas los acompañan en las batallas con música de danzas, y los Aiel llaman a la batalla «la danza» o «la danza

de las lanzas». Se dividen en doce clanes: el Chareen, el Codarra, el Daryne, el Goshien, el Miagoma, el Nakai, el Reyn, el Shaarad, el Shaido, el Shiande, el Taardad, y el Tomanelle. A veces se refieren a un decimotercer clan, el Clan que No lo Es, los Jenn, quienes fueron los constructores de Rhuidean. (Véanse también *asociaciones guerreras Aiel*; *Yermo de Aiel* y *Rhuidean*)

Ajah: Sociedades entre las Aes Sedai; son siete y se designan por colores: Azul, Rojo, Blanco, Verde, Marrón, Amarillo y Gris. Todas las Aes Sedai, con excepción de la Sede Amyrlin, pertenecen a un Ajah concreto. Cada uno de ellos sigue una filosofía específica respecto al uso del Poder Único y a los cometidos de las Aes Sedai. El Ajah Rojo, por ejemplo, dedica todas sus energías a buscar y amansar a los hombres que encauzan el Poder. El Ajah Marrón, por su parte, prohíbe el compromiso con el mundo y se consagra a la profundización en el conocimiento, en tanto que el Ajah Blanco, que se abstiene en la medida de lo posible del contacto con el mundo y el saber práctico directamente relacionado con él, se concentra en las cuestiones filosóficas y la búsqueda de la verdad. El Ajah Verde (llamado el Ajah de Batalla durante la Guerra de los Trollocs) se mantiene en pie de guerra, listo para el Tarmon Gai'don, mientras que el Ajah Amarillo se concentra en el estudio de la Curación. Las hermanas Azules toman partido por las causas justas, en tanto que las Grises son mediadoras y buscan la armonía y el consenso. Hay rumores sobre un Ajah Negro, abocado al servicio del Oscuro, pero su existencia se niega oficialmente.

Alviarin Freidhen: Una Aes Sedai del Ajah Blanco, ahora ascendida a Guardiana de las Crónicas, máxima autoridad después de la Sede Amyrlin. Una mujer de fría lógica y aun más fría ambición.

Amadicia: Nación situada al sur de las Montañas de la Niebla, entre Tarabon y Altara. Su capital, Amador, es la sede de los Hijos de la Luz, cuyo capitán general ostenta, de hecho ya que no de nombre, más poder que el propio rey. Cualquier persona con capacidad para encauzar está considerada como proscrita en este país; según la ley han de ser encarceladas o exiliadas, pero en realidad a menudo se las mata cuando se «resisten al arresto». El estandarte de Amadicia es una estrella plateada de seis puntas, superpuesta a un espino rojo, sobre campo azul. (Véanse *encauzar* e *Hijos de la Luz*.)

amansar: La acción, realizada por Aes Sedai, de neutralizar la fuerza de un varón capaz de encauzar el Poder Único. Ello es necesario debido a que todo hombre que aprenda a encauzarlo enloquecerá a causa de la infección que afecta al *Saidin* y probablemente producirá horribles daños utilizando el Poder después de haber perdido el juicio. Un hombre que ha sido amansado puede detectar todavía la Fuente Verdadera, pero no establecer contacto con ella. La evolución del grado de locura se detiene con el amansamiento, aun cuando no se cura, y si éste se efectúa en el inicio es factible evitar la muerte que sobreviene tras este tratamiento. Un varón amansado, sin embargo, renuncia inevitablemente a seguir viviendo; aquellos que no tienen éxito con el suicidio acaban muriendo al cabo de un año o dos de todas formas. (Véanse *Poder Único, el* y *neutralizar*.)

Amigos Siniestros: Los seguidores del Oscuro, que abrigan expectativas de cobrar gran poder y recibir recompensas, incluida la inmortalidad, cuando aquél sea liberado de su prisión.

Amys: Caminante de sueños y Sabia del dominio Peñas Frías, del septiar Nueve Valles de los Taardad Aiel. Esposa de Rhuarc, hermana conyugal de Lian, que es señora del techo del dominio Peñas Frías y segunda madre de Aviendha.

Andor: Una próspera nación que se extiende, al menos sobre el mapa, desde las Montañas de la Niebla hasta el río Erinin, si bien desde hace varias generaciones el control de la reina no ha llegado más al oeste que el río Manetherendrelle. (Véase *heredera del trono*.)

angreal: Un objeto, vestigio de la Era de Leyenda, que permite a quienes son capaces de encauzar el Poder Único el manejo de una cantidad superior a la que podrían utilizar sin salir malparados. Unos se crearon para ser usados por mujeres, y otros, por hombres; los rumores acerca de ciertos tipos de *angreal* utilizables tanto por varones como por féminas no se han confirmado nunca. Su método de elaboración se desconoce en la actualidad, y

Librodot

son muy pocos los que existen hoy en día. (Véanse también *encauzar, sa'angreal* y *ter'angreal*.)

Antigua Lengua: La lengua que se hablaba durante la Era de Leyenda. Las personas nobles y cultivadas deben, en principio, haber aprendido a hablarla, pero la mayoría sólo conoce algunas palabras. A menudo su traducción resulta harto difícil, ya que es un lenguaje susceptible de ofrecer diversas interpretaciones mediante sutiles variaciones en el significado. (Véase *Era de Leyenda*)

Arad Doman: Una nación situada en las costas del Océano Aricio. En la actualidad sufre los estragos de una guerra civil además de las que sostiene de manera simultánea contra quienes se han declarado partidarios del Dragón Renacido y contra Tarabon. La mayoría de los mercaderes domani son mujeres, y el dicho «dejar que un hombre haga tratos con una domani» se utiliza para referirse a alguien que se empeña en hacer una estupidez mayúscula. Las domani tienen fama —o más bien mala fama— por su belleza, su seductor encanto y sus escandalosos atuendos.

Artur Hawkwing: Rey legendario, Artur Paendrag Tanreall, que reinó entre 943-994 AL, y unió todas las tierras situadas al oeste de la Columna Vertebral del Mundo, así como algunos países que se extendían más allá del Yermo de Aiel. Llegó incluso a enviar ejércitos al otro lado del Océano Aricio (AL 992) pero se perdió todo contacto con éstos a su muerte, que desencadenó la Guerra de los Cien Años. Su emblema era un halcón dorado volando. (Véase *Guerra de los Cien Años*.)

asociaciones guerreras Aiel: Los guerreros Aiel están incorporados sin excepción a una de las doce asociaciones guerreras: los Buscadores del Agua *(Duadhe Mahdi'in),* los Corredores del Alba *(Rahien Sorei),* los Danzarines de Montaña *(Hama N'dore),* los Descendientes Verdaderos (*Tain Shari),* las Doncellas Lanceras *(Far Dareis Mai),* los Escudos Rojos *(Aethan Dor),* los Hermanos del Águila *(Far Aldazar Din),* los Hijos del Relámpago *(Sha'mad Conde),* los Lanceros Nocturnos *(Cor Darei),* los Mano Cuchillo *(Sovin Nai),* los Ojos Negros *(Seia Doon),* y los Soldados de Piedra *(Shae'en M'taal).* Cada agrupación tiene sus propias costumbres y, en ocasiones, cometidos específicos. Por ejemplo, los Escudos Rojos hacen las veces de policía. Los Soldados de Piedra actúan como tropas de retaguardia durante una retirada, mientras que las Doncellas Lanceras realizan el cometido de exploradoras. Los clanes Aiel luchan con frecuencia entre sí, pero los miembros de una misma asociación no se enfrentan jamás, aun cuando lo hagan sus clanes. Así, siempre hay vías de contacto amistosas entre los clanes, incluso cuando se encuentran en estado de guerra declarada. (Véanse *Aiel, Yermo de Aiel* y *Far Dareis Mai*.)

Avendesora: En la Antigua Lengua, el Árbol de la Vida, mencionado en innumerables historias y leyendas que lo sitúan en diversos lugares. Su verdadera ubicación la conocen muy pocas personas.

Avendoraldera: Un árbol que creció en la ciudad de Cairhien a partir de un retoño de *Avendesora.* Los Aiel regalaron dicho retoño a la ciudad en el 566 NE, a pesar del hecho de que ningún documento demuestra relación alguna entre los Aiel y *Avendesora.* (Véase *Guerra de Aiel*.)

Aviendha: Una mujer del septiar Agua Amarga de los Taardad Aiel que se está instruyendo para ser Sabia. No le teme a nada, excepto a su destino.

Bair: Una caminante de sueños y Sabia del septiar Haido de los Shaarad Aiel.

Birgitte: Legendaria heroína de relatos, renombrada por su belleza casi en igual medida que por su valentía y su destreza como arquera. Utilizaba un arco y flechas de plata, con los que nunca erraba el tiro. Está entre los héroes llamados a volver de la tumba cuando suene el Cuerno de Valere. Se la vincula siempre con Gaidal Cain, un legendario espadachín. A excepción de su belleza y su destreza con el arco, guarda poco parecido con la mujer que describen las leyendas. (Véanse también *Gaidal Cain*; y *Cuerno de Valere*.)

Breane Taborwin: Anteriormente una noble importante de Cairhien que se ha arruinado y es refugiada en Andor, donde ha encontrado la felicidad con la clase de hombre que en otros

Librodot

tiempos hubiera hecho expulsar a latigazos por sus criados.

cadin'sor: Atuendo de los guerreros Aiel, compuesto por chaqueta y calzones en tonos grises y pardos que se confunden con las rocas del entorno o con las sombras, así como botas de cuero suave, altas hasta las rodillas y atadas con cordones. En la Antigua Lengua, «ropas de trabajo».

Caemlyn: La capital de Andor. (Véase *Andor*.)

Cairhien: Nombre dado a una nación situada junto a la Columna Vertebral del Mundo y a su capital. La ciudad fue quemada y saqueada durante la Guerra de Aiel, al igual que muchas otras poblaciones. El subsiguiente abandono de las zonas de cultivo próximas a la Columna Vertebral del Mundo obligó a la importación de grandes cantidades de cereales. El asesinato del rey Galldrain (998 NE) provocó una guerra civil entre las casas nobles que se disputan el Trono del Sol, la interrupción de los envíos de cereales y la hambruna. La enseña de Cairhien representa un radiante sol dorado elevándose sobre un fondo azul cielo. (Véase *Guerra de Aiel*.)

Callandor: La Espada que no es una Espada, La Espada que no Puede Tocarse. Una espada de cristal que estuvo guardada en la Ciudadela de Tear. Es un poderoso *sa'angreal* para ser utilizado por un varón. El que fuera retirada de la cámara llamada el Corazón de la Ciudadela, junto con la caída de la fortaleza, fue uno de los signos principales del Renacimiento del Dragón y de la proximidad del Tarmon Gai'don. Rand al'Thor volvió a colocarla en el Corazón de la Ciudadela, hincada en las baldosas. (Véanse también *Dragón Renacido, el*; *sa'angreal* y *Ciudadela de Tear, la*.)

caminante de sueños: Término con que los Aiel denominan a la mujer capaz de entrar en el *Tel'aran'rhiod.* (Véase *Tel'aran'rhiod*.)

Capas Blancas: Véanse *Hijos de la Luz.*

Cinco Poderes, los: El Poder Único tiene varias vías de utilización que reciben su nombre según el tipo de efectos que pueden producir —Tierra, Aire (a veces llamado Viento), Fuego, Agua y Energía— y se denominan conjuntamente los Cinco Poderes. Todos los poseedores del Poder Único disponen de un mayor grado de fuerza con uno o quizá dos de ellos y un potencial menor con los restantes. En la Era de Leyenda el dominio de la Energía se manifestaba igualmente en hombres y mujeres, pero los varones tenían más habilidad en el manejo de la Tierra y el Fuego, en tanto que el Agua y el Aire eran vías que con frecuencia encauzaban mejor las mujeres. Ha habido excepciones a esta regla, pero tan raras que la Tierra y el Fuego pasaron a ser considerados como Poderes masculinos y el Aire y el Agua, femeninos.

Ciudadela de Tear: Una gran fortaleza situada en la ciudad de Tear, que se cree que fue erigida poco después del Desmembramiento del Mundo utilizando el Poder Único. Asediada y atacada sin éxito en incontables ocasiones, cayó en el transcurso de una noche a manos del Dragón Renacido y de unos pocos cientos de Aiel, cumpliéndose así dos pasajes de las Profecías del Dragón. (Véase *Dragón, Profecías del*.)

Columna Vertebral del Mundo: Una imponente cordillera de montañas, que sólo puede atravesarse por algunos puertos y que separa el Yermo de Aiel de las tierras occidentales. También se la llama la Pared del Dragón.

Couladin: Un ambicioso hombre del septiar Domai de los Shaido Aiel. Pertenece a la asociación guerrera *Seia Doon,* los Ojos Negros.

cuendillar: Una sustancia indestructible creada durante la Era de Leyenda. Absorbe cualquier fuerza que intente romperla, incrementando así su dureza. También se la conoce como piedra del corazón.

Cuerno de Valere: El legendario objeto de la Gran Cacería del Cuerno. Al Cuerno se le atribuye el poder de llamar a los héroes fallecidos y sacarlos de sus tumbas para combatir a la Sombra. Se ha convocado una nueva Cacería del Cuerno, y los cazadores que han prestado juramento están dispersos por muchos países.

damane: En la Antigua Lengua, literalmente «la Atada con Correa». Es el término con el que

Librodot

los seanchan denominan a las mujeres capaces de encauzar y a quienes mantienen prisioneras mediante el uso del *a'dam.* A las mujeres con la capacidad de encauzar pero a las que todavía no se las ha hecho *damane,* se las llama *marath'damane,* que significa literalmente «Las que Deben Atarse con Correa». (Véanse *a'dam, seanchan* y *sul'dam*.)

Desmembramiento del Mundo, el: Durante la Época de Locura, los varones Aes Sedai, capaces de valerse del Poder Único hasta un grado ahora desconocido, modificaron en su enajenamiento la faz de la tierra. Provocaron grandes terremotos, arrasaron cordilleras de montañas, hicieron surgir nuevas cumbres, elevaron tierra firme en terrenos ocupados por mares y anegaron con océanos las tierras habitadas. Muchas partes del mundo quedaron completamente despobladas, y los supervivientes se vieron diseminados como polvo azotado por el viento. Esta destrucción es recordada en relatos, leyendas y en la historia como el Desmembramiento del Mundo. (Véase *Época de Locura*.)

Dragón, el: Nombre con que se conocía a Lews Therin Telamon durante la Guerra de la Sombra, hace unos tres mil años o más. Poseído por la misma locura que aquejó a todos los varones Aes Sedai, Lews Therin mató a todas las personas de su familia y a todos sus seres queridos, con lo que se ganó el nombre de Verdugo de la Humanidad. (Véanse *Dragón Renacido* y *Dragón, Profecías del*.)

Dragón, falso: Así se llama a los diversos hombres que han pretendido ser el Dragón Renacido. Algunos provocaron guerras en las que se vieron involucradas muchas naciones. A lo largo de los siglos, la mayoría han sido hombres incapaces de encauzar el Poder Único, pero unos cuantos lo han logrado. Todos, no obstante, han desaparecido o han sido capturados o ejecutados sin que se cumpliera ninguna de las Profecías del Dragón. Entre quienes fueron capaces de encauzar el Poder, los más poderosos fueron Raolin Perdición del Oscuro (335-336 DD), Yurian Arco Pétreo (alrededor de 1300-1308 DD), Davian (351 AL), Guaire Amalasan (939-943 AL), Logain (997 NE) y Mazrim Taim (998 NE). (Véase *Dragón Renacido*.)

Dragón, Profecías del: Apenas conocidas excepto entre los eruditos, y escasamente mencionadas, las Profecías, expuestas en *El Ciclo Karaethon,* predicen que el Oscuro volverá a liberarse para extender su mano sobre el mundo, y que Lews Therin Telamon, el Dragón, volverá a nacer para librar el Tarmon Gai'don, la Última Batalla, contra la Sombra. Según las Profecías, el Dragón salvará al mundo y volverá a desmembrarlo. (Véase *Dragón, el*.)

Dragón Renacido: De acuerdo con las Profecías, el hombre en el que se ha reencarnado Lews Therin Verdugo de la Humanidad. (Véanse *Dragón, el; Dragón, falso* y *Dragón, Profecías del*.)

Egwene al'Vere: Una joven de Campo de Emond, en la comarca de Dos Ríos, en Andor. Actualmente una Aceptada, se está instruyendo con las caminantes de sueños Aiel y posiblemente es una Soñadora. (Véanse *caminantes de sueños* y *Talentos*.)

Elaida do Avriny a'Roihan: Aes Sedai que antes pertenecía al Ajah Rojo y que ha sido ascendida a Sede Amyrlin. En otra época actuó como consejera de la reina Morgase de Andor. A veces realiza predicciones.

Elayne de la casa Trakand: Hija de la reina Morgase y heredera del trono de Andor. Ha accedido al grado de Aceptada. Su emblema es un lirio dorado. (Véase *heredera del trono*.)

Enaila: Una Doncella Lancera, del septiar Jarra del clan Aiel Chareen. Muy quisquillosa en lo que se refiere a su estatura, demuestra una chocante actitud maternal hacia Rand al'Thor considerando que sólo es un año mayor que él.

encauzar: Controlar el flujo del Poder Único. (Véase *Poder Único*.)

Entramado de una Era: La Rueda del Tiempo teje los hilos de las vidas humanas formando el Entramado de una Era, con frecuencia denominado simplemente el Entramado, el cual compone la sustancia de la realidad de dicha Era. (Véase *ta'veren*.)

Época de Locura: Los años transcurridos después de que el contraataque del Oscuro contaminara la mitad masculina de la Fuente Verdadera, cuando los varones Aes Sedai

Librodot

enloquecieron y desmembraron el mundo. Se desconoce la duración exacta de este período, aun cuando existe la creencia de que se prolongó casi un siglo. Únicamente finalizó por completo con la muerte del último varón Aes Sedai. (Véanse *Fuente Verdadera* y *Poder Único*.)

Era de Leyenda: La era concluida con la Guerra de la Sombra y el Desmembramiento del Mundo, una época en que los Aes Sedai ejecutaron prodigios que actualmente sólo caben en la imaginación. (Véanse *Desmembramiento del Mundo, Guerra de la Sombra* y *Rueda del Tiempo*.)

espontánea: Una mujer que ha aprendido a encauzar el Poder Único por sus propios medios y ha sobrevivido a la crisis que sólo una de cada cuatro supera. Dichas mujeres suelen erigir barreras con el fin de no conocer racionalmente lo que hacen, pero, si finalmente logran desprenderse de tal actitud defensiva, las espontáneas llegan a situarse entre las más poderosas encauzadoras. Este término se utiliza a menudo en sentido despectivo.

Faolain Orande: Una Aceptada a la que no le gustan las espontáneas.

Far Dareis Mai: En la Antigua Lengua, literalmente «Doncellas Lanceras». Una asociación guerrera Aiel, la cual, a diferencia de las demás, únicamente admite mujeres como miembros. A una Doncella no le está permitido casarse y permanecer en la sociedad, ni luchar durante los meses de gestación. Al nacer, los hijos de las Doncellas son entregados a otra mujer para que se encargue de su crianza, de tal modo que nadie sepa quién fue la madre del pequeño. («No puedes pertenecer a un hombre, ni tener hombre ni hijo. La lanza es tu amante, tu hijo y tu vida.») (Véanse también *Aiel* y *asociaciones guerreras Aiel*.)

Fuente Verdadera: La fuerza vital del universo que hace girar la Rueda del Tiempo. Está dividida en una mitad masculina *(Saidin)* y una mitad femenina *(Saidar),* las cuales interactúan colaborando y enfrentándose a un tiempo. Únicamente un hombre puede absorber el *Saidin;* únicamente una mujer puede absorber el *Saidar.* Desde el inicio de la Época de Locura, el *Saidin* permanece contaminado a causa del contacto del Oscuro. (Véase *Poder Único*.)

Gaidal Cain: Un famoso espadachín mencionado en leyendas y en la historia, al que siempre se vincula con Birgitte y del que se dice que era tan apuesto como hermosa era ella. Se dice que era invencible cuando pisaba su suelo natal. Es uno de los héroes llamados a volver de la tumba cuando suene el Cuerno de Valere. (Véanse también *Birgitte* y *Cuerno de Valere*.)

Gaidin: En la Antigua Lengua, literalmente, «Hermano para Batallas». Un título utilizado por las Aes Sedai para designar a los Guardianes. (Véase *Guardián*.)

gai'shain: En la Antigua Lengua «Comprometidos con la Paz en la Batalla». Un Aiel tomado prisionero por otro Aiel durante una incursión o batalla queda obligado por el *ji'e'toh* a servir a su aprehensor sumisa y obedientemente durante un año y un día, y en ese plazo no puede tocar una arma ni actuar con violencia. Existe la posibilidad de que no se tome como *gai'shain* a una Sabia, un herrero, un niño o una mujer con hijos menores de diez años.

Galad: Lord Galadedrid Damodred, más conocido por el diminutivo Galad. Hermanastro de Elayne y Gawyn, pues los tres son hijos del príncipe Taringail Damodred. Su insignia es una espada de plata alada, con la punta hacia abajo.

Gareth Bryne: Anteriormente el capitán general de la Guardia Real de Andor y a quien Morgase exilió. Está considerado como uno de los mejores generales vivos. El emblema de la casa Bryne es un toro salvaje, con la corona de rosas de Andor alrededor del cuello. Su insignia personal representa tres estrellas doradas, con cinco rayos cada una.

Gawyn de la casa Trakand: Hijo de la reina Morgase y hermano de Elayne, que será Primer Príncipe de la Espada cuando Elayne ascienda al trono. Su emblema es un jabalí blanco.

Gran Llaga, la: Una región situada en los confines del norte, totalmente corrompida por el Oscuro. Guarida de trollocs, Myrddraal y otras criaturas del Oscuro.

Gran Señor de la Oscuridad: El nombre que dan los Amigos Siniestros al Oscuro, en la creencia de que el uso de su verdadero nombre resultaría blasfemo.

Gran Serpiente: Símbolo del tiempo y la eternidad cuyos orígenes se remontan a una época

Librodot

anterior a la Era de Leyenda, que representa a una serpiente mordiéndose la cola. Las mujeres que acceden al grado de Aceptadas entre las Aes Sedai reciben un anillo moldeado con la forma de la Gran Serpiente.

Grandes Señores de Tear: El consejo de Grandes Señores gobierna la nación de Tear, que no tiene soberano. No se compone de un número fijo de miembros y a lo largo de los años su composición ha variado desde veinte componentes a tan sólo seis. No se ha de confundir con los Señores de la Tierra, aristócratas tearianos de menor categoría.

Guardián: Un guerrero vinculado a una Aes Sedai. El lazo que los une proviene del Poder Único y, por medio de él, el Guardián recibe dones entre los que se cuentan la rápida curación de las heridas, la posibilidad de resistir largos períodos sin comida, bebida o reposo y la capacidad de detectar la infección del Oscuro a cierta distancia. Mientras el Guardián permanezca con vida, la Aes Sedai a quien está vinculado tendrá conciencia de ello por más lejos que se encuentre y, cuando muera, conocerá el momento y el modo en que ha muerto. El vínculo no le indica, sin embargo, a qué distancia se halla ni en qué dirección. Mientras que la mayoría de los Ajahs sostienen que una Aes Sedai puede disponer de un solo Guardián unido a ella, el Ajan Rojo rechaza el nexo con cualquier Guardián y el Ajah Verde cree que una Aes Sedai es libre de disponer de tantos Guardianes como desee. Éticamente, el Guardián debe acceder a establecer la vinculación, pero se tienen noticias de casos en que ésta se le impuso en contra de su voluntad. Los beneficios que obtienen las Aes Sedai de esta unión constituyen un secreto celosamente guardado. (Véase *Aes Sedai*.)

Guerra de Aiel: (976-978 NE) Cuando el rey Laman de Cairhien cortó el *Avendoraldera,* cuatro clanes Aiel atravesaron la Columna Vertebral del Mundo, y saquearon y quemaron la capital de Cairhien así como otras muchas ciudades y pueblos. El conflicto se propagó hasta Andor y Tear. Oficialmente se sostiene que los Aiel fueron finalmente derrotados en la Batalla de las Murallas Resplandecientes, delante de Tar Valon, pero, de hecho, el rey Laman pereció en dicha batalla y, habiendo cumplido su objetivo, los Aiel volvieron a cruzar la Columna Vertebral del Mundo. (Véanse *Avendoraldera, Cairhien* y *Columna Vertebral del Mundo*.)

Guerra de la Sombra: También conocida como Guerra del Poder. Comenzó poco tiempo después de que se efectuara un intento de liberar al Oscuro, y pronto se vieron involucradas en ella todas las naciones. En un mundo donde incluso el recuerdo de la guerra había caído en el olvido, se redescubrieron todos y cada uno de los rostros de la guerra, a menudo desfigurados por la mano del Oscuro que se cernía sobre el mundo, y el Poder Único fue utilizado como arma. La guerra se concluyó volviendo a sellar las puertas de la prisión del Oscuro en un ataque llevado a cabo por Lews Therin Telamon, el Dragón, y un centenar de varones Aes Sedai conocidos como los Cien Compañeros. El contraataque del Oscuro tuvo por resultado la contaminación del *Saidin,* lo que hizo enloquecer a Lews Therin y a los Cien Compañeros, con lo que comenzó la Época de Locura. (Véanse *Dragón, el; Poder Único* y *Época de Locura*.)

Guerra de los Cien Años: Una serie de guerras sucesivas entre alianzas de naciones constantemente modificadas, precipitada por la muerte de Artur Hawkwing y las luchas por acceder al control de su imperio que ésta acarreó. Esta contienda dejó despobladas extensas zonas de las naciones situadas entre el Océano Aricio y el Yermo de Aiel y entre el Mar de las Tormentas y la Gran Llaga. La destrucción tuvo tal alcance que apenas se conservan algunos documentos dispersos sobre la época. El imperio de Artur Hawkwing se desmoronó, lo que dio lugar a la actual distribución de naciones. (Véase *Artur Hawkwing*.)

Guerra de los Trollocs: Una serie de guerras, iniciadas hacia el 1000 DD, que se prolongaron durante más de tres siglos, a lo largo de los cuales los trollocs arrasaron el mundo. Finalmente los trollocs fueron abatidos u obligados a refugiarse en la Gran Llaga, pero algunas naciones dejaron de existir, mientras que otras quedaron casi despobladas. Toda la información que resta sobre aquel período es fragmentaria.

Guerra del Poder: Véase *Guerra de la Sombra.*

heredera del trono: La hija mayor de la reina de Andor, la cual sucede en el trono a su madre. Si la reina no tiene ninguna hija, la corona pasa a la mujer de parentesco más próximo a ella. Las disensiones sobre quién está más cerca en la línea sucesoria han desembocado en luchas por el poder en varias ocasiones, la última conocida como «la Sucesión» en el propio Andor, y como «la Tercera Guerra de Sucesión de Andor» en el resto de los países, y que llevó a Morgase de la casa Trakand a ocupar el trono.

Hijos de la Luz: Una asociación que no debe sumisión a reino alguno, que mantiene estrictas creencias ascéticas y está consagrada a derrotar al Oscuro y a la destrucción de todos los Amigos Siniestros. Fundada durante la Guerra de los Cien Años por Lothair Mantelar para perseguir al creciente número de Amigos Siniestros, se transformó durante la guerra en una organización de marcado carácter militar, de creencias extremadamente rígidas, entre las que destaca la certeza de que ellos son los únicos que se hallan en posesión de la verdad. Profesan un profundo odio por las Aes Sedai, a las cuales consideran, al igual que a sus simpatizantes, Amigos Siniestros. Se los conoce despectivamente como Capas Blancas, y su emblema es un sol dorado sobre fondo blanco.

Illian: Gran ciudad portuaria del Mar de las Tormentas, capital de la nación del mismo nombre.

Isendre: Una bella y ambiciosa mujer que incurrió en la cólera de la peor mujer que podía buscarse como enemiga y que por una vez en la vida dijo la verdad cuando negó que no había robado.

ji'e'toh: En la Antigua Lengua «honor y obligación» u «honor y servicio». Es el complejo código por el que se rigen los Aiel y cuya explicación ocuparía una estantería de volúmenes. Como primer ejemplo, hay muchos modos de obtener honor en la batalla, el menor de los cuales es matar, ya que cualquiera puede hacerlo, y el mayor es tocar a un enemigo vivo y armado sin causarle daño. En algún punto intermedio entre el uno y el otro está el hacer *gai'shain* a un enemigo. Como segundo ejemplo, la vergüenza, que también tiene muchos niveles en el *ji'e'toh,* está considerada en muchos de esos niveles peor que el dolor, las heridas o incluso la muerte. Un tercer ejemplo: hay también muchos grados del *toh,* u obligación, pero incluso al menos importante ha de darse pleno cumplimiento. El *toh* tiene más peso que cualquier otra consideración, hasta el punto de que un Aiel a menudo acepta la vergüenza, si es preciso, para cumplir una obligación que a cualquier extranjero podría parecerle insignificante. (Véase *gai'shain*.)

Juego de las Casas: Nombre dado a las intrigas, conspiraciones y manipulaciones urdidas por las casas nobles para conseguir ventajas. En él se da gran valor a la sutileza y a la simulación, al aparentar apuntar a un objetivo cuando en realidad se dedican las energías a otro y a obtener resultados con el menor esfuerzo aparente. También conocido como el Gran Juego y por su nombre en la Antigua Lengua: *Da'es Daemar.*

juglar: Un narrador de historias, músico, malabarista, acróbata y animador errante. Conocidos por sus singulares capas de parches multicolores, actúan normalmente en los pueblos y ciudades pequeñas.

Juilin Sandar: Un rastreador de Tear.

Juramentos, los Tres: Los juramentos que presta una Aceptada al ascender a la condición de Aes Sedai. Se pronuncian asiendo la Vara Juratoria, un *ter'angreal* que les confiere un carácter vinculante, y que son: 1) No decir nunca algo que no sea cierto. 2) No fabricar ninguna arma con la que un hombre pueda matar a otro. 3) No utilizar nunca el Poder como arma salvo contra los Engendros de la Sombra o, como último recurso, en defensa de la propia vida, la del propio Guardián o de otra Aes Sedai. El segundo juramento fue el primero en adoptarse, como reacción a la Guerra del Poder. Aunque se mantiene al pie de la letra, el primero suele ser eludido por medio de una cuidadosa selección de las palabras. Existe la creencia de que los dos últimos son inviolables.

Kadere, Hadnan: Un supuesto buhonero que lamenta haber puesto los pies en el Yermo de

Aiel.

Lamgwin Dorn: Un tipo duro de las calles de Caemlyn y un camorrista, que es leal a su reina.

Lan, al'Lan Mandragoran: Un Guardián, vinculado a Moraine. Rey no coronado de Malkier, Dai Shan (Señor de la Guerra) y el último señor superviviente malkieri. (Véanse *Guardián*; *Moraine* y *Malkier*.)

Lanfear: En la Antigua Lengua, «Hija de la Noche». Una de las Renegadas. A diferencia de los demás Renegados, fue ella quien eligió este nombre. Se dice que estuvo enamorada de Lews Therin Telamon y que profesaba un profundo odio por su esposa, Ilyena. (Véanse *Renegados* y *Dragón, el*.)

Leane Sharif: Antes una Aes Sedai del Ajah Azul y Guardiana de las Crónicas. Ahora ha sido depuesta y neutralizada, y su principal afán es volver a encontrarse a sí misma. (Véase *Ajah*.)

Lews Therin Telamon, Verdugo de la Humanidad: Véase *Dragón, el.*

Liandrin: Una Aes Sedai de Tarabon que pertenecía al Ajah Rojo. Se sabe que ahora forma parte del Ajah Negro.

Lini: Antigua nodriza de lady Elayne, y anteriormente de Morgase, su madre, y también de su abuela. Es una mujer de gran fortaleza interior, muy perspicaz y conocedora de infinidad de dichos.

Logain: Un hombre que se proclamó el Dragón Renacido y fue amansado. (Véase *Dragón, falso*.)

Lugard: Capital de Murandy, aunque sólo de nombre, ya que esa nación es un mosaico de multitud de feudos leales a distintos nobles, y quienquiera que se siente en el trono rara vez posee un verdadero control incluso en la propia ciudad. Lugard es un centro de comercio de primer orden, así como terreno abonado para el latrocinio, la corrupción y el libertinaje, de modo que tiene, merecidamente, muy mala fama.

Llaga, la: Véase *Gran Llaga, la.*

Llama de Tar Valon: Símbolo de Tar Valon, de la Sede Amyrlin y de las Aes Sedai. Una representación estilizada de una llama; una lágrima blanca con la parte más delgada hacia arriba.

Maighande: Una de las principales batallas de la Guerra de los Trollocs. La victoria conseguida allí por la humanidad fue el inicio de la larga ofensiva que finalmente confinó de nuevo a los trollocs en la Gran Llaga. (Véanse *Gran Llaga* y *Guerra de los Trollocs*.)

Malkier: Una nación que formaba antaño parte de las Tierras Fronterizas, ahora consumida por la Llaga. La enseña de Malkier era una grulla dorada volando.

Manetheren: Una de las diez naciones aliadas en el Segundo Pacto y también la capital de dicha nación. Tanto la ciudad como el reino fueron completamente arrasados durante la Guerra de los Trollocs. (Véase *Guerra de los Trollocs*.)

Mat Cauthon: Un joven de Campo de Emond, de la comarca de Dos Ríos, en Andor, que es *ta'veren* y muy afortunado en los juegos de azar. Su nombre de pila completo es Matrim.

Mayene: Ciudad-estado del Mar de las Tormentas que históricamente ha estado supeditada a la opresión de Tear. El título del dirigente de Mayene es «el Principal»; los Principales afirman ser descendientes de Artur Hawkwing. El emblema de Mayene es un halcón dorado en posición de vuelo, sobre campo azul.

Mazrim Taim: Un falso Dragón que causó estragos en Saldaea hasta que fue derrotado y capturado. No sólo puede encauzar, sino que al parecer es muy fuerte en el Poder. (Véase *Dragón, falso*.)

Melaine: Caminante de sueños y Sabia del septiar Jhirad de los Goshien Aiel. (Véase *caminante de sueños*.)

Melindhra: Una Doncella Lancera del septiar Jumai de los Shaido Aiel. Su lealtad está dividida. (Véase *asociaciones guerreras Aiel*.)

Min: Una joven que posee la capacidad de leer señales relacionadas con las personas en las aureolas que a veces percibe en torno a ellas.

Librodot

Moraine: Una Aes Sedai del Ajah Azul. Del linaje de la casa Damodred, aunque no en la línea sucesoria del trono, se crió en el Palacio Real de Cairhien. Rara vez utiliza su nombre de casa y mantiene su conexión con ella tan en secreto como le es posible.

Morgase: Por la gracia de la Luz, reina de Andor, Defensora del Reino, Protectora del Pueblo, Sede Suprema de la casa Trakand. Su emblema consta de tres llaves doradas. La enseña de la casa Trakand es una piedra angular de plata.

Myrddraal: Criaturas del Oscuro, bajo cuyo mando se encuentran los trollocs. Deformes descendientes de los trollocs en los que la materia humana utilizada para crear a los trollocs ha regresado a la superficie, pero infectada por la malignidad que generó a los trollocs. Físicamente son como los hombres, exceptuando el hecho de que no tienen ojos, aun cuando dispongan de la agudeza visual de un águila, tanto de día como de noche. Gozan de ciertos poderes emanados del Oscuro, entre los que se cuenta la capacidad de paralizar de terror con la mirada y la posibilidad de esfumarse en los lugares que se hallan a oscuras. Uno de sus pocos puntos débiles de que se tiene conocimiento es su temor a cruzar corrientes de agua. En diferentes países se los conoce con muchos nombres, entre ellos: Semihombres, Seres de Cuencas Vacías, Hombres de la Sombra, Acechantes, Perseguidores y Fados.

Natael, Jasin: Alias utilizado por Asmodean, uno de los Renegados.

neutralización: La acción, realizada por Aes Sedai, mediante la cual se corta el acceso al Poder Único de una mujer capaz de encauzarlo. La mujer que ha sido neutralizada detecta la Fuente Verdadera, pero no puede establecer contacto con ella. Son tan contados los casos de neutralización que las novicias deben aprender los nombres de todas las mujeres que la han padecido y los delitos por los que recibieron el castigo. Oficialmente, la neutralización es la consecuencia del juicio y la sentencia por un delito. Cuando ocurre de manera accidental, se lo llama «consunción», pero en la práctica se suele utilizar el término «neutralización» para ambos casos. Las mujeres que han sido neutralizadas rara vez sobreviven mucho tiempo; parecen renunciar a la vida y fallecen.

Niall, Pedron: Capitán general de los Hijos de la Luz. (Véase *Hijos de la Luz*.)

Nynaeve al'Meara: Una mujer que ha sido Zahorí de Campo de Emond, un pueblo de la comarca de Dos Ríos, en el reino de Andor, y que ahora es una de las Aceptadas.

Ogier: Una raza no humana, caracterizada por una gran estatura (tres metros de altura media en los varones adultos), anchas narices casi hocicudas y largas orejas copetudas. Viven en áreas llamadas *steddings,* que rara vez abandonan, y suelen mantener escaso contacto con los hombres. Los humanos apenas conocen detalles acerca de ellos y son muchos los que creen que los Ogier son sólo seres de leyenda. Su destreza como albañiles y canteros es extraordinaria y son obra suya la mayoría de las urbes edificadas después del Desmembramiento del Mundo.

Oscuro: El nombre más comúnmente utilizado en todos los países para mencionar a Shai'tan. El origen del mal, la antítesis del Creador. Encarcelado por el Creador en el momento de la Creación en una prisión de Shayol Ghul. El intento de liberarlo de ella desencadenó la Guerra de la Sombra, la contaminación del *Saidin,* el Desmembramiento del Mundo y el fin de la Era de Leyenda.

Oscuro, nombrar al: El hecho de pronunciar el verdadero nombre del Oscuro (Shai'tan) atrae su atención, lo que acarrea inevitablemente desgracias y mala suerte. Por ese motivo, se utilizan innumerables eufemismos, entre los que se encuentran el Oscuro, Padre de las Mentiras, Cegador de la Vista, Señor de la Tumba, Pastor de la Noche, Ponzoña del Corazón, Ponzoña del Alma, Colmillo del Corazón, Viejo Siniestro, Arrasador de la Hierba y Marchitador de las Hojas. Los Amigos Siniestros lo llaman Gran Señor de la Oscuridad. Con frecuencia se aplica la expresión «nombrar al Oscuro» a las personas que parecen abrir sus puertas al infortunio.

Poder Único, el: El poder que se obtiene de la Fuente Verdadera. La gran mayoría de la gente está completamente incapacitada para aprender a encauzarlo. Un reducido número de

Librodot

personas puede llegar a hacerlo recibiendo enseñanzas de expertos y algunas, las menos, disponen de una capacidad innata para entrar en contacto con la Fuente Verdadera y encauzar el Poder involuntariamente, sin siquiera ser conscientes a veces de ello. Esta disposición innata suele manifestarse al final de la adolescencia o en el inicio de la edad adulta. Si nadie les enseña a controlar el Poder o no aprenden por sí solos a hacerlo (lo cual es extremadamente difícil y únicamente llega a conseguir uno de cada cuatro), están destinados a una muerte segura. Desde la Época de la Locura, ningún varón ha sido capaz de encauzar el Poder sin acabar enloqueciendo de un modo espantoso, aun cuando hubiera logrado cierto control, para luego morir a causa de una devastadora enfermedad que hace que quienes la padecen se descompongan vivos, y que está producida, al igual que la locura, por la contaminación del Oscuro en el *Saidin.* (Véanse *Aes Sedai*; *encauzar; Cinco Poderes, los*; *Época de Locura* y *Fuente Verdadera*.)

Rand al'Thor: Un joven de Campo de Emond, de la comarca de Dos Ríos, en Andor, que es *ta'veren.* Antes fue pastor de ovejas. Ahora ha sido proclamado como el Dragón Renacido, así como El que Viene con el Alba, del que se profetizó que uniría a los Aiel. Muy probablemente sea también el Coramoor —o el Elegido— esperado por los Marinos. (Véanse *Aiel* y *Dragón Renacido, el*.)

Renegados, los: Nombre otorgado a los Aes Sedai más descollantes de la Era de Leyenda y, por ende, los más poderosos que se hayan conocido nunca, los cuales se incorporaron a las filas del Oscuro durante la Guerra de la Sombra a cambio de la promesa de inmortalidad. Se designan a sí mismos «los Elegidos». De acuerdo con las leyendas y los fragmentos de documentos históricos conservados, fueron encarcelados junto con el Oscuro cuando volvió a sellarse su prisión. Sus nombres aún se utilizan hoy en día para asustar a los niños, y son: Aginor, Asmodean, Balthamel, Be'lal, Demandred, Graendal, Ishamael, Lanfear, Mesaana, Moghedien, Rahvin, Sammael y Semirhage.

Rhuarc: Un Aiel, jefe del clan de los Taardad Aiel.

Rhuidean: Una urbe, la única del Yermo de Aiel, cuya existencia es desconocida por el resto del mundo. Durante casi tres mil años permaneció abandonada, y antaño a los hombres Aiel se les permitía entrar en ella una sola vez a fin de someterse a una prueba, dentro de un gran *ter'angreal,* con la que demostraban su capacidad para convertirse en jefe de clan (sólo un hombre de cada tres sobrevivía a la experiencia), mientras que las mujeres podían hacerlo en dos ocasiones, también para pasar una prueba en el mismo *ter'angreal* y así convertirse en Sabias, si bien la media de supervivencia entre ellas era considerablemente superior en ambas visitas. En la actualidad, la ciudad vuelve a estar habitada por Aiel, y el extremo del valle de Rhuidean lo ocupa un gran lago que se alimenta de un océano subterráneo de agua dulce, y que a su vez da origen al único río del Yermo.

Ronda Macura: Una modista de Amadicia que intenta servir a demasiados amos y amas sin saber quiénes son todos.

Rueda del Tiempo: El tiempo es una rueda con siete radios, cada uno de los cuales constituye una Era. Con el girar de la Rueda, las Eras vienen y van, dejando recuerdos que se convierten en leyendas y luego en mitos, para caer en el olvido llegado el momento del retorno de una Era. El Entramado de una Era es ligeramente distinto cada vez que se inicia dicho período y está progresivamente sujeto a cambios de mayor consideración.

sa'angreal: Un objeto que permite que un individuo pueda encauzar, sin sufrir daños, una gran cantidad de Poder Único. Un *sa'angreal* es similar a un *angreal,* pero cien veces más poderoso que éste. La diferencia en la cantidad de Poder que puede manejarse con un *sa'angreal* y la que permite esgrimir un *angreal* es equiparable a la que media entre el Poder utilizado con un *angreal* y el poseído sin ninguna clase de ayuda. Son vestigios de la Era de Leyenda, cuyo método de elaboración se desconoce hoy en día. Al igual que con los *angreal,* también hay *sa'angreal* para su uso específico por hombres o mujeres. Quedan muy pocos ejemplares, muchísimo más escasos que los *angreal.*

Sabia: Entre los Aiel, las Sabias son mujeres elegidas por otras Sabias para instruirlas en el

arte de la curación, en el uso de las hierbas y en otras materias, de un modo muy parecido a las Zahoríes. Por lo general sólo hay una Sabia para cada clan o dominio de septiar. Ostentan una gran autoridad, así como una poderosa influencia sobre los jefes de septiares y clanes, aunque a menudo estos hombres las acusen de entremeterse demasiado en sus asuntos. Las Sabias no se involucran en pleitos de sangre y batallas entre clanes, y de acuerdo con el *ji'e'toh* no se les debe hacer daño ni poner trabas de ningún tipo a su labor. Algunas de estas mujeres pueden encauzar, pero es una habilidad que no hacen pública. En la actualidad hay tres Sabias que son caminantes de sueños, entre otras cosas. (Véanse *caminante de sueños, ji'e'toh* y *Tel'aran'rhiod*.)

Saidar, Saidin: Véase *Fuente Verdadera.*

seanchan: 1) Descendientes de los ejércitos que mandó Artur Hawkwing al otro lado del Océano Aricio y que conquistaron aquellas tierras. Consideran que cualquier mujer capaz de encauzar debe estar controlada para seguridad de los demás, y, por la misma razón, que ha de darse muerte a cualquier hombre que pueda encauzar. 2) La tierra de donde proceden los seanchan.

Sede Amyrlin: 1) Título de la dirigente de las Aes Sedai. Elegida vitaliciamente por la Antecámara de la Torre, el máximo consejo de las Aes Sedai, que consta de tres representantes (llamadas Asentadas) procedentes de cada uno de los siete Ajahs. La Sede Amyrlin posee, al menos en teoría, una autoridad casi suprema entre las Aes Sedai. Su rango es equiparable al de un rey o reina. La forma de tratamiento ligeramente menos formal para referirse a ella es la Amyrlin. 2) El trono en el que se sienta la dirigente de las Aes Sedai.

Señores del Espanto: Los hombres y mujeres que, disponiendo de la capacidad de encauzar el Poder Único, pasaron al servicio de la Sombra durante la Guerra de los Trollocs y cumplieron las funciones de comandantes de las huestes de trollocs y Amigos Siniestros. Las gentes ignorantes los confunden a veces con los Renegados.

Shayol Ghul: Una montaña ubicada en las Tierras Malditas, más allá de la Llaga, donde está encarcelado el Oscuro.

Siuan Sanche: La hija de un pescador teariano que, de acuerdo con las leyes de Tear, fue embarcada con destino a Tar Valon antes de la segunda puesta de sol después de que se descubriera que tenía potencial para encauzar. Perteneció al Ajah Azul y fue ascendida a Sede Amyrlin en el 985 NE, pero ahora ha sido depuesta y neutralizada. Su meta actual es evitar el destino que teme le espera.

Soñadora: Véase *Talentos.*

sul'dam: Literalmente, Asidora de la Correa. Es el término seanchan para designar a una mujer que ha superado las pruebas que demuestran que es capaz de llevar el brazalete de un *a'dam* y controlar, por consiguiente, a una *damane.* En Seanchan se considera un honor desempeñar este cometido, que confiere una posición respetable en la sociedad. Muy pocas personas saben que las *sul'dam* son, de hecho, mujeres a quienes se podría enseñar a encauzar. (Véanse *a'dam*; *damane* y *seanchan*.)

Talentos: Habilidades en el uso del Poder Único en áreas concretas. El más conocido es, por supuesto, la Curación. Algunos, como el Viaje (la capacidad de desplazarse de un sitio a otro sin cruzar el espacio que media entre ellos), se han perdido. Otros como la Predicción (la posibilidad de prever acontecimientos futuros, pero de una manera general) se dan en muy contadas ocasiones. Otro Talento que se tenía por perdido desde hace tiempo es el del Sueño, en el que se incluye, entre otras cosas, la interpretación de los sueños de la Soñadora para augurar eventos futuros de una manera más específica que en el caso de la Predicción. Algunas Soñadoras estaban dotadas para entrar en el *Tel'aran'rhiod,* el Mundo de los Sueños, y se dice que incluso en los sueños de otras personas. La última Soñadora conocida fue Corianin Nedeal, que falleció en el 526 NE, pero actualmente hay otra, si bien su condición es conocida por pocas personas. (Véase *Tel'aran'rhiod*.)

Tallanvor, Martyn: Lugarteniente de la Guardia Real que ama a su reina más que a la vida o

Librodot

al honor.

ta'maral'ailen: En la Antigua Lengua, «Trama del Destino». Un gran cambio en el Entramado de una Era, centrado alrededor de una o varias personas que sean *ta'veren.* (Véanse *Entramado de una Era* y *ta'veren*.)

Tanchico: Capital de Tarabon. (Véase *Tarabon*)

Tarabon: Nación bañada por el Océano Aricio. En otros tiempos un país con un gran desarrollo comercial, exportador, entre otros productos, de alfombras, tintes y fuegos artificiales producidos por la Corporación de Iluminadores, está ahora en decadencia por los estragos de una guerra civil y las contiendas entabladas contra Arad Doman y los partidarios del Dragón Renacido.

Tarmon Gai'don: La Última Batalla. (Véanse *Dragón, Profecías del* y *Cuerno de Valere*)

ta'veren: Una persona en torno a la cual la Rueda del Tiempo teje los hilos vitales de quienes se hallan a su alrededor, quizá de la *totalidad* de los hilos de las vidas, para formar una Trama del Destino. (Véanse *Entramado de una Era* y *ta'maral'ailen.)*

Tear: Una nación a orillas del Mar de las Tormentas y su capital, una gran ciudad portuaria. El emblema de Tear es tres lunas crecientes sobre un fondo mitad rojo y mitad dorado. (Véase *Ciudadela de Tear*.)

Telamon, Lews Therin: Véase *Dragón, el.*

Tel'aran'rhiod: En la Antigua Lengua, «el Mundo Invisible» o «el Mundo de los Sueños». Un mundo entrevisto en sueños que, según las creencias de los antiguos, impregnaba y rodeaba el resto de los mundos posibles. Muchas personas pueden entrar durante unos segundos en el *Tel'aran'rhiod* mientras duermen, pero son muy pocas las que han tenido la habilidad de entrar en él a voluntad. A diferencia de los sueños comunes, lo que les ocurre a los seres vivos en el Mundo de los Sueños es real; una herida recibida allí seguirá existiendo al despertar, y quien muera allí ya no despertará. (Véase *ter'angreal*.)

ter'angreal: Una clase específica de los objetos que quedaron de la Era de Leyenda que utilizan el Poder Único. A diferencia de los *angreal* y *sa'angreal,* cada *ter'angreal* fue creado para realizar una función concreta. Las Aes Sedai usan algunos de ellos, pero desconocen los cometidos originales de la gran mayoría. Unos requieren que se encauce para funcionar, mientras que otros puede utilizarlos cualquier persona. Algunos causan la muerte o destruyen la capacidad para encauzar de cualquier mujer que los utilice. Como ocurre con los *angreal* y los *sa'angreal,* su método de elaboración se desconoce desde el Desmembramiento del Mundo. (Véanse *angreal* y *sa'angreal*.)

términos Aiel de parentesco: Las relaciones familiares Aiel se expresan de formas complejas que resultan muy enrevesadas para los forasteros, pero que los Aiel consideran precisas. Unos cuantos ejemplos bastarán para demostrarlo, ya que sería necesario todo un libro para dar una explicación completa. Primer hermano y primera hermana son aquellos que tienen la misma madre. Segundo hermano y segunda hermana se refieren a los hijos de la primera hermana o primer hermano de la madre de uno, mientras que las madres segundas y los padres segundos son hermanas primeras y hermanos primeros de la madre de uno. Abuelo y abuela se refieren al padre o la madre de la madre de uno, mientras que a los padres del padre de uno se los llama abuelo segundo y abuela segunda; uno está más próximo, en términos consanguíneos, a la madre que al padre. A partir de ahí, las otras categorías de parentescos se van complicando más y más, embrollándose por factores tales como la posibilidad de que unos amigos íntimos se adopten entre sí como hermanos primeros o hermanas primeras. También se considera la alternativa de que unas mujeres Aiel que sean amigas íntimas a veces se casen con el mismo nombre, convirtiéndose de ese modo en hermanas conyugales, y si además se unen en matrimonio entre sí al igual que con él, entonces la relación es incluso más enrevesada.

Thom Merrilin: Un juglar muy poco corriente. (Véase *juglar*.)

Tierras Fronterizas, las: Las naciones que bordean la Gran Llaga: Saldaea, Arafel, Kandor y Shienar. Su historia es una sucesión continua de ataques y guerras contra trollocs y

Myrddraal. (Véase *Gran Llaga, la*.)

trollocs: Criaturas del Oscuro, creadas durante la Guerra de la Sombra. De elevada estatura, son una deforme mezcolanza de animal y materia humana. Están divididos en bandas de carácter tribal, entre las principales de las cuales se encuentran los Dha'vol, Dhai'mon y Ko'bal. Perversos por naturaleza, matan por el mero placer de dar muerte. Engañosos y traidores, únicamente quienes les infunden temor pueden confiar en ellos.

Urdimbre de una Era: Véase *Entramado de una Era.*

Yermo de Aiel: El inhóspito, accidentado y casi estéril país situado al este de la Columna Vertebral del Mundo, y al que los Aiel llaman la Tierra de los Tres Pliegues. Son pocos los forasteros que se aventuran en él, ya que los Aiel se consideran en guerra con todos los otros pueblos y no reciben con buenos ojos a los extranjeros. Los buhoneros, los juglares y los Tuatha'an son los únicos a quienes se les permite entrar libremente, aunque los Aiel evitan todo contacto con estos últimos, a los que llaman «los Errantes». No se conoce la existencia de ningún mapa del Yermo.

Zahorí: En los pueblos, una mujer elegida por el Círculo de Mujeres por sus conocimientos como curandera, su habilidad para predecir el tiempo y su sentido común. Generalmente la importancia de su posición se consideraba equiparable a la del alcalde y, en algunas localidades, incluso superior. La Zahorí es designada de por vida y es muy raro que alguna de ellas sea destituida de su cargo antes de morir. Según los países, su función se designa con nombres distintos, como Guía, Curandera, Mujer Sabia, Sabia o Indagadora.

Librodot